MEGHAN QUINN

UNA BODA imPOSIBLE



Phoebe

MEGHAN QUINN

UNA BODA imPOSIBLE

Traducción de Lorena Escudero Ruiz



Phoebe

Título original: *A Long Time Coming*

Primera edición: septiembre de 2024

Copyright © 2023 Meghan Quinn

© de la traducción: Lorena Escudero Ruiz, 2024

© de esta edición: 2024, ediciones Pàmies, S. L.
C/ Mesena, 18
28033 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-10070-18-9
BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®
Fotografías de cubierta: Mauromod/Depositophotos.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Índice

Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
Epílogo
Contenido especial

PRÓLOGO

LIA

—Disculpa —digo al chocarme contra un chaval larguirucho en el pasillo atestado de una residencia estudiantil—. Lo siento, no te había visto. Es que estoy completamente perdida.

—No pasa nada —contesta una voz profunda que me hace levantar la mirada hacia una figura alta con pelo castaño revuelto, gafas de montura oscura y un bigote tan espeso que casi parece falso. Y, quién sabe, a lo mejor lo es—. ¿Qué estás buscando? —pregunta, antes de llevarse un vaso gigante de granizado de casi dos litros a la boca.

—Ah. —Miro a mi alrededor—. La habitación doscientos nueve —susurro—. Pero sigo dando vueltas, porque no parece que haya una habitación doscientos nueve.

Una sonrisa se asoma a sus labios.

—¿Eres una friki del *Scrabble*?

—¿Qué? —pregunto.

Él se echa hacia delante.

—No pasa nada —murmura—. Soy miembro de la SSS. La habitación doscientos nueve está oculta por un motivo.

SSS=Sociedad Secreta del *Scrabble.*

Sin embargo, la primera norma de la SSS es que no se habla de ella. O al menos eso es lo que ponía en la invitación que recibí anoche. Es una carta que me mandaron a mi habitación, un sobre grueso sellado con cera roja, con las siglas «SSS» en relieve sobre dicha cera. Cuando vi el símbolo, cerré la puerta a toda prisa, apagué las luces y encendí la lámpara de mi escritorio. Con la respiración agitada, abrí el sobre con cuidado y desdoblé las hojas para dejar al descubierto lo que había escrito dentro.

La SSS me había elegido para unirme a ellos esta noche. Durante el agotador proceso de selección de tres semanas, había librado despiadadas batallas *online* contra varios de sus miembros. Tras perder unas cuantas veces, ganar otras tantas y empatar dos, pasé la fase de prueba, y lo único que me quedaba era esperar. Pues bien, ha llegado el momento. Tengo la invitación en la mano, y lo único que dice es que tengo que acudir a la habitación 209 de la Residencia Pine a las diez y veintitrés en punto, y que no debo preguntar ni decir nada. Además, tengo que llamar a la puerta siguiendo un patrón concreto y pronunciar la contraseña secreta para poder entrar.

Pero ahora que estoy aquí, perdida y confusa, siento como si ya estuviera rompiendo las reglas.

Por desgracia, el reloj sigue en marcha, y no tengo ni idea de qué puedo hacer. No quiero aparecer tarde, sobre todo al tratarse de la primera noche. Pero es que no encuentro la habitación, y… este tipo del bigote y el granizado parece saber de lo que está hablando.

Uf… ¿Y si es una prueba? ¿Y si lo ha infiltrado la SSS y ya he fallado la prueba porque he mencionado la habitación 209 y el *Scrabble* y…? Madre mía, qué gran fracaso.

Sin saber muy bien qué hacer, me balanceo en el sitio y retuerzo las manos mientras observo al enjambre de personas. ¿Qué es lo que está pasando aquí? Es el pasillo de una residencia de estudiantes, no una cafetería. ¿Adónde va toda esta gente? Creo que tengo que dejar tirado al tío del granizado. Ya sabe demasiado. Y no pienso poner en peligro mi posición en la SSS. Me he esforzado demasiado para recibir la invitación.

—¿Sabes? Ha sido un placer hablar contigo, pero creo que iré a buscar la habitación yo sola. Gracias.

Me doy la vuelta y me dirijo hacia un pasillo oscuro, pero entonces me llama.

—Por ahí no vas a encontrar la habitación doscientos nueve.

Miro por encima del hombro y le veo sorber el granizado con una sonrisa, observando mi expresión de fastidio con diversión.

—No iba a ir por ahí —respondo, indignada.

—A mí me parece que sí.

—Te estaba engañando.

—¿De verdad? —pregunta, y su sonrisa se hace más amplia—. ¿Por qué querías engañarme?

Me giro para enfrentarme a él y levanto la barbilla.

—Porque entre ese bigote espeso y escandaloso y el pelo revuelto pareces un depredador. ¿Cómo puedo estar segura de que no estás intentando secuestrarme?

Arquea las cejas y se mesa el bigote.

—¿Sabes? Eres la tercera persona que ha dicho que este bigote me sienta mal. Yo pensaba que me quedaba muy bien.

Este tipo necesita un espejo que funcione mejor.

—Tu bigote es ofensivo. Estoy segura de que dejaría secas a las mujeres más cachondas. —Las palabras me salen de la boca antes de que pueda detenerlas. La ausencia de filtro será mi destrucción.

Hago una mueca cuando los ojos casi se le salen de las órbitas. *Sí, yo también me he sorprendido, tío.*

—Eeeh… No sé…

Antes de terminar de decirle que no sé de qué esquina recóndita de mi mente ha salido ese insulto, se agarra el estómago, se echa hacia delante y suelta una larga carcajada mientras el granizado le tiembla en la mano.

Bueno, al menos no lo he ofendido. Eso que me llevo.

Sea como sea, no tengo tiempo para esto.

Paso a su lado y comienzo a caminar por la derecha del pasillo, donde encuentro una puerta sin señalar. Al principio, cuando empecé a buscar, pensé que era un armario de limpieza, pero al mirar la puerta con más detenimiento, me parece que hay una ligera marca de un número en la pared. A lo mejor… es posible que… sea lo que estoy buscando.

Esperanzada, respiro hondo, llamo tres veces y luego doy una patada en la parte baja de la puerta como me han dicho, y entonces noto que una figura alta se me acerca por detrás.

—¿Sabes? Ninguna chica me ha dicho antes que poseo la asombrosa habilidad de deshidratar las partes bajas de la raza femenina solo con mi vello facial.

Contengo una sonrisa.

—Pues alégrate de que haya sido sincera.

La puerta se abre un poco y un solo ojo se asoma.

—Contraseña.

—Walla-walla-bing-bang —contesto, y el chico que tengo detrás se asoma por encima de mi hombro.

—Te ha faltado lo de «ching-chang» —dice.

—¿Qué? No, no es verdad.

—Tiene razón —añade el ojo—. Lo siento, no tienes permiso para entrar.

—Espera, no —digo, evitando que el ojo cierre la puerta. Me saco la invitación del bolsillo antes de volver a hablar—. Tengo la invitación… Eeeh… A ver… —*Joder, qué tonta, Lia. Se supone que no tenías que enseñar la invitación.* Doy marcha atrás—. La verdad es que… —Me vuelvo a meter la invitación en el bolsillo y junto las manos—. No hay invitación, y no tengo ni idea de qué hay detrás de esta puerta. Solo sé que tengo que estar aquí a las diez y veintitrés, y lo estoy, así que creo que me merezco entrar.

—Pero se te ha olvidado el «ching-chang» —insiste el tipo del granizado, sorbiendo por la pajita.

—No había «ching-chang» —replico, exasperada—. Ponía claramente que tenía que llamar tres veces, dar una patada y luego decir «Walla-walla-bing-bang». Lo sé porque he leído la… eso veintisiete veces, para ser exactos. Así que o bien me he equivocado de puerta, o vosotros dos no

habéis leído las instrucciones, en cuyo caso exijo hablar con un humano con autoridad.

—¿Un humano con autoridad? —pregunta el tipo del granizado—. ¿Es ese un término profesional?

—Lo he simplificado para ti —contesto, con sarcasmo—. Ya sabes, por tu aspecto.

—¿Qué aspecto? —inquiere.

—De faltarte inteligencia. —Llámalo nervios o irritación, o simplemente es que soy incapaz de aguantarme nada, pero los insultos me salen solos.

Por suerte, esa sonrisa vuelve a asomarle por las comisuras de los labios, y entonces mira al ojo.

—Está bien, tío. Déjala pasar.

—¿Qué? —pregunto, tan confundida que empiezo a cuestionarme si todo esto merece la pena para entrar en la SSS.

Pero entonces se abre la puerta para revelar una sala enorme, más grande que el resto de los dormitorios de la residencia, y es el paraíso de todas las cosas que me gustan. A la derecha hay una cama en alto con un escritorio debajo sobre el que hay tres pantallas de ordenador, altavoces, un teclado enorme junto a un ratón gigante y una almohadilla debajo que ocupa toda la superficie del escritorio… con decoración de *El señor de los anillos*. De las paredes de color beis cuelgan pósteres, banderas y cuadros con temática de *La guerra de las galaxias* y de juegos de mesa, y del techo cuelga un avión teledirigido de color amarillo y azul. A la izquierda hay un sofá tipo futón con una mesita de centro y palés con cojines por todas las esquinas. En el centro está el tablero de *Scrabble* colocado sobre una mesa giratoria muy chula.

Podría pasarme una hora estudiando las frikadas de esta habitación.

Hay una colección completa de los libros de Harry Potter en la estantería, y parecen los originales. Empiezo a salivar.

Encima del sofá cuelga un poster de Adam West como Batman, con él de pie delante de la palabra *«Kerpow»* dibujada en letras de cómic.

Y bajo una televisión pequeña, en un mueble de aspecto un poco endeble, parece haber una consola Atari original. Si el dueño de este sitio tiene el *Pitfall,* seré su mejor amiga para siempre.

—Guau, qué habitación más chula —digo. Esta decoración tan fantástica me ha llegado a mi corazoncito friki. Y la distribución de todas las cosas, desde las carpetas etiquetadas que hay en la estantería, al lado del escritorio, hasta los zapatos apilados en el zapatero es otro nivel.

—Gracias —contesta el tipo del granizado—. Es mía. También soy la persona con autoridad, como tú lo llamas. —Extiende la mano—. Breaker Cane. Encantado de conocerte. A lo mejor, si pasas más tiempo con nosotros, podrás adaptarte a mi falta de inteligencia de una forma más personal.

Se me seca la boca.

Se me calientan las puntas de las orejas.

Y siento que el sudor me baña la parte superior del labio.

La has liado, Lia. La has liado parda.

—Eeeh… Bueno, no me refería a…

—No, no. No lo retires. —Levanta la mano—. Me gusta tu sinceridad brutal y descarada. Me hace sentirme vivo. —Me guiña un ojo.

—Ah, vale. Pues bueno. —Me aclaro la garganta—. Aunque tu habitación me parece todo un sueño que explorar, podrías haber remetido mejor las esquinas de las sábanas de tu cama: no está hecha en plan enfermera; tu foto enmarcada de Rory Gilmore está torcida, y tienes que librarte del bigote. Es atroz.

Se ríe por lo bajo y asiente sin dejar de mover los dedos sobre el arbusto que tiene debajo de la nariz.

—Sigo intentando perfeccionar el dobladillo de enfermera. Si tienes experiencia en la tarea, entonces, anímate a pasarme un tutorial. La habitación pegada a la mía pone la música tan alta que

obliga a Rory a bailar y termina quedando torcida. Me he rendido. Y el bigote, bueno, pensé que me quedaba bien. Sospecho entonces que todo el mundo me ha estado mintiendo.

—Sí, te han estado mintiendo.

—Pero tú no pareces tener la habilidad… de mentirle a nadie para no herir sus sentimientos.

—Depende del momento y de la persona. —Lo miro de arriba abajo—. Me parecías lo suficientemente fuerte como para gestionar la verdad y, también, situaciones estresantes, como lo de no saber dónde estaba la habitación, que acaban con todo el decoro social que yo hubiera podido tener hasta ahora.

—Bueno, eso solo puede significar una cosa.

—¿El qué? —pregunto, confundida.

—Que no queda más elección que convertirnos en el mejor amigo que hayamos tenido nunca el uno del otro.

Sonrío de medio lado.

—Solo si te afeitas.

—Eeeh… tendremos que trabajar en eso. —Se mece sobre los talones antes de continuar—. Dado que eres la única nueva recluta de la Sociedad Secreta del Scrabble, debes de ser Ophelia Fairweather-Fern.

—Esa soy yo. Pero llámame Lia, sin más. Mi apellido tiene demasiadas sílabas como para ir pronunciándolas todas cada vez, al igual que mi nombre.

Suelta una risita.

—En la fase de prueba tu nombre te hizo ganar puntos. Pero tu brutal elección de palabras que ni siquiera habíamos escuchado antes fue la verdadera razón por la que te elegimos, sobre todo porque trabajamos con cronómetro.

—Fue un reto adicional que me gustó bastante. Aunque al principio el cronómetro me asustó, y tardé un segundo en acostumbrarme. Y también el no poder ver tus letras nuevas en el tablero hasta que te llegó el turno. Me lo pasé muy bien. Me alegro de que me eligierais.

—Fue una elección fácil. —Deja su vaso de granizado—. Atención, todos: esta es Lia. Lia, estos son Harley, Jarome, Christine e Imani. —Desde donde están sentados en torno a la mesita, levantan la mano para saludar brevemente y después se giran hacia el tablero de nuevo—. Bueno, no son muy sociables.

—Ya, menos mal que no he venido a socializar. —Me froto las manos—. He venido a jugar.

Breaker suelta una risita y luego vuelve a coger su granizado.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando? Que empiece el juego.

Me quedo mirando a Breaker y después observo las dos últimas fichas que tengo en mi atril.

A él le queda solo una.

La habitación se ha vaciado.

El resto de los integrantes de la SSS se ha marchado porque tenía clases por la mañana, temprano.

—Te toca —dice, acariciándose el bigote a propósito con el dedo. He dominado toda la partida hasta hace unas tres jugadas, cuando él se ha sacado una palabra de ochenta puntos de la nada y me ha aplastado la puntuación.

—Sé que me toca.

—¿De verdad? Porque llevas ahí sentada, en estado catatónico, durante al menos cinco minutos.

—Me estoy asegurando de que haré el movimiento correcto.

—O cualquiera, ya puestos. —Se reclina en el sofá con expresión engreída.

—*Sé* cuál va a ser mi movimiento.

—Ese que no te hará ganar la partida, ¿verdad? —me presiona. Sabe que es él quien tiene todas las de ganar. Es evidente, por su postura arrogante.

—¿Sabes? No es de educación alardear.

—Lo dice la chica que bailaba hace solo unos minutos porque me llevaba una ventaja enorme.

Levanto la mirada lentamente hacia él.

—Debes saber que soy de las que critican, pero no me gusta que lo hagan conmigo —contesto, en tono socarrón.

Suelta una risita grave y yo coloco, de mala gana, una A después de una Y para conseguir unos míseros cinco puntos.

—Buena jugada. —Se queda mirando su única ficha, la levanta con dramatismo y coloca una S después de *«Hurra»* que le hace ganar treinta y un puntos—. Pero no lo suficientemente buena. —Vuelve a reclinarse y coloca una pierna encima de la otra a la altura de la rodilla—. Yo gano.

Suelto un gemido y me echo hacia atrás, sobre el suelo.

—Te tenía —digo, mirando el avión que cuelga del techo.

—No digas «¡Viva!» demasiado pronto. Nunca se sabe lo que puede ocurrir al final de una partida de *Scrabble*.

—Por cierto, es un truco muy bajo guardarse la S hasta el final.

—¿Cómo sabías que me la estaba guardando?

—Porque te he visto levantar la ficha hace un rato y dejarla a un lado.

—No me digas que eres de esos jugadores. De los que cuentan las fichas e intentan adivinar lo que tienen los demás.

—No hasta tal punto, pero te he visto mimar esa ficha y no tocarla hasta ahora. Te la has guardado a propósito.

—Cuando te sacan ochenta puntos tienes que usar una estrategia, y eso es lo que he hecho. No me avergüenzo de nada.

—Odio admitirlo porque has ganado, pero ha sido una buena partida. He disfrutado del reto.

—Ha sido una buena partida. Vas a encajar muy bien aquí. —Empieza a recoger el tablero, y yo me levanto para ayudarlo—. En tu solicitud decías que te vas a especializar en investigación y estadística. ¿Qué planes tienes para después de la universidad?

—Hacer un máster, y después convertirme en especialista de investigación de encuestas.

Se queda parado un momento.

—Eso es muy específico —opina Breaker—. Y no es un trabajo de los que aparecen en las listas de lo que quieres ser cuando seas mayor.

—La verdad es que no, pero siempre me han gustado las encuestas. Me encantaba rellenarlas cuando era pequeña. Me pasaba un montón de tiempo rellenando todas las encuestas con las que se topaban mis padres. Me encantaba la idea de que alguien me escuchara y recabara información para crear un cambio. Y, claro, yo también hacía mis propias encuestas, de las escritas a mano sobre cartulinas, y las entregaba en las reuniones familiares para ver lo bien que se lo pasaban todos. Después escribía un informe y enviaba una carta a finales de año para enseñarle a todo el mundo en qué sobresalíamos y en qué necesitábamos mejorar.

Breaker sonríe.

—¿Y sacaste algo de provecho de esas encuestas familiares?

—Sí. —Asiento, mientras le paso las últimas fichas que he recogido—. Siempre que mi tío Steve quería quitarse los pantalones después de cenar, terminaba bailando con un *hula-hoop* invisible encima de la mesa cuando ya estaba recogida, cosa que no entusiasmaba a nadie. Me aseguré de transmitírselo a la familia y al tío Steve, pero, por desgracia, no tenía ningún control sobre su comportamiento. Yo solo encuesto lo que debe cambiar. Los cambios se realizan desde dentro.

—El tío Steve parece muy divertido.

—Tenía bigote… y es el pervertido de la familia. Así que sí, vosotros dos os llevaríais bien.

—Yo no soy un pervertido —contesta Breaker mientras recoge el resto del juego.

—Eso está por decidir.

—Hagamos una evaluación rápida, porque te aseguro que no soy un pervertido. —Deja el juego a un lado y se echa hacia delante en su futón al tiempo que yo me pongo las manos detrás y me apoyo sobre ellas. Debería marcharme. Los demás lo han hecho ya, pero, por algún motivo, me siento cómoda aquí, y todavía no tengo ganas de irme.

—Como quieras.

Se toca la nariz y luego me señala.

—Creo que la frase que estabas intentando usar es «Como desees».

—Eres fan de *La princesa prometida,* ¿eh?

—¿Cómo se puede no ser fan? Venganza, espadas, historias magistrales de épocas pasadas… Lo tiene todo. Por no mencionar a… Fred Savage.

—La verdad es que estoy de acuerdo contigo, y eso te suma puntos positivos en la columna de «no pervertido». —Él choca sus propios puños y me hace reír—. Pero solo es una casilla. Hay más preguntas todavía.

—Adelante. Observa cómo apruebo con honores.

—Ya lo veremos. Desde que te has dejado crecer el bigote… ¿alguna vez has mirado por la ventana de alguien, preferiblemente del sexo por el que te sientes atraído?

—Sería el femenino, y la respuesta es que no.

—Buena respuesta. Siguiente pregunta: ¿alguna vez has sentido la necesidad de entrar en el baño de señoras porque querías echar un vistazo?

—He oído que hay muchos más inodoros, cosa que me da envidia porque a veces me gusta sentarme sin más a mear. Pero no, no lo he hecho.

Frunzo el ceño.

—¿Sentarte a mear?

Él se encoge de hombros.

—Soy muy vago.

—Vale, a mí me parece que cuesta más sentarse a mear, pero cada uno con lo suyo. Una pregunta más: ¿alguna vez has creado un club para hombres con bigote o has comprado peines diminutos y cremas para barbas para hacer fiestas del mostacho?

—Guau, ahora me parece una idea genial, pero no, no lo he hecho. —Apoya los brazos en el respaldo del futón—. Bueno… ¿Has llegado a la conclusión de que no soy un pervertido?

—Solo temporalmente. Estás en período de prueba.

—Me parece justo. —Cruza una pierna por encima de la otra.

—Pero tengo que lanzarte unas cuantas preguntas rápidas, solo para asegurarme.

—Adelante.

—¿Cantante o banda favorita?

—Blondie.

—¿En serio? —pregunto, sorprendida.

—Sí. —Parece tan relajado que me hace sentirme cómoda también—. Es una obsesión.

—Vale, buena respuesta. ¿Cuál es tu golosina favorita?

—Los Smarties, porque, como bien dice su nombre en inglés, yo también soy muy listo, y cuando me los como siento que lo soy todavía más.

Suelto una risita.

—Supongo que es un buen motivo. ¿Programa de televisión favorito?

—*Aquellos maravillosos años*. De ahí mi comentario de antes sobre Fred Savage. Me encanta. Lo sigue *Yo y el mundo,* porque, joder, menudo cuelgue tenía con Topanga. Y, evidentemente, Cory era mi chico preferido.

—¿Eres fan de los hermanos Savage?

—A muerte con ellos.

—Te hace parecer muy cercano.

Se acaricia el bigote con el dedo antes de responder.

—Quédate por aquí, Lia. Verás lo cercano que es un estudiante de Económicas con inclinación a estampar su avión teledirigido cada vez que lo hace volar.

—Siempre he creído que Shawn era un quejica.

—Únete al club —añade Breaker, poniendo los ojos en blanco—. ¿Qué opinas del corte de pelo del señor Turner?

—Me encanta —contesto.

—Entonces, dijéramos que si yo… me dejara crecer el pelo igual, ¿qué opinarías tú?

—Patético. Busca tu propio *look*.

Suelta una risita.

—Joder, tú sí que sabes poner a un tío a tus pies.

—Al parecer, es lo que se me da mejor.

—Al parecer, me gusta eso de ti. —Se muerde el labio inferior antes de continuar—. Bueno, Lia, ¿qué te ha parecido esta noche? ¿Te has divertido?

—Me lo he pasado genial. —Como no quiero parecer demasiado pringada, sigo explicándome—. Es difícil conocer a gente aquí, ya sabes, de la que está en la misma onda que tú. Acabo de trasladarme hace poco, así que llegar en un curso posterior y hacer amigos ha sido bastante complicado. Aunque… —recorro la habitación con la mirada— creo que me siento cómoda aquí, a pesar de que esta casa le pertenece a un bigotudo.

—Me lo tomaré como un cumplido. Y conocer a gente nueva siempre es difícil. Yo tardé un pelín en darme cuenta también. Siempre se dice que la universidad es donde te reinventas a ti mismo y encuentras a gente parecida a ti, pero lo que no te cuentan es que eso no ocurre de inmediato. Yo estoy en tercero ahora, y creo que acabo de coger carrerilla.

—Lo mismo digo. A nadie parece gustarle pasarse horas y horas estudiando una partida de *Scrabble* o tejiendo gorros para gatos.

—¿Gorros para gatos?

—Son una monada. Se los vendo a señoras mayores que creen que vestir a sus gatos es divertido. —Me encojo de hombros—. Empecé para ganar algo de dinero extra, pero ahora estoy totalmente dedicada. Aunque, sí, esta noche me ha hecho recordar que hay gente que piensa como yo ahí fuera, y me ha hecho sentirme yo misma por primera vez desde hace mucho tiempo.

Su expresión se suaviza.

—Me alegro, Lia. —Se acaricia el mostacho—. Apuesto a que un factor muy importante que te ha hecho sentir cómoda es mi bigote.

—No ha sido el bigote —respondo, con fingida irritación.

Él se ríe por lo bajo.

—¿Tienes novio? —Cuando lo miro con escepticismo, levanta las manos—. No es que me esté poniendo en plan pervertido contigo, solo tengo sincera curiosidad.

—Lo tenía, hasta que rompió conmigo y me dijo que era patética por haber empezado un *fan fiction* sobre *Supernatural*. Me gustaban cosas distintas a las que le gustaban a él, así que fue difícil conectar. Me parece que soy incapaz de encontrar a mucha gente que entienda que no quiero que Sam y Dean sean hermanos, sino más bien… amantes secretos.

Se le ponen los ojos como platos y baja las piernas al suelo antes de contestar.

—A ver, un momento, joder… ¿Eres tú la autora de *Amantes, no hermanos*?

—Espera. —Me pongo recta—. ¿Has oído hablar de ese *fan fiction*?

—¿Que si he oído hablar? —casi grita, y después se baja al suelo para que nuestras miradas estén a la altura—. Lia, esa mierda es adictiva. Yo ni siquiera soy gay, pero, por Dios Santo, su primer beso fue lo mejor que he leído nunca. Hasta me sudó la nuca y todo cuando Dean frotó la nariz con suavidad sobre la mandíbula de Sam, esperando la señal de que estaba listo. Y luego… cuando sus bocas se unieron, solté un aullido de la hostia. La tensión sexual era muy intensa.

—¿Y no crees que fuera raro que los conociéramos como hermanos en realidad?

—¿Pero el *fan fiction* no va de eso? ¿De crear un mundo distinto al original?

Sonrío.

—Lo has captado.

—Pues claro que lo capto. No soy imbécil. —Se mesa el pelo desgreñado—. Joder, tienes que escribir algo más. Esa mierda era muy buena. Nunca olvidaré la escena en la que Dean está desnudo, agarrándose el pene y cantándole *Eye of the Tiger* a Sam mientras él se acerca. —Se besa la punta de los dedos—. Buenísimo.

—¿Me estás haciendo de fan? —pregunto, en broma.

—¿Tienes algún problema con eso?

Yo niego con la cabeza.

—No me puedo creer que lo hayas leído —susurro.

—Y yo no me puedo creer que *tú* lo hayas escrito.

Y entonces nos quedamos mirándonos durante unos instantes. La habitación se queda en silencio, y una verdad tácita flota entre los dos: es el principio de algo nuevo.

—¿Breaker?

—¿Sí?

—¿Quieres ser mi amigo? —pregunto con timidez.

Esa sonrisa que ya empieza a resultarme familiar se amplía todavía más.

—¿Me estás pidiendo que iniciemos… una amistad?

—Creo que sí. ¿Te parece raro? A ver, casi no nos conocemos. Creo que tu bigote es totalmente repulsivo, pero, llegados a este punto, hemos encontrado muchísimas cosas en común. Que estemos de acuerdo en que nos resulte erótico que los hermanos Winchester sean amantes es algo inaudito. Creo que significa que tenemos que ser amigos.

Él asiente despacio.

—Creo que es obligatorio.

Yo levanto la mano.

—Y solo amigos, porque ese bigote ha acabado con cualquier atracción sexual que pudiera haber sentido por ti.

—Lo entiendo. Conocía los riesgos de lo que podría ocurrir si me adornaba con vello facial solo la parte superior del labio. —Extiende la mano—. ¿Amigos?

Yo se la estrecho.

—Amigos.

1

En la actualidad…

Breaker

—¿Tienes que ir a algún lugar importante? —me pregunta J. P. desde el otro lado del pasillo del avión con la mirada fija en mi muslo, que no para de rebotar.

—Es que estoy deseando alejarme de ti —contesto, como solemos hacer entre hermanos.

—Qué bonito. —Suelta un suspiro profundo—. Odio estar lejos de Kelsey, pero el viaje a Nueva York ha estado bien, ¿verdad? Es una pasada haber creado nuestro segundo edificio de viviendas sociales.

Hace unos meses J. P. se reunió con nuestro hermano Huxley y conmigo para pedir que usáramos nuestra fortuna para un buen fin y ofrecer edificios con viviendas sociales en ciudades importantes. Los edificios brindarían un lugar seguro, limpio y nuevo para vivir, además de asistencia a quienes lo necesitaran, como, por ejemplo, servicio de guardería para padres solteros, clases de economía y acceso a un mercado de comida a precio de mayorista. El objetivo del proyecto es ayudar a quienes más lo necesitan. Ha sido todo un éxito, y una actividad muy gratificante.

—Sí que es una pasada —contesto, sacándome el móvil del bolsillo mientras el avión empieza a aterrizar. Abro el hilo de mensajes con Lia y le envío uno rápido.

Breaker: *Aterrizado. Recojo las cosas. ¿Tienes todo preparado y listo para marchar?*

Enseguida el teléfono vibra con su respuesta.

Lia: *Llevo rato lista, solo te estoy esperando.*

Breaker: *Lo siento; el mal tiempo nos ha retrasado. Llegaré pronto.*

—¿A quién estás enviando mensajes? —pregunta J. P., intentando mirar mi móvil.

—A Lia —contesto.

—Ah… —anuncia, en tono cargado de intención—. Por eso tienes tantas ganas de bajar del avión. Quieres ir a pasar tiempo con tu chica.

—En primer lugar, no es mi chica, es mi mejor amiga, y si tengo que seguir repitiéndotelo, creo que voy a explotar. Y en segundo lugar, ha conseguido un juego completamente nuevo de vasos de cristal para Yahtzee con los que estamos deseando jugar.

—¿Vasos de cristal para Yahtzee? —pregunta J. P.—. Me parece una idea malísima. ¿No consiste el Yahtzee en agitar los dados?

—Sí, pero estos presentan un reto mayor: hay que agitar los dados sin que se rompa el vaso.

J. P. se queda mirándome con una expresión en blanco.

—Te vas a rajar las manos. ¿No llevan ninguna advertencia los vasos esos de Yahtzee?

—Pues claro que sí. Se trata de jugar bajo tu propia cuenta y riesgo. Pero no te preocupes. Lia ha preparado una superficie dura con una manta. Somos listos.

—Jugar a Yahtzee con un vaso de cristal no es de ser listo —murmura, meneando la cabeza—. No me llames cuando necesites puntos.

—Tampoco es que fueses a responder si te llamara.

J. P. pone los ojos en blanco con mucho dramatismo.

—Estoy recién casado, por Dios. Perdón si quiero pasar cada minuto con mi mujer.

—Yo creo que no lo sientes en absoluto —digo, justo cuando el avión se detiene y la auxiliar de vuelo abre la puerta para colocar las escaleras.

Cojo mi mochila y dejo atrás a J. P. para salir, pero me detengo de repente. Huxley, nuestro hermano mayor, sale de su coche, cierra la puerta y se inclina sobre ella con los brazos cruzados. Tiene los ojos cubiertos por unas gafas de sol, pero no consiguen ocultar su ceño fruncido ni la tensión que siente bajo el traje hecho a medida.

—Mmm… ¿J. P.? ¿Qué hace Huxley aquí, con pinta de tener ganas de asesinar a alguien?

—¿Qué? —pregunta el aludido, acercándose también hacia la salida—. No lo sé. ¿Nos ha enviado algún mensaje?

En vez de salir del avión para ver cuál es el problema, ambos buscamos los móviles para comprobar si hemos recibido algún mensaje o correo electrónico, pero nos quedamos desconcertados.

—Nada —anuncio yo.

—Joder —dice J. P.—. Eso solo puede significar una cosa. Sea lo que sea lo que nos tiene que decir, no quiere dejar rastro.

—¿Qué? —pregunto—. Tío, has estado viendo demasiadas series de agentes secretos. Esa no es la razón de que haya venido aquí en persona. A lo mejor… A lo mejor son buenas noticias. Puede que tenga algo especial que contarnos y quiera ver nuestras reacciones en persona.

—¿Qué se siente al vivir en un mundo donde la mierda de unicornio sabe a helado de fresa? —J. P. señala hacia Huxley—. Míralo, mira su mueca. No ha venido a darnos palmaditas en la espalda ni a decirnos lo bien que nos hemos portado. Es evidente que la hemos cagado, de la manera que sea. Solo nos queda saber cómo.

—¡¿Pensáis bajar aquí los dos ahora mismo y dejar de cotorrear de una puñetera vez?! —grita Huxley.

—Tío, se me acaban de encoger las pelotas —dice J. P., agarrándome del hombro.

—Mi pene se ha convertido en el cuello de una tortuga. —Me aparto a un lado y empujo a J. P. hacia delante—. Tú primero, que eres el mayor. Has vivido mucho más la vida que yo.

—A duras penas —contesta, intentando empujarme a mí primero hacia la salida. Sin embargo, yo planto los pies en el suelo y no me muevo. Desde que J. P. está casado, yo he pasado más tiempo en el gimnasio mientras que él lo ha pasado con Kelsey (sin intención de faltarle al respeto), así que en estos momentos le saco unos cuantos músculos.

—Tú sal de aquí antes de que se cabree todavía más. —Empujo a J. P.—. Sabes cómo odia que hagamos el mono, como él lo llama.

—Dejad de hacer el mono —grita Huxley.

—¿Ves? —medio susurro, medio grito.

—No me empujes —contesta J. P., apoyando su peso en mí y apretando la espalda contra mi pecho—. Vas a hacer que me caiga rodando por las escaleras.

—Ah, qué buena idea. Si te caes rodando, con suerte saldrás herido, y entonces olvidará durante un momento la razón por la que ha venido mientras evalúa tus heridas. Eso nos dará algo de tiempo para pensar. Y a lo mejor, si estás dispuesto a romperte un hueso, conseguiremos al menos unos cuantos días.

—Ah, claro, deja que me tire escaleras abajo.

—Así me gusta —digo, dándole palmaditas en la espalda—. Cierra los ojos. Todo habrá pasado en solo un segundo.

—Madre del amor hermoso —murmura J. P. antes de bajar las escaleras.

Yo lo sigo de cerca.

—Ah, entiendo, te vas a caer cuando estés más cerca del suelo. Qué listo.

—No me voy a caer, idiota.

Cuando llegamos al suelo, Huxley abre la puerta trasera de su Tesla S.

—Subid —ordena.

Casi puedo escuchar a J. P. tragar saliva.

—¿Seguro que no quieres fingir una herida, aunque sea? —susurro.

—Creo que ya es demasiado tarde, tío —responde, antes de subir al coche. Yo lo sigo detrás.

Cuando estamos sentados, Huxley cierra de un portazo, haciendo que J. P. y yo demos un saltito. Huxley ocupa el asiento delantero y ni siquiera se molesta en mirarnos. En su lugar, agarra con fuerza el volante y suelta un suspiro largo y contenido.

Una señal de disgusto. Genial.

Tras unos segundos, se gira para mirarnos antes de hablar.

—¿Se ha puesto Taylor en contacto con vosotros?

—¿Te refieres a Taylor, nuestro abogado? —pregunta J. P.

—Sí, nuestro abogado.

Negamos con la cabeza.

—No, no sabemos nada de ella —respondo yo.

—¿Qué está pasando? —pregunta J. P., en tono más serio.

—Nos van a demandar por conducta inapropiada en el trabajo.

—¿Qué? —chillo—. ¿Quién?

Huxley se levanta las gafas de sol y me mira con los ojos entrecerrados.

—Tu antigua empleada.

—Eeeh… ¿perdona? —Parpadeo varias veces—. ¿Y por qué coño?

—Veamos: por un entorno de trabajo hostil y por despido improcedente.

—Espera. —Meneo la cabeza, intentando entender lo que está diciendo—. ¿Quién demonios ha sido?

—Gemma Shoemacher.

—¿Shoemacher? —pregunto, poniendo los ojos como platos y con completa incredulidad—. O sea, ¿la chica que se colaba en secreto en mi despacho, me reorganizaba las cosas, colgaba fotos de su familia, la decoraba en vacaciones y luego se marchó sin más? ¿La loca de los cojones que me arrinconaba en la sala de descanso y me preguntaba cuándo tenía próxima cita con mi dentista para poder ver cómo me hacían una limpieza? ¿La chica que me hizo un calendario de adviento para Navidad y dentro de cada cajita había un dibujo mío en miniatura? ¿Esa chica?

—¿Eran buenos los dibujos? —pregunta J. P.

—¿Y qué coño importa eso? —ataco yo a mi vez, perdiendo los nervios.

Él se encoge de hombros.

—Era pura curiosidad.

—A ver…, es bastante difícil pintar una superficie pequeña con acuarelas, así que igual…

—Basta ya de dibujos —interrumpe Huxley—. Esto es muy serio. No solo nos ha demandado, sino que además está echando abajo nuestra reputación en las redes sociales. Está divulgando mentiras sobre nuestra manera de hacer negocios y sobre cómo Breaker la obligó a trabajar en un entorno hostil y la reprendió delante de sus compañeros.

—Eso es una puñetera mentira —digo—. Yo nunca he sido hostil, ni siquiera cuando ella me hizo tropezar «por accidente» cuando sostenía mi café de la mañana. No he tenido más que amabilidad hacia esa mujer, y el motivo de que la dejara marchar es que nos enteramos de que era ella quien entraba en el despacho de todo el mundo y robaba sus listas de cosas pendientes por hacer. Tenía toda una colección de ellas archivadas en su escritorio.

—Bueno, pues le está dando la vuelta a la historia y atacando a nuestra empresa, y, por desgracia, está consiguiendo que le presten atención.

—¿Qué significa eso? —pregunto.

—Significa que, como está utilizando las plataformas adecuadas, está consiguiendo un montón de

visualizaciones, y ahora incluso la atención de los medios. Todo esto ha pasado en las veinticuatro últimas horas.

—¿Cómo demonios ha ocurrido? —pregunta J. P.

Huxley menea la cabeza.

—No tengo ni puñetera idea, pero nos están inundando a llamadas al respecto. Lottie ha dicho que escuchó a unos empleados hablar de ello en la sala de descanso y que se callaron en cuanto ella entró. Estamos perdiendo credibilidad a cada segundo que pasa.

—Porque alguien está mintiendo —añado, con la voz teñida de ira.

—Sí, pero el público parece estar tragándose su historia. Por tanto, necesitamos tomar medidas mientras Taylor y su equipo recaban pruebas para una contrademanda. Tiene todas las de perder, no tiene pruebas, solo su palabra y la de su amiga, que ya no trabaja para nosotros. Pero nosotros tenemos las grabaciones de las cámaras de seguridad, tenemos las pruebas que tú mismo has reunido con el tiempo, Breaker, y tenemos todas sus publicaciones en redes sociales en captura de pantalla. Acabaremos con ella por difamación.

—Vale, bueno… ¿Entonces qué hacemos? —pregunto.

—Para empezar, debes dar un paso atrás.

—¿Qué? —rujo—. Ni de coña. No pienso renunciar solo porque alguien vaya divulgando mentiras sobre mí. Eso me haría parecer culpable, y no lo soy. No he tenido más que respeto y profesionalidad con esa mujer.

—No estoy hablando de renunciar —dice Huxley, apretando cada vez más la mandíbula—. Solo necesitamos que te tomes… unas vacaciones obligatorias. Para que parezca que estamos haciendo lo correcto mientras investigamos sus acusaciones, y eso significa que no puedes estar en la oficina.

—Pero eso es una estupidez…

—Tiene razón —interviene J. P.—. Si fuese con cualquier otro empleado, le pediríamos que se tomara un año sabático mientras investigamos las acusaciones. No deberíamos tratarte de manera distinta.

—Pero es que yo no he hecho una puta mierda —insisto.

—Lo sabemos —explica Huxley—. Pero solo porque sepamos que eres inocente no significa que todo el mundo se lo vaya a creer. Nos estamos enfrentando a un tema muy delicado, y tenemos que asegurarnos de que la investigación se realiza con las debidas diligencias. Si lo hacemos bien, si la realizamos correctamente, entonces sentaremos un precedente para aquellos futuros empleados que quieran hacer lo mismo.

—Me da pena decirlo —añade J. P.—, pero tiene razón, tío.

Miro a mis hermanos de uno en uno y dejo que su sentido común haga mella en mí.

—Joder —murmuro, apoyándome en el respaldo del asiento y pasándome la mano por el pelo.

—Es lo mejor, Breaker —afirma Huxley—. Y mientras no estés, nos repartiremos tus responsabilidades entre J. P. y yo.

—Eh, para ahí, yo no he accedido a eso —dice J. P., pero se calla enseguida cuando Huxley le lanza una mirada feroz.

—No será durante mucho tiempo. Puede que una semana o dos —contesta Huxley—. Entre tanto, si tenemos dudas, hablaremos en persona. No quiero dejar ningún rastro de papel.

—Entonces, ¿qué demonios se supone que voy a hacer durante las dos próximas semanas? —inquiero.

—Podrías ayudar a hacer punto a Lia —responde J. P.—. Sé que sabes hacer punto.

Miro a Huxley.

—Hacer punto te mantendrá ocupado —observa él.

—A la mierda… los dos —digo, antes de salir del coche e irme directo hacia el mío.

—He estado oliendo tu comida durante todo el trayecto del ascensor —dice la señora Gunderson mientras se queda lo más alejada de mí posible, con el paraguas metido bajo el brazo. Casi nunca llueve en Los Ángeles, pero ella lleva uno negro enorme todos los días, solo por si acaso…

—Gracias por avisar —contesto, en tanto que el aparato se detiene y suelta un pitido para avisar de que hemos llegado a nuestra planta.

—El sarcasmo es cosa del diablo —me ladra, antes de dirigirse hacia su puerta. Yo camino en dirección contraria y paso por delante de mi puerta hasta llegar a la del apartamento que hay a mi lado—. ¡El sexo antes del matrimonio también es cosa del diablo! —grita, antes de entrar en su casa.

—Odio a esa mujer —murmuro, antes de llamar tres veces a la puerta de Lia, darle unas patadas y después canturrear—: Walla-walla-bing-bang.

Lia abre deprisa y su cara familiar, llena de pecas, alivia la tensión que me recorre todo el cuerpo.

Recuerdo la primera vez que me tropecé con ella, en el pasillo de mi residencia de estudiantes. No se sentía segura de sí misma, pero sí hasta el punto de no poder evitar las cosas que soltaba por la boca. Su llamativa melena pelirroja y sus ojos de color verde musgo destacaban bajo la montura morada de sus gafas, pero fue su completa sinceridad lo que más me atrajo de ella, porque era algo distinto a todo lo que había conocido antes. Y ahora es imposible pasar un día entero sin hablar con ella.

—No has dicho «ching-chang» —dice con una sonrisita.

—«Ching-chang» no formaba parte de la frase.

Me señala con un dedo acusador.

—Lo sabía.

Riéndome, extiendo el brazo que no está sujetando la comida y la abrazo.

—Te he echado de menos.

—Yo también, Pepinillo —dice, utilizando el apodo que me puso una noche en que puse mal esa palabra en una partida de Scrabble—. ¿Por qué has tardado tanto? He empezado a destrozar el postre que he comprado.

—Mejor que no lo sepas. —Suelto un suspiro y entramos en su apartamento.

Recuerdo el momento en que encontró este sitio. Había estado buscando durante unos dos días, y después se tropezó con este edificio en Westwood. No tenía ni idea de si alquilaban algún apartamento, pero le gustaron las flores que había delante y la tienda de batidos que había enfrente de la calle. Y, mira tú por dónde, justo había dos apartamentos, uno al lado del otro. Me llamó de inmediato y me dijo que tenía que mudarme. Hemos vivido aquí durante los cinco últimos años.

Aunque mi apartamento tiene más ventanas y espacios abiertos, el de Lia tiene más carácter, con casi todas las paredes de ladrillo visto. Y por la manera en que están distribuidos los apartamentos, nuestros dormitorios están pegados el uno con el otro y nuestros balcones están enfrente, y dan al patio interior del vestíbulo.

—Sí quiero saber por qué has tardado tanto, ya que el Yahtzee con vasos de cristal no puede esperar demasiado y, si estás enfadado, acabaremos demasiado pronto la partida.

—¿Quién dice que esté enfadado? —pregunto, mientras dejo la comida sobre la encimera de su cocina blanca inmaculada. Yo tengo la misma, e intentamos competir para ver quién la mantiene más blanca. Es una estupidez, pero, joder, creo que me está ganando.

—Te conozco desde hace una década, Breaker. Estoy segura de que sé adivinar cuándo estás hirviendo de rabia. ¿Qué está pasando?

Tras ocupar uno de sus taburetes, apoyo los brazos sobre la encimera.

—No quiero echar a perder la noche. No te he visto desde hace más de una semana, y lo último que quiero hacer es hablar de trabajo. —O de la falta de él. Muchas gracias, Gemma Shoemacher.

—Sí, y como no te he visto en más de una semana, lo último que quiero es tomarme la cena y jugar una partida de Yahtzee frágil con un gruñón. Ahora, cuéntame qué ha pasado para que podamos pasar página y divertirnos. —Coloca dos platos sobre la encimera antes de continuar—. Llevo

planeando esta noche unos cuantos días ya. No la eches a perder. —Me señala con un dedo amenazador, que yo aparto de un manotazo.

—Bueno, pero no nos regodeemos demasiado, ¿vale? —Me froto la nuca con la mano—. Ya he pensado bastante de camino hacia aquí, y ahora solo quiero olvidarlo.

—Vale, escúpelo ya. —Vacía el cartón de fideos y lo divide a partes iguales entre nuestros platos.

—¿Recuerdas esa chica que trabajaba para mí? ¿La que me hizo el calendario de adviento?

—¿Si la recuerdo? Todavía tengo todos los dibujos que hizo de ti en una caja, en mi habitación. El diecisiete de diciembre será siempre mi favorito. La manera en que acentuó tus fosas nasales es pura perfección.

Mis fosas nasales eran dos enormes botes salvavidas en mitad de mi cara, pero, claro, Lia pensó que era lo mejor que había visto nunca.

—Gemma es mi heroína. Una pena que se volviera tan loca y tuvieras que dejarla marchar —añade.

—Sí, bueno, pues ahora nos está demandando.

Lia se queda quieta, hace una mueca y luego menea la cara.

—Ay, Gemma, qué mal, muy mal. No te metas con los hermanos Cane y su empresa. —Me mira —. ¿Por qué quiere sacaros el dinero?

—Dice que por entorno laboral hostil, ataque verbal por mi parte…

Lia suelta un bufido sonoro.

—¿Ataque verbal… de tu parte? —Me señala con el tenedor que tiene en la mano—. Eso es de risa. No le harías daño a una mosca ni aunque quisieras, no digamos ya atacar a alguien verbalmente en el trabajo…

—Lo sé. Pero está en pie de guerra, alegando despido improcedente y qué sé yo más. Lo ha subido a las redes sociales y ahora ha conseguido captar la atención de la prensa, porque somos Cane Enterprises. Cualquier cosa vale con tal de acabar con nosotros.

—Sí, pero está portándose como una auténtica idiota, porque no puedes ir por ahí inventándote cosas en las redes sociales así como así; si te pillan, estás acabado. —Sirve un poco de salsa General Tso sobre nuestra comida—. ¿Entonces Huxley va a presentar una contrademanda?

—¿Cómo lo sabes?

—Por favor. —Lame la salsa dulce y picante de su tenedor—. Os conozco a tu familia y a ti el tiempo suficiente como para saber el esfuerzo, la dedicación y las horas que habéis dedicado a crear Cane Enterprises. Ni de coña va a dejar Huxley que una acosadora cualquiera, por muy cómica que sea, se salga con la suya difamando la marca y la empresa que los tres os habéis esforzado tanto en crear.

—Sí, están reuniendo todas las pruebas que necesitan para presentar sus alegatos. No creo que pidamos mucho dinero, porque no lo necesitamos, ni tampoco nos gusta ahogar en deudas a la gente, pero Huxley quiere sentar un precedente. Se quiere asegurar de que la gente sepa que no se puede jugar con nosotros.

—Eso es inteligente de su parte, porque esta chica ha abierto la puerta a futuros pleitos, y si lo finiquitáis bien, nadie querrá enfrentarse a vosotros.

—Sí, ese es el plan.

—Entonces, ¿cuál es el problema? Vale, puede que tu ego haya salido ligeramente herido, pero ¿acaso te ha afectado eso antes? ¿Recuerdas aquella vez en la universidad, cuando te confundieron con el tercer mejor jugador del *Scrabble* en vez de con el segundo? Te lo tomaste como un campeón.

—Hoy estás muy graciosa, ¿eh?

—Solo estoy intentando alegrarte. —Saca dos Sprites de la nevera y los coloca delante de mí, para sentarse después a mi lado. Nuestros hombros se chocan mientras se pone cómoda. Coge el tenedor con la izquierda—. Te has sentado en el sitio equivocado —dice.

—Estaba despistado. Te aguantas.

—¿De verdad vas a estar así de gruñón toda la noche? Estaba esperando ansiosa una noche de «¿Nos vamos a rajar las manos o no?».

—Lo siento —resoplo, mareando el pollo en mi plato—. No he mencionado una cosa. Los chicos me han dicho que no puedo ir a trabajar. Tengo que cogerme tiempo libre hasta que lo solucionen todo.

—¿Entonces me estás diciendo que te han dado unas vacaciones, y todavía te quejas? ¿Por qué?

—Porque la gente va a pensar que me he metido en un problema o que he hecho algo mal, y no es así. He trabajado mucho para mantener una relación genuina con mis empleados, y si no estoy allí, ¿qué van a pensar de mí?

—Ya veo por qué te preocupa —dice—. Te sientes orgulloso de cómo tratas a las personas, y esto es un insulto a tu carácter.

—Exacto. Es una completa mierda —digo en tono cansado.

—Eh —me llama Lia, girándose hacia mí—, la gente que te conoce entenderá cuáles son las circunstancias. Saben que no eres un tirano que corre pasillo arriba y abajo como un lunático, gritando a la primera persona con la que te tropiezas. Y el resto de las personas, las que puedan creer a Gemma, bueno…, tampoco te gustaría tenerlas a tu lado.

—Sé que tienes razón —contesto en voz baja—. Es que soy incapaz de asumirlo.

Me da un abrazo, y yo apoyo mi cabeza contra la suya.

—Todo irá bien. Ante todo, Huxley es implacable, y no descansará hasta limpiar tu nombre de cualquier afrenta.

—Supongo que sí. —Me suelta, y yo suspiro con fuerza—. Siento todo esto. Estoy echando por tierra la noche.

—No pasa nada. ¿Y si ponemos el vaso de Yahtzee en pausa por el momento, por si acaso te dan episodios intermitentes de rabia? Hay que tener cuidado con las astillas. ¿Quieres jugar a las cartas en el balcón?

—A lo mejor podemos ver la tele. Quiero ver un documental nuevo que se llama *The King of Kong*.

—Ah, lo vi el otro día, cuando estaba buscando algo que ver con Brian —contesta Lia, hablándome de su novio—. Se lo sugerí, y me miró de reojo. Al final terminamos viendo un partido de algo.

—¿Un partido de algo? —Suelto una carcajada—. ¿Ni siquiera sabes de qué era?

—Había una pelota.

—Bueno, eso reduce las posibilidades.

Se ríe por lo bajo.

—Sea como sea, me encantaría verlo. ¿Lo ponemos ya? Trae la comida al sofá.

—Si no te importa.

Ella me levanta la barbilla.

—Cualquier cosa por mi Pepinillo —dice en tono empalagoso.

—Brian habría odiado este documental.

Eso es porque Brian es un imbécil.

Pero me guardo ese comentario para mí solo.

—Sí, no me ha parecido para nada algo que le hubiera gustado a Brian.

Lia se remueve y luego me da un golpecito en el estómago.

—¿Estarás bien? Sueles hablar bastante más cuando vemos documentales.

—Sí, solo estaba pensando. Pero todo irá bien.

—¿Sabes? Si necesitas hablar de ello, puedes contar conmigo.

—Lo sé. —Le cojo la mano—. Gracias, Lia.

Ella me la aprieta.

—De nada. Y ahora lárgate de aquí y vete a dormir. Tienes una pinta horrorosa.

Hago una mueca.

—Siempre estarás tú para decirme la verdad. —Le doy un abrazo y un beso en la coronilla—. Buenas noches, Lia.

—Buenas noches, Pepinillo.

La suelto y me voy a mi apartamento después de que ella cierre la puerta. Me quito la ropa, me echo agua en la cara y luego me lavo los dientes. Cuando estoy listo para acostarme, pongo a cargar el móvil, me meto bajo las sábanas —desnudo—, me coloco las manos detrás de la cabeza y me quedo mirando al techo.

Durante toda la noche, me sigo preguntando por qué me ha afectado tanto todo esto. Sé que Huxley se encargará de solucionarlo. Me ha estado enviando mensajes todo el rato sobre cómo nos vamos a encargar de que Gemma no vuelva a decir ni una palabra más sobre mí, pero aunque haya intentado tranquilizarme, sigo sintiéndome… raro.

Y creo que todo se reduce al ataque a mi carácter. Gemma ha atacado lo único de lo que me siento muy orgulloso: de ser un buen tipo. Mis hermanos y yo tenemos todos personalidades distintas.

Huxley es el gruñón, el dominante, el lanzado.

J. P. es el divertido, el tipo extrovertido, a veces instigador.

Y yo… Bueno, yo soy el sensato, el que siempre escucha, el buen tipo.

Así que, que calumnien mi buen nombre a base de puras mentiras me duele que te cagas. He trabajado mucho para ser una persona intachable.

Para que me respeten.

Para que confíen en mí.

Para ser alguien de fiar.

Y en gran medida lo he conseguido, pero esto… Esto me hace pensar que a lo mejor no es así.

Me froto la cara y escucho unos golpes suaves desde el otro lado de la pared.

Y así, sin más, sonrío.

Me acerco a la pared y golpeo dos veces con los nudillos.

Como un reloj, me responde con seis golpes.

Dos golpes para las dos letras de «te».

Seis, para las seis de «quiero».

Es algo que hemos estado haciendo desde que compartimos pared. Es un agradable recordatorio de que aunque esté enfadado, irritado o incluso triste, al menos siempre tendré a Lia, mi mejor amiga, la única persona capaz de hacerme sonreír con tanta facilidad. No sé qué haría sin ella.

Y ni siquiera quiero imaginármelo. Aunque las demás cosas de mi vida se tambaleen, siempre hay algo sólido y predecible: Lia.

2

LIA

—Buenos días —me saluda Brian por teléfono—. Solo quería recordarte que hoy vamos a comer con mi madre.

Levanto mi taza de café.

—Claro. No te preocupes: llegaré quince minutos antes para que no se queje de que solo he llegado cinco minutos antes.

—Pórtate bien —dice.

—Yo… Eeeh…

—Bueno, ¿le contaste a Breaker lo nuestro anoche?

Me quedo mirando el anillo de compromiso que hay sobre mi cómoda. No, no se lo conté. Brian no es muy fan de Breaker.

—Todavía no. Anoche no era un buen momento.

—Lia, ¿cómo es que no hay ningún buen momento para contarle a tu mejor amigo que te vas a casar?

—Ahora mismo tiene problemas serios en el trabajo. Son… circunstancias adversas. Se enteró anoche. No pensé que fuera adecuado soltarlo sin más.

—¿Qué está pasando?

—Cosas confidenciales —respondo, porque aunque Brian es mi prometido, Breaker es mi mejor amigo y se merece tener privacidad, sobre todo en lo que respecta a su empresa—. En fin, se lo diré pronto.

—Vale. —Se calla un momento antes de continuar—. No estarás evitando contárselo por algún motivo, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto, y me acerco a mi escritorio. Por suerte, puedo trabajar desde casa porque soy autónoma, lo que significa que yo elijo mi horario y mi espacio. No soy una persona muy sociable.

—A lo que me refiero es a que quiero estar seguro de que estás feliz por haberte comprometido. Ha pasado una semana, Lia, y todavía no le has dicho nada.

—Porque no ha estado en la ciudad. No se lo pienso contar por teléfono. Es algo que quiero hacer en persona.

—Vale… —contesta en voz baja, y me doy cuenta de que no está contento.

—Brian, se lo voy a contar. Lo que pasa es que quiero que sea una celebración, no algo que se dice de paso o cuando esté de mal humor o fuera de la ciudad. Quiero que se alegre por nosotros dos.

—¿Estás segura?

—¿Y por qué no iba a estarlo?

—No lo sé. Has estado muy rara desde que te pedí que te casaras conmigo.

—¿Rara en qué sentido? —pregunto, mientras tomo asiento y empiezo a dar vueltas en mi silla.

—Bueno, para empezar, solo nos hemos visto dos veces esta semana pasada, y, no sé, pensaba que, como estamos comprometidos, nos veríamos más. Y solo me has enviado mensajes esporádicos. Por eso te he llamado esta mañana, porque quería asegurarme de que aparecieras en la comida.

—Brian, claro que voy a aparecer.

—Es que no sé, Lia. Me parece que no quieres casarte conmigo.

—Para —contesto, cada vez más frustrada—. Esto es muy… nuevo, ¿vale? Lo estoy asumiendo día a día. —Hago una pausa para intentar encontrar las palabras que me han estado dando vueltas

por la cabeza durante toda la semana—. Puede que ya no hable mucho de ellos, pero echo de menos a mis padres, Brian. Eran todo mi mundo. Deberían estar aquí conmigo para celebrarlo. Para planificarlo. Para estar contentos y felices con… *por* mí. Pero… ya no están aquí, y me resulta muy difícil. Así que si estoy rara, es porque me siento…, no sé…, triste.

—Ah. —Se queda en silencio otra vez—. Lo siento, Lia. No había pensado en eso. Solo creí que, como tienes tan buena relación con Breaker, a lo mejor estaba pasando algo entre los dos.

—Brian —gimoteo, apretándome los ojos con los dedos—. Te lo he repetido una y otra vez: no hay nada entre Breaker y yo. Por favor, por favor, no lo conviertas en un problema. No quiero estar repitiéndotelo una y otra vez. Deberías conocerme lo suficientemente bien como para saber que, cuando digo algo, lo digo en serio.

—Lo sé, lo siento. Joder, Lia… —Suelta un suspiro largo—. Es que ha sido una semana rara. Lo siento.

—No pasa nada. Pero escucha, debería encender mi ordenador y trabajar un poco antes de que llegue la hora de comer.

—Vale. Te quiero. Nos vemos después.

—Yo también te quiero —contesto, antes de colgar y dejar el móvil sobre el escritorio. Me quedo mirándolo un momento, con la cabeza dándome vueltas sin parar.

Brian tiene razón. He estado rara. Lo que pasa es que me pilló desprevenida.

No esperaba que me pidiera matrimonio. Ni siquiera habíamos hablado de ello. Fue bastante inesperado. Me llevó a un paseo en barco al atardecer, se puso de rodillas y me pidió que me casara con él. Yo contesté que sí. Fue una petición muy bonita.

El anillo es enorme.

Más grande de lo que nunca pudiera necesitar en la vida, y aunque es impresionante, no me siento cómoda llevándolo en el dedo. Nada de esto me parece correcto, y no sé si es porque lo estoy pasando mal por no tener a mis padres acompañándome en uno de los acontecimientos más importantes de mi vida, o si es que me cuesta, porque, aunque la petición fue mágica, no tenía mucho que ver conmigo, o porque me resulta difícil encontrar las palabras para decírselo a Breaker.

Desde el año pasado, Brian y él no se han llevado muy bien. Se han comportado con cordialidad y han intentado ser amables cuando estamos juntos, pero la amistad que solían tener ya no existe. Y es culpa de Brian, pero él no lo acepta, y me niego a meterme entre los dos. Lo intenté una vez y me explotó en la cara, porque a Brian le sentó mal que defendiera a Breaker.

Pero… es que Breaker no ha hecho nada malo.

Brian trabaja en inversiones. La verdad es que tiene algunos clientes bastante ricos. Una noche estábamos cenando todos juntos y Brian estaba buscando… información. Intentaba averiguar qué estaba pasando con algunas acciones que tenían Breaker y sus hermanos. Acciones valiosas en energías renovables. La forma en que Brian atajó el tema fue un poco… sucia, tratando de hacer uso del tráfico de influencias. Y cuando Breaker no cedió y no le dio la información que él quería, Brian se enfadó. A partir de ahí, todo estalló.

Le he dado muchas vueltas, pero Brian es un hombre orgulloso que proviene de una familia con dinero. Sus padres lo juzgan mucho. Si no asciende en el trabajo, sus padres lo menospreciarán. Creo que está intentando conseguir a sus clientes algunos buenos tratos para demostrarles a sus padres su valía.

No me puedo imaginar una vida en que tengas que estar demostrando todo el rato a tus padres cuánto vales, porque su amor sea, como mucho, condicional.

Sea como sea, no se llevan bien, y no sé qué va a decir Breaker cuando se lo cuente. No estoy segura de si se alegrará, se enfadará, si intentará disuadirme para que no lo haga… Ni idea. Y la razón es, principalmente, que no hemos hablado mucho de Brian. Simplemente… olvidamos que forma parte de mi vida cuando pasamos un rato juntos. Es mejor así.

Pero ahora… Ahora no sé qué demonios vamos a hacer.

Suena un mensaje en mi móvil, y agacho la mirada para leerlo.

Breaker: *Te mando unos cronuts. Tengo una reunión con nuestro abogado esta mañana; si no, te acompañaría.*

Sonrío antes de contestar.

Lia: *¿Cronuts por qué?*

Breaker: *Por haber echado a perder la noche de ayer. Intenté arreglarlo, pero me fue imposible. Lo siento, Lia.*

Lia: *No es necesario que te disculpes. ¿Para qué están los amigos? Sin embargo, ¿podemos dejarlo para otro momento?*

Breaker: *¿Qué planes tienes para esta noche? Estoy libre.*

Lo pienso un rato. Técnicamente, en realidad debería salir con Brian, pero ya lo voy a ver para comer, y él *quiere* que se lo cuente a Breaker, así que puede que verlo esta noche sea una buena idea.

Lia: *Trae tacos. Nos vemos esta noche.*

Breaker: *Sabes que, si llevo tacos, serán los de sabor a pepinillo.*

Lia: *Eeeh… vale, es lo que esperaba de ti.*

Breaker: *Te he domesticado.*

Lia: *Igual que a un gato manso.*

Vuelvo a dejar el móvil y sonrío para mis adentros. Como siempre, compartir mensajes con Breaker —*pasar un rato con él*— es muy fácil. Y él entiende que necesito *cronuts*.

Bueno, vale, es hora de trabajar.

Odio el vestido que llevo puesto.

Lo odio de verdad.

Brian me lo compró hará más o menos un mes. Me dijo que íbamos a salir a divertirnos y me llevó de compras. Quería celebrar que acababa de recibir un cheque comprándome algunos vestidos nuevos.

Pues bueno: para empezar, no soy gran fan de los vestidos, y mucho menos de los que se adaptan a cada milímetro de mi cuerpo y me dejan muy poco espacio para respirar o caminar. Además, este vestido tiene muchas flores, y no es que esté en contra de ellas, solo es que… son pequeñitas, y me recuerdan a las que llevaban las adolescentes de los 90. En tercer lugar, es corto. Madre mía, es muy corto. El viento me levanta la falda y parezco Marilyn Monroe cada vez que doy un paso.

Pero Brian me lo compró y me ha pedido que lo lleve, así que aquí estoy.

—Lia, guau —dice cuando se acerca por detrás—. Estás impresionante.

Me doy la vuelta justo cuando me estrecha entre sus brazos, y apoya la mano en la parte baja de mi espalda mientras me abraza.

Su colonia de siempre —que huele a frescor y a bosque— me envuelve, seguida de un buen apretón y del sutil roce de sus labios contra mi cuello.

Cuando me separo, sonrío a su cara atractiva.

Recuerdo la primera vez que lo vi. Estaba tomando unas copas con mi amiga Tanya, que no sale mucho porque es madre de gemelos. Me dijo que había un chico que no podía quitarme la mirada de

encima y que estaba sentado justo detrás de mí. Cuando me giré para mirarlo, vi que Brian estaba sentado en un reservado con una cerveza en la mano y sin dejar de observarme. Nuestras miradas se cruzaron, y solo tardó un momento en acercarse a mí. Vio que había salido con una amiga, así que no quiso interrumpir. En su lugar, me hizo escribirle mi número en su móvil para que pudiera invitarme a tomar un café.

Me envió un mensaje al día siguiente.

Y así empezó todo.

Después de un año y medio juntos, sigue igual de atractivo que siempre.

—Estás muy guapo —digo, tirándole del traje negro, que ha conjuntado con una camisa de color azul marino.

—Gracias. —Me agarra de la mano—. ¿Estás lista? Madre está muy emocionada.

Sí. «Madre». Así la llama él. Menuda formalidad. La primera vez que la llamó así me reí porque pensé que era una broma, pero no lo era. Sus padres son «madre» y «padre». Para mí, «señor y señora Beaver».

Brian Manchester Beaver.

Un nombre impresionante.

Si unimos nuestros dos nombres, entonces el mío sería Ophelia Fairweather-Fern Beaver.

Asumir el apellido Beaver no es algo que me llame a gritos, pero sé que sería un insulto para Brian si no lo hiciera. No sé. Es un enigma en el que trato de no pensar demasiado.

Le sonrío.

—Lista.

Me levanta la mano y deposita un beso sobre el anillo de compromiso que me he encargado de ponerme antes de salir del apartamento.

—Te sienta de maravilla.

¿De verdad?

¿O parece que voy a lanzar un ataque con un anillo de criptonita?

—Vamos.

Él me empuja hacia la puerta de The Pier 1905 Club. Situado sobre uno de los acantilados de Malibú, es un club histórico al que solo acuden los ricos y famosos. La primera vez que vine me sentí tan intimidada que le dije a Brian que no me encontraba bien y salí huyendo temprano. Tras la quinta vez en que he quedado con Brian y sus padres, me he acostumbrado al ambiente tan pijo que hay aquí. De ahí que me haya embutido en este vestido, me haya pintado las uñas —y, oh, milagro de los milagros, haya conseguido que se sequen antes de venir— y me haya plantado unos tacones con correas finas colgando de los tobillos. Si Breaker me viera ahora mismo, estoy segura de que a duras penas me reconocería.

Unos porteros silenciosos nos abren las puertas chapadas en oro que dan paso a un vestíbulo adornado con cortinas en azul claro y azulejos de mármol blanco y dorado. La temática de todo el club es de playa para ricos, con eso lo digo todo.

—Señor Beaver, su madre le está esperando —dice el recepcionista cuando entramos en la zona del restaurante.

—Tiene que venir al menos media hora antes —susurro.

Brian suelta una risita.

—Le gusta ser siempre la primera en llegar.

Eso está muy claro. Quiere ser la primera en llegar para poder lanzarnos indirectas sobre nuestra gestión del tiempo, y eso aunque lleguemos quince minutos antes.

—Por aquí —señala el recepcionista, guiándonos por el salón.

Igual que el resto de las veces que hemos quedado con Madre, nos acompañan hasta la parte del fondo del restaurante y salimos al balcón, donde la señora Beaver ocupa siempre la mesa de la esquina.

Y también como en el resto de ocasiones, está sentada con un sombrero blanco de ala ancha, mirando directamente hacia la entrada. Tiene las manos cruzadas delante de ella, el ceño fruncido y una mueca a juego en la boca.

Quiero a Brian. Mucho.

Pero su madre… Estoy segura de que es el demonio personificado con un par de tacones de diez centímetros.

Al llegar a la mesa, no se molesta en levantarse. Es Brian quien se inclina para darle un beso en la mejilla.

—Madre, estás preciosa.

—Gracias —contesta ella, con la voz cargada de billetes de cien dólares.

¿Sabes cuando a una persona se le nota que es rica al hablar? ¿Cuando lo hace con la garganta cerrada, los labios apretados y en tono de desaprobación? Bueno, pues esa es la señora Beaver, incluso cuando está contenta.

Cuando Brian se hace a un lado, doy un paso adelante y saludo levemente con la cabeza, justo como a ella le gusta.

—Hola, señora Beaver —la saludo—. Me alegro mucho de verla hoy.

Primero, su mirada se desvía hacia mis pies. Le doy gracias a Dios por haberme hecho la pedicura el otro día y que así no tenga que decirme lo secos que tengo los pies. Después, va subiendo por el vestido hasta llegar a mi cara.

—Ophelia, qué agradable verte —dice con un ligero tirón en los labios, que es su manera de sonreír—. Por favor, tomad asiento. Tenemos mucho de qué hablar.

Parece que le gusta mi vestido, porque no le ha saltado la vena de la frente ni ha contraído sutilmente la mandíbula. Al fin he acertado.

Brian aparta una silla para mí y yo me siento antes de coger la servilleta de la mesa y doblármela sobre el regazo.

—Hace un día precioso —comento, mientras la señora Beaver me levanta la mano y estudia mi anillo.

—Brian, querido, ¿has contratado un seguro para esto?

—Sí, madre. Y una limpieza mensual.

La señora Beaver asiente, satisfecha.

—Bien. —Después me suelta la mano antes de colocarse su servilleta—. Me he tomado la libertad de pedir para todos la ensalada de salmón.

Puaj… salmón. Siempre pide lo mismo.

—No quería perder el tiempo mirando la carta. Tenemos mucho de qué hablar, mucho que planificar.

—¿Planificar? —pregunto, confundida.

—Sí, Ophelia. Ahora eres una mujer comprometida. Eso significa que tenemos que empezar a planificar la boda.

—Ah, ¿tan pronto?

Me lanza una mirada penetrante.

—¿A qué te refieres con «tan pronto»? Ophelia, solo queda un mes para que acabe el verano. El club tiene un hueco un sábado por la noche dentro de cinco semanas, así que, sí, tan pronto.

—Espere, ¿quiere que nos casemos dentro de cinco semanas? —pregunto, y los ojos casi se me salen de las órbitas.

Brian me agarra la mano para tranquilizarme.

—Madre, me parece un poco pronto.

La señora Beaver mira ahora a su hijo, y sus ojos de acero casi hacen que mi prometido se derrita en su asiento.

—Brian, ¿acaso quieres esperar un año entero? Los Beaver solo se casan en verano. Ya lo sabes, es

la tradición, y como le has pedido matrimonio tarde, solo nos quedan cinco semanas de margen.

—¿Qué tiene de malo esperar un año? —les pregunto a los dos—. Nos dará tiempo para asegurarnos de que todo sea perfecto.

—La sobrina de Brian será demasiado alta para llevar las flores dentro de un año. Tienes que pensar en las fotos, Ophelia.

Ah, sí, las fotos. Que Dios nos salve de que aparezca una niña alta con flores y lo eche todo a perder.

—La boda debe ser este año, y tiene que ser dentro de cinco semanas. Es nuestra única opción. —Levanta su copa de agua y se la lleva a los labios fruncidos para hacernos saber que su decisión es definitiva.

—Cinco semanas, bueno… Supongo que podemos hacer que funcione —dice Brian, doblegándose a ella como un árbol marchito—. Será divertido, ¿verdad, Ophelia? —Solo me llama por mi nombre completo en presencia de su madre, y lo odio, porque suena muy raro cuando lo dice él. La única persona que me gusta que me llame por mi nombre completo es Breaker porque lo hace en momentos especiales, y no porque su madre lo obligue a hacerlo.

Madre e hijo se me quedan mirando. Están esperando mi respuesta, pero a mí me resulta muy difícil darla porque ahora mismo parece que la garganta se me ha cerrado.

—Ah, lo siento. —Respiro hondo—. Es que todo esto de la boda es difícil, ¿sabéis? Pensaba que mis padres estarían a mi lado para ayudarme.

—Oh, querida —dice la señora Beaver, dándome unos ligeros golpecitos en la mano con frialdad —. Para eso me tienes a mí. Y ahora… —Chasquea los dedos a su espalda para llamar al camarero que esté esperando en alguna esquina recóndita. Aparece uno con una carpeta gruesa forrada en piel, que coloca delante de la señora Beaver—. Este será el libro de planificación de la boda —anuncia, girándolo hacia mí—. Tiene todo lo que hay que elegir. Por supuesto, ya que tus padres no están ya con nosotros, me he tomado la libertad de elegir unas cuantas opciones de entre los tipos de bodas que hay disponibles.

Abre la carpeta y la empuja hacia mí.

—El lugar de celebración, evidentemente, es el club. Nuestra familia ha celebrado banquetes aquí desde hace muchos años. Eso no cambiará.

Genial, qué bien que mi opinión cuente.

—En cuanto a las flores, los colores y el tema, hay algo de flexibilidad.

—¿Flexibilidad? —pregunto, en tono bastante irritado.

Casarme dentro de cinco semanas ya es demasiado difícil como para que además solo me den algo de flexibilidad. Eso es algo con lo que no estoy segura de sentirme cómoda.

—Bueno, sí, habrá algunos invitados importantes. Solo por eso, ya hay que guardar las apariencias.

—Pero ¿qué hay de lo que queremos Brian y yo? —inquiero—. Después de todo, es nuestra boda.

La señora Beaver aprieta la mandíbula y sonríe con tanta tirantez que su boca parece una cuchilla a punto de rajar todos nuestros sueños con su filo.

—Ophelia, debes entender la importancia de casarte con un miembro de la familia Beaver. No se trata de una boda normal y corriente: es una demostración de posición social. Es la forma en que nuestra familia exhibe los *diversos* logros que hemos conseguido hasta alcanzar nuestro estatus. Cada mínimo detalle debe ser elegido en virtud de nuestro círculo. Entiendo que tu origen sea humilde, pero pronto serás una Beaver, y hay que cumplir con ciertas expectativas.

Brian se inclina hacia mí.

—Solo es una fiesta, Ophelia —dice—. ¿Qué importan las flores que se elijan?

—A mí sí que me importa —contesto, notando que cada vez pierdo más la compostura. Y dejad que os cuente una cosa: los Beaver nunca la pierden.

—Bueno, bueno. —La señora Beaver vuelve a darme unas palmaditas en la mano—. No es necesario montar una escena. —Cierra la carpeta—. Ya veo que tienes tus propias opiniones sobre la

boda, y no quiero estropearos vuestro día especial. ¿Qué tal si… vamos decidiéndolo poco a poco? Podemos reunirnos, explorar las opciones, y podréis elegir a partir de ahí.

—Es muy amable de tu parte, madre —responde Brian. Casi ni lo he escuchado, de tan metida que tiene la cabeza dentro del culo de su madre.

—Bueno, si hay algo que soy, es comprensiva —contesta ella—. No quiero que la novia esté molesta con su nueva familia. Entonces, ¿qué opinas, Ophelia? ¿Crees que podrás reunirte conmigo y tomar algunas decisiones?

Trago el nudo que se me ha hecho en la garganta y asiento, porque ¿acaso tengo otra elección? La señora Beaver quiere que la boda se celebre dentro de cinco semanas. Brian no va a interceder por nosotros porque sigue mamando de su teta en busca de aprobación, así que me parece que no tengo más remedio que acceder a este plan.

—Sí —contesto—. Creo que será agradable.

—Maravilloso —añade la señora Beaver, sin la más mínima emoción. Vuelve a chasquear los dedos y, en un solo instante, nos colocan las ensaladas delante—. Bueno, ahora a comer.

Levanta el tenedor y corta el salmón con mucha delicadeza mientras Brian me agarra de la mano y me sonríe con alegría.

Lo que hay que hacer por amor.

—Gracias de nuevo, Lia —dice Brian al acompañarme a mi apartamento.

Después de haber pasado un rato largo en el club, hemos estado otras dos horas más paseando por las instalaciones mientras una planificadora de bodas nos mostraba todos los espacios. Como era de esperar, la señora Beaver llevaba la batuta. Tenía su propia opinión sobre la ceremonia y sobre cuándo ofrecer el cóctel, además de la cena. La pista de baile sería modesta, con el espacio suficiente solo para dos personas bailando lento —porque, según ella, en nuestra boda no habrá empujones ni frotamientos—, y después eligió la habitación de la novia, donde me cambiaré de vestido.

Cuando le pregunté cuántos vestidos tenía pensado que me pusiera, dijo que al menos tres, como si fuese la pregunta más absurda que hubiese escuchado nunca.

¿Tres vestidos? ¿Acaso hay alguna persona que tenga capacidad para elegir tres vestidos de novia distintos? La señora Beaver explicó que está el vestido de la ceremonia, el del banquete y luego el de despedida, claro, el que se pone una cuando abandona la celebración. Cuántos gastos inútiles. Cuando nos marchamos ya eran más de las cinco, y tenía mucha prisa por irme a casa.

Cogí un Uber para ir al club porque a Brian siempre le gusta llevarme en coche, y tal y como imaginaba, hoy quería llevarme él.

—¿Gracias por qué? —pregunto al llegar a mi puerta, y me giro hacia él.

—Sé que una boda grande probablemente no es lo que querías, pero para mi madre es importante.

—Sí, ya me he dado cuenta. —Aprieto los labios. Le tiro de la solapa de la chaqueta—. ¿Estás seguro de que todo esto es necesario? ¿De verdad tenemos que celebrar una boda tan grandiosa? ¿No nos podemos fugar ni nada?

Él resopla.

—Lia, mi madre me mataría. Soy su niño pequeño, el último de sus hijos en casarse. No permitirá que me fugue.

—¿Sabes, Brian? —pregunto en tono seductor, mientras le acaricio el pecho con la mano—. Lo genial de ser adulto es que puedes tomar tus propias decisiones.

Él me apoya contra mi puerta y me desliza la mano por el muslo.

—Sí, pero cuando la decisión no me importa en realidad, no me molesto en pelearme.

—¿Y no te importo yo? —inquiero.

Él me acuna la mejilla.

—Pues claro que me importas, Lia. Pero también sé que todo eso de la boda no te preocupa

demasiado.

—Debería preocuparnos a los dos. Es nuestro día.

Acerca su boca a la mía y me da unos cuantos besos ligeros antes de separarse otra vez.

—Tenemos el resto de nuestras vidas para hacer todo lo que queramos. Ese es solo un día, Lia. Y va a ser precioso: ya sabes que mi madre no aceptaría lo contrario. Confía en ella, ¿vale? Puede que opines que sus ideas son perfectas.

Suelto un suspiro al oír el pitido del ascensor. Miro por encima del hombro de Brian justo cuando las puertas se abren y aparece Breaker.

Me entra el pánico, y trato de avisar rápido a Brian.

—Acaba de llegar Breaker —susurro—. Esta noche le voy a contar lo del compromiso. Por favor, no digas nada. —Las palabras se me escapan tan rápido que casi ni las entiendo yo misma.

—¿Esta noche? —pregunta—. Pero pensaba que podíamos entrar en tu casa y, ya sabes, celebrarlo…

Ya, eso no va a pasar. La única vez en que «lo celebro» con Brian en mi apartamento es cuando Breaker está fuera de la ciudad. Lo último que necesito ahora es que mi mejor amigo escuche eso a través de la pared que compartimos. Además, y por raro que pueda parecer, la única vez en que Brian no está demasiado cansado como para «celebrarlo» es cuando está en mi casa.

—Lo siento, pero le prometí que esta noche me quedaría con él. Te lo compensaré. Me llevaré una mochila el viernes y pasaré todo el fin de semana contigo, ¿vale?

Se pone rígido de la irritación y me suelta.

—Brian, por favor, no te enfades.

—No, lo entiendo. —Se estira la chaqueta—. Pero este fin de semana eres mía.

—Te lo prometo —contesto, rodeándole el cuello con la mano y acercándolo a mí para darle un beso.

Solo quiero darle un piquito, pero Brian se lanza a por todas, me mete la lengua y monta un espectáculo. Cuando se separa, Breaker está a tan solo unos pasos de distancia, esperando con paciencia con nuestra cena en la mano.

Brian se da la vuelta y le sonríe.

—Me alegro de verte, tío. ¿Qué tal Nueva York?

—Bien —responde Breaker, con cara del buen chico que es, sin dejar entrever ni un ápice de lo mal que le cae Brian. Nunca me lo ha dicho a la cara, pero sé adivinar cuándo Breaker disfruta de la compañía de alguien y cuándo no. Pone su sonrisa falsa, esa con la que solo levanta una esquina de la boca. Así es como sonríe siempre a Brian—. Me alegro de haber vuelto. Prefiero la Costa Oeste.

—No sé. Nueva York tiene algo que esta ciudad no puede ofrecer. ¿Quién sabe? A lo mejor algún día nos mudamos a La Gran Manzana, ¿verdad, Lia?

Eeeh… ¿perdona?

La mirada de Breaker se cruza con la mía, llena de dudas sobre lo que acaba de escuchar, y, para ser sincera, yo tampoco tengo ni idea.

—Bueno, te veré este fin de semana, ¿vale? —le digo, en vez de intentar hacer de intermediaria.

Brian asiente y me besa otra vez.

—Llámame esta noche. Quiero hablar de este fin de semana y de nuestros planes.

—Vale.

—Te quiero.

—Te quiero. —Me despido con la mano, y Brian se aleja hacia el ascensor. Pulsa el botón y se mete la mano en el bolsillo.

Cuando ya está dentro, me giro hacia Breaker, que tiene una ceja arqueada.

—¿Te vas a mudar a Nueva York? —pregunta.

—¿Qué? —casi grito—. ¡No! —Meneo la cabeza—. No, no sé de qué estaba hablando.

—¿Estás segura? Porque ahora mismo pareces un poco nerviosa.

Eso es porque estoy intentando esconder el anillo que tengo en el dedo.

—Segura. Creo que solo ha sido un comentario de pasada. No nos vamos a mudar. —Me giro hacia mi puerta, la abro y pasamos los dos.

—Vale, porque a mí no me viene bien. A ver, me mudaría, pero es que prefiero la Costa Oeste.

—Yo también.

Deja la bolsa sobre la encimera y saca las dos cajas de comida que trae dentro mientras yo dejo mis cosas.

—Por cierto, estás muy guapa. —Siento su mirada sobre mí, y me entran ganas de deshacerme del vestido ahora mismo.

—No es mi estilo. Es demasiado corto.

—Puede que no sea tu estilo, pero te sienta bien. ¿Qué se ha celebrado hoy?

Me giro a mirarlo y coloco las manos a mi espalda.

—He comido con «La Beave».

Le pusimos a la madre de Brian ese apodo después de mi primer encuentro con ella. Tengo cuidado de no usarlo porque no quiero que se me escape mencionar a la madre de Brian como «La Beave» delante de él. Seguro que me miraría cabreado, me daría un buen sermón y tendría que disculparme un montón de veces. Ese hombre quiere a su madre. No hay nada de malo en ello. Solo hay que tener cuidado con lo que no se debe hacer.

—Ah… ¿En el club? —pregunta Breaker en tono altanero, levantando el dedo meñique.

Breaker es multimillonario. Tiene dinero más que suficiente como para sacarles los colores a los Beaver, pero no se comporta como si lo tuviera. Vale, puede que lleve unos trajes perfectos hechos a medida de la mejor tela del mundo, que sus relojes se parezcan más a joyas caras y que sus cortes de pelo cuesten más de lo que debieran, pero vive en un modesto apartamento junto al mío porque es lo que yo me puedo permitir. Podría vivir en The Flats, con sus hermanos. Podría tener una casa frente a la playa de Malibú, además de un ático en el centro de la ciudad, pero ha decidido vivir aquí.

—Sí, en el club.

—¿Otra vez has comido ensalada de salmón?

—Sí, y estaba tan asquerosa como la primera, la segunda, la tercera, la cuarta y la quinta vez que la he comido.

Él se ríe por lo bajo.

—La próxima vez discúlpate después de pedir y dile al camarero que te traiga una hamburguesa.

Me aprieto el pecho, horrorizada.

—¿Y arriesgarme a que le echen la bronca al camarero? No, gracias. Prefiero aguantar el salmón.

—Eres toda una Juana de Arco, ¿lo sabías?

—Eso intento. Vale, voy a cambiarme deprisa, porque no me puedo sentar cómodamente con este vestido sin enseñarte la ropa interior.

—Como si no me la hubieras enseñado un montón de veces antes…

—¡Por accidente! Haces parecer que soy una buscona.

—En Halloween, hace cinco años, te pusiste ese traje de criada. Creo que te vi la ropa interior más veces esa noche que en todos los años desde que nos conocemos.

—Ay, disculpe, señor. Me puse ese disfraz de criada porque perdí una apuesta contigo y eso fue lo que elegiste. Si hubiera podido hacerlo yo, habría ido de tostada con mantequilla derretida. Sabes cuánto me gusta disfrazarme de comida.

—Sí, pero lo de la criada fue mucho más divertido.

—Para ti…, pervertido.

Hace una mueca exagerada de exasperación.

—Por última vez, no es porque fuese un pervertido. Es porque sabía que no te gustaría.

—Guau, qué gran amigo eres.

Él sonríe contento.

—Ya lo sé.

Me voy a mi habitación riéndome entre dientes. Me quito el vestido y los tacones a toda prisa y los cambio por unas zapatillas negras mullidas de estar por casa, unos pantalones cortos de algodón y una camiseta de asesinatos misteriosos. Me recojo el pelo en un moño y luego miro mi anillo de compromiso. ¿Debería salir con él puesto o debería contárselo primero?

Me muerdo el labio inferior tratando de decidirlo. Cinco semanas es demasiado rápido. O sea, rápido a la velocidad del rayo, y, sí, claro que me quiero casar con Brian, lo quiero, pero ni siquiera he podido asumir el hecho de que me voy a casar todavía.

Jugueteo con el anillo y, al final, me lo quito del dedo. Creo que lo mejor es que no salga corriendo a la cocina con el anillo, sino que saque el tema durante la conversación.

Lo dejo sobre la cómoda y vuelvo a la cocina, donde Breaker ha colocado ya dos servicios con bebidas y un montón de servilletas encima de la mesa. Las vamos a necesitar.

Los tacos que pide Breaker son de un camión de comidas local que hay en la esquina. Están tan buenos que seguramente me los compraría todas las noches si no tuviera el suficiente autocontrol. Pero como vienen con una salsa chorreante en la que han cocinado la carne, necesitamos un montón de servilletas porque, bueno, la cosa se pone un poco guarra.

—Ay, qué bien huelen.

—Sí, es verdad, así que date prisa y trae tu culo aquí ahora mismo para que me los pueda comer.

Me siento enfrente de él.

—Podrías haber empezado sin mí.

—Sabes que nunca lo hago. Ante todo soy un caballero, y siempre espero.

—No esperaste hace dos meses, cuando traje tarta de queso.

—Ah, la tarta de queso.

—Los dulces son tu perdición. —Cojo un taco, él hace lo mismo y, como cada vez que los compramos, brindamos con ellos por la comida y después los mojamos en la salsa. Yo le doy un bocado enorme y mastico.

—Bueno, ¿y qué tal la comida? —pregunta tras unos segundos.

Yo trago antes de responder.

—Bueno, ya sabes, lo mismo de siempre, lo mismo de siempre.

Se detiene a mitad de camino de llevarse el taco a la boca, con la salsa goteando de la tortilla crujiente.

—¿Cómo es que me parece que me estás ocultando algo?

—¿Qué? ¿Ocultando? ¡Ja! No, yo nunca oculto nada. —Me recoloco las gafas de montura morada y me río por lo bajo—. ¿Por qué te iba a ocultar nada? Eso no tiene sentido. Te lo cuento todo.

—Estás divagando.

—Eeeh, no, no es verdad. Me estoy defendiendo. Porque ¿para qué te iba a ocultar nada?

Deja el taco y cuadra los hombros.

—Ahora no tengo dudas de que me estás ocultando algo.

—No me gusta tu mirada acusatoria.

—Y a mí no me gusta que alargues lo inevitable, que es contarme lo que está ocurriendo de verdad. —Me señala con la cabeza—. Venga, suéltalo.

Buf, qué bien me conoce. No tiene sentido; seguirá intentándolo toda la noche, así que dejo el taco y lo miro a los ojos.

—Ha ocurrido algo en mi vida.

—Vaaale —contesta.

—Algo que cambiará un poco las cosas.

Frunce el ceño.

—*Sí* que te vas a mudar a Nueva York, ¿a que sí?

—¡Nooo! No me voy a mudar, solo voy a… cambiar mi situación sentimental.

Arquea las cejas.

—¿Vas a romper con Brian? Menos…

—No, me ha pedido matrimonio, y nos vamos a casar.

A Breaker se le desencaja la mandíbula.

—¿A casar? —pregunta.

—Dentro de cinco semanas —contesto, con una mueca.

—¿Cinco semanas? —insiste—. O sea… *¿Cinco semanas?*

—Sí.

Él se reclina en la silla, completamente atónito. Ya, lo entiendo. Yo también estoy sorprendida.

—Sé que es rápido, pero La Beave quiere que nos casemos en el club, y hay un hueco, y su familia siempre se casa en verano, y como el año que viene no puede ser porque su sobrina será demasiado alta… Pues nada, cinco semanas.

—Guau. —Se limpia la boca con la servilleta y la tira sobre la mesa—. Eso es… un montón de información. ¿Se te ha declarado hoy? —Me mira la mano—. ¿Dónde está el anillo? Te ha comprado un anillo, ¿no?

—Sí, está en mi habitación.

—¿Por qué?

—No quería asustarte. Se me declaró hace una semana. Quería contártelo en persona. ¿Estás enfadado?

Vuelvo a hacer una mueca, y siento que el corazón me late como loco.

—¿Por qué iba a estar enfadado?

—Porque, ya sabes, pasó hace una semana y no te lo he contado, y sé que Brian no es tu persona favorita.

—Pero es la tuya, así que, por tanto, a mí también me gusta —contesta Breaker, mintiendo como un bellaco. No hay ni el más mínimo rastro de emoción en su voz. Traga saliva como si se estuviera tragando un clavo—. Enséñame el anillo —me pide después.

—¿Quieres verlo? —pregunto, notando una tensión extraña entre los dos.

Sé que no se alegra por mí. Sé que todo esto lo ha pillado desprevenido, igual que me pasó a mí. Pero está sonriendo, se está esforzando, y eso no hace más que… empeorar las cosas.

—Sí, enséñamelo.

—Vale. —Voy a mi habitación, lo cojo y se lo doy a Breaker cuando vuelvo al salón. No me lo coloco en el dedo, sino que se lo doy, sin más.

—Guau, qué bonito —dice, alzando la mirada hacia la mía, probablemente para calcular mi reacción—. Póntelo.

Me lo devuelve, y yo me lo coloco en el dedo.

—Te sienta genial, Lia —añade con suavidad. Y ahí está, ese es mi mejor amigo. Dirá cualquier cosa con tal de que me sienta cómoda, aunque seguramente sepa que llevando ese anillo nunca podría sentirme de esa manera.

—Es distinto a lo que yo habría elegido —admito.

—Pero eso no hace que sea menos bonito. —Sonríe y se pone de pie—. Ven aquí.

Yo me levanto y él me abraza, con sus brazos fuertes envolviéndome mientras yo apoyo la cabeza en su pecho. No sé si es porque todo está ocurriendo tan deprisa o porque está siendo tan bueno conmigo, pero las emociones me pueden y los ojos se me empiezan a llenar de lágrimas, así que lo aprieto con fuerza.

—Me alegro por ti, Lia. —Me da un beso en la coronilla—. Cinco semanas es muy poco tiempo, pero estoy seguro de que será genial.

Se me hace un nudo en la garganta y noto que las lágrimas están a punto de resbalarme por las mejillas. No quiero que me vea llorar. No me gusta ponerme sensible delante de nadie, y mucho menos de Breaker, pero ahora mismo parece que no puedo evitarlo.

Se me escapa un ligero sollozo, y en cuanto Breaker lo escucha, se separa un poco de mí y se agacha para mirarme a la cara. Yo me enjugo las lágrimas por debajo de las gafas, pero es demasiado tarde.

—Eh —me dice con ternura—, ¿por qué lloras?

—Yo… Es que creo que es demasiado para mí ahora mismo.

—Ven aquí —dice, agarrándome de la mano y acompañándome hacia el sofá. Los dos nos sentamos, mirándonos a la cara—. Habla conmigo. ¿Qué está pasando? ¿Es que no te quieres casar?

—No, a ver…, sí que quiero casarme. Solo que no me lo esperaba. Brian y yo nunca habíamos hablado de matrimonio, así que me pilló desprevenida cuando me lo pidió. Y hoy, en la comida, me ha parecido que todo iba demasiado deprisa. La Beave quiere que me ponga al menos tres vestidos, cosa que creo que es un despilfarro. Brian no quiere enfrentarse a su madre, y el anillo es…, puf, es enorme, y yo siempre había querido uno de esos de pasado, presente y futuro con los tres diamantes, y luego estás tú. Me daba mucho miedo contártelo porque sé que Brian no te cae bien…

—Espera, para un momento —me interrumpe Breaker en tono calmado—. No tienes que preocuparte por mí ni por cómo me siento en todo esto, ¿vale? Mis sentimientos, mis pensamientos y mis opiniones no importan. Lo único que importa es cómo te sientes tú y qué quieres tú. —Me aprieta la mano—. ¿Cómo te sientes?

—Asustada —admito—. Triste. No… estoy cómoda. Y no es porque no quiera a Brian, porque lo quiero, pero es que creo que todo esto es muy raro. Solía hablar de este día con mis padres, y ahora ellos no estarán presentes. Todo está ocurriendo demasiado rápido, y, no sé… Esperaba sentir otra cosa cuando me pidieran matrimonio.

—A lo mejor todavía no lo has asumido —explica—. Puede que tardes un poco en comprender lo que está sucediendo.

—Puede. —Recorro la tela del sofá con el dedo, bajando la mirada—. ¿No estás enfadado?

—Lia. —Me levanta la barbilla para obligarme a mirarlo a sus ojos azul cristalino—. Si estuviera enfadado contigo, entonces no sería muy buen amigo, ¿verdad?

—Supongo que no.

—Esto es emocionante, ¿vale? Brian te ha pedido matrimonio, y te vas a casar. Muéstrame esa sonrisa.

Las lágrimas me resbalan por las mejillas mientras intento sonreír de manera penosa.

Él se ríe por lo bajo.

—A ver, te ha quedado muy triste.

—Lo estoy intentando. Creo que lo estaba llevando todo muy bien, solo estaba esperando para contártelo, pero en la comida de hoy he sentido como si La Beave me hubiera pasado por encima. Sé que la boda es importante para su familia por su estatus social, y que solo se trata de guardar las apariencias en lo que a ellos respecta, pero es que mi opinión debería contar en todo esto, ¿no?

—Mmm… Sí, Lia. Es tu boda. Deberías poder opinar sobre lo que ocurre en ella.

—Es que me convierto en un felpudo cuando estoy en su presencia. Es difícil hacer valer mi opinión, ¿sabes?

—Es difícil enfrentarse a personalidades fuertes, y lo entiendo. Yo tengo que lidiar con mis hermanos todos los días.

—Ya me habían pisoteado bastante con la fecha, y he tratado de influir en la decisión sobre el lugar en donde se celebrará la boda, pero no lo he conseguido. Creo que al final terminaré resentida con todo esto, porque me van a llevar de aquí para allá, y eso acabará con toda la emoción del momento.

—Es comprensible. ¿Puedes tomar las decisiones sin La Beave?

Le lanzo una mirada penetrante.

—Eso es imposible. Ya ha concertado citas.

—Bueno, pues entonces… llévame contigo —dice Breaker, y su sugerencia me hace reír.

—Venga ya, Breaker, va en serio.

—Yo también voy en serio —afirma—. Puedo acompañarte. Tampoco es que tenga mucho que hacer ahora mismo. Tengo que mantenerme alejado del trabajo. Así tendré algo con lo que mantenerme ocupado. —Sonríe de medio lado—. Igual puedo ser tu planificador de bodas.

—Ay, Dios, para. —Le doy un empujón.

—O tu «damo» de honor, oooh…, tu hombre de honor. O mejor aún, tu caballero de compañía.

—¿Quieres dejar ya de decir tonterías?

Frunce el ceño.

—Ah, ¿tienes otra mejor amiga de la que yo no sepa nada y que quiera encargarse del puesto de dama de honor?

Me quedo en silencio, pensando.

—Uf, la verdad es que no. Pero supongo que no había pensado en ello en realidad.

—Yo soy tu mejor amigo, ¿no?

—Sí —contesto.

—Y los mejores amigos siempre son los que ocupan el puesto de padrino o dama de honor, ¿no?

—Cierto —admito.

—Por lo tanto, mediante el proceso de eliminación, solo quedo yo para ser tu damo de honor, pero creo que suena mucho mejor «caballero de compañía», ¿no crees?

—No irás en serio, ¿verdad?

—Pues claro que sí —responde, con toda sinceridad—. Escucha, Lia: sé que va a ser difícil sin tus padres. Lo pasaste muy mal al perderlos, y ellos no querrían que estuvieses sola en todo esto. Yo tengo tiempo, y aunque no lo tuviera, lo conseguiría por ti. Puedo ayudar. Puedo ser tu apoyo, tu compinche, tu guardaespaldas, tu matón.

—¿Guardaespaldas? ¿De verdad crees que necesito protección de La Beave?

—Ya la conozco. Solo su mirada resulta aterradora, con que no digamos ya su nivel de manipulación. Créeme, necesitarás guardaespaldas, y yo soy tu hombre.

—¿Y qué hay de Brian?

—¿Qué pasa con él?

—No os lleváis bien.

Breaker se remueve en el sofá y luego sonríe.

—Bueno, va a ser tu marido. Más vale tarde que nunca: me pondré a trabajar en esta relación, porque no pienso dejar que los rencores o la tensión entre tu futuro marido y yo se interpongan entre nosotros, ¿entiendes?

Mientras escucho cómo me reconforta, vuelvo a notar que me embarga la emoción y que los ojos se me vuelven a llenar de lágrimas.

—¿Qué pasa? —pregunta, preocupado.

—Es solo que… —Lo miro a los ojos—. Me alegro mucho de habértelo contado. Parecías un pervertido hace tantos años con ese bigote, pero me alegro de tenerte en mi vida.

Él suelta unas carcajadas.

—¿Sabes? Si tienes suerte, igual consigo dejarme crecer el bigote otra vez para tu boda.

Le pongo la mano en la cara y lo empujo.

—Ni se te ocurra.

3

BREAKER

Doy vueltas frente a la puerta de la casa de J. P. mientras el rocío de la mañana cae fresco por las hojas del césped justo cuando el sol empieza a aparecer en el cielo, calentando la temperatura del día.

Anoche dormí solo una hora. Y eso, con suerte.

Cuando conseguí calmar a Lia y nos acabamos los tacos, jugamos unas cuantas rondas de Yahtzee de cristal, pero ninguno de los dos estaba prestando atención. Creo que los dos teníamos la cabeza en otro sitio. Dimos por finalizada la noche y, cuando me fui a la cama, tocó la pared, yo repetí el gesto… y luego no me quedé dormido.

La cabeza seguía dándome vueltas sin parar.

Está comprometida… con Brian.

Cuando dijo que su situación sentimental iba a cambiar, de verdad pensé que iba a romper con él. Y, joder, casi suelto un *«¡MENOS MAL!»* enorme. ¿Te imaginas si se me hubiera escapado? Me interrumpió justo antes de que ocurriera. Vale, sí, se estaban besando en el pasillo cuando llegué, pero el lenguaje corporal dice mucho, y en ese momento Brian era quien estaba inclinado sobre ella mientras que Lia trataba de alejarse un poco. El beso fue cosa de él.

Sin embargo, quién me lo iba a decir… No es una ruptura, sino una boda, y eso me hace sentirme… Mierda, me siento raro.

Porque es Brian. El tipo la hace feliz, pero no la entiende. No conoce a Lia como la conozco yo. Si lo hiciera, no le habría comprado ese anillo de compromiso que estoy seguro que puede verse desde Marte, porque es enorme. O bien me habría preguntado a mí, su mejor amigo, o habría sabido que ese no. Yo no habría elegido ese anillo para ella ni en un millón de años, ni tampoco la habría presionado para casarnos en cinco semanas, solo un año y medio después de que hayan muerto sus padres.

Sí, Brian la conoció una semana después de su funeral. Los padres de Lia murieron en un trágico accidente de helicóptero por la noche. Su madre murió al instante. Su padre sobrevivió al impacto, pero tuvo un paro cardíaco y murió en el quirófano. Dos semanas después, Brian la encontró en un bar. Estaba hecha polvo, triste y necesitada de cariño, y lo encontró en Brian.

Sin embargo, todavía sigue sufriendo por la pérdida de sus padres, y no creo que a él se le haya ocurrido pensarlo. Lo único que le importa es cumplir con los requisitos que le impone su madre.

Tener un trabajo de éxito.

Comprar una casa bonita.

Comprometerse con una mujer aceptable.

Celebrar una boda de lujo.

Tener nietos.

Él tiene una trayectoria fijada, y no estoy seguro de que Lia vaya a seguirla.

Pero ¿quién soy yo para decirle nada?

Me tiro del pelo cuando la puerta se abre. J. P. aparece vestido solo con unos pantalones cortos. Tiene el pelo hecho un desastre, y parece listo para asesinarme.

Cojo la caja de donuts que he dejado en el portal.

—He traído el desayuno —anuncio.

—Tío… —se frota un ojo—, solo porque no puedas ir a trabajar no significa que tengas que molestarme a mí.

—No se trata de trabajo. Tengo que hablar contigo.

—¿Se trata de la loca que te hizo unos calzoncillos con tela de *tweed*?

—Eran de yute, y no. Se trata de Lia.

—¿Lia? —pregunta, más espabilado y con una sonrisa asomando a su cara. Se queda mirando mi postura inquieta, las bolsas que tengo debajo de los ojos, y entonces…—. Ay, mierda, al fin te has dado cuenta de que estás enamorado de ella.

Se me cae el alma al suelo.

—Voy a darte una puñetera patada en los huevos como sigas con esa mierda —anuncio, echando la pierna hacia atrás, y J. P. se aparta de un salto—. No tiene nada que ver con mis sentimientos platónicos hacia ella. ¿Entendido?

—Claro. —Se limita a sonreír otra vez y a abrir la puerta—. Espero que haya *cronuts* ahí dentro. Me apetecen mucho.

—Los hay —respondo—. Pero no vas a probar ninguno si sigues portándote como un gilipollas conmigo.

—Tío, eres tú quien ha venido a mi casa. Puedo tratarte como me dé la real gana.

Desde la parte de arriba de las escaleras, Kelsey nos llama, vestida con un albornoz y el pelo revuelto.

—¿Quién es?

—Breaker —contesta J. P.—. Necesita hablar sobre Lia.

Yo miro hacia arriba y pillo a Kelsey sonriendo. Decido interrumpirla antes de que diga nada.

—No, no siento nada por ella. Se trata de otra cosa.

Su sonrisa se desvanece.

—Ah, vale. Voy a recogerme el pelo y ahora bajo. ¿Quieres que llame a Lottie para que tengas la opinión de otra chica?

Estoy a punto de responder que no, pero me lo pienso dos veces. No hará daño contar con la opinión de otra chica, y dado que Lottie y Huxley viven al otro lado de la calle de J. P. y Kelsey, me viene bien.

—Claro, dile que he traído donuts.

—Estará aquí en solo unos minutos, estoy segura.

Kelsey se marcha a su habitación mientras J. P. y yo vamos a la cocina, donde él empieza a preparar la cafetera.

—¿Sabes? No me sorprende que hayas venido a mi casa, en vez de a la de Huxley.

—Después de haberme encontrado a Huxley y Lottie follando contra una pared aprendí la lección. No me puedo quitar la imagen de su culo apretado de la cabeza.

—Kelsey y yo también follamos contra las paredes.

—Lo sé muy bien. La única diferencia es que, si os encuentro a Kelsey y a ti, tú te reirás de ello. Huxley dejará de hablarme durante una semana y después me dará un sermón sobre la privacidad entre marido y mujer.

—Sigue siendo bastante intransigente, ¿verdad? —pregunta J. P.—. Cualquiera pensaría que después de casarse con Lottie se relajaría un poco, pero parece que le cuesta sacarse el palo del culo.

—A estas alturas, ese palo es residente habitual.

J. P. se ríe y enciende la cafetera para preparar una jarra enorme. También coloca todo lo necesario en la cafetera exprés, por si alguien quiere tomarse uno de esos.

—¿Quieres que coja platos? —sugiero.

—Sí, estaría bien que fueses de utilidad.

—Con un «sí» habría bastado —replico, justo cuando Kelsey entra en la cocina. Se ha puesto unos pantalones cortos y una camiseta de J. P. Estoy seguro de que no llevaba nada debajo del albornoz.

—Lottie llegará en un momento. En cuanto he mencionado la palabra «donuts», ha salido corriendo. De Huxley no estoy segura: lo he escuchado gemir de desagrado cuando Lottie saltó de la cama.

No me sorprende. Huxley es muy posesivo con Lottie. Aunque, claro, J. P. también lo es con Kelsey.

Y yo… Bueno, nunca ha habido nadie en mi vida que me importara lo suficiente como para sentirme posesivo con ella. Al ver a mis hermanos encontrar a su media naranja y casarse, cualquiera pensaría que sentí celos, que me entrarían ganas de salir por ahí a encontrar a alguien, pero estoy satisfecho. No quiero esforzarme en encontrar el amor solo porque el resto de personas lo tengan. En mi opinión, cuando esa persona especial aparezca en mi vida, lo sabré, y no querré dejarla marchar nunca.

La puerta principal se abre de golpe y la voz de Lottie resuena por el enorme vestíbulo.

—¡Donuts, meteos en mi boca!

Miro por encima del hombro para ver a Lottie irrumpir en la habitación, vestida con un top y unas mallas cortas. Lleva el pelo hecho un desastre también. Detrás de ella aparece un Huxley no tan feliz.

—¿Por qué demonios nos hemos juntado tan temprano por la mañana? —pregunta al acercarse a mí y apoyar una mano en la isla de la cocina—. ¿Se trata del trabajo? No pienso liarme contigo. No puedes estar presente cuando el equipo realice una investigación a conciencia.

—No se trata del trabajo —contesto.

—Se trata de Lia —canturrea J. P. como una maldita colegiala. Le lanzo una rápida mirada fulminante que le hace alzar las manos—. No he dicho nada de que te guste.

—Nada de canturreos tampoco.

—Madre mía, qué sensibles estamos.

—¿Qué pasa con Lia? —pregunta Lottie, con la boca llena de donut relleno de mermelada.

—Bueno, ya que estáis todos aquí, os informo de que Lia está comprometida.

—Ah, ¿en serio? —pregunta Kelsey, aplaudiendo.

—¿Comprometida? Guau, eso es genial —añade Lottie.

—¿Con Brian? —inquiere J. P.

—¿El gilipollas? —apostilla Huxley.

—Esperad, ¿por qué es un gilipollas? —pregunta Kelsey—. ¿Es que no nos cae bien?

—A los chicos no les cae bien nadie —explica Lottie, dando otro bocado a su donut.

—No, no nos cae bien —contesta J. P., que se gira hacia mí—. ¿Cómo te cae a ti?

—Pues genial no —respondo mientras me siento frente a la isla y me agarro la cabeza con las manos. J. P. me deja una taza de café delante, pero ni siquiera me molesto en tocarlo—. No se la merece. No es lo suficientemente bueno. Deberías haber visto el anillo que le ha comprado. No es del estilo de Lia ni de lejos. Es como si hubiera ido a la joyería más cara y ordinaria y hubiera dicho «Dadme el anillo más caro que tengáis» antes de comprarlo. Y lo peor de todo es que La Beave quiere que la boda sea dentro de cinco semanas.

—¿Cinco semanas? —pregunta J. P.—. La leche, qué rápido. Aunque la nuestra también lo fue. —Sonríe a Kelsey—. Pero solo porque teníamos que adaptarnos a la agenda de Mirlitón.

—Sí, planificar una boda por lo que necesite una paloma siempre fue mi sueño.

J. P. estrecha a Kelsey contra su pecho y le da un beso en el cuello.

—Te encantó todo lo de nuestra boda.

—Cierto.

—Y anoche, cuando me lo contó, se puso a llorar —interrumpo, para volver a llamar la atención.

—¿De felicidad? —inquiere Lottie.

Yo niego con la cabeza.

—No, de tristeza, de nervios, de infelicidad. No había ilusión alguna en su voz, y no paraba de preguntarme si estaba enfadado. ¿Por qué demonios iba a estarlo?

J. P. y Huxley intercambian miradas y las chicas apartan las suyas.

—¿Qué? —insisto, al darme cuenta de que están teniendo una conversación secreta entre todos y que yo no me entero.

J. P. es quien habla primero.

—Tío, ¿no crees que una pequeña parte de Lia cree que, solo quizá, habrías intentado tener algo con ella en algún momento?

—¿Qué? —Meneo la cabeza—. No. Nunca hemos pensado en el otro de esa manera. Esto no tiene nada que ver con nuestra relación.

—¿Sabe que no te cae bien Brian? —pregunta Lottie.

—Yo nunca he dicho que me caiga mal, pero sabe que no nos llevamos bien.

—A lo mejor por eso te ha preguntado si estabas enfadado —dice Kelsey—. Sois tan buenos amigos que quizá esté buscando tu aprobación.

—Pero es que yo no lo apruebo. Ese es el problema. No es adecuado para ella, y no sé qué hacer al respecto.

—Nada —contesta Huxley, controlando todo a su alrededor con su voz profunda—. Absolutamente nada. Si te interpones entre Brian y ella, solo conseguirás destruir vuestra relación.

—Entonces, qué, ¿dejo que se case sin más con el gilipollas?

—Sí —responde Huxley.

Suelto un profundo suspiro.

—Pero…

—No hay «peros» que valgan —sigue Huxley—. Ya ha perdido bastantes cosas en su vida. Lo último que necesita es que tú se lo pongas todo más complicado.

—Entonces, ¿se supone que tengo que hacer de damo de honor y sonreír y decir que sí a todo lo que ella decida?

—Espera. —Lottie da una palmada sobre la mesa—. ¿Vas a ser su damo de honor? Madre mía, ¡me parece lo más bonito que hay!

—Es adorable —opina Kelsey—. Y sí, es lo que deberías hacer. Si no quieres hacerle daño, solo ayudarla, entonces sonríe y apóyala. Una pequeña duda: ¿quién es La Beave?

—La madre de Brian. Es la señora Beaver, y la llamamos «La Beave», aunque no a la cara. Piensa en Emily Gilmore, pero más pija todavía.

—Guau, brutal —comenta Lottie.

—Ya se lo está haciendo pasar mal a Lia. Por eso se va a celebrar la boda dentro de cinco semanas, porque lo ha exigido La Beave. La madre de Brian se ha encargado de todo, y anoche, cuando ella lloró, le dije que la ayudaría, que la acompañaría, pero, joder, ni siquiera he podido pegar ojo.

Lottie se inclina.

—¿Seguro que no sientes nada por ella? —susurra.

—¡Que no! —grito, solo para granjearme una mirada asesina de Huxley por haberle gritado a su mujer. Bajo la voz antes de continuar—. No siento nada. Creo que solo me preocupa lo que pueda ocurrir cuando se case con Brian. Ya no será mi vecina, eso está claro, y dudo que pueda pasar tanto tiempo conmigo. Incluso entonces, Brian estará presente. No sé. Siento que la estoy perdiendo, y que lo voy a hacer muy pronto.

—¿Y si hablas con Brian? —pregunta J. P.

—Es buena idea —se suma Kelsey—. Parece que el problema está en él, porque, seamos sinceros, no se trata de elegir las flores que le gusten a Lia. Cueste lo que cueste, tendrás que asegurarte de que la ayudas en todo lo posible. Así que parece que tendrás que arreglar las cosas con Brian si quieres sentirte cómodo con Lia de ahora en adelante, porque ella lo quiere y aceptó su petición de matrimonio, lo que significa que quiere seguir adelante. Es posible que esté preocupada porque su mejor amigo y su futuro marido no se llevan bien.

—Tienes mucha razón —afirma Lottie, cogiendo otro donut—. Soluciona las cosas con Brian, y seguro que todo irá bien.

—Pero es que no soporto estar en el misma lugar que él —replico.

—Pues me parece que vas a tener que aprender. —J. P. sonríe.

Miro el reloj y hago girar la copa de agua que tengo en la mano. Ya llegan diez minutos tarde, y si ya antes era incapaz de aguantar a ese tipo, ¿ahora me viene con estas?

Después de marcharme de casa de Kelsey y J. P., volví a casa y me fui a correr. No estaba preparado para aceptar su sugerencia, pero después de la carrera me di cuenta de que probablemente tenían razón. Si quiero que Lia esté tranquila y que la situación me resulte menos incómoda, entonces tendré que darle una oportunidad a Brian. Así que le envié un mensaje para preguntarle qué iba a hacer a la hora de comer y preguntarle si quería que nos viéramos.

Cuando me respondió se mostró entusiasmado, y me dijo el lugar y la hora. Pero ahora que estoy aquí, siento que me la han pegado, porque el cabrón ni siquiera me ha avisado de que iba a llegar tarde.

Me saco el móvil del bolsillo y veo que he recibido un mensaje de Lia.

> ***Lia:*** *Tengo que reunirme con La Beave en la iglesia donde quiere que nos casemos Brian y yo. Por favor, dime que puedes venir conmigo.*

¿Una iglesia? Creo que Lia no ha ido a una iglesia… en la vida.

Breaker: *Allí estaré para apoyarte.*

> ***Lia:*** *Gracias, Pepinillo.*

Breaker: *A lo mejor puedo ser tu Pepinillo de Honor.*

> ***Lia:*** *No lo digas ni en broma. Ya sabes que soy capaz de hacerte una camiseta que tenga exactamente esa frase.*

Breaker: *La llevaría con orgullo.*

—Eh, tío —escucho que me llama Brian, cuyos pasos se acercan cada vez más—. Siento haberte hecho esperar. Estaba terminando una conversación con un cliente que quiere invertir en bitcoins. —Extiende la mano—. ¿Qué tal estás?

Me guardo el móvil y se la estrecho con fuerza.

—Voy bien —respondo, y entonces ocupa el asiento que tengo enfrente, en el reservado que he conseguido hace diez minutos.

—He oído lo de la demanda. —Qué buena manera de iniciar una conversación, metiendo el dedo en la llaga. Menudo gilipollas. Claro que se ha enterado de lo de la demanda. No me sorprendería que tuviera él algo que ver con ella. Siempre ha estado celoso de que tuviera más éxito que él—. ¿Un entorno laboral hostil? —Brian menea la cabeza—. No me lo creo ni en broma. —Bueno, al menos tiene la decencia de reconocer lo que está bien y lo que está mal, o al menos de fingirlo.

—Sí, no puedo hablar de ello por motivos legales, pero gracias por tu apoyo. —Tampoco pensaba hablar de ello, de todas formas. No voy a entregarle munición con la que me pueda atacar en un futuro.

—Ah, sí, claro. Entiendo. Seguro que tu equipo se está ocupando de todo.

—Como siempre. —Sonrío, y entonces aparece la camarera. Pedimos un par de refrescos y bistecs con ensalada, y después se marcha.

—Bueno —empieza Brian—. Lia me ha dicho que te ha contado ya la gran noticia. —*Por desgracia.*

—Sí, enhorabuena, tío —contesto, sintiéndome tan incómodo que casi me odio a mí mismo en estos momentos. Tanta falsedad me está provocando urticaria—. Ya lo sabes, pero te vas a casar con la mejor chica del mundo.

—Sí que lo sé. Tengo una suerte tremenda, y me alegro mucho de que dijera que sí. Cuando se lo pedí, esperó un momento antes de contestar, y pensé que me iba a rechazar. Sin embargo, creo que

fue que contuvo el aliento de la emoción antes de aceptarme.

Ah, qué interesante. Seguro que tardó por algún motivo.

Siendo muy optimista, me gustaría que fuera porque sabe… que él no es el adecuado.

—El anillo es increíble también —digo, aunque es mentira. El anillo es una abominación.

—Gracias. Cuando lo vi, de inmediato pensé en Lia.

No sé por qué, pero bueno.

—Entonces, ¿en cinco semanas? Es muy poco tiempo —añado.

—Mi madre quiere que sea dentro de cinco semanas. Tiene sus razones. Lia debe de haberte contado que está preocupada por la fecha.

—Sí —respondo, porque aunque no quiero hablar en nombre de Lia, sí quiero defenderla.

—Bueno, a mí también me lo parece, pero es que hay un motivo. Pero me alegro de que vayas a ayudarla. Lia me ha dicho que ahora que tienes tiempo libre por la investigación puedes acompañarla en todas las citas. Mi madre puede llegar a ser muy cabezota, así que es bueno que ayudes a Lia. Ojalá pudiera hacerlo yo, pero es que estoy hasta las cejas de trabajo.

—Claro. —Me froto la barbilla con la mano. Es hora de comportarme como el más maduro de los dos. El mejor ya lo soy, claro—. Bueno, como os vais a casar pronto, he pensado que sería bueno que nos reuniéramos y… ya sabes, habláramos sin más. Quizá para solucionar algunos malentendidos y poder empezar de nuevo. Siento que hay un poco de tensión entre los dos. ¿O acaso me he estado equivocando?

—No, el ambiente ha estado raro —admite—. Creo que fue después de la charla sobre las acciones. A partir de ahí, todo fue a peor.

Bueno, joder, no esperaba que fuera tan sincero y directo. Eso sí que se lo tengo que reconocer.

—Sí. —Giro la copa sobre la mesa, y la condensación se acumula sobre la madera—. Ahí es cuando empezaron a complicarse las cosas.

Él se reclina en el asiento y se desabotona la chaqueta.

—Seré sincero. Me siento intimidado por tu amistad con Lia, y, por supuesto, por tu éxito junto con tus hermanos, y traté de solucionarlo de la peor manera posible. Lo siento.

Ah…

Esto es… Bueno, no es lo que me había esperado. Pensaba que quizá me echara la culpa a mí, o que dijera que yo no tenía razón, o que incluso iniciara una discusión, pero esto… En fin, no sé cómo gestionar tanta sinceridad.

Me froto la nuca con la mano.

—Gracias por la disculpa. Significa… mucho para mí, tío.

—Sí, debería haberlo hecho hace mucho, y a lo mejor las cosas no se habrían complicado tanto entre nosotros y podríamos haber pasado más tiempo juntos, pero es que el orgullo es lo que tiene.

—Lo entiendo. Probablemente yo también debería haberme acercado a ti antes.

—¿Y por qué lo has hecho ahora? Aparte de porque se acerca la boda…

Me encojo de hombros.

—He pensado que es lo mejor para todos. Creo que Lia se ha dado cuenta de la tensión que hay entre nosotros, y como ya está estresada, no quiero que lo esté todavía más. He pensado que si pudiera eliminar ese factor de estrés, se quedaría más tranquila. —Me gustaría decir que la ayudaría a eliminar sus temores, pero, joder, si lo hago, abriré una puerta que no quiero cruzar con Brian.

—Muy considerado —responde con perspicacia. Ese sí es el tono que me había esperado, no el del tipo relajado y contento con el que estaba tratando. En tan solo unos segundos veo que se pone rígido, su expresión se endurece y la mandíbula se le crispa.

Que suene la alarma… Este hombre está en estado de alerta y listo para atacar.

Y yo que pensaba que se iba a comportar con madurez…

Me froto las manos mentalmente. Esto es lo que estaba esperando.

—Y como os vais a casar —continúo, en tono relajado—, no quiero perderla. Sé que las cosas

cambiarán porque será tu mujer, y lo voy a respetar. No podré visitarla todo el tiempo, como lo hago ahora, y sé que nuestras quedadas como amigos serán menos y más espaciadas. Es solo que no quiero que estemos incómodos juntos.

Brian asiente.

—Lo entiendo —responde sin más.

No me tranquiliza.

No sugiere ningún plan que pueda aliviar mi miedo de perder a Lia.

Solo simple comprensión. Mis sospechas eran correctas. Cuando se casen, me va a costar Dios y ayuda pasar un rato con Lia. Y seamos sinceros: si yo estuviera en su pellejo, yo tampoco querría que el mejor amigo formara parte del matrimonio. Sobre todo si fuese yo quien se casase con Lia —cosa que sería muy rara—: no dejaría que él se le acercara.

Nos traen las bebidas y la comida al mismo tiempo, y mientras nos colocamos las servilletas en los regazos y cogemos los cubiertos no puedo evitar preguntarme por qué está tan a la defensiva en cuanto a mi relación con Lia. Nunca, y me refiero a NUNCA, le hemos dado nada de lo que preocuparse, así que ¿por qué coño me odia tanto?

—¿Sabes? Siempre he admirado tu amistad con Lia. —Me mira fijamente—. De ahí no ha pasado nunca, ¿no?

Madre mía…

Vale, por eso me odia.

—No —respondo, mirándolo a los ojos—. Es mi mejor amiga y ya está, nada más. No tienes por qué preocuparte porque seamos nada más que amigos.

Él asiente despacio.

—Bueno, pues entonces, aunque se supone que este fin de semana tendré a Lia para mí solo, me gustaría que tuviéramos una cita doble contigo también.

—Ah, eso estaría genial, lo que pasa es que ahora no estoy saliendo con nadie, así que la doble cita sería más bien conmigo de sujetavelas.

—Ya sé que no estás saliendo con nadie. Y por eso tengo a la persona perfecta para ti.

Eeeh… ¿Qué?

—¿Me has buscado a alguien con quien tener una cita?

Brian asiente.

—Sí. Se llama Birdy. Es la hermana de mi compañero, y le está costando encontrar a un tipo sincero. Anoche me estuvo hablando de ello, y pensé que, ya sabes, podrías ser la persona perfecta para ella. Y como, ya sabes, no sientes nada romántico por nadie más, podría ser la oportunidad perfecta para conocer a alguien nuevo.

¿Que no siento nada romántico por nadie? Ha sido una manera muy directa de explicarlo.

Me parece que me está poniendo a prueba.

No se trata de un acto de buena voluntad, ni de una manera de acercarse más a mí como amigo. Es una prueba, y si no la supero, no me creerá cuando le diga que no hay nada entre Lia y yo. Está tratando de averiguar si hay la más mínima posibilidad de romance entre su prometida y yo.

—Una cita doble. —Le sonrío—. Me parece divertido.

Menuda sarta de mentiras que me chorrean de la boca… A nadie, y me refiero a absolutamente NADIE, le gusta que lo emparejen, y menos en una cita doble en la que tendrás que pasarte todo el rato con otra pareja estable.

Si quieres pasar una tarde terrorífica, elige eso.

Pero yo haría cualquier cosa por Lia, así que… parece ser que ahora me van las citas dobles.

—Genial. —Brian sonríe de oreja a oreja; ha desaparecido todo rastro de sospecha—. Lo prepararé todo y le pediré a Lia que te pase la información.

—Me parece genial —contesto, antes de probar la comida de mi plato.

Venga, hazte amigo de Brian.

Conócelo mejor.
Calma los ánimos…
Sí, Kelsey y Lottie pueden irse a la mierda con sus consejos.

Lia: *Eh, la Tierra llamando a Pepinillo, la Tierra llamando a Pepinillo. ¿Estás ahí?*

Breaker: *No quiero escucharlo.*

Lia: *¿Una cita doble? ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi mejor amigo?*

Breaker: *A lo mejor me lo olvidé en Nueva York.*

Lia: *¿Hace falta que coja prestado tu* jet *privado para que vuelva a buscarlo?*

Breaker: *A estas alturas, ni el mejor equipo de swat que exista podría localizarlo.*

Lia: *No me puedo creer que dijeras que sí a una cita doble. La verdad, estoy un poco decepcionada contigo. No sueles acceder a los compromisos sociales.*

Breaker: *Pero Brian me lo pidió, y me sentí obligado a aceptar. ¿Quién sabe? A lo mejor esta chica se convierte en el amor de mi vida.*

Lia: *Birdy y Breaker; suenan bien los dos nombres juntos.*

Breaker: *Es evidente que los nombres de nuestros hijos tendrán que empezar todos con B.*

Lia: *Bertha, Bernard y Barabbas… La tía Lia les dará muchos achuchones.*

Breaker: *Ten cuidado: Barabbas se sigue haciendo pis encima cuando lo aprietas demasiado al achucharlo.*

Lia: *Pensaba que Birdy lo había llevado al pediatra para ver de qué iba todo eso del apretón de pis.*

Breaker: *Una uretra floja, solo hay que darle tiempo. Aprieta con suavidad.*

Lia: *Barabbas solo se va a llevar una palmadita en la cabeza. Bertha y Bernard, el apretón.*

Breaker: *Ni se te ocurra tratar a Barabbas de manera distinta. Es humano, igual que el resto de nosotros.*

Lia: *Tienes razón…, ha estado muy feo por mi parte. Lo apretaré suavecito y seré más cariñosa con él.*

Breaker: *Eso sí que es una buena tía.*

Lia: *Para que conste, Birdy es rubia, y las rubias no son tus favoritas. Así que controla tu disgusto.*

Breaker: *¿Rubia? A lo mejor esta sí que me gusta.*

Lia: *Solo el tiempo lo dirá. Pero ahora en serio: ¿de verdad te parece bien? Puedo cancelarlo con Brian.*

Breaker: *No, me parece bien. Podría ser agradable. No he tenido una cita desde… Bueno, desde hace mucho.*

Lia: *Nunca te he visto saliendo con nadie. Me parece emocionante. Al fin voy a ver cómo liga*

Breaker.

Breaker: *Por favor, no te quedes mirando todo el tiempo cualquier cosa que haga ni te rías tapándote con la servilleta.*

Lia: *Ahora me muero de ganas de hacer eso precisamente, porque la alegría que me llevaría sería tan grande que tendría el vaso lleno durante semanas. Pero entiendo que dicha conducta podría hacerte sudar, y a nadie le gustan los pepinillos sudados.*

Breaker: *Suenas genuinamente preocupada por mí. Gracias.*

Lia: *De nada. Entonces, ¿sabes ya qué te vas a poner?*

Breaker: *¿Podemos dejarlo, por favor?*

Lia: *Mmm…, buena sugerencia, pero no. Que Brian te haya emparejado con Birdy es, probablemente, una de las mejores cosas que me hayan pasado nunca.*

Breaker: *¿Incluso mejor que tu compromiso?*

Lia: *No se lo cuentes a Brian…, pero puede.*

Breaker: *Siempre supe que estabas hecha de otra pasta, pero esto me lo demuestra de verdad. Me voy a dormir.*

Lia: *Pero es que no he acabado de burlarme de ti y de poner a prueba tu paciencia.*

Breaker: *Al menos eres sincera. Buenas noches.*

Acerco la mano a la pared y la golpeo dos veces.
Ella la golpea seis, pero por segunda noche consecutiva… no consigo dormir demasiado.

4

LIA

—¡Hoy es el día! —canturreo mientras camino por el apartamento de Breaker en dirección a su dormitorio, donde me encuentro las cortinas cerradas y a él todavía metido en la cama. Es un bulto humano despatarrado sobre el colchón—. ¡Buenos días!

—Brrrr… —gruñe contra la almohada.

—Hora de levantarse y brillar —anuncio, abriendo las cortinas y llenando su habitación de la luz brillante del sol de California—. Es el día de nuestra cita.

—Que no será hasta esta noche, ¿así que por qué me estás molestando ya? —gruñe de nuevo, tapándose la cabeza con la almohada.

Me giro para mirarlo y veo parte de sus glúteos saludando al mundo.

—¡Madre mía! —me quejo, tapándome los ojos—. Tienes el culo al aire.

—Eso te pasa por entrar sin avisar. Ya sabes que duermo desnudo. —Recoloca las sábanas.

—¿Y cómo voy a saber yo eso?

—Eres mi mejor amiga. Deberías saberlo todo de mí. —Su voz suena amortiguada por la almohada, pero soy capaz de comprenderlo—. Igual que yo sé que, si me quito la almohada, te encontraré vestida con unas mallas cortas, una camiseta cualquiera de Zelda y el pelo recogido, porque no soportas que te toque el cuello tan temprano por la mañana. —Aparta la almohada un poco para mirarme, y cuando descubre que tiene razón, sonríe con suficiencia y se vuelve a tapar.

—Pura chiripa.

—Nada de chiripa. —Asoma la cabeza—. Es puro conocimiento. Deja que adivine: también has pedido el desayuno para suavizar el golpe de haberme despertado, y llegará dentro de cinco minutos. Has pedido tortitas porque tenías antojo. Sin embargo, no las has pedido de tu lugar favorito porque sabes que prefiero el burrito de desayuno de Salty's. Así que al final has cedido y lo has pedido de allí a pesar de que no tienen el sirope de arce y nueces que tanto te gusta.

—¿Sabes? Es muy poco halagador actuar como un sabelotodo.

El pecho le tiembla de la risa.

—No estoy intentando halagarte, así que no pasa nada. —Suspira con fuerza y levanta las manos por encima de la cabeza—. Tírame los pantalones.

Me acerco a su cómoda, sobre la que hay doblados unos pantalones cortos, y se los lanzo. Él los mete debajo de las sábanas y yo veo cómo se retuerce para ponérselos sin enseñar ni un milímetro de piel. Después se quita las sábanas de encima y se sienta en el borde de la cama. Se aprieta los ojos con los dedos para tratar de espabilarse.

Yo me quedo parada, mirando sin más.

Breaker es muy distinto al hombre que conocí una vez.

En el pasillo de la residencia de estudiantes era alto, larguirucho y con tanto pelo desgreñado en la cabeza que se le habría podido confundir con un Yorkshire Terrier. Ahora, bueno…, ya no es tan larguirucho. Tiene los hombros anchos, con tendones que los envuelven y que descienden hasta sus bíceps, gruesos pero no en plan culturista. Es fuerte, está cachas, con enormes pectorales y unos abdominales que, sinceramente, envidio un montón. Y ya no tiene el pelo desgreñado, más bien lo lleva cortado a la perfección para parecer despeinado, pero no lo está. Y en vez de esa piel de tono blanco pastoso de estar todo el rato encerrado estudiando, ahora tiene un precioso bronceado de correr al aire libre sin camiseta.

La verdad es que nunca he mirado a mi mejor amigo con lujuria, pero… sí puedo admitir que tiene un cuerpo muy bonito.

O sea…, muy bonito.

—Más vale que esté bueno el burrito —dice mientras se levanta, sin darse cuenta de que le he dado un buen repaso. Menos mal. Se va al baño y cierra la puerta. Le dejo hacer sus cosas y me marcho a la cocina para preparar café. Breaker siempre tiene el café con chocolate puro y frambuesas que me encanta. Dice que no nota el sabor, solo lo huele, pero yo sí que noto el delicioso gusto de la fruta, y por eso es mi favorito.

—Huelo las frambuesas desde aquí —anuncia Breaker, que aparece en la puerta de la cocina rascándose el pecho y con una sonrisa torcida en los labios.

Mi mirada desciende por su pecho hasta llegar a la V de sus caderas, que asoma por encima de la cinturilla de sus pantalones bajos.

Vale…, un cuerpo muy *muy* bonito.

No sé si habrá aumentado su rutina de entrenamiento últimamente o qué, pero…, madre mía, cómo se ha puesto.

Me doy la vuelta para ocultar el rubor que siento en las mejillas.

—Es potente porque no lo he disfrutado en mucho tiempo —contesto.

—¿Cuándo fue la última vez que desayunaste aquí? —pregunta, sentándose frente a la encimera.

—No lo sé, pero en los últimos tiempos he cenado más veces.

—Sí, porque te pasas un montón de noches de los fines de semana en casa de Brian, y yo suelo tener mucha prisa por las mañanas entre semana para ir a trabajar. No tengo tiempo para desayunos relajados.

Me giro para mirarlo y me apoyo en la encimera.

—Bueno, pues ahora que te estás tomando un descanso, tendrás todo el tiempo del mundo.

—A lo mejor así puedo tener tiempo para conocer… a Birdy. —Arquea las cejas varias veces y yo me echo a reír.

—¿Sabes? Anoche la busqué por internet.

—¿En serio? ¿Y qué encontraste?

—¿Tienes ganas de saberlo?

—Sí, claro. —Asiente—. Venga, suéltalo. Dime en qué me voy a meter esta noche.

Cojo el teléfono de la encimera y, mientras se hace el café, le enseño a Breaker las capturas de pantalla que hice anoche precisamente para esto: para compartirlas con él.

—Vale, en primer lugar, es muy guapa.

—El físico no lo es todo, pero es una ventaja. Déjame ver. —Le enseño una foto de ella con un vestido corto ajustado y de color rosa, con el atardecer a su espalda. Tiene el pelo largo y rizado, y está sujetando una copa de champán. Me sorprendo al ver que se le ponen los ojos como platos—. Guau, sí, vale. Es guapa.

Me quedo callada un momento.

—Pero es rubia —digo.

—Sí, creo que podré superarlo. —Me sonríe de medio lado—. ¿Qué más tienes?

Me siento algo extraña, porque no pensaba que fuera a reaccionar así, pero vuelvo a revisar las capturas de mi móvil. No sé, sabía que pensaría que es guapa porque es evidente, pero su reacción me dice que está interesado de verdad.

¿Por qué me parece algo malo?

No debería ser así.

Supongo que toda esta situación es rara, sin más. Breaker no suele salir con muchas chicas. Ha tenido citas y noches locas, pero una novia de verdad, nunca.

—Bueno, eeeh… Le gusta mucho el béisbol. Le encantan los Chicago Rebels. No sé muy bien quiénes son, pero tiene una página de fans dedicada al culo de un jugador.

—Lo que indica que le van los culos. Eso me va bien, tengo un buen culo.

—¿De verdad?

—Ay, por favor —rezonga—. Sabes que sí, y no intentes negarlo siquiera. ¿Qué más tienes de ella?

No es que se lo haya mirado, pero sí que lo tiene. Un culo irritantemente bonito.

—Le gustan… Mira esto… Las comedias románticas.

—¿Qué tiene eso de malo?

Lo observo. Pero lo observo bien.

—Breaker, eres muy cliché.

—Por una razón —contesta—: aportan alegría a las personas. Sé que Kelsey y Lottie están obsesionadas con ellas. Me han hecho cambiar de opinión. Soy capaz de ver su atractivo. Es algo así como que te dan esperanza al acabar una historia al saber que va a tener un final feliz, te hacen sentirte cómodo y calentito por dentro.

Dejo el teléfono y me cruzo de brazos.

—¿Qué has hecho con mi mejor amigo? —pregunto—. Odias las películas románticas.

Se baja de la encimera antes de contestar.

—La gente cambia, Lia. No pasa nada. El mundo no se va a acabar. —Sonríe con suficiencia y me abraza—. ¿Estás celosa porque voy a salir con esa chica esta noche?

—¿Qué? —Me separo de él—. ¿Por qué demonios iba a estar celosa?

Él me suelta justo cuando llaman a la puerta. El desayuno ha llegado.

—Porque se supone que eres la única mujer de mi vida, ¿no?

—Bueno, sí. Claro.

Se ríe y me da un beso rápido en la frente antes de ir a por la comida.

—No te preocupes, Lia, siempre serás mi mejor amiga. —Se gira hacia mí—. Pero tú no me das beneficios, y un hombre tiene necesidades. —Su sonrisita me hace creer que está bromeando.

Le doy un empujón en el pecho.

—Puaj, qué asqueroso. No seas de esos.

—Lia, siempre he sido de esos, solo que tú no lo ves porque me echarías la bronca.

Deja la comida sobre la mesa.

—Entonces —continúo—, ¿crees que te gustará? ¿Que saldrás con ella? —Me inclino hacia él—. ¿Que te acostarás con ella? —susurro.

—Eso es adelantarse un poco a los acontecimientos, pero estoy abierto a la posibilidad. Y me refiero a que es muy guapa. ¿Quién sabe? A lo mejor la llevo de acompañante a tu boda. Puede que hasta atrape el ramo, yo la liga y que tengamos uno de esos romances de órdago tras el que Bertha, Bernard y Barabbas terminen siendo una realidad y no solo una idea.

—Y todo gracias a Brian. ¿Te lo imaginas?

—La verdad es que no, pero en estos momentos pienso seguir la corriente.

—¿Y por qué, exactamente? —pregunto, abriendo el recipiente de mis tortitas.

Él levanta la mirada del burrito, que está desenvolviendo.

—Porque quiero asegurarme de que seas feliz, Lia. Sé lo estresada que estás con todo esto, y si puedo aliviar un poco de toda esa tensión, lo haré por ti.

—No tienes por qué aliviar mi estrés saliendo con Birdy.

—Es una cita, y es más por Brian que por ninguna otra cosa.

Lo miro con recelo.

—¿Y desde cuándo has empezado a hacer cosas por Brian?

—Desde que va a ser tu marido y… Y no quiero perderte —responde en voz baja.

Me quedo callada y ladeo la cabeza. ¿Va en serio? Cuando lo estudio un momento y advierto que tiene los hombros caídos y la postura cansada, me doy cuenta de que sí.

—¿Qué? Breaker, no vas a perderme.

Deja el burrito en la mesa y me mira.

—Lia, tenemos que ser realistas. Dentro de cinco semanas las cosas van a cambiar de verdad. Ya no vivirás a mi lado. Estarás ocupada con tu nueva vida, y, sí, sé que no te olvidarás de mí, pero no quiero que haya ninguna razón para que haya una distancia mayor entre nosotros que la física. No quiero darle motivos a Brian para crear una brecha entre tú y yo.

—No se lo permitiría —afirmo.

—Lo sé, pero si no me llevo bien con él, podría afectar a tu matrimonio. Estaría resentido conmigo, así que, sí, voy a hacer algo por él. Claro que es porque sé que si hago esta nimiedad por él, no correré el riesgo de quedarme sin pasar tiempo contigo. —Breaker está muy ocupado, así que no podemos vernos todos los días. Pero hasta ahora, desde que estoy saliendo con Brian, nuestra rutina de quedadas no se ha visto demasiado afectada. Sin embargo, solo pensar que no estaremos a solo unos pasos de distancia me resulta alarmante.

—¿De verdad crees que nos cambiará tanto la vida? O sea… Siempre podrías mudarte más cerca de nosotros. —Sonrío—. Tus hermanos viven el uno enfrente del otro. Nosotros podríamos hacer lo mismo.

Él ladea la cabeza.

—¿Me estás… pidiendo que te siga?

Su tono bromista me hace poner los ojos en blanco. Cojo el sirope que venía con mis tortitas y las baño con él.

—Si te vas a poner tan pesado, no, pero sí, no tiene por qué ser una separación total cuando me case. Brian entiende nuestra relación, y, quién sabe, si las cosas funcionan con Birdy, igual podemos seguir teniendo citas dobles. Y en esas citas dobles podemos hacer que se cabreen con nuestra historia, hablando de lo bien que nos lo pasamos en la universidad mientras ellos se quedan mirándonos.

—Y cuando te refieres a «bien», quieres decir todas esas cosas frikis y vergonzosas que seguimos haciendo hoy en día.

Me meto un trozo de tortita en la boca.

—Exacto.

—Lia, ¿estás lista? —pregunta Breaker, llamando a mi puerta.

Vuelvo a mirarme otra vez en el espejo y me aseguro de que todo está en su sitio.

Seamos realistas un momento: no soy de las que va a por todas cuando se arreglan. Prefiero un maquillaje ligero porque no me gusta que se me pegue en las gafas. No suelo rizarme el pelo a menudo, y si puedo elegir entre pantalones vaqueros cortos y un vestido, me quedo siempre con los vaqueros, pero esta noche me ha parecido que tenía que… darme un poco de vidilla.

Sé lo que estáis pensando. Que es porque Birdy es muy guapa, ¿verdad? Bueno, pues os equivocáis. Birdy no tiene nada que ver con esto. He pensado que debía ponerme a la altura del precioso anillo que llevo puesto.

Sé que no me creéis, pero ese es el motivo: el anillo. Ni Birdy ni su preciosa melena rubia o sus largas pestañas negras o su buen par de tetas que hacen que las mías parezcan dos almendras a su lado.

Se trata solo del anillo.

Me estiro el vestido de tubo morado, que resulta que va a juego con mis gafas. Además, acentúa mis curvas…, las pocas que tengo. Me he pasado una hora rizándome el pelo para después cepillármelo, porque eso es lo que la chica del tutorial de YouTube me ha dicho que hiciera, y tenía razón. Mi pelo se ha quedado ondulado y bonito. Y el maquillaje, bueno, me he encargado de resaltar mis ojos con el rímel, y luego he usado un pintalabios sutil que no desentone con mi vestido, sino que más bien lo acentúe.

Estoy casi segura de que Brian no me va a reconocer. A lo mejor eso es bueno, que anime un poco

el asunto antes de casarnos y le enseñe exactamente en qué se está metiendo.

Con el bolso en la mano, abro la puerta principal y casi me atraganto con mi propia saliva cuando me topo con Breaker.

Este… este no es el Breaker que conozco, que lleva camisetas viejas y pordioseras de Jack Skellington y gorras hacia atrás porque es demasiado vago como para preocuparse por su pelo.

Este es un Breaker distinto.

Sofisticado.

El Breaker de las citas.

Lleva un traje gris de raya diplomática y una camisa negra con los primeros botones desabrochados, y está tan guapo que parece sacado de una revista. Los pantalones se le ajustan en los muslos pero se le sueltan en las pantorrillas y los tobillos, donde acaba la tela. Lleva unos mocasines sin calcetines y el pelo hacia un lado, algo revuelto, lo que le da un aspecto seductor que no me esperaba. Y ese pecho bronceado que asoma por la camisa te deja entrever con mucha facilidad esos músculos fibrosos que indican que es un tipo que pasa mucho tiempo en el gimnasio.

El traje le sienta como un guante, y no le sobra ni un milímetro de tela.

Atractivo.

Sexy.

Provocador.

Y todos los adjetivos que se me puedan ocurrir.

—Guau, Lia —dice él, mirándome y frotándose la nuca—. Joder, qué guapa estás.

Regreso de golpe a la realidad al mirarme el vestido y los tacones negros, y luego vuelvo a mirarlo a él.

—Ah, gracias. He pensado que… Eeeh… He pensado que tenía que ponerme a la altura del anillo. —Se lo enseño, como si no lo hubiera visto antes—. ¿Ves? Sofisticado. Y yo soy sofisticada. Todos somos sofisticados.

Él frunce el ceño.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, genial. Gracias. Solo te decía que soy sofisticada.

Él suelta una risita.

—Sí, bueno, me alegro de que lo hayamos dejado claro. —Me ofrece el brazo—. ¿Lista para marcharnos?

—Sí, claro. Muy lista. Nunca he estado más lista. Estoy más lista que nunca, así que empecemos ya con el espectáculo.

—Estás muy rara —dice cuando le agarro el brazo y después nos acercamos al ascensor.

Quizá sea porque estás muy guapo.

Y hueles bien.

Y tienes un aura de sensualidad que no estaba preparada para ver.

—No, no lo estoy. ¿Es que no puede una amiga contarle a otro amigo lo sofisticada que se siente? ¿Acaso es un delito?

—No que yo sepa, pero puedo buscarlo en Google si quieres.

Respiro hondo y subo al ascensor con él. Su colonia es tan fuerte que me hace sentirme mareada de una manera muy extraña, desconcertante.

Nunca lo había visto así, porque siempre ha sido muy reservado sobre con quién sale, cómo lo hace y todo lo relacionado con su vida sexual. Siempre que le he preguntado se ha mostrado bastante indiferente, no ha querido profundizar demasiado ni ha mostrado emoción ni interés en el tema. Pero al verlo así, todo me parece muy distinto.

—¿Por qué has sido siempre tan reservado? —casi grito.

—Mmm… ¿qué? —pregunta, soltándome el brazo para mirarme mientras descendemos al vestíbulo de nuestro complejo de apartamentos.

—Sobre tus citas, nunca has hablado de ellas. Nunca me has contado nada. Nunca has hablado sobre las mujeres con las que sales. ¿Por qué?

—¿De dónde viene todo esto? —pregunta, antes de que las puertas del ascensor se abran. El coche de Breaker nos espera fuera, y el aparcacoches ya tiene las llaves en la mano.

Señalo su traje.

—Este no es… este no es el Breaker al que estoy acostumbrada. Nunca te veo vestido así, tan encantador, y, ya sabes…, tan guapo. —Trago saliva.

Vuelve a aparecer de nuevo esa estúpida sonrisita suya.

—Sí, bueno, yo tampoco te he visto nunca así. —Me señala con la mano—. Toda arreglada y… guapa. Normalmente, suelo estar con la troll que vive al lado de mi piso y que tiene la manía de comer aceitunas directamente del tarro.

Los ojos se me ponen como platos y le doy un empujoncito, lo que le provoca unas carcajadas.

—No soy una troll. —Eso sí, lo de las aceitunas es verdad.

—El pelo enredado que llevabas el otro día dice lo contrario. —Le da una propina al aparcacoches y me abre la puerta, pero cuando me subo, no cierra de inmediato. Apoya las manos en el techo y se inclina—. No suelo hablar mucho de ello porque no hay mucho de qué hablar. No soy de los que salen corriendo a contarles a sus amigos el polvo que echó la noche anterior. Pero, si lo prefieres, puedo empezar a hacerlo ya.

—¿Sueles echar muchos?

—Más de los que tú probablemente sepas, pero ya que tienes curiosidad, últimamente estoy un poco en sequía. No he tenido tiempo. Creo que la última mujer con la que estuve, si quieres saberlo, es tu amiga Charise, con la que me emparejaste para la boda de Huxley.

—¿Qué? ¿En serio? —pregunto—. ¿Te enrollaste con Charise?

—Unas cuantas veces. —Me guiña un ojo antes de cerrarme la puerta en la cara y dejarme totalmente perpleja.

—¿Unas cuantas veces? —insisto cuando ocupa su asiento—. O sea, que… ¿más de una?

—Eso es lo que significa «unas cuantas veces». —Arranca el coche y se aleja del edificio.

—Pero ella nunca me contó nada. Tú tampoco me contaste nada. ¿Cómo iba yo a saber que te estabas enrollando con mi amiga? ¿Surgió algo más?

—Trillizos, en realidad. No humanos, cachorros. Ella se ha quedado con la custodia, pero tengo derecho a visitarlos.

—Estoy hablando en serio, Breaker. —Le doy un empujoncito en el hombro, y él se echa a reír.

—Qué va, solo fue sexo. Ninguno de los dos quería nada serio, y además, no había más atracción que la carnal. —Arquea las cejas varias veces.

—Eh, no digas «carnal». —Me cruzo de brazos y me hundo en mi asiento mientras Breaker conduce hacia el centro de la ciudad, donde Brian ha hecho una reserva—. Así que andas por ahí saliendo con chicas, pasándotelo bien, y no me estás contando nada.

—¿Por qué te lo iba a contar? ¿Para que me empujes y digas «puaj»? —pregunta en tono bromista.

—Bueno, sí.

Él vuelve a reírse.

—Gracias, pero paso.

—¿Así que esta noche vas a ponerte en plan… Breaker sentimentaloide y ligón?

—Si vas a quedarte mirándome todo el tiempo, entonces no. No sé si soy capaz de poner en práctica mis tácticas si no me quitas tu mirada crítica de encima.

—¿Crítica? Yo no soy nada crítica.

—¡Ja! —suelta—. Lia, antes te has puesto a criticar a Birdy cuando viste que le gustaban las comedias románticas.

—Ah, tú te burlabas de ellas hasta al parecer hace poco, gracias a tus cuñadas. En realidad la cuestión es: ¿te conozco siquiera, Breaker?

—Cuéntamelo tú. —Agarra el volante con una sola mano y apoya la otra en el reposabrazos, y durante un momento me lo imagino llevando a Birdy por ahí. ¿Le colocaría la mano en el muslo? ¿Entrelazaría sus dedos con los de ella? ¿Se llevaría las dos manos entrelazadas a los labios y le daría un beso en sus nudillos perfectamente hidratados? Soy incapaz de imaginarme a Breaker haciendo nada de eso, aunque, claro, eso es porque nunca he visto ese lado de él. En todos los años que nos conocemos nunca lo he visto con una mujer—. Dime cuál es mi mayor temor.

—No hay por qué hacer esto —contesto con un suspiro.

—Sí, sí que hay que hacerlo. —Me da un golpecito en la pierna—. Venga, ¿cuál es mi mayor temor? Tú eres la única que lo sabe.

—Que haya un incendio en tu casa y no puedas sacar todo el merchandising de *El señor de los anillos* con la rapidez necesaria y termines perdiéndolo todo.

Él hace una mueca y se da unas palmaditas en el corazón.

—Me sigue doliendo solo de pensarlo. Ahora me toca a mí: hazme una pregunta sobre ti.

—¿Por qué estamos haciendo esto?

—Para demostrarte que nos conocemos mejor que cualquier otra persona y que nunca cambiaremos. Así que, adelante, hazme esa pregunta.

—Vale. ¿Cuál es mi peor recuerdo de la infancia?

—El día que te vino la regla. Te habías ido a dormir a casa de una amiga y te vino en mitad de la noche, dentro del saco de dormir que te había dejado prestado. Te hizo sentir mal porque lo habías manchado, y después tuviste que esperar a que tu madre te recogiera. Courtney es una zorra que espero que arda en el infierno.

Eso me hace sonreír.

—No hacía falta que me atormentara con la mancha, eso seguro.

—Sí, bueno, con suerte, el karma se la ha devuelto en forma de un callo en la planta del pie. Esa mierda duele que te cagas.

—Ojalá.

—Vale. ¿Cuál es mi peor recuerdo de la infancia? —pregunta él.

Eso es fácil. Recuerdo el día en que hablamos de ello. Fue nuestro último año en la universidad. Habíamos ido a la fiesta de una fraternidad, pero terminamos charlando en el porche toda la noche. Los dos tomamos varias copas, pero nada que pudiera afectarnos en lo cognitivo. Se apoyó sobre los codos y me lo contó todo sobre el día en que perdió a su padre.

—Cuando falleció tu padre —respondo en voz baja—. Te gustaría haberle dicho que lo querías más veces de lo que lo hiciste. Te arrepientes de no habérselo dicho lo suficiente. Lo recuerdo como si hubiera sido ayer, porque me quedé con ello, y siempre les decía a mis padres cuánto los quería después.

Él asiente con lentitud.

—Y tú eres la única persona que lo sabe. Nunca se lo he contado a mis hermanos. No se lo he dicho ni a un alma. Así que puede que no hable sobre tonterías como las chicas con las que salgo o con las que me enrollo porque no tiene ningún valor para nuestra amistad. ¿Pero las importantes? De esas sí que te hablo, y eso es lo que más deberías tener en cuenta.

—¿Por qué estás intentando que me ponga en plan sensible?

—No estoy intentando que te pongas en plan sensible. —Pasa la mano por encima de la consola y me coge la mía—. Solo estoy intentando decirte que, pase lo que pase, siempre me conocerás mejor que nadie, y hay un motivo para ello: eres mi mejor amiga, Lia. Nada podrá cambiar eso. No dejaré que ocurra. De ahí que estemos ahora mismo conduciendo hacia el centro para acudir a una doble cita.

—Eres muy buen tipo, ¿lo sabías, Breaker?

—Lo intento. —Sonríe de oreja a oreja—. Ahora deja que te ponga una canción nueva que me ha estado flipando últimamente.

—Ay, por favor, no digas «flipando». No te queda bien.
—¿Y eso quién lo dice? —pregunta, fingiendo indignación.
—Lo digo yo.
—¿Y quién te ha dado a ti derecho?
—Yo.
—Eeeh… me parece justo. —Se encoge de hombros, sin más.
Yo me río y él prepara su nueva canción favorita. Breaker tiene razón: nada puede interponerse entre nosotros dos.
Absolutamente nada.

5

BREAKER

La foto de Birdy no le hacía justicia.

Ni siquiera un poquito.

Es impresionante.

Y dulce. Casi esperaba que fuera guapa pero pija en algún sentido. O que le faltara personalidad. Pero ese no es el caso en absoluto. Parece muy sensata y tímida. Al menos, eso me ha parecido mientras esperábamos nuestra mesa.

Al llegar al restaurante, Brian ya estaba aquí hablando por teléfono, pero en cuanto aparecimos, colgó y le dio un abrazo enorme a Lia mientras le decía lo guapa que estaba. Y tiene razón. No quiero decirlo porque podría parecer cursi, pero cuando abrió la puerta de su apartamento, me dejó sin aliento. Siempre he creído que Lia es guapa, pero verla con ese vestido… Uf, está de muerte. Sin embargo, hice rápidamente a un lado esa primera impresión a su aspecto porque no me conviene para nada. Ya me había dado cuenta de ello en la universidad, cuando la vi arreglada por primera vez para una cita. Me quedé tan sorprendido que empezó a gustarme.

Sin embargo, enseguida me di cuenta de que aquello era muy mala idea dado lo mucho que valoraba nuestra amistad, así que me tragué aquellos sentimientos, y hasta ahora he podido bloquearlos. De vez en cuando aparecen, pero yo soy más fuerte. Y esta noche no es una excepción. Aunque Birdy es impresionante, es fácil adivinar que se preocupa mucho por conseguir esa imagen. Por otro lado, Lia es guapa de una manera natural, con unos ojos de un profundo color verde musgo y unas pecas adorables.

Cuando Brian dejó de besar a Lia —algo bastante incómodo de presenciar—, Birdy dio un paso adelante con mucha timidez. Brian nos presentó, y hablamos un rato antes de que nos acompañaran a nuestros asientos.

Ahora ya estamos en la mesa, cuadrada con cuatro sillas alrededor, y Birdy se ha sentado a un lado de mí y Lia al otro.

—¿Habéis estado aquí antes? —pregunta Brian.

—Creo que no —contesto—. ¿Y tú, Birdy?

Ella niega con la cabeza.

—No, creo que es el sitio más lujoso en el que he estado.

—Bueno, pues el *wagyu* es excelente, si os gusta la carne —añade Brian, mientras lee la carta—. Y por favor, pedid lo que queráis. Yo invito.

—Ah, no hace falta —respondo, y Brian levanta la mirada de la carta.

Sonríe con tensión.

—Ha sido idea mía, así que, por tanto, yo pago.

Se le nota en los ojos. La inseguridad. Sabe cuánto valgo —es fácil de comprobar—, así que siente la necesidad de demostrar que él también está a mi nivel. Pero no hay nada que demostrar, y tampoco competición alguna. Así que se lo dejo en sus manos. Si quiere pagarme la cena, pues nada, él mismo.

—Bueno, gracias. Es muy amable por tu parte, Brian —respondo, notando que sale a la luz mi lado profesional, y por el rabillo del ojo advierto que Lia se está riendo oculta tras su carta. Ella siempre se ríe de mi versión profesional. Cree que es graciosísimo cuando me olvido del sarcasmo y asumo una conducta correcta. Dice que es como cuando los niños visitan a sus abuelos. Siempre se

comportan lo mejor que pueden, cuidando de sus modales, y nunca dicen nada que pueda ofender a nadie.

Cuando el camarero nos toma nota, decido conocer mejor a Birdy. Por cierto, se ha pedido una ensalada con el aliño aparte, sin picatostes ni cebolla ni queso. Así que, básicamente, es solo lechuga y carne.

¿Es que no sabe que los picatostes son la mejor parte?

—Bueno, ¿y de dónde eres? —le pregunto.

—Soy de Tennessee, pero he vivido en Los Ángeles los diez últimos años. Vine a la universidad aquí, y me gustó tanto que decidí quedarme.

—Cuesta dejar California cuando has vivido aquí. ¿Estudiaste marketing en la facultad?

Ella asiente y se coloca el pelo detrás de la oreja.

—Sí. Y también hice el master. Siempre se me ha dado bien crear buenas historias para vender algo.

Yo meneo la cabeza.

—Hay que tener una mente muy creativa en tu campo. Cuando mis hermanos y yo empezamos a montar la empresa, tuvimos que crear nuestro propio marketing, y Huxley, mi hermano mayor, pensó que era buena idea darme a mí la tarea del *branding*. —Me llevo mi copa a los labios—. Digamos que no fue del todo bien, sin más.

—Ah, venga ya —interviene Lia—. A mí me gustó mucho el logotipo que creaste.

—Ni lo menciones —contesto, tapándome la cara con la mano.

—Ay, Dios —dice Birdy—. Ahora tengo que verlo. ¿Tienes alguna foto?

—Sí —responde Lia, sacando su teléfono del bolso—. Tengo una carpeta en mi móvil con todas las cosas embarazosas que ha hecho Breaker a lo largo de los años. Me resulta muy útil cuando tengo que castigarlo.

—Cosa que no ocurre muy a menudo —añado, para asegurarme de que Birdy sepa que no soy un egocéntrico.

—Lo suficiente como para necesitar la carpeta. —Lia rebusca en su móvil y luego gira la pantalla hacia Birdy—. Combinó la H de Huxley, la J de J. P. y la B de su nombre junto con la C.

Birdy hace una mueca.

—Parece un montón de letras apiñadas.

Lia suelta una carcajada.

—Optó por la sencillez.

—En mi defensa debo decir que no debieron haberme elegido para eso. Yo nunca dije que tuviera experiencia diseñando, y fueron mis hermanos quienes tomaron la mala decisión de ponerme a mí a cargo de esa tarea. Sin embargo, tuve la inteligente idea de hacerlo fatal, así que al final nos gastamos el dinero para que nos lo hiciera un profesional.

—Inteligente —dice Birdy—. Déjaselo siempre a los profesionales.

El camarero llega a la mesa con la botella de vino que ha pedido Brian, y mientras lo sirve para que lo cate y afirme que es lo que esperaba, le pregunto a Birdy si tiene hermanos.

—Solo un hermano. Pero es diez años mayor que yo, así que no hemos tenido una relación muy cercana. No somos muy amigos, pero sí cuidamos el uno del otro. Supongo que no estamos tan unidos como tus hermanos y tú. Debéis de llevaros muy bien para trabajar juntos.

—Muy bien, a veces demasiado bien. Nos metemos demasiado en los asuntos de los demás. Cuando no soy yo quien necesita ayuda ni ha hecho ninguna estupidez, me gusta sentarme a observar el espectáculo.

—Entonces, ¿dirías que eres el mediador de tu familia?

—Sí —contesto, sorprendido, girándome más hacia ella. Brian debe de haberle dado el visto bueno al vino, porque el camarero ha empezado a llenarnos las copas—. ¿Te ha parecido que soy de los que median?

—Eres muy tranquilo. Tienes esa aura que me hace pensar que te gusta mantener la paz.

—Es verdad —contesto—. No me van demasiado los dramas.

—Pfff —dice Lia a mi lado.

Yo la miro por encima de mi hombro.

—¿Te importaría explicarte?

—Mmm… Último año de universidad, segundo semestre, durante el campeonato de *Scrabble,* viviste para el drama. Eras parte de él. Tonteaste con dos chicas del mismo equipo, y luego armaste un alboroto cuando se enteraron las dos… en mitad de una partida.

—Eso no es un drama, Lia. A eso se le llama «partida estratégica de *Scrabble*». —Me doy un golpecito en la sien—. La fortaleza mental es un elemento clave para ganar los campeonatos, y si puedes fastidiar a tu oponente de cualquier manera que pueda echar abajo esa fortaleza mental, entonces tienes que hacerlo. Así que, sí, me sacrifiqué por el equipo y tonteé con dos chicas. —Me giro hacia Birdy antes de continuar—. No lo hago nunca en la vida real, tengo que aclararlo.

Ella sonríe un poco.

—No me parece que seas de esos.

—Eh, Lia, ¿por qué no salimos al balcón mientras nos preparan la comida y dejamos a estos dos un rato solos para que hablen? —sugiere Brian, guiñando un ojo, algo que me resulta de lo más desagradable.

—Ah, sí, claro —contesta ella, levantándose de la silla para unirse a Brian. Por la rigidez de su respuesta y la indecisión al caminar, puedo adivinar que lo último que quiere es darnos espacio a Birdy y a mí. No, quiere enterarse de todo, ver y escuchar cada segundo de nuestra conversación.

Si intercambiásemos los papeles, a mí también me pasaría lo mismo.

—Hacen una pareja adorable —dice Birdy.

—Sí, es verdad —contesto, aunque me sabe a mentira.

—Entonces, ¿conociste a Lia en la universidad? —pregunta Birdy.

—Sí, éramos miembros de un grupo secreto de Scrabble. Después de su primera noche, coincidimos en que nos gustaban las mismas cosas, y desde entonces somos muy amigos.

—Eso es genial. ¿Qué cosas os interesaban?

—Eeeh… —Miro hacia un lado y después me acerco más a ella—. Si te lo cuento, puede que no quieras seguir con esta cita, porque a Lia y a mí no nos gustan cosas muy convencionales.

—Ponme a prueba. —Se lleva la copa de vino a los labios pintados de rosa—. Puede que te sorprenda.

—Vale. —Me froto las manos y me giro hacia ella—. Estoy obsesionado con *El señor de los anillos*. Leí los libros cuando era más joven, me obsesioné rápidamente y desde entonces no he vuelto a mirar atrás. Me he disfrazado de Gandalf en Halloween tantas veces que he perdido la cuenta. Me gusta construir aviones teledirigidos y hacerlos volar. Lo encuentro muy tranquilizador. Además, adoro los juegos de mesa. Los he probado todos aunque haya sido solo una vez. Prefiero los que conllevan una misión. Los deportes no me interesan mucho. Los veo, pero no soy fanático de ellos. Disfruto leyendo comics de vez en cuando, aunque nada de lo común, como los de Marvel o DC. Hay una tira de cómics sobre Sherlock Holmes que me encanta leer. Estoy rozando el límite de convertirme en un adulto Disney. Tengo un pase anual, voy a su fiesta de Halloween todos los años, y estoy completamente obsesionado con *Pesadilla antes de Navidad* y *Mulán*. Y mi película favorita es *La cena de los acusados*. Luego hicieron una serie de películas a partir de esta con los mismos protagonistas, y a finales de otoño hay una sala de cine clásico en el centro que hace una maratón de todas. Lia y yo vamos todos los años.

Birdy le da un sorbo al vino y se queda callada un momento. Tras unos segundos, decide hablar al fin.

—Un friki buenorro… Creo que puedo apuntarme.

Suelto una risita, levanto mi copa hacia ella, brindamos y bebemos.

—¿Qué opinas, tío? —pregunta Brian—. Es genial, ¿verdad?

Birdy se disculpó para ir al baño cuando el camarero se llevó su plato. La observé descaradamente mientras caminaba con un contoneo bastante considerable de caderas que me resultó sumamente agradable.

—Sí, es increíble —contesto antes de darme unos toques en la boca con la servilleta y dejarla después en la mesa—. Me parece que tenemos algunas diferencias en cuanto a intereses se refiere, pero ha dicho que le gusta el senderismo, y eso es una ventaja.

Lia lleva un rato callada. Bueno, la mayor parte de la cena, en realidad. Brian ha estado hablándole de trabajo mientras Birdy y yo hemos estado conversando.

—¿Le has dicho que te gusta avistar aves cuando haces senderismo? —pregunta Lia.

—Ah, me he saltado la parte de mencionar mis prismáticos, mi sombrero de pesca y mi libreta.

Brian se echa a reír.

—Apuesto a que es un espectáculo digno de ver.

—Es justo por ese motivo que no mucha gente ha conseguido ver esa parte de mí.

—No sé. Yo creo que el sombrero de pescador es guay —dice Lia mirándome.

Brian se remueve en su silla y se aclara la garganta.

—Entonces, ¿cabe asumir que llevarás a Birdy a casa esta noche?

—Si necesita que la lleven, por supuesto —contesto.

—¿Vas a pedirle otra cita? —pregunta Lia en voz baja.

Yo me encojo de hombros.

—No lo sé. Puede. Parece guay, y conocerla sin espectadores a quienes les gusta compartir fotos embarazosas sería de ayuda.

—Pero esas son las mejores fo…

—Bueno, no os entretendremos —dice Brian, justo cuando Birdy se acerca. Me doy cuenta de cómo ha interrumpido a Lia, y de cómo ella se ha reclinado en su silla ante esa intervención tan abrupta. Brian se levanta de la silla y se abotona la chaqueta del traje—. Ya me he encargado de la cuenta. Lia y yo nos vamos ya, porque el viaje hasta Malibú es un poco largo.

—Sí, claro —respondo, levantándome también. Vaya manera de hacernos sentir incómodos con una despedida tan cortante… No ha habido interludio, solo un breve *«nos vamos»*. Como quiero asegurarme de que Lia está bien, me giro hacia ella y le doy un abrazo—. ¿Estás bien? —le pregunto en voz baja. Ella asiente contra mi hombro, así que acepto su respuesta—. Que tengas un buen fin de semana.

—Vale. Gracias —contesta con suavidad, y su tono me parece extraño. Casi estoy a punto de preguntarle si está segura de que todo va bien, pero me lo pienso dos veces porque no quiero incitar los celos de Brian.

Así que decido soltarla.

—Envíame un mensaje la semana que viene, y tus citas —digo—. Sabes que iré a todas.

—Lo haré. —Sonríe, y Brian se acerca y le coloca la mano en la parte baja de la espalda.

Me ofrece la otra mano para que se la estreche.

—Un placer verte, Breaker. Pasadlo bien, la noche aún es joven. Quizá deberías llevar a Birdy a tomar el postre.

Sin presiones. Madre mía.

—Claro. Gracias de nuevo por la cena… —Ambos se van, y yo me giro hacia Birdy. Ella está ahí parada, sin saber qué hacer y apretando el bolso entre las manos—. Bueno. —Me meto las manos en los bolsillos—. Eeeh… Cuando voy a hacer senderismo es más bien para observar las aves. —Ella suelta una carcajada—. Solo quería dejarlo claro antes de preguntarte si te apetecía tomar un postre.

—Para observar las aves, ¿eh? Me parece divertido. No sé mucho de ellas, pero no me importaría aprender.

—Entonces, ¿quieres que vayamos a tomar el postre?

—Me encantaría. —Birdy entrelaza su brazo con el mío y salimos del restaurante juntos.

—Esta tarta de queso es impresionante —dice Birdy antes de tomar otro poco—. La cobertura de frambuesas debería estar prohibida.

—Ya te he dicho que estaba buena —añado—. Y dudabas de mí.

—No he dudado de ti. Solo me he quedado un poco descolocada. No esperaba que pidiéramos el postre en un *food truck*.

—Yo vivo de los *food trucks* —contesto, tomando un trozo de tarta—. Cerca de donde vivimos hay un camión que hace los mejores tacos del mundo, con salsa chorreante. Lia y yo intentamos restringirnos, pero no ayuda que esté aparcado justo al doblar la esquina.

—¿Soléis cenar a menudo juntos Lia y tú? —pregunta Birdy.

—Mmm…, la verdad es que no. Puede que dos veces a la semana. Cuando no está con Brian.

—Ojalá viviera cerca de mis amigos. Sería más fácil quedar con ellos.

—Es cómodo.

Toma otro trozo de tarta de queso.

—Creo que me estoy extralimitando al preguntar esto, pero supongo que tengo curiosidad. ¿Alguna vez Lia y tú habéis tenido algo… romántico?

Yo meneo la cabeza.

—Qué va, solo somos amigos. Ni siquiera he pensado nunca en ello. Supongo que es una pregunta que ha de hacerse con sinceridad cuando ves a dos personas del sexo opuesto pasar tanto tiempo juntas como lo hacemos nosotros. Mis hermanos me lo preguntan todo el rato, a pesar de que siempre les contesto lo mismo.

—Perdóname si te he incomodado. Lo pasé fatal en mi última relación, así que supongo que solo quiero ser sincera y directa. Tampoco es que esto sea ninguna relación ni que tú vayas a pedirme salir otra vez, pero, solo por si acaso, me gusta dejar las cosas claras.

—Lo entiendo. Yo nunca… Eeeh… Nunca he tenido nada serio, ni tampoco salgo demasiado con chicas.

—Ah, ¿de verdad? —pregunta—. Supongo que ha sido una estupidez por mi parte pensar que no era así.

—No, no es una estupidez. Hemos tenido una cita doble, así que tu suposición es válida.

Deja el tenedor y se cruza de piernas.

—Bueno, ¿y por qué no sales mucho con chicas, Breaker? Me pareces un tipo bastante sensato. Eres dulce. Amable. Considerado. ¿Por qué no estás en el mercado?

—Esta noche vamos a saco, ¿eh? —bromeo—. Bueno, supongo que todavía no he encontrado a la persona con la que quiera pasar más tiempo. No es que esté en contra de tener novia, es que todavía no he encajado con nadie lo suficiente como para pasar más tiempo juntos, ya sabes. Y con mi agenda tan apretada, tampoco es que me haya esforzado demasiado.

Ella asiente.

—Lo entiendo. —Aparta la mirada un momento—. Supongo que no te sientes tan solo porque tienes a Lia.

Totalmente cierto. Lia me entretiene por completo cuando lo necesito.

—Sí —contesto en voz baja.

—Entonces, ¿qué pasará después de la boda? ¿Crees que pasaréis el mismo tiempo juntos? Y no lo pregunto con mala intención, solo intento comprenderlo.

—No te preocupes por ofenderme ni nada de eso. Entiendo que tengas curiosidad. Y ya hemos hablado de ello un poco hoy, sobre encontrar una casa cerca y seguir quedando. —Hago una mueca con los labios—. No sé. No estoy seguro de cuánto podremos vernos. Sé que nunca nos olvidaremos del otro, pero también sé que nuestras cenas serán mucho menos frecuentes y más

espaciadas.

—Me imagino que sí, porque la vida de casados es distinta —afirma Birdy, confirmando mis miedos.

—Lo es. —Me muerdo el labio inferior. ¿En qué me afecta eso? Puedo deciros en qué. Parece que pronto voy a estar bastante solo—. Mierda, Birdy, me parece que tengo que echarme novia.

Se ríe y me da unas palmaditas en la mano.

—Bueno, cuando estés listo.

La miro y sonrío.

—A lo mejor lo estoy ya. ¿Qué opinas? ¿Quieres que volvamos a repetir esta noche? Igual sin un final tan triste como hoy, al hablar de mi patética vida.

—No es para nada patética. La verdad es que creo que es bastante tierna. Mi madre siempre me decía que es muy difícil encontrar a un verdadero amigo, pero que son lo más importante que debemos conservar. Lo que tienes con Lia es muy especial. Es normal que no quieras perderlo.

—Cierto. Pero creo que tienes razón. La vida de casados será distinta, y puede que ahora no me sienta solo porque la tengo a ella, pero eso cambiará cuando se case. Ya va siendo hora de que me ponga en el mercado. —Le cojo la mano—. ¿Quieres tener una segunda cita conmigo? ¿Quizá ir a hacer senderismo? Puedo enseñarte algunas aves.

Ella sonríe con alegría.

—Me encantaría.

—Piii.

—Piii.

—Piii.

Suelto un gruñido e intento abrir los ojos para mirar el móvil, que se ha encendido.

¿Quién demonios me está enviando un mensaje?

Con la mirada borrosa, me acerco el teléfono a la cara y veo la hora: la una y cuarto de la madrugada. Más vale que sea importante, joder.

Miro el remitente y veo que se trata de Lia. Me froto los ojos unas cuantas veces y después deslizo la pantalla para leer el mensaje.

Lia: *Eh, ¿estás despierto?*

Lia: *No me has enviado ningún mensaje después de la cita.*

Lia: *¿Todavía sigues con ella?*

Suelto un gemido, me acomodo de lado y le respondo.

Breaker: *¿Sabes? Esta conversación podría esperar hasta mañana.*

Lia: *Ah, estás despierto, fíjate tú.*

Breaker: *Por tu culpa.*

Lia: *Vaya.* 😊

Breaker: 😤

Lia: *No te enfades. Es que no podía dormir, tenía curiosidad. Entonces… ¿qué tal ha ido con Birdy?*

Breaker: *¿De verdad vamos a hablar de ello ahora?*

Lia: *Sí.*

Suelto otro gemido y empiezo a escribir.

Breaker: *Bien. Es muy guay. Tenemos unas cuantas cosas obvias en común, pero es muy agradable, dulce y, evidentemente, guapa.*

Lia: *Claro. ¿La has invitado a tu casa?*

Breaker: *¿En serio? No. No la conozco.*

Lia: *Como si eso te hubiera importado antes…*

Breaker: *Esto es distinto.*

Lia: *¿En qué es distinto?*

Breaker: *Porque voy a intentar empezar algo nuevo.*

Lia: *¿Algo nuevo? Cuéntame más…*

Breaker: *He pensado en salir con ella.*

Lia: *¿Qué? ¿En serio? Pero tú no sales nunca con nadie.*

Breaker: *Sí, lo sé, pero como te vas a casar pronto y tu futuro marido va a absorber todo tu tiempo, he pensado que igual debería encontrar a alguien con quien…, ya sabes, sea compatible.*

No me responde.

Durante unos minutos, y me pregunto si he dicho algo malo o si se ha quedado dormida, pero entonces suena mi móvil. Veo su nombre en la pantalla, contesto y activo el altavoz para poder recostarme sobre la almohada y hablar con libertad.

—¿Diga?

—¿Estás intentando sustituirme? —pregunta entre susurros.

—¿Qué? No. ¿Por qué dices eso?

—Con ese último mensaje parece que estás intentando encontrarme sustituta.

—Lia, venga ya, sabes que no intento reemplazarte. Sería imposible, y, seamos sinceros, por mucho que queramos creer que las cosas no van a cambiar, sí que lo harán. Brian será tu principal prioridad después de casaros, y no puedes permitir que nada se interponga. Y eso significa que tendré bastante tiempo libre. No quiero quedarme sentado en mi apartamento solo todo el tiempo, así que a lo mejor es el momento de salir y encontrar a alguien.

—No estarás solo. Viviremos el uno al lado del otro, ¿recuerdas?

—Aun así, Brian no querrá que os visite todo el tiempo, Lia. Acéptalo, las cosas están cambiando, pero no pasa nada. Sabíamos que llegaría este momento.

—Pero… Es que no quiero que las cosas cambien —responde en voz baja—. Me gustan las cosas tal y como están.

Joder, y a mí también. También me gustaba cuando tenía a mis hermanos solo para mí, pero ese barco ya zarpó.

Así es la vida, supongo. Pero no puedo ignorar esta oportunidad. Trago saliva con dificultad antes de contestar.

—¿Y entonces por qué accediste a casarte con él?

Se queda callada, y sé que es una pregunta que le cuesta responder a no ser que sea de la manera más común.

—Porque lo quiero.

Pero ¿estás enamorada de él?

Tengo muchísimas ganas de preguntárselo, pero al mismo tiempo no quiero provocar un drama. No quiero que dude de sí misma. Si dice que lo quiere, entonces me lo tendré que creer.

—Bueno, pues esto es lo que pasa cuando te enamoras, Lia. Las cosas cambian.

Se queda callada de nuevo antes de continuar.

—Pero ¿Birdy? No me encaja contigo.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno… —La escucho suspirar—. No tenéis mucho en común. Parece una de esas chicas populares, y tú eres más de intereses.

—¿De intereses? —Me río—. Por favor, explícamelo.

—Es que tenéis intereses distintos que no concuerdan.

—¿Y Brian y tú sí que los tenéis? —pregunto, antes de poder contenerme—. La última vez que me fijé, pensó que era lamentable que tú y yo flipáramos con un nuevo juego de mesa.

—Lo dijo una vez.

—Con una vez basta.

—¿Qué estás tratando de decir? ¿Es que no quieres que me case con él?

No, preferiría que no lo hicieras.

—Yo no he dicho eso. —Me froto la cara con la mano—. Solo estoy intentando decir que, a veces, los intereses no coinciden, pero no pasa nada. Si no, no hay más que veros a Brian y a ti. No tenéis nada en común, pero vuestra relación funciona. Mira, solo he visto a Birdy una vez, así que no voy a sugerir que he conocido a mi futura esposa ni nada parecido. ¿Pero qué hay de malo en averiguar si somos compatibles? A lo mejor, nuestros intereses distintos tampoco son motivo de ruptura, como pasa con Brian y contigo. Solo hay una manera de adivinarlo.

—Entonces, ¿significa eso que vas a volver a salir con ella?

—Sí, vamos a ir a hacer senderismo el próximo fin de semana. Voy a hablarle de las aves. ¿Quién sabe? A lo mejor se convierte en fanática, igual que yo.

—¿Qué les pasa a los hermanos Cane con los pájaros?

—Eh, a J. P. le gustan las palomas porque se siente culpable de que no las quieran, pero el resto de colegas con alas se la traen floja.

—Por favor, por amor de Dios, no los llames «colegas con alas».

—Bueno, si no intento salir ahí fuera y echarme novia, puede que se conviertan en mis únicos amigos, y aunque la soledad de ser el loco de los pájaros me resulta atrayente, no creo que esté listo todavía para ganarme ese honor.

—Ya te estoy viendo con un poncho y tu sombrero de pescador. Con una caña.

—Por favor… Por favor, no te imagines eso.

Ella suelta una risita y luego suspira.

—Lo siento, Breaker.

—¿Qué es lo que sientes? —pregunto.

—Bueno, para empezar, haberte despertado. Y también haberte dado la lata con Birdy. Supongo que es solo que estoy estresada con tantos cambios y tan rápidos. Estaba cómoda, a gusto, y ahora mi vida parece un huracán de cambios, y están ocurriendo todos a tal velocidad que me asusta.

—Sabes que tienes la opción de ir más despacio.

—Pero entonces decepcionaría a los demás.

—Sí, pero es por el bien de tu salud mental —replico—. No intentes complacer a los demás solo porque sí.

—Sé que tienes razón, Breaker. Sé que la tienes, pero es que no puedo decepcionar a los demás. Brian es muy sensible. Creo que, si la aplazara, pensaría que tiene algo que ver con él, y no quiero que lo haga. Solo necesito ir poco a poco.

—Vale, pero solo para que lo sepas, si quieres intentar ir más despacio, no tienes más que

decírmelo, y yo intervendré en tu ayuda.

—Lo sé, y por eso te quiero. Solo prométeme que estarás ahí a lo largo del camino.

—Te lo prometo.

—Gracias.

6

LIA

—Bueno, es bonita —dice Breaker cuando salimos de su coche y nos quedamos mirando la enorme iglesia de piedra llena de ornamentos que tenemos delante. En una calle casi vacía, en el corazón de Los Ángeles, hay una iglesia católica con un chapitel elevado que llega hasta el cielo y una puerta de entrada con arco que parece más intimidante que acogedora.

Recorro el grandioso edificio con la mirada antes de hablar.

—Hay gárgolas al borde del tejado. A mí eso no me da muy buen rollo para la boda.

Breaker me rodea con el brazo.

—La verdad es que no, pero el motivo de que esculpieran las gárgolas en los edificios era para protegerlos contra los malos espíritus, así que, si lo miras así, a lo mejor es algo bueno. No habrá malos espíritus rondando tu matrimonio.

Lo miro a la cara recién afeitada. Normalmente suele llevar un poco de barba, pero hoy ha optado por ir bien aseado.

—¿Vas a verle el lado positivo a todo?

—Sí, hasta que me digas que lo odias por completo. Cuando eso ocurra, me lanzaré del barco del positivismo, pero tienes que darle una oportunidad primero. ¿Quién sabe? A lo mejor el interior de la capilla te encanta.

—Yo no soy religiosa, Breaker.

—No hace falta ser religioso para apreciar la santidad de la arquitectura divina. Piensa en lo que le costó a la gente construir este edificio en aquellos tiempos. Con todas esas tallas tan complejas y detalles que no se ven en la estética moderna de hoy.

—Corrígeme si me equivoco, pero ningún Chipotle tiene gárgolas ni tallas intrincadas, y aun así me encanta entrar en sus establecimientos.

—Eso es porque eres una loca de las patatas fritas, igual que Lottie.

—¿Y tú cómo lo sabes? —Empiezo a reírme.

—Ahí es donde fueron Huxley y Lottie en su primera cita oficial, si es que se le puede llamar así. Es donde revisaron las condiciones de su contrato de compromiso falso. La verdad es al que decirlo en voz alta no me parece nada real. En fin, se llevó a casa las patatas que había comprado Huxley cuando él sí las quería. Estuvo dando por saco con eso durante días.

—Sois multimillonarios. Podéis compraros un Chipotle entero y convertirlo en una fábrica de patatas para vuestro propio placer personal. ¿Por qué se cabreó tanto porque alguien se llevara sus patatas?

—Es por principios —contesta, justo cuando La Beave sale de un sedán negro que ha aparcado a solo unos pasos.

La Beave es de otra pasta. Lleva las piernas larguiruchas siempre enfundadas en unos tacones de al menos diez centímetros, una eterna cara de zorra poco halagadora y un pintalabios de color *nude*. Imita a la familia real llevando siempre una chaqueta que no sabría decir si es un vestido o solo es de traje —incluso con el calor de California—, y la combina con un sombrero cuando está al aire libre. La única vez en que no se lo pone es cuando se sienta a comer. Me recuerda a Yzma, de *El emperador y sus locuras,* salvo por la piel morada, las tetas caídas que le llegan a la barriga y su secuaz, que crea nubes de espinacas.

—Hola, Ophelia —saluda con frialdad, y luego se gira hacia Breaker con una sonrisa asomando en

los labios—. Señor Cane, qué honor que se haya unido hoy a nosotros. —Tiende su mano esquelética, y Breaker se la acepta y la estrecha con ligereza.

—Por favor, llámeme Breaker. Es que no podía perderme la oportunidad de ser el damo de honor perfecto para mi chica. —Me da un apretón.

—¿Damo de honor? —pregunta La Beave, mirándome—. No sabía que ibas a tener a un hombre a tu lado en el altar.

Reprimo una sonrisa de suficiencia. Apuesto a que La Beave no se esperaba que le torcieran los planes tan temprano por la mañana. No me cabe duda de que es muy tradicional y que quiere que la boda sea así. La novia tendrá mujeres a su lado, y el novio hombres. Pues bueno, bienvenida a la era moderna, porque eso no va a ser así.

—Breaker es mi mejor amigo. No puede ser de otra manera.

—Bueno, igual podemos pensarlo…

—No va a ser de otra manera —interrumpe Breaker, echando abajo mi autoridad.

Lo peor de esta situación es que, aunque se trate de mi boda, La Beave no piensa escuchar a nadie más que a ella misma. La única persona, y me refiero a LA ÚNICA, que podría ser capaz de darle la vuelta a una decisión suya es Breaker. Ni yo, ni su hijo ni nadie más, solo Breaker, y el motivo es que lo valora a él más que a mí o que a su hijo. ¿Por qué? Por lo gruesa que tiene la billetera.

—Entiendo. —La Beave se pone rígida—. Bueno, entonces, supongo que tendré que tomar nota. —Lo mira de arriba abajo antes de continuar—. ¿Sabes, Breaker? Me he enterado de lo de tu antigua empleada.

Lo sabía.

Madre mía, funciona como un mecanismo de relojería. La he visto venir desde una milla de distancia.

Breaker le ha parado los pies, y ahora ella está intentando hacer lo mismo para empatar. Ni se imagina que el motivo de que los hermanos Cane hayan tenido éxito es porque saben detectar muy bien a los trepas sociales y no les han dejado derribarlos.

Y dada la expresión de confianza de Breaker, sé que ha calado bien a La Beave.

—Una tragedia, ¿verdad? —pregunta Breaker—. Que una chica con tan poca autoestima divulgue mentiras solo para llamar la atención. Nuestros abogados se están ocupando de ello. Habrá una disculpa cuando presentemos todas las pruebas necesarias sobre la conducta inadecuada de mi anterior empleada en al trabajo. Aunque, claro, no debería haber dicho nada, porque todo esto es confidencial.

—Ah, es comprensible.

—Pero gracias por su preocupación. Me va bastante bien.

Sonríe un poco y después señala hacia la iglesia.

—Bueno, creo que tenemos una iglesia que ver y un cura al que conocer. —Se da la vuelta y, junto con su asistente, que se ha puesto a su lado, empieza a subir los escalones de piedra que dan a la puerta roja de entrada.

Me quedo atrás un momento, agarrada del brazo de Breaker.

—Siento mucho que haya mencionado eso.

—No te disculpes por ella. Es asquerosamente transparente. Sabía que iba a sacar a la luz la demanda, así que callarla ha sido fácil.

—Lo sé, pero, aun así, no debería haber dicho nada.

—Lia, estoy bien.

—Vale. —Lo aprieto con más fuerza—. Voy a necesitar tu ayuda para subir las escaleras. Estos zapatos que me ha comprado Brian me quedan demasiado grandes.

Breaker baja la mirada hacia mis pies y los observa.

—Me estaba preguntando de dónde demonios los habías sacado.

—¿No te gustan? —pregunto, girando el pie hacia un lado.

Todo el conjunto que llevo grita «Brian» por los cuatro costados: una minifalda roja pomposa y un top negro, junto con tacones negros de diez centímetros que nunca, jamás, me pondría, con los que me siento más como un payaso que como una mujer sofisticada a punto de casarse con el codiciado Brian Beaver.

—Son bonitos, pero muy poco propios de ti.

—¿Qué te hace pensar eso? ¿La tira dorada del dedo o el hecho de que parezco una novata intentando caminar sobre los zancos del circo?

—Puede que un poco de las dos cosas. —Se ríe por lo bajo.

—Bueno, al menos La Beave no ha dicho que lo desapruebe.

Subimos las escaleras con Breaker ayudándome todo el tiempo.

—Ahora toca ver el lado positivo. Centrémonos solo en si nos gusta la iglesia.

—Voy a decir que no.

—¿Tienes otro lugar en donde quieras casarte? ¿Una contraoferta? —pregunta Breaker mientras subimos.

—La verdad es que sí, pero sé que La Beave lo va a odiar.

—Pues entonces significa que es perfecto —opina Breaker, al llegar a la puerta y entrar en la opulenta iglesia.

El vestíbulo da paso a una enorme catedral con vigas de madera natural cruzadas sobre el techo abovedado. Hay un montón de bancos que miran hacia el altar, y una alfombra roja se extiende por todo el pasillo iluminado por las velas. El altar está tallado de manera muy compleja, y es de la misma madera natural que las vigas, aunque está cubierto con manteles y un centro de flores que me parece bastante extravagante para tratarse de una misa de mitad de verano.

Me inclino hacia Breaker.

—Me sorprende que las velas encendidas no constituyan un peligro de incendio —susurro.

—Y esos candelabros no me parecen demasiado robustos.

—¿No es divina? —pregunta La Beave, maravillada—. No cabrá todo el mundo en los bancos, pero emitiremos la boda en directo para quienes estén esperando en el club a que lleguéis.

Parpadeo varias veces, mirando el *montón* de bancos.

—¿A cuántas personas tiene pensado invitar? —inquiero.

—Ophelia, te envié el listado por correo electrónico. —Chasquea los dedos, y su asistente aparece a su lado con una caja. La Beave la abre y saca la corona de un velo—. Bueno, veamos esto.

—Espere, ¿qué lista de invitados? —La Beave me ignora y me coloca el velo encima de la cabeza, clavándome la horquilla con tanta fuerza en el cuero cabelludo que estoy casi segura de que he sangrado.

—Ya te la envié, Ophelia. Sinceramente, ¿tenemos que hablar de la organización? —Retira el resto del velo de la caja y estira la tela de tul haciendo montones. Madre mía, ¿tan larga es esta cosa? ¿Y por qué me la ha puesto en la cabeza?

—Supongo que no la he visto. He estado bastante ocupada este fin de semana.

Ocupada con Brian, su hijo.

—Bueno, si hubieras dedicado un momento a preocuparte por las inminentes nupcias, te habrías dado cuenta de que he preparado algo más de dos mil invitaciones. —Hace un gesto hacia el pasillo —. Y ahora, por favor, camina hacia el altar para que pueda ver cómo queda el velo.

Parpadeo varias veces, sin saber qué demonios está pasando conmigo.

—¿Dos… mil? —pregunto, sintiendo que se me seca la boca—. O sea, ¿dos mil personas?

—Más bien entre cuatro y cinco. Son parejas y familias.

Vuelve a hacerme una señal para que camine, pero yo me quedo quieta.

—Ay, Dios mío —digo, y las axilas me empiezan a sudar—. Eso es… es demasiada gente. ¿Acaso puede acoger el club a tantas personas?

—Pues claro que no —contesta, haciendo un gesto desdeñoso hacia mí—. Por eso hemos

reservado también la playa privada. Se trata de guardar las apariencias, aunque la gente no pueda ver nada. Ahora, por favor… —Vuelve a señalar hacia el pasillo.

Me giro hacia Breaker con el corazón acelerado, rogando que interceda por mí.

—¿Has oído eso? —digo, entre dientes, con el velo enredado entre las piernas—. Dos *mil* personas, Breaker.

Por suerte, él capta mi pánico.

—Mucha gente —añade Breaker—. ¿Ha revisado Brian la lista?

La Beave hace otro gesto de desprecio.

—Brian tiene cosas mejores que hacer que molestarse con los detalles de la boda.

—Pero… es el inicio de su matrimonio. ¿No cree que debería estar un poco interesado? —pregunta Breaker.

Ella gira la cabeza hacia él de golpe.

—Está lo suficientemente interesado, pero la lista de invitados es un detalle insignificante. Deberías conocer la importancia del trabajo de alto nivel que tiene. No puedo estar molestándolo con estos asuntos. Por eso estoy yo a cargo. Y ahora, Ophelia, camina por el pasillo para que pueda ver si el velo te queda bien.

—Sí, pero es que eso es demasiada gente, señora Beaver —insiste Breaker mientras yo intento desenredar el velo. Lo aparto con los pies mientras la asistente, que no sé muy bien cómo se llama, intenta ayudar también—. A Lia no le gustan las multitudes. A menos que quiera que la novia se desmaye en el altar, creo que tendrá que reducirlo un poco.

La Beave se gira hacia mí.

—No será eso cierto, ¿verdad?

No está demostrado, pero puedo considerarlo una posibilidad, así que le sigo la corriente.

—Me tiemblan las rodillas —contesto, inclinando la corona del velo—. ¿De dónde ha salido este velo?

—Es el mío, de mi boda. Por favor, no le des patadas. Es una reliquia de familia muy preciada.

—Ah… —Sonrío—. Es encantador. Hasta se puede oler la historia. —Muy… añeja—. Sea como sea, una novia desmayada en el altar no creará un recuerdo demasiado bonito de la boda. Si me desmayo, avergonzaré a Brian. La Beave no querrá saber nada de cualquier cosa que pudiera dañar, avergonzar o mancillar a su hijo.

—No sabía que fueras un riesgo en el altar. —Mira hacia el pasillo—. Si te desmayas, echaría a perder toda la ceremonia.

A nadie le gusta una novia endeble.

—Sí, ¿y si me golpeo la cabeza contra uno de los bancos? —añado—. Si me rajo la cabeza habrá sangre, y no creo que a los invitados les gusten las bodas gore. Sobre todo si llevo puesto este velo heredado. No sé si la sangre se limpiará fácilmente en una tela como esta. ¿Por casualidad sabe cuánto mide?

—Quince metros —responde La Beave algo distraída.

Quince metros, madre mía… ¿Quién necesita un velo tan largo? Ni siquiera es de la realeza.

—Vestido blanco, sangre y gore no es una buena combinación para una boda de la clase alta —interviene Breaker—. Por no mencionar que sangra con facilidad. Y estamos hablando de charcos de sangre.

—Tengo anemia por falta de hierro —admito, asintiendo.

—Bueno. —La Beave levanta la nariz—. Puede que hable con mi médico y le diga que te recete algún tranquilizante para ese día, con el fin de evitar que te desmayes.

Claro que sí, tiene una solución farmacéutica para todo.

—Eeeh… Eso no va a funcionar —contesto, mirando a Breaker para pedirle ayuda.

—No —admite, atendiendo a mi ruego—. Eso no funcionará porque… Eeeh… Suele vomitar.

La Beave se encoge del disgusto, y no la culpo. Eso no me lo veía venir.

—¿Disculpa? —pregunta.

Breaker asiente, continuando con la mentira.

—Sí, vomita un montón esta chica. —Me señala con el pulgar—. Termina vomitando cualquier medicación que reduzca la ansiedad. Y no solo un poco, sino en plan proyectil. Recuerdo una vez, en la universidad, cuando se tomó unos calmantes…, no recuerdo cuáles eran, pero se tomó algunos antes de su examen final sobre estadística y mecánica de datos porque estaba muy nerviosa. Después de los diez primeros minutos de arcadas, empezó a vomitar encima del examen y hasta de la pobre chica que tenía delante. Fue un desastre. Desde entonces, se ha mantenido lo más alejada posible de la medicación. No creo que arriesgarse a tomar un tranquilizante el día de la boda merezca la pena, así que creo que deberíamos reducir la lista, sin más. ¿Qué tal si me la envía a mí? —pregunta Breaker—. Porque conozco muy bien a las personas a las que saber dar palmaditas en la espalda, y sabré distinguir quién se sentirá ofendido y quién no importará que acuda o no.

¿Vomitar durante un examen? ¿No podíamos haber encontrado una imagen un poco menos asquerosa que implantar en la mente de mi futura suegra?

Miro a La Beave, dispuesta a encontrarme con una cara de completo disgusto. En cambio, tiene una sonrisa mínima, y si no la conociera, no lo habría adivinado nunca, pero ahí está, clara como el agua: su alegría reprimida.

—Ay —responde, juntando las manos frente a su regazo—. ¿Estás familiarizado con la escala social?

—Pues claro. ¿Cómo cree que me convertí en multimillonario? —pregunta Breaker guiñando un ojo, y muy dentro de mí sé que le ha costado Dios y ayuda decir eso. Si hay algo que hay que saber de Breaker, es que no le gusta presumir de dinero, jamás, así que mencionar que es multimillonario delante de La Beave solo tiene como finalidad demostrar que es el mejor amigo que pudiera necesitar en estos momentos.

—Bueno, pues eso sería una delicia. Aceptaré tu generosa oferta —contesta La Beave antes de darse la vuelta y caminar por el pasillo. Supongo que ya está. Me parece bien.

—¿Has soltado la bomba del multimillonario así, sin más? —bromeo, pellizcándole el costado.

Él contiene la risa.

—He conseguido que me enviara la lista, ¿no? —susurra—. Podemos revisarla juntos. Trae tu boli rojo.

—Llevaré varios. Va a haber una escabechina. La escena gore no ocurrirá en la boda, pero con la lista de invitados va a haber una de lo más sangrienta.

La Beave se da la vuelta.

—Bueno, ¿eres católica, Ophelia? —pregunta.

—Mmm… Va a ser que no. —Me rasco el lugar donde la horquilla del velo se me ha clavado.

—La Beave frunce el ceño.

—Creo que Brian me dijo que sí lo eras.

Yo niego con la cabeza.

—No, no soy católica. La verdad es que no soy de ninguna religión.

—¿Cómo es posible que no seas de ninguna religión? —inquiere, disgustada—. ¿A quién demonios le das las gracias por todas las cosas de tu vida antes de acostarte?

—Eeeh… ¿A mis padres? —propongo.

Ella hace una mueca de desdén.

—Eso no puede ser. —Chasquea los dedos para llamar a su asistente—. Teléfono. —La asistente le da enseguida el teléfono a La Beave y yo la observo teclear en él. Se lo lleva al oído y, mientras espera, siento que me recorre con esa mirada moralista suya, destinada a ponerme en mi sitio—. Padre Joseph, sí, soy la señora Beaver, ¿cómo está? Bien. Tengo un pequeño problema. La prometida de Brian me acaba de informar de que no es católica. Sí, lo sé… —Hace una pausa—. Ajá. Bueno, ¿y si ofrezco una enorme donación a la parroquia? —Sonríe de medio lado—. Sí, una

muy grande.

¿Está sobornando al cura? Madre mía. ¿Pero acaso no es eso terrible? ¿No te granjea un billete en primera al infierno, si crees en él?

—Eso es fantástico. Gracias. —Cuelga y le devuelve el móvil a su asistente—. Problema solucionado. El padre Joseph se ocupará de ello.

—¿Qué significa eso? —pregunto.

—Mejor no hacer preguntas, Ophelia. Ya has hecho bastante con tu falta de fe.

¿No es encantadora?

—¿No tienen que hacer Brian y Lia un curso prematrimonial? —pregunta Breaker—. ¿Y no hay que hacerlo seis meses antes de la boda?

—Como ya he dicho, mejor no hacer preguntas. Lo que se tenga que hacer se hará, así que dejémoslo ya. —Eso suena muy… cristiano. Hace un gesto hacia el altar—. Y ahora camina, por favor, hacia el altar, para que pueda ver cómo queda el velo en este espacio. Hemos pedido que se vuelvan a pintar las paredes antes de la boda de un blanco inmaculado, y que se sustituya la alfombra, porque está bastante desgastada, pero este es el ejemplo de opulencia que esperamos cuando hablo de las fotos de la boda. Evidentemente, tu vestido tendrá una cola de un mínimo de tres metros y medio, para que pueda descender por las escaleras junto con el velo.

Empiezo a recorrer el pasillo con paso inseguro.

—¿Tres metros y medio? —pregunto—. Eso es un montón de tela.

—Encantadora observación, querida. —Me mira mientras yo doy un paso despacio, y me refiero a muy despacio, detrás de otro. Me señala las gafas—. ¿Te ha comentado Brian algo sobre la cirugía ocular? No podemos permitir que lleves gafas el día de la boda.

Me detengo y me llevo la mano a mis gafas moradas.

—¿Por qué no?

—Las gafas son terribles para las fotos. ¿De verdad crees que quiero fotos de mi hijo casándose con una mujer que parece tener solo un ojo por culpa del brillo? No. Además, a él tampoco le gustan tus gafas. Opina que son infantiles. Creo que iba a hablarte sobre la cirugía Lasik. Conozco a un médico que te la puede hacer esta semana. —Vuelve a chasquear los dedos—. Reserva una cita para Ophelia con el doctor Rosenblad.

—No quiero la cirugía Lasik. Me da mucho miedo —afirmo.

—Ophelia. —La Beave me lanza una mirada asesina—. Hay un lugar y un momento para actuar como una niña y también como una adulta. Por favor, recuerda tu edad. —Nos pasa de largo a toda prisa y regresa por el pasillo mientras llama a su asistente para que tome nota sobre la colocación de los arreglos florales.

Yo me quedo plantada, perpleja.

¿Brian cree que mis gafas son infantiles?

Siempre he creído que le gustaban. No pensaba que hubiese algo que no le gustara de mí. Pero enterarme de que no le gustan, eso es… Guau, duele.

La inseguridad me ahoga, y noto que se me forma un nudo en la garganta de la vergüenza.

—Eh —murmura Breaker, rodeándome con el brazo. Al ver que no lo miro de inmediato, me da un tironcito y me obliga a enfrentarme a su mirada—. Tus gafas son una pasada —anuncia en voz baja, con la boca cerca de mi oído—. Aparte de tu corazón, de tu honestidad y de tu descaro, tus gafas son una de las cosas que más me gustan de ti.

—Breaker. —Meneo la cabeza, pero entonces me agarra de la barbilla para que me quede quieta.

—No solo son una descripción directa de tu personalidad, sino que además hacen que las manchitas verdes de tus ojos destaquen todavía más. Si ya resulta casi imposible de por sí apartar la mirada de ellos, cuando los destacas de una manera tan exquisita es imposible no quedarse cautivado por ellos.

Yo aparto la mirada y él me obliga a girarme de nuevo hacia él.

—Estoy muy avergonzada —confieso.

—Las únicas personas que deberían estar avergonzadas en estos momentos son La Beave, por decirte algo tan humillante, y Brian, por siquiera pensar que tus gafas son poco favorecedoras. —Me acaricia la mejilla con el pulgar, y continúa con suavidad—. Eres preciosa, Lia. Las gafas no hacen más que acentuar lo guapa que eres.

—G-gracias —contesto, mientras sus palabras empiezan a atravesar la tristeza que me envuelve.

Lo miro esperando encontrarme con una sonrisa tranquilizadora, pero en su lugar me encuentro con una mirada profunda y seria. Y durante un momento nos quedamos quietos, mirándonos el uno al otro, con su cariñoso cumplido flotando entre los dos.

Ya me ha dicho antes que soy guapa.

Incluso me ha dicho que estoy buena.

Pero siempre he sentido que es algo normal, que diría cualquier buen amigo.

Sin embargo, en estos momentos, me parece muy distinto.

Quiero profundizar más en su afirmación.

Quiero ver si hay emoción detrás de ella, o si soy yo sola quien se siente así ahora mismo, pero justo cuando abro la boca para decir algo, el teléfono le suena en el bolsillo y nos saca a los dos del trance en el que nos habíamos sumido.

—Oh, eeeh… Voy a contestar —dice, algo incómodo—. Perdona. —Parpadea varias veces, casi como si estuviera intentando serenarse, y después saca el móvil y contesta—. Ah, hola, Birdy. —¿Birdy? ¿Lo está llamando?—. No, no pasa nada. ¿Qué ocurre? —Me mira y después contesta—: No, me parece que no tengo planes esta noche.

Vaya, pensaba que íbamos a revisar la lista, pero, claro, tampoco recuerdo haber quedado en ningún momento concreto con él para hacerlo.

—Sí, claro, suena divertido. Te veré allí. Envíame la información por mensaje. Sí, hasta luego. —Cuelga el teléfono y se lo guarda en el bolsillo—. Siento la interrupción.

—¿Vas a ver a Birdy esta noche? —pregunto, un tanto incómoda, mientras me recoloco un lateral del enorme velo.

—Eso parece —contesta, y después me mira sonriendo—. ¿Le damos un susto de muerte a La Beaver con tu sugerencia para la ceremonia?

—Claro. —Aunque me siento incómoda por que haya cambiado de tema tan rápido.

—¿Y cuál puede ser la sugerencia? —Levanta un dedo con jovialidad—. Espera, deja que adivine. —Se da unos golpecitos en la barbilla antes de continuar—. Eeeh… Tiene algo que ver con algún lugar único, porque tú eres así, pero también pintoresco y un tanto clásico. —Chasquea los dedos—. Los antiguos juzgados.

—Me encantaría, pero sabes que ahí no caben ni siquiera cien personas.

—Menos mal que vamos a reducir la lista, entonces. —Arquea las cejas varias veces.

—No lo aceptará de ninguna manera, y si voy a hacer alguna sugerencia, entonces pensaré en algo que le haga creer que ha sido a ella misma a quien se le ha ocurrido la idea.

—Vale, te escucho —contesta, cruzándose de brazos.

Tiro del velo intentando quitármelo, pero La Beave nos grita.

—¡Todavía no has acabado con él, Ophelia! ¡Sigo procesando cómo te queda!

Le hago un gesto de exasperación a Breaker y vuelvo a colocarme la horquilla en la cabeza.

—Bueno, por mucho que odie el club por razones evidentes, tiene un jardín precioso en la parte trasera que sería perfecto para la ceremonia. La gente podría verla desde el balcón, desde la pradera o desde las sillas que coloquen delante del altar.

Él asiente.

—No es muy típico de ti, pero es suficiente. ¿Quieres que lo sugiera?

—Odio decir que suena mejor si lo dices tú, pero es la verdad.

—No te preocupes, ya me encargo yo. —Me rodea con el brazo y me acompaña por el pasillo

hasta La Beave. Durante todo el tiempo, no dejo de pensar en mis gafas, en la cálida voz de Breaker al decirme cuánto le gustan, en su cita con Birdy y en este maldito velo. Y todo junto me hace sentir náuseas—. Señora Beaver —la llama.

—¿Sí? —Ella gira su cuerpo larguirucho hacia nosotros.

—¿Sabe? Estaba pensando que… el banquete se celebrará en el club, ¿verdad? —dice Breaker como si tal cosa, y si no lo conociera, me preocuparía la facilidad con la que puede activar todo su encanto.

—Exacto —contesta ella, juntando las manos.

—Una elección preciosa, por cierto. Fui a una boda que se celebró allí hace más o menos un año, y me pareció espectacular. —Madre mía, cómo odio que se ponga así, todo formal. No es el hombre al que conozco. Sin embargo, es su imagen para los negocios, y es así como ha llegado hasta donde está porque es capaz de engatusar como nadie, igual que J. P.; Huxley, por el contrario… Bueno, él es un hueso duro de roer. A Huxley le cuesta ser encantador. Para él todo es o blanco o negro. No existe el gris… Bueno, aparte de Lottie.

—Es pintoresco. —La Beave observa a Breaker con atención. Puedo sentir las ganas que tiene de saber adónde quiere llegar él con eso.

—Y como es tan pintoresco, me hace pensar que, aunque la iglesia es magnífica, palidece en comparación con lo que el club puede ofrecer. Estuve allí el otro día para reunirme con Clinton Mars. ¿Lo conoce?

¡Ja!

Pues claro que La Beave conoce a Clinton Mars. Todo el mundo lo conoce. Es uno de los hombres más ricos de Estados Unidos. Creó un dispositivo que está en todos los teléfonos, y ha ganado tanto dinero con él que prácticamente ahora mismo estornuda billetes de cien.

Breaker no tiene más que mencionar el nombre adecuado y La Beave caerá de rodillas. Por eso es mi mejor amigo, mi damo de honor.

—Sí, por supuesto. Clinton es un hombre muy agudo e inteligente. Tuve la suerte de conocerlo hace unos meses —dice La Beave con ojos brillantes.

—Bueno, pues dimos un paseo por los jardines durante nuestra reunión y no dejó de alabar lo preciosos que eran y de mencionar que sería el lugar perfecto para celebrar una boda. Incluso me dijo que quería que su hija se casara allí.

—¿De verdad? —contesta ella, con el cerebro funcionando a toda marcha. ¿Conocéis el refrán de «Culo veo, culo quiero»? Pues La Beave lo cumple a rajatabla.

—Sí, y he pensado… que tiene razón. Los jardines son impresionantes, con un paisajismo precioso y el mar al fondo. Sencillamente espectacular.

La Beave asiente lentamente.

—¿Sabes? Dentro de cinco semanas, las flores estarán en su máximo esplendor. —Chasquea los dedos, y la asistente aparece a su lado—. Llama al club de inmediato. Tengo que organizar algo. —Se gira hacia nosotros—. Los jardines serán magníficos, pero me preocupa tu capacidad para caminar con tacones sobre el césped.

—Ah, no se preocupe por eso —contesto, porque no quiero que encuentre ninguna excusa para no usar los jardines—. Soy muy hábil llevando tacones.

—Muy hábil —afirma Breaker.

—La más hábil —añado, cosa que, evidentemente, hace que La Beave me mire con burla—. Eeeh… Mire cómo me pavoneo por toda la alfombra. —Me echo el velo hacia atrás y, con suma concentración, camino por el pasillo fingiendo llevar un ramo. Mis pies sudados me resbalan dentro de los tacones, pero los mantengo en su sitio hasta llegar al altar. Joder, menos mal que lo he conseguido.

—Vuelve hacia aquí —ordena La Beave, poco convencida de que sea capaz de caminar con tacones.

Madre mía, qué pesada es.

Cuadro los hombros, me coloco las manos delante, pongo un pie delante del otro y vuelvo a recorrer el pasillo.

Chúpate esa, Beave.

Puedes hacerme sentir como una mierda por mis gafas.

Puedes quitarme el derecho a elegir cómo será mi propia boda.

Pero me niego a que me hagas sentir que no sé andar con unos malditos tacones.

—¿Lo ve? —digo, estirando las manos al llegar a ella—. Ningún problema en… —En el último paso, el pie se me resbala del zapato y pierdo el equilibrio—. Ay, mierda —me quejo, aferrándome a lo que tengo más cerca…

Un candelabro.

Lo agarro con fuerza.

—Guau, colega —añado, con la respiración agitada—. Ha estado muy cerca. —Suelto una risita y miro el candelabro, que se está agitando bastante.

—Eeeh… Lia —dice Breaker, acercándose a mí.

Pero es demasiado tarde.

Todo ocurre a cámara lenta. La vela se resbala y se cae al suelo. Mi mirada la sigue, viendo cómo va a dar justo encima de la tela recogida del velo.

Me quedo sin respiración. Los ojos se me ponen como platos.

Y en tan solo unos segundos, el velo arde en llamas enfurecidas.

—¡Ay, Dios mío! —grito—. Ay, Dios mío, estoy ardiendo. ¡Estoy ARDIENDO! —Tiro el candelabro a un lado y, con un tacón puesto y el otro quitado, corro lejos de las llamas… mientras ellas me persiguen.

—¡El velo! —chirría La Beave.

—¡Estás ardiendo! —grita Breaker.

—¡Apágalo, apágalo, apágalo! —lloriqueo.

—¡La hostia! —vuelve a gritar Breaker—. ¡Rueda, Lia, rueda!

—¡¿Que ruede adónde?! —respondo yo a su vez, rodeando el altar y con las llamas del velo cada vez más cerca de mi cabeza—. ¡Madre mía, no me quemes el pelo! ¡Por favor, por tu padre, no me quemes el pelo!

—Una reliquia de familia… —dice La Beave antes de caerse sobre un banco.

—¡Rueda, por el amor de Dios!

Me tiro al suelo y empiezo a rodar, recogiendo las rodillas para no chocarme contra los bancos.

—¡¿Se ha apagado?! —chillo—. ¿Sigo ardiendo? —Miro por encima del hombro y veo que las llamas me persiguen—. ¡Aaah! Breaker, vienen a por mí. Salva mi alma… ¡Sálvala! —Sigo rodando, y entonces veo que el humo sube hasta el techo—. ¿Qué es ese olor? ¿Es mi pelo? ¡Breaker, ayuda…!

Plas.

Me cae agua encima que me cala hasta los huesos pero que apaga también las llamas.

Levanto la mirada y veo a Breaker con un enorme cuenco de metal, la respiración agitada y una mirada de horror.

—¿Se ha… apagado?

Él traga saliva con dificultad y asiente.

—Sí, se ha apagado.

Me quedo tirada sobre el suelo, mojada y aterrorizada, y suelto un enorme suspiro.

—¿De dónde has sacado el agua?

Mira el recipiente vacío y hace una mueca.

—Eeeh… Creo que te acabo de bendecir a lo bestia. Con agua bendita.

Yo meneo la cabeza.

—El bautismo de fuego acaba de cobrar un nuevo sentido —añado, y escucho murmurar algún

tipo de plegaria a La Beave de fondo. Me cuesta tragar—. Considérame conversa.

—Me odia —afirmo mientras Breaker abre la puerta de la papelería.

Después de devolverle con sumo cuidado la reliquia a La Beave, le dije que me iba a cambiar de ropa antes de nuestra siguiente reunión para recoger las invitaciones. Breaker me alejó de ella y, en vez de hablar de lo que había pasado, nos sentamos en silencio durante todo el camino en que recorrimos en coche las calles bordeadas de palmeras de Los Ángeles.

Breaker se rasca la mejilla.

—Creo que «odiar» es una palabra muy fuerte.

—Breaker, he prendido fuego a su preciada reliquia.

—Pero no ha sido a propósito. Creo que es algo que debemos recalcar. No has prendido fuego al velo a propósito.

—Estoy segura de que ella sí lo cree. —Miro hacia el fondo de la tienda, donde La Beave está sentada a una mesa junto a su asistente estudiando lo que parecen ser distintas texturas de papel—. ¿Cómo me voy a acercar a ella siquiera? ¿Vuelvo a disculparme? ¿Le dejo tomar las decisiones, sin más?

Breaker me aparta a un lado.

—Ha sido un accidente —susurra—. ¿Ha sido embarazoso? Pues sí, pero ha sido un accidente. Te respetará más si acudes a esta siguiente reunión con la cabeza bien alta y no disculpándote todo el rato. Ya has dicho lo que tenías que decir, así que ahora pasa página, ¿vale?

Yo asiento.

—Tienes razón. Solo… tengo que pasar página.

—Así me gusta. —Se endereza y me coloca la mano en la espalda para guiarme hasta la mesa donde está sentada La Beave.

Al acercarnos, ella levanta la mirada.

—Ophelia —dice—, no estaba segura de que aparecieras, dado tu aspecto cuando nos marchamos de la iglesia, pero parece que puedes arreglarte de manera decente.

Me obligo a sonreír.

—No ha sido demasiado difícil. —Se nota que está esperando que me desmorone, y tengo ganas de hacerlo. Tengo unas ganas desesperadas de tirarme a sus pies y disculparme una y otra vez, pero Breaker tiene razón. Me respetará si no lo hago—. Bueno, ¿qué estamos viendo?

—La densidad y el peso del papel —contesta La Beave—. En realidad, no es necesario que estés aquí.

—Sí que lo es —contesto, sentándome a su lado y Breaker al mío—. Son las invitaciones a mi boda, después de todo. Además, el papel es divertido. —Cojo un paquete y toqueteo los gruesos trozos de papel—. ¿Sabéis qué es lo que más me gusta del papel?

—Estoy segura de que tienes una opinión muy meditada que estoy *deseando* escuchar —contesta La Beave con una buena dosis de repulsa. Ya veo que seguimos enfadadas por lo del velo, y fijo que está deseando machacarme, pero, como ha dicho Breaker, no debo acobardarme. Tengo que ser fuerte.

—La verdad es que sí —respondo—. El papel es un viaje…

—Eeeh… Lia, tengo que hablar contigo un momento —dice Breaker, poniéndose de pie de repente.

Lo miro confundida.

—¿Qué?

—Tengo que hablar contigo. —Pone los ojos como platos—. Ahora mismo.

Al notar su prisa, me disculpo de la mesa y me voy a una esquina con él, que le da la espalda a La Beave y me atrapa entre la pared y un expositor de lápices de acuarela.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Tengo que salvarte antes de que hagas el ridículo.

—¿A qué te refieres?

—¿«El papel es un viaje»? —inquiere—. ¿Adónde querías ir exactamente con eso?

—Bueno, si me dejas acabar, habrías visto que iba a ir bastante lejos. Tenía toda una diatriba sobre cómo abre a los humanos a nuevos mundos.

—Sí, claro, rebajemos al mínimo la charla filosófica. La Beave no querrá escucharla. Está atacada. Habla lo menos posible, ¿vale?

Miro por encima del hombro de Breaker y veo un atisbo de la mueca profundamente amenazadora que está haciendo ella mientras ojea las plantillas. Uf, igual Breaker tiene razón.

—Bueno, vale. A lo mejor no quiere saber que el papel es un viaje.

—Me juego las pelotas a que no quiere escucharlo. —Me da unas palmaditas en el hombro—. Respira hondo. No parlotees sin ningún motivo. Es signo de debilidad. Coge una invitación con confianza.

—Eso puedo hacerlo. —Asiento—. Gracias.

—De nada.

Volvemos a la mesa y, como el caballero que es, me ofrece la silla y yo tomo asiento. La Beave levanta la mirada.

—¿Va todo bien? —pregunta.

—Sí, muy bien. Gracias. —Suelto un suspiro y, cuando Breaker se sienta, continúo—: Es interesante cómo se hace el papel, ¿verdad? Una vez vi un documental…

Breaker se levanta otra vez de la silla de un salto.

—Lia, una cosita más —dice.

A regañadientes, vuelvo a seguirlo a la esquina.

—¿Qué he hecho ahora? —susurro.

—¿Qué tal si probamos con lo siguiente? —dice, poniéndome una mano en el hombro—: No hables nada.

—¿Me quedo ahí sentada en silencio, sin más?

—Sí.

—Sabes que no puedo hacer eso. No me gusta el silencio. Puedo oír a la gente respirar, y me hace sentirme incómoda.

—Lo sé, pero tu cháchara no hará más que empeorar la situación, así que céntrate en escoger una invitación y trata de no hablar demasiado.

—Eso me parece muy frío.

—Es una situación fría —afirma Breaker—. Después de quemar la reliquia de su velo, ya no estamos en una situación muy cómoda que digamos. Es la guerra, y si no quieres que te mangoneen de aquí para allá, tendrás que mantener la cabeza alta, cerrar la maldita boca y elegir lo que quieras. —Intento responder, pero me interrumpe—. ¿Recuerdas que siempre te sorprende la manera en que, sin hablar, Huxley siempre consigue que se haga lo que él quiere? Es porque está callado, y la gente se rinde ante su silencio. Tú no te rindas. Haz que se rinda ella.

—Tienes razón. Tengo que ser como Huxley, hacer que se rinda.

—Exacto. Vale, ¿lista para volver ahí? —Yo asiento—. Y nada de *viajes* de papel ni de los entresijos de cómo se fabrica.

—Mis labios están sellados —contesto.

—Bien.

Volvemos a la mesa y, de nuevo, Breaker me ofrece la silla.

—Disculpad, tengo que ir al baño. Ahora mismo vuelvo —dice antes de marcharse hacia el fondo, donde está el cartel de los aseos.

Vale.

Céntrate, Lia.

Eres silenciosa. Eres fuerte. No te vas a rendir.

Sin mediar palabra, cojo una carpeta y empiezo a ojearla. De vez en cuando siento la mirada de La Beave sobre mí, pero sigo plantilla tras plantilla. Me parecen todas demasiado pomposas como para siquiera tenerlas en cuenta. No quiero algo tan recargado. Bonita sí, pero con filigranas me parece pasarse.

Levanto la cabeza para llamar al propietario.

—¿Tienes algo que no sea tan pomposo?

—¿Disculpa? —pregunta La Beave—. ¿A qué te refieres con «no tan pomposo»?

¿Tengo que responder?

Me han dicho que me quede callada.

¿Respondería Huxley?

¿O se quedaría mirando, sin más?

Creo que él solo miraría.

Así que eso es lo que hago. La miro.

—Ophelia, te he hecho una pregunta.

Lo sé, pero se supone que solo debo mirar, así que… eso es lo que estoy haciendo, mientras me resbalan unas gotas de sudor por el cuello, porque solo mirar es muy difícil.

La Beave debe de haber entendido lo que estoy haciendo, porque cruza las manos sobre la mesa y me devuelve la mirada.

¡Ay, Dios!

Es una pelea de miradas.

Breaker no me ha preparado para esto.

¿Por qué ha elegido este momento para ir al baño? Podía haberlo hecho cuando volvimos al apartamento para cambiarme. Qué pésima gestión del pis por su parte. Mira que dejarme aquí así, sola, con solo una migaja de confianza en lo que estoy haciendo…

Porque, madre mía, qué buena es La Beave siendo mala.

Es buena de cojones.

Esos ojillos perversos me están taladrando. Sabe que es un careo, y si la conozco tal y como creo, no se echará atrás. Puede que Huxley sea el rey del silencio, pero, tío, madre mía, La Beave podría dar una *master class*.

No hay más que ver lo firme que es su mirada.

Ni un solo tic.

Ni un aleteo.

Entretanto, por estos lares, aquí estoy yo, sola, lanzándome de cabeza a las llamas del infierno mientras intento mantenerme firme. Pero estoy flaqueando.

Lo siento.

Hay demasiado silencio.

Me está matando.

Me voy a romper.

Me voy a partir en dos.

Me voy a…

—Fueron los chinos quienes inventaron el papel allá por el año cien antes de Cristo —suelto, sintiendo una oleada enorme de alivio—. Y, ahora, un solo pino puede crear más de ochenta mil hojas de papel. ¿Podéis creerlo? Guau, menudo viaje el del papel, que es, por supuesto, toda una historia en sí misma, pero no os aburriré con nada más, solo os diré que el papel puede transportarnos en realidad de un mundo a otro, y sí, claro, algunas personas podrían decir que es el autor quien nos transporta, que son solo las palabras las que están sobre el papel, pero no se pueden imprimir palabras sin papel. Aunque supongo que se puede leer electrónicamente, claro… Sea como

sea, creo que el papel es un viaje, ¿y no opináis que deberíamos apreciarlo? Es decir, mirad este trozo de papel —digo, cogiendo una cartulina gruesa—. ¿De dónde creéis que procede? ¿Qué parte del mundo ha atravesado? Que nosotros sepamos, formaba parte de un árbol que bien podría haber alojado a un perezoso o a un gibón. Y sabes que una vez fue una casa y que nos va a ofrecer su cuerpo, a falta de encontrar un término mejor, para que podamos invitar a gente al inicio de un nuevo viaje en la vida… ¿Entendéis cuál es el ciclo completo? Es, sencillamente, maravilloso. —Cojo un taco de papeles y lo acaricio con los dedos—. Qué… mara… villoso. —Suelto una risita y luego agito la mano—. Al papel no le ha gustado que lo acaricie así. Me ha mordido el dedo. —Vuelvo a agitar la mano, pero esta vez una línea de puntos rojos se esparce por encima del papel y justo en toda la cara de La Beave.

Ay.

Dios.

Mío.

Me miro el dedo y de inmediato siento que me voy a desmayar al ver que hay sangre acumulándose.

—Madre mía, la que he liado —digo, balanceándome y sosteniendo el dedo en alto.

—¡¿Pero qué demonios…?! —grita Breaker, mientras La Beave se queda ahí sentada, en estado catatónico—. Joder, Lia. ¿Nos podéis dar unos pañuelos de papel? —Me levanta el dedo y luego me rodea los hombros con el brazo para que no me caiga—. ¿Qué ha pasado? —pregunta.

Levanto la mirada hacia él.

—Me he rendido.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Breaker al sentarse enfrente de mí en su coche.

—¿Tú cómo crees que me siento? —pregunto a mi vez, dejando mi yogur líquido.

—Aparte de avergonzada, humillada y arrepentida, quiero saber cómo estás físicamente.

—Bien. —Miro el edificio de oficinas de Brian—. ¿Crees que ya lo ha llamado para contárselo?

—No lo sé —contesta Breaker—. Pero, por la manera en que se ha limpiado tu sangre de la cara, con pasadas vehementes, yo diría que sí.

—Entonces es oficial. No puedo aparecer delante de ella nunca más.

—Vas a tener que hacerlo, y no te preocupes, yo te acompañaré.

Yo meneo la cabeza.

—Debería volver a mi apartamento para ahogar mis penas.

—¿Es eso lo que quieres hacer? —inquiere Breaker.

Aprieto los labios y me quedo mirando mis manos entrelazadas.

—No. Quiero hablar con Brian.

—Entonces creo que tendrás que ir a hablar con él. —Breaker me coge de la mano—. Puedo subir contigo si quieres.

—No, eso sería muy mala idea. —Me quito el cinturón y abro la puerta—. Puedo y debo hacer esto sola. —Miro a Breaker—. Gracias por todo lo que has hecho hoy, a pesar de haberte ido a mear en el peor momento del mundo.

—Ya me he dado cuenta de que tengo que mear antes de dejarte a solas con La Beave de nuevo.

—Vale. —Salgo de su coche—. Hasta luego.

—Buena suerte.

Me despido con la mano y entro en el edificio donde trabaja Brian. Después de limpiar la sangre y de que Breaker se ofreciera a pagar todos los daños del papel manchado, La Beave me dio sus tres opciones, y, en vez de plantar cara, me quedé con su favorita. De todas formas es solo una invitación, no mi vestido de novia. Se despidió de mí con brevedad y nos fuimos.

Breaker me ha llevado a comer algo para controlar mi anemia y luego le he pedido que me trajera aquí, porque no solo quiero aclarar lo que ha pasado en la iglesia y en la papelería, sino que también

necesito hablar con él para saber por qué habló de manera tan negativa sobre mis gafas. Porque, a pesar de todas las distracciones del día, eso no se me ha ido de la cabeza.

—Hola, señorita Fairweather-Fern, ¿cómo está? —pregunta Beverly, la asistente de Brian, al acercarme.

—Estoy bien. ¿Y tú, Beverly?

—Magnífica. Enhorabuena por el compromiso. Brian no ha dejado de hablar de ello.

Yo sonrío con amabilidad.

—Gracias. Estoy muy ilusionada. —Las mentiras salen de mi boca con mucha facilidad—. Eeeh… ¿Está disponible Brian? Sé que he venido sin avisar, pero espero poder hablar con él un momento.

—Él siempre quiere verla —contesta Beverly—. Creo que está trabajando solamente, no está al teléfono.

—Vale, gracias.

Me despido de Beverly con la mano y entro en la oficina. Siempre es muy amable conmigo. Ha entrado en la cincuentena y es de lo más eficiente que hay y muy detallista, y no se le escapa una, jamás. Recuerdo que cuando Brian la contrató, su madre se puso furiosa. Dijo que necesitaba a alguien más joven, aunque tampoco es que su opinión contara para algo. Aun así, la intuición de Brian funcionó, porque Beverly lo ha ayudado mucho a sacar el trabajo del día adelante.

Además, es muy buena conmigo, así que es otro punto positivo.

Llamo a su puerta y luego empujo el cristal helado para asomar la cabeza.

Él levanta la mirada del escritorio y, al verme, la cara se le ilumina con una sonrisa.

—Lia —me saluda, levantándose—. Qué gran sorpresa. —Se acerca a mí, me coge la mano y me hace entrar en su despacho para cerrar la puerta después. Antes de darme cuenta de lo que está pasando, me pone las manos en las mejillas, me inclina la cabeza y posa sus labios sobre los míos. Yo apoyo las manos en su pecho para guardar el equilibrio mientras me besa con profundidad, como si no nos hubiéramos visto desde hace días. No sé si su madre ha hablado ya con él. No creo que hubiera recibido esta bienvenida de ser así.

—Me alegro mucho de que estés aquí —dice entre beso y beso.

Muevo mi boca contra la suya, me hundo en su abrazo, y dejo todo el estrés y las preocupaciones a un lado para disfrutar de este momento.

Tras unos segundos más, él suelta un gemido y se separa, con la mirada cargada de deseo y la respiración agitada.

—Vale, si sigo besándote, la cosa se nos irá de las manos. —Sonríe y me acaricia la mejilla con el pulgar—. ¿Cómo es que tengo la suerte de verte esta tarde?

Madre mía, está siendo tan dulce que casi me siento mal al sacar esto a relucir, pero si no lo hago, me va a seguir molestando mucho, lo que me hará enfadarme con él, y no quiero estarlo.

—¿Has hablado ya con tu madre?

—No, he estado ocupado. Pero me ha llamado dos veces. ¿Por qué?

—Eeeh… He ido a ver la iglesia esta mañana con ella.

Me lleva a su escritorio, se sienta en el borde y me coloca entre sus piernas.

—¿Qué tal ha ido? Es preciosa, ¿a que sí?

—Mucho —respondo—. Pero creo que tendremos que cambiarla por los jardines del club.

—Ah, guau… Eso sería… Eso sería perfecto. —Me sonríe con tanto cariño que empiezo a cuestionarme a mí misma y también lo que ha dicho su madre antes.

—Eso creo. —Quiero decir que es gracias a Breaker, pero seguramente sea un tema candente. Lo último que quiero es que se enfade o se ponga a la defensiva, sobre todo cuando estoy a punto de tener esta conversación con él—. Pero ha ocurrido algo cuando estábamos en la iglesia.

—Vale… ¿Qué ha pasado? —pregunta con escepticismo.

—En primer lugar, ha sido un accidente.

—Ahora sí que me has preocupado. ¿Qué ha pasado?

—Bueno, tu madre me ha hecho probarme el velo de su boda porque quería verme caminar hacia el altar con él puesto. Llevaba puestos los tacones que me compraste, que me están un pelín grandes, y, en resumidas cuentas, me he resbalado mientras caminaba, he tirado un candelabro y la vela se ha caído justo encima del velo. Ha prendido fuego, y el único motivo de que todavía tenga pelo es porque Breaker me ha tirado agua bendita encima.

Brian no reacciona al principio.

Se queda ahí parado, con cara de confusión.

—¿Lo dices en serio? —pregunta tras un momento.

—Sí, no mentiría sobre ello. Créeme.

—Así que ¿le has prendido fuego al velo de mi madre?

—Sin querer —contesto rápidamente—. Ha sido todo un accidente. Y… eeeh… eso no es lo único que ha ocurrido.

—¿A qué te refieres con que no es lo único que ha ocurrido?

—Bueno, verás, después de la iglesia, he ido a cambiarme porque iba empapada de agua bendita, pero teníamos otra cita para elegir las invitaciones, y bueno, me he cortado el dedo mientras toqueteaba el papel, no me he dado cuenta, y he terminado salpicándole de sangre a tu madre en la cara y por todo el papel.

—¿Qué? —pregunta, con los ojos más abiertos que nunca—. ¿Le has salpicado de sangre a mi madre?

Le tiro de las solapas de la chaqueta.

—Vuelvo a repetir: sin querer. Ha sido todo un follón, pero he pensado que debía contártelo, porque estaba segura de que tu madre te llamaría para rogarte que rompas conmigo.

La expresión de Brian se suaviza, y me abraza.

—Lia, ella no haría eso.

—No lo sé. Estaba bastante enfadada.

—Probablemente sí, pero sí que le gustas. Estoy seguro de que solo necesitas disculparte.

Sí, eso pensaba yo también.

—Sea como sea —continúa—, seguro que no va a pasar nada. Pero ¿tú estás bien? Que casi se te haya incendiado el pelo y que hayas sangrado profusamente no me parece una jornada de planificación de bodas muy divertida.

—Sí, ha sido bastante traumático, pero ese no es el verdadero motivo por el que he venido hasta aquí.

—¿No? —pregunta—. Madre mía, si no es eso, entonces creo que tengo que prepararme mentalmente.

Le meto una mano por debajo de la chaqueta antes de volver a hablar.

—Probablemente. —No soy una persona beligerante, pero creo que tengo que aclarar esto—. Bueno, cuando estábamos en la iglesia, antes del incendio, tu madre me ha dicho algo que no me ha sentado muy bien.

—Sea lo que sea, seguro que no era su intención —contesta, saltando en su defensa de inmediato. Huelga decir que me molesta que nunca salte en la mía, sobre todo delante de mi futura suegra—. Está estresada con la planificación. Probablemente diga muchas más cosas durante las próximas semanas que no te sienten muy bien. No te sientas ofendida por ello.

Maravilloso.

Lo estoy deseando.

—No, es algo que has dicho tú… sobre mí.

Frunce el ceño y ladea la cabeza.

—¿Qué ha dicho que he dicho?

Suelto las manos de las suyas antes de responder.

—Pues bien, me ha dicho que no te gustan mis gafas y que son infantiles, que estaría mejor sin

ellas.

Espero a que se retracte.

A que lo niegue.

A que me dé alguna señal de que nunca ha dicho eso.

Pero no lo hace.

—¿Le has…? ¿Le dijiste tú eso? —pregunto.

Él aparta la mirada y asiente.

—Sí. Estaba hablando de las fotos de la boda y diciendo que tus gafas las estropearían, y dije que a lo mejor podías ponerte lentillas porque tus gafas moradas eran un tanto infantiles.

—Ah —contesto, sintiéndome completamente estúpida. Que tu prometido te diga que eres infantil no ocurre todos los días. Tampoco es algo bonito de escuchar.

—Lia, no quiero que te sientas ofendida por eso.

Levanto la cabeza de golpe.

—¿Cómo no voy a sentirme ofendida por eso, Brian? He llevado estas gafas una eternidad. Son las que me ayudó a elegir mi madre. Son especiales para mí. Tienen un significado.

—Vaya, lo siento. No lo sabía —añade—. Solo pensaba que eran una de tus… peculiaridades. Ya sabes, igual que usas con ironía esas camisetas con personajes de Harry Potter.

—No las uso con ironía. Me las pongo porque me gustan.

—Bueno, sea como sea, no sabía que había un significado tras las gafas. Lo siento, Lia.

No sé qué decir.

«Gracias por disculparte» me parece demasiado estéril y robótico.

«No pasa nada» tampoco es apropiado, porque sí que pasa.

Así que en vez de decir nada, me quedo callada.

—Lia. —Me tira de la mano—. He dicho que lo siento. Por favor, no te enfades.

—No estoy enfadada —contesto, mirando nuestras manos unidas—. Solo avergonzada, supongo.

—No hay de qué sentirse avergonzada. No debería haber dicho nada nunca. Ha sido una estupidez.

—¿Crees que me hacen fea?

—No, Lia —dice rápidamente—. En absoluto.

—¿Crees que te parecería más atractiva sin ellas? Porque eso es lo que me parece a mí, lo que pareces querer decir con ese comentario, como si… como si no fuera lo suficientemente guapa cuando las llevo.

—Lia, eso no es lo que quería decir. Creo que las gafas te sientan genial. Es solo que son moradas, eso es todo, y he pensado que a lo mejor alguien de tu edad querría algo más sofisticado.

Dejo caer los hombros.

—Entonces, ¿no soy lo suficientemente sofisticada?

—No —gime, frotándose la nuca—. Joder, no lo estoy expresando bien. Es solo… Olvida que he dicho nada.

¿Olvidar lo que ha dicho? Me ha insultado, y eso no es fácil de olvidar.

Me quedo mirándolo, llena de inseguridad, antes de volver a preguntarle.

—¿Crees que soy lo suficientemente buena para ti?

—¿Qué? —Se le ponen los ojos como platos—. Pues claro, Lia. ¿Por qué crees eso?

Porque lo he estado pensando desde hace un tiempo.

Porque creo que a lo mejor, no estamos en la misma trayectoria.

Porque las cosas que te importan a ti, como el dinero y el estatus social, no *son importantes para mí.*

—Porque hay momentos en que intentas cambiarme, como por ejemplo cuando vamos a comer con tu madre, para lo que siempre me compras ropa.

—Eso es porque ella es un poco especial, y no quiero que te haga pasarlo mal.

—O por las gafas, o como cuando estamos en público, que pareces tener siempre un estándar para

que esté a la altura de ir agarrada a tu brazo.

—¿De qué estás hablando?

—El fin de semana pasado dije que fuésemos a la heladería, y yo iba a salir con mi ropa de estar por casa, pero me dijiste que me cambiara.

—Lia, se te transparentaban los pezones con la camiseta blanca. ¿De verdad crees que quiero que los vea la gente? —Me agarra de las caderas—. Eso es solo para mí.

Miro hacia las ventanas de su despacho.

—No sé, es solo que siento que no soy lo suficientemente buena para ti.

—Lia, para. —Me levanta la barbilla hacia él—. Claro que eres lo suficientemente buena. Si no, no te habría pedido que te casaras conmigo. Siento lo de las gafas. No debería haberlo dicho nunca, pero, por favor, no dejes que eso te haga venirte abajo.

—No me estoy viniendo abajo, Brian. Solo estoy intentando asegurarme de que mi novio…

—Prometido —interrumpe, en tono cortante.

—Sí, mi prometido. Estoy intentando asegurarme de que mi prometido se va a casar conmigo por las razones adecuadas.

—¿De qué estás hablando? ¿De dónde viene todo esto? Hemos pasado un fin de semana genial y ahora, de repente, ¿empiezas a dudar de mí? ¿Acaso…? —Se frota la boca con la mano—. ¿Acaso tiene esto algo que ver con algo que te haya dicho Breaker hoy?

—¿Estás hablando en serio? —pregunto, dando un paso atrás—. Breaker no ha hecho otra cosa que apoyarme, sobre todo cuando tu madre básicamente me dijo que parecía un trol con mis gafas y que mi opinión sobre mi propia boda no importaba. No le eches la culpa de nada de esto a Breaker.

—Mierda, tienes razón. —Respira hondo y apoya ambas manos en el borde del escritorio—. Lo siento. Es solo que estoy agotado y parezco incapaz de parar de decir estupideces.

Eso es evidente.

—Vale, bueno, creo… creo que tenemos que tomarnos un descanso.

—No —dice, acortando la distancia entre los dos—. No te vayas.

—Necesito aire fresco, Brian.

—Entonces vamos a dar un paseo. Vamos al parque que hay al otro lado de la calle. Por favor, Lia. Me siento como un gilipollas, y no quiero que te vayas enfadada.

Miro sus ojos suplicantes y me doy cuenta de que quizá… quizá solo esté tan estresado como lo estoy yo. Porque si de verdad tuviese mala intención al hablar de mis gafas, entonces ahora no se estaría arrepintiendo, y tiene el arrepentimiento escrito por toda la cara.

—Vale —contesto, asintiendo.

Me ofrece la mano, y yo la acepto. Salimos juntos de su despacho y le pide a Beverly que tome nota de los mensajes hasta que vuelva. Una vez fuera del edificio, vamos al pintoresco parque que hay al otro lado de la calle.

Solo es un recinto de alrededor de un kilómetro cuadrado, un lugar donde la gente se sienta y se toma un descanso. Hay un sendero circular pequeño flanqueado por álamos que sirven de protección contra el sol abrasador.

Brian me aprieta la mano.

—Siento que hayas tenido un día difícil hoy —comienza a decir—, y también que todo esto de la boda sea tan estresante. Sé que no es fácil para ti.

—No lo es —admito—. Nada en relación con ella lo ha sido. Y si hemos de ser sinceros, te diré que tampoco esperaba que me pidieras matrimonio.

—¿No? —pregunta, completamente perplejo.

—Ni de lejos. A ver, Brian, ni siquiera hemos hablado nunca sobre la posibilidad de casarnos, así que me pillaste desprevenida cuando hincaste la rodilla.

—Pero… nos queremos. O sea, yo te quiero.

—Y yo te quiero a ti, Brian. Ese no es el problema. Es solo que… no sé. Creía que nos iríamos a

vivir juntos primero, que hablaríamos de eso antes de que hubiera un anillo de por medio.

—Si es que casi vivimos juntos, al menos la mitad del tiempo… Tienes llaves de mi casa y un cajón en mi cómoda. Supuse que no era algo que se tuviera que plantear antes. —Se detiene un momento —. ¿Estoy yendo demasiado rápido para ti?

Sí.

Todo está yendo demasiado rápido.

A la velocidad de la luz.

Y no sé cómo me siento. Algo anda mal. Hay algo que no encaja, y no sé decir qué es. Lo único que siento es el estómago revuelto todo el tiempo. Lo de la iglesia de hoy, la manera en que su madre me trata —como si fuera una ciudadana de segunda—, su capacidad para insultarme sin problema alguno y que no me hubiera visto venir nada de esto… es demasiado.

Sin embargo, no se lo puedo contar a Brian. Es demasiado susceptible. Se tomará todos mis disgustos y preocupaciones a mal. Creerá que es él quien tiene un problema cuando, en realidad, es solo que todo está yendo demasiado rápido.

Le sonrío antes de contestar.

—No, es que… solo estoy aturdida, nada más, y aún sigo tratando de asumirlo todo.

Él asiente.

—Y estoy seguro de que los planes de mi madre no están siendo de ayuda.

—Sí, va demasiado rápido. —Levanto los dedos, y él se echa a reír.

—Lleva tiempo queriendo que te pidiera matrimonio.

—¿En serio? —pregunto, sorprendida—. Yo habría pensado que, dada nuestra relación, un tanto fría, no querría que me lo pidieras.

—Puede que mi madre sea un poco fría y arisca a veces, a lo mejor un poco cortante, pero también sabe ver cuándo soy feliz. —Brian se gira hacia mí—. Y tú me haces feliz, Lia. Muy feliz.

Le sonrío.

—Tú también me haces feliz a mí, Brian.

Me estrecha contra su cuerpo y, mientras caminamos por el sendero, noto que su abrazo es distinto. Y a lo mejor es porque hoy Breaker me ha abrazado mucho, pero este me parece forzado, casi como si estuviera marcando una casilla.

Abrazar a mi prometida: *hecho*.

No parece haber pasión alguna en su abrazo.

Ni necesidad de sentirse cerca.

Y odio admitirlo, pero la manera en que me está apretando el brazo con la mano para estrecharme contra su hombro casi me parece sofocante.

«Lleva tiempo queriendo que te pidiera matrimonio». ¿Me pidió Brian que me casara con él porque se lo sugirió su madre?

Este abrazo, este momento, no me parece correcto.

Esto es… Eeeh… Por primera vez desde que lo conozco, siento que algo anda mal.

7

BREAKER

Lia: *No me has dicho adónde ibas esta noche. ¿Te importaría compartirlo con esta vieja que pronto estará casada?*

Breaker: *¿Sabes? Con esa bata desgastada y andrajosa que todavía te gusta llevar, sí que entras dentro de la descripción de una vieja casada.*

Lia: *Creo que es lo más bonito que me has dicho nunca.*

Breaker: *Tienes que subir el listón.*

Lia: *Bueno, ¿adónde vas?*

Breaker: *No te lo quiero contar.*

Lia: *¿Por qué no? Espera, ¿es embarazoso?*

Breaker: *No, pero me vas a dar mucho la lata con ello y no tengo ganas de escucharte, así que prefiero fingir que no te lo he contado y seguir adelante.*

Lia: *Breaker Pepinillo Cane, cuéntame ahora mismo lo que vas a hacer con Birdy. Te lo exijo.*

Breaker: *Ah, ¿me lo estás exigiendo?*

Lia: *Sí, por las tetas falsas de la señora Doubtfire, si no me lo cuentas, haré algo en tu apartamento cuando no estés, y no tendrás ni idea de qué se trata, porque será tan sutil que ni siquiera te darás cuenta.*

Breaker: *En primer lugar,* NUNCA *se jura por las tetas de la señora Doubtfire, eso es… es un delito. Y en segundo lugar,* NI TE ATREVAS *a tocar nada.*

Lia: *¿De verdad crees que tus mayúsculas me lo van a impedir?*

Breaker: *Deberían. Hay veneno tras ellas.*

Lia: *Me resbala.*

Breaker: *Eres una tirana. Es imposible cumplir con todas tus exigencias.*

Lia: *Tú cuéntamelo. Por favooooooorrr.*

Breaker: *Qué pesada.*

Lia: *Lo sé, y ahora deja de evitar el tema y cuéntame ya qué vas a hacer esta noche.*

Breaker: *Vale. Vamos a ir a una clase para hacer* cupcakes *que da una amiga suya. Quería que llenáramos la sala para demostrarle a su jefe que vale, así que Birdy me ha reclutado.*

Lia: *¿Una clase de* cupcakes*? Pero… tú odias hacer postres.*

Breaker: *Lo tengo muy claro.*

> ***Lia:*** *A ver, lo odias tanto que te negaste a poner glaseado en un* strudel *precocinado. Tus palabras exactas fueron:* «No quiero tener nada que ver con el proceso. Solo quiero metérmelo en la boca».

Breaker: *¿Ves? Por eso no quería contártelo.*

> ***Lia:*** *Es solo que estoy sorprendida. No sabía que Birdy te importara tanto.*

Breaker: *Parecía desesperada. Le ha rogado a un buen tipo. ¿Qué le iba a contar? ¿Que yo no preparo postres?*

> ***Lia:*** *Eso es lo que me habrías dicho a mí.*

Breaker: *Pero tú eres distinta.*

> ***Lia:*** *Bueno, pues entonces, ¿podemos apuntarnos a una clase para aprender a hacer tartas de boda?*

Breaker: *Eso es un «no» rotundo.*

> ***Lia:*** *¡No me quieres!*

Breaker: *Cállate. Sabes que te quiero más que a nada en el mundo.*

> ***Lia:*** *¿Más que a tu colección de sellos de* La guerra de las galaxias*?*

Breaker: *Pues claro. Esa la tengo guardada en el almacén. Es evidente que no me importa demasiado.*

> ***Lia:*** *¿Más que a tu taza de Jack Skellington?*

Breaker: *Pues claro. Me encanta la taza, pero no la veo todos los días, cosa que sí pasa contigo.*

> ***Lia:*** *Vale… ¿Me quieres más que a tu póster firmado de* El señor de los anillos*?*

Breaker: *Oooh… Ahora sí que me estás poniendo a prueba. A ver qué te parece: lo sigues muy de cerca.*

> ***Lia:*** *Curiosamente, lo acepto.*

Breaker: *LOL. Vale, Birdy ha llegado. Tengo que irme.*

> ***Lia:*** *¡Pásalo bien! Y envíame fotos.*

—Sé que ha sido un poco inesperado, pero gracias por haber accedido a acompañarme —dice Birdy mientras se coloca el delantal.

Yo ya tengo puesto el mío, y tengo unas ganas desesperadas de quitármelo de una vez.

Odio los delantales.

Odio la harina y el azúcar.

Odio las espátulas.

Odio los guantes de cocina.

Odio todo lo que hay en la mesa que tengo delante.

La repostería no tiene nada de mágico para mí. Ni un pizca. Lo único que me parece genial del acto en sí es el resultado, pero prefiero comprarlo antes que prepararlo yo mismo. Hay demasiados

factores de riesgo que lo hacen parecer terrible y que me impiden querer arriesgarme.

Tú cómpralo… y ya está.

—No hay problema —contesto con una sonrisa, aunque sé que parece falsa.

—La verdad es que esto de los postres no es lo mío —añade Birdy, atándose el delantal en el cuello —. Pero Callie acaba de conseguir este trabajo y quiere impresionar a su jefe.

—Yo también haría lo mismo. —Sonrío con amabilidad y cojo la espátula, con forma de cabeza de gato—. Al menos la decoración es muy buena.

Birdy me mira de lado.

—¿Eso es sarcasmo?

Yo niego con la cabeza y observo la sala rosa. Las paredes están revestidas de murales rosas, hay utensilios color aguamarina y verde mar y aparatos con forma de gato por todas partes. Pussycat Cupcakes ha tirado la casa por la ventana, desde luego.

—Me gustan los gatos. De pequeño tenía uno que se llamaba Saltitos. Era mi mejor amigo.

—¿De verdad? —pregunta—. ¿Lo dices en serio?

—Sí. —Me río por lo bajo—. Supongo que es difícil de creer, pero sí. Saltitos y yo éramos un buen par de colegas. Me seguía por todas partes cuando salía a volar mis aviones, y por la noche se acurrucaba en mi almohada.

—Oh…, qué bonito. ¿Qué le pasó?

—Cáncer felino. Pero vivió hasta los dieciocho años, así que tuvo una vida buena y completa.

—Vale, entonces puede que ya no me sienta tan mal por haberte traído a un lugar decorado con temática de gatos.

—Ah, no, sí que deberías sentirte mal. —Le guiño un ojo y justo entonces su amiga empieza a dar la clase.

Me sorprende que los *cupcakes* ya estén hechos. Por algún motivo, pensaba que empezaríamos desde cero, pero ahora me entero de que se trata de una clase de decoración, así que aprendemos a hacer el glaseado y a colocarlo sobre los *cupcakes,* que ya están fríos.

Al acabar el tutorial sobre cómo preparar el glaseado, meto del dedo en el cuenco y pruebo la masa a base de mantequilla.

—No está mal.

Birdy hace lo mismo y yo la observo mientras se mete el dedo en los labios y lo lame.

No tiene nada de sexual, nada en absoluto, pero por algún extraño motivo —puede que sea porque ha pasado tiempo desde la última vez o porque es guapa de verdad—, ver cómo se chupa el glaseado del dedo hace que me sude el cuello.

—Guau, qué rico. —Se limpia el dedo con un trapo—. ¿Qué color elegimos?

Me recompongo antes de contestar.

—Bueno, podríamos elegir el que han propuesto, el rosa. O podemos ser los rebeldes y elegir otra cosa.

—Un chumino… Quiero decir, un minino, un minino rosa… Me parece demasiado genérico. —Suelto unas carcajadas—. Pero azul…, esa no es una opción.

—A nadie le gusta un chumino…, digo, minino azul —añado yo, y ahora es ella quien se ríe.

—El verde me hace pensar en enfermedad. Y un chumino enfermo es lo último que me apetecería comer.

—O lamer —acoto.

—Exacto. —Se da unos golpecitos en la mejilla, con una sonrisa juguetona en los labios—. ¿Qué tal el rojo…? Ah, espera, lo retiro. —Suelto una carcajada que llama la atención del resto de asistentes. Ella me coloca la mano en el brazo antes de hablar—. Shhh, te están mirando todos. Si vamos a desviarnos del chumino rosa, tendremos que hacerlo con sigilo.

—Lo siento, pero rojo definitivamente no.

—Ha sido una sugerencia terrible. ¿Qué tal naranja o amarillo? Esos me parecen bien.

—¿Qué tal los dos? —propongo.

—Ahora creo que estás tramando algo. —Me entrega un cuenco—. Creo que si separamos el glaseado por la mitad y coloreamos uno de naranja y otro de amarillo y después los ponemos en el tubo del glaseado al mismo tiempo, conseguiremos algún tipo de efecto *tie-dye*.

Parpadeo varias veces antes de contestar.

—Pensaba que no te gustaba la repostería.

—Y no me gusta, pero a veces me aparece en TikTok. El algoritmo ha decidido que me gusta ver vídeos sobre postres. Y la verdad es que… lo hago en secreto.

—A lo mejor lo ha decidido porque ves el vídeo completo en vez de pasar de largo. Que lo sepas.

Ella levanta la mano en un gesto adorable.

—Culpable. Pero no lo veo para aprender. Lo veo porque tengo un problema.

—Ya veo. ¿Sabes? Esto me hace cambiar de opinión sobre ti —bromeo, mientras vierto el colorante amarillo y ella el naranja.

—Lo entiendo perfectamente. Si quieres marcharte, no te detendré.

—A ver: marcharme sería lo correcto porque así te daría una lección, pero creo que me comportaré con madurez y me quedaré.

Ella sonríe.

—No finjas que te quedas por mí. Te quedas por los pasteles de chumino.

Vuelvo a reírme a carcajadas. Esta vez, interrumpo la clase lo suficiente como para verme obligado a disculparme, y luego me giro hacia Birdy con las mejillas sonrojadas.

—Gracias por haber venido esta noche, ha significado mucho para Callie —dice Birdy al llegar a su SUV blanco.

—¿Sabes? Creo que diré esto una vez, y solo una, porque no quiero darte una impresión equivocada sobre mis filias y fobias en relación con la preparación de postres, pero me he divertido.

Ella se aprieta el pecho y se apoya contra su coche.

—Oh, por favor, no hieras mis sentimientos con mentiras.

—Es verdad —insisto, acercándome más—. Me he divertido mucho contigo. No ha sido tan incómodo como la cita doble.

Ella estira la mano y juguetea con el cuello de mi camisa.

—Sí, las citas dobles son siempre la leche, sobre todo cuando la mitad es una cita a ciegas.

Dejo la caja con los *cupcakes* encima de su coche y me acerco más, de manera que se ve obligada a inclinar la cabeza para mirarme.

—Entonces, ¿sigue en pie lo de ir a hacer senderismo y observar las aves? ¿No te he espantado con la manera en que me he tragado tres *cupcakes* de una sentada?

Una sonrisa asoma a sus labios.

—No. En realidad, ver cómo te zampabas esos chuminos me ha dado más ganas de seguir saliendo contigo.

Suelto una risita.

—¿Sabes? Podrías haber mostrado este sentido del humor en la cita doble.

—Ay, por favor, que Dios me libre de decir algo parecido delante de Brian. Es muy… estirado, y mi hermano es igual. Siempre que estoy con Brian, sé que tengo que mantener las formas. Actuar como una pija.

—¿Y por qué quieres actuar como una persona distinta y no ser tú misma?

—Porque es más fácil así. Prefiero pasarme unas cuantas horas con el dedito meñique metido en el culo y comportarme con elegancia antes que tener que explicarle a mi hermano por qué he dicho «chumino» delante de Brian.

Le aparto un mechón de pelo y se lo paso por detrás de la oreja.

—Sí, ya veo que no quieres tener problemas con tu hermano. A veces a mí me pasa lo mismo. Sin embargo, incluso cuando tengo filtro, mis hermanos y yo los tenemos igual.

—Lo mismo digo. —Suelta un suspiro—. Pero si quieres que te responda, sí, sigo queriendo ir a hacer senderismo contigo. Y a lo mejor, ya sabes, si estás disponible para cenar o cualquier cosa esta semana, yo podría estarlo también. —Hace una mueca antes de continuar—. Eso ha sonado muy patético, como si no tuviera vida, ¿verdad? Pero ¿a quién quiero engañar? No hago demasiadas cosas, aparte de hacer ejercicio e ir a trabajar, así que… si estás libre, estoy casi segura de que yo también lo estaré.

—No me parece patético —respondo, mirándole los labios y sintiendo una necesidad imperiosa de besarla—. Es sincero, y me gusta. —Le coloco el dedo debajo de la barbilla y contengo el aliento, como esperando que me dé una señal de que está dispuesta, de que puedo besarla. Ella se humedece los labios y me tira de la camisa, lo que me dice que tiene tantas ganas de hacerlo como yo.

Me inclino, acerco mi nariz a la de ella y me detengo un momento, dándole un segundo para prepararse antes de presionar mis labios ligeramente sobre los de ella. Es un beso ligero como una pluma, nada demasiado intenso ni de boca abierta. Simplemente dulce.

Lo suficiente como para frenar mi necesidad.

Lo suficiente como para probarla.

Cuando me separo, me sonríe, y los ojos le brillan bajo la luz de las farolas de la ciudad.

—Te llamaré —le digo al separarme, antes de coger la caja de los *cupcakes*. Me meto una mano en el bolsillo y observo cómo abre la puerta de su coche.

—Te esperaré. —Entra en su coche y luego cierra la puerta. Doy otro paso atrás y, mientras la observo alejarse, suelto un suspiro y vuelvo a rememorar el beso.

Ha estado bien.

Dulce.

Pero ¿por qué no he sentido nada?

Lia acaricia un ramo de hortensias mientras La Beave arrincona a la florista con las opciones de los arreglos florales.

—Entonces, ¿te vas a limitar a ignorar el hecho de que has tenido una cita para preparar postres y no me vas a contar nada?

Me encojo de hombros, cojo una hortensia rosa y la coloco al lado de la cara pecosa y perfecta de Lia.

—No hay nada que contar en realidad. No se trataba de preparar postres, sino de hacer el glaseado de los *cupcakes*.

—¿Y…? —pregunta Lia, intentando hacerme hablar, pero… no sé. La verdad es que no quiero hablar de ello.

—Y me llevé *cupcakes* a casa —respondo, y vuelvo a dejar la flor en su jarrón.

—Ajá, así que… ¿me estás diciendo que eso es todo lo que ha pasado? ¿Nada más?

—A ver, hablamos y nos reímos, y la verdad es que es la leche de divertida. Pero sí, eso es todo.

—¿Le diste un beso de buenas noches? —inquiere Lia, en un tono una octava más bajo.

Me quedo callado porque me siento raro. No sé por qué me parece raro. Nunca me he sentido raro con Lia, pero hablar con ella de Birdy sí que lo es.

—Mmm… A juzgar por tu silencio, supondré que sí lo hiciste. —Me da un empujoncito en el hombro—. Breaker, ¿por qué no quieres contarme lo que ha pasado?

—Porque… —comienzo, dándole la espalda.

—Porque… ¿qué? —insiste.

—Porque no.

Se pone frente a mí para obligarme a mirarla a los ojos.

—Eso no es una respuesta. Tú me lo sueles contar todo, ¿así que por qué estás tan incómodo con todo esto?

—No lo sé —contesto, suspirando y pasándome una mano por el pelo—. Probablemente, porque me parece raro y ya está, ¿vale? Todo esto de salir con alguien me parece raro. Y no sé cómo gestionarlo.

—Bueno, pues no hablarlo conmigo no ayuda. Solemos contárnoslo todo.

—Lo sé. —Echo la cabeza hacia atrás y miro el cielo durante un instante—. Joder, Lia, la besé anoche porque tenía muchas ganas de hacerlo. —Ahora la miro a los ojos—. Durante toda la noche me había hecho reír un montón, y es preciosa, y hubo un momento en que se chupó un dedo y me hizo sudar de la hostia. —Lia suelta una risita—. Así que, cuando llegó la hora de despedirnos, quería besarla, y lo hice. —Me tiro del pelo—. Y estuvo bien. Dulce. No demasiado intenso, sencillamente perfecto. Pero… no sentí nada.

—¿Nada? —pregunta.

Yo niego con la cabeza.

—No, no hubo chispa, ni deseo de empujarla contra su coche para seguir besándola. Simplemente fue dulce. —Vuelvo a menear la cabeza—. Creo que algo anda mal conmigo. Por eso no salgo con nadie, porque nunca siento nada por nadie. Jamás. Todo me parece… corriente. Y Birdy no es de las chicas que te llevas a casa solo para una noche y no las vuelves a ver más. Es material de novia.

—¿Habéis terminado de hablar vosotros dos? —nos llama La Beave, chasqueando los dedos—. Tengo que ver cosas importantes con vosotros.

Lia se gira hacia mí.

—Esta conversación no se ha acabado. ¿Me escuchas?

—Sí, eso es lo que pensaba —respondo, acercándome a la florista.

—Ophelia, por favor, no arrastres los pies. Es muy inapropiado. —Lia aprieta los labios, probablemente para reprimir una contestación. La Beave sigue con el mismo humor de ayer, y ha sido desagradable que te cagas—. Bien, acabo de hablar con la florista y me ha dicho que puede cumplir con nuestro pedido de rosas rojas, pero tenemos que actuar con rapidez.

—¿Rosas rojas? —Lia hace una mueca—. Son muy formales.

Ella odia las rosas rojas. Cree que son demasiado típicas. Y la verdad es que estoy de acuerdo.

—Exacto, es que es una boda formal, Ophelia. ¿Qué esperas que haya? ¿Margaritas? —rezonga La Beave, como si fuera la cosa más ridícula del mundo.

—De hecho —contesta Lia—, estaba pensando que las margaritas serían perfectas. Era la flor preferida de mi madre.

La Beave se queda quieta y luego junta las manos.

—Ophelia, aprecio tu dedicación a la flor favorita de tu madre. Es muy admirable, pero esto es una boda, no un homenaje en su recuerdo. Se trata de una celebración.

Ay, joder.

Lia suelta un jadeo. Es tan ínfimo, tan sutil que casi no se escucha, pero yo sí me he dado cuenta.

La he oído lo justo como para saber lo que está a punto de pasar si no intervengo.

—Señora Beaver —tercio, antes de que Lia pierda los estribos—, no quiero entrometerme, pero creo que sería muy amable y generoso honrar la memoria de la madre de Lia eligiendo margaritas. Sería una manera de incluir a su madre, ya que no puede estar presente.

—Pero las rosas y las margaritas no combinan bien juntas.

—Puedo incluir margaritas en el ramo de la novia —añade la florista.

—No necesito ramo —contesta Lia, y La Beave gira de golpe la cabeza hacia ella.

—¿Qué quieres decir con que no necesitas ramo? ¿Con qué demonios vas a caminar hasta el altar entonces?

—Tejí un montón de flores con mi madre y mi abuela. Las he estado guardando para poder hacer un ramo con ellas algún día.

La Beave se queda en silencio y entonces, muy despacio, empieza a reírse por lo bajo.

Luego más alto.

Y más.

Creo que es lo más ofensivo que he escuchado nunca. Esta mujer cree que tiene clase, pero en realidad no tiene ninguna.

—¿Flores de punto? ¿Para una boda? No puedes hablar en serio. —La Beave hace un gesto de desdén con la mano para desechar la idea por completo.

—Yo creo que va muy en serio, si no, Lia no lo habría mencionado —contesto, perdiendo la calma.

Lia me coloca la mano en el brazo con suavidad para avisarme de que lo tiene todo controlado.

—Señora Beaver, aprecio su necesidad de preparar una boda preciosa, pero tiene que recordar que usted está presente para ver cómo se casa su hijo y que mis padres no, así que incorporarlos a la ceremonia y la recepción es importante para mí.

—Y debería serlo también para usted —añado yo, para apoyarla.

Al percatarse de nuestro tono, La Beave se pone rígida. Su expresión cambia a una de comprensión, y, rápidamente, vuelve a asumir el papel de mujer correcta y formal que intenta aparentar siempre. Entonces, se gira hacia la florista.

—Bueno, si encuentras una manera adecuada de incorporar margaritas sin que parezca ordinario, estaría muy agradecida.

La florista nos mira sucesivamente con aspecto de estar demasiado asustada.

—Creo que puedo.

—Qué concesión más bonita —afirmo, y escucho una abeja zumbar junto a mi oído. La aparto de un manotazo—. Creo que las margaritas y las rosas irán muy bien juntas.

—Sobre todo con rosas blancas —comenta Lia.

—Ay, venga ya, no puedes decirlo en serio —opina La Beave—. ¿Rosas blancas? Puede que no te cases en una iglesia, pero, por Dios Santo, ¿rosas blancas? No vamos a mentirles a nuestros invitados. —Veo una abeja flotar en torno a la cabeza de La Beave, pero o bien no le importa, o no tiene don para la naturaleza, porque se queda completamente quieta.

—¿Por qué íbamos a estar mintiendo a los invitados? —pregunta Lia.

La Beave entrelaza las manos.

—Ophelia, he pasado por alto tus actividades nocturnas con mi hijo, pero no todo el mundo es tan indulgente. Las rosas blancas simbolizan pureza, y me temo que lo tienes todo menos eso.

Veo cómo las mejillas de Lia se ponen coloradas de vergüenza.

—No creo que eso importe.

—Ah, claro que importa —contesta La Beave.

—Vale, pues quizá rosas —sugiere Lia—. ¿No tienen algo que ver con la elegancia?

—Elegancia y dulzura —explica la florista.

—Entonces está bien —dice Lia, justo antes de que la abeja vuele cerca de su cabeza, y yo hago una mueca porque sé que va a perder los papeles—. ¡Ay, Dios mío! —chilla, y se ladea contra mí para esquivarla.

—¿Qué demonios estás haciendo? —pregunta La Beave.

—Era una abeja. —Vuelve a zumbar junto a mi oído, y Lia chilla de nuevo y salta hacia la izquierda —. ¡No me piques! —grita.

—Por Dios Santo, solo es una abeja. Si no puedes soportar eso, ¿cómo vas a casarte en los jardines del club?

—Siempre y cuando no me-me-me molesten —contesta ella, dando saltitos otra vez cuando una abeja se le acerca a la oreja—. Me está hostigando. Sabe que soy débil.

—Ophelia, estás haciendo el ridículo.

—Lo siento —responde, poniéndose recta, pero entonces la abeja se le acerca a la oreja—. ¡Joder!

—chilla, levantando el brazo al aire y, por desgracia, golpeando a La Beave justo en una teta.

Plof.

Y, juntos, observamos con horror cómo esa mujer tan frágil levanta los brazos al aire y suelta un graznido mientras se balancea hacia atrás.

No hay manera de impedir lo inevitable.

Todos vemos cómo sucede.

Va directa al montón de hortensias.

Y con un estruendo, un gemido y una semivoltereta, el vivero se queda en silencio mientras La Beave se hunde en la mesa de flores.

Hay cubos de agua cayendo por todas partes.

Los tallos de las hortensias se quiebran.

Y todos hacemos una mueca enorme de dolor que ven hasta en China.

—Sacadme de aquí ahora mismo —ordena La Beave.

Yo corro a su lado y la ayudo a levantarse, solo para volver corriendo al lado de Lia y protegerla, porque ahora mismo están a punto de abrirse las mismísimas puertas del infierno y estoy seguro de que, si no la sujeto con fuerza, van a terminar tragándosela.

—Ay, Dios mío, lo siento mucho —empieza a decir Lia, pero La Beave levanta la mano para detenerla.

Se ajusta la chaqueta, se enjuga el agua de la cara, mira a Lia y habla con un tono que me parece estar solo destinado a las pesadillas.

—Habrá rosas rojas en la boda con muy pocas margaritas. Fin de la discusión. —Y entonces se va, acompañada de su asistente.

Los demás nos quedamos ahí, algo impactados, mientras la florista se marcha también.

—Eso… —dice Lia después de unos segundos— eso… no ha sido ideal.

No puedo evitarlo. Me río por lo bajo.

—¿Quién iba a saber que hoy harías frente a tu suegra? ¿Qué has sentido?

Ella tose unas cuantas veces.

Suelto una carcajada enorme, la rodeo con el brazo y la acompaño a la salida.

—Ay, joder… Cuánto te quiero.

—¿Sabes? Nunca había visto que a nadie le hirviera la sangre en vivo y en directo. Siempre escuchamos la expresión, pero nunca se ve en realidad. —Lia le da un bocado al burrito que estamos comiendo en el exterior de Alberto's, uno de mis lugares favoritos del centro—. Pero, madre mía, hoy hemos visto cómo burbujeaba la sangre por las venas espantosas de La Beave. Ha sido impresionante.

—Si las miradas mataran, los dos estaríamos bajo tierra.

—Muertos de un plumazo. ¿Has visto la mirada que nos ha echado la florista? Estoy segura de que quería marchitarse y desaparecer.

—Creo que es así como se siente todo el mundo cuando La Beave está presente.

Lia le da un trago a la enorme limonada que hemos decidido compartir.

—Gracias por interceder por mí. Lo aprecio mucho.

—No hace falta que me des las gracias. Es lo que suele hacer el Pepinillo de Honor.

Lia se echa a reír, pero después se queda callada.

—¿Crees que es una estupidez hacer lo del ramo de flores tejidas?

Yo niego con la cabeza.

—Hace que me gustes todavía más. —Levanta la mirada hacia mí—. Creo que es muy tierno, y si yo estuviera en tu lugar, querría hacer lo mismo. Es un día importante en la vida de una persona, y lo correcto es honrar a quienes no pueden estar presentes. Creo que a tu madre le encantaría que

caminases hasta el altar con algo que hicisteis juntas.

—Estoy de acuerdo. —Deja el burrito en la mesa—. No dejo de pensar en el recorrido hasta el altar, y en cómo me habría acompañado mi padre, cómo me habría dicho cuánto me quiere y cómo se habría sentido de orgulloso, además de que me hubiera contado que llevaba mucho tiempo soñando con ese día. El día en que me entregaría. Y ahora… Ahora no tengo nada de eso. Tendré que caminar sola, y eso es desmoralizante.

—Yo te acompañaré hasta el altar —afirmo—. No estarás sola. Me tendrás a mí.

—La Beave nunca accedería a eso, y además se supone que tú debes estar esperándome porque eres mi Pepinillo de Honor.

—Por cierto, si no hay ningún Pepinillo de Honor en la agenda, montaré un cirio. —Sonríe con picardía—. Pero no me importa lo que piense La Beave. Quiero que seas feliz, que sientas que estás rodeada de la gente que te quiere, y si eso significa que tendré que duplicar mis responsabilidades, ¿a quién le importa entonces?

—Gracias. Uf, odio que todo esto sea tan lúgubre. Creo que casarse debería ser una celebración enorme. Pero hasta ahora ha sido más bien una versión del infierno. El único motivo por el que he superado estos dos días eres tú. Estoy segura de que me habría rendido después de lo de la lista de invitados.

—Todo irá mejor. Cuando nos hayamos quitado de encima la planificación, será coser y cantar.

—Eso espero. —Coge el burrito y le da otro bocado—. Bueno, ¿vamos a acabar la conversación sobre Birdy?

—¿Qué más queda por decir? —pregunto, encogiéndome de hombros—. Creo que voy a intentarlo otra vez, solo porque es guay y me lo paso bien con ella. A lo mejor fue culpa de todo el azúcar que comí, pero le dije que la llevaría a hacer senderismo, así que eso es lo que haré, y ya veremos qué pasa después.

—¿Por qué te estás esforzando tanto? Si no te gusta, no te gusta.

—No es que no me guste —respondo—. Porque sí que me gusta. Es solo que no sentí nada al besarla y esperaba más, ¿sabes? A lo mejor estaba nervioso. Me tiró de la camisa, y me pareció sexy, así que a lo mejor me estoy comiendo demasiado la cabeza.

—¿Te tiró de la camisa? —pregunta Lia a mitad de llevarse el burrito a la boca—. O sea, ¿para quitártela?

—No, para sujetarme en mi sitio. Me gustó. Y tenía los labios supersuaves. Me pregunto si habría sido mejor besarla con la boca abierta.

—¿No la besaste con la boca abierta? —pregunta Lia—. ¿Solo con los labios cerrados?

—Sí, como un piquito.

—Entonces será por eso que no sentiste nada. Un pico no da demasiado lugar a la atracción.

—Ah. —Me rasco la barbilla y cojo la limonada—. ¿Sabes? Puede que tengas razón.

—Sé que la tengo.

—No hace falta ser humilde ni nada.

—¿Cuándo nos hemos comportado con humildad entre nosotros?

—Nunca —contesto. Me reclino en la silla—. ¿Qué vas a hacer esta noche?

—Voy a ir a casa de Brian. Las cosas han estado un poco rígidas entre nosotros últimamente y se ha dado cuenta, así que me ha pedido que vaya. Va a preparar la cena.

—¿Hablaste con él sobre lo de las gafas?

Se limpia la boca con una servilleta y asiente.

—Sí, admitió habérselo dicho a su madre. —Siento que se me hace un nudo de rabia en el estómago. Ese tío es un gilipollas, y creo que es imposible que alguna vez me vaya a caer bien—. Pero se disculpó. No sé. Creo que este es el momento en que salen a la luz todos los problemas de una relación. Lo mejor es que pase ahora, ¿no? Para saber si se pueden superar todos.

—Sí, probablemente. —Entonces suena un mensaje en mi móvil. Lo miro y veo que se trata de

Huxley—. Un segundo. —Levanto un dedo y luego leo el mensaje.

Huxley: *¿Puedes venir a mi casa mañana? Hay nuevas noticias que quiero comentarte.*

Le respondo de inmediato.

Breaker: *Claro. ¿A qué hora?*

Huxley: *A las nueve. Hasta entonces.*

Levanto la mirada hacia Lia.
—Parece que Huxley tiene noticias nuevas.
—Oooh… Shoemacher la va a palmar.

8

BREAKER

Menudo aburrimiento.

Me quedo mirando mi ordenador, viendo cómo caen las fichas del Tetris por la pantalla, y me doy cuenta de que mi vida es patética.

Sí, señor.

Esto es lo que estoy haciendo: jugar al Tetris en mi ordenador como un viejo de setenta años, y todo porque mi mejor amiga está ahora mismo con su futuro marido y mis hermanos echando polvos sin parar con sus mujeres. ¿Veis? A eso me refería exactamente: necesito romper con la rutina de mi vida.

Necesito más personas con quien salir.

Necesito actividades.

¡Necesito algo más que quedarme sentado solo en casa, con una tirita de Batman en el pezón porque he pensado que era divertido!

Me levanto del escritorio, me desperezo y decido enviarle un mensaje a J. P. para ver qué está haciendo, pero me detengo. Ya sé lo que está haciendo: se está *haciendo* a su mujer.

Y Huxley también.

Y tampoco es que pueda enviarle ningún mensaje a Banner —el nuevo socio de nuestra empresa y amigo—, porque se enrolló con alguien en la boda de Kelsey y J. P. Todo el mundo tiene pareja. ¡TODOS!

Qué idiota, yo también debería tener pareja, y no andar por aquí tirado en mi casa, bebiendo un maldito zumo de naranja y tratando de romper mi propio récord personal al Tetris a las siete de la tarde.

Cojo el móvil, busco el hilo de mensajes con Birdy y le escribo.

Breaker: *¿Qué estás haciendo? Yo estoy en plan patético, jugando solo al Tetris ahora mismo.*

Me voy a mi habitación, me quito los pantalones cortos y me pongo unos largos de deporte, y entonces recibo su respuesta.

Birdy: *Estoy viendo* Sexo en Nueva York *mientras me zampo los pasteles de chumino que hicimos.*

Breaker: *LOL. ¿Quieres compañía?*

Birdy: *Siempre. Te enviaré mi ubicación. Por cierto, ponte cómodo. Yo llevo ropa de estar por casa.*

Breaker: *Me estoy poniendo una camiseta sencilla mientras hablamos.*

Birdy: *Ah, ¿no te he mencionado que no hace falta que te pongas nada?*

Breaker: *Creo que se te ha olvidado ese detalle. Hasta ahora.*

Birdy vive en un apartamento muy bonito.

Está en una urbanización cerrada con una lujosa piscina y con unos jardines perfectos. No sé cuánto pagará de alquiler, pero seguro que más que yo, cosa que me parece divertida dada la gran

diferencia entre nuestras cuentas bancarias.

Aparco en una plaza en el exterior de su edificio, cojo la caja de *cupcakes* de la clase que dimos que he dejado en el asiento —nunca aparezco con las manos vacías— y subo corriendo las escaleras que llevan al tercero C.

Llamo a la puerta tres veces, y me entran ganas de darle unas patadas después, pero me recuerdo a mí mismo que eso solo lo hago con Lia, así que me reprimo. Escucho los cerrojos y, cuando se abre la puerta, Birdy me recibe al otro lado vestida con unos pantalones cortos de seda y un top negro sencillo.

—¿Has traído *cupcakes*? Pensaba que ya no te quedaría ninguno después de cómo te los comiste en la clase.

—Me he desintoxicado durante un día. —Se los doy cuando se acerca a mí, me coloca una mano en el pecho y me saluda con un beso en la esquina de la boca. Eso ha sido inesperado, pero no me ha importado.

—Me alegro de que estés aquí. —Me coge la mano y me hace entrar en su apartamento.

Yo me quito los zapatos, cierro la puerta detrás de mí y luego la sigo hasta el salón. Ocupa un lugar en el sofá y tira de mí para que me siente a su lado.

Su apartamento es lo que esperaba de ella. Los muebles son de color blanco inmaculado, con otros tonos beis y marrón esparcidos por todo el espacio. Está limpio y es elegante, moderno y sereno. Nada de decoración de muñecos de acción ni de pósteres. Todo muy adulto.

Muy diferente de mi casa.

Y de la de Lia, ya que estamos.

Sentada sobre las rodillas, se gira hacia mí.

—Tengo que hablar contigo sobre una cosa —dice.

—Eeeh… vale —contesto, girándome hacia ella también.

—Bueno, más bien disculparme.

—Ya te disculpaste bastante por lo de la clase de postres —añado—. Pero lo raro es que me lo pasé bien.

—No se trata de la clase de postres. Se trata de… —Hace una mueca antes de acabar—. El beso.

—Ah, eeeh, ¿qué pasa con el beso? —pregunto.

—Sé que fue raro.

—¿De qué estás hablando? —vuelvo a preguntar, aunque sé muy bien lo raro que pareció.

—Estaba nerviosa y cerré la boca al besarte. La verdad es que me sorprende que hayas venido después de aquel beso. Cuando recibí tu mensaje, solté un chillido. Pensaba que me ibas a llamar el sábado por la noche para decirme que no podíamos quedar para ir a hacer senderismo.

—Birdy…

—Beso mejor que eso —añade, presa del pánico—. Mucho mejor. Es solo que, madre mía, me pongo muy nerviosa cuando estoy contigo.

—¿Por qué? —pregunto—. No creo que sea nada intimidante.

—Y no lo eres. Ese es el problema. Si fueras cualquier gilipollas alfa, entonces sí, probablemente no me sentiría tan nerviosa a tu lado, pero es que eres un buen tipo, muy tierno, y eres de los que cuesta encontrar, sobre todo en Los Ángeles. Sigo repitiéndome que la voy a cagar, y la verdad es que creí que lo había hecho ya con el beso.

—Tienes que dejar de darles tantas vueltas a las cosas —contesto, aunque tiene toda la razón. Yo también pensé lo mismo del beso. Supongo que no fui el único, y eso me reconforta. A lo mejor fue por lo de la boca cerrada, sin más.

—Lo siento. Es solo que estoy tan resentida por mi relación anterior que es difícil quitarme esas ideas de la cabeza. Pero mejoraré.

—Tómatelo con calma —digo, colocando el brazo en el respaldo del sofá—. No tengo pensado irme a ninguna parte, y, tal y como están las cosas, lo del senderismo del sábado sigue en pie.

—Bien, porque he ido de compras hoy y me he agenciado el conjunto perfecto.

—Ah, ¿sí? —pregunto entre risas—. No sabía que hubiera un conjunto perfecto para hacer senderismo más avistamiento de aves.

—Si lo buscas con ahínco, lo encontrarás.

—Cuéntame más cosas de ese conjunto.

—Ah, no, nada de pistas. Será una sorpresa.

—Bueno, si no es una camiseta con un pájaro estampado, me quedaré profundamente decepcionado.

Ella se limita a sonreír, lo que me parece bastante adorable. Ella es adorable. Y divertida. Y dulce. Probablemente, todo lo que yo buscaría en una pareja. Y por eso tengo que esforzarme más en conseguir que esto funcione.

—Entonces, ¿has ido hoy con Lia a planificar la boda?

—Sí, hemos visto las flores.

Ella se acerca más. Se nota que quiere más intimidad, así que cambio la postura para mirarla más de frente y después dibujo círculos sobre su hombro desnudo. Parece sentirse aliviada, así que continúo.

—¿Y qué habéis elegido al final?

—A ver, Birdy —la reprendo—, ¿qué tipo de Pepinillo de Honor sería yo si te contara todos los secretos de la boda?

—¿Pepinillo de Honor? Eso requiere una explicación.

—Lia y yo somos unos frikis del *Scrabble*. Estábamos juntos en un club en la universidad, y una noche estábamos jugando ella y yo solos, que, de todas formas, era como solían acabar nuestras reuniones; estaba agotado, pero tenía que vencerla en una partida más. Tenía todas las letras para deletrear «pepinillo», pero de pronto lo hice mal. Y, evidentemente, por aquel entonces yo era un cabrón arrogante, sobre todo cuando el *Scrabble* estaba de por medio, así que reclamé mis puntos como todo un maestro y ella señaló el tablero y me dijo que estaba mal deletreado. Fue humillante, y se nos quedó grabado el nombre para siempre. Ahora soy su pepinillo.

Ella se echa a reír.

—¿Sabes? Se puede confundir «pepinillo» con otra cosa.

Yo me quedo callado un momento y meneo la cabeza.

—Créeme, este pepinillo no va por ahí.

Ella se ríe todavía más.

—Bueno, me encanta vuestra amistad. Creo que es muy tierna. ¿Tienes muchos buenos amigos? ¿O solo Lia?

—Bueno, solía quedar con mis hermanos hasta que se casaron. Ha sido un buen mazazo para nuestros partidos de baloncesto. Todavía los veo, pero más bien en grupo, lo que hace que sus mujeres tengan acceso a mi vida privada. Pueden ponerse muy pesadas con saberlo todo de mi vida de soltero, y siempre quieren que… deje de estarlo. Y luego está mi amigo Banner, que acaba de empezar a trabajar con nosotros. Es muy guay, pero está saliendo con una chica, Kenzie, o, bueno, quedando con ella. No sé qué relación tienen. Así que, bueno, está ocupado con eso. —Asiento lentamente—. Parece que estoy en esa época de mi vida en que todo el mundo está emparejado.

—Te entiendo perfectamente —dice Birdy—. Cuando estaba con mi ex, era como si todo el mundo se estuviera casando o teniendo hijos. Hacíamos cosas de pareja juntos, y cuando rompimos, fue como si nadie tuviese tiempo para mí.

—Eso es una mierda, pero conozco esa sensación.

—Aunque no puedo culparlos —continúa—. Después de todo, están enamorados.

—Supongo. Creo que eso ha sido lo que ha prendido una llama en mí y me ha hecho querer conocer a alguien. No estoy desesperado ni nada, pero tampoco quiero sentirme solo.

—Lo entiendo perfectamente. A mí me pasa lo mismo. No es que necesite a nadie para ser feliz,

pero es divertido hacer cosas con otra persona… Ya sabes, como, por ejemplo, senderismo. —Estira la mano y juguetea con la tela de mi camiseta.

—Y glaseado para chuminos.

Su sonrisita es realmente sexy cuando levanta la cara hacia mí.

—Exacto. Como el glaseado para chuminos.

Decido arriesgarme, y tiro de ella.

—Ven aquí —digo. Para mi suerte, ella me hace caso y se sienta sobre mi regazo. Yo me apoyo sobre los cojines del sofá para mirarla mejor—. ¿Qué tal el trabajo hoy?

—¿Es eso lo que me vas a preguntar mientras estoy sentada sobre tu regazo?

—Sí —contesto, colocándole las manos sobre los muslos—. Todas mis conversaciones diarias son como esta. Deberías ver la de puñetazos que nos lanzamos mis hermanos y yo por ver quién se sienta encima y quién debajo.

Ella suelta una carcajada sensual y empieza a dibujar círculos sobre mi pecho.

—Ah, menuda imagen me acaba de venir a la cabeza.

—Hemos averiguado que, si nos sentamos en el regazo el uno del otro, podemos centrarnos en la conversación y evitar distracciones. He tenido conversaciones de horas con J. P. en las que hemos hecho lluvias de ideas sobre nuestro siguiente negocio. Si no fuera por la evidente infracción de los derechos humanos, haríamos que todo el mundo se sentara en el regazo de los demás.

—¿Sabes? A lo mejor has hecho un gran descubrimiento. Mi cerebro dedicado al marketing está pensando que podrías crear algún tipo de dispositivo que evite el contacto de pelvis contra pelvis pero permita asumir esta postura. Ah, y puedes añadir unas anteojeras, para asegurarte de que no haya distracción alguna.

—Guau, Birdy. Guau. Eres todo un genio.

Ella se limpia una pelusilla imaginaria del hombro.

—Gracias, pero la idea ha sido tuya. Yo solo hago realidad los sueños.

—¿Así es como te describes a ti misma en el trabajo?

—Cuando gano la lotería con una gran idea, pues claro. Suelo imprimir un certificado de estudios en silencio a nombre de «la creadora de sueños». Tengo una carpeta llena de ellos. Está en el cajón de mi escritorio.

—Toda una carpeta quiere decir que eres muy buena creadora de sueños.

—Lo soy.

Nos pasamos más o menos una hora hablando de todo y de nada, con ella sentada sobre mi regazo y yo sujetándole los muslos, sin movernos ni un ápice. Ni un solo movimiento.

Me cuenta que le encanta hacer surf —algo que no he hecho nunca en mi vida—, que es una enorme fan de todos los tipos de cereales —cuanta más azúcar, mejor— y que una vez tuvo un perro con tres patas y que fue el mejor perro que haya tenido nunca.

Yo le describo mi afán por conseguir todos los muñecos cabezones de *La guerra de las galaxias* que se hayan fabricado nunca, afirmo creer que el *bromance* original de todos los tiempos es el de C3PO y R2D2, y ella admite haber visto solo los episodios más recientes y que no entiende tanta obsesión con Kylo y Rey. Casi suelto un ladrido de la decepción.

—¿Tienes sed o algo? —pregunta Birdy.

—No, estoy bien. Aunque probablemente debería marcharme, porque seguro que tienes que madrugar mañana. —Le froto los muslos con las manos.

—Resulta que mañana me van a despertar a las cinco y media.

—Sí, yo también tengo una reunión con Hux mañana en su casa.

—Bueno, vale… —Sus dedos juguetean con mi camiseta—. Supongo que debería acompañarte hasta la puerta.

Se levanta de mi regazo y luego me tiende la mano. Se la acepto, y caminamos juntos hasta la entrada. Me pongo los zapatos y, cuando termino, me levanto y me la encuentro apoyada contra la

pared, justo al lado de la puerta, con las manos apoyadas tras la espalda.

—Gracias por haber venido hoy.

—Sí, me lo he pasado bien, aunque no seas fan de la historia de amor entre Kylo Ren y Rey.

—Es que soy incapaz de entenderla —afirma, manteniéndose en sus trece—. Lo siento. Para mí no funciona.

—Menuda decepción —contesto en broma, y entonces doy un paso adelante. Le levanto la barbilla con el dedo, cierro el espacio entre los dos otra vez y me cierno sobre sus labios, esperándola.

Ella acorta el resto de distancia y desliza la mano por mi pecho al tiempo que abre la boca, alentándome a hacer lo mismo. Apoyo la mano que tengo libre sobre la pared, al lado de su cabeza, para sostenerme, y profundizo el beso, explorándola ahora con la lengua.

Sus manos flotan hasta mi cara y me acunan las mejillas. Su lengua replica mis caricias, y por primera vez desde hace unos meses, me enrollo en la entrada del apartamento de una chica.

Disfruto de la sensación de sus labios suaves.

Me pierdo en el tacto de sus manos contra mis mejillas.

Y cuando me acaricia un poco el pelo, me propongo recordarlo.

Se me había olvidado lo que se siente al intimar con una mujer, y me gusta.

Cuando me separo, separa las pestañas y su mirada se clava en la mía.

—¿Mejor? —pregunto, sonriendo.

—Mucho. —Se recorre los labios con la lengua—. Muchísimo mejor.

—Bien. —Me inclino y le doy otro beso en los labios antes de separarme—. Te veré el sábado para el senderismo.

—Sí. El sábado —replica mientras yo abro la puerta del apartamento y salgo—. Buenas noches, Breaker.

—Buenas noches, Birdy —contesto, antes de bajar las escaleras.

—Buenos días, Breaker —me saluda Lottie al abrir la puerta de su casa—. ¿Qué tal estás?

—Bien —respondo—. ¿Y tú? —Todavía no se ha vestido, sigue con el albornoz y el pelo recogido en un moño.

—Me va bien.

Huxley aparece justo entonces, le rodea la cintura con el brazo y le da un beso en la sien.

—¿Te traigo algo? —le pregunta.

Ella menea la cabeza y le da unas palmaditas en la mano.

—No hace falta. —Después se va a la cocina, y Huxley no le quita la mirada de encima.

—¿Qué se siente? —pregunto.

Él se gira hacia mí.

—¿Qué se siente de qué? —inquiere.

—Al estar enamorado. Te vuelves protector, posesivo, estás perdidamente enamorado. Creo que nunca he sentido eso por nadie.

—Claro que sí —contesta—. Eres así con Lia.

—No hay nada romántico entre Lia y yo.

—Puede que no, pero ¿recuerdas cómo te pones cuando la madre de Brian se mete con ella, esas ganas instintivas de hacer cualquier cosa para asegurarte de que nadie le haga daño a tu chica? Así es como se siente. Es una sensación profunda que no se apaga nunca.

Yo asiento lentamente.

—Sí que me pasa con Lia, pero no de forma romántica, sino porque es mi mejor amiga.

—Bueno, cuando al fin te enamoras de alguien, lo que sientes por Lia se transferirá a esa persona. ¿Por qué lo preguntas? —Se aleja hacia su despacho, y yo lo sigo.

—He estado saliendo con una chica estos últimos días, y es bastante increíble. Es guapa y lista.

Tiene un gran sentido del humor. No tenemos mucho en común, pero es muy dulce, ingeniosa e interesante. Anoche fui a su casa y hablamos un montón, incluso se sentó sobre mi regazo durante un rato, pero no sentí esa necesidad abrumadora de tocarla. Mantuve las manos quietas sobre sus muslos porque pensé que era lo correcto, y cuando le di un beso de buenas noches, me gustó de verdad, pero, no sé, creo que no sentí nada por ella.

—¿Acaso besaba mal? —pregunta Huxley, mientras se sienta a su escritorio. Yo lo hago enfrente de él.

—No, la verdad es que besaba muy bien. —Suelto un suspiro profundo y me echo hacia delante con las manos cruzadas sobre el escritorio—. No sé, tío. Creo que estoy pasando por algún rollo, y no sé cómo procesarlo. Creo que la demanda y la boda me están comiendo el coco.

—¿Quieres que te guste la chica? —pregunta Huxley.

—Es que no quiero quedarme atrás. Solo eso. Todas las personas que conozco están casadas o a punto de casarse o en una relación. Y yo estoy allí, solo en mi apartamento jugando al puto Tetris en mi ordenador.

—Eso nunca te preocupó antes. Te encanta el Tetris.

—Es verdad —contesto en voz baja—. Me gusta un montón, pero, no sé, parece que estoy en un momento de mi vida en que quizá debería tener una novia seria. La verdad es que no he tenido ninguna antes, y eso es un poco raro, ¿no crees?

—Porque nunca te ha hecho falta antes. Cuando querías compañía femenina siempre has contado con Lia, y cuando querías sexo, lo has hecho por diversión. Tu situación ha sido ideal durante mucho tiempo.

—Espera, ¿de verdad crees que es eso? ¿Por eso no he tenido ninguna novia de verdad? ¿Porque he contado con Lia durante todos estos años?

—Sí —contesta Huxley, agotado—. Es aterrador que no te hayas dado cuenta antes. Está muy claro.

—Para mí no —insisto, reclinándome en la silla y apretándome los muslos con las manos—. ¿Crees que no he encontrado a nadie por eso? ¿Porque me bastaba con tener a Lia?

Huxley se frota las sienes, y noto que se le está acabando la paciencia.

—Sí —responde—. Exactamente por eso, porque, ¿para qué necesitas una novia cuando Lia es lo único que has necesitado?

—Madre mía. Nunca había pensado así en eso.

Si es así, entonces, desde el punto de vista de Lia, a ella *no* le he bastado yo. Nunca he sido lo que ella necesitaba, porque empezó a salir con Brian. Así que, aunque esté preocupada por que las cosas cambien entre nosotros, ya lo han hecho. Ahora *necesita* a Brian, lo que significa que a mí ya no me necesita tanto. Madre mía, qué ciego he estado.

—Me alegro de habértelo aclarado. Y ahora, ¿podemos volver a la verdadera razón por la que has venido?

—Supongo —contesto, con la cabeza sin parar de darme vueltas—. Pero, solo un segundo: ¿crees que debería…?, no sé, ¿dejar de pasar tanto tiempo con Lia?

Huxley se pellizca ya el puente de la nariz.

—¿Y por qué ibas a hacer eso? No harías más que herir sus sentimientos.

—Sí, pero ella tiene a Brian, así que… ¿no debería haber algo así como una transición de poder?

—No eres el puñetero presidente de los Estados Unidos.

—Ya lo sé —contesto, exasperado—. Pero como Brian y Lia se van a casar pronto, ¿no debería apartarme un poco? A Brian ya le cuesta aceptar el tiempo que pasamos juntos Lia y yo. ¿No debería entregarle la antorcha o algo así?

—No sé. Si a ti te parece necesario, adelante. ¿Podemos hablar ya de la demanda, por favor?

—Claro, lo siento —me disculpo, y hago una pequeña pausa—. Es solo que anoche vi a Birdy y el beso fue bueno, pero no sentí ninguna chispa, y no estoy seguro de si debería haberla sentido o si es

demasiado pronto para sentirla. No sé, ¿tú sentiste una chispa con Lottie?

Huxley tira el bolígrafo al escritorio y se reclina en la silla.

—Dímelo tú: ¿crees que sentí una chispa con mi mujer?

—Por lo que he observado, diría que sí.

—De inmediato —contesta—. Puede que pensara que era insoportable, frustrante y completamente irritante la mayor parte del tiempo, pero tenía muy claro que era la cosa más puñeteramente bonita que había visto nunca, y la quería en mi cama.

—Ah —contesto, asintiendo—. ¿Y crees que lo mismo le pasó a J. P.?

—Tío, ¿en serio? Venga ya, tú estabas presente cuando J. P. vio a Kelsey por primera vez. Tenía corazones saliendo de todos los orificios de su cuerpo.

—Sí, ya lo sé. —Aparto la mirada—. Pues eso no me pasa con Birdy. Pero también me pregunto si no tendré un bloqueo mental ahora mismo y no me estoy permitiendo sentir lo que debería sentir por ella por culpa de eso que dices, que siempre me ha bastado con Lia. ¿Crees que podría ser un problema?

—Creo que va a ser un problema de cojones pronto si no dejas de hablar de esto y nos centramos en los negocios.

—Sí, vale…, lo siento. —Me muerdo la uña del pulgar—. Pero solo una cosa muy rápida: ¿tú qué opinas de Kylo y Rey? ¿Es raro que esté pensando en salir con alguien que no cree en su historia de amor como lo hago yo?

—Me cago en la puta…

9

LIA

Lia: *Esta noche toca* Pasapalabra*. ¿Voy yo a tu casa o vienes tú a la mía? Tengo que ir a comprar si vienes tú aquí. No me quedan chuches ácidas ni Sprite.*

Breaker: *Tenemos que dejarlo para otro día.*

Me quedo mirando el móvil, confundida.
¿Cancelarlo?
Estoy casi segura de que Breaker nunca ha usado esa palabra conmigo… Jamás.

Lia: *¿Cancelarlo? ¿Eres mi Pepinillo? Es solo por asegurarme de que no te hayan abducido ni nada por el estilo.*

Breaker: *No me han abducido, es que tengo planes.*

Ah.
¿Planes? ¿Con quién?
¿Con Birdy?
A ver, no debería importarme, pero es noche de *Pasapalabra,* y siempre lo vemos juntos.
Paramos el vídeo, uno adivina la palabra y al otro le toca esperar, y entonces volvemos a reiniciarlo. Durante todo el rato disfrutamos de un buen *calzone* de nuestra pizzería favorita, chupamos chuches ácidas hasta que se nos derrite la lengua y lo remojamos todo con Sprite, que nos hace eructar durante el resto de la noche.
¡Es una tradición!
Así que ¿cómo es que… ha hecho otros planes?
Me levanto del escritorio, donde he estado trabajando en una página Excel, me acerco a mi cama y me dejo caer sobre ella. Debería decirle que se divirtiera, sin más, y que nos vemos el viernes cuando nos reunamos con La Beave, pero, por más que lo intento, no puedo dejarlo pasar, así que le escribo otro mensaje.

Lia: *Planes, ¿eh? ¿Con Birdy?*

Envío el mensaje y hago una mueca. Odio tener tanta curiosidad.

Breaker: *En realidad, con J. P. y Lottie. Vamos a ir a un bar del que ha estado hablando J. P. He pensado en pedirle a Birdy que nos acompañe también, pero no estoy seguro. Serían cuatro veces en una semana que la he visto, y no quiero parecer desesperado.*

Lia: *¿Cuatro veces? Es más de lo que me has visto a mí.*

La diferencia me provoca un aguijonazo en el estómago, ya de por sí revuelto.
¿Cuatro veces? Eso es… eso es un montón.

Breaker: *Bueno, tuvimos la cita doble, luego la de los postres, y anoche fui a su casa, así que si la invito a salir esta noche sería demasiado, ¿no crees?*

Creo que tres veces ya son demasiado.
Además…, podría invitarme a ir con ellos. Es evidente que no tengo nada que hacer esta noche.

Lia: *¿Fuiste a verla anoche? ¿Por algún motivo?*

Breaker: *Para pasar el rato. Hablamos un montón. No es fan de Kylo y Rey, cosa que me costó asimilar, pero, bueno, no se puede tener todo. Aunque sí que pensó que una de las páginas de fans que le enseñé era muy guay.*

Lia: *¿No le gustó que Kylo y Rey estuvieran juntos? Es un motivo para no volver a hablar con ella nunca más.*

Breaker: *Fue fácil de perdonar, sobre todo porque la voy a llevar a hacer senderismo el sábado y a avistar aves.*

Lia: *Ah, genial. ¿La misma ruta que hacemos nosotros?*

Breaker: *Sí, es la mejor. Parece muy emocionada. Dijo que se había comprado un conjunto y todo.*

Lia: *¿Tiene algún pájaro estampado?*

Breaker: *Dijo que era una sorpresa.*

Seguro que es un sujetador y pantalones cortos de deporte. Parece maja y todo eso, pero… un poco desesperada.

Lia: *Bueno, ¿y qué se supone que voy a hacer con* Pasapalabra *esta noche?*

Breaker: *Pídele a Brian que te acompañe. De todas formas, debería empezar a divertirse contigo ya.*

Lia: *¿A qué te refieres con «de todas formas»? Es nuestro concurso.*

Breaker: *Sí, pero pronto estarás casada. No podré seguir yendo a tu casa en nuestras noches fijas. Es un buen cambio, Lia.*

Lia: *Espera… ¿Has hecho planes a propósito? ¿Para ayudarme a hacer una especie de transición?*

Breaker: *Se me olvidaba lo lista que eres.*

Lia: *Ah, pues no necesito que lo hagas. Soy una mujer adulta, Breaker.*

Breaker: *Vale, pues entonces queda con tu prometido. Habla sobre la boda y asegúrate de que se entera de todo lo que está pasando con ella.*

Lia: *¿Por qué me parece que estás tratando de distanciarte?*

Breaker: *No es eso, Lia. Solo estoy intentando prepararte. Cuando te cases, todo cambiará.*

Lia: *Lo dices como si fuera un castigo.*

Breaker: *No lo es, pero es un hecho que no podré estar contigo como lo estoy ahora. No podré ser tu compañero, y tú tampoco la mía. Es tan sencillo como eso.*

Lia: *¿Compañero? ¿De dónde viene todo esto?*

Breaker: *De ninguna parte. Solo estoy relatando los hechos. Es lo que va a ocurrir con nuestras vidas: estamos evolucionando, cambiando, y ese es solo el siguiente paso. Bueno, tengo que irme. Te veré el viernes.*

Me quedo mirando el móvil, leyendo los mensajes una y otra vez e intentando entender qué está pasando. Cierto, me voy a casar y pronto me iré a vivir con mi marido, pero eso no significa que tenga que cortar lazos con Breaker ni dejar de interactuar con él. Madre mía, ha visto a Birdy, alguien que casi no conoce, más veces que a mí esta semana.

Y eso me hace sentirme triste. Todo esto me hace sentirme triste. Y la única persona con la que podría hablar de ello me ha dicho que no me verá hasta el viernes.

Las lágrimas se me acumulan en los ojos, y justo entonces alguien llama a la puerta.

Me siento en la cama, deseando que se trate de Breaker y que lo de sus mensajes haya sido solo una broma. Me enjugo los ojos rápidamente, corro hacia la entrada y abro la puerta de golpe para encontrarme con Brian al otro lado, con un ramo de rosas en la mano y una sonrisa enorme en la cara.

—Hola, cariño —saluda, y juro que veo destellos de luz brillar en sus dientes recién blanqueados —. He pensado sorprenderte con unas flores y… —Coge una mochila—. Una noche juntos.

—Ah, guau —contesto, intentando parecer contenta y no decepcionada—. Estaba… Eeeh… No me esperaba esto.

—Sí, yo tampoco. —Me entrega las flores. Rosas *rojas,* que detesto porque son muy tópicas y poco originales. Pensaba que Brian ya lo sabía—. La verdad es que ha sido idea de Breaker. —*Ah… ¿Qué?* —. También me ha dicho que trajera chuches ácidas y Sprite, y lo llevo todo en la mochila. No sé por qué, pero me ha dicho que es lo que os hace falta cuando jugáis a *Pasapalabra.*

—¿Te ha contado todo eso Breaker?

—Bueno, lo de las flores ha sido idea mía, pero la noche del programa ha sido suya. Ha dicho que, como ya no estaría tanto contigo, debería aprender cuáles son las cosas que te encantan. —Brian se inclina y me da un beso en la mejilla. Luego entra en mi apartamento, pasándome de largo, y yo me quedo aquí plantada, perpleja.

¿Breaker ha organizado esto?

¿Quiere que Brian aprenda todas las cosas que *me encantan*?

¿Por qué está haciendo esto? ¿Por qué está intentando sacarme de su vida?

Seguro que lo está haciendo con buenas intenciones, pero me hiere.

Y es imposible que disfrute de esta noche a menos que llegue al fondo de la cuestión.

Así que decido arriesgarme.

—Brian —lo llamo—. Necesito hacer una llamada importante de negocios. Voy a casa de Breaker para no molestarte.

—Ah, puedo quedarme callado si quieres.

Yo niego con la cabeza.

—Créeme, estas paredes son finas como el papel. Puedes escucharlo todo. Tú ponte cómodo; volveré dentro de un momento.

—Vale. Te quiero.

Le sonrío.

—Te quiero.

Con el teléfono en la mano, salgo de mi apartamento y voy directa al de Breaker. Existe una mínima posibilidad de que aún esté aquí, pero al menos lo voy a intentar, y si no está, puedo llamarlo desde su apartamento.

Llamo a la puerta con suavidad y luego espero un momento antes de comprobar si está abierta, y lo está. La abro justo cuando Breaker está llegando al vestíbulo.

—Lia, ¿va todo bien?

Cierro la puerta a mi espalda y me cruzo de brazos.

—No, no va nada bien.

—Vale… —contesta, arrastrando las palabras—. Bueno, es que iba a salir…

—¿En serio? ¿No me vas a preguntar qué es lo que va mal?

—Creo que sé lo que es —responde, regresando a su habitación de invitados, y yo lo sigo. Es la habitación que está más lejos de mi apartamento, y no me cabe ninguna duda de que ese es el motivo por el que la ha elegido. Se sienta sobre la cama de invitados—. ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? —pregunto con tranquilidad, pero también con contundencia—. ¿Qué tal si me lo cuentas tú? Porque la última vez que lo he comprobado estabas endosándole nuestras tradiciones a Brian.

—No se las estoy endosando. Lo estoy incluyendo.

—Pues no necesito que lo incluyas. Ya hago mis propias cosas con Brian. Lo que necesito que hagas tú es que dejes de alejarme.

—Pero si te vi ayer. ¿Cómo voy a estar alejándote?

—Me viste para cosas de la boda. Me estás alejando de nuestras otras cosas normales.

Él aparta la mirada, pero puedo adivinar que quiere decir algo. Tiene algo en la punta de la lengua, y se lo está callando.

—Dilo ya —lo apremio.

Él agacha la cabeza y la menea de un lado a otro.

—Entonces, ¿es así como vamos a estar, Breaker? ¿Solo porque vaya a casarme ya no quieres decirme siquiera lo que estás pensando?

—Es que no puedo decirte lo que estoy pensando.

—¿Por qué no? —insisto.

—Porque se trata de ti —contesta, entre un susurro y un grito.

Doy un paso atrás, intentando entender por qué parece tan agitado, tan irritado.

—Bueno, pues si se trata de mí, entonces dímelo. Está claro que necesitas quitártelo de encima.

—Vale —contesta, y entonces me mira a los ojos—. ¿Quieres hablar? Pues hablemos. Nos hemos apoyado demasiado el uno en el otro, y hoy me he dado cuenta de que no tengo ninguna relación por tu culpa.

—¿Perdona? —pregunto—. Eeeh… ¿puedes explicarme por qué es culpa mía?

—Porque te has convertido en mi red de seguridad. ¿Para qué iba a necesitar una compañera cuando estás tú para apoyarme?

—¿Entonces, básicamente, como he sido una buena amiga, estás enfadado conmigo y estás intentando sacarme ahora de tu vida?

—No. —Se tira del pelo, frustrado—. No es eso lo que quiero decir.

—¿Y qué es lo que estás intentando decir exactamente, Breaker? Porque a mí me parece que estás teniendo algún tipo de crisis de pareja porque me voy a casar, estás desesperado por encontrar a alguien, y la única persona con la que has estado saliendo no es lo que tú estás buscando. Por tanto, ahora me estás echando toda la culpa a mí.

—Guau. —Se levanta y se cierne sobre mí—. Eso no es ni de lejos lo que yo quería decir. Menuda manera de tergiversar mis palabras.

Levanto las manos al aire en señal de derrota.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres decir?

—Es solo que… nuestra relación es demasiado estrecha.

—¿Demasiado estrecha? —Asiento con sarcasmo—. Claro, la amistad que hemos creado a lo largo de la última década es demasiado buena. ¿Es ese el problema? —Doy un paso atrás—. Vale, es bueno saberlo. Siento mucho haberme preocupado tanto por ti y haber formado parte de tu vida hasta el punto de llegar a hacerte daño.

—Lia, no lo hagas —dice, estirando la mano.

—No, no lo hagas tú —replico, dándome una vuelta—. Es una mierda, Breaker, que estés intentando alejarme de ti porque creas que te he impedido encontrar pareja. Yo no he hecho nada parecido. Tu vida sentimental es tu problema, no el mío. A lo mejor, en vez de echarle la culpa a la gente que te quiere y que te apoya, deberías mirarte a ti mismo primero. Yo no soy el motivo por el que no estás con nadie. El motivo de que estés soltero es porque nunca crees que nadie esté a la altura. Tus exigencias son tan elevadas que nadie podrá cumplirlas nunca. Ese es el problema. No yo.

Giro sobre mis talones, pero él me alcanza y me agarra del brazo.

—Lia, espera.

Yo me escabullo.

—¿Y qué pasa, de todas formas? ¿Por qué ahora? ¿Por qué tienes que encontrar a alguien ahora? ¿Solo porque yo me vaya a casar crees que tú también debes hacerlo?

—No —contesta con el ceño fruncido.

—¿Entonces por qué te preocupa ahora? ¿Por qué lo has convertido tú en un problema? Ya he salido antes con otros chicos. Sí, no muchos, pero he tenido novios. ¿Qué hay de distinto?

—No lo sé —responde, consternado.

Puede que, hace una hora, hubiera hecho que se sentara y hubiera hablado de sus sentimientos con él, pero ahora no, en este momento no. Mi prometido, que quiere pasar tiempo conmigo y hacer algo que *me encanta,* está en mi apartamento, esperándome. Breaker está siendo ridículo y desconsiderado. Por mí, puede quedarse ahogándose en su propio vómito un rato.

—A lo mejor es algo que tienes que averiguar. —Me marcho hacia su puerta.

—Lia, lo siento, ¿vale?

—No, no vale. —Me doy la vuelta de nuevo—. Nosotros no nos tratamos así. No sé qué te está pasando por la cabeza ahora mismo, qué te ha poseído para que estés teniendo estos pensamientos e ideas drásticas y me estés empujando hacia Brian cuando no necesito que lo hagas, pero te diré una cosa: va a crear una brecha entre los dos. Si es eso lo que quieres, buen trabajo. —Agarro el pomo de la puerta—. Y no te preocupes por el viernes. Solo se trata de encontrar un vestido, así que no necesitaré tu ayuda con eso.

Después me marcho de su apartamento y me detengo en el vestíbulo, justo en el espacio que hay entre su casa y la mía. Me dejo caer al suelo y lloro en silencio.

¿Qué demonios nos está pasando?

—Eeeh…, no sé…, ¿lavavajillas? —pregunta Brian, cuando me dejo caer a su lado.

—¿Cómo es que has sacado «lavavajillas» con la pista de «tiburón»?

—No sé —contesta Brian, frustrado—. Este juego no tiene sentido.

—¿Cómo que no tiene sentido? Le das una pista a tu compañero y después él lo intenta adivinar, así de fácil.

—Pero es que tus pistas no me ayudan.

—Te he dado tres. Boca, dentista, tiburón.

—Sí, unas pistas geniales. ¿Qué relación tienen esas tres malditas palabras? —inquiere.

—¡Dientes! —grito—. Madre mía, Brian, ¡la palabra es «dientes»! Deberías haberlo pillado con «dentista».

—Bueno, es la primera vez que juego. Siento no ser tan bueno como Breaker. A lo mejor, si no me estuvieras metiendo tanto maldito azúcar por la garganta, podría haberlo adivinado.

—No te he comparado con Breaker —replico entre dientes.

—No hacía falta que lo hicieras, lo llevabas escrito en toda la cara.

—Guau, menudo adivino —contesto, sacando los pulgares y levantándome del sofá—. Al parecer, sabes exactamente qué me está pasando por la cabeza, a excepción de lo que estoy pensando en realidad, y lo que estoy pensando en realidad son ¡DIENTES! ¡Madre mía! —chillo, completamente

frustrada—. Me voy a dormir. Puedes irte a casa si quieres.

Me marcho del salón y voy directa a mi dormitorio y luego al baño, en el que me encierro. Como ya llevo puesto el pijama, me acerco al lavabo y me echo agua por la cara. Después me la seco y me quedo mirándome en el espejo mientras me resbalan las lágrimas.

No me da tiempo a enjugármelas, porque Brian abre la puerta del baño y se apoya en la encimera.

—Lo siento, Lia.

No puedo mirarlo. Si lo hago, lloraré.

Pero es que tampoco puedo moverme.

Estoy paralizada. Todo parece ir mal.

Breaker está intentando sacarme de su vida.

Brian es idiota y no entiende ni una simple pista, como la de «dentista».

Le he prendido fuego a un velo, he salpicado sangre a mi futura suegra y le he dado un puñetazo en una teta.

La planificación de la boda sigue yendo a la velocidad del rayo, a pesar de todos los accidentes.

Me estoy poniendo en evidencia sin parar.

He tenido una discusión enorme con mi mejor amigo, algo que no suelo hacer muy a menudo.

Y lo peor de todo es que no tengo a nadie a quien acudir.

A nadie.

Me aferro a la encimera todavía con más fuerza al sentir que me balanceo. La tensión que he estado aguantando me agarrota los hombros, y se me entrecorta la respiración.

—Eh, ¿estás bien? —pregunta Brian, acercándose más.

—N-no —murmuro, y entonces las piernas me fallan.

Brian me levanta rápidamente en brazos y no deja de pronunciar mi nombre, asustado, mientras me lleva a la cama.

—Madre mía, ¿qué está pasando? —pregunta, acariciándome la frente con la mano—. Estás pálida. Lia, ¿qué está pasando? ¿Quieres que llame a un médico?

Yo niego con la cabeza y siento que me tiembla el labio y que las lágrimas me resbalan por un lateral de la cabeza.

—No. Solo… Solo déjame dormir un poco.

—¿Crees que te voy a dejar así? Casi te has golpeado la cabeza contra la encimera. No pienso irme en absoluto. —Se sienta a mi lado y me coloca una mano sobre el estómago—. Habla conmigo, Lia. ¿Qué está pasando?

—Es solo… —Los labios me tiemblan un poco más—. Es solo que estoy muy nerviosa —contesto, porque no quiero contarle la verdad. La situación ya está demasiado tirante entre Brian y Breaker, ha quedado bastante claro después de la escenita en el salón, y no quiero que Brian se enfade con Breaker por haberme provocado este colapso.

—¿Estás nerviosa por la boda?

—Por… nosotros —respondo, lo cual es cierto, en parte.

—¿Qué pasa con nosotros? —pregunta.

—No podemos jugar al *Pasapalabra*. Nos vamos a casar, Brian. Deberíamos poder jugar al *Pasapalabra*. Y… y la planificación de la boda es una pesadilla. He prendido fuego a cosas, he manchado de sangre a gente y he dado un manotazo a tu madre en el pecho, y no parecemos estar de acuerdo en nada. Y a ti no te importan nada los planes, aunque no pasa nada. Sé que estás ocupado, pero… no parece que estemos en la misma onda.

—Sí que lo estamos —contesta—. Solo era un juego estúpido que no demuestra nada. Lo que importa es lo que hacemos en nuestra vida diaria, nuestros pensamientos y nuestra moral. Y en eso sí que estamos en la misma onda, ¿verdad?

—Verdad —contesto, en voz baja, aunque él no me entienda. A lo mejor es porque lo he visto en mis padres al crecer, pero es que creo que debe haber una conexión más profunda. Quiero que

pueda adivinar lo que voy a decir a continuación. Quiero que pueda comprenderme sin necesidad de hablar, y creo que eso no lo tenemos—. Pero… ¿lo sabes todo de mí? —pregunto.

—Pues claro que sí —responde—. Y en cuanto a lo que no sé, tenemos el resto de nuestras vidas para averiguarlo. Casarse con alguien no significa que tengas que saber una lista de cosas de tu pareja como en un juego de cultura general. Voy a casarme contigo porque me haces feliz, porque no puedo imaginarme un día en que no piense en ti y porque te quiero, Lia. No voy a casarme contigo porque resulta que sé lo que te gusta pedirte en la tienda de bocadillos de la esquina o porque puedas responder por telepatía una pregunta de *Pasapalabra*. Todo eso son nimiedades cuando se trata de casarse. No importan. —Me coloca la mano sobre el corazón—. Esto sí que importa. Nuestro amor importa.

Escucho las palabras que me está diciendo.

Asiento mientras las oigo.

Y cuando se acurruca a mi lado y me abraza por detrás para que ambos podamos dormir, le sigo la corriente, porque no puedo hacer nada más para evitar este vacío que siento por dentro.

—Lia, hola —escucho decir a una voz cuando entro en Morning Perk para tomar un café rápido antes de irme a la tienda de vestidos.

Me giro hacia la derecha y veo acercarse a Birdy.

Genial, justo lo que necesitaba.

Desde mi discusión con Breaker, no me he sentido yo misma. He estado haciéndolo todo en plan mecánico: trabajando, hablando con Brian, incluso respondiendo a algunos correos de La Beave y accediendo a todos los planes estúpidos que ha sugerido. Llegados a este punto, ya ni me importa.

No he sabido nada de Breaker desde nuestra pelea, que, en nuestro mundo, parecen décadas.

Estoy triste.

Estoy deprimida.

Echo de menos a mis padres. Dios, cómo me gustaría que mi madre estuviera a mi lado. Ojalá pudiera preguntarle si Brian es el adecuado. Si a papá le costó años entender todas las idiosincrasias de ella. Si tardamos años en conseguir lo que Breaker y yo tenemos ahora, y si *solo* es bueno porque hemos estado juntos una década, y que por tanto tengo que estar tranquila porque todo encajará al final con Brian.

«Todo eso son nimiedades cuando se trata de casarse. No importan. Esto sí que importa. Nuestro amor importa». ¿Tiene razón Brian? No. Lo. Sé. Mi madre sí lo sabría.

Me encantaría poder colarme por un agujero y no tener que enfrentarme a nada de esto. Es que me siento… frágil, y esa es una palabra que nunca había asociado conmigo misma.

¿Y ahora? Birdy.

—Hola, Birdy —contesto, intentando sonreír.

—Guau, qué pelo tan brillante tienes —dice, tocándome las puntas—. Es precioso.

—Ah, gracias. He ido a la peluquería de la esquina y me lo han peinado. Hoy voy a probarme vestidos, y mi futura suegra me ha dicho que me asegurara de llevar el pelo lo más parecido posible al día de mi boda.

—Precioso —añade Birdy, y no sé decir si es sincera o no—. ¿Es tu color natural?

—Sí —afirmo—. Mi padre desciende de un largo linaje de pelirrojos.

—Qué envidia. —Sonríe con alegría, y, madre mía, es, sencillamente, perfecta, ¿verdad? Una sonrisa genial, ojos azul claro y un cuerpo perfecto. No me extraña que Breaker haya estado pasando tanto tiempo con ella—. Entonces, ¿te vas ahora a la tienda de vestidos?

—Sí, solo he venido a por un café, porque estoy segura de que voy a necesitar la cafeína para superar esta mañana de compras.

—Pero ¿no debería ser divertido comprarse el vestido de novia? —pregunta Birdy, confundida.

Lo sería si no me hubiese peleado con mi mejor amigo.

—Mi futura suegra puede ser un poco difícil. —Lo dejo ahí, sin más.

—Bueno, no debería tener opinión al respecto, pero es solo lo que yo pienso. En fin, no te entretendré. Solo quería saludarte y daros las gracias a Brian y a ti por haberme emparejado con Breaker. —Se aprieta el pecho con las manos—. Es increíble. No sé cómo sigue soltero todavía, pero he tenido suerte, porque es todo lo que busco en un hombre. —Se echa hacia delante y me da un codazo, como si fuéramos amiguísimas. Notición: no lo somos—. Y qué bien besa. Madre mía.

Justo lo que necesitaba escuchar ahora mismo.

—Bueno, me alegra escucharlo —contesto con una sonrisa de oreja a oreja y completamente falsa.

—Bueno, que lo pases bien. Voy a ver a Breaker ahora mismo. —Se despide de mí con los dedos y yo siento que el alma se me cae al suelo.

—Sí, adiós —contesto antes de girarme hacia la cola del café con la respiración entrecortada. ¿Va a verla ahora?

Sé que le dije que no se molestara en aparecer a la prueba del vestido, ¿pero de verdad no va a venir?

No habrá nadie más conmigo, solo La Beave.

¿Es así como ha acabado mi vida? ¿No tengo más amigos?

¿No tengo ningún otro apoyo más?

¿Lo único que tengo es a Brian y a su madre?

Otra vez, los ojos se me llenan de lágrimas, pero no dejo que caigan. Aquí no, en la cafetería no. Pido un café a toda prisa y, por suerte, me lo preparan rápido. Con el café en la mano, decido ir caminando a la tienda de novias, que está solo a unas manzanas. No hace falta ir en coche.

Al salir a la calle, aprieto el café contra mi pecho y suelto un profundo suspiro.

Se supone que mi madre estaría hoy conmigo, pero no lo está.

Me he aislado tanto después de su muerte que he ido perdiendo poco a poco al resto de amigos que tenía menos a Breaker, porque fue él quien me abrazó cuando lloraba. Me distrajo cuando estaba triste. Me ayudó a salir adelante.

Y ahora que no nos hablamos y que estamos en una situación tan incómoda, no me he sentido más sola en mi vida.

Cuando llego a la tienda, contengo el aliento con la esperanza de ver alguna señal de Breaker, pero cuanto más me acerco, lo único que distingo a través de la ventana es a La Beave, sacando vestidos para que me los pruebe.

Durante un momento, se me pasa por la cabeza la idea de escaparme. De darme la vuelta y… marcharme, sin más. Huir, alejarme de todo esto. Sin embargo, igual que ha surgido, el pensamiento desaparece rápidamente, porque no resolverá el problema. No hará más que empeorarlo.

Así que, con el vaso de café en la mano y una sonrisa falsa en la cara, atravieso las puertas de la tienda de novias.

—Ah, ahí está —dice La Beave al verme—. Querida, mira tu pelo. —Ya vienen los insultos—. Está precioso. —Se acerca a mí y me acaricia los largos mechones—. Preferiría que te lo hubieras recogido, pero así está bastante bonito.

Vaya, qué sorpresa. No me esperaba esto, y aunque ha sido agradable no recibir ningún comentario sarcástico, ni una mala cara ni un insulto de mi futura suegra, no consigo librarme de mi humor sombrío.

—Gracias —contesto, y luego recorro la tienda vacía con la mirada—. ¿Somos los únicos presentes?

—Ah, he cerrado la tienda para nosotras, para que no nos molesten otras personas buscando vestidos. He pensado que tenerla en exclusiva nos ayudaría a centrarnos mejor en lo que estamos buscando.

«Estamos…». Vaya manera de referirse a *mi* vestido.

—Tenemos que encontrar al menos tres —añade.

Ah, se me había olvidado eso.

—Sí, hay un montón de cosas que comprar —afirmo, volviendo a mirar a mi alrededor solo por si Breaker está aquí y yo no me he dado cuenta.

—Bueno, ¿y dónde está Breaker, para que podamos empezar? —pregunta.

Ah, eso me lo confirma: no ha venido. Me recorre otra avalancha de ansiedad y depresión.

—Ah, eeeh… le ha surgido algo —contesto—. No podrá venir.

La mentira sale de mi boca con tanta debilidad que ni siquiera yo me la creo, pero parece tranquilizar a La Beave, porque chasquea de nuevo sus estúpidos dedos.

—Bien, pues empecemos. Primero, nos probaremos el vestido de la ceremonia. He pedido que saquen siluetas clásicas y otras piezas elegantes con los hombros descubiertos.

—Genial —contesto, dejándome llevar.

—Por aquí, señorita Fairweather-Fern —me pide una de las dependientas.

—Por favor, llámeme solo Lia. Si es obligatorio usar una fórmula de cortesía, entonces con señorita Lia me vale. Mi nombre completo es demasiado largo.

La dependienta me sonríe y luego me guía hasta un probador enorme donde ya hay colgados unos cuantos vestidos, esperando para que me los pruebe: tres muy feos y pomposos, tres de silueta marcada que parecen más bien camisones y dos de estilo sirena que ofrecen mucho espacio para respirar.

—Aquí tiene un albornoz —dice la dependienta—. ¿Qué tal si se quita la ropa que lleva, se lo pone y espera a que venga una dependienta para ayudarla?

—Genial, gracias.

Cuando se cierra la puerta, dejo el café y el bolso en la mesita y me quito la camiseta y los pantalones. No me gusta estar desnuda delante de extraños, así que me he puesto unas mallas cortas que tapan un montón —seguro que La Beave se tira de los pelos— y mi sujetador sin tirantes más austero.

Me pongo el albornoz de seda rosa, me lo anudo a la cintura y después me siento en la silla y me quedo mirando los vestidos.

Los odio.

Todos.

Demasiados adornos.

Demasiado ajustados.

Demasiado pomposos.

No te dejan espacio para caminar.

Yo no habría elegido ninguno de ellos.

Siempre creí que me pondría algo sencillo, puede que con un poco de encaje, pero no estos vestidos enormes llenos de tela que necesitan un operario de grúa para metértelos.

Lo que se supone que debía ser un momento divertido y único en la vida se ha convertido rápidamente en un día triste y lúgubre que estoy segura que permanecerá para siempre como uno de mis peores recuerdos, justo al lado del momento en que me enteré de que mis padres habían muerto.

Descanso la cabeza contra la pared que tengo detrás y me llevo el café a los labios. Tan solo quiero acabar con esto de una vez. Quiero acabar con todo.

Con la planificación.

Con la boda.

Con el dolor.

Quiero teletransportarme en el tiempo hasta cuando todo iba bien con Breaker y no estaba tan sola, sino rodeada de mis seres queridos. Lo quiero a mi lado, contándome chistes, haciéndome reír y asegurándome que, pase lo que pase, siempre estará a mi lado.

Pero no lo está.

Hoy no.

Los ojos se me llenan de lágrimas, pero parpadeo varias veces para contenerlas.

No, no llores.

Por favor, no llores.

Aquí no. Ahora no.

Delante de la madre de Brian no.

—Toc, toc.

Joder. Vuelvo a parpadear varias veces para contener las lágrimas y me las seco rápidamente. A lo mejor, mis ojos llorosos podrían confundirse con la emoción de probarme los vestidos.

—Estoy lista —contesto, con el corazón apesadumbrado.

La puerta se abre, y esperaba que entrara la dependienta, pero en su lugar aparece Breaker, robándome cada gota de oxígeno de los pulmones. Su mirada se cruza con la mía y cierra la puerta con suavidad a su espalda.

El corazón se me acelera solo con verlo.

Las emociones se apoderan de mí.

Y antes de poder contenerme, suelto un sollozo y me tapo los ojos para poder llorar.

—Shhh… —susurra, arrodillándose delante de mí y colocándome la mano en la mejilla.

Yo me dejo caer al suelo, a su lado, y le rodeo la cintura con los brazos, hundiéndome en su pecho y en su reconfortante abrazo.

—Creía… —comienzo a decir, entre lágrimas—. Creía que… que no ibas a venir.

Él me acaricia el pelo y me estrecha con fuerza.

—No me perdería esto nunca, Lia.

—Pero… es que… no hemos hablado. —Me separo para mirarlo a los ojos. Él me enjuga las lágrimas con los pulgares.

—Pensé que necesitábamos un tiempo para serenarnos. —Me acaricia la mejilla—. No he hecho bien las cosas contigo, así que creí que si dejaba pasar un tiempo, podría expresar mejor lo que sentía en vez de echarte a ti la culpa de mis problemas.

—No quiero hablar de ello —respondo—. Solo quiero abrazarte.

Él me acuna la parte trasera de la cabeza cuando me inclino para abrazarlo otra vez, aferrándome a él con desesperación.

—No puedo perderte, Breaker.

—No me estás perdiendo, Lia. Nunca. Nunca permitiría que pasara una cosa así.

—¿Me lo prometes? —pregunto, con tanta inseguridad en la voz que casi puedo paladearla.

—Te lo prometo —contesta con sinceridad.

—Me he encontrado con Birdy en la cafetería —añado, después de resollar—, y me ha dicho que había quedado contigo. He pensado que… que me habías dejado por ella.

—Nunca —responde en voz baja, sin dejar de acariciarme el pelo—. Le he prestado unos prismáticos para que practique para nuestra ruta de mañana.

—¿De verdad? —inquiero, mirándolo a los ojos.

—Sí, de verdad. Hoy es un día importante, Lia, y no me lo pensaba perder.

—Gracias —contesto en voz baja, y siento que me sobreviene otra avalancha de lágrimas.

Él se levanta del suelo, coge una cajita de pañuelos y vuelve a sentarse conmigo. Esta vez, se apoya contra mi silla y me pone a su costado.

Me limpio la nariz y nos quedamos aquí sentados, en silencio.

Está aquí, conmigo.

Ese pensamiento me sacude, y rompo a llorar otra vez.

—¿Qué está pasando por esa cabecita tuya? —pregunta.

—Solo estoy agradecida de que hayas venido. Más de lo que te puedas imaginar.

—Pase lo que pase entre nosotros, Lia, siempre estaré a tu lado. Siempre, ¿vale? —Yo asiento, y él

me da un beso en la coronilla antes de continuar—. Por muchas ganas que tenga de seguir aquí sentado contigo, tengo que volver ahí fuera. La Beave ya estaba cabreada conmigo por haber llegado tarde, y no quiero que se cabree todavía más.

—No te vayas —ruego, presa del pánico—. Ayúdame a ponerme estos vestidos.

—Mmm… ¿No quieres que te ayude una dependienta?

Yo niego con la cabeza.

—Ahora mismo estoy muy sensible, Breaker. Casi no puedo respirar. Te necesito aquí, conmigo, a mi lado. Por favor, quédate…

10

BREAKER

Esos ojos verdes suplicantes.

Las lágrimas que le resbalan por las mejillas.

La desesperación en su mirada…

Me siento inútil. Creo que nunca antes había visto a Lia así. Jamás. Lo cual puede significar solo una cosa: que no está en un buen estado anímico, y no pienso dejarla sola.

—Claro, me quedaré —contesto, y me levanto para ayudarla.

—Toc, toc.

—Señorita Lia —dice la dependienta—. ¿Está lista para probarse algunos vestidos?

Lia me mira con expresión aterrorizada, así que me acerco a la puerta y la abro.

—La verdad es que la voy a ayudar yo a probárselos, si no le importa. ¿Puede traer algunos vestidos sencillos, con algún detalle de encaje? Si puede ser, el del maniquí del escaparate.

—Sí, claro, señor Cane.

Cierro la puerta y me giro hacia ella.

—Si voy a estar metiéndote y sacándote de estas cosas, entonces te pondré vestidos que sean realmente de tu estilo. Nada de esta mierda pomposa y llena de adornos. No soy ningún experto, pero esto es atroz. —Ella sonríe al escucharme, pero no es el tipo de sonrisa al que estoy acostumbrado. Es solo una pequeña curva. Bueno, pues con la pequeña curva nos tendremos que quedar.

—No son geniales —dice, acercándose a ellos. Coge uno de los de seda—. Este es de la misma tela que el albornoz que llevo puesto. La gente podrá ver cada protuberancia de mi cuerpo.

—Bueno, para empezar, no tienes protuberancias, aparte de las dos de tu pecho, y, después, no creo que puedas ponerte ropa interior debajo de eso.

Ella da un respingo.

—Necesito ropa interior. No quiero enseñarle los pezones a una muchedumbre.

—¿Pero a unos pocos sí? —bromeo.

—Evidentemente —contesta, antes de apoyarse en la pared del probador.

—¿Qué estás haciendo? —escuchamos que pregunta La Beave a la dependienta—. ¿Por qué estás metiendo más vestidos? Ni siquiera la hemos visto vestida con los primeros.

Lia me mira con ojos suplicantes, y yo salgo del probador y me acerco a La Beave, que está sentada en una silla con una copa de champán sin probar en la mano.

—Señora Beaver, ¿podría hablar un momento con usted? —pregunto, en un tono neutro.

—Claro, por supuesto —contesta, levantándose, y juntos nos apartamos a un lado, lejos de los demás. Ante todo, a esta mujer le gusta guardar las apariencias. No querrá que nadie se entere de una conversación privada—. ¿Qué diantres está pasando en el probador?

—Los vestidos elegidos son preciosos, pero no son muy del estilo de Lia. —Bajo la voz un poco más—. Está muy disgustada ahora mismo, y no quiero montar una escena, así que he pensado que podríamos probarle algunos que se adapten mejor a ella.

—¿Disgustada? ¿Por qué? Debería ser divertido.

—Estoy de acuerdo. Y por eso no deberíamos decidir lo que se va a poner: deberíamos alegrarnos simplemente por lo que ella crea que la hace sentir guapa.

La Beave entorna los ojos.

—¿Me estás diciendo que estoy intentando ser demasiado controladora?

¿Qué te ha hecho pensar así?

(Insértese gesto exagerado de exasperación).

—Para nada —respondo sonriendo—. Sé que quiere ayudar, pero yo solo digo que le demos un momento a Lia para que escoja algo y después, si no encuentra nada que le guste, ofreceremos nuestras sugerencias. ¿Le parece bien?

—Supongo.

—Genial. —Le ofrezco el brazo y ella se agarra a él para que la acompañe de nuevo a su asiento—. Siento haber llegado tarde, por cierto. He tenido una reunión que me ha retrasado.

—Eres un hombre ocupado. ¿Qué tal la demanda?

—Sigue siendo confidencial, pero se resolverá pronto. Huxley lo tiene todo bajo control.

—Estoy segura de que sí.

La ayudo a sentarse.

—¿Necesita que le traiga algo o está bien por el momento?

—Estoy muy bien, gracias.

Vuelvo al probador, llamo a la puerta y entro después, para toparme con Lia en mitad de la sala, vestida con un vestido de encaje con los hombros al descubierto que le acentúa la cintura y luego cae con gracia hasta el suelo.

La.

Hostia.

La boca se me seca mientras mi mirada se desliza por su torso, su cuello, luego vuelve a su cara y… algo me golpea. Algo tan fuerte, tan extraño que no sé cómo describirlo. Es una sensación arrolladora de… falta de aire. Durante un momento, de hecho, se me para el corazón, el mundo ha empezado a girar y todo se ha detenido a mi alrededor excepto ella.

—¿Qué opinas? —pregunta antes de que la dependienta salga de la habitación y me deje a solas con Lia.

Siento que un millón de mariposas revolotean dentro de mi estómago, e intento expresar con palabras lo que me está pasando por la cabeza.

—¿Está mal? —pregunta, y entonces se gira hacia el espejo para mirarse y me muestra su espalda esbelta, que está al descubierto. Mi mirada se desvía hacia donde acaba la tela, justo por encima de su culo—. Creo que es un poco extravagante, pero ¿lo es demasiado? Es el que más me ha llamado la atención. —Se da la vuelta otra vez, y sus impresionantes ojos me ruegan que le conteste algo—. Lo odias.

Yo niego con la cabeza.

Joder, NO lo odio.

No hay nada que odiar.

Es… Madre mía… Está… Está preciosa.

Trago saliva con dificultad.

—No, no lo odio —contesto al fin—. Estás… Joder, estás impresionante, Ophelia. —Mi voz suena rasgada, incontrolada, tosca, como si se me hubiera quedado algo atacado en la garganta y no pudiera sacármelo.

La sonrisa más puñeteramente preciosa que haya visto nunca asoma a sus labios.

—¿De verdad?

Yo me froto la nuca y la vuelvo a recorrer con la mirada.

—Sí, estás… —Otra vez me cuesta tragar. Es que…. Joder. Está tan guapa, tan preciosa, que la boca se me hace agua sin parar, el corazón me late a mil por hora, y solo quiero… extender la mano y tocarla—. Guau —respondo—. Estás… Eres una jodida preciosidad.

—Te estás sonrojando —dice.

Siento el calor en mis mejillas.

—Sí, es que… eeeh… no esperaba entrar y verte ya con un vestido.

Ni quedarme sin respiración.

Ni sentir esta necesidad imperiosa de…, joder, de besarla.

Eso es lo que es. Ese es el sentimiento pesado, confuso, que tengo en el pecho.

Las mariposas.

Mis pensamientos ininteligibles.

El deseo que me sube por las piernas.

Las ganas de besarla me consumen, y *nunca* las había sentido antes, al menos desde la noche en que la conocí. Es como si hubiéramos dado marcha atrás en esos diez años a toda pastilla, como si hubiera aparecido un fotograma del tiempo en solo un abrir y cerrar de ojos y me hubiera retrotraído al momento en que me encontré con ella en el pasillo. A la primera vez que vi esas pecas perfectamente colocadas y su expresión de confusión.

Cuando sus ojos se fijaron en mí por primera vez, a través de sus gafas de montura morada.

Cuando su personalidad inquieta, aunque llena de confianza al mismo tiempo, brilló más que nunca.

Pensé que era una puñetera preciosidad.

Divertida.

Encantadora.

Real.

Y después me enteré de lo lista que era, y que tenía los mismos gustos e intereses que yo. A lo largo de toda la noche, mientras jugábamos al *Scrabble,* seguí pensando que la iba a invitar a salir cuando hubiésemos acabado, pero entonces… me pidió que fuéramos amigos. *Necesitaba* un amigo. Así que en vez de escuchar a mi impulso inicial, lo hice a un lado, pero ha vuelto a atacarme a traición cuando menos me lo esperaba.

Justo ahora.

En este maldito momento.

Se gira hacia el espejo, y su mirada se cruza con la mía en el reflejo.

—¿Se lo enseño? —pregunta, con la voz teñida de inseguridad—. No quiero que lo odie.

—No me importa lo que ella diga. Vamos a comprar ese vestido —contesto, con la voz un poco más entrecortada de lo que esperaba.

—Pero es que es el primero. ¿No es una mala señal? ¿No debería probarme más?

Yo niego con la cabeza.

—No. A veces, lo sabes, y ya está. —Me humedezco los labios—. Y este vestido, Lia, es el tuyo.

Ella sonríe con timidez, se da la vuelta de nuevo y se acerca a mí. Yo la observo mientras da cada paso, y mi cuerpo se tensa cuanto más acorta la distancia. Cuando apoya la mano en mi pecho, contengo el aliento y las piernas me tiemblan.

—Gracias por estar aquí, Breaker. Creo que nunca sabrás cuánto significa para mí.

—No… hay problema —contesto, volviendo a tragar saliva.

Se pone de puntillas y me da el más ligero de los besos en la mejilla. Aunque para Lia no es nada más que amistad, yo siento como si me acabara de marcar como suyo para toda una eternidad.

Y entonces, sin mediar más palabras, abre la puerta y le enseña a La Beave el vestido, dejándome completamente trastornado.

¿Qué coño acaba de pasar?

Breaker: *Eh, ¿podrías quedar conmigo para tomar un café en unos diez minutos, o antes, o cuando sea? Necesito hablar, y no quiero hablar con mis hermanos porque me van a dar el coñazo. Necesito a alguien neutral.*

Banner: *Qué intriga. ¿Quieres venir a mi casa? Por si quieres privacidad.*

Breaker: *Me parece perfecto. Ya voy conduciendo hacia allí.*

Sin apartar las manos del volante, mantengo la mirada fija en la carretera mientras recorro la ciudad en dirección al apartamento de Banner, que está a solo diez minutos de donde yo vivo.

Lo conocí a través de Ryot Bisley, su hermano. A Ryot y Banner se les ocurrió una idea genial llamada The Jock Report, un conglomerado de redes sociales dedicado a los deportes que permite a los deportistas hablar con sus fans directamente. Cuando Ryot les contó su idea a J. P. y Huxley, quisieron invertir de inmediato, porque sabían que sería un éxito. Y lo ha sido. Ryot y Banner, que vivían en Chicago en esos momentos —Ryot es jugador base retirado de los Chicago Bobbies—, se mudaron a California, donde abrieron un despacho, y han arrasado en el mundo de los deportes.

Yo conocí a Banner de forma más personal, y me di cuenta de que éramos muy parecidos. Aunque él es un poco mujeriego y yo, al parecer, no he necesitado ir ligando por ahí. Pero a los dos nos gustan los ordenadores, y hemos montado el nuestro. También llegamos a la conclusión de que nuestros hermanos se aliaban en nuestra contra siempre que tenían la oportunidad, así que formamos una especie de alianza de hermanos pequeños. Hablar con él sobre lo que me preocupa será perfecto, porque sabe el efecto que la furia de un hermano mayor puede tener sobre ti.

Giro a la derecha para entrar en su calle y diviso una plaza de aparcamiento libre justo delante de su edificio. Debe de ser mi día de suerte…, por llamarlo de alguna manera.

Una vez aparco, salgo del coche, lo cierro y voy directo a su apartamento. Odio aparecer con las manos vacías, pero ha sido algo de última hora, así que no he tenido más remedio.

Al llegar, llamo a la puerta.

—Está abierta —le escucho anunciar.

La empujo y lo veo en la cocina, con dos botellas de cerveza en la mano.

—Me parece que es uno de esos momentos de cerveza, ¿verdad?

—Verdad de la buena —contesto.

Él señala hacia el balcón.

—Sentémonos fuera.

Banner tiene una casa muy bonita. Ocupa toda la planta superior de su edificio, y tiene ventanales hasta el techo, una enorme sala diáfana —con más espacio del que pueda necesitar una sola persona — y un balcón gigante que rodea todo el piso. Probablemente, es el tipo de apartamento en el que viviría yo si no estuviese viviendo al lado de Lia.

Lo sigo al balcón, salimos por su puerta corredera con marco negro y luego me siento a la mesa de comedor que ha colocado bajo una sombrilla con rayas blancas y negras.

—Sé que solo he venido dos veces, pero creo que nunca voy a superar el impacto que me provoca tu casa —afirmo.

—Sí, me siento muy afortunado. Aunque Ryot sigue intentando hacer que me mude a Malibú con él y Myla. No estoy listo para eso todavía. Me encanta la playa, pero es que allí parecería que estoy sentando cabeza, y todavía no estoy en ese punto de mi vida.

Me río por lo bajo.

—Perdona si me equivoco, ¿pero no estabas saliendo con alguien?

Se frota la cara con la mano, con un gesto de dolor.

—No me hagas empezar. Hemos quedado por ti, no por mí.

—Podemos dejar un poco de tiempo al final para profundizar en tu «no relación».

—Uf, da igual. No hace falta. —Le da un trago a su cerveza antes de volver a hablar—. Bueno, ¿qué está pasando? Por tu mensaje parece que necesitas ayuda con desesperación, y si hay algo que me gusta es una buena historia, así que cuéntame.

Yo también bebo de mi cerveza —aunque más de un trago— antes de contestar.

—Sabes que Lia se va a casar, ¿verdad?

—Y tú eres el damo de honor, ¿verdad?

—Verdad. —Miro al horizonte, porque no sé cómo empezar—. Joder, creo que lo que voy a decir no tiene mucho sentido. Van a parecer un montón de frases inconexas, pero es que no sé cómo expresarlo.

—Menos mal que has acudido a mí. Se me da bien descifrar las frases inconexas. Tú déjamelo a mí.

—Bueno, pues, para empezar, me quedé de piedra cuando Lia me dijo que se iba a casar. Ella y Brian… No sé… Tienen una relación distinta. Yo creo que cuando sales con alguien estás al cien por cien, ¿no? O sea, quieres pasar todo el tiempo posible con la otra persona.

Banner asiente para mostrar que está de acuerdo.

—Sí, conozco esa sensación.

—Bueno, pues ellos no son así. Pueden pasar varias noches sin verse, y siempre creí que era raro, así que cuando me contó que le había pedido que se casara con él y ella contestó que sí, me quedé de piedra.

—Sí, a mí también me habría pasado.

—Y entonces me dijo que se iban a casar en cinco semanas, aunque, claro, ahora ya son más bien cuatro. Y no sé, es como si me consumiera una sensación de pánico. La única explicación que encontré es que pensaba que la iba a perder.

—Es normal, porque sois muy amigos. —Banner le da un sorbo a la cerveza.

—Exacto —confirmo, señalándolo con la mano—. Eso es lo que pensaba yo también. Somos tan amigos que me preocupa perder esa amistad. Y no me llevo tan bien con su prometido como seguramente debiera hacerlo, así que me esforcé por dar el primer paso y resolver el problema, porque no quería que estuviéramos incómodos ni que tuviera nada que utilizar en mi contra para que ella no pasara más tiempo conmigo.

—Muy inteligente.

—Pero entonces terminó emparejándome con una chica, Birdy. En una cita doble.

Banner hace una mueca de dolor.

—Eso sí que es incómodo.

—Lo fue. Muy incómodo, pero Birdy resultó ser muy guay y divertida, y desde entonces hemos quedado unas cuantas veces.

—Vale, ¿hay química?

—Ese es el problema. —Me reclino en la silla y le doy un trago a la cerveza—. La he besado dos veces ya, y aunque me atrae la idea de intimar con alguien, cada vez que la he besado no fue exactamente tal y como esperaba. Solo me sentí… normal. Como con el resto de mujeres que he besado, y, no sé, me parece que debería haber algún sentimiento que supere lo normal, ¿no?

—Si quieres ir en serio, sí. Cuando besas a alguien, a alguien con quien crees que puedes salir o que pudiera ser tu pareja, debería haber una chispa. Sobre todo con el primer beso. El primer beso te dice todo lo que necesitas saber.

—No hubo ninguna chispa. Ni siquiera un destello. —Suspiro con pesar—. Y entonces… ha pasado lo de hoy.

—Ahora sí que hemos llegado a lo bueno —bromea Banner. A mí no me importa, porque está escuchando con bastante tranquilidad, y eso me gusta.

—Lia y yo discutimos hace dos noches, y hoy era el día en que debía elegir el vestido de novia. Me dijo que no viniera por culpa de la discusión, pero yo no pensaba dejarla sola, así que aparecí, y el alivio que vi en su cara era algo que no me esperaba. Se aferró a mí como si fuera su salvavidas.

—Ajá… —contesta Breaker, arrastrando la palabra.

Yo aprieto los labios.

—Bueno, pues cuando la vi con el vestido… —digo al fin, meneando la cabeza—. Tío, juro por Dios que fue una experiencia extracorporal. Creo que nunca he sentido nada parecido. Se me secó la

boca, empecé a sudar y, al mismo tiempo, me dio frío. No podía respirar, y el corazón me latía tan fuerte que pensé que me iba a explotar el pecho. Y luego… —Aparto la mirada—. Cuando me miró a los ojos, fue como si un millón de mariposas empezaran a revolotear dentro de mi estómago, y te juro que en ese momento sentí una necesidad abrumadora de besarla. O sea, hasta el punto de que casi llegué a hacerlo. Nunca me he sentido así, jamás, aparte del primer día que la conocí, y ahora, bueno, estoy hecho un lío de cojones y no sé qué está pasando.

Banner asiente lentamente, tratando de asimilarlo todo. Le da otro trago a la cerveza y luego deja la botella en la mesa.

—Te diré lo que está pasando. —Me mira a los ojos—. Estás enamorado de tu mejor amiga, y al fin te has dado cuenta.

—Venga ya, tío —contesto con un gemido—. Eso es lo que habrían dicho mis hermanos.

—Porque tienen razón, y sé que no quieres escucharlo, pero ¿por qué crees que no hay chispa cuando besas a otras mujeres? Porque en el fondo sabes que no son Lia. Esas extrañas experiencias extracorporales que tienes se deben a que la mujer a la que quieres se va a casar dentro de cuatro semanas, y has entrado en pánico.

—Pero…

—Nada de «peros», tío. Enfréntate a los hechos: estás enamorado de ella, y cuanto antes lo asumas, mejor.

Me paso la mano por la frente; siento como si sus palabras me hubieran apuñalado el pecho y el estómago, y noto que la ansiedad me consume.

¿Tiene razón?

¿Estoy enamorado de ella y me acabo de dar cuenta ahora?

Vuelvo a rememorar la imagen de ella con el vestido y cómo me sentí, cómo pensé en que quería ser yo el hombre que la besara con él puesto, en que no podía quitarle la mirada de encima y en que me sentí tremendamente enfermo al saber que el vestido no era para mí, sino para Brian.

—Me cago en la puta —me lamento, mirando a Banner—. Joder, creo que sí que me gusta.

Banner menea la cabeza.

—Qué va, tío. La quieres. Fin de la discusión.

Recorro mi salón una y otra vez, mientras las palabras de Banner se repiten sin cesar en mi cabeza.

Intento convencerme de que no tiene razón.

Que es solo que su hipótesis parece haber dado en el clavo, pero en realidad no.

Que a lo mejor solo estoy interpretando mal estos sentimientos.

Pero cada vez que la escucho moverse por su apartamento empiezo a notar que un sudor pegajoso me cubre la piel, porque estoy seguro de que… Banner tiene razón.

Al salir de su casa volví a la mía, me abrí otra cerveza y desde entonces he estado dando vueltas por todo el apartamento. No he parado ni un momento de caminar de aquí para allá, intentando controlar mis sentimientos, convencerme a mí mismo de que Banner está equivocado, de que yo estoy equivocado, de que todo es un tremendo error.

Pánico.

Náuseas.

Preocupación.

Todo sigue ahí, dando vueltas, volviéndome loco, poniéndome nervioso y haciéndome pensar en cosas que no debería pensar…

¿Y si la hubiera besado en el probador? ¿Qué habría hecho ella?

¿Y si voy a su apartamento ahora mismo y le digo lo que siento?

¿Y si me comporto de manera patética y le pido que se replantee la boda?

—Toc, toc.

Ay, joder.

Tiene que ser ella. Nadie más me visita.

Como no sé muy bien qué hacer, cierro mis puños sudorosos y contesto.

—Eeeh… ¿sí?

—¿Breaker? Soy yo, abre.

—Ah, eeeh… Lia, ¿eres tú? —Hasta yo mismo pongo los ojos en blanco.

—Sí, Breaker. ¿Qué estás haciendo? Abre.

—Ah, perdona —contesto, pero sigo sin moverme—. Es que… Dame un minuto nada más. —Empiezo a dar vueltas intentando pensar en qué hacer, como si de verdad pudiese hacerse algo.

Nada, imbécil, no se puede hacer nada.

No puedes coger un paño y jabón y limpiar tus sentimientos como si nada. Así no funcionan las cosas.

Admite los hechos. Va a ser muy complicado para ti.

A regañadientes y arrastrando los pies me acerco a la puerta, la abro y me apoyo en el marco, para parecer la personificación del hombre casual que NO está enamorado de su mejor amiga.

—Hey, hola, ¿cómo estás? ¿Estás bien? Guau, qué calor hace hoy, ¿verdad?

Ella arquea las cejas, confusa.

—¿Por qué estás tan raro?

—No estoy raro, solo estoy… eeeh… tratando de entablar conversación. ¿Es que no puedo hablar del tiempo con mi mejor amiga? En fin, ¿puedo ayudarte en algo?

—¿Puedo quedarme aquí esta noche? —pregunta con mirada escéptica.

—Eeeh… ¿cómo? —contesto, parpadeando varias veces.

—Brian ha ido a San José esta noche para una reunión de emergencia con uno de sus clientes y no volverá a casa hasta el domingo. Es solo que… no me siento bien, y no quiero estar sola.

—Ah, entiendo. —Asiento lentamente.

—Entonces, ¿puedo quedarme a pasar la noche?

Ja. ¿Pasar la noche aquí, conmigo? Eso sería un completo follón. Estoy aguantando como puedo, y el remedio para ello es una tentación que no puedo *consumir*.

¿Qué puedo decir que pudiera implicar «Estoy seguro de que estoy enamorado de ti, y, por tanto, no puedes quedarte»?

No se me ocurre nada. Absolutamente nada.

Así que…

—Claro —casi chillo—. Sí, claro, ya sabes, porque ya lo has hecho antes. Te has quedado a pasar la noche otras veces, así que no debería ser raro.

Ahora frunce el ceño.

—¿Por qué estás tan nervioso y te suda tanto el bigote?

—¿Me suda? —Me seco la boca—. Eso no es sudor. Lo más seguro es que esté mojado por la bebida que me he tomado.

Me mira con sospecha.

—Estás muy raro, Breaker.

—Verás, es que me he tomado una cerveza. —Me doy unas palmaditas en el estómago—. Puede que fuera de una marca blanca, y a lo mejor no me ha sentado muy bien. Será mejor que te deje irte a dormir. La habitación de invitados está preparada. —Me aparto para que pueda pasar—. Adelante, siéntete como en casa.

—Pero todavía no quiero irme a la cama. Solo son las ocho.

A mí me parecen las putas once de la noche, después del día que he tenido.

—Ah, bueno, sí que parece un poco temprano. —Suelto un silbido largo—. Podríamos hacer algo.

—Sí, eso esperaba yo. —Se abraza la cintura y me doy cuenta de que está triste. Y si hay algo de lo que sí estoy seguro es de que Lia me importa más que nada en el mundo, más que nadie, así que mi instinto entra en acción.

—¿Va todo bien? —pregunto, dejando a un lado mis sentimientos por mi mejor amiga y olvidándome de que no sé cómo actuar con ella ahora.

—No. —Los ojos se le llenan de lágrimas—. No va nada bien.

Mierda.

Es hora de ignorar mis sentimientos y centrarme en ella.

La hago entrar en mi apartamento y cierro la puerta, antes de llevarla al sofá para sentarnos.

—¿Qué está pasando?

—Estoy triste. —Se seca la nariz—. Hoy ha sido surrealista. Es un momento que esperaba compartir con mi madre algún día, y el hecho de que no estuviera aquí me está matando, Breaker. No dejo de preguntarme si le habría gustado el vestido que he elegido, si habría llorado, si se habría tomado una foto conmigo para celebrar el momento.

—Sí —contesto sin dudarlo—. Sí a todo.

—Me encanta el vestido —añade—. Pero una parte de mí se siente vacía con todo, y me gustaría poder estar feliz por la boda, pero tengo mis dudas, mis preocupaciones.

—¿Sobre Brian? —pregunto.

—No sé —responde con rapidez—. Lo quiero, pero creo que toda mi vida se ha visto afectada desde que me pidió que me casara con él. No me siento bien, no me siento yo misma. Me siento atrapada en una pequeña urna por lo que se espera de mí, y ahora creo que estoy empezando a perder la cabeza por culpa de eso. —Me mira a los ojos—. Cuando discutimos, no tenía a nadie a quien acudir. No tengo padres ni amigos, y no quería contárselo a Brian porque probablemente lo habría usado como excusa para pedirme que no pase más tiempo contigo, incluso después de haber dicho que no le importa nuestra relación. —Baja la mirada hacia sus manos—. Estoy empezando a darme cuenta de cuánto perdí cuando murieron mis padres. —Los ojos se le vuelven a llenar de lágrimas y se recuesta en el sofá para llorar.

No sé qué decir, porque estoy de acuerdo con ella: perdió mucho al morir sus padres. Creo que se quedó con Brian porque estuvo ahí en el momento adecuado, ¿pero cómo demonios se supone que puedo decírselo?

Ya está pasándolo lo suficientemente mal, y es evidente que mis intenciones están sesgadas desde que me di cuenta esta mañana de lo mío, así que, en vez de decir nada, me callo y la escucho llorar sin más, agarrándola de la mano.

Tras lo que parece ser una hora, se gira hacia mí.

—Quiero irme a dormir —dice.

—Vale. —Me levanto y me la llevo conmigo—. Deja que te acomode en la habitación de invitados.

Ella niega con la cabeza.

—No, no quiero estar sola. ¿Puedo dormir contigo?

Rotundamente no.

No, no y no.

No puedo dejar que la mujer a la que quiero duerma en mi cama mientras siga *perteneciéndole* a otro hombre. No, me estaría buscando un gran problema.

—Eeeh… ¿no crees que sería un poco inadecuado? —pregunto con suavidad, intentando no agitar demasiado sus emociones.

—Ya lo hemos hecho antes. ¿Por qué iba a ser distinto ahora? —pregunta.

Una pregunta muy válida.

Porque sí que lo hemos hecho antes, entonces… ¿qué ha cambiado?

Pues que estás enamorado de ella, eso es lo que ha cambiado, y sigues tratando de manejar esos sentimientos tan inoportunos.

Está prometida, eso es lo diferente. Es una excusa sólida. Y me ahorrará la vergüenza y la posible agonía de dormir en la misma cama que ella.

Vale, nos quedamos con lo del compromiso.

—Bueno, es que ahora estás comprometida. —En cuanto me salen esas palabras de la boca, veo que deja caer los hombros y los párpados de la decepción.

Es como un maldito cuchillo a mi corazón que se gira y se retuerce y me consume mientras la veo encogerse como una tortuga.

Sí, y tú eres el culpable, gilipollas.

—Pero —me encuentro diciendo como un idiota—, si no te preocupa, entonces no pasa nada.

Su mirada se cruza con la mía.

—No me preocupa.

Sonrío de la manera más falsa de la que soy capaz.

—Bien, vale, genial. Voy a echar la llave y a prepararme. Ya sabes dónde está tu cepillo de dientes.

Sí, lo hemos hecho tantas veces que tiene un cepillo de dientes aquí.

Empezamos en la universidad, cuando se quedaba dormida en el futón de mi habitación, y yo dormía en la cama. Nos pasábamos horas y horas hablando hasta que uno de los dos caía rendido.

Cuando nos graduamos y nuestras camas ya eran más grandes, compartíamos la cama y nos quedábamos dormidos mirándonos el uno al otro. A la mañana siguiente, pedíamos donuts, tomábamos café y jugábamos al dominó.

Pero ahora es distinto.

Ahora me pica el cuerpo cuando ella está presente.

Siento la cabeza hecha papilla, y soy incapaz de encontrar la palabra correcta que decir.

Así que… esto va a ser divertido. *Pulgares arriba*.

Tiro el resto de la cerveza y cierro el apartamento con llave. Después, espero unos segundos en el salón mientras me preparo mentalmente. Vale, sí, estaremos en la misma cama, pero no nos vamos a tocar ni nada.

Tampoco es que vaya a compartir almohada con ella.

Al menos habrá medio metro de terreno neutro entre los dos, y si hay algo que se me dé bien, es respetar el terreno neutro. Después de todo, soy un caballero.

Con un poco más de confianza, me dirijo al dormitorio, donde encuentro a Lia sentada al borde de la cama con una de mis camisetas puestas.

La… hostia.

Las mangas le cubren los hombros, y el largo le llega hasta la mitad del muslo, cubriendo lo suficiente pero haciéndome sudar solo con pensar que su cuerpo desnudo está debajo de esa tela. Mi tela.

—Te he cogido una camiseta. Espero que no te importe.

—Claro que no —contesto, casi sin voz, y entonces me aclaro la garganta—. Lo siento, no sé por qué me ha salido así. —Me río de la manera más extraña, y después continúo con voz profunda—. Todo en orden. —Ella sonríe un poco y yo señalo hacia el baño—. Voy a prepararme, y luego podemos irnos a dormir, porque me encanta dormir. En realidad, es la auténtica medicina que necesitamos en la vida.

—¿Estás bien? —pregunta con mirada inquisitiva.

—Genial. Genial de verdad. —Lanzo el puño al aire—. Noche de pijamas. ¡Hurra!

¿Hurra?

La madre que te parió, Breaker.

¿Por qué no vas a meter la cabeza en el microondas después de haber dicho eso?

Doy una palmada.

—Bueno. Hora de lavarse los dientes.

Me doy la vuelta, entro en el baño y cierro la puerta.

Me aferro a la encimera del lavabo y levanto la mirada hacia el espejo para ver lo patético que soy, y justo entonces diviso su sujetador rosa de encaje colgado de uno de los ganchos que hay detrás de mí.

Ay, Dios.

Los músculos se me contraen, provocándome una sensación de asfixia, claustrofóbica, que me aprieta tan fuerte que no me deja aire en los pulmones.

Pánico. Me atraviesa entero, porque, sí, es su maldito sujetador.

Su sujetador, que probablemente aún siga caliente de haberlo llevado puesto todo el día.

Su sujetador, que le acuna y levanta las tetas.

Su sujetador, que me hace preguntarme lo bien que le quedará puesto.

Me aclaro la garganta.

—Eeeh… Lia —la llamo—, te has dejado el sujetador colgado aquí.

—Ya lo sé. Es que no tenía ganas de doblarlo —contesta.

—Vale, ¿pero por qué no lo llevas puesto? —pregunto, como un estúpido. Ya sé por qué no lo lleva puesto. ¿Quién quiere llevar el sujetador puesto para dormir? Yo no.

La escucho acercarse a la puerta, la abre y asoma la cabeza.

—Nunca me pongo el sujetador para dormir. Breaker, ya he colgado mi sujetador ahí otras veces.

Ah, ¿de verdad? Yo creo que me habría dado cuenta, sobre todo con la talla de la copa perforándome la cabeza, después de comprobar que tiene las tetas grandes. Tiene tetas grandes.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta, colocándome la mano en el pecho.

—Guau, para un momento, cuidado, jeje. —Suelto una carcajada nerviosa—. Las manos quietas, recordémoslo, por favor.

—¿Qué? —pregunta con cara de no entender nada.

—Mmm… —Trago saliva con fuerza—. Es que me has asustado, porque tenías la mano fría.

—Pero si llevas camiseta.

Me miro el pecho.

—Ah, sí, bueno, pues la tela debe de ser fina. Grrr, mejor ve a calentarte esas pezuñas frías tuyas, no quiero pillar un resfriado.

—Estamos a mitad de verano. —Da un paso atrás—. Si no quieres que me quede porque tenías otra cosa pendiente, no tienes más que decírmelo, Breaker.

—No, no ninguna otra cosa pendiente.

¿Qué estás haciendo, imbécil? ¡Era tu vía de escape!

—Bueno, vale, te dejaré prepararte para la cama.

Regresa al dormitorio y yo cierro otra vez la puerta.

Joder.

Céntrate, tío. Puedes con esto y con más. Eres muy listo. Eres el puto Breaker Cane. Deja de actuar como un completo idiota, átate los machos y sé el mejor amigo que esta mujer necesita.

Y por Dios, deja ya de ponerte en evidencia.

Tardo unos minutos más en hacer mis necesidades, lavarme los dientes y erigir un muro mental que sea completamente impenetrable. Ojo al dato: cuando me meta en esa cama, no tendré ningún pensamiento romántico —y me refiero a NINGUNO— con respecto a mi mejor amiga. Todo será platónico. Ese es nuestro objetivo. «Platoniquismo» en estado puro.

¿Existe siquiera esa palabra?

Da igual. Es lo que va a pasar.

Porque, ante todo, soy un Cane, y los Cane nacen con la capacidad de aguantar, de no rendirse y de confiar en su fortaleza mental para salir de cualquier situación.

Ya está. Discurso motivacional terminado.

Salgo del baño, apago la luz y me voy directo a la cama. Lia ya está metida debajo de las sábanas, con su precioso pelo sedoso extendido contra la funda oscura de mi almohada como un puñetero… ¡NO!

Nada de pensar en melenas como un abanico ni en el precioso contraste que crea contra mi almohada color azul marino.

Nada de estúpidos sonetos románticos sobre cómo brilla la luz de la luna sobre su piel de alabastro. Nada.

Céntrate, Cane.

Me voy a mi lado de la cama.

—Mmm… ¿Estás cómoda?

—Siempre. Me encanta tu cama —responde, y se acurruca más cerca de mí.

—Vale —contesto antes de meterme bajo las sábanas y apagar la luz, dejando que la luna sea la única que ilumine la habitación a través de las finas cortinas grises que cubren las ventanas. Me giro hacia ella en la cama, ella se acurruca y su rodilla choca con la mía.

Cuidado, chiquilla. Distancia, mantén la distancia.

—Esta noche estás muy agitado —dice—. ¿Es por algo que he dicho o hecho?

Sí, solo por existir. Ese es el problema.

—No —contesto, mirando sus preciosos ojos—. A lo mejor es solo que estoy inquieto, ¿sabes? Por no estar trabajando en estos momentos.

—¿Seguro? Porque has estado muy raro desde que salimos de la tienda de vestidos de novia.

Porque no podía dejar de pensar en lo preciosa que eres.

Espera, ¿a esto lo llamas erigir un muro? Pues no, no lo es. Aunque, claro, si me mira con esos enormes ojos verdes, soy incapaz de volver al modo protección.

—Me di un golpe en el dedo del pie allí —digo de repente.

—¿Qué? —inquiere.

—Eeeh… sí. Me di un golpe en el dedo del pie y desde entonces no me encuentro bien.

—¿Qué tonterías estás diciendo? —comenta, dándome un empujoncito juguetón en el pecho—. ¿Es así como pretendes hacer que me sienta mejor?

—Sí —afirmo, casi por desesperación—. Sí, ya me conoces, siempre de broma.

—Bueno, pues te agradezco el intento, pero creo que solo necesito dormir y descansar la mente.

—Sí, será lo mejor. —Sonrío—. Entonces, buenas noches.

—Buenas noches, Breaker.

Me da la espalda, y yo suelto un largo suspiro mentalmente. Menos mal, por favor. No sé qué habría llegado a hacer si ella hubiera querido seguir hablando. Ahora me puedo quedar aquí quieto, en paz, sin preocuparme por mirarla a los ojos, o por perderme en su voz de antes de dormir, e incluso sin pensar en…

Se acurruca hacia atrás.

Eeeh… ¿qué está haciendo?

Y otro poco más.

Perdona, te estás acercando un pelín de más.

Su culo choca contra mi pierna.

¡Peligro! ¡Peligro! Está demasiado cerca.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, con el cuerpo tieso como una tabla.

—¿Puedes abrazarme, Breaker?

Ni. De. Coña.

¿Ha perdido la maldita cabeza?

¿Que la abrace?

¿En la misma cama?

O sea… Que quiere que… —*trago saliva*— que hagamos la cucharita o algo así. ¿Qué demonios le está pasando por la cabeza, y por qué ahora? ¿Por qué el día en que me doy cuenta de que estoy enamorado de ella? ¿Se trata de alguna broma pesada que yo desconozca? ¿Alguna inocentada en la que me han liado? Pues si es así, no me parece ni una mierda de divertido.

No pienso hacer la cucharita con Lia ni aunque me maten.

—Por favor, Breaker. Agradecería mucho que me reconfortaras.

Bueno…

Los cojones.

—Mmm… ¿Crees que a Brian le gustaría saber que te he abrazado por la noche?

—No lo sé.

—Sí que lo sabes —contesto—. Lo odiaría.

—Tampoco es que importe. No le estoy poniendo los cuernos. Eres mi mejor amigo, mi familia, la única persona que puede hacerme sentir en paz de verdad. Si fueras una chica, te pediría que hicieras lo mismo.

—¿Lo harías? —pregunto.

—Pues claro. Yo hacía la cucharita con mi madre todo el tiempo.

Ah, así que me considera una figura materna… Cómo me encanta escucharlo.

—Si no quieres, no pasa nada —añade en tono tan derrotado que siento que me están retorciendo el corazón en el pecho.

—No, sí que puedo —respondo rápidamente—. Es solo que, ya sabes, tenía que asegurarme. —Levanto el brazo y lo mantengo por encima de ella unos segundos. ¿La… abrazo sin más? ¿O coloco mi brazo fornido de hombre sobre su cintura para que parezca que estamos haciendo la cucharita, pero en realidad solo la estoy usando de almohada humana?

Lo de la almohada humana me parece bastante esperanzador, así que rodeo su cintura con suavidad con mi brazo y estiro la mano, que sostiene las sábanas en alto.

Uf, no funciona, así que vuelvo a levantar el brazo y lo muevo de aquí para allá. Me ajusto, aterrizo sobre su cintura, y vuelve a pasar lo mismo.

No, otra vez a menearme.

No sé dónde colocarlo. Por encima de sus tetas no, esas que, a juzgar por el sujetador que hay ahora mismo colgado en el baño, andan sueltas y salvajes en estos momentos.

Está su estómago, pero ¿sería demasiado íntimo?

Solo me queda la zona pélvica, pero, claro, no estoy seguro de que sea una buena idea tampoco. Una mano en la pelvis no grita «platónico» a los cuatro vientos, está solo a una caricia de piernas abiertas y gemidos enloquecidos.

Por suerte, no tengo que pensármelo demasiado, porque ella me coloca el brazo sobre su estómago y se acurruca más, hasta que su cuerpo está pegado al mío.

Justo contra el mío.

Espalda contra pecho.

Culo contra… —*trago saliva*— paquete.

Por los clavos de Cristo, tío… no te empalmes.

Pene, ¿me escuchas? Este no es el momento. Pórtate como un niño bueno.

Piensa en cosas flácidas. FLÁCIDO. Flácido, blando, colgante, oscilante…, flojo. Ahí está.

Ay, puedo pensar en mil cosas tan repulsivas que preferiría meter la cabeza en mi bolsa de la basura antes que hacerlo.

Ah…, ya sé.

Cierro los ojos con fuerza y conjuro imágenes de J. P. y su sucio amiguito. ¿Cómo se llamaba?

¿Capullo?

¿Carl?

—¿Clementino? —digo en voz alta.

—¿Qué? —murmura Lia.

—Ah, Clementino —repito, vete tú a saber por qué razón.

—¿Como las mandarinas?

—Claro —respondo.

—¿Por qué has dicho eso?

—No me acuerdo de cómo se llamaba el amiguito de J. P.

—¿Mirlitón?

—Aaah, sí. —Sonrío para mis adentros—. Mirlitón.

—¿Por qué estás pensando en J. P. y Mirlitón?

Para no empalmarme.

Porque tu culo está apretado contra mi pelvis, y si me muevo siquiera un poquito, sé que la fricción me provocará una semierección.

—Hoy estaba hablando de él, y no me acordaba de su nombre.

—Ah, bueno… Es Mirlitón.

—Sí, ya lo he registrado.

Coloca su mano encima de la mía.

—Creo que tengo que cambiar, Breaker.

¿Cambiarse de ropa? ¿Qué se va a poner?

Si casi no lleva nada ahora mismo…

Mi mente se la imagina vestida con lencería, caminando hacia mí, sexy de la hostia con sus tetas… ¡No!

Mirlitón, piensa en Mirlitón y en cómo J. P. le lanza besos a esa maldita cosa. Es asqueroso.

—¿Necesitas unos pantalones o algo? —pregunto, satisfecho.

—No, no me refiero a otro tipo de cambio. Me refiero a que mi vida necesita un cambio.

Esas palabras me arrancan de inmediato de la neblina que es estar enamorado de mi mejor amiga.

—¿Un cambio? ¿A qué te refieres con un cambio? Eres perfecta tal y como eres, Lia.

—Siento que estoy en un hoyo, que me he dejado llevar por la corriente y que no me he permitido experimentar las cosas que necesito experimentar.

—¿A qué te refieres? —Se gira y se coloca boca arriba, y mi mano se queda directamente sobre su estómago. Mueve la cabeza hacia un lado y nuestras miradas se cruzan bajo la luz tenue de la habitación.

—Desde que mis padres murieron, creo que no me he dado a mí misma la oportunidad de vivir. A ver, me voy a casar dentro de cuatro semanas, y se parece más bien a una sentencia de muerte que a un evento emocionante. Y no estoy segura de si es porque todavía sigo de luto por mis padres o porque La Beave está fastidiando el proceso, pero no me estoy divirtiendo. Y quiero divertirme. Quiero hacer cosas que no haya hecho nunca. Quiero vivir la vida que mis padres querían que tuviera, y creo que no lo he estado haciendo.

Le acaricio el estómago con el pulgar para reconfortarla.

—¿Qué cosas quieres hacer?

—No lo sé —contesta en voz baja—, pero creo que necesito un cambio.

—Si eso es lo que piensas, te apoyaré al cien por cien —declaro, y ahora cambia de postura para tenerme de frente, con su cara a tan solo unos centímetros de la mía. Su camiseta se enreda en mi mano, en torno a su cintura.

—¿Lo harás?

—Pues claro, Lia, pero quiero que sepas, ahora mismo, que, tal y como eres, eres perfecta, ¿vale? —La forma en que me mira, su cercanía y los sentimientos que me vuelven a embargar de manera vertiginosa me hacen hablar—. No cambiaría absolutamente nada que de ti. Ni tu corazón ni la manera en que te preocupas por los que te rodean. Ni tu mente ni la forma en que pasas de descarada a inteligente en solo unos segundos. Ni tampoco tu alma ni tu manera de llevar tus cicatrices con orgullo. —La agarro de la camiseta—. Eres perfecta —repito.

Su boca se abre, sus labios llenos brillan.

Sus ojos se abren más cada vez que respira.

Y puede que sea mi imaginación, pero siento que se acerca todavía más, y parece no quedar espacio entre nosotros.

Desde la parte baja de mi estómago se extiende una sensación profunda, sobrecogedora,

agonizante, que me llega hasta las puntas de las extremidades: la necesidad de tocarla, de meterle la mano por debajo de la camiseta y sentir su piel, de acercar mi boca a la suya para comprobar si tiene tantas ganas como yo.

—G-g-gracias —dice al fin, en voz baja y dulce.

Me humedezco los labios para intentar controlar mi respiración, y mi mano retuerce la tela de su camiseta justo lo suficiente como para poder sentir la calidez de su piel en mi muñeca.

—No tienes por qué darme las gracias, Lia. Es la realidad.

—Aun así, necesitaba escucharlo. Así que gracias.

—Cualquier cosa por ti —contesto, mirándole brevemente los labios y luego de nuevo a los ojos.

Qué no haría por esos labios ahora mismo.

Solo un beso. Solo probarla.

Por el rabillo del ojo noto que su pecho sube y baja con fuerza, y que se acerca un milímetro más.

Joder.

Le suelto la camiseta y, en su lugar, apoyo la palma de mi mano en su cadera desnuda. Encuentro la costura de su ropa interior y la aprieto con el dedo con suavidad, mientras la sangre me hierve, pidiendo más. Está tan cerca… Puedo meterle el dedo por debajo de la costura, ver qué hace. Calibrar su reacción.

El pulso me martillea al recorrer la tela con el dedo, y aunque mi cabeza me ordena que pare, mi corazón grita que quiere más.

La deseo tanto que me duele. Cuando la miro a los ojos, no veo nada más que devoción. Es esa mirada suya que siempre adoraré, por la que viviré, porque me demuestra cuánto confía en mí.

Incluso aunque esté a punto de traspasar los límites, ella confía en mí.

Así que le meto el dedo suavemente por debajo de la tela, justo encima de su cadera.

Ella sonríe.

Mi polla da un salto y toda la sangre me baja por el cuerpo cuando extiende la mano entre los dos y me acuna la mejilla. Su pulgar me acaricia la barba, y yo me quedo congelado cuando se acerca más.

Joder. Ella también quiere. ¿Verdad?

Quiere que ocurra tanto como yo.

Retiro la mano y se la deslizo por la espalda, donde se le ha levantado la camiseta, y siento su piel cálida en la punta del meñique. Siento una enorme tentación de deslizar los dedos por su espalda, bajo su ropa interior, y agarrarle el culo.

Pero quiero ver adónde quiere llegar con esto. Quiero ver qué es lo que quiere de mí. Así que me controlo, espero, no impido que se siga acercando a mí, sino que la animo porque, joder, quiero que lo haga.

Debería importarme que esté prometida.

Debería importarme que somos muy amigos y que esto podría estropearlo todo.

Pero no es así, porque quiero sus labios. Quiero probarlos. Quiero ver si su sabor y la sensación de tenerla entre mis brazos son tan buenos como me los imagino.

Su boca está cada vez más cerca.

Siento electricidad corriéndome por las venas.

Los músculos se me tensan.

La respiración se me agita.

Y entonces presiona sus labios… contra mi mejilla.

—Buenas noches, Breaker —dice, y luego se da la vuelta, se hunde en su almohada, y ya está.

Nada más.

Cierro los ojos con fuerza por haber sido tan estúpido, por haber querido más.

Está comprometida, gilipollas. Será mejor que lo recuerdes.

11

LIA

El apartamento está en silencio. Breaker sigue dormido en la cama, mientras que yo estoy sentada en su sofá, con un café en la mano, observando las vistas por la ventana, las mismas que tengo desde mi apartamento. Aun así, me siento más cómoda aquí.

Más en casa.

Por eso quise venir anoche. Me sentía muy descontrolada, y necesitaba que me reconfortaran.

Y eso es exactamente lo que conseguí.

A pesar de nuestra discusión de esta semana y de que las cosas han estado un poco raras entre nosotros —todo eso del golpe en la punta del pie es de traca—, todavía puedo apoyarme en él. Anoche me abrazó, me dijo cuánto me apreciaba, y no me dejó sentirme sola ni siquiera por un momento.

Le doy un sorbo a mi café y luego miro mi lista. Me desperté temprano y, con la mente inquieta, salí aquí y empecé a escribir todas las cosas que quiero hacer antes de casarme.

He querido ser concienzuda con la lista, y no solo escribir cosas por escribir. Así que la he reducido a cinco puntos.

Hacer algo que me haga sentir guapa.

Crear un círculo de confianza.

Pasar un día entero diciendo que sí.

No dejarme pisotear.

Escuchar a mi corazón.

Me quedo mirando el listado con una sonrisa enorme en la cara y me doy cuenta de que es exactamente lo que necesito para salir de este pozo, de este agujero negro en el que parezco haberme hundido. Y ya tengo algunas ideas sobre cómo tachar los puntos de mi lista.

—¿Qué opináis, papá y mamá? —susurro—. ¿Creéis que así podré arrancar de nuevo mi vida?

Siento que me recorre una cálida sensación de consuelo. Puede que sean imaginaciones mías, pero casi puedo sentir su aprobación.

—Buenos días —saluda Breaker al entrar en el salón, rascándose el pecho y con pinta de necesitar al menos dos horas más de sueño—. ¿Cuánto tiempo llevas levantada?

—Una hora más o menos. Hay café caliente si quieres. Aunque, claro, del de frambuesa.

—Como si hiciera falta que me lo contaras… Podía olerlo desde el dormitorio. —Se marcha a paso cansado a la cocina, con los pies arrastrándose sobre las baldosas hasta llegar a la cafetera y sacar la taza de Jack Skellington que le regalé una vez por Navidad. Es una de sus películas favoritas de cuando era pequeño. Como comprarle regalos a un millonario es increíblemente difícil, me decidí por el sentimentalismo. La usa a menudo. Cuando termina de servirse el café, se gira hacia mí y señala el papel y el boli con la cabeza—. ¿Qué estás escribiendo?

—La próxima novela superventas. Se trata de un dragón que mata… en la pista de baile y en el campo de batalla.

Le da un sorbo a su café.

—¿Va vestido con ropa de *drag queen*? —pregunta.

—Pues claro.

—La leería fijo. —Se acerca hasta el sofá y se sienta a mi lado—. ¿Tiene nombre tu dragón?

—Anita Sparkle Garras —contesto.

—Parece peleona.

—Con un toque de su garra te teletransporta a la edad antigua, llena de batallas de purpurina y luchas carnales a espada.

Se ríe por lo bajo.

—Luchas carnales a espada, ¿eh? Me gusta cómo suena. Muy intrigante.

—Te enviaré el primer borrador sin falta.

Sonriendo por encima de la taza de café, me da un empujoncito en la pierna.

—Ahora en serio, ¿qué estás escribiendo?

—Una lista.

Hace círculos con la mano.

—¿Te importaría explicarte mejor?

—Bueno, he estado pensando en que no me encuentro bien últimamente, así que para salir de este hoyo se me ha ocurrido una lista de cosas que hacer antes de casarme.

—¿Algo así como una lista de deseos?

—Sí, pero esta se llamaría «lista del lazo».

—¿Lista del lazo? —inquiere, arqueando la ceja de esa manera tan mona suya.

—Ya sabes, porque en vez de estirar la pata voy a atar el lazo.

—Ah…, ahora te capto. Bueno, ¿qué hay en la lista? —Se la paso y lo observo mientras la lee y asiente despacio—. Bueno, para empezar, ya eres guapa, así que por eso no tienes que preocuparte.

Pongo los ojos en blanco y le quito la lista.

—Quiero hacer algo que me haga *sentir* guapa. Algo distinto, y tengo una idea. ¿Quieres acompañarme?

—¿Acompañarte adónde?

—A tachar el primer punto de mi lista. Quiero ir hoy. Ponerme manos a la obra.

—Ah —contesta, y hace una mueca—. Yo… Eeeh… Tengo esa cita con Birdy hoy.

—Se me había olvidado. —Aparto la mirada, y siento que los hombros me pesan por la decepción —. No pasa nada. Puedo hacerlo sola. —Vuelvo a mirarlo a los ojos—. Pero para algunas de estas cosas necesitaré compañero. No las haré sola.

—Cualquier otro día me va bien —responde—. Me tienes a tu disposición.

—Gracias. —Sonrío, y me aprieto las rodillas contra el pecho.

—¿Quieres contarme qué es lo que vas a hacer hoy?

Yo meneo la cabeza.

—No, quiero que sea una sorpresa.

—Vale. —Le da otro trago al café—. ¿Y qué hay del círculo de confianza? ¿Estoy incluido yo en él?

—Tú eres su núcleo.

Eso le provoca una sonrisa.

—Bien. Solo quería confirmarlo. —Recorre la habitación con la mirada—. Bueno, ¿has preparado el desayuno o se supone que te tengo que dar alojamiento y comida?

—Creo que ya sabes la respuesta.

Suelta un suspiro y se levanta del sofá.

—¿Y qué vas a querer? ¿Gofres? ¿Tortitas? ¿Tortilla?

—La especial con pepinillos, por favor.

Me mira por encima del hombro.

—Si quieres el especial con pepinillos, entonces más te vale traer tu culito hasta aquí y ayudarme.

—Pero es que estoy agotada emocionalmente —gimoteo en broma.

—Eso no es una excusa. Ven aquí ahora mismo.

—Vale —contesto, exasperada.

—Bueno, ¿estás nervioso? —le pregunto a Breaker mientras me siento en su cama, con las piernas cruzadas y mi tercera taza de café de la mañana.

—¿Nervioso por qué? —pregunta, rebuscando ropa en su armario. Está recién salido de la ducha, lleva una toalla envuelta a la cintura y todavía le siguen resbalando gotas de agua por la piel en los lugares que no se ha secado.

Observo cómo se le flexionan los músculos tonificados de la espalda, los tendones de cada lado de su espalda al moverse hacia la derecha y luego a la izquierda. Cuando se levanta, con una camiseta y unos pantalones cortos en la mano, contemplo la manera en que la toalla se le adapta al culo, dejándome adivinar la forma de sus glúteos y el esfuerzo que le dedica al gimnasio. Y al darse la vuelta aparto la mirada, porque hay algo en su pecho, en sus pectorales gruesos y en los surcos marcados de su abdomen que me hace enrojecer.

—Nervioso por tu cita con Birdy —contesto mirando mi taza de café.

—No —responde con confianza.

—¿Ni siquiera un poco?

Él niega con la cabeza.

—Ni siquiera un poco.

—Pues bueno, dejó muy claro que los dos os lo pasasteis muy bien. Dijo que besabas de maravilla.

—Eso es porque es verdad —afirma, y me sonríe con suficiencia.

Pongo los ojos en blanco.

—Vaya, vaya, qué humildes somos.

—Nunca.

Vuelve a meterse en el baño.

—¡¿Vas a hacer algo esta noche?! —grito—. Esperaba que pudiéramos jugar a *Plunder* o a *Código secreto*. Pero puedo encontrar otra cosa que hacer si tienes pensado alargar tu cita a esta noche.

Sale del baño vestido con un par de pantalones cortos de deporte negros y una camiseta del mismo color. Resulta irónico que haya tardado tanto rebuscando en su armario para terminar al fin con ese conjunto. Es lo más sencillo que puede haber.

—Ya te avisaré —contesta, y se sienta al borde de la cama con un par de calcetines negros en la mano.

—¿También llevas las bragas negras?

—No los llames bragas. —Suelto una carcajada, y él continúa—. Y ya sabes que son negros. ¿Cómo se te ha podido olvidar después de aquella noche en que te emborrachaste tanto que te los pusiste en la cabeza y te desmayaste?

—¿Podemos evitar ese tema?

—Tú has mencionado la ropa interior. Por lo tanto, he querido rememorar uno de mis recuerdos favoritos de ti.

—¿Ese es uno de tus favoritos? Guau, me parece que te lo tienes que volver a plantear.

Se gira hacia mí, y me alcanza el olor de su colonia, fresca y alegre, que me da ganas de querer hundir la nariz en su pecho.

—Si nos ponemos a hablar de recuerdos favoritos, entonces creo que ayer uno me dio de golpe en el pecho. No me lo esperaba.

Habla en tono muy serio, así que sé que no está en broma.

—¿Cuál fue? —pregunto.

Él levanta la mirada.

—Verte con el vestido de novia. Me dejaste sin aliento, Lia.

Las mejillas me arden, y me llevo la taza a los labios.

—Gracias. —Y luego, como la situación se ha puesto tan seria, continúo—. ¿Sabes cuál es mi recuerdo favorito de ti?

—¿Aquella vez que deletreé mal «pepinillo» al jugar al *Scrabble,* que te permitió ponerme ese mote

para siempre?

Suelto una risita.

—No, pero ese está muy alto. —Me aparto un mechón de pelo de la cara—. El día en que te graduaste. Aún recuerdo aquel enorme abrazo que les diste a tus hermanos todavía con el sombrero y la toga puestos. Fue precioso ver a unos hermanos llevarse tan bien, apoyarse tanto. Me hizo quererte mucho más.

Él sonríe.

—He tenido mucha suerte en el terreno fraternal. Aunque a veces sean unos pesados y ahora me dejen plantado por sus mujeres.

—¿Acaso puedes culparlos? ¿Has visto a sus mujeres?

Se ríe.

—Sí, las he visto, y que se hayan casado el uno detrás del otro no me ayuda, porque los dos siguen de luna de miel.

—Estoy segura de que estarán de luna de miel durante un buen tiempo.

Se rasca la barba con la mano.

—Y yo estoy seguro de que te irás de luna de miel muy pronto, también.

Me encojo de hombros.

—Pero probablemente no durante tanto tiempo. Brian no está tan obsesionado conmigo. Supongo que será de los que se llevan el trabajo a la luna de miel. —Lo suelto todo sin pensarlo siquiera. Cuando miro a Breaker, tiene el ceño fruncido, y sé que quiere decir algo—. Pero ¿quién sabe? —continúo—. A veces puede ser muy atento.

Breaker se levanta de la cama, se despereza y enseña un trozo de piel por encima de la cinturilla de sus pantalones.

—Si se tratase de mí, me pasaría un montón de tiempo de luna de miel. —Su mirada se cruza con la mía—. No te perdería de vista ni un momento. —Las mejillas me arden, y al darse cuenta, rectifica —. A ver, *a mi chica*. No perdería de vista a mi chica ni un momento.

Y me lo creo por completo.

Solo hubo una vez en que escuché a Breaker acostarse con alguien, y debió de haber olvidado que yo estaba en casa, pero todavía lo recuerdo como si fuese ayer. La chica no fue desagradable en absoluto, al contrario, fue más bien dulce, aunque suene raro que lo diga… Sin embargo, todavía puedo escuchar las groserías que salían de la boca de Breaker, profundas y abrasadoras, diciéndole cómo se la iba a follar y durante cuánto tiempo. Fue lo más sexy que he escuchado nunca, totalmente inesperado, y tardé un día o dos en poder mirarlo con normalidad de nuevo.

Si él se fuera de luna de miel, estoy segura de que se pondría a tope con ello, por mucho que aparente ser un buen tipo. Se lleva bien con casi todo el mundo. Es posesivo, protector, encantador…, igual que sus hermanos. Cien por cien cierto. He envidiado a Lottie y a Kelsey varias veces. Brian siempre parece alegrarse al verme, pero nunca se ha mostrado especialmente… frenético. Ha habido ocasiones en que me he sentido más *apreciada,* como si fuera un buen vino, en vez de *devorada*. Y *sé* que a Lottie y Kelsey sí que las han devorado muchas, muchas veces sus maridos.

Y Breaker no sería una excepción.

—Bueno, pues tu chica será muy afortunada —contesto, intentando romper la tensión que ha llenado la habitación de repente—. Es solo que no creo que Brian sea de esos. Ya de por sí, nos cuesta hacerlo.

Breaker se detiene y se gira a mirarme.

—¿Qué? —pregunta.

Ay, coño.

—Ay, no sé por qué he dicho eso —añado, incómoda.

—¿Es eso verdad?

No puedo mirarlo a los ojos.

—Es que Brian está muy ocupado, y tengo que respetarlo.

—Y una mierda —replica Breaker, cada vez más enfadado—. Debería estar follando contigo cada vez que tiene una oportunidad. Debería valorar el hecho de que puede estar contigo. Que puede darte placer. No se trata de si follas por la noche o no. Debería querer hacerlo cada maldito segundo de cada maldita hora. Y si no te da el placer que debiera, entonces es algo de lo que tenéis que hablar.

—Ha estado cansado, Breaker.

—Esa no es una puñetera excusa. —Se aparta de la cama y se tira del pelo—. Joder, si fueras mi prometida, mi mujer, nunca te dejaría salir del dormitorio. Tendrías la voz ronca de tantos orgasmos que te hubiese provocado.

De nuevo, las mejillas me arden, y siento que el estómago se me retuerce de inseguridad, calor y un sentimiento muy extraño, burbujeante y sofocante, mientras lo miro. Y cuando su mirada se cruza con la mía, espero que vuelva a rectificar, pero no lo hace.

—Bueno… —Suelta un profundo suspiro—. Tengo que irme. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

—Vale —respondo, intranquila—. Pásalo bien haciendo senderismo.

—Gracias. —Al llegar a la puerta del dormitorio, me mira por encima del hombro—. Tengo muchas ganas de ver lo que haces hoy. Te quiero, Lia.

—T-te quiero —respondo, tartamudeando, y no porque no se lo haya dicho nunca, sino por la forma en que su mirada me atraviesa al decírmelo, como si estuviera tratando de transmitirme algo. Como si estuviera intentando decirme otra cosa, algo más profundo, pero antes de que pueda adivinar exactamente de qué se trata, ya ha salido al salón y por la puerta. A su cita. Con Birdy.

Dejo mi taza de café sobre la mesita de noche y me tumbo en la cama.

¿De qué demonios iba todo eso?

12

BREAKER

—¿Estáis ahí los dos? —pregunto al teléfono, tras añadir a Huxley a la conferencia.

—Sí —contestan al mismo tiempo—. Más vale que se trate de algo importante. Lottie me está esperando —añade Huxley.

—Kelsey está cocinando tortitas desnuda, así que, sí, date mucha prisa —interviene J. P.

Joder, qué irritantes son… Irritantes, porque estoy celoso. Celoso de la hostia.

—Tengo que hablar con vosotros porque voy a hacer una estupidez. Puedo sentirlo, Necesito volver al trabajo. Necesito distraerme con algo, con lo que sea, por favor, así que dejad que vuelva.

—Vaya… Menuda desesperación. ¿Qué está pasando? —pregunta J. P.

—Casi la he cagado —respondo—. O a lo mejor ya lo he hecho, no lo sé, pero, joder, es una cagada. Es una verdadera cagada, así que, por favor, dejadme volver al trabajo. Me pondré peluca, un bigote falso e incluso me cambiaré de puesto. Cualquier cosa que me mantenga alejado de… de este infierno.

—Un bigote, ¿eh? —pregunta J. P.

—Cuéntanos qué demonios está pasando —interviene Huxley en ese tono tan paternal típico de él.

Respiro hondo y aprieto el volante de mi coche al detenerme ante un semáforo en rojo. *Debería* estar estresado por la maldita demanda que me han echado encima. Debería estar preocupado por que se ensucie el nombre de los Cane. Pero no. Estoy estresado por la mujer a la que quiero, *a quien le acabo de decir que follaría con ella tan fuerte que tendría la voz ronca de tantos orgasmos*. Joder. Pero primero…

—He… llegado a la conclusión de que siento algo por Lia.

Se hace un silencio.

Y luego…

—Te dije que se daría cuenta en una semana —anuncia J. P.—. Pasar tanto tiempo con una chica por la que sientes algo, mientras ella intenta planificar su boda con otro hombre…, sí, es como una gran patada en la entrepierna.

—¿Podemos dejar el jueguecito de «te lo dije»? —les pido.

—Pero es que te lo dijimos —insiste Huxley—. Te dijimos que pasaría esto.

—Vale, genial, maravilloso, sois los dos unos casamenteros modernos. Enhorabuena. Y ahora, ¿podemos continuar?

—Me alegro de que seas lo suficientemente maduro como para reconocerlo —opina J. P.

—¿Qué relación tiene eso con el trabajo y con haberla cagado? —inquiere Huxley.

—Ya no puedo estar a su lado. Necesito una excusa para no ayudarla más con la boda.

—¿Y la vas a machacar así, sin más? —interviene J. P.—. Tío, eso está muy mal.

—¿Y qué se supone que debo hacer? —dudo—. Le acabo de decir que, si fuera mía, no la dejaría escapar. Que follaría con ella cada vez que pudiera.

—Espera, ¿qué? —cuestiona Huxley.

—Eeeh… Tío, eso es un poco extremo para no haber querido siquiera admitir tus sentimientos antes. ¿Cómo ha sido? ¿Has anunciado sin más que follarías con ella, así, sin avisar?

—No. —Me froto la cara con la mano—. Estábamos hablando de la fase de la luna de miel, y le mencioné que yo no dejaría que se escapara de mi vista, pero rectifiqué pronto y cambié a «mi chica». Pero luego, después de eso, va y me cuenta que ella y Brian casi no se acuestan *porque él está*

cansado, y perdí la puñetera cabeza. Lo único en lo que podía pensar era en que ese hijo de puta con suerte se estaba aprovechando de ella y que no se la merecía, y le dije que, si fuera mía, estaríamos follando todo el tiempo, así que, bueno…, ahí lo tenéis. Necesito alejarme de ella en estos momentos, y si pudiera volver a trabajar, sería genial. Gracias.

—No puedes volver al trabajo todavía —dice Huxley—. Hasta que Taylor diga que todo está solucionado.

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Seguir siendo su damo de honor, cuando es evidente que la quiero?

—O podrías actuar de incógnito y boicotear la boda, para que no se case —sugiere J. P.

—No lo escuches —ordena Huxley—. Es una idea de mierda. ¿Por qué no le dices lo que sientes y ya está?

—Por favor —rezongo—. Todos sabemos cómo acabará eso. Yo le cuento lo que siento y ella me responde que no siente lo mismo. Termina dándome unas palmaditas en el hombro, y luego no volvemos a hablarnos nunca más.

—¿De dónde has sacado las pruebas? ¿De películas y series de televisión?

—Pues claro, ¿de dónde si no? —inquiero, entrando en el aparcamiento.

—Probablemente no sean el mejor ejemplo de la realidad —afirma J. P.—. Creo que Huxley tiene razón. Cuéntaselo, y si no siente lo mismo, al menos lo sabrás y podrás pasar página.

—¿Y qué hay de esa tal Birdy? ¿No puedes olvidarla con ella?

—Estoy a punto de decirle que no puedo seguir viéndola porque me gusta otra persona, y no quiero darle esperanzas. Además, ya la he besado dos veces y no he sentido nada, y creo que es porque quiero a Lia y solo a Lia.

—Hasta ahí llegamos —dice J. P.

Me aprieto las sienes con los dedos.

—Entonces, ¿qué hago?

—Ya te hemos dicho qué hacer —declara Huxley—: dile a Lia lo que sientes. Si no lo haces, te arrepentirás.

—Pero es que ahora se ha empeñado en hacer cosas antes de casarse. ¿Qué puedo hacer yo al respecto?

—Bueno, si crees que no siente lo mismo por ti, entonces hazle comprender que eres mejor pareja para ella que Brian —opina J. P.

—Sí, estoy de acuerdo —tercia Huxley.

—¿Y cómo lo hago?

—Sé todo lo que no es Brian —explica J. P.—. Sin pasarte de la raya, claro, porque no puedes tirártela y decir después «¿Lo ves? Yo te follo, y Brian no».

Para mi sorpresa, lo encuentro gracioso.

—Yo nunca haría eso, pero entiendo a qué te refieres. —Apoyo la cabeza en el respaldo del asiento —. ¿De verdad creéis que podría funcionar?

—Hasta que no lo intentes, no lo sabrás —dice Huxley.

—Y para que conste una vez más, me gustaría volver a recalcar cuántas veces te lo habíamos dicho ya.

—Callad la puta boca —suelto, y los dos se echan a reír—. Os odio.

—No, no nos odias —contesta Huxley—. Solo odias que siempre tuviéramos la razón.

—Sí, eso también. Vale, ha llegado Birdy para nuestra ruta. Tengo que irme.

—Sé amable con ella —aconseja J. P.

—No, estaba pensando en decirle que se perdiera por ahí.

—No es recomendable —añade Huxley, justo antes de despedirme y colgarles.

Miro por la ventana y veo a Birdy salir de su SUV blanco vestida con un conjunto de mallas cortas de ciclista y sujetador de deporte de color granate. Y desde donde estoy sentado, alcanzo a ver que

tiene pequeños dibujos de pájaros.

Joder.

Cierro los ojos con fuerza otra vez.

No quiero hacer que se sienta mal.

Pero voy a hacerlo. No hay otra manera. Sin duda, cree que nos vamos a divertir haciendo senderismo y avistando aves. *¿Cómo lo hago, si no*?

Gruñendo para mis adentros, salgo del coche y Birdy aparece delante de mí.

—Hey, hola —saluda, en tono alegre, y entonces me coloca una mano en el pecho y se pone de puntillas para darme un beso en la mandíbula—. ¿Cómo estás?

Mal de cojones.

—Bien. —Trato de sonreír—. Eeeh… Me gusta tu conjunto, muy a juego con el avistamiento de aves.

Me sonríe, y me doy cuenta de que debo decírselo ya. No puedo hacer esta ruta y fingir que todo va bien y contárselo después. Eso sería muy feo.

—¿Va todo bien? —pregunta, al darse cuenta de mi incomodidad.

Me tiro del pelo y meneo la cabeza.

—No.

—Ah, ¿qué pasa?

—Ven a hablar conmigo un momento. —La cojo de la mano, la guío hasta la parte trasera de mi SUV y abro el maletero. Tomo asiento, y ella me sigue—. He sido un completo estúpido, Birdy, y te he arrastrado conmigo.

—¿A qué te refieres? —pregunta.

La miro a los ojos.

—Me gusta otra persona, y creí que, a lo mejor, si lo ignoraba, no pensaría en ello. Pero cada vez me está quedando más claro que me gusta esa persona, y no quiero engañarte.

—Ah —contesta, mirándose las manos y haciéndome sentir como el completo imbécil que soy—. Supongo que se trata de Lia, ¿verdad?

Podría negarlo, pero ¿qué sentido tiene mentir?

—Sí —contesto con suavidad—. Como ya te he dicho, es una mierda, y no puedo fingir que mis sentimientos no existen mientras intento salir contigo al mismo tiempo. No sería justo.

—Lo agradezco —responde, con suavidad—. ¿Lo sabe ella?

—No —contesto rápidamente—. No tiene ni idea.

—¿Vas a intentarlo? —Cuando su mirada se cruza con la mía, me doy cuenta de con quién estoy hablando, de quién me emparejó con ella.

Brian.

Joder.

—Eeeh… no —le digo, pero hasta a mí me parece una mentira demasiado evidente.

—No diré nada —añade—. La verdad es que Brian no me importa tanto. Creo que es idiota, y, para ser sincera, creo que Lia podría conseguir algo mejor. No sé qué ve en él.

—Yo tampoco —respondo en voz baja.

—Deberías intentarlo —declara Birdy—. Vosotros dos tenéis una relación muy estrecha.

—Es muy amable de tu parte, pero no hace falta que hablemos de esto. Sé que es algo incómodo.

—Sí, es incómodo, y… ¿estoy decepcionada? Pues claro. Creo que eres increíble, Breaker, y si me pidieras una cita, iría sin dudarlo, pero también sé reconocer cuándo un hombre no está interesado o cuándo está colgado por otra persona. Tenía la sospecha de que podía ser el caso. Era fácil de adivinar, por la manera en que los dos actuabais y por cómo hablabas de ella. Hay algo ahí, y creo sinceramente que deberías averiguarlo.

—Pero es que se va a casar dentro de cuatro semanas. ¿No me convierte eso en un capullo integral? A ver, ¿no podría haberme dado cuenta antes? ¿Voy a ir de cabeza ahora y decirle lo que

siento? No me parece adecuado.

—No sé si hay alguna norma sobre el momento adecuado para decirle a alguien que le quieres. Sin embargo, lo peor que puedes hacer es no contárselo y arrepentirte para siempre.

—Es lo que me han dicho mis hermanos.

—¿Y también te han dicho «te lo dije»? Me parecen de esos.

—Sí, estoy seguro de que todo el mundo lo sabía, menos Lia y yo. —Suelto un suspiro—. Joder, Birdy, lo siento mucho.

—No lo sientas. —Me agarra de la mano—. Prefiero que me digas la verdad. Sinceramente, esta podría ser la conversación más verdadera que he tenido nunca, y lo agradezco.

—Bueno, gracias por habértelo tomado tan bien.

—¿Aún quieres que hagamos la ruta? A lo mejor podemos hablar de Lia, y quizá pueda ayudarte.

—Es imposible que quieras hacerlo.

—Pues sí que quiero —contesta con convicción—. Soy muy fan del amor verdadero, y creo que Lia y tú lo tenéis. Solo falta que ella también lo comprenda. Además, no puedo desperdiciar este conjunto.

—Cierto —admito, saltando del maletero. Le ofrezco la mano y la ayudo a bajar—. ¿Puedo darte un abrazo?

—Pues claro —responde, y me envuelve entre los suyos.

—Gracias por comprenderlo.

—Gracias por ser sincero. Bueno, y ahora, si tienes un amigo soltero que sea amable, cariñoso, a ser posible algo guapo y tan sincero como tú, me encantaría conocerlo.

—¿Sabes…? Puede que se me haya ocurrido alguien.

Los ojos le brillan.

—¿De verdad?

Cierro el maletero del coche y asiento.

—Sí, es un antiguo jugador de béisbol. ¿Qué te parece?

—Uy, ¡sí, por favor!

Suelto una risita y empezamos a subir el sendero.

—Un jilguero, ¿verdad? —pregunta Birdy.

—Exacto —contesto, sintiéndome un maestro orgulloso—. Mira qué bien lo has captado, a la decimosegunda vez.

Ella se ríe por lo bajo.

—Bueno, no digas que no puedes enseñarme nada. Es evidente que soy un monstruo del avistamiento de aves.

—Lo eres. —Subimos la colina, casi hasta la cima—. Me cabrea que no hayamos visto más variedades.

—Sí, pero ¿sabes? El cuervo y el jilguero me han ganado con eso del avistamiento de aves. Creo que a partir de ahora seré fan para siempre.

—No se te nota el sarcasmo ni nada. —Dejo caer los prismáticos sobre mi pecho—. Si esto fuera una cita de verdad, estaría bastante avergonzado con el resultado. Aquí venía yo a hacerte un *tour* de aves exóticas, y van y aparecen solo una bandada de cuervos y una docena de jilgueros.

—Podría haber sido peor, podrían haber sido solo los cuervos.

—Totalmente cierto. —Cuando llegamos a la cima de la colina, hacemos una pausa para disfrutar de las vistas de la ciudad.

—No está demasiado mal —dice Birdy antes de encontrar una roca donde sentarse—. ¿Quieres acompañarme?

Yo me siento también.

—Me alegro de que hayamos hecho la ruta al final. Creo que me ha ayudado a aclararme las ideas.

—Muy bien, entonces estarás listo para sincerarte y hablarlo todo con Lia.

—Eeeh… No sé si he llegado a ese punto.

Choca su hombro contra el mío.

—Venga ya, tengo buena intuición. Soy una chica, y conozco a Brian. Podría darte algunos consejos.

—¿De verdad? —pregunto—. Supongo que no vendría mal… escuchar qué tienes que decir.

—Me alegro de que estés receptivo. —Se ríe—. En primer lugar, tienes que conocer los puntos débiles de Brian, y ahora mismo te diré que la comunicación es una de ellas. Además, es un adicto al trabajo, no es muy considerado y, aunque le pidió matrimonio a Lia, seguro que no fue idea suya. Fue de su madre, porque era *ella* quien no estaba contenta con que todavía no estuviera casado. ¿Que si creo que quiere a Lia? Pues claro, pero ¿podría casarse con cualquiera? También, sí. No creo que lleve en la sangre la capacidad de querer y estar profundamente enamorado de alguien. Lo he visto con todas las novias que ha tenido a lo largo de los años. Eran accesorios, más que nada.

—Sí, esa es la sensación que me da. Lia y él empezaron a salir no mucho después de que ella perdiera a sus padres, y creo que encontró consuelo en tenerlo a su lado, para darle el tipo de afecto que yo no *podía*. —Hago una mueca antes de continuar—. Por favor, no se lo cuentes a nadie. No quiero que Lia se entere de que estoy traicionando su confianza.

—No te preocupes, Breaker. Estoy de tu parte. No diré nada… Sobre todo, porque me estás meneando a un jugador de béisbol por delante de mis narices.

Suelto una risita.

—Esa ha sido buena.

—Cuento con ello, pero, ahora en serio, creo que una de las mejores cosas que puedes hacer es estar a su lado más de lo que ya lo estás ahora. Conociendo las carencias de Brian a la hora de tener una relación, ¿por qué no demuestras más tus puntos positivos en ese aspecto? Ella *te conoce*. Pero ¿sabe qué tipo de hombre serías al tener una relación?

—Es lo que me han dicho mis hermanos.

—Tus hermanos son listos. Y haz de todo con ella, puede que hasta incluso flirtear un poquito.

—No quiero pasarme de la raya.

—Entonces no lo hagas, pero deberías hacerle saber con sutilidad que te sientes atraído por ella. Empieza a insinuar cómo te sientes, para que, cuando se lo cuentes, no la pille totalmente desprevenida y no piense que quieres chafar su boda. No es que piense que Lia fuese a tomarse así las cosas, pero solo por si acaso.

—Sí, la verdad es que es muy inteligente. —Les doy una patada a unas piedrecitas—. Joder, estoy aterrorizado.

—Puedes llamarme cuando quieras para pedirme consejo. Creo que le llevas ventaja a Brian. Lo único que podría echarte atrás es el miedo de Lia a enfrentarse a la verdad. Y la verdad es que no creo que de verdad quiera a Brian. He visto cómo se comporta contigo y cómo lo hace con él. Cuando vosotros dos estáis juntos hay calidez, una conexión. No veo lo mismo con Brian.

—Yo tampoco. —Le paso el brazo por encima del hombro—. Vamos a tener que seguir en contacto, ¿sabes? Agradezco mucho tu honestidad y tu ayuda ahora mismo.

Y espero no estar depositando mi confianza en la persona equivocada.

—Tú solo prométeme que, cuando os caséis, porque sé que va a ocurrir, me invitarás, y que me encontrarás acompañante.

Eso sí puedo hacerlo.

—Si todo esto sale bien, te dedicaré un brindis además. Le has dado un impulso a mi confianza que no sentía esta mañana.

—Si alguna vez necesitas a alguien que te dé ánimos para vencer a Brian, yo soy tu chica. Puede que él nos presentara, pero sigue siendo un idiota.

—Sí, en eso estoy de acuerdo contigo.

Ambos nos reímos y nos levantamos de la roca. Yo tenía razón desde el principio: Brian es un gilipollas.

—¿Volvemos? Los pájaros nos han decepcionado hoy —admito.

—Sí, y podemos repasar todas las maneras en que puedes flirtear sin pasarte de la raya. Ha llegado la hora de iniciar el campamento de entrenamiento *Cómo conseguir a tu chica*. ¿Te apuntas?

—Cuéntamelo todo.

Breaker: *Me he pasado por Masala Palace y he comprado pollo* tikka, kebab reshmi, paneer korma *y* naan *de ajo. ¿Te apetece?*

Lia: *¿Estás de broma? Creo que acabo de babear al leer el mensaje. Estoy en casa, ¿quieres que prepare un tablero de juego y la mesa?*

Breaker: *Evidentemente.*

Lia: *Ya me pongo con ello. Elige el color del barco para* Plunder.

Breaker: *¿Por qué preguntas? Ya sabes que siempre elijo el verde.*

Lia: *Has perdido las tres últimas veces, así que no sabía si querías cambiar, por probar suerte.*

Breaker: *A muerte con el verde.*

Lia: *Vale, pues prepárate para la aniquilación. Además, tengo que enseñarte una sorpresa cuando llegues.*

Breaker: *Vale, ¿y esa sorpresa tiene algo que ver con una de las cosas que estabas tachando de tu lista?*

Lia: *Sí.*

Breaker: *Vale, estoy impaciente. Hasta luego.*

Con la comida en la mano, salgo del ascensor de nuestro edificio y me dirijo directo hacia mi puerta. Cuando Birdy y yo bajamos la colina, le di un abrazo de despedida y luego volví a subir yo solo, esta vez para pensar en todo. Dejé vagar mi mente, que mi cerebro procesara y rumiara mis verdaderos pensamientos y sentimientos.

Lo primero y más importante, es que estoy enamorado de Lia. Lo acepté. Escuché mis sentimientos y los comprendí. Lia es la persona más importante de mi vida. Lo daría todo por ella. Es todo mi mundo.

Es mi chica.

Después de aceptarlo, continué con asumir que todo el mundo tenía razón. Tengo que confesarle mis sentimientos, pero, primero, he de prepararla. Podría asustarla si le vengo de repente con este cuento.

Además, también tengo que darle tiempo para tachar todos los puntos de su lista. No quiero interponerme. Quiero que esté en su mejor momento cuando decida exponérselo, para así darle tiempo a adaptarse a mi nueva manera de tratar nuestra amistad.

Tras pasar un rato en la cima y disfrutar del momento, volví a bajar y pedí comida, a sabiendas de que Lia nunca diría que no a la comida hindú. Es una de sus favoritas de entre todas.

Con el pecho henchido de emoción, llego a mi puerta, giro el picaporte y entro, casi esperando

encontrarme a Lia aquí. Pero al no verla, la llamo.

—Hola, ya estoy aquí.

—En el dormitorio —anuncia—. Ven aquí.

Confundido aunque también emocionado, dejo la comida en la mesa a toda prisa y voy a mi dormitorio, cuya puerta encuentro entornada. Sea lo que sea lo que quiere enseñarme, está armando un gran alboroto, pero me encanta.

Abro la puerta y miro. Entonces, veo a Lia en medio de la habitación, con las manos juntas frente al pecho. Lleva unos *leggings* y un top corto: nada de lo que ella suele llevar, porque enseña un poco de estómago, pero le sienta genial. Le sienta de maravilla, pero eso no es lo que me llama la atención. No. Es que se ha cortado y teñido su melena pelirroja. Ahora tiene mechones rubios entrelazados con su pelo, que le llega justo por encima de los hombros, con un flequillo ondeante y unos rizos revueltos que se adaptan por completo a su personalidad.

—Joooder.

—¿Te gusta? —pregunta con una sonrisa enorme.

—Ophelia —susurro, dando un paso adelante—. La leche, estás cañón.

Ella sonríe todavía más.

—¿De verdad?

Acorto la distancia entre los dos y le toco los rizos cortos.

—Sí —contesto, casi sin aliento.

—Es un poco osado, pero me siento como una mujer nueva tras haberme quitado todo ese pelo de encima, y he pensado que sería divertido hacerme unas mechas, pero muy pocas, porque me sigue gustando mucho mi color de pelo.

La observo con detenimiento mientras el corazón me late salvaje en el pecho. Joder, antes era guapa, pero ahora no sé si podré tener las manos quietas.

Y antes de poder contenerme, le digo exactamente lo que estoy pensando.

—Estás sexy de cojones. No es que antes no lo estuvieras, pero, joder, Lia, estás de la hostia. Me encanta.

—Gracias —contesta, con las mejillas un poco sonrojadas—. Le he enviado una foto a Brian y aún estoy esperando su respuesta. Espero que le guste tanto como a mí.

Me apuesto un cojón a que sí. Pero me importa una mierda.

—Claro que sí —afirmo, sin dejar de tocarle el pelo y sintiendo que el deseo me recorre todo el cuerpo.

Quiero entrelazar mis dedos en su pelo. Quiero estrecharla contra mí. Quiero meterle la mano por debajo del top. Quiero demostrarle lo cachondo que me pone esta transformación. Y no es solo su aspecto. Es su confianza, su sonrisa y lo orgullosa que está de sí misma. Quiero atraparla contra mi cama y lamerle el cuello entero.

—Y el conjunto no es demasiado, ¿verdad? Pensé en probar algo nuevo.

Miro su top y el encaje del sujetador que le asoma por el tirante y meneo la cabeza.

—No, para nada. Estás increíble, Ophelia.

—Guau, dos Ophelias. Debe de gustarte un montón.

Trago saliva.

—Sí, me encanta —contesto en voz ahogada.

Me gusta tanto que me está costando recordar que está comprometida y que tengo que ir despacio. Que no puedo tocarla de la manera en que me gustaría hacerlo.

—Pero lo que es más importante: ¿qué opinas tú? —inquiero, después de recomponerme un poco.

—Bueno, después de tu reacción, me siento muy sexy.

—Deberías.

—Estoy emocionada por ver qué me dice Brian. —Ah, sí, estamos todos esperando con el alma en vilo a que responda Brian. ¿Se ha notado el sarcasmo? Su móvil suena en la cocina, y me mira a los

ojos—. Hablando del rey de Roma… Seguro que es él. Voy a responder, y tú puedes servir la comida. No acapares el *naan* de ajo.

—Ni se me ocurriría —respondo. Ella pasa a mi lado, y mis ojos, que la siguen, van directos a su trasero.

Joder, ¿has visto eso?

Duro, oscilante y totalmente *a la vista* con los pantalones ajustados.

Juro por Dios que el universo debe de estar poniéndome a prueba para decidir mi destino según pueda controlarme en esta situación. Mi mejor amiga, quien siempre he pensado que era increíble, se ha convertido en un bombonazo en solo unas pocas horas.

De mala gana aparto la mirada de su culo y la sigo. Mientras ella va a coger su móvil, yo abro la bolsa de la comida hindú y la sigo mirando de reojo, aprovechando que ahora no me ve.

Hasta sus tetas están geniales con esa camiseta.

Sí, el universo me está poniendo a prueba, sin duda alguna.

—Hey, Brian —contesta con alegría—. ¿Cómo estás?

Intento no escuchar su conversación, porque no quiero oír cómo él le dice cuánto le gusta su nuevo pelo, así que me centro en servir en platos nuestra comida.

Pero entonces le escucho decir…

—¿Qué? ¿Que no te gusta?

Ahora sí que le estoy prestando atención. Me olvido de toda la comida y me centro en ella.

Toda su confianza —que hace tan solo unos minutos le henchía el pecho— se desvanece.

Su preciosa sonrisa de oreja a oreja empieza a flaquear.

Y puedo sentir la dolorosa decepción en su voz cuando la baja para responder.

—Quería cambiar… —dice—. Porque no me sentía yo misma… Sí, ahora me siento yo misma… —Hace una pausa y me da la espalda—. Brian, ¿podemos hablar de esto después…? —Otra pausa —. ¿Durante cuánto tiempo…? ¿Una semana? A ver, tampoco es que te pueda detener, ¿no? Los negocios son los negocios. —Arrugo la bolsa de papel y sigo escuchando, odiando cada vez más a ese hombre—. Sí, pero se supone que nos vamos a casar en breve… Sería agradable que estuvieras presente… —*Sería genial si no lo estuviera*—. Bueno, vale… Sí, hablamos después. —Cuelga y deja el teléfono a un lado.

Espero un momento y, cuando me doy cuenta de que no se va a mover, me acerco yo a ella. Me siento a su lado, en el sofá, le levanto la cara para que me mire y me doy cuenta de que tiene los ojos llenos de lágrimas.

Voy a matar a ese cabrón.

—Seguro que has pillado de qué iba la conversación —dice—. Pero no le ha gustado mi pelo. Dice que ha sido un error.

Sí, veo un asesinato en mi futuro inminente.

—Se equivoca —afirmo, acunándole la cara y enjugándole las lágrimas—. Se equivoca por completo, porque en cuanto te he visto el corazón me ha dado un vuelco, Lia. Estás preciosa. Tan impresionante que he tenido que recordarme que eres mi mejor amiga.

—Solo lo dices por decir —replica, meneando la cabeza.

—No, es verdad —insisto. Mi mirada se desvía hacia sus labios, y luego hacia sus ojos otra vez—. Nunca diría nada solo para apaciguarte. Brian es un idiota, porque si no es capaz de ver lo guapa que estás con este nuevo corte de pelo, si no puede ver lo segura que te sientes, entonces él se lo pierde.

—Cree que su madre se va a enfadar un montón.

¿A quién coño le importa? ¿Es que todavía sigue teniendo el cordón umbilical o qué?

—Pues vale —contesto—. Espero que se cabree. Así nos dará más leña para seguir metiéndonos con ella.

Ella se ríe por lo bajo.

—Además, se va a ir de viaje durante una semana, puede que más. Supongo que lo que está

haciendo en San José requiere más atención de lo que él pensó inicialmente, así que genial. —Suelta un suspiro—. Dios, ¿por qué ha tenido que portarse como un imbécil? A lo mejor está estresado.

—Estar estresado no es una excusa para comportarse como un gilipollas. Y eso es lo que él ha sido. Sin más. Y necesito que te des cuenta. Lo que ha hecho es de ser gilipollas. ¿Me oyes?

Ella parpadea varias veces y asiente.

—Sí.

—Bien. Y ahora vamos a olvidar lo que acaba de pasar porque tenemos planeada una noche de diversión, y no pienso permitir que nos la eche a perder. ¿Entendido?

—Sí —vuelve a repetir, y entonces se deja caer sobre mi pecho. Yo la rodeo con mis brazos y la dejo llorar unos minutos más. Durante todo el rato no paro de pensar en lo que habría hecho si Brian se hubiera atrevido a menospreciar su valentía en persona.

—Casi no has tocado tu *naan* —advierto—. Eso es inaceptable.

—Lo siento —dice, apartándolo—. Es que… no estoy de humor.

—¿Esa es la razón por la que todavía no hemos empezado a jugar al *Plunder*?

—Será mejor que vuelva a mi casa.

—Sí, claro, eso será si yo te dejo —afirmo—. No pienso permitir que te vayas enfurruñada, con ese ceño fruncido que has tenido todo el tiempo. No, lo siento, te vas a quedar aquí conmigo durante el resto de la noche.

Los ojos se le llenan de lágrimas otra vez, los labios le tiemblan, y yo le tiro de la mano para sentarla sobre mi regazo justo en el momento en que rompe a llorar de nuevo.

—Siento mucho todo esto —confiesa en voz baja cuando estamos sentados en el sofá viendo reposiciones antiguas de un programa de competición entre familias.

Después de picotear un poco más, volvimos a meter la comida en sus recipientes y lo guardamos todo en el frigorífico. Como no tenía ganas de jugar a nada, ocupamos el sofá, y desde entonces, hemos estado viendo el programa. He sentido ganas de abrazarla varias veces, de estirarle las piernas encima de mí, de hacerle un masaje en los pies…, de cualquier cosa con tal de tocarla y hacer que se sintiera mejor.

—No te disculpes —reitero.

—Lo sé, pero es que ni siquiera te he preguntado qué tal ha ido la cita con Birdy. He acaparado la noche con mis problemas.

—No has acaparado nada. Tienes derecho a estar disgustada. Brian te ha decepcionado y necesitas procesar esos sentimientos. No hay nada de qué disculparse.

—Aun así… —Se gira hacia mí—. ¿Qué tal ha ido el avistamiento de aves con Birdy?

Yo me encojo de hombros, como si tal cosa, y no aparto la mirada de la televisión.

—Hemos decidido ser solo amigos.

—¿Qué? —pregunta—. ¿Por qué?

Me encojo de hombros otra vez.

—Es que creo que yo no estaba tanto por la labor como ella.

—¿Y a ella le ha parecido bien? Dijo que le había encantado conocerte.

—Sí —contesto—. De hecho, tuvimos una conversación muy sincera al respecto. Se dio cuenta de que no estaba al cien por cien y dijo que no pasaba nada. Prefería saberlo ahora antes que alargar las cosas. Aun así, hicimos la ruta. Hablamos, y le dije que la emparejaría con uno de mis amigos, que creo que es perfecto para ella.

—¿Quién? —pregunta, con una ligera sonrisa asomando en sus labios.

—Penn.

Olvidándose durante un momento de sus penas, se inclina y me agarra con fuerza del brazo.

—Ay, Dios mío, Breaker, harían una pareja monísima.

—Eso creo, y además Penn es muy sincero, y es el tipo de chico que ella busca.

—¿Está buscando a alguien?

—Me parece que sí, pero todavía no ha encontrado a nadie con quien quiera ir en serio. Creo que podría ser Birdy.

—Bueno, bueno, mírate, haciendo de casamentero… Aunque siento que no haya funcionado, pensaba que estabas buscando una relación así —afirma.

—Y lo estaba, pero ella no es lo que quería.

—¿Y qué es lo que quieres? —pregunta.

A ti. Quiero todo de ti.

Tu alma.

Tu mente.

Tu corazón.

Tu cuerpo.

Te quiero toda, cada puñetero milímetro de ti.

—Sigo procesándolo. Te lo contaré cuando esté listo.

—Ah, así que ya tienes una idea.

—Sí, tengo una idea exacta, pero requiere algo de finura, así que mejor dejemos esta conversación en pausa.

—Vale, no estás siendo esquivo ni nada…

—Para nada. —Le guiño un ojo, y ella me da con el pie.

—Qué irritante eres.

—Al menos hemos dejado atrás el hecho de que Brian se haya portado como un imbécil.

Se recuesta en el sofá.

—Se ha portado como un verdadero imbécil, ¿verdad?

—Sí, porque desde mi punto de vista ha omitido el hecho de que con ese pelo eres un auténtico pibonazo.

—Un pibonazo, ¿eh? ¿Y qué era antes?

—Un pibonazo —respondo—. Pero sin seguridad en ti misma. Este nuevo corte te hace brillar más.

—Sí que me sentía más segura de mí misma.

—Después de haberte dicho algo negativo, fijo que es un trol. Te apuesto a que cree que ahora estás demasiado buena, que estás muy por encima de su nivel, y le preocupa que te escapes.

—Bueno, si sigue portándose como un imbécil, podría acabar haciéndolo.

Así me gusta. Escápate, directa a mis brazos.

Como no quiero tirar demasiado de la cuerda, me giro hacia la televisión.

—¿Vamos a presentarnos otra vez para el programa de guerras de familias este año? Contamos con Kelsey y Lottie, que pueden unirse al equipo junto con J. P., así que creo que tenemos las de ganar. Kelsey daría respuestas concretas, J. P. se encargaría de la diversión y Lottie sería el comodín.

—Nunca nos elegirán.

—Esa no es la actitud que quiero encontrarme. Tenemos que exteriorizarlo. Venga ya, nacimos para salir en ese programa. ¿Tú y yo haciendo dinero rápido? Arrasaríamos. El presentador no sabría ni qué hacer, porque lo petaríamos. Y, ¿quién sabe?, no estoy en contra de la idea de pagar a alguien para conseguir salir en el programa.

—Te dije que participaríamos por nuestros propios méritos, y no por la cifra que anotes en tu cuenta corriente.

—Sí, pero la cuenta corriente sería una garantía infalible.

—¿Es que no tienes moral, Breaker Cane?

—La tengo, aunque discutible, como mucho, cuando se trata de este programa.

—Ya lo veo. —Se pone más seria—. Gracias por quedarte conmigo esta noche, y por haberme apoyado con mi nuevo corte de pelo y mi ropa. Me has hecho sentir especial de verdad.

—Bueno, es que deberías sentirte especial. Porque lo eres. Te apoyaré todo el día, y los que vengan después.

—Y por eso eres mi mejor amigo —proclama.

Ya, pero ojalá fuera mucho más.

13

LIA

Lia: *¿Qué estás haciendo?*

Breaker: *Estoy mirando al techo y temiendo tener que ir a casa de mi hermano.*

Lia: *¿Para el almuerzo del domingo?*

Breaker: *Sí, pero lo único que van a hacer es babear sobre sus mujeres mientras yo me siento ahí, con un mediocre Bloody Mary en la mano, a mirarlos.*

Lia: *Ah, qué divertido… A mí me gustan los Bloody Mary mediocres.*

Breaker: *¿Es tu forma de invitarte a ti misma?*

Lia: *¡Necesito más amigos! Amigas, para ser exactos. Lottie y Kelsey parecen majas, y si van a salir en el programa de las familias, entonces tendré que conocerlas mejor.*

Breaker: *Entonces, ¿te estás invitando a ti misma?*

Lia: *Porfa… Pepinillo…*

Breaker: *Uf, vale, pero juro por Dios, Lia, que si empiezas a decir cosas embarazosas sobre mí como hiciste en la última comida, antes de que estuvieran sus mujeres, te daré una patada en la entrepierna.*

Lia: *Ay, no, una patada en la entrepierna no.* 😭 *¿Cuándo tenemos que estar listos?*

Breaker: *Me voy dentro de veinte minutos. Ponte zorrona.*

Lia: *¿Zorrona? ¿Por qué?*

Breaker: *Porque podría ser divertido enviarle otra foto a Brian.*

Lia: *Demasiado pronto, Breaker, demasiado pronto.*

Breaker: LOL. *Vale. Hasta dentro de veinte minutos.*

—Necesito comprar tu colonia —comento al llegar a la casa de Huxley, una mansión blanca y enorme de estilo costero con los marcos de las ventanas y otros toques en negro. Es preciosa, con el césped recién cortado y macetas de flores bajo las ventanas. Muy pintoresca. El tipo de casa que querría yo tener algún día.

—¿Por qué necesitas comprar mi colonia? —inquiere Breaker, mientras aparca en el camino circular de entrada.

—Porque huele de maravilla. Creo que la quiero para mí.

—No te puedes poner mi colonia —afirma, mirándome raro.

—¿Y por qué demonios no?

—Porque no podemos oler igual. Además, a mí me gusta el olor de tu perfume. Viktor & Rolf te

queda muy bien.

—Da miedo que recuerdes cuál es mi perfume. No sé si Brian podría siquiera describirme el aroma si se lo preguntara.

—Una combinación sutil de rosas, jazmín y orquídeas —contesta, mirándome a los ojos.

Y entonces nos quedamos mirándonos durante unos cuantos segundos, dentro del coche, con el mundo girando a nuestro alrededor. ¿Cómo lo sabe? Yo no podría describir el olor de manera tan precisa, pero Breaker lo sabe todo.

Cada mínima cosa de mí.

Sabe que, cuando me baja la regla, me dan unas migrañas horribles, y siempre aparece con Ibuprofeno, cafeína y caramelos ácidos.

Sabe que no soy muy adepta al deporte, pero que a veces sí tengo ganas de practicarlo, y tiene guardadas unas cuantas clases a las que me puedo apuntar cuando le pregunto. Las tiene anotadas en una nota en su móvil.

Sabe que, sin necesidad de preguntarme, puede comprar las entradas vip para la Comic Con y pensar de qué nos vamos a disfrazar, porque me encanta ir. Lo que ocurre es que no soporto todo el estrés que conlleva y prefiero que me digan qué me voy a poner y cuándo, antes que tener que decidirlo yo misma.

Y, al parecer, también sabe exactamente a qué huelo. Con las notas y todo.

No sé si podría decir lo mismo de Brian. Aunque, claro, como él mismo dijo, tenemos toda la vida para averiguarlo.

Entonces, ¿por qué siento un regusto tan amargo solo de pensarlo?

—Vamos —dice, abriendo la puerta de su coche—. Me muero de hambre, y hoy hay tacos que puedes prepararte tú mismo.

Alejo de mi mente todos mis pensamientos sobre Brian y abro mi puerta, pero me encuentro con que Breaker le ha dado la vuelta al coche y la está abriendo él mismo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, mirándolo y dándole la mano.

—Ayudarte a salir.

—¿Y por qué iba a necesitar ayuda?

—Eeeh… No sé… No sueles ponerte vestidos a menudo, así que no estaba seguro de que supieras andar llevándolo puesto.

Le planto la mano en la cara, y él suelta una carcajada y se aparta.

—¿Es que no puedo portarme como un caballero sin que tengas que castigarme?

—¿Es que no puedo llevar un vestido sin que tengas que burlarte de mí?

La expresión le cambia por completo antes de contestar.

—Sí que puedes, y si no te lo he dicho antes, estás preciosa, Lia. —Sus ojos azul claro se clavan en los míos, tan sinceros que casi parece que… es real. Que su mano sobre la mía es real, y sus palabras nacen desde otro lugar, y no solo de la amistad.

—Gracias —contesto, esperando a que me lleve hacia la puerta, pero no lo hace.

Se queda quieto delante de mí, examinando el vestido largo de color azul marino que he conjuntado con unos cuantos collares dorados. Me he hecho unas ondas en el pelo, justo como hizo el peluquero ayer, y he añadido un poco de rímel para destacar mis ojos.

Su mano se desliza hasta mi pelo, y enrosca un mechón con el índice y el pulgar.

Por algún motivo, contengo el aliento cuando vuelve a mirarme a los ojos.

—No necesitas un vestido para estar preciosa. Estás preciosa solo con unos pantalones cortos de franela y una camiseta, pero con esto también estás genial.

Trago saliva con dificultad, y siento los nervios a flor de piel, porque… ¿qué está pasando? Es como si le hubieran activado un interruptor… o se lo hubieran apagado, y está siendo más… cariñoso. Sus cumplidos parecen más íntimos. Y su mirada es algo hambrienta.

Antes de poder procesar nada, vuelve a cogerme de la mano y me acompaña hasta la puerta

principal.

—¿Has visto alguna vez un bar de tacos desayuno? —pregunta, como si no acabara de escudriñarme el alma con su mirada dominante.

—Eeeh… no.

—Se te hace la puñetera boca agua. Huxley pide un *catering*. Hay mimosas, Bloody Mary (de los mediocres, claro), un mostrador enorme con fruta y toda una variedad de *croissants* que seguro que te van a chiflar. A mí ya me han chiflado unas cuantas veces. —Se da unas palmaditas en el estómago.

—Sí, esta tableta de chocolate tuya es muestra de todos los *croissants* que te has comido —refuto.

Una sonrisa encantadora se extiende en sus labios antes de soltarme la mano y llamar al timbre.

—Te has dado cuenta de mi tableta, ¿eh?

—Hasta los astronautas de la Estación Espacial Internacional se han dado cuenta.

Se lleva la mano al pecho.

—No me halagues, si no, mi ego no cabrá por la puerta.

Le doy un empujoncito con el hombro y justo entontes la puerta se abre y aparece Huxley al otro lado.

Cabe destacar la genética de los hermanos Cane, porque cada uno de ellos es increíblemente guapo. Todos son morenos, tienen la mandíbula cuadrada, cuerpos esculpidos y personalidades que harían que cualquier actriz de primera se enamorara de ellos.

Huxley es alto y tiene ese aire oscuro y malhumorado, pero es capaz de perderlo rápidamente cuando hace falta, como ahora mismo, cuando me sonríe.

—Lia, me alegro mucho de verte. Hace mucho que mi hermano no te traía por aquí. Enhorabuena por tu compromiso.

—Gracias —contesto—. Y enhorabuena por tu boda también. Breaker me enseñó fotos.

—Debería haberte traído —añade Huxley, mirando a su hermano fijamente.

—Charise fue buena acompañante —opina Breaker, haciéndose a un lado.

—Lia habría sido mejor. —Huxley se aparta también y nos hace un gesto con la mano para que pasemos—. Todo está en el jardín. Que aproveche.

—Gracias —respondo, antes de entrar en su preciosa casa.

En el vestíbulo hay una fotografía enorme de Lottie y él el día de su boda. El sol se está poniendo al fondo. Él la sujeta de la barbilla con posesividad para besarla. Es rudo, hermoso…, erótico, una fotografía que Brian y yo no nos haríamos nunca.

Una postura en la que Brian nunca me sujetaría.

Un beso que creo que nunca nos hemos dado.

Él no es así, no tiene esa naturaleza hambrienta, arrebatadora. No me considera suya y de nadie más. No me mira y piensa… «mía».

Eso nunca me había molestado, pero por algún motivo, al mirar esta fotografía de Lottie y Huxley, y después de lo que me dijo Brian anoche…, ahora sí me molesta.

—¿Estás bien? —pregunta Breaker, acudiendo a mi lado.

—Sí —respondo—. Es una fotografía preciosa de los dos.

—Fue una boda preciosa —añade, y luego me coloca la mano en la parte baja de la espalda, justo sobre la curva de mi culo—. ¿Lista para unos tacos? —me susurra al oído antes de acompañarme hasta la parte trasera de la casa, y siento que la palma de su mano casi me abrasa la piel a través de la tela del vestido.

—Sí —contesto con voz entrecortada.

Él no parece darse cuenta, porque me lleva hasta donde están J. P. y Kelsey llenando sus platos mientras Lottie sirve una copa de champán.

—Hola —saluda Breaker con un gesto de la mano, y los tres pares de ojos aterrizan sobre nosotros —. He traído a Lia conmigo, porque la verdad es que se ha invitado ella misma.

Le doy un pellizco en el costado, y él se echa a reír.

—Por culpa de eso, ahora te vas a enterar —le susurro. Me giro hacia todos—. Breaker ha dicho que los Bloody Mary son mediocres.

—Ay, qué cabrona —murmura, y ahora me río yo.

—¿Qué? —pregunta J. P.—. Mis Bloody Mary no son mediocres.

—No tienes ni idea de lo que acabas de hacer —musita Breaker.

—Me lo puedo imaginar —respondo, y veo que J. P. deja su plato, agarra a Breaker y se lo lleva hacia las bebidas, donde revisa cada uno de los pasos sobre cómo preparar el Bloody Mary perfecto.

—Hola, Lia. —Kelsey me saluda con la mano y coge un plato—. Puedes servirte tú misma.

—Gracias. —Cojo el plato que me tiende y me giro hacia el bufé.

Bajo un calentador parece haber un montón de tortillas apiladas. Hay huevos revueltos, varios quesos, salsas, frijoles fritos, beicon, salchichas, aguacate y cilantro. Breaker tenía razón. Tiene una pinta espectacular. A la derecha hay una fuente gigante de ensalada de fruta compuesta por fresas, arándanos, frambuesas, moras y cerezas. Y a su vez, a su derecha…, los *croissants* con un cuenco de mermelada.

—Qué pintaza —afirmo.

—Tómate tu tiempo —dice Kelsey—. Vamos a pasar aquí unas horas, disfrutando despacio del bufé. Es un evento. Yo empezaría por un par de tacos y una bebida.

Lottie se coloca a mi lado.

—Y luego ve a por el cuenco de fruta para aclarar el paladar.

—Después, el *croissant*. Uno solo, para empezar —añade Kelsey.

—Seguimos con un poco de agua —continúa Lottie—. Luego otro taco, luego un *croissant,* luego la fruta… y luego otro *croissant*.

—Todo ello despacio y acompañado de las bebidas alcohólicas. —Kelsey me entrega una mimosa.

—No me voy a acordar de todo eso, así que puede que necesite vuestra ayuda.

—No hay problema —afirma Lottie, y luego señala hacia la mesa que hay al otro lado de la piscina —. Acompáñanos allí, a no ser que quieras escuchar a J. P. soltar una perorata de media hora sobre cómo hacer los mejores Bloody Mary.

—Más vale que lo suelte de una vez —comenta Kelsey—. No quiero oírlo cuando volvamos a casa.

Riéndome para mis adentros, lleno mi plato con dos tacos compuestos de huevos revueltos, frijoles fritos, queso, beicon y aguacate y después me voy al otro lado de la piscina, a la sombra, con las chicas. Justo lo que quería.

—Me alegro mucho de que Breaker te haya traído —dice Kelsey—. Siempre le pedimos que lo haga, pero dice que pasas muchos fines de semana con tu prometido.

Asiento.

—Sí, este fin de semana está fuera de la ciudad, así que me he quedado libre.

—Bueno, pues me alegro —opina Lottie—. Por cierto, las manoplas de punto que nos regalaste son mis favoritas de entre todas las cosas.

—Las mías también —añade Kelsey—. Necesito saber cómo las hiciste. Hace tiempo que estoy buscando un *hobby,* pero no sé por dónde empezar.

Lottie se aferra a la mesa.

—Ay, madre mía, deberíamos montar un club de punto.

—No me toméis el pelo. Yo siempre he querido unirme a un club de punto.

—Ah, pero no te estamos tomando el pelo. —Lottie mira por encima del hombro—. Myla, por aquí.

Yo me doy la vuelta y veo a Ryot Bisley, el antiguo tercer base de los Chicago Bobbies —y lo sé porque me lo ha contado Breaker—, y a su mujer, Myla. Hace poco unieron fuerzas con los hermanos Cane, así que no me sorprende verlos aquí.

Ryot le tira de la mano a Myla y le susurra algo al oído. Los observo mirarse a los ojos. De ellos

asoma una muestra de afecto, y entonces él le pellizca la mejilla y le da un beso ligero en los labios.

Solo con verlos, noto una sensación de vacío en el estómago al pensar «Yo también quiero eso».

¿Pero es que no lo tengo ya? ¿No tengo eso con Brian?

Quiero creer que sí. Quiero poder sentarme aquí y pensar que, si hubiera traído a Brian a esta comida, no me enviaría por ahí y se centraría en el hombre poderoso que tiene al alcance de la mano, sino que me susurraría al oído y me agarraría de la mano para demostrarle a todo el mundo que soy suya.

Myla se acerca, y su cuerpo voluptuoso es toda una visión. No me extraña que Ryot observe cómo se aleja. Dios, si ni siquiera yo puedo quitarle la mirada de encima.

—Hola, chicas. No nos conocemos —dice al verme—. Me llamo Myla. —Extiende la mano, y yo se la estrecho.

—Soy Lia, la mejor amiga de Breaker.

—Ah, he oído hablar mucho de ti. Enhorabuena por tu compromiso.

—Gracias —contesto, aunque estoy empezando a sentir que no hay de qué darme la enhorabuena.

—¿No vas a comer? —pregunta Lottie antes de darle un bocado enorme a su taco.

—Por favor. —Myla se sienta—. No me perdería una barra de tacos por nada del mundo. Ryot me ha dicho que cogería un plato y me lo traería después.

—Qué atento —opino.

Myla sonríe al mirar a Ryot.

—Así es Ryot, siempre piensa en mí antes que en él mismo. —Myla arquea las cejas varias veces—. Hasta en la cama. —Luego se inclina para acercarse más a nosotras—. Chicas, anoche, y no estoy de broma, estoy segura de que tuve una experiencia extracorporal.

—Por favor, cuéntanoslo —dice Lottie, y a mí se me ponen las mejillas coloradas—. Y después nos centraremos en el club de punto, porque voy muy en serio.

—Guau, me encanta hacer punto —afirma Myla.

—Entonces creo que ya es oficial —interviene Kelsey, antes de beber de su mimosa—. Nos vamos a convertir en tejedoras, y Lia nos lo enseñará todo.

—Espera… —nos detiene Myla—. ¿Fuiste tú quien hizo esas manoplas de punto?

—Sí, fui yo.

—Vale, tienes que enseñarme, porque me encantan esas cosas.

Madre mía, qué guapa y simpática es.

—¿Ves? —dice Lottie—. Son un éxito de masas, y un regalo de bodas mucho mejor que la esfera de cristal que nos regaló uno de los clientes de Huxley. ¿Qué demonios se supone que vamos a hacer con eso? Huxley quiere empeñarlo y luego donar el dinero a quien sea, como, por ejemplo, metiéndolo en una tarjeta y luego dándosela a cualquiera y marcharnos. Y entonces le dije: «¿Y qué pasa si ese socio viene alguna vez a nuestra casa y quiere ver la esfera?». Nada, teníamos que quedárnosla. Así que está guardada en un armario. En fin. —Se gira hacia Myla—. Cuéntanos lo del sexo.

—A Ryot le encanta hacérmelo con la boca. Creo sinceramente que es una de sus cosas favoritas. —Yo cojo mi bebida y empiezo a darle sorbos, porque nunca he tenido conversaciones tan abiertas como esta. Ni siquiera con Breaker. En realidad, con Breaker nunca—. Pues bueno, anoche me estaba succionando el clítoris mientras me metía un vibrador, y casi salté de la cama.

La bebida se me va por otro lado y empiezo a toser.

—¿Estás bien? —pregunta Kelsey, frotándome la espalda.

—Sí, lo siento. —Toso unas cuantas veces más—. Es que se me ha ido por otro sitio.

—¿Estás segura?

Yo asiento y noto que las mejillas me arden de la vergüenza.

¿Un vibrador mientras se lo está comiendo? ¿Quién iba a imaginarse que eso pudiera ser siquiera una combinación?

—Huxley me hizo lo mismo la otra noche, y creo que es el mejor orgasmo que he tenido nunca. Sí, me encanta cuando lo tengo dentro, claro, pero es que su lengua tiene algo que me hace perder la cabeza.

—Me pasa lo mismo con J. P. —explica Kelsey—. Pero él prefiere usar los dedos antes que un vibrador, y yo también, porque así da justo en el lugar adecuado.

—¿Y a ti qué, Lia? —pregunta Myla, y todas las miradas se clavan en mí.

—Eeeh… —Miro a mi alrededor—. Bueno, Brian… Eeeh… Mmm…

No se acuesta conmigo muchas veces.

No le gusta comérmelo.

No le gusta que le haga una mamada porque dice que no se la hago bien…

—No le va mucho lo oral —declaro, y la mesa se queda en silencio.

El ambiente pasa de agradable y divertido a raro e incómodo.

—Pero estamos trabajando en ello —añado, por desesperación y para no parecer una pringada total—. Suele estar muy ocupado, así que es difícil encontrar tiempo, sobre todo porque no vivimos juntos.

—Ah, sí, cuando viváis juntos eso cambiará —dice Lottie, pero puedo adivinar que lo dice solo por ser agradable.

—Claro que sí —recalca Myla.

—Vivir juntos lo cambia todo. —Kelsey sonríe.

—Y ya no tendrás a Breaker al otro lado de la pared, lo que ayudará seguro —insiste Lottie—. No me puedo imaginar cómo debe de ser.

—Sobre todo después de tropezarnos con aquella chica que fue a tu boda —interviene Kelsey, intentando recordar lo que dijo—. ¿Cómo se llamaba?

—Charise —contesto.

—Ah, sí. —Lottie chasquea los dedos en mi dirección—. Madre mía, nos dijo que nunca había tenido unos orgasmos como los que le provocó Breaker.

¿«Unos»?

¿En plural?

—No dejó de hablar de lo mismo mientras estábamos en la tienda, fue un poco incómodo. Dijo que tenía muchas ganas de volverlo a ver y nos pidió que le dijéramos algo, pero no lo hicimos —confiesa Kelsey—. No le van las relaciones serias.

—Lo que me da que pensar… —comienza Lottie, mirando hacia los hombres— que puede que hayamos subestimado al menor de los hermanos Cane. Aparenta ser dulce y encantador, pero apuesto a que es el más sexy en la cama de los tres.

—Me lo puedo imaginar —apunta Myla.

—Yo creo que no hay duda alguna —afirma Kelsey—. Estoy segura de que es así. No hay más que mirarlo. Ningún hombre puede tener esos ojos y no matar a nadie a polvos.

Ay.

Dios.

Mío.

No creo que pueda volver a mirar a Breaker de la misma manera.

—Además —continúa Kelsey—, y me tenéis que prometer que jamás diréis que os lo he contado, J. P. me contó una vez una historia sobre Breaker.

Lottie se limpia la boca con una servilleta.

—Cuenta. Breaker siempre ha sido un misterio para mí. Necesito saber más.

Kelsey me mira.

—Seguro que ya lo sabes, pero J. P. me contó que una vez fue a un viaje de negocios con Breaker y que se ligó a una chica en un bar. Se la llevó al ático que compartía con J. P. Dijo que nunca había oído correrse a una chica tantas veces como aquella noche. Y no fue solo en su habitación. Al

parecer, a Breaker no le importó hacerlo en la cocina, o sobre la mesa del comedor, o en el balcón.

Trago saliva con dificultad y siento que una fina capa de sudor me baña la piel. ¿Por qué no me lo puedo imaginar? ¿Por qué no puedo visualizar su cuerpo fuerte y masculino dándole duro a una mujer en un balcón?

—¿Con su hermano en la otra habitación? —pregunta Lottie, y menea la cabeza—. Madre mía, qué arriesgado, pero qué cachondo también. A mí me va un poco todo eso de que la gente pueda pillarte, pero, claro, Huxley nunca lo haría.

—Ryot tampoco —dice Myla—. No sé cuántas veces me ha susurrado «Eres mía» al oído.

—Lo mismo digo —admite Kelsey—. J. P. preferiría cortarse el pene antes que permitir que nadie me viera desnuda.

Pienso en Brian y en qué haría él. Lo primero que se me ocurre es que lo haría… si la gente nos pagara. ¿No es una idea asquerosa?

—En fin —prosigue Lottie—. Volvamos a lo del club de punto. ¿Qué necesitamos para empezar?

Y así, sin más, volvemos al punto.

No sé si podré recuperarme de esta conversación, porque, joder, me he enterado de demasiadas cosas sobre mi mejor amigo, cosas que no sabía. *Varios orgasmos*. No sabía que eso fuera posible. Y entonces vuelvo a recordar lo que Breaker me dijo ayer.

«Joder, si fueras mi prometida, mi mujer, nunca te dejaría salir del dormitorio. Tendrías la voz ronca de tantos orgasmos que te hubiese provocado». Ronca. De cada maldito orgasmo.

Me aclaro la garganta e intento actuar con normalidad cuando la imagen de Breaker follando con alguien se asoma a mi mente.

—Eeeh… Bueno, necesitamos lana.

—Esperad. —Lottie saca su móvil y empieza a teclear—. Voy a tomar notas. Esto se va a hacer sí o sí.

Todas las chicas llevamos un *croissant* en la mano, y hacemos un brindis con ellos en el centro de la mesa y luego le damos un bocado.

Ay, Dios, qué delicia de mantequilla y hojaldre, con un toque de mermelada. Madre mía, creo que es lo más rico que me he comido nunca.

—Ay, Dios, qué bueno está —afirmo, con la boca llena.

—Si no me preocupara tanto la circunferencia de mi cintura, me los comería todos los días —asegura Lottie—. Reign es nuestro chef, y se pasa toda la tarde preparándolos para que al día siguiente estén bien calientes. Y su mermelada casera está increíble.

—J. P. quiere robar a Reign, y me ha pedido que lo ayude —explica Kelsey—. Le he dicho que no pienso meterme en medio de esa pelea.

—Muy bien hecho, hermana —contesta Lottie, mirando fijamente a Kelsey, aunque en broma.

—¿Sabéis? —Myla examina su *croissant*—. Puede que le pida a Ryot que se meta en la lucha por robar a Reign. A mí no me importa la competencia amistosa.

Lottie fulmina a Myla con la mirada.

—No hace falta que te recuerde que soy peleona, y que no me importa usar mis uñas como garras.

Myla se inclina antes de contestar.

—No hace falta que te recuerde que crecí en un hogar militar, donde aprendí a defenderme. Te destruiré.

—Tengo rabia secreta —rebate Lottie, y todas nos echamos a reír.

—Eso no es nada para mí —contraataca Myla, con una mirada perversa.

—¿Sabéis? —interviene Kelsey—. A lo mejor os hago un favor a todos y lo robo para J. P., y así, no tendremos que ver la rabia de nadie.

—O me lo puedo llevar yo —apunto, levantando la mano.

Todas las chicas se giran hacia mí, pero Lottie es la primera en sonreír.

—Creo que encajarás muy bien.

—Estoy de acuerdo —anuncia Kelsey.

—Yo también lo creo.

Le doy un sorbo a mi mimosa y sonrío, porque yo también estoy completamente de acuerdo. Esto es exactamente lo que buscaba: un grupo de chicas con las que poder hablar, crear una conexión y simplemente reír cuando sienta que el mundo se está desmoronando a mi alrededor.

Por supuesto, tengo a Breaker, pero durante el tiempo en que no nos hablamos sentí que no tenía a nadie, y eso me hizo ponerme enferma. Hablar con estas chicas, hacer amigas, es uno de los puntos de mi lista de cosas por hacer: crear un círculo de confianza. Sé que es pronto, pero este podría ser el principio.

—No nos has contado nada sobre la boda —dice Kelsey.

—Cierto —afirma Lottie—. Lo único que sé es lo guapísima que estás con tu vestido.

—¿Os habéis enterado? —pregunto.

—Sí. Breaker se lo contó todo a Huxley. Creo que la frase exacta fue: «Me dejó sin aliento».

—Guau, si Breaker dijo algo así, no puedo ni imaginar lo que dirá tu prometido —añade Myla.

Sí, me pregunto qué diría Brian. Sé lo que piensa su madre: no es muy fan.

No lo fue de ninguno de los tres vestidos que me obligó a comprar.

—Estoy segura de que le encantará —respondo, aunque no estoy completamente segura, sobre todo después de su reacción de anoche sobre mi pelo y mi ropa.

—¿Dónde será la boda? —pregunta Kelsey.

—En el club The Pier 1905 —contesto—. La familia de Brian es miembro. La boda se celebrará en los jardines.

—Ah, qué bonito —añade Kelsey.

—Sí —respondo, suspirando, y entonces me doy cuenta de que esta podría ser una buena manera de estrechar lazos con las chicas de una forma más profunda—. No es mi lugar ideal, pero tengo que conformarme porque mi futura suegra es pariente lejana del mismísimo Lucifer.

—¿En serio? —pregunta Lottie, dejando su bebida en la mesa y girándose hacia mí—. ¿Es una de esas madres que quieren controlarlo todo?

—Sí. «Madre» tiene pensada una boda por todo lo alto, y ninguna de mis ideas entraban en su radar ni de lejos.

—Pero ¿cómo es que se ha salido con la suya? —inquiere Kelsey—. ¿Lo sabe Brian?

—Ay, sí, lo sabe, y le da absolutamente igual. No para de decirme que deje que su madre tome todas las decisiones porque la boda no es una unión por amor a ojos de su familia. Es más bien un espectáculo circense. Es evidente que yo no opino lo mismo.

—Uf, ¿por qué él no te apoya? —pregunta Lottie.

Gran pregunta.

—Es un niño de mamá, y estoy segura de que sigue creyendo que debe hacer cualquier cosa para agradar a Madre. También se la conoce como «La Beave». Él siempre busca la aprobación de sus padres, y este es solo un ejemplo más.

—Bueno, pues es ridículo —interviene Kelsey, indignada—. Aunque me gusta el apodo. Tu boda debería ser uno de los días más especiales de tu vida, no girar en torno a la versión del amor de otra persona.

—Estoy de acuerdo. Breaker me ha estado ayudando mucho a evitar que las cosas no se pongan demasiado feas. Mi suegra quería que nos casáramos en una iglesia, pero Breaker me ayudó a cambiarlo al jardín. Los vestidos que quería que me pusiera eran atroces, y Breaker se plantó también. Para ser sincera, estaría perdida sin él.

Kelsey y Lottie intercambian algún tipo de mirada cómplice antes de girarse hacia mí.

—Eso es porque Breaker siempre piensa en ti primero —responde Kelsey con suavidad—. Te

adora. Estoy segura de que a ti no te dice todas las cosas que nos dice a nosotras, pero tú eres su prioridad. No hay duda alguna.

Miro por encima del hombro y encuentro a Breaker riéndose con sus hermanos y con Ryot, todos ellos con un Bloody Mary en la mano y con aspecto de formar parte de un grupo de modelos de la revista *Men's World Fitness*, listos para una sesión de fotos nueva. Breaker me mira al mismo tiempo, y con un simple guiño en mi dirección, el corazón me da un vuelco.

—Sí, siempre tú primero —secunda Lottie, y todas damos un sorbo a nuestras bebidas.

—¿Has probado los *croissants*? —pregunta Breaker, sentándose en mi hamaca y colocándome una mano sobre la pierna.

—Sí —contesto, y noto otra vez el calor de la palma de su mano.

—¿Y…?

Intento mirar a cualquier parte que no sean sus ojos, pero es inútil. Son de un azul intenso, y me atraen hacia ellos, a su expresión reconfortante y cálida.

—Estaban geniales —consigo decir.

—Te lo dije. —Me da un apretón en la pierna—. Parece que te lo estabas pasando bien con las chicas. ¿Qué es eso que he oído de un club de punto? ¿Y cómo puedo conseguir una invitación? Apuesto a que Lottie y Kelsey no tienen ni idea de mis habilidades.

Su encanto relaja la tensión que estaba sintiendo.

—Tu habilidad con el punto no puede calificarse siquiera como habilidad. Puedes tejer una línea, y ya estoy exagerando.

—¡Mentira! —replica—. Tejí una bufanda.

—Tu «bufanda» tenía tres líneas tejidas juntas, y dijiste que era para un ratón.

—Sí, bueno, es que los ratones también necesitan estar calentitos. Y a lo mejor, si me invitáis al club de punto, podría hacer algo más con mis habilidades, como por ejemplo un sombrero de punto.

—La última vez que intenté enseñarte, pinchaste la pared con la aguja de tejer porque estabas frustrado.

—El ovillo me estaba poniendo a prueba. Ahora estoy mejor, menos temperamental.

—Sí, claro.

Él asiente.

—Hazme un sitio. —Me aparto a un lado de la hamaca y entonces Breaker se sienta junto a mí y me pasa un brazo por encima de los hombros. Nos quedamos aquí, recostados, mirando el cielo nublado mientras todo el mundo a nuestro alrededor charla y disfruta de las mimosas que quedan y de los, al parecer, no tan mediocres Bloody Mary de J. P.

—¿De qué más habéis hablado?

De que probablemente seas un semental en la cama.

De que hiciste que una chica se corriera tantas veces en la misma noche que hasta J. P. estaba impresionado.

—Eeeh… de cosas —contesto.

—¿Cosas? Qué descriptivo. Guau, nunca me lo habría imaginado. —Le doy un codazo en el estómago y se echa a reír—. En serio, ¿de qué habéis hablado?

—De la boda y de cuánto pareces preocuparte por mí.

—Es que me preocupo por ti. —Me estrecha más fuerte para que pueda apoyar la cabeza en su pecho—. Eres importante para mí. ¿Les has contado que he sido tu caballero andante contra La Beave?

—Con una explicación igual de larga pero no tan excéntrica.

—Creo que es relevante saber que he sido el héroe del viaje hasta el altar. Es de suma importancia.

—¿Para quién?

—Para el mundo.

—Qué ridículo eres.

—Puede, pero has sido tú quien me ha convertido en Pepinillo de Honor.

—¿Cómo se me iba a olvidar? —pregunto, y su mano me acaricia el hombro. El contacto humano me resulta agradable. No se trata solo de cogerse la mano o darse un beso en la mejilla. *¿Me echa Brian de menos cuando se va? ¿Echa de menos abrazarme? ¿Tocarme?*

—Espero que no. ¿Habéis hablado de algo más?

—De unas cuantas cosas —respondo—. Pero no es algo que quiera comentar en el jardín de la casa de tu hermano.

—Vale, ¿nos vamos entonces?

—No hace falta. Es que no es nada importante.

—Sí, pero si nos quedamos más tiempo, J. P. me hará beber otro Bloody Mary, y no creo que pueda digerirlo. He estado alargando el que me dio hace dos horas y después lo he tirado sobre un arbusto cuando no estaban mirando.

—No es verdad.

Señala hacia un arbusto bien podado que hay a la derecha, cerca de la puerta.

—Ese, justo allí. Si empieza a morirse, sabremos por qué.

—Aaah… Otro secreto con el que te puedo amenazar.

—Vale. —Breaker se deja caer sobre su sofá y se coloca las manos detrás de la cabeza—. Saca todos los trapos sucios. Cuéntame de qué habéis hablado.

Al volver a nuestro edificio, fui a mi casa y me cambié porque no pensaba pasar el rato en casa de Breaker con un vestido puesto. Me puse unos pantalones cortos de franela y una camiseta normal. También me quité el maquillaje, porque notaba los ojos raros. Breaker también se puso sus pantalones cortos de deporte y una camiseta con un dibujo de los mecanismos internos de un ordenador. Él cree que es guay, y yo le digo que es una de las cosas más frikis que tiene.

—De verdad, no ha sido gran cosa —insisto, sentándome con las piernas cruzadas en su sofá y agarrando un cojín.

—Sí que debe de ser gran cosa cuando no has querido hablar de ello en el jardín, así que suéltalo ya, Lia. ¿De qué se trata?

—Madre mía, qué pesado eres. Vale, pero no puedes burlarte ni reírte de mí, ¿queda claro? Soy un poco susceptible con ese tema.

—Vale —contesta, poniéndose recto y girándose hacia mí—. ¿Qué es?

—Bueno, Myla empezó a hablar sobre… eeeh… cómo… disfrutaban Ryot y ella.

—¿Follando? —pregunta Breaker.

—Sí, follando. Y antes de que digas que no es para tanto, sí que es para tanto, porque normalmente no hablamos de esas cosas, así que me siento incómoda, ¿vale?

—Vale —contesta para tranquilizarme, y me alegro de que se haya dado cuenta de mi tono y que no se esté riendo de mí.

—Bueno… Estaba hablando de que Ryot es muy bueno haciendo… el oral, y entonces Kelsey y Lottie intervinieron. Yo me sentí rara, porque Brian en realidad no lo hace, y cuando intento hacerlo yo… me empuja y me dice que…, bueno, que no se me da bien.

—¿Te ha dicho eso? —inquiere Breaker, con el ceño fruncido de rabia.

—No con esas palabras exactas, pero sí. Y, no sé, escucharles hablar sobre su vida sexual, me hizo pensar que a lo mejor tengo que mejorar la mía. Puede que deba esforzarme más.

—Lo dudo —responde, apartando la mirada.

—Eso no lo sabes. A lo mejor soy pésima en la cama.

—Ophelia —me dice, con voz tensa—, no eres pésima en la cama.

—Tú no lo sabes. Por lo que sabemos, podría ser un saco muerto. O sea, yo pensaba que sabía

hacer bien una mamada, pero a lo mejor no. —Lo miro a los ojos—. A ver… ¿Qué es lo que a ti te gusta cuando te lo hace una mujer?

Se rasca la nuca.

—Cada hombre es distinto.

—Pero se trata de una boca sobre tu pene. Estoy segura de que a todos los chicos les gusta tener una boca en su pene, así que… ¿qué es lo que te gusta a ti?

Se aclara la garganta. Está incómodo. Claro que sí. Madre mía, apuesto a que nunca se ha tenido que quejar de que uno de sus rollos haya sido mala en la cama. Seguramente, todas hayan tenido más experiencia que yo, sobre todo visto que él es un semental prodigioso en la cama. No me extraña que esté incómodo. Es el hermano Cane más sexy y con más talentos perversos.

—¿Sabes qué? No importa. Ha sido una estupidez. No debería haberlo mencionado. Es solo que no creo que mi vida sexual sea buena, ¿y no debería serlo antes de casarme? ¿No deberíamos estar haciéndolo todo el rato? ¿Incluso por teléfono? Nosotros… no estamos así. Él se va a dormir y ni siquiera me hace la cucharita. Me sigo repitiendo que es porque está agotado por el trabajo, pero… Huxley, J. P. y Ryot también lo están, y aun así…

—Me gusta cuando la chica juega primero con la punta, despacio —anuncia con voz profunda, casi torturada. Levanta la mirada hacia mí y entonces entiendo lo que acaba de decir. Su mirada es tan intensa que me quedo cautivada de inmediato. *Atrapada*—. Me gusta que jueguen, que me provoquen, no saber si tengo permiso para entrar en su boca. Me gusta cuando recorren el glande con la lengua y luego dan unos golpecitos debajo, una y otra vez, hasta ponerme tan duro que necesite más. —Las mejillas me arden. Estoy embelesada—. Me encanta acunarle la mejilla para demostrarle que si me la quiere comer, yo también quiero que lo haga. Y cuando al fin me mete en su boca cálida y húmeda, me encanta mirarla a los ojos, ver cómo se le llenan de lágrimas, cómo se la desliza hasta el fondo de la garganta. Y cuando empieza a metérsela y sacársela, rezo para que me la roce con los dientes, solo lo justo como para atormentarme.

—Ah —respondo, removiéndome y con todo el cuerpo caliente. Esta es… es la primera vez que le he oído hablar así, y me está alborotando en todos los sentidos—. Y… eeeh… ¿te corres así?

—Muy fuerte —contesta—. Y prefiero que mi chica se trague mi semen, porque me gusta ver cómo se le mueve la garganta mientras se me pone rígida dentro de su boca.

Se me ha secado la boca.

Noto un dolor pulsante entre las piernas porque, Dios mío, nunca me lo habría esperado de él. A ver, sí, sabía que tenía un lado guarro —me lo han contado—, pero lo de arañar con los dientes… Esto es a lo que se referían las chicas exactamente.

—Entiendo. —Asiento despacio—. Bueno, ha sido muy instructivo.

—¿Qué te gusta a ti cuando te lo come un chico? —pregunta.

—Eeeh… Bueno… No estoy muy segura, porque Brian no lo hace.

—Yo sí lo haría —contesta rápidamente, humedeciéndose los labios. Me mira a los ojos con intensidad—. Yo sí se lo comería a mi chica. Porque estaría desesperado por probarla, por darle placer y volverla loca, le separaría las piernas lentamente y recorrería la parte interior de sus muslos para provocarla. Besaría cada milímetro de su piel hasta verla gotear por mí, lista para que la devorase mi lengua. Su clítoris estaría tan duro que podría darle golpecitos con la lengua. Ella estaría ya jadeando, casi sin aliento. Le abriría los labios con los dedos para arrastrar la lengua por el clítoris de una pasada larga.

Ay, joder, ¿por qué lo estoy sintiendo*?*

—Eso es… eeeh… —Aprieto los muslos—. Eso estaría genial.

—Y eso solo sería el principio. Me encanta oír gritar a mi chica, que me tire del pelo, que me clave los talones tanto en la espalda que todavía lo note al día siguiente. Me encanta succionarle el clítoris, provocarla, meterle los dedos y que me resbalen en la cara sus líquidos. Y luego me gusta volver a repetirlo. Lo tomo todo. Tomo cada gota de placer que ella sienta, y entonces me permito correrme,

cuando sé que no le queda nada más que darme.

La piel me empieza a sudar y siento que las venas me pulsan.

Aprieto los labios.

—Bueno, eso es… Así no es como lo hace Brian. —Ni de lejos—. Así que ha sido muy instructivo. A lo mejor debería probar con eso de dar golpecitos con la lengua.

—¿Quieres probarlo? —pregunta.

—¿A qué te refieres?

—¿Quieres hacerle una mamada a Brian?

—A ver, ¿no es lo que se supone que debo hacer?

—No se supone que debas hacer nada. Pero cuando una mujer me hace una mamada, es porque ella quiere, porque le apetece tanto mi polla que no puede pasar sin probarla. Quiero que mi chica esté desesperada, necesitada, y que me ruegue, para que cuando se la meta en la boca, la adore. Igual que adoraría yo su coño anhelante.

Joder…

Madre mía.

«Porque le apetece tanto mi polla que no puede pasar sin probarla. Igual que adoraría yo su coño anhelante».

Escucharle decir la palabra «coño» es otro nivel. Sus labios la pronuncian como si la repitiera todo el tiempo. Seguramente lo haga. Esta conversación me ha demostrado exactamente el tipo de hombre que es cuando está en la intimidad con una mujer. Le gustan las palabras guarras, es apasionado y dominante. Un marcado contraste contra el amigo dulce y divertido al que conozco tan bien.

—Bueno, yo quiero darle placer —afirmo—. Creo que todo el mundo quiere saber darle placer a su pareja.

¿Encuentro la polla de Brian tan apetecible que no puedo pasar sin probarla? Evidentemente, no.

—¿Qué es lo que haces con él? —pregunta, acercándose más a mí y quedándose a tan solo unos centímetros. Nuestras rodillas se chocan y coloca el brazo a mi espalda.

¿Acaso sabe… lo cachonda que estoy por esta conversación? ¿Se ha fijado en mis mejillas sonrojadas o en la capa fina de sudor que tengo sobre toda la piel?

Dios, espero que no.

—Eeeh… ¿Qué hago con Brian? Bueno. —Me aclaro la garganta, incómoda. Soy yo quien ha empezado esta conversación, así que, ya puestos, mejor ir a por todas—. Evidentemente, nos besamos.

—Eso se da por hecho —dice, desviando la mirada hacia mis labios.

Yo tengo que apartar la mía porque casi me parece notar hambre en sus pupilas, pero podría tratarse solo de interés por el tema.

—Y ya sabes, nos tocamos. Me acaricia los pechos y… eeeh… —Trago saliva—. Yo le toco los testículos y el pene. Pero, más o menos, vamos directos al grano. Le gusta mucho follarme por detrás.

Ay, Dios, no me puedo creer que acabe de decir eso. Las mejillas me arden de vergüenza.

Breaker me tira de un mechón de pelo y lo retuerce en su dedo.

—¿Te da azotes cuando te está follando?

—¿Qué? —Pongo los ojos como platos antes de negar con la cabeza—. No. Nunca me ha azotado.

—Qué lástima. Apuesto a que te excitaría. —Dios Santo—. ¿Te desnudas para él? —inquiere, con voz tan profunda que apenas entiendo lo que me está diciendo.

Me froto los muslos con suavidad, intentando concentrarme en la pregunta y no en sus respuestas.

—Lo he hecho unas cuantas veces.

—¿Algún baile erótico?

—Eeeh… la verdad es que no. Pero me he comprado lencería que sé que le gusta. Era de encaje

negro y transparente.

Breaker se humedece los labios otra vez y asiente.

—Es muy sexy, Lia.

—¿Sí? —pregunto, y noto que las mejillas me arden ahora.

—Muy sexy. Me encanta que mi chica se ponga lencería. Me encanta cuando se quiere arreglar para mí, enseñarme su cuerpo, frotarse contra mí. La cuestión es provocar, así que aunque no estés cómoda haciendo un baile erótico, créeme, si estuvieras en lencería y te frotaras un poco contra mi polla, estaría la hostia de contento.

—Pero… ¿Y qué hago? ¿Sentarme ahí, sin más?

—Y mover las caderas. Su trabajo es enriquecer el momento subiendo las manos por tus muslos, así —dice mientras me recorre la pierna con los dedos, provocándome una punzada de deseo justo entre las piernas.

Joder, cómo me gusta.

—Ah —respondo, a duras penas.

—Y se supone que debe colocar la palma de la mano sobre tu estómago, sobre todo si estás de espaldas. Se supone que debe intentar tocarte los pechos, sin llegar a hacerlo del todo. Se supone que debe acercarse, pasar el dedo por la parte baja del pecho, y luego apartarlo. Se supone que debe ponerte tan cachonda que cuando vuelva a bajar la mano hasta tu estómago y juguetee con la cinturilla de tus bragas, abras las piernas todavía más. Deberías estar mojada, pulsante, tan cachonda que estés lista para correrte en cuanto te meta los dedos hasta el clítoris.

No puedo respirar.

No puedo hablar.

Casi no puedo escucharlo por culpa del rugido que me palpita en los oídos.

Cachonda… Sí, señor, ya lo estoy.

Sé que estoy mojada, sé que estoy pulsante, y que Breaker sabe exactamente cómo tentar a una mujer.

—¿Te mete el dedo?

—Eeeh… A veces —contesto.

—¿Se chupa los dedos después de metértelos?

—Mmm… No, Brian no es así.

—Pero eso es lo mejor —opina Breaker, antes de humedecerse los labios otra vez—. Me encanta probar a una mujer. Me encanta tener su sabor en la lengua mientras la penetro.

—Ah, ya, Brian no lo ha hecho —respondo como una tonta, intentando evadir su mirada magnética.

—¿Cómo te folla? ¿Te ata? ¿Deja que lo montes? ¿Usa juguetes?

Trago saliva y pienso que ojalá tuviera una bebida ahora mismo, algo que saciara la sed que me ha entrado con esta conversación.

—Solo lo normal, ya sabes, nada demasiado rebuscado. A ver, hacemos varias posturas, pero nada más aparte de eso. —Me tapo la cara antes de continuar—. Qué vergüenza.

—¿Por qué? —insiste, apartándome las manos de la cara.

—Porque es evidente que tú eres más voraz en la cama, y yo soy muy sosa a tu lado.

—No te compares. Solo conseguirás sentirte peor.

—Es difícil no compararse al hablar de juguetes y ataduras. Y antes, las chicas, con todo lo que han dicho sobre cómo se lo comían sus maridos. A lo mejor… a lo mejor me pasa algo malo.

Breaker me agarra de la barbilla con fuerza y nuestras miradas se encuentran.

—No te pasa nada malo. Ni una mierda. Solo se trata de química, y puede que… puede que no la tengas con Brian. —¿Por qué siento que tiene razón?—. Atarte, usar juguetes, ¿es eso lo que quieres?

—No sé lo que quiero, es solo… que creo que quiero más de lo que tengo ahora.

—Te mereces más —afirma, con voz entrecortada—. Tu coño se merece que lo chupen, que lo

consuman y que lo follen tan fuerte que no puedas caminar al día siguiente. —Me empieza a costar respirar, cada vez me falta más el aire—. Eres puñeteramente sexy, Lia, y si fuera yo…

—Toc, toc.

«Si fuera yo, ¿qué?», quiero gritar con todas mis fuerzas cuando se gira para mirar hacia la puerta.

Veo que frunce el ceño, y me pregunto si sabe quién ha venido, porque, sea quien sea, no parece muy contento.

—¿Quién es? —pregunto, como si Breaker fuera capaz de ver a través de la puerta.

—Ni idea. —Y por primera vez desde que lo conozco, lo observo acercarse a la puerta con la mirada fija en su trasero, en su culo prieto, mientras no dejo de pensar en lo que me acaba de decir: *«Eres puñeteramente sexy, Lia».*

Esas palabras se me repiten una y otra vez hasta que le escucho abrir la puerta.

—Ah, hola, ¿qué haces aquí?

—¿Está Lia aquí?

¿Brian? ¿Está aquí?

Me acerco al vestíbulo y veo a Brian con una maleta de viaje en la mano.

—Brian… Pensaba que estabas de viaje de negocios.

Él mira a Breaker y luego a mí otra vez.

—Lo estaba, pero no me gustó nuestra última conversación, así que he vuelto a pasar la noche. Tendré que marcharme mañana a primera hora.

—Ah. —Me retuerzo las manos y siento que la temperatura de mi cuerpo baja drásticamente.

—¿Podemos ir a tu casa, por favor? —Me ruega con la mirada.

—Claro. ¿Puedes darme un segundo? Te veré allí —contesto, y me levanto algo incómoda.

—Vale. —Brian mira a Breaker—. Me alegro de verte, tío.

—Sí, yo también —contesta Breaker, y Brian se marcha. Entonces cierra la puerta y se pasa la mano por el pelo. La camiseta se le levanta y atisbo la cinturilla de sus calzoncillos—. Así que ha venido Brian.

—Sí —respondo—. No me lo esperaba.

—No. —Breaker se apoya sobre la pared del vestíbulo y parece casi derrotado, aunque no sé por qué—. Entonces, probablemente deberías ir a hablar con él.

Doy un paso adelante. La necesidad de tocarlo es abrumadora, pero me contengo porque no sé qué podría pasar si lo hago, si me rindiera a esta sensación tan desconcertante que me recorre las venas. Quizá no pueda detenerme.

—Probablemente sí. —Doy unas pataditas con la punta del pie en el suelo y siento que debo decir algo más—. ¿Debería hablar con él de sexo?

Me mira fijamente.

—Si quieres… Si crees que es un buen momento…

—Creo que debe hablarse, ¿no? Nos vamos a casar dentro de cuatro semanas.

—Sí —resopla, y se separa de la pared—. Sí, Lia, ve a decirle lo que quieres, y no tengas miedo de contárselo todo. —Da un paso más, acortando la distancia entre los dos. Me mete un mechón detrás de la oreja y me habla con suavidad—. Dile que quieres su lengua entre las piernas. Dile que quieres que te provoque, que te tiente, que te haga sentir tan mojada que te correrías solo con que te retorciera los pezones entre los dedos.

Vuelve a faltarme la respiración, y mi mirada se desvía hacia su boca mientras continúa.

—Dile que quieres que te folle. Que te folle duro. Tanto que casi no puedas soportar que te clave la polla tan rápido, hasta que tengas un orgasmo brutal y no puedas pensar en el sexo más que de manera carnal.

Los pulmones se me encogen.

Los dedos de los pies me hormiguean.

Y mi cuerpo quiere derrumbarse aquí mismo, sobre el suelo, a causa de la energía erótica que me

recorre.

Quiero justo eso.

Quiero esa sensación carnal de la que Breaker me ha hablado.

Quiero sentir a un hombre tan dentro de mí que se me salten las lágrimas.

Quiero que me estiren, que me laman y que me follen hasta el punto de que no sea capaz de recordar nada más que la sensación innegable de él, y solo él.

—¿Y si no quiere follarme? —murmuro, cada vez más insegura.

Breaker se queda callado y me levanta la barbilla con el índice para obligarme a mirarlo a los ojos.

—Entonces es que no es tu hombre, Lia —responde con cuidado—, porque te mereces que te follen. Igual que te mereces que te adoren. *Mucho*.

Y antes de que me dé tiempo a responder, se marcha.

14

BREAKER

—Tío, ¿no acabas de marcharte? —pregunta J. P. al abrir la puerta. Lo aparto y me voy directo a la cocina—. Ah, pasa. Tampoco es que estuviera haciendo nada importante.

—¿Dónde están tus asquerosos Bloody Mary? —pregunto, rebuscando en su cocina.

—Eeeh… si te acuerdas, la comida fue en casa de Huxley. Lo tiene él todo —contesta J. P., siguiéndome a la cocina.

—¿Entonces dónde tienes el alcohol? Sé que tienes. ¿Dónde está?

—Vale, relájate un momento. —Apoya la mano en la encimera—. ¿Por qué estás tan agitado?

—Tú dame el puto alcohol, ¿vale? —Me siento en uno de los taburetes que hay frente a la isla y me paso las manos por el pelo.

—¿Qué está pasando? —pregunta Kelsey, que entra con expresión de preocupación.

—Al parecer, Breaker necesita alcohol, pero todavía tiene que contarme por qué.

—Porque estoy enamorado de mi mejor amiga, que se va a casar dentro de cuatro semanas. ¿Necesitas más explicación?

—No, con esa me basta —contesta J. P. como un gilipollas, y luego se acerca a un armario que hay a la derecha del frigorífico y saca una botella de whisky—. ¿Te vale con esto?

—Sí, lo que sea, no me importa. Tú dame algo, cualquier cosa.

Kelsey se sienta a mi lado y me coloca la mano en la espalda para tranquilizarme.

—¿Qué está pasando?

—Creo que voy a perder la cabeza. —El cuerpo me tiembla por la adrenalina y las emociones se apoderan de mí.

J. P. me coloca un vaso de whisky delante, yo me lo bebo de inmediato y se lo vuelvo a dar.

—Más.

—Vaaale —contesta.

Me trago el siguiente vaso, lo dejo y lo agarro con ambas manos.

—¿Os acordáis de cuando los dos estabais en San Francisco y todavía no erais pareja?

—Sí —contestan al mismo tiempo.

—¿Y la noche en que Kelsey salió con el otro tipo y tú, J. P., no supiste cómo manejarlo porque Kelsey te gustaba de verdad? Esa noche te pusiste como una cuba y enviaste aquel estúpido correo electrónico.

—Sí, por desgracia.

—Bueno, pues el dolor que sentías es lo que estoy sintiendo yo ahora mismo. —Me tiro del pelo —. Joder.

—¿Dónde está Lia ahora? —pregunta Kelsey.

—En casa… con Brian. —Golpeo la encimera con la palma de la mano—. Y lo peor de todo es que, gracias a vuestra charla de chicas durante la comida, me ha preguntado un montón de cosas sobre el sexo porque, al parecer, Brian es un maldito desastre en la cama y no se lo come.

—¿Qué? —pregunta J. P., disgustado—. Pero si eso es lo mejor, que tu chica se te corra en la lengua.

—Eso es lo que le he dicho yo, y me pidió consejo sobre cómo hacer una buena mamada. — Levanto el vaso y J. P. vuelve a llenarlo de whisky—. Y yo, como un idiota, le he explicado cómo hacerla. Allí, sin más, se lo conté todo, así que ahora está en su casa chupándosela porque yo soy un

maldito imbécil al contarle cómo se lo tiene que hacer. ¡Joder!

Me reclino en la silla y me bebo todo el whisky antes de volver a dejar el vaso.

—Guau, aquí hay mucho que hilar —dice J. P.—. ¿De verdad le has enseñado cómo hacer una buena mamada? ¿Por qué?

—No lo sé, porque perdí la cabeza. Porque no puedo mirarla a los ojos y ver la tristeza que Brian le provoca. Porque no podía dejar que se sintiera mal consigo misma cuando es evidente que se está esforzando, y él no. Así que, sí, le he contado cómo darle placer, y ahora están en su apartamento, así que yo no podía quedarme en el mío. No podía escuchar cómo le daba placer. Ni de coña, cuando lo único que quiero es que esté conmigo. A ver, joder, me iba bien —exclamo, levantando las manos—. Todo me iba muy bien, y es como si… mi mundo se hubiera derrumbado, y no puedo dejar de girar y girar. ¿Por qué no me di cuenta de esto hace un año? Hace un mes, o en cualquier otro momento en que no hubiese ninguna cuenta atrás hasta el día del apocalipsis, cuando se una a otro hombre que no la merece una mierda. Ni de lejos.

—A decir verdad, Huxley y yo llevamos años diciéndote que te gusta Lia —afirma J. P.

Le lanzo una mirada fulminante.

—J. P., eso no sirve de ayuda —advierte Kelsey.

—No pretendía ser de ayuda, pretendía dejar algo claro, igual que he estado haciendo durante años ya.

—Eres un gilipollas —lo insulto.

—¿Cómo quieres que te responda? —pregunta J. P., levantando los brazos—. ¿Quieres que te coja de la mano y te diga que todo irá bien? ¿Que siempre serás el mejor para nosotros? Pues entérate, tío: se va a casar. Y si no haces nada al respecto, entonces se largará con el imbécil y tú te morirás solo en tu apartamento.

—En serio, J. P. —gimotea Kelsey—. Estás siendo muy grosero.

—Estoy siendo realista. Si la quiere, entonces tiene que decírselo.

—No, no puede —responde Kelsey, sorprendiéndome—. Créeme, si llama a su puerta y le dice que la quiere, no se lo tomará bien. Tiene que seguir demostrándole que es el mejor.

—Pero es que no está funcionando. Lia le está haciendo una mamada al otro tipo porque el idiota de mi hermano le ha enseñado los trucos del *oficio*. ¿Estabas intentando ponerla cachonda? ¿Estabas intentando ponerte en plan sexy?

—No digas «en plan sexy» —replico—. Y ha sido un momento muy erótico, ¿vale? Las mejillas se le pusieron coloradas. Le estaba demostrando que soy de los que le haría tener varios orgasmos en una sola noche, no el idiota de Brian.

—¿Y qué tal te ha salido la jugada?

—De puto culo —contesto, y me aprieto la frente con la mano—. Pero creo que Kelsey tiene razón: me parece que no se lo puedo decir sin más. Siento que lo está cuestionando, que se está cuestionando a ella misma, pero, joder…, también es de las que no se rinden, así que hará cualquier cosa para que funcione, y apuesto a que eso es lo que está haciendo esta noche. A lo mejor… A lo mejor puedo fingir que me he hecho daño o algo—. Me pongo recto—. Sí, a ver, podría romperme una pierna o algo, y entonces vosotros la llamáis y le decís que estoy en el hospital, así podremos apartarla de Brian esta noche y no le hará una mamada.

—¿Te estás escuchando a ti mismo?

—Sí. —Me levanto de la silla y empiezo a caminar por la cocina sin parar—. Es una idea genial, porque me ganaré su compasión, y querrá cuidarme, claro, porque ella es así, y cuando me esté cuidando, podré avanzar más, robársela a Brian. Soy un genio.

—Es una estupidez, porque si te partes la pierna, ¿cómo se supone que vas a salir corriendo cuando Brian se entere de lo que has hecho? Puede que sea un imbécil, pero tendrá rabia escondida, y creo que podría provocar una buena pelea —opina J. P.

—Ah, y aparte de eso, romperse una pierna no es la manera de conseguir a una chica —añade

Kelsey—. Madre mía, qué idiotas sois, chicos.

—Hasta ahora, romperme una pierna es la mejor idea. ¿Qué más puedo hacer? ¡Ah! —Chasqueo los dedos—. Puedo decirle que he sufrido una intoxicación alimentaria por los Bloody Mary.

—Y una mierda —replica J. P.—. No me busques las cosquillas: te conviene.

—Es lo único que he tomado que ella no ha probado, y una intoxicación la apartará de Brian.

—Ajá, ¿y cómo se supone que vas a vomitar delante de ella? —pregunta J. P.

Recorro la cocina con la mirada.

—¿Tenéis pollo crudo?

—Por amor de Dios —interviene Kelsey, levantándose de la silla. Me coge del brazo y me obliga a sentarme. Me coloca las manos sobre los hombros y me mira a los ojos—. Esta noche no vas a hacer nada…

—Pero…

—Si resulta que le hace una mamada, pues que así sea. Es el precio que debes pagar por enseñarle cómo te gusta a ti. Pero tienes que recordar que ha escuchado todo lo que has dicho. Te ha escuchado con atención, y si conoces a Lia como creo que la conozco yo, se le quedará grabado en la mente. Cada vez que te mire pensará en cómo te gusta que te la chupen, cómo te gusta meterte entre las piernas de una chica y la facilidad que tienes para dar placer. Lo recordará, y esa es la base sobre la que tienes que trabajar.

—Nena, en serio, si sigues hablando así, terminaré llevándote arriba.

Kelsey mira a J. P.

—A menos que empieces a ser de ayuda a tu hermano, que evidentemente lo está pasando mal, no pienso ir arriba contigo en un buen tiempo. Está enamorado de ella, J. P., y se merece estar con ella. —Vuelve a centrarse en mí antes de continuar—. Es hora de ponerse en marcha, Breaker. Olvídate de lo que está pasando entre Brian y Lia. Actúa como si él no hubiera vuelto a casa y ve a la carga. Créeme, hablamos de ti entre nosotras, y vi que estaba intrigada, y no se trata de intriga entre amigos. Brian flaqueará. Ya lo ha hecho, así que ten paciencia.

—Tengo cuatro semanas —digo, desesperado.

—Romperá antes, créeme. Entre Brian y tú, tú tienes una historia con ella, eres sexy, puedes hacerla feliz. Lo entenderá rápido. Brian es un incidente pasajero. Tú te quedarás para siempre.

—Nena. —J. P. se aferra el pecho—. Joder, qué bien te ha quedado.

—Ha sido muy bonito —afirmo.

—Me estás acelerando el corazón —añade J. P.—. Y, por supuesto, también me la estás poniendo dura.

Joder.

—¿De verdad crees que Lia y yo estaremos juntos para siempre? —le pregunto a Kelsey, ignorando a mi hermano.

—No hay nada que me guste más que el amor, y nunca bromearía con él. Creo sinceramente que Lia y tú sois almas gemelas, y me alegro de que lo hayas entendido al fin.

—Vale. —Asiento—. Entonces, ¿ahora qué hago?

—Bueno, cuando yo estaba hundido, doné dinero para sentirme mejor —anuncia J. P.—. Conozco una protectora de palomas a la que le vendría bien otro donante.

Lo miro a los ojos.

—No voy a alimentar tu obsesión por las palomas. Puedes irte a la mierda con ello.

LIA

—Bueno, ¿qué tal tu vuelo? —pregunto, porque no sé muy bien qué decir.

La presencia de Brian es completamente inesperada. Y si ya me cuesta asumir que de verdad está

aquí, no digamos entonces la conversación que acabo de tener con Breaker.

—Ha ido bien. Por suerte, he podido trabajar un poco —contesta, soltándose la corbata.

Sí, menos mal. No puedo imaginarme qué habría pasado si no hubiera podido trabajar.

—Bueno, eeeh… ¿Tienes hambre? Puedo pedir comida.

—Solo quiero hablar contigo. —Me mira el pelo mientras se acerca. ¿Aún lo odia? No ha dicho que le encante, eso seguro. Me coge las manos entre las suyas—. ¿Va todo bien?

—¿A qué te refieres?

—Ven, vamos a sentarnos —dice, y me lleva hasta el sofá. Una vez sentados, separados por muy poco espacio, continúa—. Sé que la planificación de la boda está siendo estresante para ti, y me preocupa que no lo estés llevando bien, y por eso te has cortado y teñido el pelo.

¿Perdona?

—¿A qué te refieres? Me he cortado el pelo y me he hecho unas mechas porque quería, no por el estrés de la boda.

—Lia —me dice en ese tono condescendiente que tanto usa—, te conozco desde hace más de un año, y nunca antes te habías hecho un cambio tan drástico. Me preocupa que el estrés sea demasiado abrumador, que tus padres no estén para acompañarte, que estés intentando tener algo de control y que tu apariencia sea la única cosa que crees que puedes controlar. Por eso te has cortado el pelo. Me preocupa que esta situación continúe, y quién sabe qué puedas hacer después.

Me echo hacia atrás, totalmente ofendida por su conjetura. En primer lugar, ¿de qué va, pensando que tiene el poder de decidir sobre mi apariencia? En segundo lugar, ¿de verdad no ve lo contenta que estaba cuando le envié esa foto?

—Brian, solo es un corte de pelo. Tampoco es que me haya ido a tatuarme un pene en la cara. Y mi decisión al respecto no tiene nada que ver contigo y sí mucho conmigo. Quería sentirme guapa.

—Antes estabas bien. No hace falta cambiar nada.

—¿Solo bien? —pregunto, levantándome del sofá—. ¿Solo estaba bien antes? ¿No se te ocurre un adjetivo mejor que ese?

Se aprieta la frente con la mano.

—Guapa, me refería a guapa. —Suelta un resoplido—. Ha sido un día muy largo. Estaba preocupado por ti, y me ha costado conseguir el vuelo, así que disculpa si mis palabras no son las que debieran ahora mismo.

—Lo que necesito es que tus palabras no sean condescendientes, y creo que no es demasiado pedir.

—¿De dónde viene todo esto? —pregunta—. Me parece que estás enfadada conmigo.

¿Qué te hace pensarlo? Madre mía.

—¡Estoy enfadada contigo! —grito—. Joder, Brian. Todo esto de la boda y de lidiar con tu madre y tu reacción a mi pelo es una pesadilla Y tú… tú nunca quieres acostarte conmigo. ¿Por qué?

Me mira confundido.

—Sí que quiero —dice.

—No, no quieres. No lo hemos hecho en dos semanas. ¿No crees que es raro? ¿No crees que deberíamos estar pegados al cuerpo del otro a cada mínima oportunidad, quitándonos la ropa y dándonos placer el uno al otro?

—Han sido dos semanas duras, Lia.

—No nos acostamos la noche en que me lo pediste. Me quedé dormida mientras hacías una llamada de trabajo.

—A clientes de Japón. ¿Qué otra opción tenía? —pregunta, cada vez más enfadado.

—Tienes una opción, que soy yo, pero nunca me eliges. ¿Soy solo algún tipo de… accesorio en tu lista de cosas que hacer en la vida?

—No, Lia —niega, levantándose y acercándose a mí—. Te quiero. Vas a ser mi mujer.

—¿Entonces, por qué no te quieres acostar conmigo?

—Sí que quiero —contesta, poniéndome las manos sobre los hombros—. Es solo que… ha sido

duro últimamente, ¿vale?

—¿Me estás…? ¿Me estás engañando? ¿Te estás acostando con otra persona y por eso no quieres hacerlo conmigo?

—Lia —advierte, con seriedad—. Ni se te ocurra decir algo así. Sabes que yo no soy de esos.

Y lo creo, porque puede que trabaje durante la noche y que diga cosas mal a veces, pero estoy segura de que Brian nunca lo haría. Su padre le puso los cuernos a su madre muchas veces, y vio el daño que le hizo. Siempre me ha dicho que nunca le haría eso a su mujer.

—Lo sé. Lo siento —respondo, avergonzada por haberlo sacado a colación—. ¿Crees que estamos en algún tipo de bache? A ver, ni siquiera te gusta que te haga una mamada.

—Es que nunca me han gustado, Lia. No eres solo tú. Me siento mal cuando una chica se tiene que sentar y chupármela, ¿vale?

—Pero ¿y si quiero hacerlo? —pregunto, acariciándole la camisa con los dedos.

Me aparta la mano y entrelaza la suya con la mía.

—Seguiría creyendo que es humillante. Te mereces algo mejor que tener que darme placer así.

—No es humillante —afirmo—. Es una manera de demostrar a tu pareja que la quieres.

Él menea la cabeza.

—Para mí es humillante.

—Vale, ¿entonces qué te gusta? ¿Dar azotes, juguetes? Nunca hemos probado nada de eso.

—Porque no necesitamos toda esa fanfarria. No necesito un vibrador para hacer que te corras. Lo puedo hacer yo mismo.

Pero no siempre…

—No se trata de que no puedas hacer que me corra. Se trata de divertirse, de hacer cosas nuevas.

—Dejemos de hablar de ello, ¿vale? Ahora mismo no es un problema.

—Para mí sí que lo es —insisto, alzando la voz—. No quiero casarme con alguien que no quiere acostarse conmigo, Brian.

—¿Perdona? —pregunta—. ¿No quieres casarte conmigo?

—No, sí que quiero. Solo digo que tenemos algunos problemas, y creo que deberíamos solucionarlos antes de casarnos. Creo que es importante.

—El único problema que tengo es que pareces estar montándote unas ideas en la cabeza sobre mí, y no sé de dónde las has sacado. Estábamos bien antes de todo esto, ¿por qué ahora? ¿Por qué estás poniendo en duda nuestra relación?

—No la estoy poniendo en duda, solo estoy intentando pulir algunos problemas, y creo que no merezco que me castigues por ello. A ver, cuando te pedí apoyo sobre las cosas de la boda con tu madre, te pusiste de su parte. ¿No crees que deberías ponerte de parte de tu futura esposa?

—¿Por qué tiene que haber *partes*? ¿Por qué no llegáis a un acuerdo?

—Porque tu madre no conoce la palabra «acuerdo».

—Estoy seguro de que ha reducido la lista de invitados. Y ahora nos vamos a casar en unos jardines en vez de en la iglesia, y habrá margaritas en la boda, que representarán a tu madre. Nada de eso estaba en la lista de mi madre, para empezar.

—Tu madre no debería tener una lista siquiera. Tu madre no debería estar tan implicada.

—Me representa a mí, Lia. Y como yo estoy ocupado, está asumiendo la responsabilidad de expresar lo que yo quiero.

—Ah, ¿de verdad? —pregunto—. ¿Así que tú crees que es obligatorio que haya rosas en la boda?

—Sí, creo que son elegantes.

—Por favor, Brian. No puede importarte menos lo que pase en la boda. Tú solo vas a aparecer.

—Eso no es cierto. Quiero lo que vaya a quedar bonito, lo que vaya a representar a la familia, y quiero que sea un día que recordemos para siempre.

—No siempre se trata de la imagen —afirmo, apartándome de su lado.

—¿Por qué sigues discutiendo sobre esto? Te estás saliendo con la tuya con todo. ¿Por qué lo estás

convirtiendo en un problema?

—Porque si esto fuera lo que quiero, no la haríamos en el club, no invitaríamos a gente que no conozco y no me podría tres vestidos.

—Pero es que no solo se trata de ti, Lia. Puede que tú seas la novia, pero yo soy el novio, y tiene que haber partes de mí en la boda también. Mi madre sabe lo que quiero.

—Bueno, a lo mejor, si hablaras conmigo de lo que quieres, podría ayudar a elegir esas cosas.

Suelta un largo suspiro.

—Estás discutiendo por nada. Como ya he dicho, se te ha metido algo en la cabeza, y estás intentando encontrar una excusa para no… para escapar de todo esto. Y si es así, Lia, dímelo ya. No quiero que llegue el día de la boda y que me dejes plantado porque al fin hayas encontrado el valor de hacerlo.

—Brian, no estoy intentando escapar de todo esto —contesto, derrotada—. Solo estoy intentando que entiendas lo que quiero decir. Quiero que estemos bien. Quiero que estés de mi parte. Que me desees. Que no pienses que estoy atravesando una crisis porque me he cambiado el pelo. A ver…, ¿me vas a juzgar cuando vaya caminando hasta el altar? ¿Vas a pensar que mi vestido es feo? ¿Debería preocuparme por ello?

—No, mi madre me envió una foto. Es un vestido bonito.

Me quedo quieta y ladeo la cabeza.

—¿Tu madre… te envió una foto de mi vestido?

—Sí, quería asegurarse de que me gustara.

—Pero no es… no es algo que tú debas aprobar. Es mi decisión.

—¿Te estás escuchando a ti misma? —pregunta—. Estás siendo muy egoísta. Esta boda no te incluye solo a ti, Lia.

—¡Yo no he dicho eso! —grito—. Dios, eres exasperante. Me alegro mucho de que hayas venido a aclarar las cosas. Buen trabajo. —Me voy a la cocina y cojo una botella de agua con gas.

—¿Tiene esto algo que ver con Breaker?

Me quedo quieta y siento que los pelos de la nuca se me crispan y que la rabia me empieza a bullir a niveles de DEFCON 1.

—Te juro por Dios, Brian —digo, girándome sobre mis talones—, que si lo vuelves a mencionar otra vez, romperé el compromiso, la boda y la relación. Esto no tiene nada que ver con él, sino con nosotros y nuestra desconexión.

—Yo no siento una desconexión.

—¡Eso es porque no estás aquí! —grito—. Estás completamente ciego, no tienes ni idea. A ver, joder, te estoy ofreciendo meterme tu pene en la boca y a ti ni siquiera te atrae la idea. Deberías querer tenerlo metida en mi boca.

—¿Quieres chupármela? —chilla. Se sienta en el sofá y se recuesta—. Vale, Lia. Chúpamela.

—Eres un gilipollas —afirmo, y me voy a mi dormitorio.

BREAKER

—No me encuentro muy bien —anuncio cuando J. P. y Huxley me llevan a mi apartamento.

—Porque te has tomado tres vasos de whisky en diez minutos, te has dado cuenta de tu error y has intentado contraatacar con *croissants* de mantequilla y con agua, y ahora tu estómago no tiene ni idea de cómo se las va a apañar —afirma J. P.

—Si me vomitas en los zapatos, te mato —dice Huxley.

—¿Por qué tengo que volver a casa? No quiero escucharla follando. —Apoyo la cabeza en el hombro de Huxley—. Seguro que le gusta gemir suave.

—¿Puedes no hablarme tan cerca de la cara?

—Seguro que tiene el coño más rico del mundo, como… un campo de flores frescas.

—¿Cuándo fue la última vez que te comiste uno? —pregunta J. P. al llegar a mi puerta.

Huxley la abre y nos deja pasar.

—No lo recuerdo, pero seguro que el suyo es genial.

—Tíralo en el sofá —dice Huxley.

—No, en mi dormitorio. Quiero oler la almohada que usó la otra noche. Huele a ella. Quiero abrazarla.

—No creo que haya visto nunca a un tipo montar un espectáculo tan bochornoso —añade J. P.—. Ojalá Kelsey no me hubiera quitado el teléfono, para poder grabarlo todo.

—Kelsey es un ángel caído del cielo —afirmo, aferrándome a J. P.—. Y Lottie, bueno, es divertida, y me gusta que te plante cara siempre, Huxley. Nunca había visto a una mujer ponerte en tu sitio como lo hace ella. Madre mía, solo ver cómo te arrastras detrás de ella, eso sí es bochornoso. Pero eso es lo que haría yo con Lia, adoraría el suelo que pisa.

—Eso es genial —contesta Huxley, empujándome de nuevo a mi cama. Yo me caigo de golpe.

—Zapatos —digo, levantando los pies—. Por favor, quitadme los zapatos.

Huxley me señala y luego señala a J. P.

—Adelante, quítale los zapatos.

—¿Y por qué no se los quitas tú?

—Porque yo soy el hermano mayor, lo que me convierte automáticamente en el jefe.

—¿Me estás diciendo que me vas a ordenar que le quite los zapatos?

—Sí, quítaselos ya.

—¿Qué tal si los quitáis uno cada uno? —intervengo yo, meneando los pies—. También me vendría bien un poco de agua. Y puede que un cubo. No quiero potar en el suelo, y tengo la sensación de que va a ocurrir.

J. P. se gira hacia Huxley.

—¿Zapatos o cubo para vómito y agua?

Huxley suelta un gemido y se marcha a la cocina.

—Menudo gruñón está hecho —afirmo.

—Ahora mismo te odio, ¿lo sabías? Has interrumpido todo mi domingo. Se suponía que Kelsey se iba a pasar el día desnuda por casa, y ahora he tenido que ir arrastrando tu lamentable pellejo e incluso quitarte los zapatos.

—Y los calcetines.

Me quita los zapatos y luego los calcetines, y Huxley entra en el dormitorio con agua y un cubo.

—Guau, sois unos superhéroes. Los mejores hermanos que podría tener cualquiera. —Extiendo los brazos sobre la cama—. Venid a darme un abrazo.

—¿Y arriesgarnos a que nos potes encima? No, gracias —contesta J. P.

Huxley se frota la nuca, observándome.

—¿Crees que deberíamos quedarnos con él?

—No está tan borracho, solo atontado. Se quedará dormido y estará bien.

—Veo un dolor de cabeza en el horizonte. —Me callo un momento y me siento—. Espera… ¿He donado dinero a las palomas?

J. P. menea la cabeza.

—Intenté que lo hicieras, pero Kelsey me detuvo.

—Gracias a Dios por ese ángel. —Suelto un suspiro enorme, cojo la almohada que usó Lia, me la llevo al pecho y la aprieto con fuerza—. Joder, qué bien huele. Como un campo de flores.

—Pensaba que ese era el sabor de su coño —añade J. P.—. Tienes que esforzarte más en tus descripciones.

—Es que huele a flores por todas partes. Ella es una flor gigante en sí. —Gimo su nombre—. Ay, Ophelia.

—Vale, esto se esto se está poniendo muy raro —dice J. P. dando un paso atrás—. Creo que tenemos derecho a desalojar las instalaciones.

—Sí, creo que tienes razón. —Huxley me da unas palmaditas en el pie—. Llámanos si necesitas algo.

—Necesito que canceléis la boda. Gracias, y que tengáis un buen día.

—Sí, ahora mismo nos ponemos con ello —afirma J. P., y los dos se van.

—Ángeles, sois todos unos ángeles.

Y entonces, me quedo roque sobre mi almohada.

LIA

La puerta de mi apartamento se cierra y yo me abrazo con fuerza las rodillas contra el pecho.

Después de discutir durante dos horas más, Brian y yo pensamos que quizá fuera mejor tomarnos un tiempo para enfriarnos. Se va a ir a pasar el resto de la noche en su casa, y yo me quedaré aquí. Me preguntó si iba a ir a hablar con Breaker, y le dije que no tenía intención alguna de ir a su casa. Ni siquiera sé si está allí, porque escuché que se marchó antes, así que no tengo ni idea de qué está haciendo.

Y no estoy de humor para ver a nadie.

¿Estoy equivocada con esta situación? ¿Estoy siendo egoísta? Yo creo que no. No le estoy pidiendo demasiado. Solo le estoy pidiendo que hable conmigo, que me desee, que sea el prometido que me merezco. Y si no puede darme la atención que necesito ahora mismo, ¿quién sabe si podrá dármela cuando estemos casados? ¿Y La Beave le envió una maldita foto del vestido que elegí para ver si lo aprobaba? ¿Qué es lo que soy? ¿Una niña de preescolar?

Creo que no he estado tan confundida en mi vida.

Apoyo la cabeza en el sofá y mi teléfono se ilumina con un mensaje.

Breaker: *¿Qué tal la mamada?*

Si él supiera…

Lia: *Inexistente.*

Aparecen los puntos que indican que está escribiendo algo, así que me tumbo en el sofá y me tapo con una manta mientras espero su respuesta.

Breaker: *Qué lástima. Te di algunos buenos consejos. Muy buenos. O sea…, buenísimos.*

Lia: *Estoy segura de que sí.*

Breaker: *En serio, me encanta que me chupen la punta, da un gustazo, Lia…*

Eeeh… Vale. No sé qué estará pasando, pero a lo mejor es una continuación de la conversación de antes.

Lia: *Sí, ya me lo has dicho.*

Breaker: *¿Y qué hay de ti? ¿Te gusta… la punta?*

Lia: *Eeeh… No sé, ¿sabes? Porque no lo he hecho.*

Breaker: *Te gustaría. Sé que sí. Lo veo en tu mirada. Joder, seguro que chuparías el glande de la hostia.*

Las mejillas se me vuelven a poner coloradas, y estoy tan confundida con lo que está pasando que incluso me planteo ir a su apartamento para ver si está bien. Pero, en lugar de eso, le respondo.

Lia: *Hasta ahora, las críticas no están a mi favor.*

Breaker: *Eso es porque estás chupando el pene incorrecto.*

Lia: *Eso parece.*

Breaker: *¿Qué te ha hecho? ¿Te ha probado?*

Lia: *No.*

Empiezo a respirar con agitación en espera de su respuesta.

Breaker: *Bien.*

¿Bien? Me siento y me quedo mirando el móvil.

Breaker: *No se merece probarte.*

Me quedo mirando la pared que compartimos, como si pudiera ver a través de ella. ¿Qué está haciendo? ¿Está en casa?

Lia: *¿Va todo bien, Breaker?*

Breaker: *Dímelo tú.*

Lia: *¿Qué significa eso?*

Breaker: *¿Por qué me estás enviando mensajes y no follando con Brian ahora mismo?*

Me sudan las palmas de las manos, mis dedos se deslizan por el teléfono y sigo sin entender nada, aunque al mismo tiempo el sonido de su voz seductora se vuelve a repetir en mi cabeza.

Lia: *Hemos discutido, y nos estamos tomando un tiempo para enfriarnos.*

Breaker: *¿Ha dicho las mismas estupideces sobre ti? Juro por Dios que lo mato si lo ha hecho. Eres una preciosidad, Lia. No dejes que te haga pensar lo contrario.*

Dejo el móvil en el sofá y me levanto, con el corazón acelerado.
¿Qué está pasando?
Es Breaker. Siempre nos apoyamos el uno al otro, pero esto es distinto.
Suena distinto.
Mi teléfono vuelve a vibrar, y veo que se trata de Breaker. Mi cabeza me dice que no lo lea, pero mi corazón me ruega que lo haga.
Al final, el corazón gana.

Breaker: *¿Qué te ha dicho?*

Empiezo a caminar de un lado a otro del salón, al tiempo que le respondo.

Lia: *Me ha preguntado si estaba teniendo algún tipo de crisis y que de ahí vienen mi corte de pelo y mis preguntas sobre sexo.*

Breaker: *Joder, qué puto imbécil. Debería estar follando contigo a cada mínima oportunidad, sobre todo con tu nuevo corte de pelo. Es muy sexy, Ophelia, joder…*

Suelto un gemido, y los ojos se me llenan de lágrimas de inseguridad. Porque ¿cómo puede estar hablándome así Breaker, mi mejor amigo? ¿Cómo es que es él quien me dice todo lo que debería decirme Brian? Brian casi no me mira, ni me besa ni admite que sea una mínima distracción de su absorbente trabajo.

Me llega otro mensaje.

Breaker: *¿Por qué no te está follando?*

Dejo de intentar averiguar qué está pasando, me voy a mi dormitorio, me dejo caer sobre la cama y mi cabecero golpea la pared.

Lia: *No lo sé, Breaker.*

Breaker: *¿Te acabas de tumbar en tu cama?*

Lia: *Sí. ¿Estás en casa?*

Breaker: *Sí, en mi cama, pensando en ti.*

Aprieto los ojos con fuerza y cuento hasta cinco antes de responder, antes de decir ninguna estupidez… porque estoy demasiado sensible.

Lia:*¿Por qué estás pensando en mí?*

Breaker: *Siempre pienso en ti.*

Lia: *No puedes estar pensando siempre en mí.*

Breaker: *Sí que lo hago. Cuando me despierto, me pregunto cómo puedo interactuar contigo, cómo puedo ver asomar tu sonrisa. A lo largo del día, sé que si necesito que alguien me recoja, que me reconforte o simplemente si quiero divertirme, es a ti a quien quiero ver. Y por la noche, cuando me voy a dormir, eres lo último en lo que pienso antes de cerrar los ojos.*

Me muerdo el labio inferior mientras le respondo.

Lia: *Lo dices como si se tratara de algo más.*

Breaker: *A lo mejor es así.*

Lia: *¿Qué estás intentando hacer?*

Breaker: *Nada.*

Lia: *Nosotros no nos decimos ese tipo de cosas.*

Breaker: *Sí, bueno… A lo mejor deberíamos.*

Lia: *¿De qué estás hablando?*

Breaker: *No importa. No lo entenderías. Tienes a Brian.*

Lia: *Breaker, ¿qué demonios estás intentando decir?*

Breaker: *Nada. Ni una puñetera mierda. Tengo que dormir para que se me pase. Hablaremos mañana.*

Lia: *No, tenemos que hablar ahora.*

Al ver que no responde, vuelvo a enviarle otro mensaje.

Lia: *Breaker, ¿hace falta que vaya yo allí?*

Lia: *Breaker…*

Me quedo mirando el móvil, esperando una respuesta con el corazón acelerado. ¿De qué está hablando? Casi parece que… que siente algo por mí, pero no puede ser. Es Breaker. Él *no siente* cosas por nadie, ¿no?

Al ver que no contesta, estoy a punto de ir a su apartamento, pero entonces escucho dos golpes fuertes y claros contra la pared.

Luego seis.

Y luego se hace un silencio.

Dos golpes. Luego seis.

Mi mente lo traduce a toda velocidad: *«Te quiero»*.

Nunca antes había dado esos golpes. Nunca había dicho esas dos palabras. Entonces, ¿a qué se refiere? ¿Qué coño significa todo esto? Los ojos se me llenan de lágrimas de frustración, y entonces vuelvo a recibir un mensaje en el móvil.

Esperando que sea Breaker quien me escribe para explicármelo todo, vuelvo a mirar la pantalla rápidamente, pero siento una enorme decepción.

Brian: *Siento lo de nuestra discusión. Te quiero mucho, recuérdalo. Dentro de cuatro semanas serás mi esposa, y tendremos el resto de nuestra vida para solucionar los detalles.*

Suelto un gemido, tiro el teléfono a un lado y me tapo los ojos con las manos.

Necesito escapar de todo esto.

15

BREAKER

J. P.: *¿Cómo te encuentras, chicarrón?*

Con una taza de café en la mano, respondo a J. P. y a Huxley en nuestro chat de grupo.

Breaker: *No me llames así. Y estoy fatal. Anoche le envié unos mensajes estúpidos a Lia.*

J. P.: *Voy a necesitar una copia de ese hilo de mensajes para mi propio disfrute.*

Huxley: *Normalmente no suelo estar de acuerdo con las trastadas de J. P., pero también estoy interesado en lo que dices.*

Breaker: *Me encanta lo comprensivos que sois.*

J. P.: *Ya nos conoces, siempre estaremos ahí para apoyarte, hermano.*

Breaker: *Sí, ya veo.*

Huxley: *¿Qué dijiste?*

Breaker: *Uf, casi de todo, menos «te quiero» y «ojalá fueras mía». Fui dando un poco de rodeo. Por la manera en que me respondió, se nota que estaba confundida, evidentemente, y ahora tengo que recomponerme para poder ir a probar la tarta con ella y con su futura suegra, porque, al parecer, la discusión que tuvo anoche con Brian no fue lo suficientemente fuerte como para que cancelara la boda.*

J. P.: *Guau, parece el séptimo círculo del infierno.*

Breaker: *Algo así.*

Huxley: *¿Vas a mencionar los mensajes?*

Breaker: *¿Debería hacerlo? ¿O debería actuar con normalidad, como si nada hubiera pasado?*

J. P.: *Yo optaría por actuar como si no pasara nada. No saques a colación tu estupidez. Ya tiene bastante con la de Brian.*

Huxley: *No suelo estar de acuerdo a menudo con J. P., pero diría que en este caso podría tener razón. Tú actúa con normalidad.*

Breaker: *¿Y qué pasará cuando la vea y lo único que quiera hacer es besarla?*

J. P.: *Eeeh… recuerda que hay que pedir consentimiento primero.*

Huxley: *No puedes ir por ahí besando a las mujeres sin que ellas lo acepten antes, así que ahí lo tienes. Evita el pleito. Ya estamos lidiando con uno.*

Breaker: *Gracias por recordármelo. Vale, tengo que irme. No mencionaré los mensajes, ni la besaré, y actuaré con toda normalidad.*

J. P.: *Es el mejor plan.*

Huxley: *Aun así, esperaré a que me mandes los mensajes de anoche.*

Breaker: *Hux, te estás empezando a parecer a J. P.*

J. P.: *En mi opinión, eso no es malo.*

Me levanto, le doy un último sorbo al café y vuelvo al baño para lavarme los dientes y hacerme un enjuague bucal. Me miro en el espejo por última vez y luego me dirijo hacia la puerta principal, tras escuchar que alguien llama.

Justo a tiempo.

Me obligo a sonreír y abro la puerta.

—Buenos días, Lia —la saludo en mi tono más alegre y raro, en plan «aquí no ha pasado nada».

Va vestida con unos pantalones cortos morados y un top blanco de encaje y se ha recogido la mitad del pelo para apartarse el flequillo de la cara, lo que resalta todavía más sus preciosos ojos verdes.

Joder, es preciosa.

—Hola —contesta con timidez. Tengo que redirigir la conversación para saltarnos los mensajes incómodos de anoche y negarlo todo directamente, como si no hubiera ocurrido.

—¿Lista para marcharte? —pregunto, dándome unas palmaditas en el estómago—. Puede que sea un poco temprano, pero me he saltado el desayuno para poder comer tarta.

En realidad, comer tarta es lo último que me apetece hacer en estos momentos porque todavía tengo la barriga algo revuelta por el alcohol, pero hay que sacrificarse por la persona a la que amas, ¿no?

—Ah, sí. Yo tampoco he desayunado.

—Como dos gotas de agua, ¿eh? —La envuelvo con el brazo, cierro la puerta al salir y la acompaño hasta el ascensor. Por su cara de confusión, puede que necesite bajar un poco el tono alegre. Pulso el botón de llamada y me meto la mano en el bolsillo—. ¿Has dormido bien? —pregunto, porque no se me ocurre otra cosa.

—La verdad es que no —responde.

—¿No? ¿Te preocupaba demasiado el sabor que te va a obligar a probar La Beave? Imagino que algo aburrido, como vainilla sobre vainilla.

Me mira cuando se abren las puertas del ascensor. Está confusa y quiere hablar de lo de anoche, pero, como ya he dicho, hay que pasar página. No hace falta aferrarse al pasado y a las cosas que pueda haber dicho estando borracho.

Negación.

Negación.

Negación.

—¿Entonces de qué sabor crees que será?

Montamos en el ascensor.

—Ah, eeeh… probablemente tengas razón. Vainilla sobre vainilla.

—Pero vamos a joderle la idea, ¿a que sí? —Le guiño un ojo.

—Sí, supongo que sí.

—Así me gusta. —Salimos del ascensor y nos dirigimos a mi coche—. Y ahora, tenemos que hablar de una cosa antes de que lleguemos a la pastelería. —Le abro la puerta del pasajero—. ¿Qué opinas de la *red velvet*? A ambos nos encanta, ¿pero es lo suficientemente alocado como para desquiciarla?

Sonríe de manera casi imperceptible.

—Creo que no. Puede que tengamos que pedir el sabor de algodón de azúcar.

Pone un pie dentro del coche y yo la agarro de la mano y la ayudo a sentarse. Durante un leve instante, su mirada se desvía hacia nuestras manos unidas antes de volver a mirarme a los ojos.

—Esa es mi chica —afirmo—. Algodón de azúcar, todos los días, a todas horas.

—Ah, Breaker. No sabía si estarías con nosotros durante la degustación del almuerzo también —dice La Beave, con la nariz más levantada que nunca.

—Ah, sí, estaré con vosotros para todo. Además, es tarta. No puedo perder la oportunidad de probar tarta gratis.

Durante el camino, Lia y yo hemos ignorado todo lo ocurrido anoche de maravilla, y en su lugar hemos hablado de muchos, muchos, y me refiero a *muchos,* sabores de tarta que podrían provocarle un ataque a La Beave. Es como si hubiéramos encontrado un tema que poder explotar y nos hubiéramos lanzado a tope.

—Muy bien. —La Beave se tira del abrigo ligero que lleva a juego con la falda—. ¿Entramos?

—Usted primero —contesto, y Lia se ríe por lo bajo.

Les sostengo la puerta para que pasen y entro detrás de Lia, para darle un pellizco en el costado y susurrarle al oído.

—No te rías de mí, o La Beave descubrirá que estamos compinchados.

—Señora Beaver, muchas gracias por venir a vernos hoy.

—Claro. —Hace un gesto hacia Lia—. Esta es Ophelia, la novia, y este es su amigo, Breaker Cane.

—Hola, encantada de conoceros.

La puerta se abre detrás de nosotros y me doy la vuelta justo a tiempo para ver entrar a Brian en la pastelería. Solo con verle la jeta, mi irritación aumenta. ¿Qué coño está haciendo aquí?

—Ah, aquí estás, cariño —saluda La Beave.

—Brian —dice Lia, perpleja—. ¿Qué…? Eeeh… ¿Qué estás haciendo aquí?

—He podido cambiar algunas reuniones. No podía perderme la prueba de la tarta. —Se inclina, la agarra de la nuca y la besa en los labios. Cuando la suelta, se gira hacia mí y me da unas palmaditas en el hombro—. Hola, tío. Ya me encargo yo. Puedes marcharte.

Eeeh…

Miro a Lia con la esperanza de que ella no esté de acuerdo con esa decisión.

—No, Breaker se puede quedar —contesta, para mi suerte—. Me encantaría tener su opinión también.

Joder, menos mal.

—Vale, claro. Cuantos más, mejor —responde Brian, con una sonrisa que grita «falsa» por los cuatro costados.

Claro, cabrón. Tú créete que puedes entrar tan fresco y fingir de repente que eres un novio complaciente.

Sí, es la prueba de la tarta de su boda, pero está actuando como si hubiera estado presente en todas las reuniones, y no es así. *«Cuantos más, mejor…».* Que se vaya a la mierda con esa trola.

—Bueno, entonces, ¿por qué no os sentáis los cuatro, y os traigo las muestras? Vendré en un momento. Entre tanto, ¿queréis que mi asistente os traiga un poco de champán?

—Por favor —responde La Beave—. Uno para cada uno.

Mejor que sea uno para cada mano, gracias.

Hago el intento de sacarle la silla a Lia, pero Brian me lanza la mirada asesina más asesina de todas, así que me contengo. En cambio, saco la mía y me agradezco a mí mismo ser tan caballero. La Beave está a mi lado, Brian junto a La Beave y Lia está sentada entre los dos, como una pequeña familia feliz.

No es incómodo ni nada.

—En fin, ya he informado al repostero sobre nuestras preferencias en sabores —empieza a decir La Beave.

—¿Y cuáles son? —pregunto—. Porque no creo que le hayas preguntado a Lia.

—Yo le he contado lo que le gusta a Lia —contesta Brian.

—Ah, ¿y qué le has dicho? —cuestiono.

Brian cuadra los hombros.

—Semillas de vainilla con cobertura de vainilla.

Ja, lo sabíamos, joder.

—Eso no es lo que ella prefiere —añado, sintiendo que se me erizan los pelos de la nuca y que está a punto de empezar una pelea de perros—. Si tiene que aguantar algo tan soso como la vainilla, entonces prefiere combinarlo con crema de limón y frambuesa. También le gusta el *red velvet* con cobertura de queso en crema, pero la tarta debe tener pepitas de chocolate. Si no tiene pepitas de chocolate, entonces no quiere saber nada del *red velvet*. Pero su sabor favorito es el limón con arándanos, y estoy seguro de que no es una opción que hayáis tenido en cuenta.

Brian entorna los ojos y se gira hacia Lia.

—Hasta ahora te conformabas con la vainilla.

Lia nos mira al uno y al otro.

—Bueno, no es mi primera opción.

—Pero es una opción —interviene La Beave—. Y como tendremos más de tres mil invitados, elegir el sabor más común es, evidentemente, lo más ventajoso.

—¿Tres mil? —pregunta Lia, mirando primero a La Beave y luego a Brian—. Pensé que habíamos recortado la lista.

—Íbamos a hacerlo —contesta él—, pero anoche hablé con madre, y creemos que es mejor no insultar a nadie.

A nadie más que a tu maldita prometida.

—¿No insultar a nadie? —intervengo—. ¿Cómo es que conoces siquiera a tres mil personas? Me parece una idea absurda.

—Bueno, pues menos mal que no se trata de tu boda —contraataca Brian—. A lo mejor, cuando al fin puedas encontrar a alguien que se enamore de ti y que te acompañe al altar en vez de acaparar a las novias de los demás, podrás elegir cuánta gente quieres que asista a tu boda.

—Eh —interviene Lia—, Brian, él no acapara a nadie.

—Bueno, bueno —dice La Beave, intentando calmarnos, pero tengo los puños cerrados por debajo de la mesa.

¿De qué coño va este tipo?

¿Ni siquiera sabe cuál es el sabor de tarta preferido de Lia y cree que puede atacarme a mí?

Antes de darme tiempo a responder, tercia La Beave.

—Brian y yo tuvimos una larga conversación sobre la planificación de la boda, que yo, francamente, creo que se nos está yendo de las manos, y anoche acordamos varias cosas.

—¿Cómo demonios habéis tenido una conversación sin Lia? —pregunto, después de que la furia haya acabado con toda mi amabilidad.

—¿Disculpa? —pregunta La Beave—. Señor Cane, estaría bien que no dijera tacos.

Ya, pero es que hoy no pienso aceptar esta basura.

—Señora Beaver, estaría bien que tratara a Lia con algo de respeto. Por si acaso se le olvida, mis hermanos y yo somos los dueños de esta ciudad, de este estado, de este país, así que a menos que quiera que su reputación se desplome por completo, le va a contar a Lia exactamente por qué los planes que han hecho *ustedes* ya no son satisfactorios.

Por el rabillo del ojo, veo que Lia me mira con la boca abierta.

Hoy no pienso ir de buen rollo. Y menos después de lo que me ha contado Lia de Brian. Y menos después de lo que yo le dije anoche.

Estoy harto. No van a mangonear a mi chica, y no pienso permitirlo ni un segundo más.

—¿De qué vas, amenazando así a mi madre? —pregunta Brian, agarrando el borde de la mesa con

fuerza, como si fuese a tumbarla.

La Beave le da unas palmaditas en el brazo.

—Relájate, cariño, yo me encargo de esto.

Con toda la calma y compostura del mundo, La Beave junta las manos antes de hablar.

—Como ya sabéis, esta unión no era mi primera opción para Brian…

—¿Qué quieres decir? —pregunta Lia, mirando a Brian.

—Madre, eso no es cierto. Te gusta Lia.

—Sí. Creo que eres una chica encantadora, pero si fuese por mí, Brian se casaría con alguien de una posición social elevada, aunque, por desgracia, ese no es el caso. Por tanto, voy a pagar una boda que refleje *nuestra* posición social, aunque se case contigo. Por eso hemos vuelto a quedarnos con la iglesia, hemos quitado las margaritas y hemos invitado a las personas que originalmente queríamos invitar.

Guau.

No puede decirlo en serio.

¿Cómo puede alguien con la más mínima conciencia ir a escondidas de la novia y cambiar todo lo que ella había acordado de la boda?

Miro a Brian esperando que diga algo, que interceda por Lia, pero, en su lugar, se queda ahí sentado, como el tipo patético y lamentable que es.

Parece que tendré que ser yo quien lo haga, quien le demuestre que soy yo el hombre en quien Lia puede confiar. Yo soy el hombre que merece su mano. Soy el puñetero hombre que puede hacerla feliz, y LO HARÁ.

Estoy a punto de soltar toda una diatriba por la boca, pero Lia se gira hacia Brian y habla antes que yo.

—¿Tú le has permitido hacer todo eso? Una cosa es quedarte ahí sentado y permitir que me insulte a la cara y que me diga que no soy una mujer con el pedigrí suficiente que *ella* preferiría que se casara contigo, pero ¿tuviste una conversación con ella anoche, después de que discutiéramos, y le dejaste cambiar todo lo de la boda? ¿Lo hiciste para desquitarte?

—Bien, aquí están las muestras —informa la repostera, colocando una bandeja delante de nosotros y pasando por alto la intensa tensión que hay en la mesa mientras su asistente sirve el champán—. Como habéis solicitado, tenemos la tarta de semillas de vainilla con cobertura de vainilla, la tarta de semillas de vainilla con cobertura de chocolate, la tarta de dulce de chocolate con cobertura de vainilla y la tarta de chocolate con cobertura de chocolate. —Deja unos tenedores—. Que aproveche —añade, antes de volver a marcharse.

Cuando la repostera ha desaparecido, interviene Brian.

—No he hecho nada para desquitarme. Madre me estaba consolando después de nuestra pelea, y hablamos de que la boda te estaba estresando y que deberíamos dejar que madre se encargara de planificarla.

Lia se cuadra de hombros, cada vez con más confianza en sí misma.

—El único motivo por el que la planificación de la boda me está estresando es porque nos están obligando a casarnos dentro de cuatro semanas, tu madre está intentando acapararlo todo y nadie parece escucharme a mí, aparte de Breaker.

—Eso es porque Breaker solo quiere que nuestra relación fracase —contesta Brian.

Ah, guau, mira tú por dónde. Al fin estamos de acuerdo en algo.

—No ha hecho más que apoyarme. Incluso me dio consejos sobre cómo hacerte una mamada… Esa que tú no quieres que te haga.

—Jesús, María y José —dice La Beave, poniéndose la mano sobre el pecho, mientras Brian me lanza una mirada furiosa. Yo me encojo de hombros porque, sinceramente, ¿qué más puedo hacer a estas alturas? Me reclino y le doy un sorbo a la bebida espumosa mientras disfruto del espectáculo—. ¿Podéis mostrar un mínimo de decoro?

—¿Por qué demonios hablas con Breaker sobre nuestra vida sexual?

—¿Qué vida sexual? —anuncia Lia, y me cuesta la vida no reírme—. Si tú ni siquiera me miras cuando estoy desnuda.

Nena, yo te miraría desnuda a cada oportunidad que tuviera. Después, te follaría hasta que no aguantaras más.

—Ophelia, baja la voz —la amonesta La Beave.

—¿Por qué? ¿Para que la gente no se entere de que tu hijo prefiere pasarse las noches trabajando en el ordenador antes que follando conmigo en la cama?

Estoy seguro de que el jadeo que suelta La Beave por la boca se ha oído hasta a tres manzanas de distancia.

Y la manera en que se aferra a sus perlas es el complemento perfecto a su furia.

Ay, esto es buenísimo. Es bueno de la hostia. No puedo contener la sonrisa ni evitar querer que continúe.

A por ellos, Lia.

—Lia, ya basta —insiste Brian—. Esa es una manera completamente inapropiada de hablarle a mi madre.

—¿Pero ella sí que puede actuar como si yo fuera un ciudadano de segunda y tú no tienes problema con eso? ¿Es que no ves cuál es el problema, Brian?

*Yo sí. *Levanto la mano mentalmente*. Lo veo alto y claro, cristalino.*

—Respiremos hondo todos y centrémonos en la tarta —ordena La Beave en voz baja y controlada.

Lia la ignora por completo y se gira hacia Brian.

—Siempre te pondrás de su parte, pase lo que pase. Puede decirme a la cara que no cumplo con sus expectativas, pero como está tan desesperada por que te cases, se *conforma* conmigo como nuera. ¿Entiendes lo jodido que es eso, Brian? ¿Por qué iba a querer formar parte de una familia que me trata así? ¿Por qué iba a querer estar con un hombre que permite que su familia me trate así?

Brian mira a su madre y luego a Lia.

—Madre tiene razón. Creo que debemos respirar hondo.

—Yo no necesito respirar hondo —replica Lia—. Nunca en mi vida he visto nada con más claridad. —Se levanta de la mesa y se quita el anillo de compromiso del dedo para dejarlo sobre la mesa.

Otro jadeo perfectamente articulado por La Beave resuena por toda la pastelería.

Me encantaría aplaudir lentamente, animar su conducta valiente, porque, por Dios bendito, ver a Lia así de enfurecida me está poniendo los pezones duros.

—Estoy harta, Brian. Debería haberlo hecho mucho antes, pero a lo mejor solo necesitaba que me demostraras a la cara por qué debería estar harta.

—¿De qué estás hablando? —inquiere Brian, con la mirada llena de pánico. No sé si se trata de pánico por lo que pueda decir su madre, por la imagen que se está dando de él o si de verdad está preocupado por Lia. Es triste que haya tantas opciones entre las que elegir.

—Me tratas como si fuera la tercera en tu vida, directamente detrás de tu trabajo y de tu madre, y no quiero estar con alguien que no me considere su prioridad. Me insultas cuando me dices cosas como que estoy teniendo una crisis mental, que nunca debería cambiarme el pelo y que odias mis gafas. Me hieres cuando no quieres tocarme por las noches, cuando ni siquiera quieres probar con algo nuevo. Creo que el único motivo por el que he estado contigo durante tanto tiempo es porque, cuando te conocí, me ayudaste a superar la pena por haber perdido a mis padres. Pero ahora me pregunto si fue solo por amabilidad o es que aprovechaste su pérdida para acercarte a mí.

—Lia, eso no es verdad.

Empuja el anillo hacia él.

—Estoy harta. Estoy harta de todo. Estoy harta de sentirme como una mierda cuando estoy contigo. Estoy harta de preocuparme por si de verdad me vas a besar o no cuando me veas. Estoy harta de preguntarme a mí misma si soy lo suficientemente buena para ti, lo suficientemente buena

para tu familia. Y estoy harta de lidiar con la psicópata de tu madre. Necesito más. Quiero más. Y estoy segura de cojones de que me lo merezco. Vámonos, Breaker.

Me levanto de la silla, listo para estar a su entera disposición. Pero como soy educado, primero me dirijo a la mesa antes de marcharme.

—Un placer, como siempre.

Estoy a punto de llevar a Lia hasta la puerta, pero de repente ella se da la vuelta.

—Ah, y otra cosa: el club es probablemente uno de los lugares más feos que he visto nunca, y no tiene nada de elitista aparte de querer aparentarlo. —Se acerca a la mesa, se agencia un trozo de tarta de chocolate con cobertura de chocolate y se lo coloca sobre la mano—. Me llevo esto porque es el único sabor decente que hay en la bandeja.

Después, se gira y se marcha hacia la puerta, conmigo detrás sonriendo más feliz que nunca.

—La hostia —digo al llegar al coche—. Lia, no me puedo creer que hayas hecho eso.

Está temblando y caminando de aquí para allá con la tarta en la mano.

—Ay, Dios mío. Ay, Dios mío… ¿De verdad he dicho todas esas cosas?

La agarro de los hombros para detenerla y me agacho para mirarla a los ojos.

—Lo has hecho, y qué orgulloso estoy de ti, joder.

—¿De verdad? —Le tiembla el labio, y noto que la adrenalina la está empezando a abandonar.

—Sí, Lia. Ha sido una puñetera pasada, y se lo merecían. Joder, se me han puesto los pezones duros solo de escucharte.

Eso la hace sonreír.

—Los pezones duros, ¿eh? —Saco pecho para que lo compruebe, y usando la mano que no tiene la tarta, me recorre el pezón endurecido con los dedos—. *Sí* que está duro.

—¿Ves? Dios, qué orgulloso estoy de ti. ¿Cómo te sientes?

Ella asiente ligeramente.

—Me siento… Me siento bien. —Me mira a los ojos—. Libre.

Eso me saca una sonrisa. La cojo en brazos y le doy vueltas, apoyando mi cabeza contra la suya, mientras ella sigue sosteniendo la tarta en la mano.

—Tenemos que celebrarlo.

La dejo en el suelo y ella pone la tarta entre los dos.

—Tengo tarta.

—Creo que necesitamos más que tarta, pero sí, vamos a comérnosla.

Se lleva la mano a la boca y le da un bocado enorme antes de ofrecérmelo. Yo hago lo propio y, juntos, todavía de pie delante de mi coche, nos comemos la tarta robada directamente de la palma de su mano.

—Creo que sé qué quiero hacer —dice, pasado un rato.

—Escuchémoslo.

—Comprar pizza para comer, un montón de sidra, volver a tu casa y jugar a *Plunder*.

—¿Así es como lo quieres celebrar?

—No se me ocurre una idea mejor —afirma, regalándome de nuevo su preciosa sonrisa.

—Entonces, comamos pizza y juguemos al *Plunder*. —Le abro la puerta, cojo unas servilletas de la guantera para que las use en la mano de la tarta y la ayudo a limpiarse—. Solo para asegurarme: ¿estás contenta? Acabas de cancelar una boda y de romper con Brian.

Su mirada se cruza con la mía.

—Lo estoy. Era lo que debía hacer, gracias por preocuparte.

—Si tú estás bien, entonces vamos a celebrarlo.

—Estoy bien. Te lo prometo.

Joder. Joder.

¡Joooder!

Doy vueltas por mi dormitorio mientras Lia se cambia en su apartamento. Tras marcharnos de la pastelería, fuimos a nuestra pizzería favorita, pedimos dos pizzas familiares —una de salchichas con cebolla y la otra de piña y pepperoni—, fuimos corriendo a comprar dos paquetes de doce latas de sidra y luego vinimos a casa directamente. Dijo que se iba a dar una ducha rápida porque se sentía sucia después de estar en la pastelería, y que quería cambiarse.

Y aquí me he quedado yo, mirando mi móvil y esperando a que mis hermanos me contesten.

Al fin suena mi teléfono, y yo deslizo la pantalla para leer el mensaje.

J. P.: *Espera, ¿ha roto con él en la pastelería, con el anillo y todo? La hostia.*

Contesto frenético, y justo entonces me llega otro mensaje, esta vez de Huxley.

Huxley: *Guau. No se me ocurre nada más que decir, aparte de «guau».*

Breaker: *Sí, qué me vas a contar. Me quedé de piedra, y los pezones se me pusieron duros.*

J. P.: *Valoro que a un hombre se le pongan duros los pezones. Me demuestra que está en sintonía con sus emociones.*

Huxley: *Necesitas ayuda.*

J. P.: *Solo digo lo que hay.*

Breaker: *¿Podemos dejar de irnos por las ramas? Quedan cinco minutos hasta que venga, y necesito saber qué hacer.*

Huxley: *¿A qué te refieres con que necesitas saber qué hacer? Acaba de romper con su prometido y cancelar la boda. No hagas nada. Sé su amigo.*

J. P.: *Ah, sí, tío. ¿Acaso estabas pensando en entrarle? Eso es muy bajo. Dale un rato para recomponerse antes de ir por ahí olisqueando y que se entere de que quieres un polvo.*

Breaker: *En primer lugar, no quiero un polvo. En segundo, ya tengo bastante al límite mi autocontrol. No sé cuánto tiempo más podré aguantar.*

Huxley: *No hagas ni una mierda. Joder, sería en el peor momento.*

J. P.: *Sí, el peor de todos, tío. ¿Qué quieres ser, el tipo de despecho? Mierda, no. Dale un momento para que se aclare las ideas.*

Breaker: *Sí, joder…, creo que tenéis razón.*

Huxley: *Pues claro que la tenemos.*

J. P.: *En serio, nada más. No lo eches todo a perder. Tienes que hilar muy fino, y cuando llegue el momento adecuado, te lanzas.*

Breaker: *Vale… Solo un poco más, es lo que me tengo que repetir a mí mismo. Ay, mierda, acaba de llegar. Ya hablamos después.*

Dejo el móvil en la mesita de noche y salgo al salón, donde encuentro a Lia rondando las cajas de pizza vestida con unos pantalones cortos de franela a cuadros rojos y negros y una camiseta blanca que enseña un centímetro de su vientre. Y el sujetador negro de encaje no se le podría transparentar

más, con lo que la boca se me hace agua.

Ya se ha puesto esta ropa varias veces estando conmigo, pero ahora parece ser mi perdición.

Quiero hacerle un montón de cosas a esa ropa, a la mujer que la lleva.

Quiero meter las manos por debajo de la camiseta. Quiero recorrer el encaje con los dedos. Quiero bajarle esos pantalones y desvelar qué es lo que lleva debajo de ellos.

Pero mis hermanos tienen razón. Sería un estúpido si intentara hacer algo en estos momentos. Tengo que mantener la neutralidad. Ser su amigo.

Todo platónico.

—Voy a empezar con una porción de cada. ¿Y tú? —pregunta, sosteniendo uno de mis platos en la mano.

—Sí, creo que haré lo mismo. Yo iré a por las bebidas.

—Nos vemos en el sofá. —Hemos comprado un paquete de sidra que ya estaba fría, y hemos metido la otra en el frigorífico. Cojo dos de las frías, unas servilletas y me voy al sofá, donde ya he preparado el *Plunder*. Creo que si los juegos de *Risk* y *Hundir la flota* tuvieran un bebé, ese sería *Plunder*.

—Ay, Dios, ¿podemos hablar un momento de esa tarta y de lo seca que estaba? La Beave creía que era la mejor de la ciudad. No pretendo ofender a la repostera, pero… uf.

Suelto una risita.

—¿Vas a necesitar un postre para compensarlo? Porque puedo pedir algo. Cualquier cosa que se te antoje, por tu heroísmo de hoy. Bajarle los humos a La Beave se merece todo lo bueno que puedas desear.

—Mmm… —Le doy una lata y ella me pasa mi pizza. Dejo las servilletas entre los dos—. ¿Sabes? Siempre he creído que los donuts se pueden comer en cualquier momento. Vamos a pedir una docena con cobertura de mermelada de Arnold's.

—Voy a coger el móvil y a pedirlos. —Vuelvo al dormitorio a por el teléfono y me detengo al ver un mensaje de Brian.

Se me remueve el estómago, y me pregunto por qué coño estará intentando hablar conmigo. ¿Qué tiene que decirme?

Debería borrarlo, sin más. Ni siquiera leerlo.

Ojalá mi cabeza funcionara así. Por desgracia, mi curiosidad gana la batalla.

Brian: *Sé que estás con Lia. No responde a mis mensajes. Sé que no nos hemos llevado muy bien, pero ¿puedes pedirle que me llame?*

—¡Ja! —suelto una carcajada—. Sí, claro, Brian.

Elimino su mensaje y regreso al salón.

En sus puñeteros sueños.

—¡Ajjj! ¡Oh, tú, maldito patán, entrégame tus recursos! —ordena Lia, estirando la mano y meneando los dedos.

—Pero si te llevas el resto de mi ron, no me quedará nada. ¿De verdad quieres acabar así la partida? —pregunto, hipando—. ¿Arrebatándole el ron a un pobre hombre?

—He dicho que me lo entregues.

Me da un golpecito en el costado con el garfio falso que se ha traído de su apartamento.

Levanto las manos en señal de derrota.

—Vale. Llévate mi ron, pero espero que ardas en el infierno.

Levanta el ron, celebrando su victoria, y salta sobre el sofá una y otra vez.

Yo me recuesto y la observo.

—La victoria es mía de nuevo —canturrea, antes de dejarse caer sobre el sofá otra vez y tirar el

garfio a un lado—. Creo que necesito otra bebida. ¿Quieres una?

Miro las ocho latas vacías que hay entre los dos.

—Puede que agua. Si seguimos así, nos quedaremos dormidos a las ocho.

—¿Y hay algún problema? Dormir mucho es bueno para el cuerpo, ¿lo sabías?

—Muy cierto. Vale, tráeme otra. Ordenaré el tablero.

—¿Piensas librarte de las pruebas de mi victoria tan pronto? Eres muy mal perdedor.

—Lia, acabo de perder tres veces. Son las cinco de la tarde, y no he conseguido nada más que animarme cuando le cantaste las cuarenta a La Beave, zampar tarta de tu mano y comerme seis porciones de pizza.

—A mí me parece que has conseguido mucho.

—No tanto como tú.

Ella se ahueca el pelo con picardía.

—Bueno, nadie puede conseguir tanto como yo. Cogí un trozo de tarta con la mano y me largué de una pastelería.

Me echo a reír.

—Creo que nunca podré sacarme esa imagen de la cabeza.

Coge un par de bebidas y yo dejo de recoger el juego cuando me da la sidra. Las abrimos juntos y les damos un trago largo.

—¿Sabes? Estaba pensando en tu lista de cosas que querías hacer antes de casarte.

—¿Qué pasa con ella? —pregunta.

—Creo que deberías seguir haciéndolas. Es evidente que te han proporcionado toda esa fantástica confianza para agarrar las riendas de tu vida, y sería una lástima si pararas ahora. Además, has tachado otro de los puntos de la lista.

—¿Te acuerdas de lo que he escrito?

—Lia, lo recuerdo todo de ti —contesto, antes de describírselos todos—. Hacer algo que te haga sentir guapa. Bueno, lo hiciste con el pelo y las compras. No es que lo necesitaras, pero veo que te encanta, y a mí también me encanta. —Las mejillas se le ponen coloradas—. El segundo punto se trataba de crear un círculo de confianza. Bueno, pues me tienes a mí, y creo que el otro día entablaste amistad con Kelsey, Lottie y Myla, además de crear el club de punto con ellas. Es un gran inicio.

—Sí que lo es. Me caen muy bien. Son divertidas.

—El tercero era pasar unos días diciendo que sí. No tienes más que decir el lugar y la hora, y estaré ahí contigo todo el tiempo.

—Déjame recuperar el trabajo que tengo atrasado y fijaremos un día. —Le da un sorbo a la lata y se abraza las rodillas contra el pecho.

—El cuarto era no dejarte pisotear, y puedes tacharlo ya de la lista, porque, madre mía, Lia, hoy te has puesto el mundo por montera y ha sido un espectáculo increíble. Me he quedado impresionado.

—Gracias. Me he sentido muy bien. —Aparta la mirada—. No me puedo creer que se quedara ahí sentado y le dejara decir esas cosas de mí. Eso solo me demuestra que, en realidad, no está enamorado de mí, y yo tampoco creo que lo esté de él. Al menos, últimamente no. Es difícil querer a alguien cuando esa persona no te trata como si también sintiera lo mismo por ti. Puede decir las palabras, como él, pero no lo ha demostrado. No se comportaba como si estuviera enamorado. Son esas pequeñas cosas, ¿sabes? Esas de las que no te das cuenta hasta que están hechas. Como… como por ejemplo, tener guardado mi café favorito porque sabes que no puedo beber otra cosa. Brian nunca lo ha hecho.

—No soy tan gilipollas. Y no me gustaría que bebieras otra cosa. —Le guiño un ojo.

Ella sonríe con timidez.

—Creo que mi elección de hoy también coincide con el quinto punto: seguir mi corazón. Da miedo romper un compromiso porque no quieres decepcionar a nadie ni herir sus sentimientos,

pero es que lo sentí, sin más. Después de hablar con las chicas, todo me pareció raro, me pareció que no andaba bien. Y cuando Brian ni siquiera me defendió, supe que se había acabado.

—Me alegro de que te escucharas a ti misma.

Apoya la cabeza contra el respaldo del sofá.

—¿Lo odiabas? —pregunta.

Yo me acabo la bebida de un largo trago.

—¿A Brian? Sí. Lo odiaba. Con la furia de mil hombres.

—Espera, ¿tanto lo odiabas? —inquiere.

—Eeeh…, sí, Lia. El único motivo por el que intenté llevarme bien con él eras tú. No porque pensara que podíamos llegar a ser amigos ni porque creyera que era un buen tipo. Solo fue por ti.

Sus ojos buscan los míos, y se humedece los labios. Ojalá supiera lo que está pensando, ojalá pudiera leer lo que le pasa por la mente, porque lo haría todo mucho más fácil. No me daría tanto miedo dar el paso… cuando llegue el momento adecuado, claro.

—Deberías habérmelo dicho.

Yo niego con la cabeza.

—No quería influirte. Mis sentimientos al respecto no deberían importar nunca.

—Pero, Breaker, si me hubiera casado con Brian, ¿no habría sido como si uno de tus hermanos se hubiera casado con alguien a quien odias?

Ni de lejos. Pero entiendo lo que quiere decir.

—Sí y no. —Y ahora es cuando podría lanzarme y explicar qué significa para mí estar enamorado de ella, pero es demasiado pronto. Lo sé. Sin embargo, a lo mejor podría darle una pista—. Lia, si he aprendido algo de tu breve y accidentado compromiso con Brian, es lo siguiente: te quiero demasiado como para contentarme con quererte menos.

—¿Qué significa eso? —Parece completamente confundida y desolada.

—Significa que la única manera en que seré feliz si te casas con alguien es si estás comprometida con él al cien por cien, y solo con él. Si te casaras conmigo, ni de coña te compartiría con otro hombre, tanto si fuera tu mejor amigo como si no. Y no espero que tu marido te quiera menos que como te he dicho. —Porque si te casaras conmigo, yo sería los dos. Tu mejor amigo y tu marido. Y punto.

Ella aparta la mirada, y yo deseo que algo despierte en esa maravillosa cabecita suya. Ahora sé que nunca podría renunciar a ella. Eso es lo que es el amor.

16

LIA

No sé cómo actuar cuando Breaker dice cosas como esas.

Su mirada cautivadora me dice que yo siempre debería ser la principal prioridad, y eso es lo que siempre he querido escuchar de Brian. Es lo único que le pedí a él, y que Breaker me ofrece con tanta facilidad.

«Si te casaras conmigo, ni de coña te compartiría con otro hombre, tanto si fuera tu mejor amigo como si no. Y no espero que tu marido te quiera menos que como te he dicho».

Bajo los pies al suelo y me bebo el resto de la sidra.

—¿Quieres otra? —le pregunto de camino a la cocina.

—Claro —responde, pero por su tono noto que está nervioso.

No me molesto en preguntarle qué pasa, porque ya lo sé. Le preocupa que ahogue mis penas en alcohol, pero no lo estoy haciendo. Estoy intentando ahogar las emociones ardientes que me recorren el cuerpo cada vez que me mira. Sé muy bien que fui yo quien le pidió que fuera mi amigo —y, además, *mi único amigo*—, hace tantos años. También sé que sus cuñadas piensan que no le van las relaciones. Así que tengo que dejar de imaginarme cosas.

Sin embargo…, no puedo quitarme de la cabeza la manera en que le gusta hacérselo a una mujer.

Cómo le gusta que se la chupen.

Cómo trataría a su mujer, como si fuera algo preciado.

Y tampoco puedo dejar de pensar en cómo serían sus ojos al despertar. ¿Estarían más oscuros? ¿Más claros?

Por no mencionar la forma tan descarada de decirme lo guapa que soy… Y que está empezando a encandilarme, porque no debería estar mirando a mi amigo así. No debería tener este tipo de pensamientos, así que si tengo que usar el alcohol para ayudarme a acallarlos, lo haré.

Abro una lata para cada uno y le doy la suya.

—Vamos a ver un programa —sugiero—. O una película. Podemos ver *La cena de los acusados*.

—¿Estás segura de que no quieres aniquilarme con otro juego de mesa?

—Estoy intentando salvar tu dignidad.

—Qué considerada eres.

Entonces coge el mando a distancia y yo sigo bebiendo. Empiezo a sentirme un poco aturdida, que es justo lo que quería. Bienvenido, aturdimiento.

—Ah, he grabado algunas reposiciones de *Pasapalabra,* por si querías jugar. —Me mira y arquea las cejas varias veces—. ¿Te apuntas?

—Sabes que siempre.

—Genial. —Me guiña un ojo y le da un trago largo a su bebida.

—Para. —Me río tan alto que casi me meo en los pantalones—. Para… ¿Cómo se supone que voy a adivinar que es «cuchara» solo por «lácteos»?

Está retorciéndose sobre el suelo, sin parar de reír, entre nuestras latas de sidra vacías.

—Porque sorbes los lácteos con una cuchara —contesta, tirándose sobre el suelo con los brazos extendidos y mirando al techo. La camiseta se le ha subido unos centímetros, y me deja ver un atisbo de sus maravillosos abdominales.

—Podrías haber dicho «cuchador». Estás perdiendo tu toque.

—Estoy borracho —afirma, dándoles una patada a unas cuantas latas—. Y me acabo de comer un donut, así que la cabeza no me funciona muy bien.

Me caigo al suelo y trepo hasta él, con el pelo cayéndome por las mejillas, mientras lo veo sonreír. Estiro la mano y le doy unas palmaditas en la mejilla.

—Antes eras muy listo. ¿Qué te ha pasado?

—Tú y tus bebidas —responde, antes de rodearme la cintura con el brazo y llevarme rodando por el suelo hasta su lado.

—No hemos bebido tanto.

—Nos hemos bebido diez latas cada uno —sostiene.

—A lo largo de unas… diez horas.

—Lia Fairweather-Fern, no han pasado diez horas. Y nos hemos tragado tres en la última hora, así que… estamos borrachos.

—Puede que tú sí estés borracho, pero yo no lo estoy.

—¿Ah, no? —inquiere—. Levántate y camina en línea recta.

—Muy fácil —proclamo, rodando a un lado y levantándome con lentitud. Él apoya la espalda contra el sofá para observarme. Respiro hondo—. Observa mi majestuosidad.

Pongo un pie delante del otro y empiezo a caminar; las piernas me tiemblan, pierdo el equilibrio y casi me topo contra los taburetes de la isla de la cocina, y entonces escucho a Breaker prorrumpir en carcajadas.

—Sí, claro, no estás borracha.

—No ha sido culpa mía —digo, volviendo a respirar hondo.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿quién hace funcionar tus piernas?

—Yo, pero… es culpa del sujetador —contesto—. Está impidiendo que la sangre me llegue a los dedos de los pies, y por eso me cuesta caminar.

—Guau, es un razonamiento muy científico.

—Pues bueno, intenta caminar tú con un sujetador —replico, antes de meterme la mano por delante, abrirme el cierre del sujetador y quitarme esta cosa entera. Le tiro el sujetador a Breaker—. Prueba tú.

Él se me queda mirando con el sujetador en la mano, luego su mirada se desvía por mi cuello, baja por mi clavícula y va directa hasta mis pechos, cuyos pezones se están apretando ahora con fuerza contra la tela blanca de mi camiseta.

—Qué sexy, Lia. —Se humedece los labios y luego estudia mi sujetador—. Muy sexy. —Su mirada se desliza de nuevo hacia mis tetas, siento que todas mis inhibiciones se desvanecen y saco pecho.

—¿Las estás intentando ver bien? —pregunto.

—Sí —responde, con una sonrisa desvergonzada.

—Bueno, pues corta ya. —Doy una patada en su dirección—. Esto va muy en serio. —Respiro hondo y levanto los brazos a los lazos—. Obsérvame caminar con gracia y elegancia.

—Veámoslo. —Aunque, cuando lo veo de reojo, todavía me sigue mirando los pechos sin sujetador.

Coloco un pie delante del otro y me deslizo con gracia, sin perderme ni un solo paso y demostrando que, de hecho, no estoy borracha.

—Ja —añado al acabar—. Te dije que era el sujetador.

—Ay, por favor —dice, levantándose—. Ha sido pura chiripa. Te apuesto a que puedo caminar recto con este sujetador puesto.

—Ah, ¿eso crees?

—Lo sé. —Deja el sujetador sobre el brazo del sofá, se saca la camiseta por la cabeza y la tira a un lado.

Hola, pectorales.

—Eeeh… ¿qué estás haciendo?

—Ponerme el sujetador —responde, antes de cogerlo e intentar colar los brazos por los agujeros —. Joder, ¿por qué aprieta tanto?

—Eeeh… A lo mejor es porque eres mucho más grande que yo.

Ha pasado un brazo por el tirante, pero sigue dando vueltas tratando de buscar el otro. Tras unos cuantos giros, se lleva una mano a la cadera y se vuelve hacia mí.

—¿Puedes ayudarme de una vez en vez de observar cómo doy vueltas como un perro intentando morderse la cola?

—La verdad es que estoy muy bien observando.

Suelta un gruñido, se quita el sujetador y se lo pone del revés, con lo que la tira de la espalda le queda sobre los pezones. Como sus hombros son mucho más anchos que los míos, los brazos se le giran porque los tirantes tiran de ellos.

Se mira, y luego se dirige a mí.

—¿Sabes? Creo que este *look* no me queda muy bien.

Me río a carcajadas y meneo la cabeza.

—Los he visto mejores.

—Entonces acabemos con esto de una vez antes de que pierda toda conciencia sobre mí mismo y empiece a combinar tu pintalabios con el color de mis pezones.

—¿Qué? —Me río por lo bajo—. ¿Por qué ibas a combinarlo con el color de tus pezones?

—Vi a una chica hablar de ello en TikTok. Decía que el color perfecto de pintalabios debe combinar con tus pezones. ¿No es verdad?

—¿Por qué ves tutoriales de maquillaje en TikTok?

—Yo no los busco. Me aparecen solos. La chica tenía acento de Boston. Creo que se llamaba Mikayla. Era tan entretenida que terminé viendo unos cuantos de sus vídeos de TikTok. Y no me da vergüenza alguna, es muy inspiradora. Vive su vida como quiere. Y oye, ahora ya sabes que tienes que combinar el color de los labios con el de los pezones. De nada. —Estira los brazos y camina en línea recta, manteniéndose erguido todo el tiempo.

—Sabes que esto no cuenta, ¿no? —pregunto—. No llevas puesto bien el sujetador.

—Ah, pero eso es porque es demasiado pequeño.

Me encojo de hombros.

—Ese no es mi problema.

—¿Y entonces qué coño es esto? ¿Qué estoy haciendo?

—Dímelo tú, eres tú quien se ha plantado el sujetador.

—Qué tontería —afirma, antes de quitárselo y tirármelo a la cara.

La tela me da en la mejilla, y yo suelto un jadeo de sorpresa.

—Ay, podrías haberme sacado un ojo.

—Qué dramática.

—Seguro que tengo una marca roja. —Me agarro la mejilla, exagerando.

—Muerte por sujetador, sería la primera vez que lo escucho.

—Ah, disculpe, señor. No tengo ninguna duda de que muchas mujeres se habrán reunido con El Todopoderoso por culpa de un sujetador mal fabricado, probablemente diseñado por un hombre que tiene un concepto nulo del tipo de daños que les pueden causar los aros destructivos a las almas cándidas.

—Sabes que el sujetador es una opción, ¿no? —Su sonrisita sabionda me dice que está de broma, pero eso no me detiene.

—Sí, claro, el sujetador es una opción, así que si empezara a andar por ahí con las tetas al aire, ¿crees que no habría quejas sobre pezones erectos o sobre que enseño demasiado?

Se mete las manos en los bolsillos de los pantalones.

—Yo no me quejaría en absoluto —contesta.

—Uf, qué pervertido. —Voy a la cocina y cojo otra lata de sidra para cada uno.

—No irás en serio. Si me la bebo igual vomito.

—O te duermes. Yo prefiero dormirme. —Abro las dos y le ofrezco una. Brindamos y nos sentamos en el sofá, con los hombros juntos, mirando la tele que tenemos delante.

—¿Sabes? —comienzo, tras dar un trago—. No hay ninguna otra persona con la que me gustaría estar después de cancelar la boda y romper con mi prometido más que tú. —Apoyo la cabeza en su hombro.

—Lo mismo digo, Lia.

Los dos bebemos.

—Cuando me viste por primera vez en el pasillo de tu residencia universitaria, ¿alguna vez pensaste que acabaríamos así? Como vecinos y mejores amigos, uña y carne.

—Eeeh…. En ese momento no, pero después de esa noche, tuve una buena corazonada.

—¿Y eso?

—Porque encajábamos. Por ejemplo, cuando todo el mundo dejó el *Scrabble* esa noche y nos quedamos solos, sentí que la pieza del puzle que me faltaba había encontrado su lugar.

—Yo sentí lo mismo. —Ambos nos llevamos la lata a la boca y le damos un largo trago—. Estaría perdida sin ti, Breaker.

—Yo también estaría perdido sin ti.

—A mí no me lo parece —añado, empezando a sentirme apesadumbrada—. Tú tienes muchas cosas. Tu empresa, unos lazos familiares fuertes y cuñadas que son muy divertidas. Tienes talento, una comunidad que te rodea y muchas oportunidades.

—¿Y tú no tienes nada de eso? —pregunta, en un tono que indica que no sabe adónde pretendo llegar con esto.

—Yo te tengo a ti. Estoy creando un círculo. Y tengo un trabajo que me encanta, pero no sé, siento que tú tienes mucho más.

—Lo que yo tengo lo tienes tú. Sabes que Huxley y J. P. te tratan como a una hermana. Y has creado tu empresa desde cero, y no mucha gente puede decir lo mismo. ¿Estás sintiendo todo eso porque no tienes a tus padres a tu lado?

—Eso creo. —Suelto un suspiro—. Dios, ¿crees que alguna vez lo superaré?

—No, no creo que perder a tus padres sea algo que se pueda superar, creo que será un dolor sutil con el que se aprende a vivir. Te costará un tiempo, pero será más fácil cada día que pase.

—A veces todavía los siento —contesto con suavidad, antes de darle otro trago largo a mi lata—. Por las noches, cuando me siento sola en mi apartamento, a veces noto que están ahí, cuidando de mí.

—Lo están —afirma Breaker—. Siempre te están cuidando. Y, ¿sabes?, cuando te sientas sola, siempre puedes venir a verme. Estoy aquí para eso.

—Lo estás. —Me rodea con el brazo y me estrecha contra su cuerpo—. Eres muy importante para mí, Breaker.

—Tú también eres importante para mí, Lia.

Me siento y lo miro a los ojos.

—Hasta el punto de… ¿qué haría yo sin ti?

—Yo intento pensar en cómo sería un día sin ti en mi vida —confiesa.

Me quedo mirándolo, él también me mira a los ojos, y yo le recorro la cara mientras empiezo a sonreír.

—¿Por qué sonríes? —pregunta, antes de acabarse la bebida y dejarla en la mesa.

Yo hago lo mismo.

—Eres muy distinto al chico que conocí en la universidad. ¿Recuerdas la oruga que te dejaste crecer sobre el labio? Era atroz.

—Eh, a algunas chicas les gustaba.

—¿A Amanda Fulton? Sí, claro, porque le gustaban todos los chicos que tuvieran dos pezones y un

pene, ni siquiera se fijaba en los pelos de la nariz.

—¿De verdad creía que los pezones eran un requisito?

Le pongo la mano en la cara y lo empujo, y se echa a reír.

—Estoy cansada. —Suelto un largo bostezo.

—Porque hemos bebido demasiado —contesta.

—Bueno, pues quiero despedirme para irme a la cama.

—Entonces vete a la cama. —Se inclina sobre el sofá y se mete las manos detrás de la cabeza.

—Lo haré —afirmo, y me pongo de pie con las piernas temblorosas—. Solo tengo que ir al baño primero.

Me marcho a su dormitorio.

—¿Adónde crees que vas? —pregunta—. Tu apartamento está al otro lado del pasillo.

—Pero la cama cómoda está por aquí. Gracias. —Me despido con la mano y me voy al baño de su dormitorio, donde hago mis cosas y me lavo los dientes.

No me molesto con el pelo, porque ya está hecho un desastre. Me acerco a su cama y me meto bajo las sábanas frescas. Sí…, esto es pura perfección.

Un año, por Navidad, Breaker me compró las mismas sábanas porque yo había dicho que me gustaban muchísimo, pero, por algún motivo, no parecen las mismas en mi cama. Creo que es el colchón. Eso, y que su cama huele a su colonia, que haría que cualquiera quisiera hundirse más en ella.

—Tú ponte cómoda —le escucho decir mientras se mueve por el baño.

—Espero que no te importe.

Me escurro hacia el centro de la cama y me acuesto sobre ambas almohadas, dejándole muy poca elección. Siempre dice que acaparo la cama, así que me veo obligada a estar a la altura.

Le escucho tirar de la cadena y luego lavarse los dientes. Cuando apaga la luz del baño, entra en el dormitorio y baja las persianas automáticas —algo que yo no tengo en mi apartamento— para dejar la habitación en completa oscuridad.

La cama se hunde bajo su peso, y se desliza a mi lado.

—Tienes mi almohada —dice, tirando de ella.

—Eh, la estoy usando yo.

—No puedes usar las dos —se queja.

—Puedo hacer lo que quiera. He llegado yo primero.

—Sí, pero esta es mi cama. —Vuelve a tirar de ella, pero yo me agarro con fuerza.

—Vale. Si te vas a poner así, entonces no tengo más remedio que hacer esto. —Me rodea la cintura con el brazo y me aplasta el cuerpo contra el suyo, para que podamos compartir la almohada.

—¿Me estás diciendo que esto es un castigo? Porque a mí no me lo parece. —Ahora mismo me está gustando de la leche este calorcito.

—Lo será cuando me dé la vuelta a mitad de la noche y te caigas de la cama —replica.

—Y dicen que la caballerosidad ya no existe.

Se ríe por lo bajo.

—Si fueras mi novia, entonces sí, te dejaría hacer lo que quisieras. Pero ese no es el caso. Solo eres la mejor amiga caradura.

—Caradura, guau —bromeo—. ¿Te importaría explicarme en qué se diferencia este abrazo? Porque a mí me parece que me estás haciendo la cucharita, como a una novia.

—Qué va —me desdeña—. Esto es amistad. Si fueras mi novia, mi mano estaría en un lugar completamente distinto.

—Uf, hombres, siempre queriendo meter la mano entre las piernas de una mujer.

—Ahí no es donde estaba pensando yo.

—Ah, perdón, las tetas. —Pongo los ojos en blanco, incluso aunque él no pueda verme.

—Tampoco es ahí donde estaba pensando —susurra.

—Ah, eeeh…. ¿La raja del culo? No sería mi primera elección, me parece un poco asfixiante para la mano, pero cada uno con lo suyo.

Suelta una risita y siento que niega con la cabeza detrás de mí.

—Otra vez incorrecto.

—Vale, pues ya me has confundido, porque no se me ocurre ningún otro lugar donde puedas meter la mano. A ver, dentro de mi boca, pero correría riesgo de asfixia.

—No metería la mano en ninguno de esos lugares —contesta, extendiéndola lentamente por encima de mi estómago, que se encoge bajo su contacto—. Verás, no se trata de una caricia evidente, sino de una sutil. —Desliza la mano por la piel de mi estómago que está al descubierto y la acaricia muy ligeramente con el dedo—. Así es como la tocaría yo. Solo lo suficiente como para que supiera que estoy aquí, pero no tanto como para que piense que quiero más.

—Ah —respondo, un tanto sin aliento, porque, joder, cómo me gusta—. Brian… eeeh… nunca me tocaba así. No era de los demasiado cariñosos.

—Él se lo ha perdido —admite Breaker, sin dejar de acariciarme la piel con los dedos.

—No hacía demasiado conmigo. Y eso me hace preguntarme si es que no me encontraba atractiva.

—Imposible. —Sus dedos juguetean con el dobladillo de mi camiseta, colándose por debajo solo un poco—. Eres deseable, Lia. —Su voz es más grave, sus labios se acercan más a mi oído, y su mano se mete un milímetro más debajo de mi camiseta, haciendo que el cuerpo me arda.

Yo me quedo aquí, pasmada, e incapaz de moverme por culpa de la neblina de alcohol que me enturbia la mente. Sigo preguntándome una y otra vez qué es lo que está haciendo. ¿De verdad me está acariciando de manera íntima? Sin embargo, muy dentro de mí, quiero que lo haga más rápido.

—Nunca me he sentido deseable —confieso, y ahora su palma conecta con mi estómago, y tiene toda la mano debajo de mi camiseta.

—Porque no has estado con el hombre adecuado —declara, acercando más su cuerpo de manera que puedo sentir el calor de su pecho desnudo sobre mi espalda—. Si estuvieras con el hombre adecuado, él siempre sabría cómo tratarte para que tú *sepas* que eres deseable.

Su mano asciende por mi estómago lo justo como para que su pulgar me roce la piel que hay por debajo de mis pechos.

Joder.

El calor me consume, y siento que las mejillas me arden mientras mi estómago se hincha y deshincha, y él vuelve a bajar la mano hasta llegar al lugar que hay justo encima de la cinturilla de mis pantalones. Siento un cosquilleo en las venas cuando me recorre con el meñique todo el borde. Me muerdo el interior de la mejilla y siento que me late el pulso tan fuerte que hasta puedo escucharlo.

—Todo en ti es deseable, Lia —asegura, estrechándome más fuerte hasta que mi culo se ajusta contra su pelvis. Y entonces, dejándome completamente perpleja, su meñique me atraviesa la cinturilla del pantalón. Suelto un jadeo y el pecho se me llena de una esperanza inesperada de que vaya todavía más lejos, pero antes de que pueda siquiera pensar en las repercusiones, vuelve a subir los dedos.

Su tacto es muy ligero, casi imperceptible, pero al sentir su pecho contra mí y ante la más leve caricia, todo mi cuerpo reacciona, provocándome un sudor frío.

—Estás… estás haciéndome sentir…

—¿Qué? —pregunta, colocándome la mano justo debajo de los pechos.

Su pulgar se mueve arriba y abajo, una y otra vez, apenas alcanzando el lugar donde quiero que me acaricie y haciendo que me ardan hasta los huesos; tanto que empiezo a sentir ansias.

Ansias por su contacto.

Por su mano.

Por que la baje todavía más.

Una acción que nunca habría imaginado desear de mi mejor amigo, pero aquí estoy, deseando y rogando mentalmente que me abra las piernas y que me haga sentir de todo menos vacía.

—Breaker —lo llamo, jadeante.

—¿Mmm? —pregunta, volviendo a bajar la mano hasta que la punta de los dedos atraviesan la cinturilla del pantalón.

Sí, oh, Dios, sí.

Sigue.

Tócame, por favor.

Aprieto los ojos con fuerza y levanto la pelvis de manera involuntaria. No debería querer esto. No debería necesitar esto. No debería querer perderme en este momento. Es culpa del alcohol, ¿verdad? Es por haber perdido a mi prometido…, ¿verdad? Me siento sola.

Estoy confundida.

Eso es todo.

Yo no… no deseo a Breaker. Es mi mejor amigo.

Pero entonces sus dedos me recorren la piel que hay justo encima del hueso de mi pubis, y mi cuerpo se mueve, curvando un poco la espalda. Es algo sutil, pero obliga a sus dedos a bajar todavía más.

Me pulsa.

Me quema.

Me hace querer más.

Yo quiero más. Y justo cuando creo que me va a meter la mano entre las piernas, vuelve a subirla hasta mi estómago. Suelto un gruñido de frustración.

—¿Ibas a decir algo? —susurra, con los labios tan cerca de mi oído que creo que voy a entrar en combustión.

—Yo… no lo recuerdo —contesto.

—Yo creo que sí lo recuerdas. Es solo que no quieres decirlo. —Sus dedos bailotean por mi estómago, hasta alcanzarme las costillas—. Me estabas diciendo que te hago sentir…

Me humedezco los labios anhelando su contacto, pero él no se mueve. Mantiene la mano quieta donde está, siempre controlando la situación.

—Dímelo, Lia —insiste, rozándome el oído con los labios y provocándome escalofríos por toda la piel.

—Cachonda —respondo, casi sin respiración—. Me estás haciendo sentir… cachonda.

—Eso es porque eres sexy de la hostia —añade, justo antes de acariciarme el pecho con la punta del pulgar.

—Ah… Joder.

—Dios, qué buena estás —murmura, antes de presionar la pelvis contra la mía, y abro los ojos de placer al sentir su erección contra la espalda.

Ay, Dios…

Está igual que cachondo que yo.

Me recorre el estómago con los dedos, y esta vez, sin dudarlo siquiera, me los mete por los pantalones y arrastra el pulgar justo por encima de mi montículo. No me está tocando donde quiero que lo haga, pero en estos momentos estoy más cachonda de lo que nunca lo haya estado con Brian.

Lo deseo. Un montón.

Deseo esto.

Deseo liberarme.

Y me preocupa mucho que, si digo algo o me muevo, todo ese deseo ardiente se disuelva. Y no quiero que lo haga, porque estoy sintiendo algo, como si… como si estuviera empezando a despertar de un largo y profundo sueño en el que he estado sumida durante más de un año.

Para darle más acceso, me retuerzo y me pongo casi boca arriba.

El nuevo ángulo hace que me abrace con más fuerza, y mientras sube por mi estómago, siento que los pechos me pesan más y que los pezones se me endurecen, y entonces espero.

Ruego.

Deseo que me toque más.

Que me toque por completo esta vez.

Con los ojos cerrados, contengo la respiración, y las piernas empiezan a temblarme cuanto más se acerca a mi pecho.

Ya casi está.

Tócame, por favor.

Puede que sea capaz de leerme la mente, porque su mano se desliza hasta la parte inferior de mi pecho y me roza el pezón con el pulgar.

—Dios… —gimo, arqueando la espalda y poniéndome por completo boca arriba para demostrarle que quiero más. Quiero mucho más.

—Joder, qué tetas más suaves tienes —dice, frotando su erección contra mi pierna y pegando los labios a mi oído—. Cuántas cosas quiero hacerles.

—¿Qu-qué? —pregunto.

—Quitarte esta camiseta y meter mi cara entre tus tetas. Quiero probar su peso con mis manos, pellizcarte fuerte, poner duros tus pezones, succionarlos hasta que grites y después marcarlos con mis dientes. Quiero que te despiertes al día siguiente y que sepas que anoche te poseyeron.

Las piernas se me abren de manera involuntaria cuando los latidos apagados que siento entre las piernas se convierten en un martilleo anhelante. La voz profunda, rasgada —*sexy*— de Breaker, esa que escuché una vez desde el otro lado de la pared, está acabando con la última pizca de control que me quedaba. La está usando conmigo. *Conmigo*.

Espero que deslice la mano hacia abajo, pero, en su lugar, arrastra el pulgar sobre mi pezón otra vez, y otra vez… y otra vez, haciendo que se me escape un siseo entre los labios.

Empujo mi pecho contra su mano porque quiero que cumpla lo que dice, pero él se retira y yo suelto un gemido de frustración.

—Breaker —lo llamo, jadeante.

—Me necesitas, ¿verdad? —pregunta, con un atisbo de arrogancia en la voz. Incluso eso me pone más cachonda todavía.

—Sí —susurro, con ganas de arrancarme la ropa.

Por suerte, baja por mis pantalones hasta llegar justo entre mis muslos. Yo los abro con una expectación deliciosa, y para mi placer, me desliza dos dedos por entre los labios. No los presiona, ni siquiera intenta que me corra, solo los hace resbalar por la piel sensible. Así que me abro todavía más, para que pueda meterlos mejor y sentir lo cachonda que estoy.

—Joder —dice, con voz tan torturada que la siento resonar hasta en mis huesos.

Aparta los dedos y me arrastra mi humedad por el estómago, y cuando creo que va a volver a mi pecho, me quita la mano y observo fascinada cómo se mete los dos dedos en la boca y se los chupa.

La respiración se me queda atascada en la garganta cuando se los saca para volver a hablar.

—Sabía que tu coño sería lo más dulce que haya probado en mi puñetera vida.

—Breaker —lo llamo, sintiendo que me explota el cerebro—. ¿Qué…? ¿Qué estás haciendo?

—Intentando controlarme —responde.

—Estamos… estamos borrachos —añado, por algún motivo, a lo mejor para sentirme mejor por haber cruzado esa línea con mi mejor amigo.

—Puede que sí, pero llevo mucho tiempo queriendo probarte.

—¿Qué? —pregunto, perpleja—. N-no, no es verdad. Solo estás… demostrándome que soy deseable.

—Sí, Lia —afirma, mirándome a los ojos—. Eres completamente deseable. —Y entonces vuelve a deslizar la mano hasta mi pecho, arrastra el índice hasta mi pezón y lo pellizca.

—Ah, Dios… —gimo, y meto la mano entre los dos para cogerle el miembro duro.

Esto no es lo que solemos hacer.

Nunca pasamos de esta raya.

Pero sentirlo tan duro justo ahora, mientras juguetea con mis pezones duros, me lleva a hacer algo para lo que nunca creí estar preparada: le meto la mano por los pantalones y después, por encima de los calzoncillos, para…

—Ay… Dios Santo —exclamo, con la voz entrecortada, mientras él sigue retorciéndome el pezón —. Breaker, la tienes… enorme.

Y es verdad.

Es larga.

Gruesa.

Con diferencia, la más grande que he sentido nunca.

Mis dedos recorren el grosor de sus venas a través de la tela de sus calzoncillos y regresan de nuevo al glande.

La respiración se le agita, pero no deja de excitarme y sigue jugando con mi pezón.

Quiero más, mucho más, así que me pongo de lado para mirarlo. Casi no puedo verle la cara en la oscuridad de la noche, pero sí la línea de su mandíbula marcada.

—Estoy cachonda —le digo, como si él no lo supiera.

—Y yo.

—Quiero correrme.

—Yo también —añade.

—No deberíamos estar haciendo esto. Estamos traspasando los límites.

No contesta nada a eso. Se limita a acariciarme la espalda con la mano y llega hasta mis pantalones para agarrarme el culo con fuerza.

—Breaker, necesito que digas algo. Dime que estamos traspasando los límites.

—No voy a decir nada que detenga esto. Ni una puñetera mierda.

—¿Por qué no? —pregunto, con el corazón en la boca.

—Creo que ya lo sabes.

Meneo la cabeza.

—No, Breaker. No lo sé.

De nuevo, se queda en silencio, y justo cuando creo que no va a hacer nada, se pone boca arriba. Aparta las sábanas y luego me agarra. Con un solo movimiento, me coloca encima de su regazo, justo encima de su erección.

—Ay, Dios —suelto, entre jadeos.

Mete la mano entre nuestros cuerpos y se acomoda para ajustarme contra su erección.

—¿Quieres correrte, Lia? Hazlo —dice con confianza—. Utiliza mi polla.

Me lo ordena de una manera muy obscena, erótica, algo que nunca habría esperado escucharle decir, pero enciende algo en mi interior. En vez de amedrentarme, me encuentro a mí misma obedeciendo sus órdenes.

—¿A… así? —pregunto, moviendo la pelvis y frotando mi clítoris contra su erección.

Él asiente.

—Justo así.

—¿Con la ropa puesta?

—Sí. ¿Alguna vez te lo has montado con la ropa puesta?

—N-no.

—Entonces te ayudaré.

Se sienta en la cama sin ningún esfuerzo, como si no me tuviera encima de él, y apoya la espalda sobre el cabecero. Yo sigo apretada contra su erección, pero en esta postura su grosor me presiona el clítoris.

Me mete la mano por debajo de la camiseta y sube hasta mi pecho, para acunarlo y darle un placentero apretón. Echo la cabeza hacia atrás y balanceo la pelvis, creando una fricción tan deliciosa

que no puedo evitar repetir el movimiento.

—Justo así —dice, jugueteando con su pulgar en mi pezón—. Cabálgame, Lia. Quiero que te centres en tu propio placer. Yo me correré cuando te corras tú.

¿Él se correrá cuando me corra yo? Su generosidad me emociona todavía más.

Apoyo las manos en sus hombros y, mientras sigue jugando con mi pezón, aumento el ritmo, restregando mi clítoris contra su pene, disfrutando de las sensaciones y de la presión intensa que me recorre, y entonces me lleva hacia él y se mete una de mis tetas en la boca para succionarla a través de la tela de la camiseta.

Suelto un jadeo, él cambia de un pecho al otro y lo vuelve a succionar y mordisquear. Mi camiseta me protege solo lo justo como para frustrarme, así que me bajo la tela y me saco la parte superior de los pechos. Él no se lo piensa, y me lame el escote de un lado al otro, arañándome con los dientes todo el rato.

—¡Sí! —grito, con timidez pero al mismo tiempo con frenesí, como si no pudiera contener el placer. Y no quiero hacerlo. Quiero sacarlo todo. Quiero liberarme.

Me he sentido tan frustrada, tan reprimida que siento como si Breaker acabara de descorchar el tapón de la botella y al fin me estuviera permitiendo disfrutar del momento.

Me froto con más fuerza contra él cuando siento que aumenta la presión entre mis piernas, y se me empieza a entumecer la parte inferior del cuerpo. Puedo notar que me falta muy poco para el orgasmo.

—Dios, sí —murmuro, cuando me muerde el lateral del pecho y el dolor se convierte al instante en placer. Guío su cabeza hacia el otro lado—. Más —ordeno, y él me baja más el cuello de la camiseta, y el sonido de la tela al rasgarse resuena por la habitación en silencio. Su boca encuentra mi pezón y se lo mete para succionarlo con fuerza. *Joder, es una sensación increíble.*

Gime y vuelvo a cabalgarlo entero, cada vez más fuerte.

Él suelta un jadeo, y siento que toda la piel se me eriza.

Me muerde el otro pezón, rompiéndome la camiseta por completo, y yo aprieto más y más.

Su boca es sabrosa, sus manos atentas y su mente me da placer a mí, y no a sí mismo. Es tan sexy, tan increíblemente placentero que lo agarro de la nuca, echo la cabeza hacia atrás y dejo que la fricción de su deliciosa erección contra mi clítoris me lleve hasta el límite.

—¡Joder, Breaker! —grito, cabalgando más fuerte, y el orgasmo me atraviesa tan rápido que trato de hacer todo lo posible por que no se agote, por hacer que la sensación dure tanto como pueda. Cuando empieza a menguar, gime contra mi pecho, empuja contra mí y jadea sobre mi piel al correrse también.

Estoy tan sorprendida, tan intoxicada por los sonidos que emite al correrse que me quedo aquí, perpleja, abrazándolo, sin importar que me haya rajado la camiseta ni que me acabe de succionar los pechos. Ni tampoco que acabe de traspasar el límite más grande con mi mejor amigo.

—Dios, joder —susurra, intentando recuperar el aliento. Levanta la cabeza y la apoya contra el cabecero de la cama. En la oscuridad de la noche, alcanzo a ver su pecho subir y bajar, pero poco más.

Ay, Dios, acabamos de provocarnos un orgasmo mutuo.

No… no me lo puedo creer.

Y ahora que se ha acabado, estoy completamente atónita.

Sin saber muy bien qué decir, me levanto de encima de él.

—¿Me puedes dejar una camiseta? —susurro.

—Claro —contesta—. Ya te la traigo.

—No, da igual. Ya la cojo yo. —Me bajo de la cama muy avergonzada, uniendo los trozos rotos de mi camiseta, para acercarme a su cómoda, coger una de las suyas y meterme en el baño. Cierro la puerta y me apoyo contra la encimera del lavabo.

¿Qué demonios acabo de hacer?

He… Me acabo de restregar contra mi mejor amigo hasta que nos hemos corrido los dos.

Me empiezo a asustar.

De cojones.

Hemos cruzado los límites, unos enormes, y estoy completamente segura de que lo acabo de echar todo a perder.

Entonces, llama a la puerta.

—Lia, ¿estás bien?

No.

Para nada.

—Sí —contesto—. Solo… eeeh… me estoy cambiando. Salgo en un segundo.

—Lia, ¿quieres que hablemos de esto? —Su tono es sincero y reconfortante. No el mismo que el del hombre que me ha dicho que use su polla para darme placer. Este es el Breaker al que conozco. El Breaker al que quiero.

—¿Qué? —chillo—. No, claro que no. No hay nada de qué hablar. —Me quito los pantalones y la camiseta y me pongo la suya, con lo que no llevo puesto nada más que su ropa…, que huele igual que él, claro.

Con el estómago revuelto me lavo, y luego no me molesto ni en mirarme al espejo antes de salir porque, ¿para qué? Sé lo que voy a ver: a una persona completamente asustada por lo que acaba de suceder.

Salgo del aseo y me encuentro a Breaker al otro lado, sosteniendo un par de pantalones cortos.

—Hey —dice, levantándome la barbilla para obligarme a mirarlo a los ojos—. ¿Estás bien?

Me obligo a sonreír, porque si hay algo que he aprendido de Brian durante este último año es a fingir una sonrisa.

—Pues claro. Es solo que estoy agotada ahora. —Le doy unas palmaditas en su pecho desnudo—. Ya me lo he sacado todo. ¿Quieres que… que vuelva a mi casa?

—No. —Frunce el ceño—. No, quiero que te quedes conmigo.

—Vale, solo quería asegurarme. —Sonrío y voy a dar un paso, pero me coloca la mano en el estómago y me detiene.

—¿Seguro que estás bien?

—Claro.

Sé que no está convencido, pero me suelta. Entra en el baño y yo me voy a la cama y me meto bajo las sábanas. Esta vez, uso solo mi almohada y me quedo en mi sitio sin dejar de darle vueltas a la cabeza. Seguramente acabe de echar a perder nuestra amistad. Ha sido increíble notar su boca sobre mí. Me perdí muy rápido y me dejé llevar por el momento, sin importarme nada más que la fricción y el calor que sentíamos.

¿De verdad ha valido la pena?

¿Ha merecido la pena destrozar nuestra amistad?

Recién salido del baño, Breaker se acerca a la cama y se mete en ella. Casi espero que se quede en su lado, pero me agarra del estómago para acercarme a su pecho y entierra la cara en mi pelo.

Me quedo sin respiración, sin saber qué hacer.

Está acurrucándose de nuevo.

Me está haciendo la cucharita.

Todo su cuerpo está controlando el mío.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta, y su aliento me acaricia la nuca.

—Sí —susurro, con el corazón desbocado.

—Vale. Buenas noches, Lia.

Trago saliva con dificultad.

—Buenas noches, Breaker —murmuro.

En vez de quedarme dormida, sigo despierta, inquieta, atrapada en su abrazo y luchando entre

disfrutar de la manera en que me abraza tan fuerte o perder los nervios porque lo acabo de echar todo a perder.

Cuando se queda dormido y su abrazo se afloja, aprovecho el momento para salir de la cama, de su habitación, y marcharme a mi apartamento, donde me quedo despierta el resto de la noche.

La has jodido, Lia.

La has jodido bien.

17

BREAKER

Sonriendo para mis adentros al recordar la noche pasada como si acabara de darse hace solo un minuto, estiro el brazo para abrazar a Lia, pero cuando solo toco el colchón, abro los ojos y encuentro la cama vacía.

—Joder —murmuro, apretándome la palma de la mano contra el ojo.

Ha huido.

Debería haberlo sabido, joder.

Cuando sucedió —*Dios, fue increíble*—, estaba justo aquí, conmigo.

Pero después, aunque no quiso admitirlo, sentí que huía tan rápido como pudo. Mentalmente, estaba imaginándose la posibilidad de que estuviéramos juntos y volviéndose loca por esa precisa idea.

Me siento en la cama y recorro la habitación con la mirada en busca de algún rastro de ella. A lo mejor, si tengo suerte, está en la cocina, o en el salón, con una taza de su café favorito, aunque, claro, no lo huelo.

Me voy corriendo al baño y siento que un dolor agudo me empieza a pulsar en la base del cráneo, recordándome todo lo que bebí anoche.

Me gustaría decir que he metido la pata hasta el fondo, pero es que para mí lo de anoche no fue un error. De lo único de lo que me arrepiento es de no haber hablado de ello y no haber hecho caso a mi instinto masculino, que me decía que ella no estaría bien después.

Pero no me arrepiento de haberla provocado.

No me arrepiento de haberle recorrido a mordiscos sus pechos.

No me arrepiento de la manera en que disfruté de su cálido sexo deslizándose por encima mi miembro.

Y no me arrepiento una mierda de escucharla gemir mientras conseguía su orgasmo.

Me lavo las manos, voy al salón y luego a la cocina, pero todo está vacío. Tal y como esperaba. Así que, sin pensarlo dos veces, salgo de mi casa, cruzo a la suya y llamo a la puerta.

Espero un momento, y al ver que no abre, vuelvo a llamar.

Pasan unos segundos más, pero nada.

Empiezo a sentir pánico.

—Lia, ¿estás ahí? —la llamo otra vez.

Silencio absoluto.

Joder.

Vuelvo a mi apartamento y busco mi teléfono. Se me ocurre llamarla, pero por algún motivo, tengo la sensación de que me responderá directamente el buzón de voz, así que decido enviarle un mensaje que sea lo más ligero posible, nada empalagoso ni patético, aunque sea así como me siento.

Breaker: *Buenos días. Y yo que pensaba que iba a tener que prepararte el desayuno… Parece que he tenido suerte.*

Dejo el móvil y me voy a la cocina, donde me preparo una taza de café, cojo el ibuprofeno del armario y meto un burrito congelado en el microondas. Mientras todo se prepara, me aferro a la encimera de la cocina y me quedo mirando el móvil, deseando que suene el pitido de un mensaje.

Cuando se terminan de hacer el café y el burrito y todavía no he recibido la respuesta, empiezo a

entrar en completo pánico.

—Joder —murmuro, pasándome la mano por el pelo.

¿Qué es lo que he hecho?

Huxley y J. P. tenían razón. Debería haber sido simplemente el amigo que necesitaba anoche. Debería haber mantenido quietas las manos. No debería haberle arrancado la camiseta y chupado las tetas.

Fue una puñetera…

—Biiip.

—¡Ay, joder, menos mal! —grito, tras coger el teléfono y comprobar que se trata de ella.

Lia: *¿Qué me habrías preparado?*

Siento un alivio enorme al leer una respuesta tan ligera.

Suspirando, me siento con mi burrito, el ibuprofeno y el café y le escribo.

Breaker: *Ahora mismo me estoy comiendo un burrito de desayuno que he sacado del congelador, así que puede que eso.*

Lia: *¿En serio? Me habrías descongelado un burrito? Guau.*

Breaker: *¿Qué es lo que te habría apetecido?*

Lia: *Por lo menos un danés.*

Breaker: *Bueno, si me lo hubieras pedido, lo habría conseguido.*

Lia: *Qué lástima. Ahora nunca lo sabremos.*

Breaker: *¿Por qué te has ido? ¿Es que no te he dejado acaparar la cama?*

Lia: *Tenía una reunión temprano.*

Eeeh… ¿Y yo por qué no me lo creo?

Probablemente, porque conozco su agenda, y ella nunca, o sea, *jamás,* tiene reuniones temprano. No es así como funciona. Si tiene una reunión con clientes, siempre es a mediodía o por la tarde. Lo de «temprano» no está en su vocabulario.

Breaker: *¿Me estás mintiendo?*

Lia: *¿De verdad crees que lo haría?*

Sí.

Lo creo.

Y lo está haciendo.

Así que, o me quedo sentado y le sigo el juego, o soy la persona que siempre he sido con ella y actúo con sinceridad. Lo más fácil es continuar con la mentira.

Sin embargo, las mejores cosas de la vida nunca son fáciles, así que decido delatarla.

Tarda un rato en responder, pero al fin lo hace.

Lia: *¿Podemos no hablar de lo de anoche?*

Breaker: *¿Por qué? ¿Te arrepientes?*

Por favor, di que no. Por favor, di que no.

Lia: *Yo… No lo sé, Breaker. Fue… raro.*

Breaker: *Guau, no me cansaría de escuchar eso nunca.*

Lia: *No es eso. Me refiero a que… mientras lo estábamos haciendo, en fin, fue increíble, pero tú eres tú, y por eso es raro.*

Breaker: *Lo entiendo, pero eso no significa que tengas que alejarte.*

Lia: *No es lo que he hecho, solo estoy tomándome un segundo para digerir lo que ha pasado. A ver, han pasado un montón de cosas. Hemos aprendido mucho el uno del otro en solo unos minutos.*

Breaker: *Yo no aprendí nada, solo confirmé un montón de cosas que me rondaban por la cabeza. Unas tetas increíbles que saben a gloria.*

Sé que no debería decirlo, pero no quiero que piense que creo que lo que pasó fue un error, porque no lo es. Es… es el principio de algo nuevo, y no quiero acobardarme.

Lia: *Breaker, estoy hablando en serio.*

Breaker: *Sí, y yo también. Siempre supe que tenías unas tetas increíbles, pero ¿chuparlas anoche? Joder, ha sido una de las cosas más eróticas que he hecho nunca, y todavía las puedo saborear en mi lengua.*

Lia: *Yo… no sé qué decir.*

Breaker: *No hace falta que digas nada. Solo tienes que saber que no hay nada de qué arrepentirse, en absoluto. Y que tampoco cambia nada. Sigo siendo tu mejor amigo. Y siempre lo seré.*

Espero a que me envíe otro mensaje, pero no lo hace.

Cuando acabo de desayunar y me tomo el ibuprofeno para combatir el intenso dolor de cabeza que tengo, me doy una ducha y luego vuelvo a comprobar el móvil.

Nada.

Así que decido dormir hasta que se me pase. Y me despierto una hora después.

Todavía nada.

Creo que a lo mejor la he cagado.

—Gracias a todas las pruebas que nos habéis entregado y al buen trabajo del equipo, hemos conseguido presentar alegatos sólidos contra la demanda y hemos obligado a Gemma a disculparse a través de los medios de comunicación —dice Taylor, nuestro abogado.

Huxley me da una palmada en mi hombro trajeado, evidentemente muy contento con la noticia.

Yo, sin embargo, casi no puedo emitir ni un sonido de alegría.

Después de despertarme de la siesta, recibí un mensaje de Huxley —pensaba que era Lia y me cagué en todo— solicitándome que fuera a la oficina a las dos. Como me estaba pidiendo que pusiera un pie en Cane Enterprises, sabía que debía de tratarse del fin de la demanda.

Y lo es, pero después de mis veinticuatro últimas horas con Lia, la verdad es que no podría importarme menos lo que pase con la loca de la Shoemacher.

—Es genial —contesta J. P.—. ¿Va a leer alguna declaración escrita?

—Está trabajando en ella con su abogado ahora mismo, y la aprobaremos antes de que emita su disculpa —contesta Taylor.

—Por favor, envíamela directamente cuando llegue —añade Huxley, tendiéndole la mano a Taylor —. Apreciamos mucho tu trabajo en este caso. Gracias, Taylor.

—Ha sido un placer, señor Cane —contesta él, cerrando su maletín. Nos estrecha la mano a J. P. y a mí antes de salir de la sala de conferencias, seguido de sus dos ayudantes.

Cuando la puerta se cierra, Huxley se gira hacia mí y se apoya en la mesa de conferencias.

—¿Estás contento?

—Sí —respondo, reclinándome en la silla y sin mostrar la emoción que es evidente que ellos esperan.

—¿De verdad? —pregunta J. P.—. Porque a mí me parece que alguien te ha atropellado la polla y ahora estás de luto.

—Pensaba que estarías encantado de volver al trabajo —añade Huxley—. Ah, y deberíamos realizar una conferencia al respecto dirigida a toda la empresa. Tenemos que dejar las cosas claras. Quienes no puedan asistir en persona que lo hagan *online*.

—Probablemente sea lo mejor —admite J. P.—. Pero quiero saber qué le está pasando a Breaker ahora mismo por la cabeza. Quiero saber por qué no está levantando el puño al aire y diciendo «¡Hurra!», como haría normalmente.

Mis dos hermanos se me quedan mirando, y sus miradas de sospecha no flaquean mientras yo dejo que se alargue el silencio en la habitación.

—¿La cagaste ayer con Lia? —dice Huxley, tras unos segundos.

—Gran observación —afirma J. P. dándole unas palmadas a Huxley en la espalda—. Guapo, listo y observador. Por eso está al timón.

—No la he cagado con Lia —gimoteo, molesto. Aunque sí, la cagué, y bien cagada. No he parado de mirar el móvil durante toda la reunión y todavía no he recibido ni un mensaje de ella.

—¿De verdad? —cuestiona J. P., caminando a mi alrededor—. Entonces dime, ¿qué hiciste ayer con Lia?

—Solo pasar el rato —respondo—. Comimos pizza. Jugamos algunas partidas. Nos tomamos unas sidras.

—¿«Unas»? ¡JA! —critica J. P.—. Mira qué bolsas tiene debajo de los ojos, Hux. ¿Te parece que fueron solo «unas»? —J. P. me señala con el bolígrafo que acaba de coger de la mesa.

Huxley se inclina para examinarme más de cerca.

—Tiene ojeras.

—Exacto —apostilla J. P. con dramatismo—. Lo que significa que anoche bebió un montón. Así que, cuéntanos, Breaker, ¿cuántas sidras fueron exactamente?

Pongo los ojos en blanco.

—No lo sé, unas diez.

—¿Diez? —pregunta Huxley—. Eso es un montón para ti.

J. P. se inclina sobre mí.

—De ahí las bolsas que tiene debajo de los ojos. Y mira su pelo. Está todo desaliñado, aunque parece que se ha puesto algún producto. —Se pasea por detrás de mí y me mete el bolígrafo en el pelo—. Descuidado, lo que indica que…

Huxley se rasca el lateral de la mandíbula.

—… se ha estado pasando la mano por él —indica.

—Ajá —reitera J. P., haciendo que me entren ganas de darle un puñetazo en la barriga por lo insoportable que se está poniendo—. ¿Y por qué iba a tener ojeras y pasarse la mano continuamente por el pelo?

Huxley se sienta enfrente de mí.

—Porque la ha cagado con Lia —contesta en tono engreído.

—Estáis equivocados de cojones —replico, reclinándome en la silla—. Aunque ha sido divertido.

—¿De verdad? —J. P. no deja de pasear a mi alrededor—. Entonces, ¿por qué llevas calcetines de dos colores distintos?

—¿Qué? —Me miro las piernas y luego vuelvo a mirar a J. P.—. No llevo calcetines.

—¡Exacto!

—¿Qué? —pregunto, confuso.

J. P. se detiene y se gira hacia Huxley.

—Puede que haya perdido un poco el hilo de lo que estaba tratando de hacer.

Con un gesto exagerado de exasperación, Huxley se vuelve hacia mí.

—Dame tu teléfono.

—¿Por qué? —pregunto, y empiezo a notar que me suda la nuca.

—Quiero verlo.

—Pues mira el tuyo —contesto.

—No, quiero ver el tuyo porque si me equivoco con que la has cagado con Lia, entonces no hay nada que ocultar, ¿verdad? —Menea los dedos—. Dame el móvil.

—Sí, esa es buena —opina J. P., sentándose junto a Huxley—. Dale tu teléfono.

—No, eso es una estupidez. —Me cruzo de brazos, sintiéndome acorralado.

—La estupidez es que lo niegues —afirma Huxley—. Así que danos el puñetero móvil y admite que la has cagado.

—¡No la he cagado! —grito, antes de añadir con rapidez—: Solo puede que haya complicado un pelín las cosas. —Me vengo abajo, porque sé que no tiene sentido. Se van a enterar igual, así que será mejor que acabe con su avasallamiento de una vez para poder adivinar qué hacer con Lia.

—«Complicado». —J. P. da una palmada sobre la mesa de conferencias—. Lo sabíamos.

Joder, ¿ha tomado demasiado café antes de entrar? Está insoportable de cojones.

—¿Qué demonios has hecho? —pregunta Huxley, enfadado. ¿Por qué está enfadado? Es mi vida, no la suya.

Me paso la mano por el pelo y J. P. me señala al instante.

—¿Ves? Agobio. Se está despeinando el pelo con agobio. Teníamos razón desde el principio. ¡Hurra!

—Ni se te ocurra decir «hurra». Ya me basta con que lo diga Breaker —interviene Huxley. Después, se gira hacia mí para continuar—. No tengo ganas de perder el tiempo esperando que te crezcan unos malditos cojones y nos cuentes qué has hecho mal. Esta noche voy a salir con Lottie, y no me apetece que lo estropeéis todo. Así que cuéntanoslo de una puñetera vez para que podamos decirte que eres idiota y luego ayudarte a encontrar una solución.

—Vale —gimo—. Anoche nos emborrachamos, se fue a mi cama a dormir, me acurruqué con ella y acabé con la mano por debajo de su camiseta para tocarle las tetas. Ella gimió y me agarró la polla. Nos lo hicimos por encima de la ropa, y luego ella se acojonó y se marchó en mitad de la noche. Esta mañana nos hemos enviado unos pocos mensajes, pero todavía no me ha respondido al último.

—Maldito idiota —dice Huxley.

J. P. se pellizca la nariz.

—Te dijimos que no hicieras nada, y no nos has hecho ni puto caso. ¿Cómo crees que nos sentimos ahora?

—No estamos hablando de ti, J. P. —replico.

—Tienes razón, tienes razón. —J. P. me mira a los ojos—. Eres un idiota.

—Lo sé muy bien. —Me hundo en la silla y me aprieto la frente con los dedos—. ¿Qué demonios se supone que voy a hacer ahora?

—¿Qué tal si no te cepillas a tu amiga con la ropa puesta? —sugiere Huxley, reclinándose también en su asiento—. Deja que te haga una pregunta: en ese momento… ¿le gustó?

—Sí —contesto—. Estaba completamente sumida en ello, pidiendo más. Pero después se rayó.

—Probablemente porque eres la única persona que ella tiene en su vida y le dé miedo perderte —opina J. P., siendo de provecho esta vez. Lo sé, yo también estoy sorprendido.

—Joder, qué idiota eres —sostiene Huxley—. Te dijimos que no hicieras más que ser su amigo.

—Sí… Bueno, es mucho más fácil de decir que de hacer, ¿vale? —Me restriego la cara—. Era

imposible no tocarla. Sobre todo después de que se quitara el sujetador y oliera tan bien… Es que…, joder, la quiero.

—¿Alguna vez has oído hablar de la paciencia? —pregunta J. P.—. Porque si la usaras un poco, no te habrías metido en este lío.

—Guau, gracias por señalar lo evidente.

—Eh. —J. P. levanta las manos—. No te enfades conmigo. Yo no soy quien la ha cagado. Eres tú.

—Sí, pero no estás siendo de ayuda.

—Ah, lo siento. ¿Me he perdido la parte en la que nos has pedido ayuda?

Rechino los dientes.

—Ayuda —siseo.

J. P. se gira hacia Huxley.

—Quiere que lo ayudemos.

—Sí, ya lo he escuchado. Aunque no estoy seguro de que podamos hacerlo —añade Huxley, poniéndome también de los nervios.

—Porque ayer le ofrecimos ayuda, y no la aceptó —continúa J. P.—. ¿Y no es lo peor cuando alguien te pide consejo y no lo acepta, sobre todo cuando se trata de uno bueno?

—Lo es. —Huxley se acaricia la barbilla con el dedo—. No estoy seguro de que merezca mis consejos.

—De puta madre —murmuro, antes de levantarme. Estoy harto. Me alegra poder volver al trabajo, pero no pienso quedarme sentado a sufrir esta tortura.

Cuando voy de camino a la puerta de la sala, Huxley me llama.

—Follad.

—¿Qué? —pregunto, mirando por encima de mi hombro.

Se da la vuelta en su silla y me mira a los ojos.

—Que folléis. Haz que sea imposible que te rechace. Ya has dado el paso, así que asúmelo. No podéis volver a ser solo amigos, así que demuéstrale exactamente por qué no deberíais serlo. Follad. Duro. Follad bien.

J. P. asoma la cabeza por encima del hombro de Huxley.

—Créeme, si pudo hacer que Lottie se enamorara de él, tienes que escuchar sus consejos. —J. P. le aprieta el hombro a Huxley—. Tiene razón. Ya has echado abajo la amistad. Demuéstrale por qué no puede resistirse a ti.

—Dijo que fue raro porque se trataba de mí.

—Pues entonces te sugiero que le presentes ese lado de ti, igual que le presentaste tu lado sensible de mejor amigo. Sabes follar, así que enséñaselo.

Me froto la nuca.

—¿Creéis que funcionará?

—Solo hay una manera de averiguarlo —contesta J. P.—. Pero, por amor de Dios, usa protección.

—Guau, gracias por informarme —respondo, abriendo la puerta de la sala y marchándome al ascensor.

Odio admitirlo, pero puede que tengan razón. Lia se siente cómoda siendo mi amiga porque es así como me conoce. Pero… ¿como novio? ¿De manera íntima? Todavía no se siente cómoda con esa parte de mí, así que será mejor que se la vaya presentando y haciendo que se sienta cómoda con ella.

Breaker: *¿Estás en casa?*

Breaker: *O me respondes o puedo entrar yo mismo y ver qué estás haciendo en tu apartamento. Sea como sea, esta noche pienso verte.*

Lia: *Estoy dando un paseo. Llegaré a casa en diez minutos.*

Breaker: *Te estaré esperando.*

Me recuesto en su sofá vestido solo con unos pantalones cortos de deporte —porque tengo que enseñarle la mercancía incluso aunque ella no me lo pida— y le escucho abrir el cerrojo de la puerta. No sé si espera encontrarme sentado en el sofá, pero da igual, no pienso moverme de aquí.

He estado pensando en el consejo de Huxley, y estoy completamente de acuerdo con él, pero no quiero que follemos de inmediato. Sería demasiado agresivo. Tengo que camelármela primero, y eso es lo que pienso hacer.

La puerta principal se abre y aparece con unos cascos en la cabeza y una ligera capa de sudor en la piel por culpa de los más de treinta grados que hay fuera. Se ha puesto un par de pantalones cortos de color rosa y una camiseta de los Pitufos que estoy seguro que es de cuando era pequeña. Cuando levanta la mirada, se echa atrás del susto al verme y se coloca una mano en el pecho.

—Joder, Breaker. —Se quita los cascos y deja el móvil sobre la encimera de la cocina—. Podrías haberme dicho que estabas aquí.

—Te he dicho que te estaría esperando.

—Bueno, no pensaba que fuese en mi casa.

Me acerco a ella.

—¿Qué tal el paseo?

Desvía la mirada hacia mi pecho y luego la vuelve a levantar rápidamente a mi cara.

—Ha estado bien.

Me cruzo de brazos y me apoyo contra la pared.

—¿En qué has estado pensando?

Me vuelve a recorrer con la mirada antes de irse al baño.

—En nada en particular.

—Ah, entiendo. —La sigo—. ¿Así que no has estado pensando en la manera en que te chupé las tetas anoche?

Se tropieza contra la puerta del baño antes de mirar por encima del hombro.

—Madre mía, Breaker.

—¿Qué? —Sonrío—. Ocurrió, así que será mejor que hablemos de ello.

—Yo no quiero hablar de ello.

Entra en el baño y, cuando va a cerrar la puerta, la detengo.

—¿Por qué no? ¿Te gustó tanto que, al recordarlo, volverás a ponerte cachonda?

Me mira furiosa, y me cuesta Dios y ayuda no echarme a reír.

—No, no quiero hablar de ello porque fue raro. Y ahora no sé cómo estar contigo, así que mencionarlo no hará más que empeorar las cosas.

—Interesante. Pensaba que mencionarlo las mejoraría.

—Pues no. —Cierra la puerta y abre el grifo de la ducha.

Tras unos segundos, llamo a la puerta.

—¿Necesitas ayuda?

—Vete, Breaker.

Me río por lo bajo, me voy a su dormitorio y me despatarro sobre su cama, con las manos metidas detrás de la cabeza. La espero durante unos minutos, y cuando oigo que se apaga la ducha, me preparo mentalmente. Puede que para ella sea incómodo, pero yo haré que lo sea menos.

La puerta del baño se abre y entra en la habitación vestida con una toalla nada más. No tiene el pelo mojado, pero le caen gotitas por el pecho.

—Ay, Dios —exclama, chocándose de nuevo contra la puerta del baño—. Pensaba que te habías ido.

—Lia, me conoces muy bien como para saber que no. —Le recorro el cuerpo con la mirada antes de volver a sus ojos—. ¿Un conjunto nuevo? Me gusta.

Pone los ojos en blanco y se acerca a la cómoda para sacar unos pantalones cortos y una camiseta. Yo salto de la cama y me coloco a su espalda justo cuando está cerrando el segundo cajón. Se queda quieta cuando se da cuenta.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta, mientras yo recorro con el dedo la curva de su cuello.

—Tenías un poco de agua aquí —digo, con la voz más grave de lo normal solo por haber tocado su suave piel.

Ella se da la vuelta, de manera que tiene la espalda contra la cómoda y me mira de frente.

—Para eso están las toallas —afirma. El pecho le sube y baja con más rapidez.

—Me parecía que se te había escapado —contesto, y después le recorro la clavícula con el dedo—. Y aquí, aquí también se te ha escapado un poco de agua.

—Me he secado demasiado rápido —responde, apoyándose contra la cómoda.

—Sí, ¿y por qué?

—No lo sé —contesta, humedeciéndose los labios.

—Bueno, pues lo has hecho muy mal, porque aquí también tienes agua —añado, y bajo el dedo por la curvatura de su pecho.

Se muerde el labio inferior y noto que el pecho se le hincha bajo mi dedo. Me lo tomo como una buena señal, y sigo presionando. Desciendo la mano hasta donde tiene la toalla enrollada, debajo del brazo, y jugueteo con ella, para comprobar cómo reacciona. Al ver que no dice nada, tiro de ella con suavidad, soltando el nudo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta.

—Ayudar a que te seques —respondo—. A no ser que no necesites mi ayuda. También me encantaría quedarme mirándote.

—¿P-p-por qué quieres mirar? —inquiere. Y así, sin más, entra en ambiente. Ha sido más fácil de lo que pensaba, pero sigo queriendo ir a paso de tortuga con ella porque no quiero cagarla. Solo tengo una oportunidad para hacerla mía, una maldita oportunidad, y no pienso olvidarme de tener paciencia esta vez.

—Porque… —contesto, tirando otra vez de la toalla y soltándola más. El motivo de que todavía la tenga puesta es porque la sostengo yo, pero no hace nada por detenerme— anoche no pude verlas bien.

Y entonces suelto la toalla y la dejo caer al suelo, entre nosotros. Mi mirada se desvía de inmediato hacia sus pechos, y se me pone dura de inmediato solo con contemplarla.

Tiene unos pechos firmes pero flexibles, con unos pezones ligeramente rosados y en punta que me hacen la boca agua. Su cuerpo se curva en la cintura y se amplía en las caderas. Pequeña, pero lo justo para agarrarla bien. Tiene el coño depilado, lo que me hace la boca todavía más agua, y cuando levanto la mirada hacia su cara otra vez compruebo que sus ojos verdes están hambrientos.

—Necesito verte mejor —declaro, cogiéndola de la mano.

—¿Ver mejor el qué? —pregunta, mientras la llevo hasta la ventana de su habitación y abro las cortinas—. Breaker —dice, acurrucándose contra mi pecho.

—Están tintadas. Nadie puede vernos —le susurro al oído. Al escucharme, parece relajarse un poco, lo suficiente como para agarrarle las dos manos y levantárselas por encima de la cabeza para apoyarlas contra el ventanal.

Suelto un jadeo antes de hablar.

—¿Q-qué estás haciendo?

—Secarte —contesto, y le aprieto las manos contra la ventana. La miro directamente a los ojos—. No las muevas, ¿entendido?

—Breaker…

—¿Entendido? —repito, con más seriedad.

Ella asiente y responde temblorosa:

—Vale.

Satisfecho, cojo la toalla que ha caído junto a la cómoda y vuelvo a la ventana, donde me está esperando.

No hay prisa. Me tomo mi tiempo en devorarla con la mirada. Esta mujer me cautivó por completo desde el primer minuto, y el hecho de que me deje verla así y tocarla me basta como para volverme loco de deseo.

Con la toalla en la mano, me coloco detrás de ella.

—Solo voy a secarte, ¿vale?

Ella asiente, así que me cubro la mano con la toalla, se la pongo delante y apoyo mi pecho desnudo contra su espalda. La muevo despacio por su estómago, y luego subo hasta sus pechos. Cuando llego hasta ellos, echa la cabeza a un lado y un leve gemido interrumpe el silencio de la habitación. Cambio al otro pecho y le retuerzo el pezón hasta que la escucho jadear. Luego la deslizo hasta su cuello, que agarro con fuerza, aunque no lo suficiente como para ahogarla pero sí para demostrarle que yo estoy al mando.

Coloco mis labios junto al oído.

—Abre las piernas —le ordeno.

—Breaker… —susurra, antes de tragar saliva.

—Ábrelas, Ophelia —repito, y esta vez me obedece—. Buena chica. —Bajo la toalla por entre sus pechos, pasando por su estómago, y directo hasta sus piernas. Echa la cabeza hacia atrás, la apoya contra mi pecho y suelta un gemido.

No puedo evitar sonreír mientras vuelvo a subir la toalla por su estómago y me agacho hasta que tengo su culo delante de mi cara. Traigo la toalla hasta sus dos globos redondos y finjo secarlos, pero en realidad se los aprieto con suavidad.

Tiene el culo perfecto, y seré el hombre más feliz del mundo el día que pueda azotarlo. Pero hoy no.

Bajo la toalla por la pierna izquierda y luego la vuelvo a subir, rozándole ligeramente el sexo, y luego vuelvo a descender por la otra pierna. Entre tanto, ella sigue inmóvil, con las manos apoyadas contra la ventana.

—Ya —anuncio, tirando a un lado la toalla—. Veamos qué tal lo he hecho. —Coloco ambas manos en sus tobillos y las subo despacio por sus piernas, usando las yemas de los dedos más que las palmas. La piel se le pone de gallina conforme voy subiendo, hasta que estoy completamente de pie con las manos en su cintura—. Hasta ahora, seca —digo, bajando las manos por su estómago, y después, con mi pecho contra su espalda, le acuno los pechos y le acaricio los pezones con los pulgares.

—Joder —susurra, de nuevo echando la cabeza hacia atrás.

—Te gusta que jueguen con tus tetas, ¿verdad? —Al ver que no responde, le aprieto los pezones —. ¿Verdad?

—Sí —contesta entre jadeos.

—Eso me parecía. —Le sujeto un pecho, masajeándolo con suavidad, y coloco la otra mano sobre su garganta para sujetarla con firmeza—. También te gusta guando te agarro así, ¿verdad?

Ella asiente contra mi pecho, y su confirmación me excita todavía más.

—Buena respuesta. Me parece que estás seca, pero tengo que comprobar un lugar más todavía. — Sin apartar la mano de su garganta, apretándole la barbilla con el pulgar, voy bajando la otra mano por su estómago, paso por su ombligo y voy directo al lugar que hay entre sus piernas. Le meto un dedo en la raja y me alegro al comprobar lo mojada que está—. Ophelia, pensaba que te había secado. —Le acaricio el clítoris con el dedo, provocándole un gemido—. Pero estás increíblemente mojada. ¿Cómo puede ser eso?

Aparto el dedo, me lo meto en la boca y dejo que escuche cómo lo succiono, sin dejar de sujetarla por el cuello.

—Joder, qué bien sabes. —Le coloco la mano en la cadera y sigo hablándole con suavidad—.

Ahora tienes dos opciones. Puedo lamerte hasta que estés seca o puedo volver a pasarte la toalla entre las piernas. Dime tú qué es lo que quieres.

Respira con dificultad, y yo aflojo mi mano solo un poco.

—¿Qué vas a elegir?

—Yo… no lo sé —contesta, demasiado tímida como para pedírmelo. Bueno, pues eso no es lo que quiero escuchar, así que voy a tener que obligarla a rogármelo. Sé que me desea, y sé que quiere que suceda esto. En lo que me tengo que esforzar es en hacerla salir de su zona de confort.

—Vale, entonces decidiré yo por ti. Usaré la toalla.

Le suelto el cuello y cojo la toalla.

—No —dice ella de repente.

Me quedo quieto.

—No ¿qué? —pregunto.

—No… no quiero la toalla.

Sonrío con satisfacción y luego vuelvo a colocar las manos sobre sus pechos para jugar con ellos con suavidad, pellizcándole los pezones y tirando de ellos.

—Entonces, ¿qué quieres?

Respira varias veces de manera entrecortada antes de contestar.

—Tu… tu lengua.

Gimo en su oído, haciéndole entender que me ha gustado su respuesta.

—Buena elección.

Y luego, sin previo aviso, la hago girar para colocarle el culo contra la ventana y vuelvo a colocarle las manos por encima de la cabeza.

—Mantenlas aquí arriba y abre más las piernas.

Ella me obedece, y cuando creo que está lista, deposito un beso en la carne hinchada de su pecho, arrastro la lengua hasta su pezón y lo lamo varias veces. Ella se retuerce contra mi boca en busca de más, pero prefiero ir despacio. Voy a mi propio ritmo, y cuando estoy listo, desciendo por su estómago, dejando un rastro de besos hasta quedar arrodillado delante de ella.

Respira con dificultad, y tiene el estómago completamente hundido, con la pelvis arqueada hacia mí, cuando le beso el pubis, luego la ingle y luego el interior del muslo. Ella gime de expectación, así que cambio al otro lado para volverla loca de deseo, y cuando compruebo que ya ha tenido suficiente, la abro con dos dedos y le coloco la lengua sobre el clítoris, lamiéndola de una sola pasada.

—Ay, Dios —casi alcanza a gritar, mientras las piernas le tiemblan delante de mí.

—Qué rica estás —confieso, acariciándole el clítoris con la lengua y disfrutando de cada segundo que pasa. Sabe deliciosa. Su tacto es delicioso.

Perfecto.

Como si fuese aquí donde debiera estar.

Como si es esto lo que debiera estar haciendo siempre.

Le abro todavía más las piernas y le doy varias pasadas sobre el clítoris con la lengua.

—Ah… Breaker… Ah… —gimotea, colocándome una mano en la cabeza. Normalmente le diría que la volviera a colocar donde la he puesto yo, pero le dejo tocarme porque siento que necesita esa conexión.

Sus dedos se entrelazan en mi pelo y me tiran de él mientras yo sigo lamiéndole el clítoris una y otra vez, disfrutando de la forma en que se aferra más fuerte a mí conforme la voy llevando a la cima.

—Qué… qué bueno… —dice, dejando caer el cuerpo por la ventana. Debe de necesitar una postura más cómoda, así que me levanto, la agarro de la cintura y la tumbo despacio en el suelo. Coloco las manos en el interior de sus muslos y le abro todavía más de piernas para tener mejor acceso.

Deslizo la lengua por su abertura en una pasada larga y lenta, y ella intenta cerrar las piernas, pero no se lo permito.

—Ay, Dios —murmura, volviendo a ponerme las manos en la cabeza.

Con la nariz pegada a su montículo, aplasto la lengua contra su entrada y subo y bajo, observando cómo la respiración se le agita cada vez más, la boca se le abre, y me tira del pelo.

—Joder, Breaker. Joder, voy a… Voy a…

Aumento el ritmo, no paro, le lamo el clítoris una y otra vez y observo cómo se va excitando cada vez más. Arquea la pelvis, sus dos manos se aferran a mi cabeza para que no me mueva, e involuntariamente abre las piernas mientras su pecho sube y suelta un gemido profundo.

—¡Ah, Dios! —grita, al correrse, con el sexo empapado. Yo se lo lamo todo, secándoselo hasta que no tiene nada más que dar.

Me suelta las manos del pelo y las deja caer a los lados, tratando de recuperar la respiración.

Satisfecho, me levanto del suelo y me quedo mirándola, con una dolorosa erección reclamando atención.

—Vístete y ven a mi casa dentro de diez minutos. Pediré comida, y podremos jugar una partida de algo.

Y dicho eso, vuelvo a mi apartamento para hacerme una paja en la ducha.

Joder.

La hostia.

Ahora tiene sentido por qué he estado esperando tanto tiempo.

Es *su* sabor.

Su cuerpo.

Ella es todo lo que siempre he querido… probablemente durante mucho más tiempo del que pensaba.

18

LIA

Estoy ante la puerta del apartamento de Breaker, con el clítoris pulsándome todavía después de lo que me acaba de hacer y sin saber si llamar o entrar directamente.

Normalmente entraría sin más, pero después de las veinticuatro últimas horas, no sé qué debo hacer ahora.

Breaker me lo ha comido.

Y no solo me lo ha comido, sino que además lo ha hecho parecer como si fuera un festín de Acción de Gracias y él estuviera hambriento. Nunca en la vida me habría imaginado sentir un placer tan intenso, y solo con su lengua. Además, después no me ha pedido nada a cambio. Ha cogido lo que quería y se ha marchado.

No tengo ni idea de cómo procesarlo todo.

Y aunque me gustaría esconderme en mi apartamento porque no sé cómo actuar, es imposible que él me lo permita. Además, yo también quiero respuestas. Quiero saber qué está pasando.

Así que agarro el picaporte de la puerta y entro en su apartamento para encontrármelo sentado en el sofá. Tiene el pelo mojado y lleva puestos unos pantalones cortos distintos y nada más, solo eso.

Lo he visto sin camiseta un montón de veces, pero normalmente suele llevar camiseta cuando estamos juntos. No sé qué es lo que ha cambiado hoy, aunque tampoco me voy a quejar. Es tan atractivo y… sexy, con sus pectorales esculpidos y sus brazos fuertes y musculosos. Por no mencionar la tableta de chocolate que tiene por estómago y la V marcada en sus caderas. Es tan guapo que durante todos estos años me he repetido a mí misma que no debía fijarme en él porque es mi amigo, pero ahora… Ahora me lo permito.

—Ahí estás —me saluda en tono jovial, como si no acabara de meter la cabeza entre mis piernas —. He pedido comida tailandesa. Llegará en unos veinte minutos. ¿Qué te parece si jugamos a *Código Secreto*? Hace mucho que no lo hacemos.

Me quedo aquí plantada, perpleja.

Porque el hombre al que estoy mirando ahora mismo es muy distinto al hombre que me acaba de agarrar de la garganta y me ha dicho que era una buena chica por haberle hecho caso. El hombre que tengo delante es mi mejor amigo. El chico con el que me siento cómoda, en el que he confiado durante tanto tiempo. Pero el de hace diez minutos está… a otro nivel, y no sé cómo gestionarlo.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Eeeh… la verdad es que no —respondo, cruzándome de brazos—. Estoy un poco confusa.

Él da unas palmaditas en el sofá.

—Ven a hablar conmigo.

Levanto la mano.

—Creo que me quedaré aquí de pie, gracias.

—Vale. —Cuando sonríe, veo en su mirada que sabe exactamente qué es lo que está haciendo—. Puedes hablar desde ahí. ¿Qué pasa, Lia?

Lia…

¿Lia?

Tan casual. Olvidando por completo el hecho de que me acaba de dominar en mi propio dormitorio mientras usaba mi nombre completo, y que ha ordenado que mi cuerpo haga cosas que nunca había hecho.

—¿Qué pasa? —pregunto, alzando la voz—. ¿Qué te parece que eres mi mejor amigo, y acabas de hacer que tenga un orgasmo tan fuerte que no sé si tengo todavía el clítoris en su sitio?

Él suelta una risita.

—Créeme, sí que lo está. Pero si quieres que lo compruebe, no me importa bajar ahí otra vez. Aunque en esta ocasión preferiría que te sentaras sobre mi cara.

—¡Breaker! —chillo, antes de taparme los ojos.

—¿Qué? —Se ríe.

—Nosotros no nos decimos esas cosas ni hacemos esas cosas…

—Puede que tú no, pero yo ahora sí. —Se levanta del sofá—. ¿Quieres algo de beber?

Lo observo moverse con toda tranquilidad por su apartamento, coger un vaso, echarle hielo y luego llenarlo de Gatorade.

Al ver que no respondo, coge otro vaso, le pone hielo y sirve el resto de Gatorade. Sin quitarme los ojos de encima, me trae la bebida y me la tiende.

Por algún motivo, mi cuerpo se percata de su cercanía, de lo alto que es, de lo musculoso…

Y la temperatura interna de mi cuerpo vuelve a ponerse por las nubes.

—Toma —dice en voz baja.

—Yo no he dicho que quisiese una bebida.

—Después de todos los jadeos que has soltado en tu dormitorio, necesitarás los electrolitos. —Suelta una sonrisita burlona, y yo le doy un codazo en el estómago, haciéndole reír.

Le acepto la bebida y lo sigo al salón para sentarme en el lado contrario del sofá.

—¿Estás intentando mantener las manos quietas? —pregunta—. Lo capto.

—No, estoy intentando mantenerte alejado.

—Pues entonces no deberías haber venido.

—Ya, como si tú me hubieras dejado quedarme en mi apartamento —rezongo, antes de darle un trago al Gatorade de lima. Uf, qué fresquito. Sí que he jadeado un montón. Tengo la boca seca.

—Lo habría hecho si eso era lo que necesitabas, pero es evidente que, al venir aquí, lo que necesitas es… a mí. —Vuelve a sonreír con suficiencia y le da un sorbo a su bebida.

—No somos arrogantes ni nada, ¿eh?

—Qué va, solo digo las cosas como son.

—Pues entonces contéstame a esto: ¿qué demonios estás haciendo?

Baja la mirada para recorrer su cuerpo y luego vuelve a mirarme a mí.

—A mí me parece que estoy disfrutando de una bebida fresca con mi amiga. ¿Qué estás haciendo tú?

—Deja de hacer el tonto —replico—. Dime qué está pasando. ¿Somos… amigos con derecho a roce o algo así? Porque eso nunca funciona. Créeme.

—¿Crees que somos amigos con derecho a roce? —pregunta, tan esquivo como siempre.

—No. Creo que somos amigos, y que uno de los dos ha perdido la cabeza.

—No pasa nada —contesta, guiñándome un ojo—. Estoy seguro de que volverás a encontrarla pronto.

Rechino los dientes.

—Me refería a ti. Tú eres quien la ha perdido.

Se rasca un lado de la cabeza antes de volver a hablar.

—Ah, qué raro. A mí me parece que no. En realidad, me siento muy normal.

—¡Por Dios, Breaker! —grito—. Estás empezando a ponerme furiosa.

—Ya lo noto. ¿Y qué puedo hacer para que lo estés menos?

—Contarme qué coño está pasando. O sea… ¿te gusto o algo? —Mi propia pregunta me parece tan infantil que me odio a mí misma por haberla hecho.

—Siempre me has gustado, Lia —contesta.

—Me refiero a… en plan romántico.

—Bueno. —Se frota la barbilla con la mano—. Veamos. Creo que estás increíblemente buena. Sabes como un puñetero caramelo. Soñaré con tus tetas toda la vida, y estoy impaciente por tener tus piernas envolviéndome la cabeza, así que puedes tomártelo como quieras. —Sonríe, y luego se inclina hacia la mesita de centro para organizar el juego de mesa.

Yo registro todo lo que me acaba de decir.

No sé si alguna vez se me habría ocurrido que Breaker me dijera algo así.

Nunca pensé que me tocaría como lo ha hecho.

Pero la manera en que me ha respondido, sin decirme en realidad que le gusto en plan romántico, sino más bien lo que le gusta de mí, me saca de quicio.

—Conmigo no puedes jugar, Breaker —le advierto, sin pensármelo dos veces.

Él se queda quieto y se gira para mirarme a los ojos.

—¿Crees que es eso lo que estoy haciendo contigo? —pregunta, en tono más serio.

—No lo sé, Breaker. En estos momentos me parece que solo soy un juguete.

Se recuesta y gira su cuerpo hacia mí.

—Eso es insultante, Lia. ¿De verdad crees que trato nuestra amistad con tanta ligereza?

No.

Creo que se toma nuestra amistad muy en serio.

—¿Entonces qué es?

—¿Qué tal si dejas de etiquetar las cosas y te limitas a disfrutarlas? Sé lo que estoy haciendo.

—Estaría genial que me lo contaras.

Se vuelve a girar hacia la mesita de centro y baraja unas cartas antes de contestar.

—Deja que me preocupe yo de eso. Tú solo siéntate y relájate.

Y así, sin más, corta la conversación.

Durante el resto de la noche tomamos comida tailandesa, jugamos a *Código Secreto,* bromeamos y no hablamos de lo que hemos hecho. Al llegar la hora de dormir, me acompaña de vuelta a mi apartamento y, cuando creo que me va a besar, me da un abrazo y un beso en la coronilla.

Una vez acostados, golpea varias veces la pared para desearme buenas noches, y con una sensación de temor en el estómago, yo le respondo lo mismo.

—Mira esta lana de colores —dice Lottie—. Y tiene brillo, además.

—Ah, guau, qué bonita —respondo mientras las chicas me enseñan todo lo que han comprado para nuestra primera reunión del club de punto.

Después del asunto de la toalla y de comérmelo, envié un mensaje a las chicas y les pregunté si querían que quedáramos, y por suerte, al día siguiente estaban libres. Ellas creen que van a aprender a tejer cuando, en realidad, tengo otros motivos ocultos. Necesito averiguar qué le está pasando a Breaker para saber cómo enfrentarme a ello. *A él.*

—Yo he elegido un rojo sencillo —anuncia Myla con actitud derrotada—. No sabía que podíamos comprar lana con brillos.

—Nunca te acostarás sin aprender algo nuevo —responde Lottie, sonriendo, y entonces Kelsey se sienta en nuestro círculo después de haber salido a atender una llamada.

—Vale, perdonad. J. P. pensaba que esta noche saldríamos a cenar, y he tenido que recordarle que es mañana.

—¿Adónde vais a ir? —pregunta Myla.

—A ese nuevo restaurante de *sushi* al que lleva queriendo ir desde hace tiempo.

—¿El Nori? —pregunta Lottie.

—Sí. ¿Te ha llevado Huxley?

—La semana pasada —contesta aquella—. Es muy bueno. —Luego se gira hacia mí—. ¿Eres fan del *sushi*?

—Me encanta. Breaker y yo solíamos comerlo todo el tiempo en la universidad. Había un sitio en el centro que no era muy caro, pero que estaba increíble.

—Hablando de Breaker —dice Lottie con una sonrisa—. Me ha dicho un pajarito que anda por ahí que se ha lanzado.

El pajarito es su marido, claro.

—¿Qué? —dice Kelsey—. Pero J. P. no me ha dicho nada.

—Qué raro —contesta Lottie, inclinándose para coger una de las galletas que he preparado para esta noche—. Es mucho más cotilla que Hux.

—Yo también he oído algo por ahí —añade Myla—. Pero mi marido y su hermano son incapaces de guardar un secreto, y Breaker pasa bastante rato con Banner, así que ha habido alguna que otra fuga. —Myla me mira—. Bueno, ¿es verdad?

Todas las miradas se ciernen sobre mí, y sé que esto es lo que quería, pero no lo hace más fácil, solamente propicia la conversación.

—Eeeh… sí, es verdad.

Las chicas aplauden y me vitorean, pero a mí todo me parece muy raro.

—Ese chico ha estado muy colado por ti —afirma Lottie—. Dios, me alegro tanto de que al fin haya hecho algo al respecto… ¿Qué tal ha ido?

Me quedo callada pensando un momento y ladeo la cabeza.

—¿Ha estado colado por mí? —pregunto, confusa.

Lottie mira a Kelsey y luego a mí otra vez.

—O sea…, ¿qué? —Parpadea varias veces.

—Has dicho que está colado por mí. ¿Qué quieres decir?

—Ah, me parece que no he dicho eso, ¿verdad, Kelsey? Yo no he dicho eso.

—No, creo que no lo ha dicho.

—Pues yo sí que lo he oído —interviene Myla, sonriendo, y cuando las hermanas la miran, se encoge de hombros, sin más—. Escuchad, estamos aquí por un motivo. Nuestros hombres suelen llevar la batuta, así que cualquier ventaja que podamos tener sobre ellos, mejor, y para eso tenemos que ser sinceras con ella. Sí, Breaker ha estado muy colado por ti.

—¿Es que no te lo ha dicho? —pregunta Lottie, con expresión culpable.

—No, no me lo ha dicho. En realidad no ha dicho nada más aparte de que sabe lo que está haciendo.

—Claro que sí —afirma Kelsey, poniendo los ojos en blanco—. Todos los hermanos Cane *saben lo que están haciendo,* y nosotras solo somos un accesorio en sus planes.

—Ay, para ya —la detiene Lottie—. No veo que ninguna se queje de los orgasmos. Ah, por cierto, no me has contestado. ¿Estuvo bien el tuyo?

Aprieto los labios y asiento.

—Sí, fue espectacular. Como… nunca antes lo había tenido.

—Así suele ser —añade Kelsey, reclinándose en su silla—. Juro que estos hombres tienen algún tipo de sociedad secreta donde aprenden exactamente cómo jugar con una mujer para que no pueda volver a estar con otro hombre nunca más.

—Es verdad —tercia Myla—. Ryot siempre ha podido controlar mi cuerpo y dejarme hecha gelatina.

—Lo mismo pasa con Huxley. Cuando nos conocimos lo odiaba muchísimo, pero de alguna manera consiguió que me quedara usando solo los dedos.

—Breaker usó la lengua —contesto, saltándome lo de hacerlo con la ropa, porque no creo que pueda hablar de ello—. Pero empezó «ayudándome a secarme con la toalla». —Hago el signo de las comillas con los dedos, y las chicas se echan a reír—. Y antes de enterarme de lo que estaba pasando, me tenía estampada contra la ventana de mi apartamento, completamente desnuda, y me lo estaba haciendo.

—Dios, cómo me pone —afirma Lottie—. Me encanta cuando Huxley me folla contra la ventana. Me siento muy guarra.

—Así que fue *magnífico* —interviene Kelsey. Yo asiento—. Entonces, ¿por qué me parece que dudas?

—Por dos motivos —respondo—. El primero, que acabo de romper con mi novio y de cancelar la boda. Creo que me hace parecer una zorrona.

—Yo no lo creo —opina Myla—. Creo que estás intentando adivinar lo que quieres, y eso es importante.

—Estoy de acuerdo —dice Kelsey.

—Yo también. ¿Y el segundo? —inquiere Lottie.

—Se trata de Breaker. Él lo es todo para mí, y aunque cuando estamos en ese momento en que me está tocando me hace sentir cosas que nunca he experimentado antes, no puedo evitar preocuparme. ¿Qué pasará si no funciona? ¿Y si algo va mal? ¿Y si se aburre de mí y quiere pasar página? Me resulta raro estar en la intimidad con él, y lo será todavía más si me dejo llevar y luego él quiere terminar.

—Eso no va a pasar. —Lottie niega con la cabeza—. Breaker nunca lo haría.

—Pero es que nunca antes ha tenido una relación de verdad —insisto.

—Porque te tenía a ti —observa Kelsey—. Porque tú eras lo único que necesitaba, y ahora que se ha dado cuenta, está intentando llevar la relación al siguiente nivel.

—Pero… no me ha besado. Solo me ha dado orgasmos.

Lottie y Kelsey se quedan calladas e intercambian miradas. Myla y yo nos quedamos confusas, y Lottie menea la cabeza.

—Oh, no.

—Oh, no, ¿qué? —pregunto.

Kelsey hace una mueca.

—Sabemos exactamente qué es lo que está haciendo.

—¿Qué? —vuelvo a preguntar, cada vez más ansiosa.

—Tiene un plan, un plan meticuloso para hacer que te enamores de él —contesta Lottie.

—Es verdad. —Kelsey asiente también—. Los hermanos Cane… Bueno, cuando se fijan un objetivo, lo consiguen a su manera. Lo que quiere decir que todavía no te ha besado porque está esperando el momento adecuado.

Lottie asiente.

—Eso es. El primer beso es importante para él, así que se lo está reservando.

—¿Y comérmelo no significa nada? —pregunto.

Kelsey y Lottie se quedan pensando, pero entonces interviene Myla.

—¿Alguna vez ha habido intimidad mientras habéis sido amigos?

—Nunca —respondo.

Ella asiente.

—Entonces seguramente sea su manera de demostrarte que es algo normal.

—Ah, sí —secunda Kelsey—. Dios, me parece muy propio de ellos. Piensa en todas las veces que J. P. me provocó antes de que nos acostáramos de verdad. O en Huxley y tú. Es su *modus operandi*. Así son ellos. Te convierten en papilla hasta que no puedes hacer nada más que esperar a ver qué hacen a continuación.

—Os cuento —comienza Lottie—: la primera vez que Huxley me tocó, fue *mi última primera* vez. Así de fuerte fue. ¿Ha sido así también para ti?

Vuelvo a pensar en cuando estábamos en mi dormitorio. No en cuando estábamos borrachos, sino en cuando me aplastó contra la ventana, porque ambos éramos muy conscientes de lo que estaba pasando.

—Sentí… sentí algo que no había sentido nunca. Fue como si fuera solo un instrumento para él y

él supiera cómo tocarlo a la perfección. O sea, le dejé agarrarme de la garganta. Le dejé colocarme en posturas que nunca antes habría practicado, y solo con su tacto, con su voz, me convenció.

Kelsey y Lottie asienten.

—Sí, está sacando toda su munición contigo —sostiene Lottie.

—¿Y qué puedo hacer? —pregunto.

—Nada —contesta Kelsey—. No hay absolutamente nada que puedas hacer. Puedes intentar luchar contra ello, pero no creo que consigas mucho.

—Puede que me esté entrometiendo demasiado —apunta Myla—, pero casi me parece que sientes lo mismo que él. ¿Me equivoco?

—Nunca he pensado en ello en realidad —confieso—. Siempre he pensado en él como mi amigo. Pero durante más o menos una semana, ha sido distinto. Me ha mirado de manera distinta. Me ha dicho lo guapa que soy. Ya me lo había dicho antes, pero ahora es como si… como si lo dijera de manera distinta. Y entonces empezó a tocarme un poco, por aquí y por allá. Como aquella noche en que estaba muy triste por haber perdido a mis padres y le pedí que me abrazara. Estábamos en su cama y no pasó nada, pero su mano me acarició la cadera. En aquel momento no le di demasiada importancia, sin embargo, después de la noche en que nos emborrachamos…

—Guau. —Lottie levanta la mano—. ¿Qué pasó la noche en que os emborrachasteis?

—Me sorprende que vuestros maridos no os lo hayan contado. —Dejo mi ovillo, olvidándome por completo de lo del punto—. Fue el día en que rompí con Brian. Breaker y yo fuimos a celebrarlo, nos emborrachamos y después nos metimos en la cama. Empezamos a pelearnos en broma por la almohada, y entonces se acurrucó contra mí. Le pregunté si era así como abrazaría a su novia, él me contestó que no y luego me enseñó *exactamente* cómo la tocaría.

—¿Y cómo te lo demostró? —pregunta Myla, sentada en el borde de la silla.

Las mejillas se me ponen coloradas solo de pensar en esa noche.

—Con caricias provocadoras. Movía la mano despacio justo por debajo de mis pechos, y después me la metía por la cinturilla del pantalón.

—Ay, Dios Santo. —Kelsey se abanica— ¿Y os llevó a algo la provocación?

Me muerdo el labio inferior.

—Yo… Eeeh… Terminé frotándome contra él hasta que acabé.

—¿Los dos? —pregunta Lottie, y yo asiento—. Bueno, pues ya está… Le dejaste la puerta abierta para que pudiera asumir el control.

—Sí —concuerda Kelsey—. Y luego con lo de la toalla. Ha tomado una decisión, y ahora te toca decidir si vas a dejar que ocurra o no.

—Yo… es que no lo sé. No quiero perderlo. —Me ha dicho durante años que me quería, y siempre ha sido en plan amigos, pero últimamente… parece otra cosa. Pero ¿cómo puedo distinguir la diferencia? ¿Y si no soy lo suficientemente buena en la cama para él y su interés por mí va flaqueando como le ocurrió a Brian? ¿*Y si lo pierdo a él también*?—. Si lo que decís es cierto y está intentando persuadirme para que estemos juntos, ¿qué pasará si después cree que no funciona como pareja? No creo que pueda soportar no tenerlo en mi vida.

—A veces, la mejor relación surge de la base de una amistad —afirma Kelsey—. Así es como ocurrió con J. P. y conmigo. Llegamos a tener mucha confianza, y pensé que era un gran amigo. Cruzar esa línea después fue algo muy natural.

—Pues a mí no me parece natural —contesto.

Lottie se da unos golpecitos en la barbilla con el dedo.

—Creo que Breaker te va a ayudar a comprender lo natural que es.

Breaker: *Acabo de salir de trabajar. Voy a tu casa.*

Lia: *¿De verdad te vas a invitar así, sin más?*

Breaker: *Como si necesitara invitación.*

Lia: *A lo mejor ahora la necesitas.*

Breaker: *Vale… Lia, ¿puedo ir a jugar a tu casa?*

Lia: *¿Qué conlleva la palabra «jugar»?*

Breaker: *A juegos.* 😳

Lia: *Vale, pero solo si son juegos. Puedo cocinar unos* tortellini *si quieres. Tengo de los de pasta fresca.*

Breaker: *Prepárame un cuenco. Voy a parar en un sitio antes.*

Lia: *¿Qué vas a comprar?*

Breaker: *El postre.*

Lia: *Vale, hasta luego.*

—Hey —saluda Breaker al entrar en mi apartamento. Miro por encima del hombro justo a tiempo para verle quitarse la chaqueta del traje y dejar al descubierto una camisa ajustada con los botones superiores abiertos, enseñando un poco de su pecho firme—. Huele muy bien.

—Ah, gracias —contesto, girándome hacia los fuegos de nuevo, con la cara colorada solo de verlo.

Él entra en la cocina, se acerca a mi espalda y me coloca una mano en la cadera mientras mira por encima de mi hombro. Me pongo cachonda de inmediato, y eso me cabrea. No debería enloquecer así por este hombre. Debería poder controlarme a mí misma, pero creo que las chicas tienen razón: es casi imposible controlarse cuando estás cerca de un Cane.

Me mete las manos por debajo de la camiseta y me agarra de la cintura.

—¿Quieres que traiga bebidas?

—Eeeh… sí. —Trago saliva—. Sería de ayuda.

—Vale. —Baja la cara hasta mi cuello y me deposita un ligero beso sobre la piel—. Hueles increíble, por cierto.

Entonces se separa, y yo me quedo aquí, removiendo la salsa a un ritmo bastante frenético mientras trato de controlar los latidos de mi corazón, que se han disparado.

Con él, son esas pequeñas cosas.

Su atención.

Sus caricias.

Lo que me dice.

Todas las cosas que ahora sé que quería que Brian hiciera, las que Breaker hace sin tener que pedírselo siquiera. Es casi como si fueran intrínsecas a él y no necesite siquiera pensarlas. Le salen, sin más.

—¿Qué tal tu día? —pregunta, cogiendo dos Sprite del frigorífico.

—Ha ido bien —contesto, algo tensa.

—¿Solo bien? —insiste, llevando las bebidas a la mesa.

—Sí, no ha pasado nada emocionante.

—Bueno, pues tendremos que cambiar eso —dice. Luego coge los platos y yo aparto la salsa del fuego—. Ya lo hago yo. Ve a sentarte.

—No tienes por qué hacerlo, Breaker.

Me coloca el dedo debajo de la barbilla y me la levanta.

—Pero quiero hacerlo.

Bueno, pues vale.

Dejo que sirva los platos de los dos y, cuando tomo asiento, le observo enrollarse las mangas, algo que se repite después en mi cabeza como una especie de película porno, dada la forma en que se flexionan los músculos de sus antebrazos. Dios, es que es tan sexy… ¿Por qué no me he dado cuenta antes? O sea, ya sabía que estaba bueno, pero nunca había pensado en él de esta manera, como si quisiera hacer algo al respecto.

Con un plato en cada mano, se acerca a la mesa y me coloca uno delante. Entonces, me agarra de la nuca.

—¿Necesitas algo más? —pregunta.

—Mmm… creo que no —respondo, sintiendo que su mano me quema la piel.

Me da un ligero apretón.

—Avísame si se te ocurre algo.

Antes de sentarse, acerca su silla a la mía, toma asiento y me pone la mano sobre el muslo desnudo.

Casi me atraganto con los tortellini.

—¿Algún problema? —inquiere.

—Tu… tu mano está en mi muslo.

—¿Y…?

—¿Se supone que debe estar ahí? —pregunto, mirando su preciosa sonrisa.

—De hecho, sí. —Ataca unos tortellini con el tenedor y se los mete en la boca.

Vale… Entonces, supongo que su mano se queda en mi muslo.

Me giro hacia mi plato e intento no centrarme en la forma en que su pulgar me acaricia la piel muy despacio, arriba y abajo. Es como si me estuviera cantando una especie de nana sensual.

Atención: está funcionando.

—¿No vas a preguntarme qué tal me ha ido el día?

Trago saliva y le doy un trago a mi Sprite.

—¿Qué tal tu día?

—Muy bien. Hemos tenido una reunión de toda la empresa para comentar el caso Shoemacher, y después hemos contestado a algunas preguntas. Nos ha llevado gran parte del día. Hemos dividido las preguntas por departamento para no dejar a la gente esperando. Me alegro de haber vuelto a la oficina.

—Eso está bien. ¿Estás contento?

Me mira y sonríe.

—Mucho.

Y, por algún motivo, sé que su respuesta no se refiere al trabajo.

—Puedo hacerlo yo —dice Breaker, acercándose hasta donde estoy en el fregadero, lavando los platos. Me mete las manos de nuevo debajo de la camiseta, luego por la cinturilla de los pantalones y las detiene en mis caderas. Con el pecho pegado a mi espalda, esta posición parece mucho más íntima que nada de lo que haya hecho antes con Brian.

—Ya lo hago yo.

—¿Segura? —pregunta, deslizando los dedos más dentro y provocándome un dolor pulsante entre las piernas.

—Sí —contesto, apoyando la cabeza en su pecho. Solo un momento.

Se echa a reír, y lo siento retumbar por todo mi cuerpo. Una de sus manos baja todavía más, hasta quedarse justo encima de donde yo quiero que esté.

—No tengo ningún problema en recoger. Después de todo, has sido tú quien ha cocinado. —Me tira de la oreja con los labios, y yo dejo la esponja en el fregadero y me relajo contra su cuerpo.

—Eeeh… puedo hacerlo yo.

—Vale. —Vuelve a mordisquearme la oreja—. Iré a preparar el postre.

Aparta las manos, y a mí casi se me escapa un gemido de protesta para que las vuelva a poner donde estaban.

Durante toda la cena, no ha dejado de acariciarme el muslo mientras hablábamos sobre el antiguo cine de Culver City que volverá a abrir pronto y sobre las películas que van a poner. Ha estado atento, se ha reído conmigo, me ha escuchado y me ha hecho preguntas.

Igual que con cualquier otra conversación que hemos tenido.

Pero, aun así, ha sido distinto.

Y me asusta.

Sobre todo, lo que me asusta es que me sienta vacía cuando se va. Eso debería ser lo más preocupante de todo. *Nunca* he sentido nada parecido con Brian. No debería estar comparándolo con él, pero si lo que las chicas han dicho es cierto y Breaker quiere que nuestra amistad se convierta en una relación, entonces Brian es mi punto de referencia. Y estoy empezando a darme cuenta de que es un punto de referencia *muy* bajo. Ha vuelto a enviarme un mensaje hoy, pero ya está. No he leído ninguno de sus mensajes, porque, ¿para qué molestarme? Hemos acabado. Fin. Si acabara con Breaker, de ninguna manera me sentiría igual. *Y eso es lo que me aterroriza.*

Termino de lavar la cazuela, limpio el fregadero y luego lavo la encimera. Cuando levanto la mirada no veo a Breaker en la mesa del salón, y lo llamo.

—¿Breaker?

—Estoy aquí —contesta desde mi habitación.

Ay, Dios.

¿Qué tipo de postre puede haber preparado en el dormitorio?

Me tiro del dobladillo de la camiseta mientras me dirijo hacia donde proviene su voz. Entonces oigo que está llenando la bañera de agua. Asomo la cabeza por la esquina y veo a Breaker cerrar el grifo. La bañera está llena de agua y espuma, con unas velas como única iluminación.

—¿Qué es esto? —pregunto, sin saber muy bien qué más decir.

Breaker se gira hacia mí y mi mirada se desvía de inmediato hacia su camisa desabotonada y su pecho y su estómago desnudos.

—Hora del baño —anuncia, antes de acercarse a mí y cogerme el dobladillo de la camiseta. Sin embargo, no me la sube. Espera a que yo le dé la señal. Parte de mí se pregunta qué pasaría si me marchara, pero otra —la que está más desesperada— quiere ver lo que me tiene preparado.

Así que levanto los brazos, y él me saca la ropa lentamente por la cabeza y luego la tira al suelo.

—Date la vuelta —me pide.

Yo lo obedezco.

Me quita el sujetador y lo deja caer al suelo justo antes de bajarme los pantalones y las bragas, dejándome completamente desnuda.

Vuelve a ponerme las manos en las caderas y presiona su cálido cuerpo contra el mío. Su boca me acaricia la mejilla, y sus manos se deslizan por mi estómago hasta llegar a mis pechos. A Breaker parecen gustarle mucho mis pechos, algo que, sin duda, ayuda a alimentar mi autoestima después de la falta de interés de Brian.

Deja de pensar en él. Tienes a un tío bueno de cojones tocándote las tetas.

—Eres adictiva —dice, pellizcándome los pezones.

Echo la cabeza hacia atrás y sus labios encuentran mi cuello. Deja un rastro de besos desde la base y luego vuelve a bajar, sin dejar de juguetear con mis pezones.

—Joder —susurro, sintiendo mi cuerpo arder.

—Te gusta, ¿a que sí?

Yo asiento, sin reprimirme, porque es verdad. Me gusta cuando me toca las tetas, cuando juega con ellas, cuando sus dedos me pellizcan y tiran de los pezones.

—Bien. Ahora escucha con atención, Lia. Voy a necesitar que te metas en la bañera, que descanses la cabeza en el borde y que abras las piernas. ¿Lo entiendes?

Vuelvo a asentir y sigo sus instrucciones. Él me ayuda a meterme, y yo me hundo en el agua caliente y deliciosa.

—¿Cómo está?

—Increíble —contesto, poniéndome cómoda.

—Bien. —Luego, coge una bolsa de papel marrón que no había visto y saca un vibrador. Pongo los ojos como platos cuando lo enciende. La parte cilíndrica vibra y gira, mientras que la pieza pequeña en la base se menea de aquí para allá.

Ay, Dios, ¿me va a poner eso?

Noto que las mejillas me arden de inmediato mientras se sienta al borde de la bañera.

—¿Alguna vez has usado uno de estos?

—N-no —respondo, nerviosa.

—Es muy sencillo. —Lo mete en la bañera y me aparta las burbujas de los pechos antes de hacerlo vibrar contra mi pezón—. Solo tienes que metértelo en tu delicioso sexo y dejar que haga todo el trabajo.

—¿En… la bañera?

—Sí. —Lo aparta y lo arrastra por mi estómago, que encojo justo antes de que meta la mano en el agua y me acaricie con el vibrador.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto.

—Observa —contesta, sin más—. Cógeme la mano y ayúdame a metértelo.

—Pero es que es muy grande.

Él me mira a los ojos.

—Si crees que es grande, espera a que te deje disfrutar de mi polla. Ahora guíame.

Alentada por sus palabras, lo ayudo a meterme el vibrador y noto cómo me estira, pero no es doloroso. Es solo… increíble.

—¿Cómo estás?

—Genial.

—Bien. Sujétalo. —Lo enciende, y yo casi salto de la bañera a causa de la vibración que siento en mi interior y del estimulador de clítoris que tiene fuera.

—Ay, joder —gruño, mientras el agua se agita a mi alrededor y aprieto las piernas.

—Relájate —dice, empujándome del pecho para que me vuelva a meter.

—Pero… Ay, Dios, Breaker. Es demasiado.

—No lo es. Tú relájate. —Me pellizca el pezón, lo que hace que me relaje de inmediato y que la sensación entre mis piernas se intensifique.

—¿Cómo? —pregunto, moviendo la cabeza lentamente de un lado a otro.

—¿Cómo qué? —Me suelta los pechos y se cierne sobre mí.

—¿Cómo sabes qué es lo que necesito?

Lo miro y veo su expresión seria, hambrienta, ávida.

—Porque lo sé todo de ti, Lia, incluso lo que hará que te corras.

—Es verdad —murmuro, hundiéndome en el agua y dejando que el vibrador haga su trabajo—. Da tanto placer… Es como si… —Se apaga, y yo levanto la mirada y le veo sostener el mando—. ¿Qué estás haciendo? —pregunto.

—Controlar la situación. —Entonces lo vuelve a encender, sorprendiéndome y provocándome un espasmo en las piernas.

—Ay, Dios —gimoteo.

El estimulador del clítoris, combinado con la vibración, es una sensación que nunca antes había experimentado, y estoy disfrutando de cada segundo de ella. Me hundo en ella, me libero de todo pensamiento y preocupación y me centro solo en lo que me hace sentir y en el hombre que tengo

delante, con la camisa abierta y la mirada hambrienta, observándome.

—Juega con tus tetas, Lia.

Su voz es como una droga que me recorre las venas y controla todos mis movimientos. Sin dudarlo, mis manos ascienden por mi cuerpo hasta mis pechos, que aprieto hasta juntarlos. Para mantener el vibrador en su lugar, aprieto las piernas.

Joder, qué intenso.

—Breaker —murmuro, acariciándome los pezones erizados con los dedos.

—Joder, qué buena estás —dice, y le escucho bajarse la cremallera de los pantalones.

Abro los ojos de inmediato y le miro la cintura. Él se mete la mano en los calzoncillos y se saca el miembro, largo y grueso.

Ay.

Dios.

Mío.

Ancho.

Largo.

Y tan, tan duro…

Él no me quita los ojos de encima mientras yo lo observo.

La boca se me hace agua, las piernas me tiemblan, y muy dentro de mí sé que no me va a caber. Es imposible.

—Breaker, eres… Eres enorme.

—Y la tengo dura de cojones por ti. —Aumenta la velocidad del vibrador con el mando, y yo cierro los ojos con fuerza cuando mi cuerpo se sacude de placer.

Le escucho gruñir, una señal evidente de que se está acariciando la erección. Es muy erótico. No nos estamos tocando y, aun así, estamos haciendo que el otro se corra.

—Pronto estaré dentro de ti —dice, y abro los ojos para ver cómo se acaricia el pene con fuerza, con los músculos del pecho apretados y sus abdominales contrayéndose con cada pasada de su mano —. Y voy a follarte, Lia. Voy a asegurarme de que no sientas nada más que mi polla durante el resto de tu maldita vida.

El vibrador se mueve más rápido, y yo no puedo hacer nada más que dejarle tomar las riendas. Así que bajo una mano hasta donde está, lo sujeto en su lugar y uso la otra para juguetear con mi pezón, acariciándolo en círculos con el dedo, dándole golpecitos y después pellizcándolo, igual que hace Breaker.

—Joder, qué gusto —confieso, y mi pelvis empieza a moverse con las vibraciones.

—¿Quieres que sea mi pene lo que esté dentro de ti? —pregunta.

—Tu pene es demasiado grande —respondo, y las piernas se me agitan con espasmos de placer.

—Mi pene es perfecto para tu sexo —sostiene, y su tono de voz me obliga a mirarlo—. ¿Me escuchas? —pregunta, con expresión decidida—. Mi puñetero pene es perfecto para tu sexo, rico y estrecho.

Hincho el pecho y empiezo a sentirme mareada. Asiento a modo de afirmación, pero él aprieta el botón del mando otra vez y el vibrador se mueve a un ritmo frenético que me hace tensar el estómago.

—Ay, Dios… ¡Ah, joder! —grito, y todo mi cuerpo se agarrota. El estimulador me frota el clítoris justo en el lugar adecuado y empiezo a sudar.

Una presión innegable se va formando y creciendo cada vez más en la base de mi estómago, y el placer se vuelve tan intenso que se apodera de mí, listo para arrasar con todo.

—Breaker… ¡Oh, Dios! —gimo.

—¿Necesitas correrte? —pregunta.

—Sí —mascullo, y de repente, el vibrador se apaga. Abro los ojos de inmediato—. ¿Qué estás haciendo? —pregunto, casi sin aliento.

—Obligarte a esperarme —Sigue acariciándose, pero se acerca cada vez más a mí, hasta colocar su pelvis junto a mi cara—. Métetela en la boca.

—¿Qué? —pregunto.

—Ya me has oído, Lia. Chúpamela.

—Pero no…

—No —me interrumpe—. Ni se te ocurra decirme que no lo sabes hacer bien. Solo con mirarte los labios sé que harás que me corra en segundos. Así que métete mi puñetero pene en la boca. Ahora.

Completamente cachonda pero también insegura, me doy la vuelta en la bañera para arrodillarme delante de él. Con el vibrador todavía entre las piernas, estiro la mano y le agarro el pene con la mano. Solo con tocarlo cierra los ojos con fuerza, lo que me aporta confianza, y luego, despacio, me la meto en la boca y la lamo entera.

—La hostia puta —maldice él, apoyándome la mano en la cabeza. No me obliga ni me anima. Es como si necesitara tener la mano ahí para mantenerse firme.

Hago rotar la lengua en torno al glande unas cuantas veces, me lo meto en la boca y lo suelto, para pasar a repetir lo mismo otras tantas veces. Observo fascinada cómo su pecho se eleva y desciende con más rapidez. Me encanta la manera en que sus dedos se clavan en mi cuero cabelludo, y los gemidos que se escapan de sus labios son tan eróticos que incrementan mi propio placer.

Le paso la lengua alrededor unas cuantas veces más y entonces me acuerdo de lo que me dijo sobre lamerle la parte inferior de la polla. Arrastro la lengua hasta la base y le vuelvo a lamer hasta la punta, donde sé que a él más le gusta. Y entonces empiezo a lamerle y a bombearle el pene con la mano al mismo tiempo.

—De puta madre —gime, entre jadeos—. Joder, Lia. —Su mano juega con mi pelo—. Tu boca. Joder qué buena es. Qué caliente. —Succiono, y las piernas le fallan durante un instante. Me la saco entera, después me la meto más dentro y, cuando la vuelvo a sacar, dejo que los dientes la rocen con suavidad—. ¡Joder! —grita; se pone rígido, y entonces el vibrador se pone a toda velocidad. Gimo contra su pene y siento una especie de éxtasis que me recorre el cuerpo.

—Breaker…, ya… estoy…

—Pues chúpamela fuerte —dice, y lo hago. Tiro de su miembro tan fuerte que me da la impresión de que le voy a hacer daño. Pero no es así. Lo estimulo todavía más, y mi orgasmo se acerca y empiezo a sentir el cuerpo dormido y la vista borrosa. Lo único en lo que puedo pensar es en que quiero que se corra. Quiero escuchar sus gemidos.

Hago girar la lengua, me meto su pene en la boca, lo saco apretándolo ligeramente con los dientes y, cuando no puedo aguantar más el orgasmo, gimo con fuerza contra el glande y todo el cuerpo se me sacude.

—La hostia, qué… cachondo me pones —afirma, y su cuerpo se pone rígido—. Trágame —dice, justo antes de empujar en mi boca y correrse.

Yo me trago cada gota, y, cuando acaba, me caigo sobre la bañera, tratando de recuperar el aliento mientras lo observo. Él se deja caer de rodillas, extiende el brazo y me agarra de la nuca para acercarme al borde.

—La hostia —dice, respirando con dificultad y mirándome a los ojos—. Joder, Lia.

—¿Te… ha gustado?

—¿Que si me ha gustado? —pregunta, perplejo—. Ha sido mucho más que gustar. Acabo de hacerme adicto a tu boca. —Su pulgar me recorre el labio— Ahora mi pene vive ahí —añade con suavidad—. Esta boca es mía. Estos dientes son míos. Esta lengua es mía. —Y cuando creo que se va a acercar a darme un beso porque me atrae hacia él, me lo da en la frente y luego se aparta—. Buenas noches, Lia.

Se separa.

—Espera, ¿te vas? —pregunto sorprendida.

—El plan era marcharme después del postre. —Se levanta, y lo observo mientras vuelve a meterse el pene en los pantalones, pero no se molesta en subirse la cremallera—. Que descanses.

Y luego se va, sin más palabras.

No sé cuánto tiempo me quedo en la bañera, al menos hasta que el agua se queda fría. Quito el tapón, me enjuago y después ni siquiera me visto; me lavo los dientes y me meto en la cama desnuda, sin dejar de darle vueltas en mi cabeza a lo que acabamos de hacer.

Me giro para apagar la luz de la lámpara de mi mesita y suena un mensaje en mi teléfono.

Breaker: *Gracias por la cena, Lia.*

Me quedo mirando el mensaje durante lo que me parece un minuto. Es un contraste muy fuerte con la manera en que se ha marchado de mi apartamento. ¿Cómo puede cambiar de una forma tan drástica? Mi cabeza sigue dando vueltas con todas las escenas eróticas que han ocurrido entre los dos esta noche. ¿Es que a él no le pasa lo mismo? Decido preguntarle porque necesito comprender esto mejor.

Lia: *¿Cómo puedes actuar como si no hubiera pasado nada?*

Breaker: *No estoy actuando como si no hubiera pasado nada. Créeme, aún siento tu boca en mi pene.*

Lia: *Entonces… ¿cómo es que te sientes tan cómodo con todo esto? No tengo ni idea de lo que está pasando entre nosotros, y tú no eres de ninguna ayuda.*

Breaker: *Yo sí que siento que esto es lo normal, Lia. Como si debiera haber intimado contigo durante los diez últimos años, pero sé que a ti te está costando asimilarlo. Quiero que comprendas lo normal que es.*

Lia: *A mí no me parece normal, me parece raro.*

Breaker: *¿Y te pareció raro cuando me estabas apretando el pene con los dientes?*

Lia: *Bueno, no. Pero es que estaba disfrutando del momento.*

Breaker: *Exacto. Sigue disfrutando del momento y deja de darle vueltas a todo. Buenas noches, Lia.*

Y entonces me da unos golpes de buenas noches en la pared y yo, de mala gana, se los devuelvo.

No me molesto en sacar el ovillo de lana del bolso al sentarme en el sofá de Kelsey. He convocado una reunión de emergencia después de lo de anoche, y las chicas estaban más que dispuestas a asistir. Los hombres no estaban tan contentos.

Lottie coloca un plato de miniquiches que ha preparado Reign y otro de unos deliciosos *croissants*.

—Me parecía un momento para *croissants* —dice.

Kelsey trae un cuenco con mermelada, platos y cubiertos, y Myla trae las bebidas.

—¿Qué está pasando? —pregunta Kelsey.

Decido ir directa al grano.

—Teníais razón. Tiene un plan, y lo está poniendo en práctica.

Lottie se inclina y coge una miniquiche.

—Los Cane siempre tienen un plan. Siempre —afirma, antes de metérselo en la boca.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Myla.

Entro en detalles sobre la noche pasada y sobre cómo compartimos una agradable cena y estuvo bastante sobón, pero que la conversación fue normal. Y luego llegó el postre…

—Espera, ¿tenía un vibrador con mando a distancia y te lo metió en la bañera? —pregunta Lottie,

parpadeando varias veces.

Siento que las mejillas me van a explotar mientras asiento.

—Sí. Y os diré una cosa: nunca en la vida había hecho algo parecido. Ni siquiera yo sola.

—Sabía que era de los pervertidos —murmura Lottie.

—Pero eso no es lo más pervertido —añado.

Myla se lleva su copa a los labios.

—Por favor, cuéntanos —ruega.

—Eeeh… Bueno… Me dijo que se la chupara mientras tenía todavía el vibrador dentro.

Las chicas se quedan ahí sentadas, algo perplejas.

—Y lo hice —acabo.

Lottie traga saliva antes de hablar.

—¿Cómo tenía el pene?

—Como un puñetero tronco.

Sueltan una enorme risotada.

—En serio, era enorme. Le dije que no me iba a caber, y él me contestó que su pene era perfecto para mi… sexo.

—¿Te dijo eso? —pregunta Kelsey—. Ostras, no sé si voy a poder volver a mirar a Breaker de la misma manera.

—Creo que ninguna de nosotras lo hará —secunda Myla.

—Una cosita —interviene Lottie, levantando el dedo—. ¿Se la chupaste?

Asiento, y noto que estoy empezando a sentirme un poco más cómoda con este tipo de conversaciones.

—Sí, y… me gustó un montón.

—Buena chica —añade Lottie, dándome unas palmaditas en el muslo.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —pregunta Myla.

—El problema es que todavía me siento incómoda. A ver, cuando estamos en ello no me parece raro. Es natural. Y sí, claro, me deja pasmada con lo que me dice y lo que quiere que haga, pero después… Después es lo que me está matando. Y cuando hablé con él anoche de ello me dijo que dejara de darle vueltas a todo.

—Tiene razón —contesta Kelsey—. Limítate a disfrutar del momento.

—Estoy de acuerdo —dice Myla, extendiendo mermelada en su *croissant*—. Me parece que está tratando de normalizarlo todo, y si tú te resistes, le va a costar hacerlo.

—Pero la pregunta es: ¿quieres algo más con él? —pregunta Kelsey.

Me recuesto en el sofá y me quedo pensándolo.

Creo que no puedo concebir la vida sin Breaker, y tampoco quiero hacerlo.

Este nuevo nivel de amistad es distinto, pero creo que también me gusta. Mentira: no es que lo crea, es que me gusta.

Muchísimo.

—Creo que sí —respondo—. Pero eso me aterroriza.

—Es comprensible —opina Lottie—. Pero sabes que Breaker no haría nada que pudiera hacerte daño, jamás. Te adora.

—Es verdad —añade Kelsey—. Básicamente, besa el suelo que pisas.

—Y está intentando que lo vuestro vaya a más —continúa Lottie.

—Supongo. Pero es tan raro… —insisto.

—Pues haz que no sea raro —apunta Myla—. Asume las riendas. No le dejes marcar el paso. Sorpréndele, y empieza algo tú primero. A lo mejor, así se acaba la incomodidad.

—Aaah, buena idea —opina Lottie.

—Uf, solo de pensarlo me pongo a sudar —contesto—. He sido yo quien ha empezado muchas veces, pero Breaker tiene mucha más experiencia que yo. Me sentiría como una idiota si lo hiciera

yo.

—Lo único que tienes que hacer es acercarte a él y agarrarle el pene, y ya estará listo —añade Myla, lo que hace que todas nos echemos a reír.

—Sí, claro, puede que necesite hacer un poco más.

—Entonces, ¿estás dispuesta a empezar tú? —pregunta Kelsey.

—Eso creo. A ver, es razonable que lo haga. Si quiero algo, tendré que dar el paso yo también, y a lo mejor será menos raro si soy yo quien lo hace.

—Estoy de acuerdo. —Myla se da unos golpecitos en la barbilla con el dedo—. Ah, ya sé. Puedes enviarle un mensaje guarro.

—Sí. —Lottie da una palmada en el reposabrazos del sofá—. Un mensaje guarro. Eso es perfecto. Puedes esconderte tras el teclado para que no tengas que enfrentarte a la vergüenza inicial, pero también puedes controlar la situación.

—Es una idea genial —añade Kelsey—. ¿Qué puede poner? Algo que le llame mucho la atención, como… «Me gusta tu pene».

Lottie pone los ojos en blanco.

—Perdona a mi hermana. No se le da muy bien hablar de guarrerías.

Kelsey se cruza de brazos.

—Vale, ¿qué escribirías tú?

—Bueno, como me estáis poniendo en un aprieto, ahora no seré tan elocuente como cuando me tomo un tiempo para pensar qué escribo. Pero podría decir algo así como… «Estoy cachondísima solo de pensar en lo de anoche».

—Mejor —afirma Myla, pero luego menea la cabeza—. Pero no es lo suficientemente bueno. Necesitamos algo que concuerde con el estilo de Breaker, algo que le llame mucho la atención. —Piensa en ello un segundo, y luego una sonrisa le ilumina la cara—. Lo tengo.

—Por favor, cuenta —ruega Lottie, cruzándose de piernas.

—Lo más sencillo posible: «Quiero sentarme en tu cara».

—¿Qué? —pregunto, sintiendo como si me acabaran de prender fuego en las mejillas.

—¡Síííí! —chilla Lottie—. Joder, Huxley se vuelve loco cuando digo cosas así.

—A J. P. también le encanta —tercia Kelsey.

—¿Les decís esas cosas por mensaje a vuestros maridos? —pregunto, incrédula.

—Claro. —Lottie se saca el móvil—. Observa. Voy a escribirle ahora mismo y te enseñaré qué me responde. Deberíamos hacerlo todas.

—Ningún problema —contesta Myla, sacando su móvil, y Kelsey hace lo mismo. Todas envían un mensaje.

—Tú espera solo unos segundos —anuncia Lottie, y entonces suena su teléfono. Con una sonrisa se aclara la garganta—. Le he dicho que quiero sentarme en su cara y me ha respondido… —se humedece los labios—: «Ven a casa. ¡Ya!».

A Kelsey le suena el móvil.

—Ese es mi marido. Y me ha dicho: «Nena, sabes que tu sexo tiene reserva permanente. Festín en mi cara».

Sonrío, y entonces se escucha el teléfono de Myla.

Abre el hilo de mensajes y nos cuenta.

—Ryot me ha enviado una lengua y tres gotas de agua. Además de «Cuando llegues a casa, quítate la ropa; te estaré esperando en el dormitorio».

Mmm… Me pregunto qué contestaría Breaker.

La curiosidad me puede, así que yo también cojo mi móvil.

Lottie da unas palmadas.

—Lo va a hacer —dice.

Tienen razón. Tengo que romper con esa incomodidad si quiero que esto funcione, y lo voy a

hacer. No quiero perderlo. Quiero más de él, pero estoy asustada. La única manera de no estarlo es lanzarme de cabeza.

Abro nuestro hilo de mensajes y le escribo uno.

Lia: *Hola.*

—¿Qué le has dicho? —pregunta Kelsey.

—Solo lo he saludado; he pensado que sería mejor empezar así. —Suena mi teléfono y leo su mensaje en voz alta—. «Hola, justo estaba pensando en ti».

—Oooh… Pregúntale en qué estaba pensando —me anima Kelsey.

Entonces le respondo.

Lia: *¿En qué estabas pensando?*

Suena mi teléfono de nuevo.

—«En las ganas que tengo de verte esta noche. ¿Vienes a mi casa?». —Levanto la mirada hacia las chicas—. ¿Lo digo ahora?

Todas asienten. Con la respiración agitada, le contesto.

Lia: *Allí estaré… Tengo muchas ganas de sentarme en tu cara.*

Cierro los ojos con fuerza y pulso «Enviar».

—Ay, Dios, no me puedo creer que le acabe de decir eso. ¿Y si piensa que soy rara?

—Te aseguro que no lo hará —responde Lottie—. Le va a encantar.

—Cierto —añade Myla—. Tú espera y verás.

Me quedo mirando el móvil y, cuando veo los tres puntos que indican que está escribiendo algo, se me encoge el estómago. Y entonces un pitido resuena en toda la habitación.

En vez de leerlo en voz alta al principio, lo leo para mis adentros.

Breaker: *Bien. Tu sexo es mío esta noche. Estoy hambriento.*

Se me ponen los ojos como platos y miro a las chicas.

—Oooh… Debe de ser muy buena respuesta —dice Lottie.

Giro el teléfono para que lo lean todas juntas, porque no puedo leer en voz alta lo que me ha escrito.

—Madre mía —dice Kelsey.

—Eeeh… ¿acaba de ganar Breaker? —pregunta Lottie.

Myla asiente y se reclina en su asiento.

—Sí, ha vencido a todos los demás con su respuesta. —Después se gira hacia mí—. Diviértete esta noche. Me parece que te lo vas a pasar en grande.

19

BREAKER

Les debo a Lottie y Kelsey una medalla de honor, porque estoy seguro de que el mensaje que me ha enviado Lia antes sobre querer sentarse sobre mi cara ha sido gracias a ellas. Sabía que tenían lo del club de punto porque J. P. ha estado dando la lata con que quería cepillarse a su mujer y no había manera.

Lia ha participado en todo lo que he iniciado yo hasta ahora, y eso, en sí, ya me parece increíble. Y entonces leí: *«Tengo muchas ganas de sentarme en tu cara»*. Joder, menuda sonrisa me ha provocado. ¿Significa eso que está empezando a sentirse más cómoda con la idea de que estemos juntos? ¿Tan pronto? Joder, sí, espero que sí. En mi opinión, estoy seguro de que las chicas la han convencido para salir de su zona de confort. Y yo estoy agradecido de cojones.

Lia está en su casa ahora mismo, cambiándose. No sé qué se va a poner, pero se está cambiando, y yo estoy esperando impaciente a que llegue. He pensado en cómo enfocar esto, porque quiero que sienta que puede asumir las riendas, pero también sé que lo más seguro es que tenga vergüenza, así que voy a tener que leerla.

Doy vueltas en mi habitación, y, cuando escucho que se cierra la puerta del apartamento de al lado, contengo el aliento. Miro mi puerta y, tras unos segundos, se gira el picaporte.

—Hola —me dice.

Me quedo mirando el vestíbulo y la veo aparecer con unos pantalones verdes cortos de seda y un top blanco de tirantes. No lleva sujetador. Está muy claro, por la manera en que se le marcan los pezones erizados.

—Hola —la saludo, apareciendo ante su vista.

De inmediato, su mirada desciende hasta mi pecho. Me he dado cuenta de que esta última semana se ha dedicado a observarme mucho más que nunca antes, y estoy disfrutando de ello. Por eso sigo apareciendo sin camiseta cuando ella está presente.

Me acerco a ella, le deslizo la mano por la cintura y la estrecho contra mi pecho para darle un beso en la coronilla.

¿Que si he querido besarla en los labios? Cada maldito segundo que estoy a su lado, pero estoy esperando. Ese primer beso será un momento especial, uno que querré recordar para siempre, así que me lo estoy reservando, por mucho que me cueste.

—¿Qué tal el club de punto? —le pregunto con tranquilidad. Difícil, porque tengo el cuerpo alborotado por culpa del mensaje.

—Ha sido divertido —contesta, separándose. Me doy cuenta de inmediato de que no está mostrando tanta confianza como al enviar el mensaje, así que tendré que asumir las riendas.

Ningún problema en absoluto.

Le cojo la mano y la llevo hasta el sofá, donde tomo asiento. Hago que se siente entre mis piernas, de manera que su espalda está contra mi pecho. Estiramos las piernas sobre el sofá, y, como ya he puesto música y he atenuado las luces, ya he creado el ambiente adecuado.

Apoya la cabeza en mi hombro y yo le rodeo la cintura, mientras que le meto la otra mano por la camiseta para acariciarle el estómago.

—¿Has visto que Blue Man Group va a venir a Los Ángeles? —pregunto.

—¿De verdad? Por favor, dime que iremos a verlos.

Yo suelto una risita.

—¿Sabes? Siempre puedo llevarte a Las Vegas a verlos. Después de todo, soy rico. Joder, puedo contratar nuestro propio espectáculo privado aquí, en mi apartamento.

—Me estás restregando tu dinero por la cara, ¿eh?

Me gusta su tono ligero, así que le sigo la corriente.

—Creo que necesito impresionarte.

—¿Sabes cómo puedes impresionarme? —inquiere—. Recita todos los personajes de Harry Potter en orden alfabético con la casa correspondiente, si la tienen.

—Mmm… Me estás dando trabajo… —Abro la palma de la mano en su estómago y empiezo a subir hasta su pecho, rozándolo apenas con los dedos—. ¿Sabes lo que me ha dicho J. P. hoy?

—¿Qué? —pregunta, con voz jadeante.

—Al parecer, Huxley tiene un punto débil, y no estoy hablando de Lottie.

—¿A qué te refieres?

—Bueno —contesto, extendiendo los dedos por su estómago encantado por la manera en que se contrae y expande con cada respiración suya y cada caricia mía—. Huxley estaba en su despacho, y J. P. ha entrado y lo ha pillado con los ojos llorosos.

—No, no me lo creo —dice, negando con la cabeza—. Huxley no llora.

—Lo sé, es lo que dije yo. Y cuando J. P. le preguntó qué estaba pasando, Huxley se cerró en banda.

—Claro, como si alguna vez fuera a expresar sus sentimientos.

—Exacto —contesto. Me encanta que Lia sepa tanto de mi familia—. Pero ya sabes que J. P. es incansable, e irritó tanto a Huxley que al fin lo soltó todo y dijo que estaba viendo un vídeo que Lottie le había enviado de un bebé escuchando por primera vez después de no haber podido oír desde su nacimiento. Al final, Huxley terminó enseñándole el vídeo a J. P., y lloraron juntos. Y luego, evidentemente, J. P. donó medio millón de dólares a una fundación que ayuda a las familias que no pueden permitirse los equipos necesarios para que sus hijos puedan escuchar.

—Ay, Dios mío, qué bonito es eso —afirma Lia—. Pensaba que dirías algo ridículo, como por ejemplo… la locura de J. P. por las palomas.

—Yo también pensé que iría dirigido allí —afirmo, volviendo a subir la mano hacia su pecho. Esta vez lo acuno ligeramente y arrastro el pulgar por la parte inferior—. Pero me sorprendió enterarme de que se trataba de un niño. Me hace pensar que están ocultando algo.

—¿Qué quieres decir? —pregunta.

—No lo sé. A lo mejor, Lottie está embarazada.

—No. —Lia niega con la cabeza—. Bebió alcohol con nosotras la otra noche.

—Sí, pero J. P. ha dicho también que ha visto algunas imitaciones sin alcohol. O, a lo mejor, ha omitido echarle alcohol a su copa.

Lia se gira para quedarse sentada sobre mi regazo, con la espalda apoyada en el sofá y las piernas colgando por el borde.

—No, es imposible que esté embarazada. Estoy segura de que lo habría adivinado.

—¿Tienes visión uterina de rayos láser y yo no me he enterado? —pregunto.

Me aplasta la mano en la cara y yo me echo a reír.

—Ya sabes a qué me refiero.

—La verdad es que no. Yo creo que sí lo está. No hay más que ver las señales. Huxley se ha mostrado protector de más con ella últimamente. Y ha cancelado varias citas. Me lo ha contado J. P. Cree que han estado yendo al médico.

Le coloco la mano sobre el muslo mientras se queda mirando al infinito, extrañada.

—No me puedo imaginar a Huxley siendo padre. Aunque, claro, nunca, y me refiero a *nunca,* me lo habría imaginado casado tampoco. —Se gira hacia mí y se sienta a horcajadas sobre mi regazo. Yo me acomodo el miembro y le meto las manos debajo de los pantalones, hasta llegar a la unión con sus caderas—. Pero ahí está, demostrándome sin cesar que estaba equivocada. Lottie lo ha

domesticado de verdad.

—Sí, me alegro de que se encontraran. Me cae muy bien Lottie.

—A mí también —afirma Lia—. Y Kelsey, ya que estamos. ¿Están intentando tener un hijo J. P. y ella?

—No he preguntado, pero por la mirada de J. P. cuando estaba diciéndome que a lo mejor Lottie estaba embarazada, se notaba que él también tenía ganas. Creo que J. P. sería un gran padre.

—Yo también lo creo. —Me coloca las manos en el pecho—. Me gusta cotillear sobre tus hermanos. Dan una imagen tan austera que ver qué hay detrás de esa fachada de hombres poderosos resulta divertido.

—¿Y qué hay de mí?

—Ya lo sé todo de ti —afirma.

—No todo —respondo.

Me acaricia el pecho.

—¿Qué es lo que no sé?

—Que la primera vez que viniste a mi residencia de estudiantes me prometí a mí mismo, a mitad de partida del *Scrabble,* que te pediría salir al final.

Ella ladea la cabeza.

—No, no es verdad.

Yo asiento.

—Sí, sí que lo es. Estaba reuniendo el valor para hacerlo.

—¿Y por qué no lo hiciste? —pregunta, confusa.

—Porque dijiste que querías un amigo, y yo no quería echar a perder nuestra conexión, así que dije que sí, que sería tu amigo.

Se humedece los labios.

—¿Y ahora qué? ¿Por qué has cambiado de idea?

—Porque… —empiezo a responder, y le agarro el dobladillo de la camiseta y se la empiezo a sacar lentamente por la cabeza— me he dado cuenta de que ver cómo te casabas con otro hombre era lo peor que me podía pasar en la vida, dados mis profundos sentimientos por ti, Lia. —Mis manos se posan sobre sus pechos, y ella los levanta, jadeando, mientras empieza a mover el culo sobre mi erección, cada vez mayor—. ¿Crees que podrías sentir lo mismo?

Ella se muerde el labio inferior y me mira a los ojos.

—Creo que sí.

—Bien —respondo, antes de cogerla y levantarla del sofá. Me rodea el cuello con los brazos, y sus pechos se aprietan contra el mío, desnudo. Es una sensación tan deliciosa que casi me entristece tener que separarme tan pronto.

—Esto también es… raro y nuevo para mí —admite—. Me cuesta hacerme a la idea.

La llevo al dormitorio y la tumbo en la cama antes de agarrarle los pantalones y bajárselos, para dejarla completamente desnuda. Poder verla desnuda siempre que quiero es un maldito sueño para mí.

—Yo también sigo intentando hacerme a la idea —confieso, bajándome los pantalones y agarrándome la erección desde la base. Le doy un apretón y suelto un siseo mientras observo su cuerpo perfecto.

Las curva de sus caderas.

La manera en que se le endurecen los pezones todo el puñetero tiempo.

La forma en que entreabre los labios mientras me observa acariciarme.

—Dime una cosa, Lia: ¿te gustó ayer meterte mi polla en la boca?

Ella traga saliva con dificultad antes de contestar.

—Me gustó… un montón.

—Buena respuesta. —Me doy una pasada, acariciando el glande con la mano, y Lia sigue

embelesada con lo que estoy haciendo—. ¿Jugaste con el vibrador después?

—No. —Menea la cabeza.

—¿Por qué no? —pregunto.

—Porque… —se lleva la mano a los pechos, y yo observo celoso cómo juega con ellos— pensaba que no podía jugar… sin ti.

Juro que la polla se me pone todavía más dura con su respuesta.

Me humedezco los labios, me agacho un poco y me cierno sobre ella, apoyando una mano a cada lado.

—Esa respuesta es todavía mejor —afirmo, bajando la boca hasta su pecho para mordisquearle la piel—. Puedes jugar cuando quieras sin mí, pero… —me levanto para mirarla a los ojos— piensa siempre en mí. —Y entonces, le acribillo el pecho a besos, yendo de un lado al otro y succionándole la piel, mordisqueándola, para dejarle mi marca y que, cuando se despierte mañana, sepa exactamente a quién pertenece.

Sus manos ascienden por mi espalda hasta llegar a mi cuello, para juguetear con los mechones de mi pelo.

—¿De verdad… me encuentras atractiva? —pregunta, sorprendiéndome.

No ha dicho mucho durante nuestros últimos encuentros, aparte de que le gusta lo que le hago, pero hoy es distinto. Hoy está más atrevida, más abierta. Más inquisitiva.

Para responder a su pregunta, le cojo la mano y se la pongo en mi erección.

—Dímelo tú —contesto.

Ella la acaricia con suavidad, y su tacto es como el fuego, avivando las llamas con cada uno de sus movimientos.

—¿Y… de verdad me deseas? —inquiere.

Me meto su pezón en la boca y succiono con fuerza, haciendo que levante el pecho de la cama.

—Pienso en ti a cada segundo, Lia —admito al soltarle el pezón—. Te deseo más de lo que nunca he deseado nada en la vida.

Le beso el estómago y me quedo un momento aquí, disfrutando de cómo se retuerce bajo mis caricias.

—¿Alguna otra pregunta más?

Ella se humedece los labios y asiente.

—Date prisa, porque me muero de hambre. —Sigo bajando y le rozo el sexo con la lengua, arrancándole un gemido.

Cierra los ojos con fuerza y, respirando jadeante, vuelve a preguntar:

—¿Esto es solo diversión para ti… o es algo más?

Le coloco la boca sobre el sexo y la abro. Todavía no la lamo, solo me quedo aquí, quieto.

—Es muchísimo más —confieso cuando me mira.

Y entonces hundo la lengua en su clítoris.

—Ay, Dios —gruñe, abriendo las piernas y colocándome las manos en el pelo.

Este es mi puñetero lugar feliz, justo aquí, entre sus piernas, haciéndole gemir mi nombre. Y estoy cabreado de la hostia conmigo mismo por haber tardado tanto en darme cuenta. Sí, siempre me he sentido atraído por ella, pero me ha costado demasiado entender al fin que la deseaba. Y eso me enfurece. *Porque casi la pierdo.* Me habría odiado durante toda la vida si la hubiera perdido.

Presiono la lengua contra su clítoris, la deslizo despacio y, cuando gime mi nombre, sé que ha llegado el momento. Me aparto y, entre sus protestas, la tumbo boca abajo.

—¿Qué… qué estás haciendo? —pregunta.

Arrastro la mano por su columna y por encima de la curva de su trasero. Tras acunarle el glúteo, y sin pensármelo dos veces, le doy un azote, y le dejo la marca roja de mi mano.

—Joder. —Se agarra con fuerza de la colcha, pero no se queja, así que vuelvo a repetirlo—. Breaker —me llama, jadeante.

—¿Qué? —pregunto, acariciándole la marca roja.

—Yo… no sé…

Vuelvo a darle un azote, y esta vez suelta un siseo.

—Te gusta, ¿verdad?

—Sí —contesta tras un breve gemido.

—¿Pero creías que no te gustaría?

Ella asiente.

Sonrío y la vuelvo a azotar…, y otra vez más. El sonido retumba por toda la habitación, y sé que se me quedará grabado en la memoria, porque escucharla gemir con cada golpe es todo un placer.

Le froto el culo con la mano, masajeándoselo ligeramente para aliviar el picor del azote. Y luego, tras unos segundos más, la vuelvo a azotar.

—¡Breaker! —chilla.

Sonrío, le levanto el culo en el aire y le meto la mano entre las piernas para comprobar lo mojada que está.

—Así me gusta, Lia. —Le recorro la raja con el dedo—. Estás lista para mí.

Aparto la mano, le doy la vuelta a la cama y me tumbo con las manos detrás de la cabeza.

—Vale, ven aquí.

Levanta la cabeza del colchón.

—¿A qué te refieres? —pregunta.

—Querías sentarte en mi cara, así que ven a sentarte.

—Ah. —Las mejillas se le ponen de un peligroso color morado de la vergüenza—. Yo… eeeh… no hace falta.

Entorno los ojos.

—Dijiste que querías hacerlo. Por tanto, lo harás. Ven aquí. Ahora.

—Breaker, es que… nunca he…

Me levanto, la agarro del brazo y tiro de ella hacia mí. Luego le doy la vuelta para ponerla de espaldas a mí, y la siento a horcajadas sobre mi pecho.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta.

Le presiono la espalda para que se agache, y luego me coloco su culo encima de mi cara.

—Ay, Dios mío, Breaker —dice, justo antes de que le meta dos dedos—. Joder —gimotea, y la siento respirar sobre mi erección.

¿Que si me encantaría que se la metiera en la boca mientras hago esto? Evidentemente. ¿Pero la voy a obligar? Nunca.

Le inclino la pelvis un poco más, me la acerco más y me coloco su sexo empapado sobre la boca. Entonces, empiezo a lamer. Sus piernas se tensan a mi alrededor, se deja caer hacia delante y coloca la boca justo en mi pene.

Mientras la chupo, me acaricia la parte interior de los muslos y yo me abro para ella. Entonces, sigue ascendiendo y me pone la mano en los testículos.

—Mierda, Lia —murmuro, echando la cabeza hacia atrás un segundo.

—¿Te gusta? –pregunta.

—Joder, sí —contesto, así que ella continúa acariciándolos y, con la otra mano, me agarra el pene —. No tienes por qué hacerlo —digo deprisa, aunque ahora mismo necesito su boca también con desesperación.

—Pero yo quiero —contesta, y entonces se la mete en su boca húmeda y cálida.

Es el puñetero paraíso.

—Joder, qué bueno —digo, sin dejar de acariciarle el clítoris con la lengua.

Se pone cómoda y, mientras juego con ella, ella lo hace a su vez conmigo, y es sexy de cojones. Nunca antes había hecho esto con nadie, pero puedo decir, sin duda alguna, que me alegro de que sea con Lia, porque ella es perfecta. Todo esto es perfecto.

Se la mete y se la saca de la boca sin dejar de jugar con mis testículos, y de inmediato siento que la espalda me empieza a hormiguear y que se avecina mi orgasmo.

Va a ser rápido. Muy rápido, así que me centro en hacer que se corra. Endurezco la lengua y doy pasadas cortas y rápidas contra el clítoris, haciendo que gima contra mi polla.

—Joder —maldigo—. Hazlo otra vez y me correré en tu boca.

Ella murmulla contra mi pene, y los dedos de los pies se me encogen, al tiempo que noto que las pelotas se me tensan. Mierda, tengo que hacer que se corra.

Muevo la lengua más rápido, pero es imposible competir contra lo que me está haciendo, y mi mente se centra solo en una cosa, que es el orgasmo inminente.

Con un último apretón en las pelotas y un tirón con los dientes, todo mi cuerpo se pone rígido.

—Joder, me corro —afirmo, y bombeo contra su boca. Ella traga saliva contra mi glande—. ¡Aaah, joder! —grito, sintiendo que el placer se apodera de mí.

Me da un lengüetazo contra la polla y mis caderas se quedan inmóviles, y entonces me doy cuenta de que no se ha corrido todavía. Así que la agarro y la pongo de espaldas. Me mira con una sonrisa pícara. Está tan satisfecha consigo misma que ni siquiera me puedo enfadar por que haya asumido las riendas.

—Te has buscado un buen problema —proclamo abriéndole las piernas.

—¿Por qué? —pregunta con una sonrisa de oreja a oreja.

—Porque… —estiro la mano y le pellizco el pezón, sacándole una mueca— se suponía que esto iba a ser para ti. No tenías por qué meterte mi pene en esa boquita preciosa tuya.

—Pero es que yo sí quería. —Su mirada satisfecha se cruza con la mía—. Quería tu pene, Breaker.

Y, joder…, puede que se me haya puesto dura otra vez.

—Toma —le digo a Lia, tendiéndole una de mis camisetas—. Ponte esto esta noche.

Coge la camiseta, con el cubo de Rubik impreso.

—¿Sabes? Podría volver a mi casa y coger ropa.

La ayudo a ponerse la camiseta sobre su cuerpo desnudo.

—Podrías, pero para eso tendrías que pasearte por ahí desnuda en un lugar público, y no pienso dar el visto bueno. Además, tendrías que marcharte también, y para esto tampoco doy mi visto bueno.

Ella suelta una risita y me coloca la mano en el pecho.

—Nadie me había dicho que fueses tú quien manda.

—Bueno, pues lo soy. —Le doy un beso en la coronilla, desesperado por reclamar su boca—. Y eso quiere decir que lo siento, pero esta noche duermes aquí.

—¿Y eso por qué? —Su mano desciende hasta mi cintura, y aunque acabo de hacer que se corriera hace tan solo unos minutos, siento una necesidad apremiante de volver a hacerlo.

—Porque te he dejado dormir en tu casa las dos últimas noches, y ya es hora de que pases la noche aquí para poder despertarme al día siguiente a tu lado.

—Pensaba que era una acaparadora de almohadas —bromea, volviendo a acariciarme el pecho.

—Lo eres, pero puedo pasarlo por alto.

—Guau, eres todo un héroe. —Se ríe, y luego me abraza. Yo le acaricio la cabeza.

—¿Va todo bien? —pregunto.

Ella asiente contra mi pecho, pero no se separa.

—¿Seguro? Te acabas de quedar muy callada.

—Seguro. Solo estaba pensando.

—Dime en qué —le pido, acariciándole la espalda arriba y abajo.

—En que es una locura. —Me mira a los ojos—. Nunca habría imaginado estar así contigo ni hacer la postura de antes. Supongo que sigo intentando asumirlo todo.

—Pues me pareces bastante receptiva.

—Lo estoy. —Se separa lo suficiente como para poder mirarnos bien—. Me gustas, Breaker, un montón. Y me parece que siento una atracción irresistible hacia ti que no sabía que sentía. Y cuando me tocas y me das órdenes me haces sentir segura, protegida, como si estuviera… en casa. Y no quiero estropearlo, ¿entiendes?

—Lo sé. —Le pongo el dedo debajo de la barbilla—. Te prometo que haré todo lo que esté en mi maldita mano para asegurarme de que esto funcione. ¿Vale?

Ella asiente.

—¿Confías en mí?

—Eres la persona en quien más confío —contesta.

—Bien. —La vuelvo a abrazar—. Entonces tengo que preguntarte una cosa.

—¿Qué?

La acompaño hasta el borde de la cama y nos sentamos.

—Me estás poniendo nerviosa —afirma, y yo cojo sus manos entre las mías.

—No estés nerviosa. Solo tengo que hacerte una pregunta. —Sonrío—. ¿Quieres tener una cita mañana conmigo?

—Para… Esa no es la pregunta.

—Sí que lo es —respondo—. Lo digo en serio, Lia. Quiero salir contigo, y ahora que sé que estás receptiva, quiero que sea oficial.

—¿En serio?

Yo asiento, y ella aparta la mirada.

—¿Qué ocurre? —Algo se le está pasando por la cabeza, lo sé—. ¿Es que tú no quieres? ¿Me he equivocado al pensarlo?

Ella niega con la cabeza.

—No, no es eso. No te has equivocado. Es solo que… todo es muy repentino. Acabo de romper con Brian; ¿no crees que…?, no sé, ¿que me haría quedar muy mal?

—¿Ante quién? —pregunto.

—No sé… Ante la gente.

Yo asiento despacio.

—¿Y quién es esa gente de la que hablas?

—Para. —Se ríe—. Ya sabes lo que quiero decir.

—Lo sé, pero me pregunto desde cuándo te preocupa lo que puedan pensar los demás. Porque desde que te conozco nunca te ha importado.

—Tienes razón. Nunca me ha importado. Supongo que aún tengo ese miedo.

—Bueno, si no estás lista, esperaré. Puedo esperar todo cuanto quieras que espere —aseguro—. No me voy a ir a ninguna parte, Lia. Si quieres que vaya más despacio, iré más despacio. Si quieres que te dé un poco de espacio para que pienses las cosas, lo haré, porque quiero que estés en esto tanto como lo estoy yo.

Ella se muerde el labio inferior.

—Yo también lo quiero, Breaker. —Suelta un gemido y luego se deja caer sobre la cama, tapándose los ojos con las manos—. Dios, soy un incordio.

Me río y me tumbo a su lado, colocándole la mano sobre el estómago.

—¿Por qué dices eso?

—¿No es evidente? ¿Que debería limitarme a estar contigo y no tener ninguna reserva que me retenga? Tú eres mi elección más clara, pero yo sigo teniendo mucho miedo a dar el paso de salir contigo, porque eso significaría que… que nuestra amistad se ha acabado.

—Eeeh… ¿perdona? ¿Qué quieres decir con que nuestra amistad se ha acabado? —pregunto.

—Porque si tú y yo salimos, Breaker, entonces esto podría acabar de dos maneras muy distintas: o estamos juntos para siempre, cosa que, solo de imaginármelo, me parece una locura, o rompemos, y

dudo que podamos seguir siendo amigos si rompemos.

Me rasco la mejilla.

—¿Por qué te parece una locura que estemos juntos para siempre?

—Bueno, ¿acaso quieres casarte algún día? Desde que te conozco, no has tenido ninguna novia seria, así que ¿tienes pensado hacerlo? ¿No te preocupa nada liarte conmigo?

—En lo más mínimo —contesto—. Y creo que es porque, en el fondo, siempre me he imaginado contigo. Siempre has sido mía.

—Eso es tierno de la leche.

Suelto una risita y le acuno la cara.

—Has dicho que confiabas en mí, ¿no?

—Sí.

—Entonces deja que marque yo el paso, ¿vale? ¿Puedes hacerlo? Te prometo que no te presionaré demasiado.

Ella traga saliva y asiente.

—Sí, vale, puedo hacerlo.

—Buena chica. —Sonrío con satisfacción—. Y ahora, si quieres volver a tu casa a dormir, no hay ningún problema. Pero primero ponte unos pantalones míos. Si te quieres quedar aquí, también me parece bien. Pero tú eliges.

—Quiero quedarme aquí —dice mirándome a los ojos.

—Entonces vamos a prepararnos para dormir, porque estoy agotado. —Me levanto de la cama y me la llevo conmigo.

Después de turnarnos para entrar en el baño y de lavarnos los dientes, la acompaño hasta su lado de la cama, aparto las sábanas y la ayudo a acostarse.

Cuando termino y pongo a cargar el móvil, me meto a su lado, notando el contraste frío de las sábanas con su cuerpo cálido. Le rodeo la cintura con el brazo y la estrecho contra mi pecho.

—¿Estás bien?

—Mucho —responde—. Esta es mi postura favorita para dormir. De todas todas.

Le doy un beso en el cuello.

—La mía también.

—¿Breaker? —pregunta tras una breve pausa.

—¿Mmm?

—¿Mañana… sigue estando en pie lo de la cita?

Sonrío contra su pelo sedoso.

—Sí.

—Vale. Creo que quiero tenerla.

—¿Crees o quieres de verdad?

—Quiero, pero ¿podríamos pasar de esas citas incómodas donde te pones traje y yo me tengo que arreglar? Nosotros no somos así.

—Créeme, lo sé. Tengo pensado algo totalmente distinto. Llevo planeándolo bastante tiempo.

—¿De verdad? ¿Y de qué se trata?

—Es una sorpresa. —Le meto la mano por debajo de la camiseta—. Ahora duérmete.

—¿Me vas a dejar así, sin más?

—Sí. —Le doy un beso en la coronilla—. Pero mañana deja tu día libre, porque eres mía.

—¿Todo el día? —pregunta.

—Sí. Todo el día. Puede que no te obligue a arreglarte, pero te voy a dejar una impresión duradera. Puedes considerarla tu última primera cita.

—Madre mía, qué seguro estás de ti mismo.

—No se trata de estar seguro, Ophelia —susurro—. Es un hecho.

20

LIA

—¿De verdad hace falta la venda? —pregunto cuando se detiene en lo que me parece que es un semáforo.

—Por décima vez: sí.

—¿Y que me vistieras tú mismo también era necesario? ¿O lo has hecho solo para poder jugar con mis tetas?

—Lia —contesta en tono serio—. Lia, no necesito vendarte los ojos y decir que tengo que vestirte para meterte mano. Puedo hacer eso cuando me dé la gana.

—Ah. ¿Y desde cuándo te pertenece mi cuerpo?

—Desde que te corriste en mi lengua —responde, poniéndome la mano en el muslo.

—Bueno, vale, esa sí es una buena respuesta.

Suelta una risita.

—Ya casi hemos llegado, solo falta un poco más. Y tengo que decir que has hecho un trabajo excelente al comerte el donut esta mañana. No te has echado ni una migaja encima.

—No es la primera vez que como donuts. Y ha sido una experiencia distinta, al comerlo con los ojos tapados.

—Ah, ¿ves? Empezamos el día con un punto positivo. —Para el coche y baja la ventanilla—. Buenos días —le escucho saludar—. Le estoy dando una sorpresa, no es un secuestro. —Me echo a reír.

—Que lo disfrute, señor Cane —responde la persona con la que estaba hablando.

Y entonces Breaker vuelve a arrancar.

—¿«Señor Cane»? ¿Estás sacando a pasear tu tarjeta de multimillonario?

—Puede —responde, y se nota que sonríe. Me da un apretón en la mano y empieza a maniobrar con el coche para aparcar.

—¿Hemos llegado?

—Sí. —Se desabrocha el cinturón—. Quédate aquí.

Le escucho salir del coche y, tras unos segundos, me abre la puerta.

—¿Voy a tener que caminar con los ojos vendados?

—No —responde, deshaciéndome el nudo. Tardo un momento en adaptarme, pero, cuando lo hago, me encuentro en un aparcamiento subterráneo.

—¿Dónde estamos? —pregunto, y entonces veo su camiseta.

Es negra, y se ajusta a cada milímetro de su musculoso pecho, pero lo que realmente me llama la atención es la imagen de Jack Skellington, además de la frase *«Su Jack»*. Me miro mi camiseta, y veo que es de Sally, con las letras *«Su Sally»*.

—Mmm… ¿Estamos en Disneyland?

Él me levanta la barbilla, y me encuentro con su preciosa sonrisa.

—Sí.

Los ojos se me llenan de lágrimas, y me apoyo contra el asiento del pasajero.

—No me puedo creer que te hayas acordado —digo.

Me coge la mano.

—El tercer año de la universidad, justo después de que tuvieras esa cita con el que comía calamares. Puede que fuera una de las peores citas de tu vida. Fuiste a mi dormitorio y despotricaste

sobre que los chicos son unos idiotas y que no saben cómo preparar una primera cita de verdad. Te pregunté cuál sería tu primera cita perfecta, y contestaste que Disneyland. Además, querías poner a prueba al chico para comprobar si era capaz de llevar camisetas a juego. De ser así, entonces sería un punto más a su favor. —Se señala la camiseta—. Creo que hasta ahora voy muy bien. —*Ay, Dios mío. Que va muy bien, dice*… Estoy completamente impresionada. Y también estoy muy sensible, porque ¿cómo es posible que recuerde todos los detalles de aquella conversación? *¿Cómo?*

Una lágrima me resbala por la mejilla, y él se inclina y me la enjuga.

—¿Por qué lloras?

—Porque… —contesto— esto es…. Es muy considerado por tu parte. —Me giro hacia él—. Eres la única persona que ha hecho algo tan considerado por mí.

—Eso es porque eres muy especial para mí. —Me acaricia la mejilla con el pulgar—. Movería cielo y tierra por ti, Lia. —Vuelve a enjugarme las lágrimas y luego tira de mi mano—. Vamos, basta de llorar. Es hora de divertirse.

Dejo que me ayude a salir del coche y después, mientras caminamos y me sostiene la mano, me apoyo en su sólida presencia, en el hombre que siempre me ha tratado como si fuera su prioridad. El que lo recuerda todo de mí: desde el tipo de café que me encanta hasta mi idea de una primera cita perfecta.

Nunca me lo había imaginado así, como un hombre complaciente, pero le queda a la perfección. *Me queda a mí a la perfección.*

He pensado largo y tendido en por qué quiere tener una relación conmigo. En lo que me dijo anoche, en por qué no ha tenido nunca una novia seria.

«Creo que es porque, en el fondo, siempre me he imaginado contigo. Siempre has sido mía».

Esas palabras, su declaración, me dejaron pasmada. Desde el momento en que se le encendió la bombilla a Breaker, me ha estado tratando como si fuera algo preciado. Y eso no me ha ocurrido nunca. De hecho, está a años luz de la manera en que me trataba Brian. Breaker se está portando conmigo igual que Huxley y J. P. lo hacen con Lottie y Kelsey, respectivamente. Y *eso* es lo me ha aportado más confianza para dar el siguiente paso con él. Porque le creo. Creo *en* él. Él no miente. *«Siempre has sido mía».* Y si siempre he sido suya, me está empezando a quedar cada vez más claro que él también ha sido mío siempre.

«Puedes considerarla tu última primera cita».

Cuando me dijo eso anoche, quise creerlo. Y mientras me aferro a él, pasando hilera tras hilera de coches, lo creo.

Puedo verlo.

Puedo sentirlo.

—Breaker —murmuro, agarrándole la mano con fuerza—. ¿Has comprado el paquete vip?

—Más bien el paquete Breaker Cane —me susurra al oído.

El aparcamiento donde dejamos el coche era uno privado que te permite saltarte todas las colas. Hemos ido directamente a la sección vip, donde nos han dado la bienvenida con unas orejas de Mickey decoradas con *Pesadilla antes de Navidad,* por supuesto, y lo más tierno de todo es que Breaker lleva puestas las suyas sin vergüenza alguna.

Me recuerda al chico que conocí en la universidad. No podría importarle menos lo que la gente piense de él: hace lo que le gusta y no se lo piensa dos veces.

—Señor Cane, bienvenido a Disneyland. Soy Jorge, su guía de hoy.

Breaker le tiende la mano.

—Jorge, un placer conocerte. Por favor, llámame Breaker.

—Un placer —contesta Jorge, estrechándole la mano—. Esta debe de ser la señorita Fairweather-Fern.

—Por favor, llámame Lia —digo, y se la estrecho yo también.

—Señorita Lia, encantado. —Se coloca el iPad a un lado antes de continuar—. Entiendo que solo seréis vosotros dos hoy. He recibido la agenda de eventos planificada, y también he hecho vuestras reservas. Parece que hoy nos lo pasaremos genial.

—En efecto —afirma Breaker.

—Genial, y, por favor, si queréis parar para comer algo o queréis que os compre algo de comer mientras estáis en una atracción, estaré encantado de ayudaros. Estoy aquí para hacer que vuestra experiencia sea inolvidable.

—Gracias, Jorge —dice Breaker.

—Bueno, pues si estamos listos, creo que lo primero en la agenda de hoy es subir al Matterhorn.

Miro a Breaker, que sonríe porque sabe —claro que lo sabe— que Matterhorn es mi atracción favorita. Me encanta lo vieja y cutre que es. Que me lancen de aquí para allá me hace reír más que el viaje en sí.

—Es mejor empezar fuerte, ¿no? —me dice.

—Hoy me estás malcriando, ¿eh? —pregunto, mientras Jorge empieza a guiarnos por el parque.

—Sí, pero no lo hago para impresionarte. Creo que, a estas alturas, no hace falta que lo haga. —Se lleva nuestras manos entrelazadas a los labios—. Te estoy malcriando solo porque me apetece, porque puedo y porque te mereces todo lo mejor, Lia. —Me da un suave beso en los nudillos.

No sé cómo ha sucedido esto, cómo he tenido tanta suerte de encontrar a este hombre, pero de alguna manera el universo ha hecho que ocurra. A lo mejor ha sido con la ayuda de mis padres, que siempre adoraron a Breaker y que esperaban que acabáramos juntos. A lo mejor han tenido algo que ver en lo nuestro.

—Tú también te mereces mucho —admito, pero Breaker menea la cabeza.

—Ya tengo todo lo que necesito, Lia —contesta, mirándome a los ojos.

—¿Estás lista para esto? —me susurra Breaker al oído cuando la barra del barco de Peter Pan cae sobre nuestras piernas.

—Sí —afirmo, y entonces entramos en la oscuridad de la atracción.

—Vale, ahora bájate los pantalones.

—¿Qué? —pregunto con una carcajada, y me giro hacia él.

—Es un trayecto de dos minutos, Lia. Si no puedo hacer que te corras en dos minutos, entonces es que no sé lo que hago como hombre.

—Para. —Le doy un empujón en el pecho—. No vas a hacer que me corra en Peter Pan. Aquí montan niños —añado entre susurros.

—Pero es que es el reto de Peter Pan.

—¿Y eso quién lo dice? —pregunto.

—Lo dicen los entusiastas del sexo a escondidas.

—Sí, bueno, pues puedes hablar con ellos y decirles que son unos frikis. ¡Disney es sagrado!

—Entonces… ¿eso es un no?

Me río por lo bajo y niego con la cabeza.

—Es un no rotundo. Madre mía, Breaker.

Se ríe y me rodea con el brazo.

—¿Sabes? Solo estaba de broma.

—No sé por qué, pero me parece que no me lo creo.

El barco pasa por Londres y luego por el país de Nunca Jamás, y esta encantadora atracción para niños es también una de mis favoritas. Hasta ahora hemos recorrido toda Fantasyland, este es el último tramo y después iremos directos a Star Wars: Galaxy Edge. No hemos tenido que hacer ninguna cola, y cuando nos bajamos del Enchanted Wish de Blancanieves, Jorge nos había

preparado agua y unos *pretzels* rellenos con queso crema. Encontramos un sitio para sentarnos y yo devoro el mío. Evidentemente, compartimos los *pretzels* con Jorge, que aceptó más que encantado. Paramos a hacernos unas fotos delante del castillo y también delante de Matterhorn, e incluso entramos en una tienda de regalos, donde Breaker nos ha comprado unas camisetas de Disneyland a juego con el año estampado. El típico regalo. Por suerte, Jorge nos ha estado llevando la bolsa.

Ha sido completamente mágico.

—Gracias —le digo—. Ha sido un día perfecto. La primera cita perfecta.

—Aún no se ha acabado —contesta—. Todavía tenemos que ir a California Adventure.

—¿Vamos a ir a California Adventure?

—Eeeh…, sí, va a ser un día completo.

—¿Y terminará con fuegos artificiales?

—¿Tú qué crees? —pregunta con una sonrisa satisfecha.

—Guau, Breaker. ¿Sabes…? Si tantas ganas tenías de una mamada, podías habérmelo pedido sin más. No hacía falta que pasaras por todo esto.

Él se echa a reír.

—Ah, ya lo sé, Lia —responde con los labios contra mi oído—. Créeme, sé cuántas ganas tienes de mi polla.

Las mejillas me arden, y me alegro de que estemos en una sala a oscuras, porque, si no, la gente podría adivinar mi expresión y el deseo que siento por este hombre y que llevo escrito en la cara.

—Creo sinceramente que me he empalmado después de montar en Rise of the Resistance —anuncia Breaker cuando estamos sentados en un reservado de Docking Bay 7—. O sea, se me ha puesto la piel de gallina y todo.

—Lo mismo digo —confieso—. Aunque no puedo decir lo mismo de la erección. De la piel de gallina sí. Tiene que haber sido una de las experiencias más inmersivas en las que he participado. Y cómo te gritan los actores. He sentido de verdad que era una prisionera.

—Sí, tenemos que repetirlo. —Breaker se reclina en el asiento circular que tenemos para nosotros solos—. Me han entrado ganas de sacar mi disfraz de Chewbacca y empezar a corretear por todo el apartamento.

—¿Todavía lo tienes? —pregunto.

—Sí, y tu traje de Leia también, y que… creo que tenemos que actualizar, porque, ya sabes, ahora puedo verte desnuda. Creo que me merezco verte en biquini dorado.

—Ay, Dios mío, ¿en serio? ¿De verdad vas a ser tan típico?

—Sí, ¿tienes algún problema? —inquiere.

Sonrío con satisfacción y me apoyo en él.

—No, la verdad es que creo que sería muy erótico.

—No bromees conmigo, Lia. Sabes que ahora mismo iré a comprarte ese biquini.

Estoy a punto de decirle que lo haga cuando Jorge nos trae nuestra comida. Breaker ha pedido la costilla ahumada y yo los fideos con gambas. Además, nos ha comprado unos Sprite.

—Voy a tomarme un descanso un momento mientras coméis —nos informa—. Si necesitáis algo, tenéis mi número.

—Gracias, Jorge —le dice Breaker antes de que se marche.

—Qué buena pinta —opino cuando me da un tenedor.

—Sí que la tiene. —Me rodea la cintura con el brazo y me estrecha contra su cuerpo, colocándome la mano sobre la cadera para que no me mueva.

—¿Siempre has sido tan posesivo con las mujeres con las que has salido? —le pregunto mientras comemos.

—No —contesta antes de dar el primer bocado—. Tú eres la única.

—¿Y puedo preguntar por qué?

—¿Por qué? ¿Es que no te gusta?

Yo niego con la cabeza.

—No, me encanta, pero es que es muy distinto. Nunca he conocido a nadie que me abrazara como lo haces tú. Ni que quisiera tocarme como lo haces tú. Y supongo que no sabía cuánto me gustaba hasta que llegaste tú.

—Sí, y yo no sabía cuánto lo necesitaba hasta que te toqué. —Me sonríe con picardía y se mete un gran trozo de costilla en la boca, poniendo un gesto bobalicón y ridículamente encantador. Yo niego con la cabeza, y él me da un codazo—. ¿Qué?

—Eres… Dios, es irritante lo bueno que estás. Con solo una sonrisa consigues que me dé un vuelco el corazón.

—Creo que eso es bueno.

—Claro que lo crees, porque piensas que me tienes comiendo de tu mano.

—¿Y no es verdad?

Pincho una gamba.

—Por desgracia —respondo.

Él se ríe.

—Espero que no te moleste ni nada.

—Es solo que eres encantador, cariñoso, considerado y… Uf, me resulta difícil encontrarte algún fallo.

—¿Estás buscando fallos? —pregunta, antes de beber de su Sprite.

—¿No buscamos siempre los fallos? —añado, revolviendo los fideos con el tenedor—. Sin fallos no seríamos humanos.

—Cierto —contesta—. Entonces, si estás buscando fallos, tengo algo a lo que puedes hincarle el diente.

—¿Ah, sí? ¿Pero es de verdad?

—Muy de verdad. Pienso en ello todo el tiempo, y en qué me equivoqué —confiesa.

—Vale, cuéntamelo. —Me llevo unos cuantos fideos a la boca y escucho con atención.

—Uno de mis mayores errores fue no haberte pedido una cita cuando nos conocimos.

Pongo los ojos en blanco.

—Venga ya, Breaker.

—Lo digo en serio —insiste, y por el tono de su voz y la expresión de sus ojos estoy segura de que así es—. Desde que te probé, no dejo de pensar en lo idiota que he sido por no haberte pedido salir antes, por no haber tratado de seducirte hace tiempo. No me puedo creer que haya esperado tanto para cogerte la mano, para tenerte en mi cama. Me hace parecer un completo y maldito imbécil. Y no tuve novia durante tantos años por ti. Porque sentía algo muy profundo por ti que no quería reconocer. Así que, sí, ese es mi error, ser un completo idiota en lo que a mis sentimientos por ti respecta.

—Guau, vale —es lo único que se me ocurre decir, porque no sé cómo responder a eso—. No sé si habríamos tenido la misma relación que ahora. Probablemente, no habría sido tan sincera contigo sobre algunas cosas si hubiera buscado algo romántico. Cuando solo eres amigo, es como si pudieras derribar todos los muros y ser tú mismo, pero cuando quieres tener una relación con alguien, es como si crearas una fachada para demostrarle a esa persona que eres lo suficientemente buena como para estar con ella. Últimamente me ha pasado un poco contigo.

—¿Por qué? —pregunta, girándose hacia mí y dejando la comida.

—No es nada importante, solo cosas sutiles, pero ha habido algunos momentos de inseguridad, y creo que son gajes del oficio cuando alguien tiene más experiencia en el terreno sexual. Me refiero a que esta semana pasada, Breaker… —las mejillas se me ponen coloradas—, nunca había hecho ni la mitad de cosas que hemos hecho. Ni siquiera sabía que yo era así en la cama.

—¿Todavía sientes lo mismo? —pregunta.

—A veces. Es que eres… No sé, es una tontería. —Me ajusto las gafas y vuelvo a centrarme en mi comida.

—¿Soy qué? —insiste, tirándome de la mano.

Sé que no lo va a dejar pasar.

—No eres el mismo empollón de la universidad. Es verdad que por aquel entonces, si hubiera sido capaz de ver más allá de tu bigote y el pelo desgreñado, probablemente me habría sentido intimidada, pero no fue así porque eras un bobalicón, y me encantaba que lo fueras. Ahora que eres todo un adulto y…, ya sabes…, estás todo musculoso, tu transformación tiene un factor intimidante. No siento que esté a tu nivel.

—Joder, no puedes estar hablando en serio, Lia.

—Lo sé, he dicho que era una tontería, pero es que es difícil no sentirse así cuando el chico que…, bueno, lo que sea que seamos, y él es tan guapo, rico y con tanta experiencia que haría que cualquier chica se sonrojara. No me siento merecedora de ti.

Me obliga a mirarlo poniéndome el dedo debajo de la barbilla.

—No puedo controlar tus sentimientos, pero te ayudaré a lidiar con ellos, y quiero que sepas una cosa ahora mismo: soy yo quien se siente afortunado, ¿vale? Soy yo quien tiene ganas de hincarte las garras para que no te escapes. Esa inseguridad también me pesa mucho por dentro. Me da miedo que un día te despiertes y creas que has cometido un error, que eches de menos a Brian, que creas que no deberías haber cancelado la boda. O que sea el polvo por despecho, que no debería haber intentado liarme contigo tan pronto.

—Breaker, sabes que no es así.

—Quiero creerlo, pero en el fondo sé que no lo enfoqué de la manera adecuada. No te he cortejado de la manera en que debería haberlo hecho. Debería haber ido más relajado con el sexo.

—¿Y por qué te lanzaste de cabeza? —pregunto.

—Porque quería demostrarte que hay química entre los dos. No quería ni que te imaginaras que no. Y, para ser sincero, te deseaba. Te deseo. Muchísimo, Lia. En cuanto te pusiste ese vestido de novia, todo cambió.

Sonrío con ternura. Si pienso en su reacción cuando me vio con el vestido, se me saltan las lágrimas. Ese día estaba muy sensible, y el apoyo incondicional de Breaker fue lo único que me mantuvo en pie. Nunca le había visto esa expresión de… adoración. O de impacto. *«Estás… Joder, estás impresionante, Ophelia».*

—Creo que ese fue el momento en que todo cambió para mí también.

—Te odio —declara Breaker.

Está apoyado contra una barandilla, respirando hondo, mientras yo me río a su lado y Jorge nos observa tratando de no reírse.

—¿Por qué me odias? —pregunto.

Me lanza una mirada furiosa.

—Sabes que odio esa maldita atracción. Es la muerte inminente.

—Es una atracción infantil —defiendo al Skycoaster de Goofy.

—No es una puñetera atracción infantil, es… es una pesadilla.

Inspira con fuerza y Jorge se acerca a él.

—¿Quieres que te traiga agua, Breaker?

—Ah, no hace falta —respondo yo, pero Breaker no piensa lo mismo.

—El agua me vendría de perlas. Muchas gracias, Jorge.

—Ningún problema. Ahora mismo vuelvo.

Cuando Jorge se marcha, Breaker se pone recto y me agarra de la muñeca para estrecharme contra

su pecho.

—Pagarás por esto después —apunta, sujetándome con firmeza.

—¿Por qué? Yo no te he obligado a subir. Lo has decidido tú mismo.

—Te has burlado de mí y luego me has rogado. Sabes que no puedo negarte nada. —Señala con la cabeza hacia la atracción que tengo a mi espalda, con una pronunciada curva en C que te hace creer que te vas a caer de bruces—. Sabías que la odiaba.

—Habría podido montar yo sola.

—Tonterías. —Se ríe, y su pecho retumba contra el mío—. Madre mía, qué mentirosa estás hecha. Enfréntate a los hechos, Lia; vas a pagar por ello.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Azotarme? —inquiero.

Su mirada se oscurece, y su mano se desliza hasta la parte baja de mi espalda.

—Sí, puede que te de unos malditos azotes. Te los daré tan fuertes que se te mojará todo el sexo, y rogarás por mi pene, y luego… te dejaré completamente insatisfecha.

Trago saliva con dificultad.

—No serás capaz.

—Y después, cuando estés ahí tendida e impaciente, con el sexo dolorido de necesidad, me correré encima de tu preciosa espalda curvada solo para recordarte a quién perteneces.

Joder, madre mía.

—Aquí tienes, Breaker —dice Jorge al acercarse.

Y como si alguien hubiera pulsado un interruptor en él, Breaker pasa de macho alfa dominante a alegre turista.

—Muchas gracias, Jorge. —Niega con la cabeza—. La montaña de Goofy me deja siempre hecho polvo.

—A mí también. A mi sobrina le encanta, y siempre que la traigo no se la quiere perder. Creo que está poniendo a prueba mi cariño cada vez que me pide que montemos.

—Yo creo que Lia también está haciendo lo mismo: poner a prueba mi amor.

Me guiña un ojo, y el corazón me da un vuelco. Ese guiño, y el hecho de que haya utilizado la palabra «amor», hacen que me den ganas de echarle los brazos al cuello y besarlo.

Y… ¿por qué no me ha besado todavía? Durante un momento, mientras comíamos, pensé que iba a ocurrir. O antes, cuando estábamos en la noria, disfrutando de las vistas sentada sobre su regazo, creí que pasaría entonces, pero no fue así.

Si no hubiéramos intimado ya, pensaría que nunca va a suceder.

También habría sido perfecto que sucediera anoche, después de acabar de… lamernos, cuando descansé entre sus brazos.

Habría sido ideal. Así que no entiendo por qué espera tanto.

—¿Estás lista para la próxima atracción? —pregunta Breaker—. Creo que vamos a La Sirenita, ¿verdad?

Le sonrío.

—Sí, eso me parece.

Y continuamos juntos, cogidos de la mano.

—Por aquí —indica Jorge, levantando una cuerda de terciopelo rojo que mantiene un banco apartado del público.

Tras varias atracciones, volvimos a The Office, un restaurante secreto en California Adventure con unas vistas preciosas al muelle. Nos hemos comido la mejor langosta que he probado en mi vida. Y la sala era preciosa. Hemos tenido que pasar por una cámara secreta para llegar a él, y estaba cubierto de dibujos de animadores de cine.

Evidentemente, Breaker se sentó a mi lado en el reservado para poder ponerme siempre la mano

encima y darme de comer de vez en cuando. He disfrutado de cada momento.

Después hemos vuelto a Disneyland para subir en Indiana Jones otra vez y luego hemos tomado los postres en Candy Palace. Yo me he pedido Rice Krispie y Breaker, palomitas dulces. Hemos dado una vuelta en tren por el parque mientras nos tomábamos el postre, y Breaker hasta le ha comprado una galleta a Jorge. Y tras montar una vez más en Space Mountain, donde no me ha soltado la mano y no hemos parado de reír, Jorge nos ha traído a nuestro banco acordonado con vistas al castillo.

—Los fuegos artificiales empezarán en breve. ¿Os traigo algo más? —pregunta Jorge.

—No, gracias, creo que ya podemos encargarnos nosotros desde aquí.

Jorge asiente.

—¿Tenéis la tarjeta para volver al aparcamiento?

—Sí —afirma Breaker. Luego se mete la mano en el bolsillo y le da algo a Jorge—. Muchas gracias por todo. Has sido genial.

—De nada. Gracias a ti, Breaker. Lia, ha sido un placer conocerte. Antes de marcharme, si queréis, puedo haceros otra foto.

—No, creo que ya vamos bien. Pero gracias.

Se despide otra vez y se marcha, dejándonos solos.

—¿Qué le has dado? —pregunto.

—Mil dólares —responde Breaker, como si nada.

—¿Mil dólares? Ay, Dios mío, Breaker.

Él se echa a reír.

—¿Qué? Ha hecho un buen trabajo.

—Seguramente le has alegrado el día.

—Sí, bueno, es lo mínimo que puedo hacer por haber conseguido que fuera tan especial para nosotros. —Coloca el brazo en el respaldo del banco y me estrecha contra su cuerpo—. ¿Te lo has pasado bien?

—Me lo he pasado en grande —contesto, apoyándome en él—. Ha sido un día con el que siempre sueñas y que nunca se hace realidad.

—Bueno, pues se ha hecho. Todo esto es real —afirma.

—Cuesta creerlo.

La gente busca asientos delante del castillo, los cochecitos chocan unos contra otros en las aceras, los niños lloran cansados por los eventos del día y hay un montón de personas agotadas tratando de sentarse. Y por extraño que pueda parecer, me parece mágico.

Me giro hacia él y le coloco una mano en el muslo.

—Gracias por hoy.

—De nada, Lia. Sabes que haría cualquier cosa por ti, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—No tienes más que pedirlo, y será tuyo.

—Creo… —Subo la mano hasta su pecho—. Sé que quiero algo, pero me pone nerviosa pedírtelo.

Se gira hacia mí.

—¿De qué se trata?

Justo entonces empieza el espectáculo, la gente suelta vítores y la música suena a través de los altavoces que hay por todo el parque.

—Puede esperar —declaro.

—Eeeh… no, no puede —contesta—. Pídemelo.

Le coloco las manos en el cuello de la camisa y se lo retuerzo.

—Va a parecer una tontería, pero no sé. Supongo que quiero asegurarme de que esto es real.

—¿De qué se trata? —insiste Breaker.

Cuando lo miro, el primer cohete explota en el cielo, iluminando la noche oscura.

—Quiero asegurarme de que estamos…, ya sabes, saliendo de verdad. Que lo nuestro es exclusivo, que…, no sé, que soy tu novia o algo así.

La sonrisa que le cruza la cara es lo más encantador que he visto nunca.

—¿Me estás pidiendo que sea tu novio, Lia?

—A ver, solo si quieres etiquetarlo. Es que no quiero que sea algo pasajero, ¿sabes? O sea…, solo sexo y diversión. No quiero eso.

Se pone serio, y me coloca la mano en la nuca.

—Nunca serías algo pasajero para mí, Lia. Jamás. Lo que tenemos es serio, y nunca lo entendería de otra manera.

—Vale —contesto, apartando la mirada y reuniendo el valor para lo que voy a decir a continuación. Vuelvo a mirarlo a los ojos—. Pues entonces bésame.

Su mano me aprieta la nuca para acercarme a él. Nunca he visto una expresión tan decidida y cariñosa en su cara. Me siento… *amada*.

Se me corta la respiración. Me humedezco los labios antes de que acorte la distancia, y su boca se posa sobre la mía.

Casi siento que me voy a desmayar cuando sus labios rozan los míos.

Suaves.

Exigentes.

Pura perfección.

Es el momento más intenso, satisfactorio y emocionante de mi vida, besar a Breaker, a mi mejor amigo, y sentir la electricidad que nos traspasa al unir nuestras bocas. Con los fuegos artificiales explotando sobre nuestras cabezas, sus labios se amoldan en torno a los míos y su otra mano me inclina la cara ligeramente, para controlar la situación.

Y yo le dejo hacerlo, porque soy incapaz de hacer nada más en estos momentos que dejarme caer entre sus brazos mientras sus labios se apoderan de los míos.

Urgentes.

Exigentes.

Tensos.

Cuando separa la boca, yo separo la mía. Cuando se gira a la derecha, yo lo hago a la izquierda. Cuando me estrecha con más fuerza, yo también lo hago.

Y cuando su lengua toca la mía, suelto un gemido y deslizo la mía contra la suya.

Es delicioso.

Nuestras lenguas se enredan, mi mano le tira de la camisa para acercarlo más a mí, necesito más, y cuando se la meto por debajo, se aparta, lo que me deja perpleja.

Parpadeo varias veces y sobre nosotros explotan unos fuegos artificiales enormes.

Trata de recuperar el aliento y se me queda mirando un instante antes de hablar.

—Yo… eeeh… no quiero que los niños vean un espectáculo distinto.

Y entonces regreso a la realidad.

Todavía estamos en Disneyland.

Rodeados de niños.

—Ay, joder. —Me llevo la mano al pecho—. Lo siento. Es que… me he dejado llevar.

—No pasa nada, yo también. —Una sonrisa infantil se extiende por su cara—. Besas de puta madre.

Las mejillas se me ponen coloradas.

—Iba a decir lo mismo de ti.

Se tira del pelo.

—Otro de mis remordimientos. Deberíamos haber empezado a hacerlo hace mucho.

—Parece que tenemos tiempo para compensarlo.

—Sí —afirma, me agarra la barbilla y me da otro beso en los labios. Aunque ha sido ligero, casi

como una pluma, me causa un gran impacto, porque le ha salido del alma y demuestra el deseo que siente por mí.

Me provoca mariposas en el estómago. Es la confirmación de que lo estamos haciendo…, de que estamos convirtiéndonos en pareja. Y siento un escalofrío cuando escucho en mi interior la voz de mi madre diciéndome: *«Ya era hora, bizcochito. Ya era hora»*.

21

BREAKER

Me aferro a la encimera del lavabo, me miro al espejo y respiro hondo varias veces.

La quiero.

Estoy enamorado de ella.

Solo la quiero a ella.

Ese beso ha hecho que se me doblen las rodillas.

Nunca había sentido nada parecido. En cuando nuestros labios se tocaron, sentí que una descarga eléctrica me recorría el cuerpo y me convertía en un hombre distinto.

Siento la necesidad de tenerla siempre a mi lado.

De tocarla sin cesar.

De desnudarla y hacerle el amor.

Quiero que sepa que soy suyo, para siempre. Que no quiero a nadie más que a ella.

Pero también tengo que ir despacio.

No quiero asustarla.

Paso a paso, tío.

Me separo de la encimera, cojo el cepillo de dientes y le pongo pasta encima.

Después de los fuegos artificiales, volvimos al coche de la mano. De camino a casa, le coloqué la mano en el muslo y ella puso la suya encima de la mía. Hablamos sobre un nuevo juego de mesa que ha salido a la venta y que queremos probar y recordamos aquella vez que fuimos a Disney cuando estábamos en la universidad. Fue un desastre total, porque fuimos en temporada alta y solo pudimos montar en tres cosas. Brutal.

Al volver a casa, la acompañé a su apartamento y le di un leve beso de buenas noches, disfrutando del tacto de sus labios sobre los míos mientras sentía unas ganas enormes de invitarla a mi casa. Pero me despedí de ella y me fui a darme una ducha.

Con el pelo todavía mojado y una toalla envuelta en la cintura, me cepillo los dientes y escucho que se cierra la puerta de mi piso.

—¿Lia? —la llamo, con la boca llena de espuma.

—Sí, soy yo —contesta, cada vez más cerca.

Termino de cepillarme los dientes a toda prisa, me enjuago la boca y salgo a mi dormitorio. La encuentro en mitad de la habitación, vestida con una bata de seda y con el pelo húmedo también.

—¿Va todo bien? —pregunto.

Su mirada desciende hasta mi pecho y luego hasta mi toalla, antes de regresar a mis ojos. Niega con la cabeza mientras empieza a desabotonarse la bata, y luego la deja caer al suelo, mostrando un conjunto de lencería morado. Un top sedoso con ropa interior de encaje a juego.

—No quiero estar sola, Breaker. —Se acerca a mí y me acaricia ligeramente los abdominales, recorriéndolos hasta llegar a la toalla—. No quiero dormir sola, y no quiero que nuestra noche se acabe con un beso de buenas noches en mi puerta.

—¿No? —pregunto, empezando a notar que una ligera capa de sudor me cubre la piel.

Ella niega con la cabeza y me desata la toalla, que se cae al suelo.

—Esta noche me has besado, lo que significa que ahora lo quiero todo de ti. Ya no hay nada que nos lo impida. Lo quiero todo.

La polla se me pone dura entre los dos, y levanto la mano para acunarle la mejilla.

—Sabes que yo quiero lo mismo, ¿verdad? Solo quiero asegurarme de que estás lista.

Me coge la mano y me lleva hacia la cama.

—Estoy más que lista.

Cuando sus pantorrillas chocan contra la cama, no la empujo. Le quito el top y lo tiro al suelo.

Deslizo las manos por sus costados, le acuno la cara de nuevo y acerco mis labios a los suyos para besarla una y otra vez. Esta vez no me importa dónde estamos, y me pierdo en el momento. *En ella.*

Me agarra de las muñecas para sujetarse mientras nuestras bocas se abren y nuestras lenguas se encuentran. Es la sensación más dulce y deliciosa del mundo, tenerla así, aferrada a mí, y comprobar cuánto me desea, igual que yo a ella.

Sus besos son intensos, gratificantes y a veces etéreos. Es como si tuviera lo más preciado del mundo entre mis manos.

Y me lo parece porque lo es.

Para mí es un puñetero tesoro, y no haré nada que pueda estropearlo. Nunca. Sé cuánto me ha costado llegar hasta aquí con ella, y que me cuelguen si la cago.

La tumbo sobre la cama y agarro el tanga para bajárselo por las piernas y tirarlo a un lado. Nos desplazamos hasta el cabecero de la cama, y cuando abre las piernas, me coloco encima de ella, con el cuerpo encajado a la perfección entre sus piernas. Le acaricio el pelo húmedo y la miro a los ojos.

Nuestras miradas se cruzan, y por un momento siento las palabras en la punta de la lengua.

«Te quiero, Ophelia».

Quiero decirlas. Quiero gritarlas. Quiero que sepa exactamente lo feliz que me hace, que siento que mi mundo está pleno cuando estoy con ella, que nada puede hacerme daño cuando la tengo entre mis brazos.

Sin embargo, me trago mis sentimientos y acerco mis labios a los suyos una vez más para besarla. Sus manos se adentran en mi pelo, las mías bajan hasta su pecho para acunárselo.

Mis caricias no son bruscas, no hay nada de salvaje en ellas tampoco. Porque no siento la necesidad de abalanzarme sobre ella, quiero apreciar el momento.

Mi boca se aparta de sus labios, le recorre la mandíbula y desciende hasta su cuello. Ella se aferra a mí al llegar a su pecho. Le rodeo el pezón con la lengua varias veces antes de metérmelo entero en la boca.

—Sí… —exclama, jugando con mi pelo, y eso me encanta.

Cambio al otro pecho y jugueteo con su pezón antes de bajar hacia su estómago, lamiéndola, y colocarme entre sus piernas, que abre para mí. El hecho de que me dé acceso me provoca una descarga de deseo que me llega hasta el pecho, porque confía en mí.

Y quiero conservar esa confianza.

Le recorro la hendidura con la lengua, que arrastro hacia arriba, despacio.

—Dios, Breaker… —murmura—. Me encanta tu boca.

Vuelvo a lamerla.

Y otra vez, profundizando cada vez más hasta alcanzar su clítoris.

Quiero llevarla al límite, hasta que esté a punto de correrse, y luego apartarme, así que sigo lamiéndola y disfrutando de la forma en que sus piernas me aprietan los hombros, sus uñas se clavan en mi pelo, su pecho sube y baja y se retuerce sin cesar a cada caricia de mi lengua. Está muy receptiva, hundida en nuestro placer, y eso me encanta de ella. No tengo que adivinar lo que le gusta, porque ella me lo hace saber.

Las piernas le tiemblan sobre mis hombros y se tensan cada vez más.

—Sí… Ya casi estoy… —declara, y entonces me aparto—. ¿Qué? —pregunta, con una expresión de confusión tan adorable que me entran ganas de besarla ahora mismo.

—Quiero que te corras en mi pene.

Su expresión se suaviza y estira los brazos por encima de la cabeza.

—¿Lo quieres, Lia?

Ella asiente.

—Sí, pero date prisa.

Sonrío satisfecho, saco un condón de mi mesita de noche y abro el envoltorio. La miro y advierto la intensidad en su mirada mientras me deslizo el condón por mi miembro dolorido, hasta que está colocado del todo.

—¿Quieres que me ponga yo encima o prefieres estarlo tú? —pregunto.

—Yo… no lo sé —responde—. Creo que tú encima.

Me coloco entre sus piernas, pero en vez de entrar de inmediato, vuelvo a besarla de nuevo, separándole los labios con la lengua.

Ella se relaja debajo de mí, así que me entretengo con su boca y jugueteo con su pecho, disfrutando de su tacto en la palma de mi mano, suave como el terciopelo.

Y cuando creo que está completamente relajada, posiciono mi erección contra su abertura húmeda y preparada. Con solo notarla contra ella, vuelve a tensarse.

—Tienes que relajarte, Lia.

—Lo sé —exhala—. Breaker, es que la tienes demasiado grande.

—No, no es verdad. Es perfecta para ti. —Le mordisqueo la oreja y jugueteo con su pezón antes de volver a besarla. Tarda un segundo, pero me responde al beso con la misma pasión. Y dejo que se pierda en mi boca mientras empiezo a metérsela, despacio. Es tan estrecha que empiezo a traspirar, y mi cabeza no deja de darle vueltas a lo increíble que va a ser estar dentro de ella.

Una puñetera pasada.

—¿Estás bien? —pregunto, besándole la mandíbula.

—Sí —contesta, jadeante, y me muevo un poco más—. Joder —murmura.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí. Es solo que… nunca antes me había sentido así.

—¿Quieres que siga?

—Dios, sí —confirma, antes de volver a encontrar mi boca otra vez y relajarse un poco más, haciendo más fácil que la penetre. Tras unos minutos, y con ella relajada en mi boca, casi estoy dentro por completo.

Su pecho se aprieta contra el mío, aparta la boca y respira hondo. Yo aprovecho el momento para meterme su pezón en la boca y succionarlo.

—Qué bueno eres, Breaker.

Sus palabras me animan, así que le mordisqueo el pezón y empujo las caderas ese último tramo, hasta el fondo, y ella se tensa a mi alrededor.

—Jo… der —gimo, dejando caer la cabeza sobre su hombro.

Me aferra con fuerza y empieza a jadear.

—Estoy muy llena, Breaker.

Levanto la cabeza y veo que tiene los ojos llenos de lágrimas. Rápidamente, le coloco la mano en la mejilla.

—Mierda, ¿estás bien?

—Estoy perfecta —afirma, tirándome de la nuca para acercarme a su boca.

Esta vez, la beso a conciencia. Estiro la lengua para llegar más dentro, y ella me imita. Nuestras bocas unidas me provocan un cosquilleo por las piernas que me obliga a mover las caderas.

—Lo… siento… —le digo contra los labios—. Necesito… alivio.

—Yo también —contesta, meciendo la pelvis.

—Joder, Ophelia, no te muevas. —Le agarro las caderas—. Vas a hacer que me corra.

Ella sonríe con satisfacción y vuelve a mecer la pelvis.

La miro a los ojos.

—Lo digo muy en serio. Eres muy estrecha. Me faltan solo unos segundos para correrme.

—Pues entonces córrete —exige, rodeándome con las piernas y llevándome más dentro.

—Mierda —murmuro, dejando caer la cabeza sobre el colchón, y entonces empiezo a penetrarla una y otra vez, asegurándome de entrar y bajar al mismo tiempo para que reciba el mismo placer que yo. Por los jadeos que suelta, estoy seguro de que he dado con el lugar correcto.

Así que vuelvo a repetirlo.

Y otra vez.

Y otra.

Me abraza con fuerza.

Hunde las uñas en mi pecho.

Jadea sin parar, pero yo mantengo el ritmo, acercándonos cada vez más a lo que ambos necesitamos.

—Sí, Breaker. Sí, por favor, no pares.

Sus dedos se me clavan en la piel, arquea el pecho, y su sexo me aprieta el pene justo antes de soltar el gemido más sexy que he escuchado nunca, un sonido que resuena en mi corazón cuando se corre.

—Joder, Ophelia —gruño, bombeando unas cuantas veces más. Quiero que esta sensación de euforia dure para siempre, quiero estar siempre en este estado de dicha, pero mientras se sigue contrayendo en torno a mi miembro, sé que es imposible, y la noto hincharse cuando el orgasmo me recorre la espalda y me baja por las piernas— ¡Aaah, joder! —grito al correrme, y mis caderas se detienen y siento que estoy en el cielo.

—Ay, Dios mío —murmura Lia en tanto que ambos bajamos del limbo. Su mano me acaricia el pelo, y yo le voy depositando suaves besos en la clavícula antes de levantarme para mirarla a los ojos.

No sé qué hacer. Me limito a… sonreír, porque no hay nada más que pueda decir aparte de…

Te quiero.

Quiero estar contigo para siempre.

No quiero que este momento se acabe nunca.

Me acaricia la mejilla con ternura.

—Eres muy tonto.

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

No es algo que esperas escuchar después del mejor orgasmo de tu vida.

Ella se echa a reír.

—Ya sabes, por no haberlo intentado conmigo mucho antes.

—Ah. —Me río yo también—. Créeme, viviré arrepintiéndome de ello durante el resto de mi vida. Estoy agradecido de tenerte al fin. —Le doy otro ligero beso en los labios y ella me rodea con los brazos, estrechándome con fuerza.

—¿Estás nerviosa? —le pregunto a Lia al llegar a la puerta de la casa de Huxley y Lottie.

—No, ¿por qué debería estarlo?

Yo niego con la cabeza.

—No, si alguien debería estar nervioso, ese soy yo. Cuando mis hermanos nos vean agarrados de la mano, no van a dejar de machacarme con que debíamos haber estado juntos desde hace mucho. Pero merecerán la pena las burlas.

—Yo creo que es necesario. Después de esta mañana… es muy muy necesario. Has evitado que hayamos disfrutado de tanta… alegría.

—¿Así es como lo vas a llamar? ¿Alegría?

—Sí. —Sonríe con encanto.

Bueno, supongo que yo también puedo llamar al sexo en la ducha con Lia una «alegría». Y también al sexo sobre el suelo de la cocina. El único motivo de que estemos aquí, vestidos, es porque Huxley exigió mi presencia durante la comida. Dijo que tenía noticias sobre la empresa. Le pregunté si le

parecía bien que viniera Lia, y me contestó que no había problema. Si no, me habría quedado en la cama con ella, desnuda, disfrutando de su cuerpo y de sus dulces labios.

Llamo al timbre, me inclino y le doy un beso en el cuello.

—¿Te he dicho ya lo guapa que estás con ese vestido? —pregunto.

—Solo cinco veces —responde.

—Solo quería asegurarme. —Ha elegido un vestido largo de color amarillo que casi no le cubre la espalda y con un profundo escote. Según ella es un vestido veraniego, pero yo no estoy muy seguro de eso, sobre todo porque puedo verle los pezones duros.

—Ah, y solo para que lo sepas… —Se pone de puntillas—. No llevo ropa interior —susurra.

—Lia —gimo justo cuando se abre la puerta.

Reign, el chef de Huxley, nos saluda con una cálida sonrisa.

—Hola, Breaker. Están todos en el jardín.

—Genial. Gracias. —Me detengo y le doy una palmada en el hombro—. Por favor, dime que J. P. no está preparando ningún Bloody Mary.

—Lo siento, tío… He intentado ofrecer otra cosa, pero él me ha asegurado que a todos os gustaban.

—Pues no. La verdad es que no.

Se echa a reír, y de la mano de Lia, vamos a la parte trasera de la casa, donde veo a J. P., Huxley, Ryot, Lottie, Kelsey y Myla de pie, charlando.

Cuando cruzamos las puertas correderas, que ya están abiertas, todas las miradas se posan en nosotros y luego en nuestras manos entrelazadas.

—Te lo dije, joder —le dice J. P. a Huxley, que pone los ojos en blanco.

Lottie y Kelsey aplauden, y Ryot le da un beso en la cabeza a Myla.

—Decidnos que es verdad, que sois oficialmente pareja —nos pide Lottie.

Miro a Lia y luego a nuestra familia y amigos otra vez.

—Es oficial —contesto, levantando nuestras manos.

Las chicas sueltan un chillido y los chicos repiten *«Te lo dije»*.

Tras unos cuantos abrazos y apretones de mano, las mujeres se llevan a Lia y los hombres nos quedamos a preparar los platos.

—Bueno… —empieza J. P.—. Supongo que en estos momentos eres un hombre muy feliz.

Monto un taco con huevo para Lia y asiento.

—Creo que nunca he sido más feliz.

—Qué curioso, fíjate: podrías haber sido feliz desde hace años, pero…

—Tío, no me hace falta escucharlo, créeme. Ya me he estado castigando lo suficiente yo mismo.

—Pero tiene razón —apunta Huxley, mientras prepara un plato para Lottie.

—Lo sé muy bien. No he venido para que me machacarais con que teníais razón todos estos años. He venido a celebrar que al fin me siento… completo.

—Joder, tío —dice J. P.—. No pensaba que os pondríais tan emocionados con lo nuestro.

—No estoy llorando, pero, Dios, estoy tan feliz… Me siento como si todo encajara al fin. —Miro a las chicas, que están apiñadas, y me quedo quieto un momento antes de coger la fruta—. Anoche nos besamos por primera vez y luego disfrutamos del sexo más íntimo de mi vida. Después, me sentí perdido. Pero ya está. Sé que no necesito nada más en la vida que a ella.

—¿Y se lo dijiste? —pregunta Huxley.

—Joder, no. No sé si está preparada para escuchar todo eso aún, pero me ha costado mucho reprimirme, eso seguro. Solo quiero decirle cuánto la quiero. A ver…, joder, le pediría hoy mismo que se casara conmigo si supiera que ella está dispuesta.

—Bueno, me alegro de que practiques el autocontrol —opina J. P.—. Es un progreso.

Terminamos de llenar los platos para nuestras chicas y después, con una mimosa en la mano, les llevamos la comida.

—Gracias —dice Lia. Yo le pongo la mimosa en la mano y luego me inclino para agarrarle la barbilla. Le doy un beso suave en los labios y Kelsey, Myla y Lottie hacen ruiditos de emoción a nuestro lado. Lia sonríe contra mis labios y luego se separa.

—Pasadlo bien charlando, chicas —les digo.

—Ah, claro que sí —contesta Lottie, arqueando las cejas varias veces. Sí, lo más seguro es que la conversación gire en torno a Lia y a mí.

Regreso al bufé, cojo un plato rosa y una servilleta azul, unos tacos y una mimosa y paso por completo de los Bloody Mary de J. P. Hoy no pienso someterme a esa tortura.

Cuando nos sentamos, Banner y Penn entran en el jardín.

Penn es un antiguo *pitcher* de los Chicago Bobbies. Ha pasado por un infierno y ha salido de él. Estar aquí en California trabajando con Ryot y Banner le ha hecho encontrar paz y consuelo.

—¡Banner Bisley! —grita Lottie desde donde están sentadas las chicas—. ¿Dónde está mi prima?

Y sí, se supone que ha estado intentando salir con la prima de Lottie y de Kelsey, Kenzie, pero lo único que sé de la situación es que las cosas no están yendo como él quiere.

Banner se queda quieto y suspira con pesar.

—Sabía que no debería haber venido.

—Me parece que necesitas un Bloody Mary —anuncia J. P., levantándose de la silla—. Te traeré uno.

—Gracias —contesta Banner, alejándose con él. Siento que debería advertirle, pero tampoco quiero que J. P. me eche la bronca.

—Coge un poco de comida, tío —le dice Huxley a Penn—. Sírvete tú mismo.

—Gracias —responde Penn, cogiendo un plato casi con timidez.

Huxley me mira.

—Me alegro mucho por ti, Breaker —afirma cuando estamos solos—. Bromas aparte, creo que Lia es perfecta para ti.

—Gracias. —La vuelvo a mirar—. Estoy un poco ansioso por dar el siguiente paso, ¿sabes?

—¿Por qué? —inquiere Huxley—. Limítate a disfrutar del momento.

—Me sigo repitiendo lo mismo, pero no sé. Nos liamos el día en que lo dejó con Brian, y la verdad es que no le ha dado tiempo a lamentar el fin de esa relación. Supongo que me preocupa lo que pudiera ocurrir si se despierta un día y se da cuenta de que ha cometido un error.

—Eso no va a suceder —asegura Huxley—. Estáis hechos el uno para el otro. Ella lo sabe. Deja de preocuparte y diviértete, tío.

—Sí, tienes razón —contesto, y Penn se sienta con nosotros.

—Creía que no teníamos permiso para decirle nunca a Huxley que tiene razón. ¿No era algo así como que le inflábamos el ego?

—¿Y quién te ha dicho eso? —Huxley se gira hacia Ryot, que está a medio camino de meterse un taco en la boca.

—Yo no. Habla con tu hermano.

Levanto las manos.

—Tiene que ser el otro hermano. Yo nunca diría nada parecido para arriesgarme a que no me invites a las comidas de los domingos. Ah, y por cierto, ¿qué pasa con toda esta decoración de los globos de color rosa y azul? —pregunto—. ¿Es tu manera de animar las comidas de los domingos?

—¿Qué? —dice Kelsey, interrumpiéndonos a todos y levantándose del grupo de las chicas. Su mirada se cruza con la de Huxley, y luego con la de Lottie otra vez.

—Eeeh… ¿va todo bien, nena? —pregunta J. P.

—No —responde Kelsey—. Todo va mal. —Y después se echa a llorar, lo que hace que J. P. suelte todos los ingredientes de los Bloody Mary y corra a su lado.

—Kelsey, ¿qué pasa?

Huxley se levanta de la mesa también, y, como no sé qué está pasando, yo hago lo mismo. Lia me

mira, confundida. Yo también estoy perplejo, y entonces Lottie empieza a llorar.

Uf…

Huxley la abraza de inmediato, estrechándola contra su pecho. Yo me quedo aquí plantado, sin saber qué hacer.

—¿Necesitáis que haga algo? —pregunto tras unos segundos—. ¿Llamo a alguien?

Lottie se separa de Huxley e intercambian una mirada antes de girarse hacia nosotros.

—Bienvenidos a nuestra fiesta de revelación del sexo del bebé.

—Sexo… A ver… ¿Vais a tener un bebé? —pregunto, impactado.

—Sí —contesta Lottie, y se lleva la mano al estómago—. Y Kelsey se ha enfadado porque no se lo he contado hasta ahora.

—No me he enfadado por eso —replica Kelsey, enjugándose los ojos—. No estoy enfadada en absoluto.

J. P. le da un beso en la mano a Kelsey.

—Está feliz porque nosotros también estamos embarazados.

Eeeh… espera, ¿qué?

Lottie suelta un chillido atronador antes de que una se eche a los brazos de la otra y lloren juntas, con sus maridos observándolas.

Me acerco a mis hermanos y les doy un abrazo.

—Bueno, eso explica la decoración en rosa y azul —añado, al soltar a Huxley.

—Ha sido idea de Lottie —explica, y luego abraza a J. P.—. Joder, enhorabuena, tío.

—Enhorabuena a ti también —contesta J. P. al separarse.

—Joder, no me puedo creer que vayáis a ser padres. No sé si debería alegrarme o preocuparme.

—A lo mejor un poco de las dos cosas —responde J. P.—. Porque yo estoy asustado de cojones.

Huxley se rasca un lado de la cara.

—Yo también —susurra.

Suelto una carcajada y le doy unas palmadas en la espalda.

—Escuchad, si hay una cosa que tengo clara es que habéis sido dos hermanos mayores increíbles, así que sé que también seréis unos padres increíbles.

—Joder, qué conmovedor —opina Ryot, y luego empuja a Banner—. ¿Cómo es que tú nunca me dices esa mierda a mí?

Banner, que lleva un Bloody Mary en la mano, se gira hacia él.

—Si fueras un buen hermano mayor, entonces…

—Ay. —Penn se echa a reír—. Eso debe de doler.

—¿Que no soy un buen hermano mayor? —pregunta Ryot—. ¿Quién te ayudó a salir de tu… de tu… lío?

—Lío secreto —contesta Banner entre dientes.

—Bueno… —insiste Ryot.

Banner pone los ojos en blanco.

—Vale, eres un buen hermano mayor. El mejor del mundo.

Ryot se lleva la mano al pecho.

—Ay, qué bonito, gracias.

—Guau, se siente el amor en el aire —interviene Penn, y todos nos echamos a reír.

Después de otra ronda de felicitaciones y montones de abrazos, Huxley y Lottie se ponen junto a la piscina para desvelar el sexo del bebé. Kelsey tardó un segundo en contener su enfado con su hermana por no habérselo contado antes, pero creo que todo me parece una locura, y me encanta. Revelación de embarazo y de sexo del bebé. Menudo bombazo.

—¿Estáis listos para la gran revelación? —anuncia Lottie.

Con el brazo en torno a Lia, la estrecho con fuerza y respondo que sí.

—Huxley, haz tú los honores. —Lottie saca su teléfono y yo no tengo ni idea de qué es lo que está

pasando, pero Huxley pulsa una tecla y la piscina se ilumina de distintos colores. De fondo suena una música instrumental que lo convierte todo en un gran espectáculo, y después las luces empiezan a parpadear. Lottie se agarra con fuerza a Huxley.

Se iluminan de azul.

Luego de rosa.

Luego de azul.

Luego de rosa y de rosa… y de rosa otra vez, y entonces el volumen de la música sube y luego todo se para.

—¡Es una niña! —chilla Lottie, y se echa a los brazos de Huxley. Él la abraza con fuerza, le da un beso en la coronilla, y…, madre del amor hermoso, ¿es eso que veo una lágrima?

No, no puede ser.

¿Lo es?

Y luego, quién lo iba a decir…, levanta la mano y se frota el ojo.

La leche… Huxley Cane está llorando.

—¿Es eso lo que yo creo que es? —pregunta Lia en voz baja.

—Si crees que Huxley está llorando, tienes razón.

—Guau, nunca me habría imaginado que llegaría este día.

—Creo que nadie se lo habría imaginado.

Pero, joder, no hay más que mirarlo. Y ver a Lottie, y lo emocionados que están. Es palpable. Solo espero que un día, Lia y yo estemos en la misma situación. Sería el mejor futuro posible.

—¿Crees que tenemos que llevarnos a casa algunos *croissants* porque ahora somos pareja? —pregunta Lia mientras estamos en la cama y le aparto un mechón de la cara.

Cuando volvimos a casa después de la comida, que duró otras tres horas más después del anuncio del bebé, fuimos directos a mi apartamento. Le quité la ropa despacio a Lia y le hice el amor. Así es como lo entiendo yo: hacer el amor, porque es lo que siento por ella.

—Es una gran observación, porque Penn y Banner no han podido llevarse ninguno a casa.

—Ay, Dios mío, ¿crees que es una de esas cosas de parejas? ¿Nos hemos unido a algún tipo de club del *croissant*?

—Del club de *Scrabble* al club del *croissant;* mira qué lejos hemos llegado.

Ella se echa a reír.

—Hoy ha sido una locura, con tanto anuncio y tanta preguntas.

Me pongo de lado para poder mirarle su cara preciosa, y le acaricio la cadera.

—¿Te han hecho preguntas sobre mí?

—Ah, sí. Un montón.

—¿Qué tipo de preguntas?

—Lo básico. Si nos habíamos besado, porque sabían que yo estaba esperando eso, y les conté que nos habíamos besado bajo los fuegos artificiales de Disneyland. Y luego, claro, todas pensaron que eras el mejor de los hermanos Cane.

—¿En serio? —pregunto, sonriendo.

—Sí, pero luego les conté que eras solo normal en la cama, y cambiaron de opinión.

Le hago cosquillas en un costado y ella se echa a reír.

—No les has dicho eso.

—No, no se lo he dicho. Les dije la verdad, y que tienes el pene más grande que he visto nunca, casi demasiado, y por eso el sexo no es divertido.

—Mentirosa. —Vuelvo a hacerle cosquillas.

—Vale, vale. Les he dicho que es, de lejos, el mejor sexo que he disfrutado en mi vida.

Encantado, me inclino y le doy un beso ligero en los labios.

—Mejor.

—¿Y qué hay de mí? —pregunta, acariciándome el pelo—. ¿Dirías lo mismo de mí?

—¿En serio? —inquiero—. ¿De verdad hace falta que me lo preguntes?

Ella se encoge de hombros.

—Puede.

—Lia —insisto, acunándole la mejilla con ternura—. Antes de ti, el sexo solo era un medio para un fin. No significaba nada más que un desahogo, pero contigo todo ha cambiado. La conexión que tenemos es tan poderosa que siento como si estuviera en otro mundo cuando estoy contigo. El sexo contigo es inigualable.

Ella sonríe.

—Guau, tú sí que sabes hacer que una chica se sienta bien consigo misma.

—Pero es que es la verdad. Todo es distinto contigo. Es como si pudiera ver mejor, escuchar mejor, saborear mejor las cosas. Has aportado unos colores vívidos a mi vida, Lia. Tú eres quien me pone oxígeno en las venas.

—¿Lo dices en serio?

—Sí —contesto.

Su mirada se suaviza, me rodea el cuello con el brazo y me acerca a sus labios para besarme con profundidad, con intimidad, con cada milímetro de su cuerpo. Cuando nuestras respiraciones se empiezan a agitar, me obliga a tumbarme y empieza a besarme el cuello, el pecho, el estómago.

Se lleva las sábanas consigo y deja al descubierto mi erección, que agarra con la mano y empieza a acariciar, descendiendo con la boca cada vez más.

—Lia —murmuro, con una necesidad desesperada de confesarle lo que me hace sentir.

Ella no contesta. En su lugar, se arrodilla ante mí y se la mete en la boca, succionando con fuerza el glande.

Se me escapa un siseo de los labios, abro las piernas y le dejo espacio. Le acaricio el pelo con los dedos mientras ella sigue lamiéndome el pene, haciendo girar la lengua y metiéndoselo hasta el fondo de la garganta sin dejar de acariciarlo, hasta que siento que me tiemblan las piernas.

—Lia, ya casi estoy —confieso—. Quiero que te pongas encima de mí.

Ella levanta la mirada, y puedo adivinar que duda sobre qué hacer.

—Por favor —le pido—. Me encanta tu boca, pero ahora mismo quiero tu sexo.

Ella sonríe, le da un lametazo con la lengua a mi miembro unas cuantas veces más y luego se aparta para sentarse a horcajadas sobre mí.

—¿Estás lista? —le pregunto.

Esta fiera tan segura de sí misma me agarra la mano y se la coloca entre las piernas, para que compruebe por mí mismo lo cachonda que está.

—Joder, Lia —gruño, y entonces se coloca mi erección en su entrada y desciende de una sola vez, envolviéndome con tanto calor que casi me corro sin más—. ¡Joder! —grito, apretando los dientes —. Lia, despacio. Me correré muy rápido si sigues así.

Ella sonríe con picardía. Se levanta hasta sacarme casi por completo y vuelve a bajar de golpe, haciendo que se me tensen las pelotas. Está tan estrecha, tan caliente, tan resbaladiza que me está matando.

—Lia, en serio.

Vuelve a hacerlo.

Y otra vez.

Y entonces me doy cuenta de que no tengo control sobre esta situación. Quiere tenerlo ella, y yo estoy dispuesto a dárselo, así que me cubro los ojos con las manos y le dejo hacer.

Vuelve a empalarse unas cuantas veces más, y la respiración se me agita tanto que empieza a faltarme el oxígeno en las extremidades. Se me adormecen, me cosquillean, y mi necesidad por esta mujer se vuelve frenética.

—Joder, no me falta nada.

Se saca por completo mi pene, que se me cae contra el estómago.

—¿Pero qué…? —pregunto, y ella se inclina y me acaricia la parte interior con la lengua, justo debajo del glande—. Joder, Lia… Dios, no, para. No quiero correrme sobre mi estómago. —Aprieto los dientes y siento que pierdo toda la fuerza de voluntad—. Joder, por favor, quiero correrme dentro de ti.

—¿Estás seguro? —pregunta con voz seductora. Se lo está pasando en grande.

—Sí. Dame tu sexo. Ahora.

Se acerca a mi mesita, saca un condón y lo desliza por mi dolorosa erección. Se da la vuelta de manera que ahora me da la espalda, se vuelve a colocar mi pene en su entrada y se lo introduce. Me da tanto placer que no creo que no encuentre nunca algo que me lo pueda dar más.

Nunca.

—Azótame —me pide, mientras que empuja despacio, y me refiero a despacio de la hostia.

Como sé lo que quiere, le doy un azote en el culo, y el sonido resuena por toda la habitación.

—Sí… —gimotea, y su sexo se contrae en torno a mi polla.

Joder, ella también está cerca.

Así que la vuelvo a azotar, esta vez en el otro glúteo. Y luego otro. Durante todo el tiempo no deja de empujar una y otra vez, acercándonos a los dos al clímax.

Vuelvo a azotarla, ahora más fuerte, y suelta un gemido tan alto que estoy seguro de que nos han escuchado los vecinos.

—Cómo me gusta —dice, y yo me levanto y tiro de ella hasta tumbarla sobre mi pecho.

—Abre más las piernas —le susurro al oído.

En esta nueva postura, con ella tumbada sobre mí y yo rodeándola con los brazos, dejando que mi pelvis haga todo el trabajo, le pellizco los pezones y la penetro con fuerza.

—¡Oh, Dios, Breaker! —chilla—. Eso es… Ah, mierda… Me voy a … —No termina la frase. Suelta un sonoro gemido, el sexo se le contrae y el orgasmo le atraviesa todo el cuerpo. Es lo más sexy que he visto nunca, ver cómo siente las oleadas de placer que la recorren. Le muerdo el hombro y me corro yo también. Todo a mi alrededor se vuelve negro, y mi cuerpo flota en el limbo. *Esto* solo lo consigo cuando estoy con Lia.

Cuando estamos solos ella y yo.

Tras recuperar la respiración durante unos segundos, se quita de encima y se tumba sobre la cama, jadeando.

—Eso ha sido… nuevo —afirma entre jadeos.

Suelto una risita.

—¿Te ha gustado?

Se gira hacia mí y me coloca la mano en el pecho, asintiendo.

—Sí, ha sido un orgasmo completamente distinto para mí. Lo he sentido por dentro. —Sonríe—. Quiero hacerlo otra vez.

Me río por lo bajo.

—Vale, dame un segundo. Tengo que, ya sabes…, recargarme.

Ella sonríe, se tumba sobre mi pecho y me acaricia el pelo antes de darme un beso suave en los labios.

—Todavía no me puedo creer que pueda besarte. Me parece tan irreal…

—Pues es muy real —contesto, besándola yo—. Todo lo que tiene que ver con nosotros es real. Real y fantástico.

Sus dedos juguetean por mi pecho.

—No te vas a hartar de mí, ¿verdad?

—¿Estás de coña? Si no me he hartado de ti durante esta última década, estoy seguro de que ahora no voy a hacerlo.

—Pero soy distinta cuando estoy en una relación.
—¿En qué? —pregunto—. A mí me pareces la misma.
—Soy muy empalagosa.
—Viniendo de ti, me encanta que seas empalagosa.
Se echa a reír.
—Al parecer, también soy muy cachonda.
—Te repito: viniendo de ti, que seas cachonda es una pasada.
—Y exigente. Querré que me agarres de la mano siempre que salgamos.
—Creo que me las apañaré.
—Y exigiré al menos una cita a la semana.
—¿Solo podemos tener una, no más?
Sonríe con satisfacción.
—Podemos tener todas las que quieras.
—Bien. —Le coloco la mano detrás de la cabeza y la miro a sus preciosos ojos.
Joder… Te quiero, Lia.
Quiero estar contigo para siempre.
No hay nada, ¿me escuchas?, nada mejor que tú.
Eres mi eternidad.
—¿Por qué me miras así? —pregunta.
—¿Así cómo?
—No sé… Con corazoncitos en los ojos.
—A lo mejor es porque los tengo cuando estás a mi lado.
Me aparta la cara con la mano y se ríe.
—No seas cursi.
Le doy la vuelta para ponerla boca arriba y la aprisiono entre mis brazos.
—Nunca soy cursi, pero si crees que lo soy, entonces deberías alejarte de mí.
—Vale —contesta, intentando levantarse.
—Y una mierda. —La vuelvo a sujetar, y se echa a reír—. Ahora eres mía.
Y entonces le doy un beso en el cuello y prosigo con cada milímetro de su cuerpo.

22

LIA

—Lia —gime Breaker cuando paso a su lado.

—¿Qué? —pregunto, al dejar mi taza de café vacía en el fregadero.

—Me estás matando con este vestido. —Se apoya en el umbral de la puerta de su cocina, vestido con un traje verde oscuro y una camisa blanca.

¿Que yo lo estoy matando? El único motivo por el que me he puesto este vestido es que ha decidido marcarse ese traje para trabajar hoy, y me está costando la vida no arrancárselo antes de que se marche.

Así que, para contrarrestar su ataque frontal con el traje, he decidido ponerme un vestido veraniego que, por lo general, nunca me pondría para trabajar en casa. A grandes males, grandes remedios.

Fingiendo despreocupación, me miro el vestido y luego me giro hacia él.

—Solo es un vestido normal.

—Eso *no* es un vestido normal —replica, acercándose a mí y recorriendo el tirante fino con el dedo —. Tú no sueles ponerte vestidos, así que ¿hay alguna ocasión especial que desconozca?

—No —respondo—. ¿Acaso no puede ponerse una chica un vestido sin que la regañen?

—¿Te estoy regañando? —inquiere—. No lo sabía. —Me agarra del cuello, sujetándome de manera posesiva para acercarme más a él—. Solo me estaba preguntando si estabas intentando tentarme para que me quede en casa contigo, cuando debería estar de camino a la oficina.

—Eres un hombre adulto, Breaker. Puedes decidir qué hacer con tu vida. No necesito ponerme un vestido para tentarte.

—Tonterías. —Sonríe, me levanta la barbilla con el pulgar y me da un beso tan profundo que le agarro el cuello de la camisa para evitar caerme. Le meto la lengua, y suelta un gemido antes de arrinconarme contra los armarios de la cocina—. Joder —murmura contra mis labios, metiéndome la mano por debajo del vestido y encontrando la tira de encaje de mi tanga—. Tengo que irme ya —repite, tirando del tanga para bajármelo por las piernas. Me lo quito de una patada y me abro de piernas para él.

Empieza a masturbarme con el dedo, despacio, mientras su boca asume el control.

—Joder, Lia. Estás muy mojada ya.

Le desabotono la camisa y le acaricio los abdominales.

—Estás muy bueno en traje.

—Sabía que te habías puesto este vestido a propósito —dice, justo antes de sentarme sobre la encimera. Luego se quita la chaqueta, se abre los pantalones, se saca el pene y me levanta el vestido. Me agarra entre sus brazos y yo le rodeo la cintura con los muslos hasta que encuentra mi entrada, y se inserta en mí de una sola estocada.

—Joder, nunca dejará de sorprenderme —afirma, antes de apoyarme contra la pared y empujar.

Estoy tan aturdida y el cambio brusco me ha pillado tan desprevenida que mi cuerpo responde automáticamente a él. Siento que mi cuerpo sube cada vez más, sobre todo por la forma en que me está penetrando.

—Breaker —le susurro al oído, y todo su cuerpo se estremece.

—Mierda, Lia, esto va a acabar muy rápido. —Me sujeta con fuerza, empuja unas cuantas veces más y el orgasmo se empieza a apoderar de mí. Lo aprieto entre mis piernas, echo la cabeza hacia atrás, sus labios descienden hasta mi cuello y, mientras va depositando besos sobre mi piel, suelto un

gemido gutural al correrme.

Me penetra unas cuantas veces más y luego me suelta, sale de mí, se da la vuelta y se bombea la polla hasta correrse ahí mismo, sobre el suelo de la cocina.

La cara se me pone colorada solo de verlo.

Coloca la mano sobre la encimera y ambos tratamos de recuperar el aliento.

—La hostia —murmura, y yo me acerco a él y se la sujeto con suavidad. La acaricio un par de veces y luego cojo una toallita de la cocina y lo limpio todo antes de ayudarlo a arreglarse de nuevo.

Al acabar, me pone las manos en las mejillas y me besa en la boca durante un instante antes de apartarse.

—Esto va a ser imposible.

—¿Qué es lo que va a ser imposible? —pregunto.

—Dejarte para irme a trabajar —contesta—. Solo quiero quedarme aquí, todo el puñetero día contigo…, y la noche.

—¿Quién es el empalagoso ahora?

Suelta una risita y suspira antes de abrazarme.

—Vale, te veré después.

—Vale.

Me vuelve a besar otra vez antes de soltar un gemido y separarse.

—Adiós, Lia.

—Adiós, Breaker. Que tengas un buen día.

Me despido con la mano y se marcha. Cuando se cierra la puerta, me pongo la mano en la frente y me apoyo sobre la encimera.

Dios… Ha sido muy intenso, y totalmente satisfactorio.

Breaker: *¿Qué tal tu día? El mío ha sido bastante soso. Creo que les voy a pedir a J. P. y a Huxley que me dejen trabajar desde casa a partir de ahora.*

Lia: *Seguramente no sea muy buena idea. No conseguiríamos terminar nada.*

Breaker: *Ese no es mi problema.*

Lia: *Es tu empresa y la de tus hermanos. Creo que sí es tu problema.*

Breaker: *Entonces necesito unas vacaciones. Vámonos a alguna parte.*

Lia: *Todavía sigo intentando ponerme al día con el trabajo que tengo atrasado de estas últimas semanas.*

Breaker: *Deja tu trabajo. Yo te contrataré.*

Lia: *¿Para hacer qué?*

Breaker: *Para sentarte sobre mi pene. Es un puesto muy codiciado.*

Lia: *Ah, ¿de verdad?*

Breaker: *Eeeh… me parece que no ha sonado muy bien.*

Lia: *No, porque espero que no haya nadie más detrás de él.*

Breaker: *Tú eres la única. ¿Qué me dices? Te daré el sueldo que quieras.*

Lia: *Interesante, pero me da miedo quedarme escocida. Tendré que pasar.*

Breaker: *Al menos podrías probar.*

Lia: *Lo siento, pero es que pareces muy exigente. No creo que pueda encajar en un entorno laboral tan complicado. Paso.*

Breaker: *Mierda. Bueno, pues ven a comer conmigo, aunque sea.*

Lia: *No puedo. Tengo que ir a una tienda de artículos de oficina porque me he quedado sin tóner, y necesito imprimir unos documentos en los que he de trabajar.*

Breaker: *Entonces, ¿me estás diciendo que tendré que esperar hasta esta noche?*

Lia: *Sobrevivirás.*

Breaker: *A duras penas.*

Lia: *Aguanta, Pepinillo.*

Breaker: *Eso sí que me ha sacado una sonrisa.*

Lia: *Tú me haces sonreír a mí. Luego hablamos.*

Breaker: *Vale. Adiós.*

—Perdona, ¿podrías decirme dónde tenéis el tóner? —pregunto al empleado.

—Claro, pasillo doce —responde—. A la derecha.

—Gracias.

Con un paquete de rotuladores en la mano —porque tengo una obsesión enfermiza por ellos—, me paseo por el pasillo doce y encuentro el tóner. Saco el móvil para comprobar la nota que he escrito sobre cuál he de comprar exactamente y veo que tengo un mensaje de Breaker.

Breaker: *J. P. acaba de entrar en mi despacho y ha empezado a llorar porque no cree que vaya a ser un buen padre, y ahora no para de comerse el coco. ¿Qué les está pasando a mis hermanos?*

Sonrío y le respondo rápidamente.

Lia: *¿Quién se iba a imaginar que un bebé sería lo que acabaría con ellos?*

Pulso la tecla «enviar», reviso mis notas y siento que alguien me llama con un golpecito en el hombro. Me doy la vuelta y me encuentro cara a cara con Brian.

—Ay, Dios —se me escapa, y doy un paso atrás—. Brian… Ah… Eeeh… Hola.

Lleva un traje y está igual de guapo que siempre, y me sonríe con tristeza mientras se mete las manos en los bolsillos.

—Hola, Lia —me saluda en voz baja.

—Guau, eeeh… —Miro a mi alrededor, rezando para que La Beave no aparezca también—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Mi asistente me ha abandonado, y por un buen motivo. Últimamente me he estado comportando como un tirano, así que he venido a comprar algunas cosas que necesitaba.

—Ah. ¿Es que tu oficina no tiene de estas cosas? —pregunto, incómoda.

—Sí, pero hay algunas concretas que no.

—Ya —respondo, nerviosa—. Bueno, yo solo he venido a comprar tóner.

—Y rotuladores, por lo que veo —dice, señalando los que tengo en la mano—. Nunca tenías suficientes.

—Es una obsesión enfermiza que no me molesta tener.

—Podría ser peor, supongo. —Se balancea sobre los talones, y la incomodidad se hace más patente.

—Bueno, voy a seguir con mi compra. —Señalo con el pulgar hacia los estantes.

—Ven a cenar conmigo —dice deprisa.

—¿Qué? —pregunto.

—A cenar —repite, mirándome con ojos suplicantes—. Yo solo… quiero hablar.

—Ah. —Aprieto los rotuladores con más fuerza—. Bueno, Brian, no creo que sea buena idea. Estoy viendo a alguien en estos momentos.

—¿De verdad? —pregunta, y su expresión de sorpresa pasa rápidamente a una de comprensión—. Deja que adivine… Breaker.

—No pasó nada hasta que tú y yo rompimos —afirmo, sintiéndome culpable de la leche—. Te lo juro, Brian. Nunca había intentado nada conmigo. Quiero que lo sepas.

Él asiente.

—Te creo.

Y aunque me está diciendo que me cree, eso no alivia la culpa que me atraviesa el pecho, porque sé que Breaker siempre ha sido un tema complicado para él.

—Bueno…

—Sigo queriendo ir a cenar contigo, o incluso solo un café —propone—. Es solo que… Joder, Lia. —Se tira del pelo—. Solo quiero aclarar las cosas. Sé que has pasado página, pero yo creo que necesito algún tipo de cierre.

Me quedo mirando sus ojos cansados, unos ojos a los que solía mirar embelesada, y me doy cuenta de que…. Sí, puede que yo también necesite algún tipo de cierre.

Así que contesto, sin pensármelo dos veces:

—Un café estaría bien.

—Vale. Gracias. Yo… Eeeh… Te enviaré los detalles por mensaje y te dejaré que compres tu tóner.

—Me parece bien. Gracias, Brian.

Sonríe a duras penas y luego se da la vuelta. Cuando lo pierdo de vista, suelto el aire con fuerza, sin saber que lo había estado conteniendo hasta ahora.

Un cierre. Creo que tiene razón. En el fondo, sé que hay algo que ha estado evitando que me entregue por completo a Breaker. Que le dé todo lo que merece. *Todo mi corazón.* A lo mejor, todavía no he cerrado el capítulo de Brian. Aunque nunca llegó a usurpar el primer puesto que Breaker ha ocupado en mi corazón —*de eso me doy cuenta ahora*—, sí fue importante para mí.

Es bueno cerrar las cosas antes de empezar algo nuevo.

Quizá, algo que dure para siempre.

Lia: *Soy idiota.*

Doy vueltas por mi habitación mientras espero a que Myla me responda. No quería molestar a Kelsey ni a Lottie porque parecen tener suficiente con sus embarazos y sus torpones maridos. Creo que mantenerlas al margen es una idea inteligente, solo por si se les escapa algo a J. P. y Huxley y estos se lo cuentan a Breaker.

Suena mi móvil, y leo el mensaje a toda prisa.

Myla: *Lo dudo, pero cuéntame qué está pasando.*

Mis dedos vuelan sobre el teléfono, tratando de escribirle lo más rápido posible.

> ***Lia:*** *Me he encontrado con Brian en la tienda de artículos de oficina, y me ha pedido tomar un café. Le he dicho que sí.*

Envío el mensaje y hago una mueca.

Myla: *Uf, sí que me parece una tontería. ¿Hay algún motivo?*

> ***Lia:*** *Le conté que estoy saliendo con Breaker, y lo entendió. Dijo que necesitaba un cierre, y una parte de mí también lo quiere. Pero creo que Breaker se va a rayar.*

Myla: *¿Y por qué crees que necesitas un cierre?*

> ***Lia:*** *Porque hubo un tiempo en que pensé que me casaría con él. Y aunque las cosas no acabaron bien, tuvimos buenos momentos, y ejerció un papel importante en mi vida. Creo que nos debo a los dos, y a Breaker, cerrar ese capítulo.*

Myla: *Ya veo. Entonces, ¿cuál es el problema?*

> ***Lia:*** *Solo quería asegurarme de que es una razón válida. Y sí, cuando he visto hoy a Brian he pensado que era guapo, pero nunca, o sea, NUNCA, me plantearía volver con él. Breaker es… En fin, es mi «para siempre», pero cuando intento decírselo, siento un bloqueo mental. Y creo que ese bloqueo mental es Brian.*

Myla: *Creo que podrías tener razón, así que ve a decirle a Breaker que necesitas un cierre con Brian, y hazlo.*

> ***Lia:*** *¡MADRE MÍA! No se lo puedo contar a Breaker. Se pondría de los nervios. Es muy posesivo conmigo. Si le contara que voy a ver a Brian, empezaría a cuestionárselo todo y a sentirse inseguro. No quiero hacerle eso.*

Myla: *Conozco esa sensación. Ryot es igual conmigo. Entonces, si crees que necesitas hacerlo para cerrar el círculo y poder seguir adelante con Breaker, entonces hazlo.*

> ***Lia:*** *¿De verdad?*

Myla: *Sí. Si de verdad quieres hacer borrón y cuenta nueva con Breaker, sin nada que se interponga, entonces tienes que aclararte las ideas. Créeme, lo sé por experiencia.*

> ***Lia:*** *Creo que tienes razón. Vale. Muchas gracias. De verdad, te lo agradezco.*

Myla: *¡De nada!*

—¿Dónde demonios estás? —pregunta Breaker, cruzando mi puerta a toda prisa.

—Aquí dentro —contesto desde mi dormitorio.

Le escucho dejar caer algo, quitarse los zapatos con torpeza y correr hasta mi habitación. Me doy la vuelta y lo pillo justo al abalanzarse sobre mí y atraparme contra la cama.

Sus labios buscan mi cuello, mi barbilla, mi boca.

—Joder, te he echado de menos —dice, tirándome de la camiseta.

—Espera… Espera un momento.

—¿A qué te refieres con que espere un momento? He estado esperando todo el día para esto. —Se levanta para mirarme a los ojos.

—Lo sé, es solo que tengo que salir esta noche.

Se levanta un poco más.

—¿Qué quieres decir con que tienes que salir? Pensaba que estaríamos juntos cuando volviera del trabajo.

—Ha ocurrido algo, y tengo que ver a alguien.

—Ah. —Me deja levantarme—. ¿Va todo bien?

—Sí. —Mi teléfono se ilumina sobre la mesita al recibir un mensaje, lo cojo rápidamente y me lo meto en el bolsillo trasero de los vaqueros. Debe de ser de Brian—. Ha sido algo imprevisto. No sé cuándo volveré a casa.

Se rasca la parte trasera de la cabeza.

—Vale. Bueno, ¿quieres que espere para cenar contigo?

—No, no pasa nada. Pídete algo de comer. Y no es necesario que me esperes aquí. Puedes volver a tu apartamento si quieres.

Me dirijo hacia la entrada con una fina capa de sudor en la espalda. Solo tengo que salir de aquí con las preguntas mínimas. Pero, claro, él me sigue.

—Pareces nerviosa. ¿Seguro que todo va bien? —pregunta.

Me doy la vuelta, apoyo la mano en su pecho y le doy un beso rápido en los labios, sin dejarle que lo profundice como he hecho antes.

—Todo va genial. Te enviaré un mensaje cuando vuelva a casa.

—Vale. —Me giro para salir por la puerta, pero me detiene y me abraza contra su pecho—. Me lo contarías si algo anduviera mal, ¿verdad? Si hubiera hecho yo algo también, ¿no? —¿Ves…? Por eso no quiero contarle lo de Brian, porque se llenaría de inseguridades.

—Tú no has hecho nada, ¿vale? Nos vemos después. —Le doy otro beso y luego salgo por la puerta. Saco el móvil del bolsillo, busco la ubicación de donde nos vamos a encontrar y me dirijo hacia allí.

Una cena me parecía demasiado. Un café era la idea perfecta, y así podía marcharme deprisa.

Cuando estoy llegando a la pequeña cafetería a la que no he ido nunca, veo a Brian en la ventana, con dos tazas de café sobre la mesa que tiene delante. Me sorprende que sepa lo que quiero. Bueno, ya veremos si es así.

Empujo la puerta de cristal de la pintoresca cafetería y me acerco a él. Cuando me ve, una leve sonrisa le cruza los labios, pero no es la que siempre solía usar él. Ya no lleva traje, solo unos vaqueros sencillos y una camiseta. Y tiene el pelo revuelto, no arreglado, como de costumbre. Casi ni lo reconozco al acercarme.

Pero lo que más me llama la atención es la enorme bolsa blanca para ropa que hay sobre mi silla.

—Hola, Brian —lo saludo al llegar a la mesa.

—Hola. Gracias por venir. Yo… eeeh… te he traído uno de los vestidos. Lo entregaron en casa de mi madre. Eeeh… Al parecer, los otros dos llegarán la semana que viene. He pensado que a lo mejor querrías encargarte tú de ello. Puede que cambiar la dirección de entrega…

—Ah, gracias —contesto, levantándolo y dejándolo a un lado.

Pienso cancelar el resto de vestidos. ¿Me podrán devolver el dinero?

Cuando me siento, Brian me tiende el café.

—Te he pedido un *cappuccino;* he pensado que sería lo mejor para ti.

Ah, así que no sabe lo que me gusta pedir. No es que la elección de un café vaya a crear o romper una relación, pero son esas nimiedades las que me volvían loca. Después de más de un año juntos, ¿cómo es posible que no lo sepa?

—Yo… no tomo *cappuccino,* Brian.

—Ah, lo siento —contesta con expresión de desaliento—. Supongo que la verdad es que no sé lo que bebes.

—Creo que ese era uno de nuestros problemas —respondo.

—Entonces, ¿nos vamos a lanzar a por ello, sin más? —pregunta.

—¿Para qué esperar? —Me encojo de hombros.

—Vale. —Se remueve en su asiento y hace girar la taza sobre la mesa—. Bueno, pues es evidente que no sabía qué tipo de café bebes.

—No es solo eso —añado—. Es que no creo que supieras demasiado de mí, en general. Y yo tampoco estoy segura de haber sabido demasiado de ti.

Él asiente.

—Creo que tienes razón, y probablemente tenga yo la culpa. —Suelta un suspiro—. Estoy comprendiendo que he estado tan centrado en labrarme un futuro y en marcar todas las casillas de lo que necesito hacer para conseguirlo que creo que no he estado viviendo en realidad. —Me mira a los ojos—. Ese día, cuando saliste de la pastelería, ni siquiera estaba enfadado. Sabía que iba a ocurrir. Podía sentir la tensión entre los dos, que te me estabas escurriendo de entre los dedos, y sabía que la culpa era solo mía.

—Yo también debería haberme esforzado más —opino.

Él niega con la cabeza.

—Te conozco, Lia. Ahora mismo solo estás intentando ser agradable, pero, por favor, tienes que echarme la culpa a mí. Yo hice que te alejaras. Perdí el interés. No estaba… Joder, ni siquiera estaba al cien por cien en esta relación cuando te pedí que te casaras conmigo. Lo hice solo porque mi madre me estaba presionando. No fue justo para ti, ni tampoco para mí.

—¿Y habrías seguido hasta el final si yo no lo hubiera cancelado? —inquiero.

Él asiente.

—Sí. Lo habría hecho, y no habría conseguido más que hacerte cada vez más infeliz, porque yo nunca habría puesto fin. Habría seguido con ello hasta que, probablemente, tú no hubieras aguantado más.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque mis padres han hecho que sea imposible complacerles. Para ellos, la clase social es tan importante que yo haría cualquier cosa para mantenerla.

—Puedo entenderlo. Probablemente, yo habría hecho cualquier cosa para hacer felices a mis padres, y creo que es por eso por lo que salí contigo también. Ellos no querían que estuviera sola. Cuando me fui a la universidad, tenían mucho miedo de que no tuviera a nadie en quien confiar, como, por ejemplo, un hermano, así que cuando conocí a Breaker se sintieron aliviados. Sabían que él siempre estaría a mi lado. Murieron poco antes de conocerte, y creo que elegí una manera de hacerles entender que estaba bien, no sé si me explico.

—Sí, te has explicado bien —afirma. Se queda mirando su café—. ¿Alguna vez me quisiste?

Estiro la mano sobre la mesa y coloco la mía sobre la suya.

—Pues claro, Brian —contesto con suavidad—. Te quise por muchos motivos. Es solo que no creo que tú y yo estuviéramos enamorados al final. Creo que solo nos dejábamos llevar por la corriente.

—Es verdad, y lo siento.

—No lo sientas —sostengo—. Creo que me habría enfadado más si te hubieras esforzado, aunque todo fuera mentira.

—Mi amor por ti no fue mentira, Lia.

—Lo siento, me he expresado mal. Supongo que fueron tus intenciones las que eran mentira.

Mira por la ventana y suspira.

—¿Sabes? Si las cosas fueran distintas, si no tuviera que vivir con esta presión y pudiera ser el hombre que de verdad soy para ti, al que conociste primero, creo que habríamos tenido una vida genial juntos.

—Probablemente sea cierto —contesto, porque hubo un tiempo en que Brian era divertido, pero

su lado competitivo, su adicción al trabajo, acabó por apoderarse de él.

Se reclina en su silla.

—Bueno, joder —dice, antes de mirarme a los ojos—. ¿Eres feliz, Lia? Con Breaker… ¿Te hace feliz?

No puedo contener la sonrisa que se me escapa de los labios.

—Sí, estoy emocionada. Todavía no me parece real, pero soy feliz.

—Me alegro. Es un buen hombre, aunque pudiera parecer que no nos llevábamos bien. Vosotros dos siempre tuvisteis una conexión especial que me ponía muy celoso, así que estoy seguro de que eso no ayudó mucho.

—Era difícil pasar el rato con vosotros dos juntos, pero eso ya no importa. —Él aparta la mirada —. ¿Brian?

—¿Mmm?

—¿Vas a permitirte ser feliz? ¿O vas a estar siempre pendiente de cómo puedes avanzar en tu carrera? ¿O de lo que puedes hacer para que tu madre sea feliz?

—Me gustaría decir que un día seré feliz, pero no estoy seguro. —Me mira a los ojos—. Mi cerebro funciona de manera distinta. Siento una necesidad intrínseca de complacer y conseguir el éxito, y si no consigo una de esas dos cosas todos los días, me pongo inquieto, pierdo el control y siento que mi vida se derrumba. No sé si la felicidad encajará entre esos parámetros.

—Sé que no me corresponde decírtelo, pero estaría bien que hablaras con alguien, con un terapeuta, que te ayudara a superar todos esos sentimientos. Y a lo mejor, a ser más fuerte. Me sentí muy dolida cuando no me defendiste delante de tu madre, y en nombre de la futura señora de Brian, ¿puedo exigirte que aprendas a hacerlo?

Él sonríe y luego hace una mueca de dolor.

—Tienes razón. Sé que la tienes. Siento no haberlo hecho. Tengo que encontrar el valor primero. —Vuelve a mirarme a los ojos—. A lo mejor, esta conversación era el último empujón que necesitaba.

Sonrío.

—Bueno, eso espero.

Nos pasamos los siguientes minutos poniéndonos al día rápidamente, pero no ahondamos mucho en el tema. No le cuento demasiado sobre Breaker porque no quiero bajarle los ánimos. Cuando nos despedimos y me llevo el vestido de novia, siento como si me hubieran quitado un peso de encima, que he hecho lo que necesitaba hacer, y que ahora soy libre.

Soy libre para estar con Breaker.

Soy libre para amar.

Y soy libre para vivir la vida que siempre he querido, con el hombre de mis sueños.

Saco el móvil y le envío un mensaje a Myla.

> ***Lia:*** *Ya he tomado el café con Brian. Era justo lo que necesitaba. Estoy lista para entregarme por completo a Breaker.*

Myla: *Eso es justo lo que quería escuchar.*

23

BREAKER

—¿Estás respirando dentro de una bolsa? —pregunta J. P. cuando hablo con él por teléfono.

—¡Sí! —grito desde dentro del papel marrón.

—¿Por qué?

—Porque se me está yendo la puñetera olla —contesto, sin dejar de dar vueltas por mi habitación.

Cuando Lia me dejó colgado, me quedé en su apartamento durante unos minutos, pensando que a lo mejor estaba de broma y que volvería, pero al ver que no era así, empecé a notar que el terror se apoderaba de mi mente.

¿Por qué se ha ido así?

¿A quién ha ido a ver?

¿Por qué no ha hecho planes para cuando volviera?

¿Por qué parezco una salamandra que necesita estar pegada a su culo todo el tiempo?

¡Joder!

—¿Por qué se te está yendo la olla?

—Porque he estado ansioso todo el día por ver a mi chica, y cuando llegué a casa, se estaba marchando. Dijo que tenía que ver a alguien, pero ¿a quién coño tiene que ver? A ver, teníamos planes, J. P., no oficialmente, pero se suponía que íbamos a pasar cada maldito segundo juntos siempre que no estuviéramos trabajando, y ahora ella no está trabajando y yo tampoco estoy trabajando, pero no está aquí porque está por ahí fuera y no ha querido explicarme nada, así que ahora no paro de preguntarme si es que no soy lo suficientemente bueno y si no habrá encontrado a otra persona que le guste más.

—Bueno, vale… En primer lugar, guau. Igual podías respirar un momento, tío. Estás empezando a parecer desesperado.

—Lo sé perfectamente, joder —contesto, sin dejar de caminar de aquí para allá—. Tío, escucha, estoy aterrorizado, ¿vale? Siento que estamos juntos, pero que algo le impide estar al cien por cien conmigo, y sé que solo es una impresión, pero ahí está, así que la incógnita me está poniendo de los nervios. No puedo perderla.

—No la vas a perder, idiota. Seguramente haya salido solo con una amiga.

—¿Qué amiga? —pregunto—. Vale, a lo mejor me he comportado como un psicópata y le he preguntado a Ryot si Myla estaba con él, y a lo mejor también le he preguntado a Huxley, y puede que te haya llamado para ver dónde está Kelsey. Ella no sale con nadie más.

—Sí, bueno, estás desesperado de cojones. Quizá tenía una cita embarazosa y no quería hablarte de ello. Igual… No sé. Es posible que se tuviera que quitar un lunar o algo.

—He lamido cada milímetro del cuerpo de esa mujer. Créeme, no hace falta que se quite nada.

—Me parece razonable, yo he hecho lo mismo con Kelsey y es perfecta. —Se detiene un segundo —. Aaah, a lo mejor quiere sorprenderte con algo así como… un coche nuevo.

—¿Qué demonios es esto? *¿El precio justo?* No me va a comprar un coche nuevo.

—Bueno, vale, pero igual es otra cosa, ¡como, por ejemplo, lencería! Eso sí que es excitante, y no tienes por qué devanarte los sesos por eso.

—Sí, podría… Podría creérmelo. A lo mejor me está comprando algo.

—Apuesto a que sí, tío. Le va a comprar al viejo Breaker un regalito. Qué puto lerdo, y tú que pensabas… —Se le apaga la voz, y luego le escucho hablar otra vez—. Ay, tío.

—¿Qué? —pregunto.

—Una pregunta. ¿Recuerdas qué aspecto tiene Brian?

—Pues claro que recuerdo qué aspecto tiene. De maldito saco de mierda. ¿Por qué?

Se queda callado un segundo antes de responder.

—Bueno, pues creo que ya sé dónde está Lia.

Los pelos de la nuca se me ponen de punta.

—¿Qué quieres decir con que sabes dónde está? —pregunto, sintiendo de nuevo que me traga la ansiedad.

—Kelsey me ha pedido que le compre *mozzarella* en una tienda con la que está obsesionada, y como está embarazada y últimamente no ha dejado de vomitar todo lo que come, haría casi cualquier cosa por hacer que se sienta mejor, incluyendo conducir veinte minutos hasta esa tienda para comprarle *mozzarella*.

—¿Qué demonios tiene todo eso que ver con Lia? —casi grito.

—Bueno, la tienda está al lado de una cafetería, y por la ventana de la cafetería puedo ver a Lia… con un tipo que creo que es Brian.

—¡¿Qué?! —chillo—. Haz una foto. Haz una maldita foto ahora mismo.

—¿Pero no sería eso algo parecido al acoso?

—J. P., te voy a arrancar la puta polla si no les haces una foto ahora mismo.

—Bueno, vale. Madre mía. —Se calla un momento antes de continuar—. Te acabo de enviar la foto.

Abro los mensajes y justo entonces lo recibo. Lo abro a toda prisa, y cuando aparece la imagen, la amplío y compruebo que sí, que es Lia, con la mano en la de Brian, mientras ambos comparten una taza de café.

Me dejo caer sobre la cama y sigo mirándola.

—Por tu silencio, creo entender que ahora mismo no te encuentras bien.

Esa no es la manera de describirlo, ni de lejos.

—¿Por qué no me lo ha dicho? —pregunto, sin dejar de mirar la foto—. Joder, ¿crees que…? ¿Crees que va a volver con él?

—Ni de broma, tío —contesta J. P.—. Venga ya, hombre. Fue muy infeliz con él.

—Y entonces, ¿por qué ha quedado con él en secreto?

—Ah, esa es una gran pregunta.

—¿Qué están haciendo ahora? —pregunto—. Hazme una videollamada. Déjame ver qué está pasando.

—¿Estás de coña, tío? Me he dado la vuelta de inmediato. Estoy en la tienda.

—Bueno, pues vuelve. Quédate fuera de la ventana y míralo y cuéntamelo todo. ¿Se van a abrazar? ¿Se han besado? Joder, creo que voy a vomitar.

—¿Quieres tranquilizarte? Ahora mismo estoy tratando de resolver un gran problema hormonal. No necesito tener también un hermano hormonal.

—Perdona, pero cuando Kelsey salió con otro chico, estoy seguro de que yo estuve a tu lado.

—Sí, y también estabas soltero y no tenías nada más que hacer que apaciguar mi alma herida. Yo tengo que comprar una maldita *mozzarella,* joder. Me estás pidiendo demasiado.

—¿Por qué eres tan inútil? —pregunto, volviendo a tumbarme sobre la cama.

—Escucha, estoy seguro de que existe una explicación lógica a lo que está sucediendo. ¿Por qué no la esperas y cuando llegue a casa le preguntas? No le hagas frente, no la culpes. Solo pregúntale. ¿Crees que eres capaz de hacerlo?

—Sí, creo que sí —contesto, respirando hondo.

—Y por amor de Dios, no le digas que la he visto y que te he enviado una foto. Si Kelsey se entera de esa mierda, me cortará los huevos. —Entonces baja la voz—. Estoy asustado de verdad, tío. Ahora que está embarazada es una persona completamente distinta.

—Guau, haces que me entren muchas ganas de formar una familia.

—Ahora mismo, es un tres en una escala de diez para mí. Yo no lo recomendaría.

—Genial. —Me levanto de la cama—. Me voy a su casa. Cuanto antes la vea, mejor.

—Recuerda, tienes que estar tranquilo.

—Sí, gracias —contesto antes de colgar y tirarme del pelo—. Joder, tengo ganas de vomitar. —Respiro hondo y, vestido con unos pantalones de deporte y una camiseta blanca, me voy a su apartamento, dejo el móvil sobre la encimera de su cocina y empiezo a dar vueltas por el salón sin parar.

No irá a volver con él, ¿verdad?

Es imposible.

Me entran ganas de mirar la foto, de analizarla hasta que no quede en mi interior más que polvo y sueños rotos, pero sé que no le hará demasiado bien a mi cabeza. En su lugar, sigo paseándome e intentando mantener la calma.

La quiero.

Es así de sencillo, sin más. La quiero, y no pienso perderla. Ni ante Brian ni ante nadie.

Suena el ascensor que hay al fondo del pasillo y yo me levanto del sofá de Lia de un salto. Estaba intentando meditar, pero no lo he conseguido ni de coña. No podía dejar de pensar en la fotografía que me ha enviado J. P. y de preguntarme por qué demonios ella estaba tocando a Brian. Y por qué demonios sigue con él una hora después de enviar la foto. Ya lleva fuera más de dos horas.

Unos pasos resuenan por el pasillo y se acercan cada vez más a su apartamento, hasta que mete la llave en la cerradura. Trato de tranquilizar la respiración, y, cuando la puerta se abre, empiezo a sudar solo con ver su preciosa cara.

Cuando sus ojos me ven, se sobresalta y aprieta entre sus brazos una enorme bolsa de ropa que lleva.

—Joder, Breaker, no sabía que estabas aquí.

Mi mirada se desvía hacia la bolsa de ropa, y de inmediato sé qué es… Su vestido de novia.

¿Qué coño está pasando?

—Hola —la saludo, tragando saliva.

—¿Has estado aquí todo el rato?

—No —respondo, nervioso—. He ido a mi casa para cambiarme, pero luego he vuelto aquí a esperarte.

—Ah —responde, mirando la bolsa de ropa y luego otra vez a mí.

Joder, joder, joder. ¿Por qué sigue sujetando eso? ¿Por qué no me besa? ¿Por qué ha ido a ver a Brian?

—¿Lo has…? Eeeh… ¿Lo has pasado bien? —pregunto.

—Sí —contesta antes de abrir el armario y colgar la bolsa.

¿Se lo ha pasado bien? ¿Con Brian? Se me remueve el estómago y me estrujo las manos para evitar hacer alguna estupidez. Cuando cierra la puerta, se vuelve hacia mí.

—Escucha, tenemos que hablar.

Voy a vomitar.

¿Cómo?

¿Cómo es posible que él haya vuelto a su vida y que a ella le parezca bien? Si hasta ella misma me confirmó que al final ya no lo quería. Que estaba contenta de su elección. Entonces, ¿qué le ha hecho cambiar de opinión? ¿He sido yo? ¿He hecho algo mal? Pensaba… Joder, pensaba que estábamos bien. Mejor que bien. Pensaba que estábamos de puta madre.

—¿Crees que podríamos sentarnos…?

—¡No lo elijas a él! —grito, incapaz de contenerme—. Por favor, Lia. —Me tiembla la voz—.

No… no lo elijas a él.

Su expresión se torna confusa.

—¿Elegir a quién? —pregunta.

—A Brian —respondo—. Yo… Joder. J. P. os ha visto en una cafetería con las manos agarradas, y sé que es una mierda que te lo diga yo y que te presione así, pero, por favor, no vuelvas con él. Elígeme a mí. Te prometo que haré lo que haga falta para hacerte feliz. Cualquier cosa, solo…

—Breaker —me interrumpe, acercándose a mí y cogiéndome de la mano—. No voy a volver con Brian.

—Ah, ¿no? —pregunto, sintiendo que me inunda una oleada tan grande de alivio que los ojos se me llenan de lágrimas.

—No —responde, acunándome la cara entre sus manos—. Ay, Dios, siento mucho haberte hecho pensar eso. —Se pone de puntillas, se acerca más mi cara y me da un beso en los labios. Me siento tan aliviado que casi me caigo al suelo.

—Necesito… Joder, necesito sentarme —afirmo.

Ella me lleva hasta el sofá, me siento y se pone a mi lado. Meneo la cabeza porque quiero tenerla lo más cerca posible, así que me la coloco sobre mi regazo, ella se sienta a horcajadas, y la abrazo.

—Ay, Dios, ¿has estado pensando todo este tiempo que iba a volver con él? —pregunta.

—Sí —murmuro, frotándole los costados con las manos.

—No. Nunca lo haría. Brian y yo… Bueno, supongo que debería empezar por el principio.

Yo asiento.

—Sí, sería buena idea.

Apoya una mano en mi pecho antes de continuar.

—Me tropecé con Brian en la tienda de artículos de oficina. Fue muy raro volver a verlo otra vez, por motivos obvios. Fue amable y me preguntó si quería cenar con él. —Mi cuerpo se tensa solo de imaginármelos compartiendo una comida—. Le dije que estaba saliendo con alguien, y él adivinó que eras tú. No sé si se alegró por nosotros, pero sí se alegró de que yo fuera feliz. No estoy segura de en qué punto está contigo.

—Como si me importara una mierda —contesto.

Ella se echa a reír.

—En fin, él pensaba que habíamos acabado de manera muy abrupta y me preguntó si podíamos hablarlo, para conseguir una especie de cierre. Básicamente, lo que quería era disculparse. Al principio, yo no estaba muy segura. Le dije que me enviara un mensaje para informarme del lugar en donde nos veríamos, pero después me sentí bastante inquieta. Le pregunté a Myla si debía ir o no, y fue entonces cuando me di cuenta de que ni siquiera era una pregunta. Tenía que verlo.

—¿Para… eeeh… para comprobar si aún sentías algo por él?

Ella sonríe con ternura.

—No, Breaker, para cerrar capítulo. Verás, resulta que tengo una relación con alguien que me importa un montón. Y que no le estaba dando todo cuanto podía porque la puerta de Brian aún estaba abierta. Nunca llegué a cerrarla en realidad. Así que esta noche ha ido de eso. De terminar ese capítulo de mi vida para poder empezar de nuevo… contigo.

Me siento todavía más aliviado, y dejo caer la cabeza sobre el respaldo del sofá.

—Joder —murmuro—. ¿Y por qué no me lo contaste?

—Porque se te habría ido la olla.

—No, no es verdad.

Me lanza una mirada crítica.

—Si te hubiera dicho que iba a tomar café con Brian, te habrías tirado de los pelos. No intentes mentirme.

Yo aparto la mirada.

—Vale, puede que sea verdad —murmuro—. Pero podías haberme dicho que necesitabas un

cierre.

—Supongo que no estaba segura al cien por cien sobre lo que necesitaba. Pero me alegro de haberlo averiguado.

—¿Y qué es lo que necesitas? —insisto.

Me arrastra el dedo por la barba del día.

—Te necesito a ti, Breaker. *Nos* necesito a nosotros. Quiero que haya un «nosotros». —Se humedece los labios—. No estoy convencida de haber estado concentrada del todo hasta este momento, y puedo decir sin ninguna duda que sé cuáles son mis sentimientos. Sé dónde están. Están contigo. —Se inclina y apoya la frente contra la mía—. Estoy enamorada de ti, Breaker, y puede que sea demasiado pronto para decirlo, pero así es como estoy ahora mismo.

Le meto las manos por debajo de la falda y la sujeto con fuerza mientras el pecho se me hincha de montones de emociones distintas.

Me quiere.

Joder. Y yo pensaba que quería romper conmigo.

Suelto una risita, y ella se aparta.

—¿Qué te parece tan divertido?

—Mierda, perdón. No pretendía reírme de eso. Ha sido muy inoportuno. —Suelto un profundo suspiro—. Llevo queriendo decirte que te quiero desde hace un tiempo, pero me he contenido porque no quería asustarte. Y entonces, hoy pensaba que querías romper conmigo, pero en cambio me has dicho que me quieres. A ver, joder, es que he pasado muy mal rato.

Ella sonríe y se acerca a mí, jugando con el cuello de mi camisa.

—¿Me quieres?

—Con desesperación —contesto—. Patéticamente. Hasta el punto de que no me da vergüenza seguirte por ahí, incluso aunque volvieras con Brian. Estoy tan enamorado de ti, Ophelia, que lo siento hasta en la médula de mis huesos. Es parte de mí. Tú eres parte de mí.

Justo cuando creo que va a besarme, se levanta de mi regazo.

—¿Adónde vas? —pregunto, confundido.

Me tiende la mano, y se la acepto. Me guía por su apartamento hasta llegar a su dormitorio, y luego se vuelve hacia mí y, con un rápido movimiento se saca la camiseta por la cabeza.

—Joder —murmuro al ver su sujetador de encaje morado.

Me mete las manos por debajo de la camiseta.

—Tú también eres parte de mí, Breaker. Siento haber tardado tanto en darme cuenta, pero me alegro de haberlo hecho.

—¿Me estás diciendo que serás mía… para siempre? —pregunto.

Me ayuda a quitarme la prenda y asiente.

—Sí, soy tuya… para siempre.

Entonces me obliga a tumbarme sobre la cama y se sienta sobre mí. Yo la hago rodar hasta tumbarla y la inmovilizo contra el colchón. Desciendo hasta su boca y la beso desde el fondo de mi corazón. Y ella me besa después, separando los labios y dejando espacio para mi lengua.

—Te quiero, Ophelia. Muchísimo —confieso, tras apartarme un poco para mirarla a sus preciosos ojos.

Ella sonríe con satisfacción.

—Yo también te quiero…, Pepinillo.

Me río, entierro la cabeza en su cuello y se lo beso mientras se acomoda debajo de mí, dejándome el control.

¿Que si me gustaría haberme dado cuenta años atrás de que lo mío con Lia era inevitable? ¿Que he tardado mucho en hacerlo? Cierto. Pero también sé reconocer el vínculo extraordinario que hemos creado a lo largo de todo este tiempo, y puede que Lia tenga razón. No sé cuánta confianza habríamos llegado a conseguir si no hubiéramos tenido todos esos años para crearla.

Lo único que sé sin lugar a dudas es que no podría ser más feliz, y que mis hermanos nunca dejarán de repetirme que ellos ya lo sabían.

Jamás.

EPÍLOGO

BREAKER

—¿Es una tontería? A mí me parece una tontería —afirmo mientras Lia se va a nuestra habitación con Myla para cambiarse de camiseta, ya que le hemos manchado la suya con bebida.

—No es una tontería. Está muy bien ejecutado —contesta J. P.—. Y ahora, no me lo estropees. He puesto mucha energía en ello.

—Has comprado los globos —refuto.

—Ah, y también se me ha ocurrido la idea de tirar el Bloody Mary como táctica para sorprender a Lia. De nada.

En eso tiene razón, por desgracia.

Poco después de que Lia y yo nos dijéramos que nos queríamos, decidimos dejar nuestros apartamentos y comprar una casa. Fue una decisión muy importante que no nos tomamos a la ligera. Visitamos veintitrés hasta que encontramos una perfecta, a solo una manzana de las de mis hermanos. A Lia le gustó que viviéramos cerca de Lottie y de Kelsey, y a mí me gustó que al fin a Lia le encantara una casa.

Nos mudamos hace dos semanas, y hoy hemos preparado la comida del domingo con la ayuda de Reign, claro. No, no lo hemos *robado,* pero somos los anfitriones para que yo pueda pedirle matrimonio a Lia y que sea una sorpresa.

El plan era el siguiente: comemos, charlamos, nos lo pasamos bien y luego Myla le tiraba una bebida a Lia en la camiseta. Su tarea era mantener entretenida a Lia en la planta de arriba durante al menos cinco minutos. En cuanto se marcharon, nos pusimos manos a la obra. Colocamos toda la decoración que habíamos comprado junto con un cartel enorme que dice *«CÁSATE CONMIGO».*

Cuando me planteé pedirle matrimonio, pensé en distintas maneras de hacerlo. Estaba la posibilidad de pedírselo en Disney, que es donde nos dimos nuestro primer beso. Pensé en ello antes de mudarnos de nuestros apartamentos. Pensé en ello mientras jugaba a una partida de *Scrabble* con ella, ya sabéis, para cerrar el círculo completo. Pero al final me di cuenta de que contar con el apoyo de mis amigos y mi familia era lo que quería de verdad. Además, también quería fotos y un vídeo, así que he dejado a Lottie y a Kelsey a cargo de eso.

Por no mencionar que creo sinceramente que uno de los motivos por los que Lia está ahora conmigo es por la gente que nos rodea. Ellos nos han ayudado a estar juntos con sus consejos y sus empujoncitos de ánimo. Bueno, vale, *empujones* de ánimo. Me parece correcto que ahora esté todo el mundo aquí.

—¿Tienes el anillo? —pregunta Huxley al acercarse a mí.

—Pues claro que tengo el anillo —contesto, levantando la mano.

Una semana antes, Huxley, J. P. y yo elegimos el anillo, del estilo exacto que sé que le encantará a Lia. Tres piedras que representan el pasado, el presente y el futuro sobre un aro de oro blanco, rematadas con un diamante de dos quilates. Pensé en comprar algo más grande, pero sé que a ella no le gustaría. Este es perfecto.

—¿Estás nervioso?

—Sí —admito, porque las piernas me tiemblan—. Creo que está lista para esto. A ver, hemos comprado una casa juntos, pero una parte de mí sigue teniendo miedo de que me diga que no está lista.

—Eso no va a pasar —contesta Huxley—. Te mira como Lottie me mira a mí y como Kelsey mira a J. P. Ese tipo de amor es para siempre.

—Gracias —le digo mientras él me da unas palmaditas en la espalda.

Algo le ha ocurrido a Huxley durante el último par de meses, después de que anunciaran el embarazo de Lottie. Está más sensible y menos robótico. Ahora parece tener sentimientos de verdad. Y la única vez en que veo que regresa el antiguo Huxley —el Huxley cortante y rígido— es cuando alguien mira a Lottie de la manera equivocada, o cuando tiene que poner a alguien en su sitio. Pero este tipo nuevo y sensiblero me tiene totalmente descolocado.

En cuanto a J. P., bueno, ahora está más pesado que nunca, y se cuelga de mi cuello cada vez que puede para alejarse de quien él llama «la demonia», o sea, Kelsey. Las hormonas del embarazo parecen haber espantado a J. P. de su propia casa. Aunque yo no sé de qué habla, porque conmigo ella es un cielo.

—¿Alguna cosa más que debamos hacer? —pregunta Banner desde un lateral, donde está controlando la música. Su novia, Kenzie, está a su lado, sosteniendo un tubo de confeti. Es divertida de cojones. He llegado a conocer a Kenzie a lo largo de este último mes más o menos, y es el complemento perfecto para el grupo. Extravagante y rara, pero muy divertida.

—Creo que está todo bien —respondo. Miro a mi alrededor—. ¿Está todo el mundo en su sitio?

Kelsey y Lottie levantan los pulgares mientras sujetan sus móviles, listas para grabarlo todo desde ángulos distintos.

J. P. y Huxley se apartan a un lado para cerrar las cortinas que dan al jardín y que Lia no vea lo que está ocurriendo cuando vuelva al comedor.

Ryot y Penn están junto a la mesa, con tubos de confeti en la mano. Ah, y, por cierto, me he enterado de que Penn llevó al fin a Birdy a una cita, pero todavía tiene que contarme qué tal fue. Espero que bien, aunque sé que Penn ha estado luchando contra algunas demandas, así que no estoy completamente seguro de que haya una segunda cita.

—Ya viene —susurra Lottie a gritos para llamarme la atención.

—Tú puedes —me anima J. P. haciendo un gesto exagerado con los pulgares.

Trato de respirar con tranquilidad, rezo para no desmayarme y, cuando J. P. y Huxley abren las cortinas y muestran a Lia al otro lado, confundida y sorprendida, me resulta imposible respirar.

Banner pone la música, una suave instrumental, y todo el mundo se agrupa al fondo.

La mirada de Lia se cruza con la mía, y de inmediato los ojos se le empiezan a llenar de lágrimas.

—Ay, Dios —dice en voz baja antes de taparse la boca con la mano. Doy un paso adelante y le tiendo mi mano.

Ella la acepta y la acompaño hacia el jardín, hasta detenernos delante del cartel de *«CÁSATE CONMIGO»,* y me doy cuenta de que yo también estoy tremendamente nervioso.

—Ophelia —digo con ternura—. Cuando te conocí, pensé que eras todo lo que necesitaba en la vida. Te gustaba todo lo que me gustaba a mí. Me hacías reír. Me ponías en mi sitio. Y eras tan guapa que me propuse pedirte salir. Por desgracia para mí, tú querías un amigo, no un novio, y me alegro de que fueras mi amiga, porque no puedo imaginar cómo habría pasado la última década de mi vida sin ti. —Hinco la rodilla y las lágrimas empiezan a resbalarle por las mejillas—. Me haces tan feliz que no necesito nada más que a ti en la vida. —Respiro hondo antes de continuar—. Ophelia Fairweather-Fern, ¿quieres ser mi esposa, por favor?

Ella asiente y no se lo piensa ni un segundo. Los tubos de confeti explotan a nuestro alrededor, nuestros amigos y familia sueltan vítores y yo me levanto y le pongo el anillo en el dedo mientras una sensación enorme de alivio me recorre el cuerpo de golpe.

Va a ser mía para siempre.

—Ay, Dios mío, Breaker —dice antes de agarrarme de la nuca y hacer que me incline para darme un beso.

Es breve, porque está llorando y todo el mundo se ha arremolinado a nuestro alrededor para abrazarnos, pero cuando la miro a los ojos, detrás de sus bonitas gafas moradas, soy consciente al cien por cien de que ella siempre será la dueña de mi corazón, y yo del suyo. ¿Que si nos ha costado

llegar hasta aquí? Puede. Pero cada día juntos, cada reto al que nos hemos enfrentado, cada alegría que hemos compartido, cada juego en el que me ha aplastado nos ha hecho estar más unidos de lo que creo que nunca podrá llegar a estar nadie. Quiero a esta chica, y haré cualquier cosa para que su vida sea tan maravillosa como lo es ella. Llevará flores tejidas al altar, y tendrá todas las margaritas que quiera. Haré todos sus sueños realidad. Y, más que nada, lo que quiero es pronunciar esas dos palabras que nos unirán hasta el fin de los tiempos.

Una boda imposible

Meghan Quinn



¿Alguna vez has oído que un hombre sea «*damo* de honor» de una novia?

Sí, bueno, la futura ogra (bueno, suegra) de mi mejor amiga tampoco lo ha escuchado nunca. Y tampoco ha oído nunca hablar de la expresión «la novia es la que manda».

En plena planificación de su boda y con muy poca antelación, mi mejor amiga, Lia, me ha pedido que la ayude a lidiar con esa bestia gruñona que es la señora Beaver. Como a mí no me da ningún miedo, he aceptado el reto.

El único problema es que, cuanto más se acerca la boda, más veo a mi mejor amiga de una manera distinta.

Siempre la he considerado guapa, pero ahora… Sin pensarlo, me he quedado mirándola demasiado tiempo. Cuando la toco, dejo la mano más rato de lo necesario. ¿Y cuando se pone triste? Pues entonces la dejo dormir en mi cama.

Y de un día para otro me doy cuenta de que estoy enamorado de mi mejor amiga. Y no solo enamorado, sino *perdidamente* enamorado.

Nadie puede compararse con ella, y nada parece quitarme esa idea de la cabeza, ni siquiera la inminente fecha de su boda.

Lo que quiere decir que no me queda otra elección que demostrarle a Lia que soy yo con quien ella debería estar. Sin embargo, con la presión de su compromiso, el estrés que le provoca su futura suegra y los nervios asfixiantes que siento ahora mismo, no va a ser nada fácil conseguirlo.

Cruzad los dedos por mí…

Biografía de la autora



Rubia de corazón.

Autora superventas del *USA Today,* esposa, madre adoptiva y amante de la mantequilla de cacahuete. Escritora de comedia romántica y de romance contemporáneo, Meghan Quinn da a sus lectoras la combinación perfecta de amor, humor y *calor* en cada uno de sus libros.

Una boda imposible es el tercer título de la autora en Phoebe después del gran éxito conseguido con *Un mal comienzo* en 2022 y *Una pareja imperfecta* en 2024.

authormeghanquinn.com
IG: meghanquinnbooks
FB: meghanquinnauthor

Otros títulos de la autora en Phoebe romántica



Un mal comienzo

Meghan Quinn



«¿Cómo os conocisteis?».

Es la pregunta que se hace a todas las parejas. Y la respuesta suele ser una historia maravillosa en la que se ven alcanzados de alguna forma por la flecha de Cupido.

Digamos que la manera en que yo conocí a mi media naranja no es tan estupenda…, sino un poco diferente. Me encontraba paseando por un barrio rico de Beverly Hills, fantaseando con la idea de encontrar a un hombre que me permitiera hacerme pasar por su novia, ya sabéis, para poner celosa a mi ex mejor amiga y exjefa, que acababa de despedirme.

Él, por su parte, doblaba la esquina, furioso, cual ogro –un ogro muy guapo–, murmurando por lo bajo algo sobre un acuerdo comercial que le había salido mal y sobre cómo se las iba a arreglar para solucionarlo.

Y fue entonces cuando literalmente nos chocamos.

No hubo chispas.

Ni siquiera una pizca de atracción.

Pero lo siguiente que supe fue que me estaba invitando a nachos con guacamole mientras me explicaba todos sus problemas, lo que le llevó a hacerme una proposición: quería que yo fuera su Vivian Ward —ya sabéis, la chica de Pretty Woman—, salvo en la faceta más «juguetona».

Estamos hablando de vivir juntos en una mansión, de salir a cenar con otras parejas y fingir que estábamos enamorados… y comprometidos. ¿Os lo podéis imaginar?

Una auténtica locura.

Pero es el tipo de locura que hace la gente cuando está desesperada. Y yo lo estaba.

Así que accedí.

Solo cometí un error, un error enorme: terminé enamorándome…

Captura en el código
los primeros capítulos de
Un mal comienzo

Una pareja imperfecta

Meghan Quinn



¿Estoy enamorada de J. P. Cane?

¡Ja! Eso es lo que él se cree…

Habla demasiado alto, es guapo por castigo y además, desde que vio *Cuando Harry encontró a Sally,* está convencido de que los hombres y las mujeres no pueden ser solo amigos.

Así que cuando tenemos que viajar a San Francisco por trabajo y alojarnos en el mismo ático, me alegra poder demostrarle lo contrario.

Sin embargo, con sus continuos coqueteos, su aspecto siempre impecable y su habilidad a la hora de tocar todas mis teclas eróticas, pronto empiezo a tener problemas para dormir por las noches.

Pero soy perfectamente capaz de controlarme a mí misma.

Porque si hay algo de lo que estoy segura es de que los hombres y las mujeres PUEDEN ser solo amigos, y que J. P. y yo estuviéramos juntos sería una MUY mala idea…

¿O no?

Captura en el código los primeros capítulos de *Una pareja imperfecta*



Una pareja imperfecta

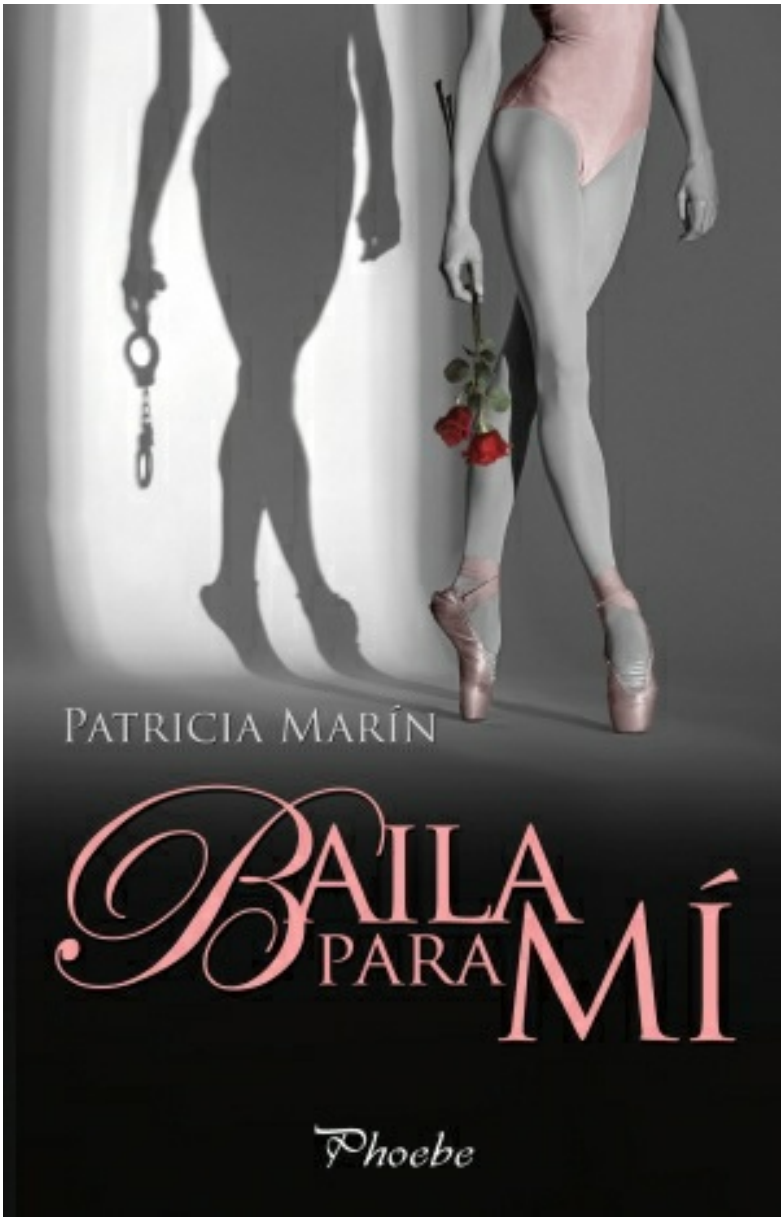
Quinn, Meghan
9788410070110
430 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Estoy enamorada de J. P. Cane? ¡Ja! Eso es lo que él se cree… Habla demasiado alto, es guapo por castigo y además, desde que vio Cuando Harry encontró a Sally,

está convencido de que los hombres y las mujeres no pueden ser solo amigos. Así que cuando tenemos que viajar a San Francisco por trabajo y alojarnos en el mismo ático, me alegra poder demostrarle lo contrario. Sin embargo, con sus continuos coqueteos, su aspecto siempre impecable y su habilidad a la hora de tocar todas mis teclas eróticas, pronto empiezo a tener problemas para dormir por las noches. Pero soy perfectamente capaz de controlarme a mí misma. Porque si hay algo de lo que estoy segura es de que los hombres y las mujeres PUEDEN ser solo amigos, y que J. P. y yo estuviéramos juntos sería una MUY mala idea… ¿O no?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Baila para mí

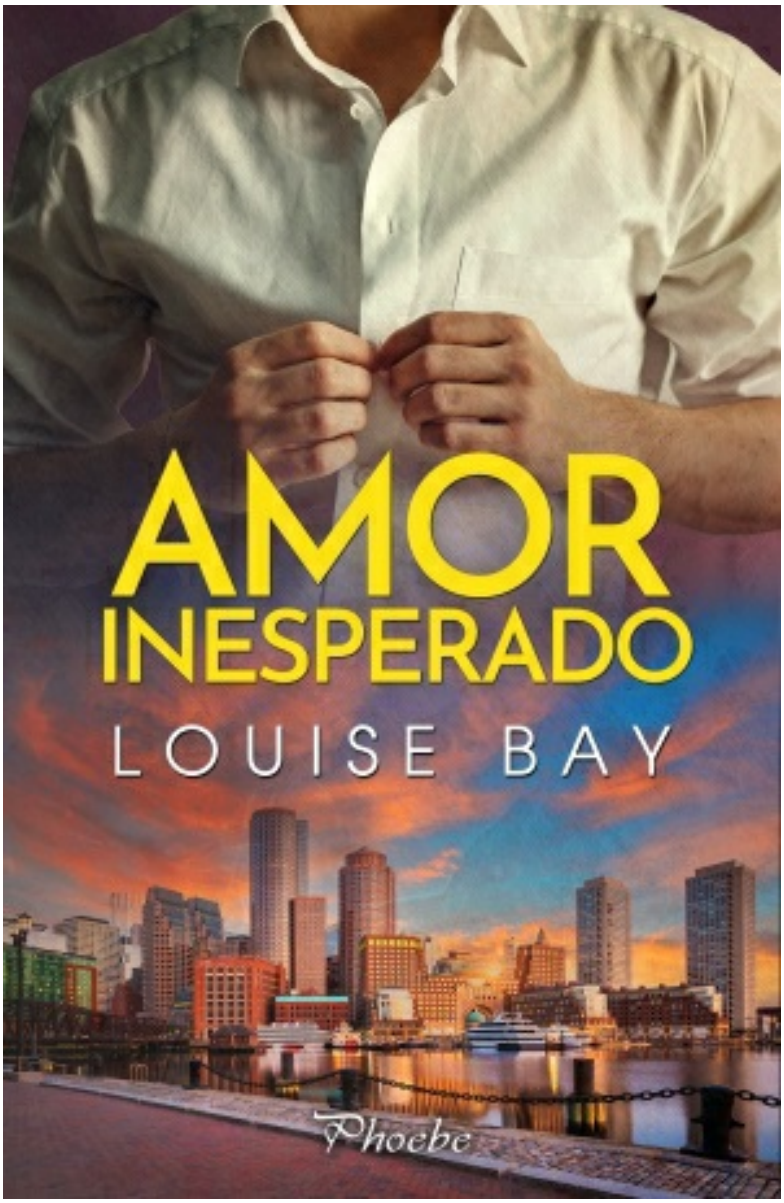
Marín, Patricia
9788416331819
420 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Evangeline es una prometedora **bailarina** que, en su búsqueda de la perfección, ha

dejado de lado todo lo que no tenga que ver con el estricto mundo del ballet. Pero cuando surge la posibilidad de conseguir un papel que anhela por encima de todo, el miedo al fracaso aflora y su forma de bailar se resiente…
Y entonces Tom, un joven de **pasado oscuro**, irrumpe como un torrente en la vida de Evangeline. Entre salones de baile, aulas de ensayo y clubs nocturnos, Tom la guiará hacia territorios inexplorados de pasión y libertad, buscando encender el fuego que necesita una artista para conmover al mundo. Y ella se dejará llevar, por primera vez en su vida, sin saber que le deparará el final de esta embriagadora aventura…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Amor inesperado

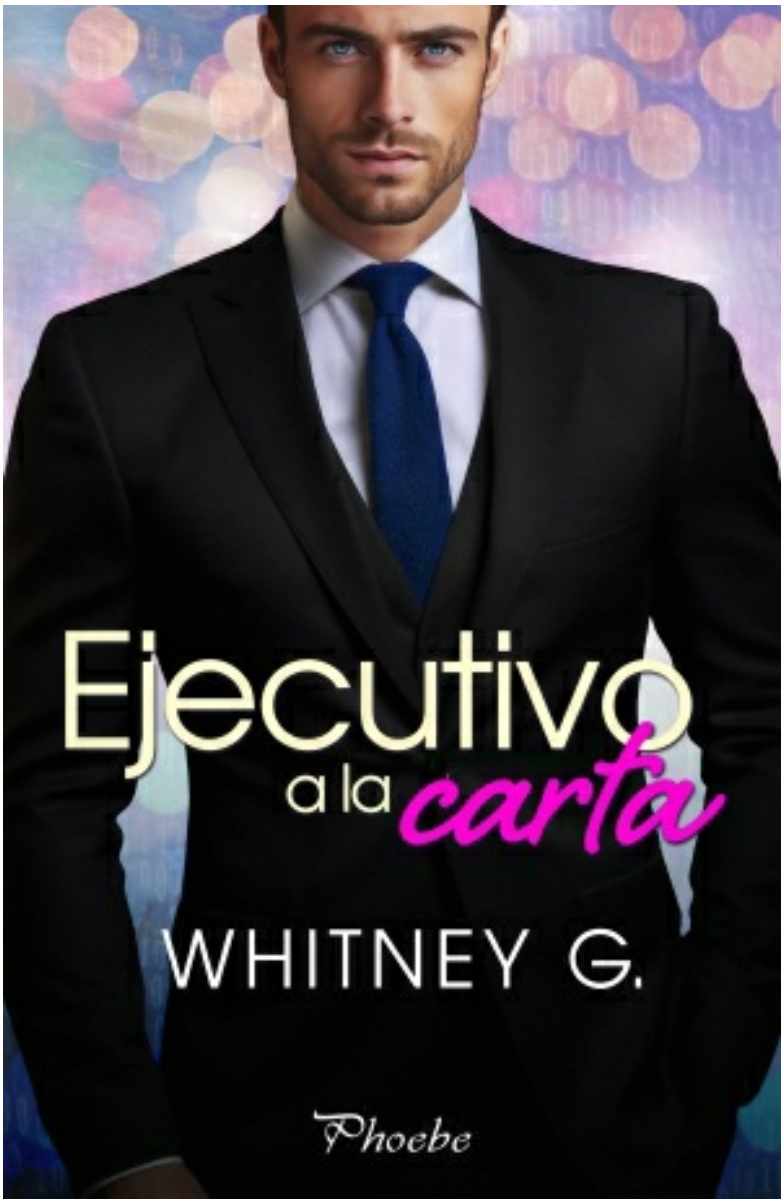
Bay, Louise
9788410070264
305 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

BLAKE En cuanto esa tremenda pelirroja con un culo de infarto entra en el bar me doy cuenta de que está de paso, y yo estoy buscando algo de diversión mientras estoy en

el pueblo, un buen revolcón sin ataduras antes de regresar a la ciudad. No quiero conocer sus secretos; no quiero pensar en lo bien que me siento al tenerla debajo de mí; no quiero imaginar un futuro con ella. Soy Blake McKenna y voy a conseguir que esa niña rica de Boston se olvide de todos los hombres que me precedieron. MACKENZIE Cuando el futuro que siempre había imaginado se esfuma ante mis ojos me tomo unas merecidas vacaciones en el campo con mis dos mejores amigas. Mi plan de renunciar a los hombres se va al garete cuando, la primera noche de las vacaciones, conozco al tío más bueno que he visto en mi vida y decido que es justo la distracción que me hace falta. No tengo pensado revelarle mis secretos más profundos mientras nos escabullimos todas las noches con la esperanza de que nadie se dé cuenta, y, desde luego, lo último que tengo en mente es enamorarme por primera vez en mi vida. Me llamo Mackenzie Locke y no entiendo a los hombres; ni un poquito. Hasta que Blake llega a mi vida.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Ejecutivo a la carta

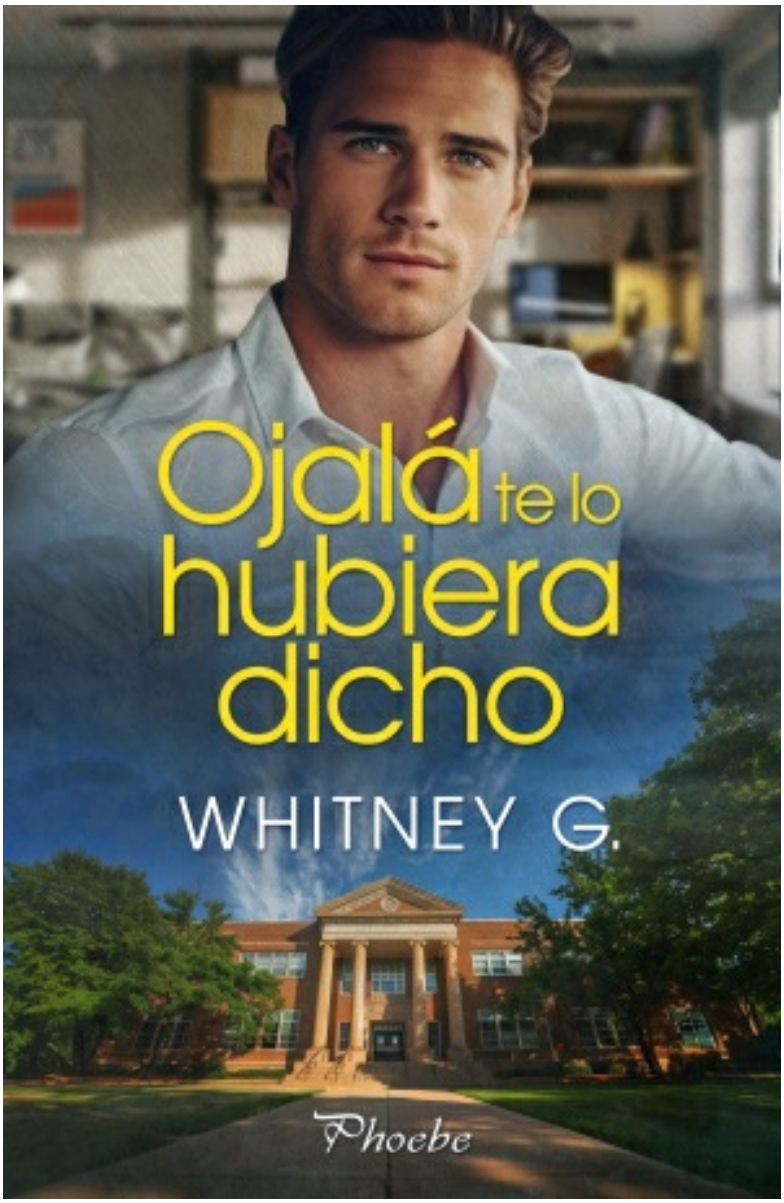
G., Whitney
9788410070127
140 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Estas deben de ser las peores Navidades de mi vida… Mi exnovio acaba de reservar la mejor suite en el resort donde trabajo (con su nueva novia, no conmigo), la mitad del

personal se ha dado de baja por gripe (mentira: quieren asistir a un concierto que se celebra en el pueblo) y mi hermana me está volviendo loca con sus inacabables planes de boda. En cualquier otro momento todo esto no supondría ningún problema, pero la Navidad lo cambia todo, y además mi familia está a punto de descubrir la mentirijilla que les he contado sobre mi inexistente prometido. Para evitarlo, decido descargarme Ejecutivo a la carta, una aplicación que permite contratar a un «falso y atractivo hombre de negocios» para impresionar a familiares y amigos. Por lo menos es lo que yo esperaba… Pero cuando el chico que he elegido me deja plantada en el último momento, la aplicación promete enviarme «un sustituto aún más sexy». Deben de haber querido decir «el demonio», porque este tipo no es un actor y, definitivamente, no es un «falso» ejecutivo. Es mi antiguo jefe. El idiota que me despidió el año pasado. Vale, ahora sí que, oficialmente, son las peores Navidades de mi vida.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Ojalá te lo hubiera dicho

G., Whitney
9788410070257
250 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

*ADVERTENCIA: NO LEAS LA SINOPSIS DE ESTA NOVELA. Es mejor que vayas a ciegas, en serio… Pero si sientes la imperiosa necesidad de hacerlo, aquí la tienes: Me

mintió. Y no un par de veces: todo el tiempo. Para ella, yo era el típico Don Popular, el quarterback estrella que reinaba en los partidos de los viernes por la noche. Para mí, ella era la friki gótica que estaba sentada en las gradas y tocaba el clarinete en la banda. Pero, a pesar de lo diferentes que éramos, todas las noches entraba en su dormitorio a través de la ventana, incluso cuando empezamos en la universidad. Era la única persona que me entendía, y no habría podido mantenerme alejado de ella ni aunque hubiera querido. Nuestra conexión fue tóxica y ardiente, y nunca nos atrevimos a apagar las llamas. Nos enamoramos demasiado rápido, demasiado intensamente. Y eso no habría supuesto un inconveniente, de no haber sido porque yo ya estaba saliendo con otra persona: su hermana. *¿Ves? Por eso no deberías haber leído la sinopsis, y deberías haber ido a ciegas. Por desgracia, este es un viaje emotivo a través de un romance con tintes tóxicos que te conducirá a lugares inesperados. A la autora le apetecía escribir algo como esto, así que no digas que no te habíamos avisado de lo que ibas a encontrarte.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)